

Jean Chalon

A marble bust of a woman, likely a historical figure, with an elaborate powdered wig and a dress with a large collar. The bust is set against a dark blue background with a repeating fleur-de-lis pattern.

QUERIDA
MARIA
ANTONIETA

Lectulandia

La vida de María Antonieta comienza como un sueño, en un palacio, en Viena, y termina como una pesadilla, en una prisión, en París. Entre ese comienzo de sueño y ese final de pesadilla, ¡cuántos encantamientos, bailes, fiestas, fuegos, juegos! En una palabra, todo lo que componía esa legendaria «dulzura de vivir». En ese cuento de hadas que termina en tragedia no falta ningún personaje: una madre despótica (María Teresa), un príncipe adormilado (Luis XVI), un príncipe encantador (Fersen), una ninfa de corazón leal (Lamballe), un genio malo (la Polignac), una criada abnegada (la señora Campan), una Carabosse (Doña Adelaida), un monstruo (Felipe Igualdad), una dueña intratable (la señora de Noailles), un protector prudente (Mercy-Argenteau), dos cuñados pérfidos (Provenza y Artois) y una cuñada casi perfecta (Doña Isabel). Toda esa gente está ahí, y como decorado tiene el castillo de Versalles y su galería de los Espejos. Galería de espejos mágicos, porque María Antonieta se refleja en ellos eternamente joven. Asesinada una quincena antes de cumplir treinta y ocho años, María Antonieta, a quien sus asesinos comparaban injustamente con una Jezabel, no tendrá que «reparar de los años la ofensa irreparable»... como la Jezabel de Racine. Su breve existencia constituye la prueba de esa ineluctable Fatalidad de la cual los pueblos guardan tantos ejemplos en su memoria común.

Jean Chalon, biógrafo de esta reina trágica, se ve seducido por su encanto pero no disimula sus debilidades. En este libro sensible y conmovedor, el autor sigue la vida de María Antonieta paso a paso hasta su muerte, con la dignidad como único sostén frente a su destino.

Lectulandia

Jean Chalon

Querida María Antonieta

ePub r1.0
Titivillus 18.06.16

Título original: *Chère Marie-Antoinette*
Jean Chalon, 1988
Traducción: Floreal Mazía

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Sólo es nuevo lo que se ha olvidado.

ROSA BERTIN

A la señora de Tourzel, a la señora Campan y a Carlos de Angulo, cuyas notas a las Memorias de la señora de Tourzel y de la señora Campan han sido preciosas para mí, dedico esta biografía, con excepción de los tres últimos capítulos, que pertenecen, por derecho, a Rosalía Lamorlière.

UN LORITO VIENÉS

(1755-1770)

La vida de María Antonieta comienza como un sueño, en un palacio, en Viena, y termina como una pesadilla, en una prisión, en París. Entre ese comienzo de sueño y ese final de pesadilla, ¡cuántos encantamientos, bailes, fiestas, fuegos, juegos! En una palabra, todo lo que componía esa legendaria «dulzura de vivir». En ese cuento de hadas que termina en tragedia no falta ningún personaje: una madre despótica (María Teresa), un príncipe adormilado (Luis XVI), un príncipe encantador (Fersen), una ninfa de corazón leal (Lamballe), un genio malo (la Polignac), una criada abnegada (la señora Campan), una Carabosse (Doña Adelaida), un monstruo (Felipe Igualdad), una dueña intratable (la señora de Noailles), un protector prudente (Mercy-Argenteau), dos cuñados pérfidos (Provenza y Artois) y una cuñada casi perfecta (Doña Isabel). Toda esa gente está ahí, y como decorado tiene el castillo de Versalles y su galería de los Espejos. Galería de espejos mágicos, porque María Antonieta se refleja en ellos eternamente joven. Asesinada una quincena antes de cumplir treinta y ocho años, María Antonieta, a quien sus asesinos comparaban injustamente con una Jezabel, no tendrá que «reparar de los años la ofensa irreparable»... como la Jezabel de Racine. Su breve existencia constituye la prueba de esa ineluctable Fatalidad de la cual los pueblos guardan tantos ejemplos en su memoria común.

En su persona, María Antonieta encarna a las víctimas pasadas, presentes y futuras. Es la víctima. Cuando trata a su esposo de «pobre hombre», no puede imaginar que algún día se la designará, a su vez, como una «pobre mujer». Pobre mujer que todo lo recibió, todo lo perdió, y que en el momento mismo de esa pérdida, cuando sale del Temple en el cual abandona lo que tiene de más caro en el mundo, su hijo, pronuncia su sublime «ahora nada puede hacerme daño». Comprobación que basta para convertir en una cúspide el abismo en el cual ha caído María Antonieta.

Hija de Francisco de Lorena y de María Teresa de Austria, María Antonieta nace en Viena el 2 de noviembre de 1755. Es el día de los muertos. Las campanas que saludan su nacimiento no sonarán el día de su muerte. Las campanas estarán mudas, entonces, en esas iglesias parisienses en las cuales ya sólo se celebrará el culto de la Santa Razón, y ello en plena demencia revolucionaria, en pleno Terror.

Cuatro hermanos (José, el heredero del trono; Leopoldo, Carlos, Fernando) y siete hermanas (María Ana, María Cristina, María Isabel, María Amelia, María Juana, María Josefa, María Carolina) se inclinan sobre la cuna de esa recién nacida a quien las hadas, o los astros disfrazados de hadas, dotan del más temible de los dones: la seducción. Habituada a obtenerlo todo por la sola fuerza de su sonrisa y sus gracias, que celebran en forma unánime sus contemporáneos, María Antonieta se convierte en una verdadera máquina de agradar. De Luis XV a Barnave, de Luis XVI a Mirabeau, todos los hombres enloquecen con sus encantos y sucumben a ellos. «¿Cómo resistir a su poder de atracción, ante una Venus conjugada con el Sol en la Casa V, que es la casa del amor, reforzada por la presencia de la Luna en el signo venusiano de la Balanza? Pero su cielo astral está cruzado por una terrible, una temible oposición de los planetas maléficos Marte y Saturno, que la ubican bajo el dominio de la fatalidad»^[1].

A la espera de que se cumpla ese destino previsto por los astros, María Antonieta abre los ojos en un mundo que acaba de ser sacudido, en la víspera, 1 de noviembre de 1755, por el temblor de tierra de Lisboa, inmortalizado por Voltaire y otros pensadores de la época. El rey y la reina de Portugal, que contemplan las ruinas de su palacio y el saqueo de su capital, son padrino y madrina de María Antonieta. Molesta coincidencia, presagio de otras ruinas y otros saqueos que abrumarán a su ahijada.

El 3 de noviembre, María Antonieta Josefina Juana de Lorena de Austria^[2] es bautizada por el arzobispo de Viena con los sones de un *Te Deum*. En la ceremonia, el rey y la reina de Portugal son representados por el hermano mayor de María Antonieta, José, y por una de sus hermanas, María Ana. En cuanto ha terminado el bautismo, Doña Antonia es confiada, según lo dicta la costumbre, a una nodriza. Tendrá un hermano de leche, Weber, quien escribirá sus *Memorias*. De Weber a la señora Campan, hay una larga lista de familiares de la reina que escribirán sus *Memorias*, como si quisieran perpetuar el privilegio de haber conocido a un ser inolvidable.

En noviembre de 1755, María Teresa, emperatriz de Austria, reina de Bohemia y de Hungría, se repone poco a poco de su parto. Todavía no tiene cuarenta años. Hace hijos como otras hacen tapicería, con aplicación y puntualidad. En cada uno de sus hijos, y tuvo dieciséis, de los cuales seis murieron a corta edad, María Teresa ve la esperanza de un soberbio matrimonio que, además de su magnificencia, asegure una paz definitiva con algunos vecinos temibles.

Ascendida al trono a los veintitrés años, María Teresa debió enfrentar traiciones, coaliciones, guerras. Formó ejércitos, disolvió alianzas. Salió victoriosa de esa lucha incesante, conservó su tan amenazado trono, y sólo perdió Silesia de entre sus reinos tan codiciados. Tiene conciencia de ser uno de los más importantes monumentos

vivientes de Europa, y lo sacrifica todo a los deberes de sus innumerables estados.

La emperatriz no tiene tiempo que perder en pequeñeces. La vida en la corte de Viena es muy sencilla. En ella se desconoce la etiqueta. Goethe compara a la familia imperial con una familia de grandes burgueses alemanes. Burguesa necesitada, María Teresa se levanta a las cuatro de la mañana en verano, a las seis en invierno. Trabaja, trabaja y trabaja. Se acuesta siempre a las diez de la noche. En un horario tan estricto, los niños no tienen su lugar, y pasan de manos de las nodrizas a las de las institutrices. De vez en cuando, María Teresa recuerda que tiene hijos e hijas. Los convoca, los interroga y, según sus respuestas, los besa o los censura. Esa tirana política es también una déspota doméstica. Todo debe doblegarse a la voluntad de María Teresa, su familia lo mismo que sus súbditos. Ninguno de sus hijos se recuperará de ello, y cualquiera de ellos habría podido hacer grabar sobre su tumba el epitafio elegido por José: «Aquí yace José II, quien fue desdichado en todas sus empresas».

Tener por madre a una María Teresa es abrumador. Es la madre absoluta, la madre-maza, la que aplasta y tritura, la ogresa que devora a sus propios hijos. Como la mayoría de las madres abusivas, pasa «con facilidad del estado de la más dichosa de las madres al de madre mártir». Frente a María Teresa, María Antonieta será una niña desamparada. Ese temor de desagradar a su diosa-madre no la abandonará, ni siquiera cuando sea reina de Francia, y acentuará su naturaleza profunda de mujer-niña. Tanto como a su madre, María Antonieta teme el aburrimiento. Ya se verá a qué extremos la empujarán estos dos temores...

María Teresa es una de las raras personas que pretende ser, en apariencia^[3], insensible a la precoz seducción de la pequeña archiduquesa. Por más que Doña Antonia multiplique los mohínes y las frases que divierten a las institutrices y las vuelven indulgentes, María Teresa, esa trabajadora infatigable, ha traído al mundo una holgazana que, en cuanto puede, huye de la sala de estudio para correr por el parque de Schönbrunn, en compañía de sus hermanas, de sus amigas, Luisa y Carlota de Hesse, y de los perros de éstas, dogos de color fuego. Pero de todas las hijas de la emperatriz de Austria, Doña Antonia es quien mejor practica, de manera innata, ese arte de agradar, esencial para vivir y aun para sobrevivir en la corte de Versalles.

Hacer de Doña Antonia la reina de Francia es uno de los sueños más caros de María Teresa, su gran proyecto. No ahorra esfuerzo alguno para llevar a buen puerto un matrimonio que pondrá fin a dos siglos de hostilidades entre los dos países. Gracias a esa unión, la Casa de Francia y la Casa de Austria dejarán de mirarse como enemigos hereditarios. Es hora de que cambie esa actitud. Hay que aliarse para enfrentar a los dos enemigos que Francia y Austria tienen ahora en común: Prusia e Inglaterra.

Desde 1761, en el momento de la firma del Tratado de París, cuando Doña Antonia tenía apenas seis años y Luis Augusto, el futuro Luis XVI, sólo siete, se habían iniciado negociaciones que culminaron, en 1766, en un acuerdo que debía

mucho a los «buenos oficios» de uno de los ministros de Luis XV, el duque de Choiseul. María Teresa no era una ingrata, y supo transmitir a su hija sus sentimientos de gratitud hacia Choiseul.

Mientras esperaba su presentación en la corte de Versalles, Doña Antonia hace, a los cuatro años, su presentación artística en un espectáculo familiar. Canta algunas coplas, mientras José toca el violonchelo, Carlos el violín, Fernando el tambor, María Ana y María Cristina el piano. ¿Las razones de tanto alboroto? Se trata de un espectáculo organizado por la emperatriz en honor de su esposo, Francisco de Lorena.

Francisco de Lorena contaba entre sus antepasados al rey Renato, quien en el siglo XV, en Provenza, mereció el epíteto de «bueno». De este rey Renato, Francisco y su hija María Antonieta recibieron como herencia una bondad natural. Ambos desconocen la maldad. Francisco tiene la pasión de la música, de la danza, de las fiestas y del caballo. María Antonieta compartirá en exceso los gustos de su padre. En los momentos más graves de su vida, sabe ser la digna hija de María Teresa. En la vida cotidiana no es más que la hija de Francisco de Lorena, y como éste, se mantiene apartada de las cosas serias y sólo se ocupa de música, bailes, fiestas y paseos a caballo...

Francisco de Lorena parece tener una preferencia por María Antonieta. En agosto de 1765, cuando Francisco va a asistir a las nupcias de su hijo Leopoldo, gran duque de Toscana, abraza a su novena hija más larga, más tiernamente que a los otros. Varios días después de estas efusiones, el 18 de agosto, Francisco de Lorena muere de un ataque de apoplejía. María Teresa comparte entonces el poder con su hijo mayor, quien se convierte en emperador con el nombre de José II. A modo de consuelo, el difunto deja una *Instrucción para mis hijos, tanto para la vida espiritual como para la temporal*, en la cual María Antonieta puede leer, entre otras cosas:

«No estamos en este mundo únicamente para divertirnos, y Dios sólo ha dado todas esas diversiones como un reposo del espíritu [...]. Una cosa que creo muy necesario recomendaros es la de evitar estar ocioso. Las compañías a quienes se frecuenta son también un asunto delicado; porque a menudo nos arrastran, a pesar nuestro, a muchas cosas en las cuales no caeríamos como ellas [...]. Os recomiendo que os toméis dos días, todos los años, con el fin de prepararos para la muerte, como si estuvierais seguros de que son los dos últimos días de vuestra vida [...]».

Si hubiese seguido esos sabios consejos, el destino de Doña Antonia tal vez habría cambiado. Se podría escribir una biografía de María Antonieta con los «si»... ¿Qué podía entender, una niña que aún no tenía diez años, de esa *Instrucción* que predicaba la economía, el horror al juego y al favoritismo, la caridad? María Antonieta adorará los gastos, el juego, los favores que comete el error de confundir con la caridad. Adora dar hasta la prodigalidad. Una noche de invierno cuando oye hablar de la miseria que reina en ciertos barrios de Viena, Doña Antonia entrega a su madre una caja que contiene cincuenta ducados:

—He aquí cincuenta ducados —dice—, es todo lo que tengo; permitid que se los distribuya a esos desdichados.

María Antonieta ya sabe que hay que dar, ¡y que, aunque se dé todo, nunca se dará lo suficiente! A esta caridad de la donación material se agrega otra, más delicada: la caridad del gesto y la palabra, ilustrada por su encuentro con Mozart.

Mozart, niño prodigio, invitado a la corte de Viena en 1763, resbala en el entarimado. Estallan las risas y las burlas. Sólo María Antonieta, quien tiene siete años, se precipita para ayudar al pequeño músico a ponerse de pie.

—Sois buena, quiero desposaros —habría dicho Mozart.

El matrimonio de Mozart y María Antonieta, materia para soñar y para construir una vez más, y no es la última, otro destino sobre frágiles «sí»... De esta declaración, sólo recordaremos lo esencial: «Sois buena». María Antonieta es más que buena: es capaz de apiadarse. Es imposible que haya pronunciado esa atrocidad que todavía se le atribuye en nuestros días: «¡Si no tienen pan, que coman bollos!». Es verdad que una de las tías de Luis XVI, Doña Victoria, formuló algo parecido. Al enterarse de que los parisienses carecían de pan, exclamó: «¡Por Dios, si pudieran habituarse a comer costra de pastel...!», porque consideraba que esa costra era indigesta, llenaba demasiado. De ese pastel convertido en bollo se han hecho, si puedo decirlo, montañas de odio y de malignidad. Algunas frases, sobre todo cuando no han sido pronunciadas, tienen una vida prolongada.

De niña, María Antonieta es rebelde a toda enseñanza. Logra imponer silencio a sus profesores por medio de sus incesantes, sus divertidos parloteos. Habla, tal como su madre trabaja, sin descanso. Es un lorito vienés. Se embriaga con las palabras, emborracha con ellas a quienes la rodean. Más tarde, su conversación deslumbrará a sus íntimos, y los extranjeros de paso por Versalles repetirán las frases de la reina.

En 1766, a los once años, María Antonieta llega a seducir con su garrulería y sus gracias a la señora Geoffrin, de paso por Viena, quien tenía uno de los salones más cotizados de París y había elevado la conversación hasta convertirla en un arte de vivir.

—He aquí una niña a quien me gustaría llevarme conmigo —dijo la señora Geoffrin, conquistada.

Para ejercer sus talentos en materia de parloteo, María Antonieta tiene una compañera selecta en su hermana, María Carolina. Cuando las dos están juntas, sólo se escuchan cuchicheos seguidos de risas alocadas. Las dos pequeñas tienen en común un defecto que acarreará graves consecuencias, a la una como a la otra: adoran burlarse de la gente. En el momento de emitir una burla, María Antonieta hace callar su bonísimo corazón en beneficio de su ingenio punzante. Eso se puede tolerar en una burguesa. Pero es insoportable cuando una se encuentra en la cumbre de la pirámide

social, cuando se debe dar el espectáculo de una dignidad inexpugnable y no descender a los comadreoos que, transmitidos de boca en oreja, hieren a quienes son objeto de ellos.

Cuando se entera del pasatiempo favorito de María Antonieta y María Carolina, María Teresa no pierde un minuto y decide, en el acto, separar a las dos culpables. El 19 de agosto de 1767 María Teresa escribe a María Carolina la siguiente esquela:

«Os advierto que seréis separada por completo de vuestra hermana. Os prohíbo todo secreto, información o conversación con ella; si la pequeña volviera a hacerlo, ¡no tenéis por qué prestarle atención! [...]. Este embrollo terminará así enseguida; por lo demás, esos secretos sólo consisten en observaciones contra vuestro prójimo o vuestra familia o vuestras damas».

La «pequeña» tiene doce años. Adora, como cualquier niña de su edad, los secretos, los pasteles de crema, los perros, las flores, los árboles y, por sobre todo, la música. Al contrario de lo que piensa su hermano José, que la tratará de «cabeza hueca», la cabeza de María Antonieta no está vacía, sino que contiene oberturas de óperas, movimientos de sinfonías, melodías de las sonatas que se esfuerza por tocar en su clavicordio. Tiene como profesor de música a Gluck, y hasta los doce años de edad su institutriz es la señora de Brandeiss, con quien se entiende demasiado bien y que no ha logrado enseñar gran cosa a su alumna. La señora de Brandeiss escribe a lápiz los deberes de María Antonieta, quien sólo necesita pasarlos en tinta. ¡Consternación de María Teresa, cuando se entera de esta complacencia!

La señora de Brandeiss es remplazada por la condesa de Lerchenfeld, más enérgica, y con quien María Antonieta no se entiende. El resultado de esta incomprensión y de esa falta de instrucción es casi un desastre. A los doce años, María Antonieta apenas sabe escribir. Su ortografía es aventurada. Desconoce la literatura, la historia. Habla un poco el italiano y pronuncia a duras penas unas palabras de francés. Baila espléndidamente, pero sólo danzas alemanas.

Es entonces cuando el proyecto de matrimonio entre María Antonieta y Luis Augusto se define cada vez más, y Luis XV hace saber al conde Mercy-Argenteau, embajador de Austria en París, que aprecia en especial la pureza del idioma francés, y que la futura esposa de su nieto deberá esforzarse en aprenderlo. Informada del deseo del rey de Francia, la emperatriz de Austria levanta los ojos al cielo: su «Antonieta» sólo es «capaz de aplicación en sus miradas». No importa; se tratará de convertir el estudio del francés en un juego, gracias a dos comediantes de gira por Viena: Aufresne y Sainville.

Aufresne enseña a María Antonieta pronunciación y declamación, y Sainville le enseña a cantar. Esta elección no agrada a Choiseul, quien prefiere para la archiduquesa guías más serios, capaces de iniciarla en los usos y los gustos del país en el cual reinará. María Antonieta, quien sabe ceder cuando hace falta, despide a los dos comediantes y pide a Choiseul que él mismo designe un preceptor. Y he ahí a Choiseul, a su vez, en un problema. Habla de ello al arzobispo de Toulouse, Loménie

de Brienne, quien recomienda con tanta vivacidad al abad de Vermond, «doctor de la Sorbona» y bibliotecario del colegio de las Cuatro Naciones, que éste es contratado enseguida.

Vermond se pone en el acto en camino hacia Viena, donde lo espera el trigésimo trabajo de Hércules: enseñar a María Antonieta el francés sin sus sutilezas, tan alabadas por Luis XV, y también la historia de Francia, el conocimiento de las grandes familias, sobre todo de aquellas que tienen cargos en la corte, algunas nociones de literatura útiles en el país de Rabelais, Ronsard, Racine, Rousseau, y necesarias en ese reino en el cual los escritores adquieren importancia y manejan a una recién nacida: la opinión pública.

Si no es Hércules, el abad de Vermond tampoco es el tenebroso personaje pintado por la señora Campan en sus *Memorias* y que, «por un cálculo diestro pero culpable, habría dejado a su alumna en la ignorancia». No se entiende en qué podía beneficiar a su preceptor la ignorancia —inmensa— de María Antonieta. Ante la inminencia del matrimonio y lo mucho que se juega en él, María Teresa vigila en forma personal los progresos de su hija. En el otoño de 1769 interroga durante más de dos horas a María Antonieta, y se declara «satisfecha» con la conversación. Se digna felicitar al abad de Vermond por haber encontrado a su alumna «muy capaz de razonamiento y de juicio, sobre todo en las cosas de la conducta». Vermond comparte la opinión de la emperatriz. También él considera que el juicio de María Antonieta es «casi siempre justo». Deplora, de todos modos, «un poco de pereza y mucho de ligereza». ¡Ah, esa ligereza de la cual María Antonieta no se corregirá nunca, cosa que hace de ella uno de los seres más aéreos de su siglo!

Muy feo, «trata como sus iguales a la gente más elevada», muy sutil, tan parlanchín como su alumna, Vermond entendió muy pronto que sólo podría instruir a María Antonieta dando a sus lecciones la apariencia de una conversación. Sólo dispone de una hora por día, una hora que pasa como un relámpago con esa archiduquesa que se distrae con demasiada facilidad. «No podía acostumbrarla a profundizar un tema cualquiera, aunque sintiese que era muy capaz de hacerlo», señala el abad, quien trata de continuar sus enseñanzas, por la noche, en el círculo de la familia imperial.

«María Teresa, tanto para darle influencia sobre el espíritu de la archiduquesa como para adueñarse del de él, le había permitido asistir todas las noches al círculo íntimo de su familia, donde desde hacía un tiempo era admitida la futura delfina»^[4].

Allí se habla de la gente, de los príncipes, de las cortes y de Francia. En Viena, en ese otoño de 1769, Francia está a la orden del día. La archiduquesa aprende a peinarse y vestirse «a la francesa». Para ello abandonará su pereza y mostrará mucha seriedad.

El abad de Vermond no se ocupa sólo de cultivar el espíritu de su alumna. También se dedica a su aspecto. Señala a Mercy-Argenteau dos defectos de la futura delfina: una frente demasiado abombada y dientes mal implantados. Se pone remedio a una y otra cosa. Un peinador, Larseneur, crea un peinado especial para disimular la frente de la archiduquesa. Un especialista, Laveran, obtiene, al cabo de tres meses de tratamiento, «dientes hermosísimos y muy bien ordenados». Vermond puede enviar a Mercy-Argenteau este boletín victorioso:

«Espero que Su Excelencia se sienta encantado con la señora archiduquesa. Su fisonomía adquiere cada día nuevos atractivos. Se pueden encontrar siluetas de más bella regularidad; pero no creo que sea posible encontrarlas más agradables».

En otra carta a Mercy-Argenteau, Vermond celebra «el tono de bondad, afabilidad, alegría, que se pintaba sobre esa encantadora figura».

Las enseñanzas del abad, los cuidados del peinador y el especialista, el uso de «algunas modas francesas» bastaron para dar a María Antonieta «un barniz». Ese «barniz» que se admira en la corte de Viena, ¿cuánto tiempo resistirá en la corte de Versalles?

Mercy^[5] va en persona, a comienzos de 1770, a conocer los progresos de María Antonieta, quien,

«exactamente el jueves 7 de febrero, a las cinco y cuarto de la tarde, deja de ser una niña... precisión íntima que proporciona un “placer infinito” a la emperatriz, y que un correo de la Embajada de Francia se apresura a llevar a rienda suelta, a Versalles, al rey Luis XV, cuyo placer, según parece, no ha sido menos intenso»^[6].

María Antonieta es iniciada en la vida pública, que en adelante será la que haga; es decir, que debe ofrecerse sin cesar en representación, transformar cada uno de sus actos en una ceremonia inmutable. Ya no se trata, por ejemplo, de correr por el parque de Schönbrunn: la archiduquesa debe caminar por él con esa grave lentitud que hay derecho a esperar de una futura reina de Francia. Tiene apenas catorce años y medio...

En compañía de María Teresa, María Antonieta aprende a recibir príncipes y embajadores. «Esa importante compañía le daba el mejor sostén y el mejor buen tono posibles; todo el mundo se sentía encantado, y la emperatriz más que ninguna otra persona», se extasía Vermond.

Otro motivo de satisfacción para el abad, quien es al mismo tiempo el confesor de su alumna: María Antonieta realiza un retiro de tres días en Semana Santa. «Tal vez necesitaría más tiempo para expresar todas mis ideas», dice ella a Vermond al cabo de esos tres días. Demasiado tarde. El tiempo apremia. El 14 de abril de 1770 María Teresa anuncia solemnemente a sus ministros el matrimonio de su hija con el delfín de Francia.

«El 16 —se puede leer en la *Gaceta de Francia*—, a eso de las seis de la tarde, en una recepción de gran gala en la corte, el embajador de Francia fue objeto, por parte de Sus Majestades Imperiales y Reales, de una audiencia solemne, en la cual, en nombre del rey su amo, hizo la petición de la señora archiduquesa Antonieta como futura esposa de mi señor el Delfín».

El 17, «según la costumbre observada en tales circunstancias por la Casa de Austria», María Antonieta jura sobre los Evangelios renunciar a la sucesión hereditaria, tanto paterna como materna.

Estas diversas ceremonias van acompañadas por espectáculos (se representa *La madre confidente* de Marivaux, ballets de Noverre), cenas de mil quinientas personas, bailes de máscaras y de fuegos de artificio, todos los cuales tienen por tema el Templo del Himen. La música de los ballets y la de los *Te Deum* se mezcla a las salvas de artillería. Aun los cañones parecen aplaudir, con su tronar, el matrimonio por procuración de la señora archiduquesa y el señor delfín.

Terminadas las fiestas, María Antonieta vuelve a la alcoba de María Teresa, que comparte desde hace algún tiempo. ¿Qué se dicen madre e hija en esas últimas noches? ¡Lo que una madre dice a su hija en tales circunstancias! A esos consejos orales se agrega un «reglamento de vida» que María Teresa envía, en forma de carta y como un último regalo, a María Antonieta cuando esta última sale de Viena, el 21 de abril de 1770:

«No os encarguéis de ninguna recomendación, no escuchéis a nadie, si queréis estar tranquila [...]. También es preciso saber negarse [...]. No os avergoncéis de pedir consejo a todos, y no hagáis nada por vuestra propia cuenta».

Es la primera de las cartas que María Teresa dirige a María Antonieta. Las que sigan contendrán los mismos consejos, y con más vehemencia, porque éstos no han sido obedecidos. Según Weber, la archiduquesa conservará una sola de las enseñanzas de la emperatriz: «Hija mía, en la desdicha acordaos de mí».

Eso, María Antonieta no lo olvidará nunca. Como tampoco olvidará otra desdicha causada por el autoritarismo de María Teresa, en el mes de abril de 1767. La mujer de José II muere de viruelas «de la peor especie». Su féretro es depositado en el panteón de la familia. Una de las hermanas de María Antonieta, María Josefa, debe salir de Austria para unirse en Italia a su futuro esposo, el rey de Nápoles. María Teresa «recomienda» a María Josefa que vaya a «recogerse», antes de su partida, junto al ataúd de su cuñada. Recomendación que es una orden. Orden que equivale a una sentencia de muerte que María Josefa no se atreve a infringir, como lo confiesa, llorando, a María Antonieta. No se desobedece a María Teresa. María Josefa baja a la cripta y muere, dos semanas más tarde, víctima de las viruelas. María Carolina es quien desposará, en su lugar, al rey de Nápoles.

¡Se puede suponer que, advertida por el deplorable ejemplo de María Josefa, María Teresa no pidió a María Carolina que fuese a recogerse ante los ataúdes de su

cuñada y su hermana! María Antonieta, quien entonces tenía once años, recordó siempre el fin de María Josefa, que, confió más tarde a la señora Campan, «le había hecho una impresión tan fuerte que el tiempo no había podido borrarla».

Terrible María Teresa, que no se prodiga en sentimentalismos, y a quien la salud de sus hijos no preocupa en exceso. «La Antonieta tiene convulsiones», escribe tranquilamente, el 10 de noviembre de 1763, al conde Sylva Tarouca, uno de sus hombres de confianza. La Antonieta se encuentra sin conocimiento, y María Teresa continúa, imperturbable, su correo.

Terrible María Teresa, de quien, ese 21 de abril de 1770, María Antonieta se separa, sin embargo, con lágrimas que terminan por secarse, por convertirse en lágrimas de alegría, ya que va hacia el que cree ser «el más bello reino del mundo». ¿Cómo podía dudarlo? Se le ha elogiado tanto esa tierra de Francia como una Tierra Prometida en la cual el vino y la leche manan en oleadas... Imagina ese país como un inagotable palacio de Abundancia. No puede saber que «el más bello reino del mundo» ha dejado de serlo, y que ha comenzado su decadencia. Reina el desorden en las finanzas, agotadas por guerras sucesivas, entre las cuales figura la desastrosa guerra de los Siete Años. Durante siete años se ha combatido por el rey de Prusia, o dicho de otro modo, para enriquecer el idioma francés con una expresión, «combatir por el rey de Prusia», que significa luchar por nada. ¡Una frase que cuesta cara!

María Antonieta también cree que todo sigue desarrollándose en Versalles, cuando el siglo recibe sus luces de París. «El foco del espíritu y de las luces estaba en París»^[7]. La ciudad triunfa sobre la corte, y cuando lo haya entendido, María Antonieta no contribuirá en poco a asegurar el triunfo de las luces de la ciudad sobre las tinieblas de la corte. Pero eso es el futuro.

Por el momento, al dejar a su madre y contener sus últimos sollozos, María Antonieta se conforma con escuchar las alabanzas que nacen a su paso y que, de Viena a Versalles, convertirán su viaje en un viaje encantado. ¿Cómo resistir a tantos cumplidos? El lorito vienés se siente con la estatura suficiente para metamorfosearse en un perfecto cisne Parisiense...

UN VIAJE ENCANTADO

(21 DE ABRIL-13 DE MAYO DE 1770)

Indiferente, María Antonieta va de convento en castillo, de albada ofrecida por monjes músicos a serenata cantada por muchachas adornadas con flores. Recibe ramilletes, preside distribuciones de vituallas y, poco a poco, con su séquito de 132 personas y 376 caballos, se va acercando al reino de Francia. Como nada ignora acerca del deterioro de ese reino, y como sabe que arroja a Antonieta al cenagal de Versalles, alianza franco-austríaca obliga, María Teresa, cediendo a una legítima inquietud, renueva, el 4 de mayo, los reproches que había escrito el 21 de abril: «Os recomiendo, mi querida hija, que releáis mi papel todos los días 21». En la misma carta del 4 de mayo, no puede dejar de trazar un retrato demasiado elogioso de Luis XV: «Encontraréis un padre tierno, que al mismo tiempo será vuestro amigo, si lo merecéis». Un «padre tierno», un «amigo»: se diría que María Teresa trata de convencerse y de atenuar sus remordimientos de conciencia por confiar su hija a un hombre notoriamente esclavizado por una antigua cortesana, la señora Du Barry. Ella, María Teresa, que no vacila en hacer azotar a las mujeres públicas...

De Luis XV, la emperatriz pasa a referirse al delfín:

«Del delfín, nada os digo; conocéis mi delicadeza al respecto. La mujer está sometida en todo a su esposo, y no debe tener otra ocupación que la de complacerlo y hacer su voluntad. La única dicha verdadera en este mundo es un matrimonio feliz; puedo decirlo. Todo depende de si la mujer es complaciente, dulce y divertida».

Es verdad que el matrimonio de María Teresa de Austria y de Francisco de Lorena ha sido, a su manera, un matrimonio dichoso, aunque María Teresa no siempre ha sido tan «complaciente, dulce y divertida» como recomienda a su hija que lo sea.

María Teresa es una corresponsal infatigable. Mercy también. De 1770 a 1780 los dos intercambiarán innumerables cartas. Esta *Correspondencia*^[8] se mantendrá en secreto. María Antonieta se asombra, y aun llega a irritarse, en ocasiones, cuando ve que su madre está informada de sus menores actos y gestos. Nunca sospechará de Mercy. Atribuía esas informaciones a los «malditos espías de Federico II»^[9].

Se entabla una partida apasionante entre la emperatriz y su embajador en París, con la conducta que debe tener la delfina como apuesta del juego. Aun desde lejos, María Teresa sabe ser omnipresente, y obsesionar a su hija por medio de incesantes misivas.

Pero, ¡ay!, ni María Teresa ni Mercy se encuentran en Estrasburgo para describirnos las fiestas ofrecidas en honor de María Antonieta, consolada en su ilusión de llegar al país de cuento de hadas, ya que en la plaza del Ayuntamiento manan fuentes de vino y en las calles se asan bueyes enteros.

En una isla, en medio del Rin, en un pabellón construido para tales circunstancias con vistas a la ceremonia de la *entrega*, María Antonieta fue «entregada» por su séquito austríaco al séquito francés, según una antigua costumbre que ya no se respeta del todo. María Antonieta habría debido quitarse hasta las medias y, desnuda, recibir sus «vestimentas a la moda francesa». Pero ya se encuentran «vestida al estilo francés» cuando se despide de sus acompañantes vieneses y va hacia su dama de honor, la condesa de Noailles, a quien rodean la duquesa de Villars, azafata, y cuatro damas del Palacio, la duquesa de Picquigny, la marquesa de Duras, la condesa de Mailly, la condesa de Sauh-Tavannes. Estas damas han pertenecido a la casa de la difunta esposa de Luis XV, María Leszczyńska. Para disculpar las infidelidades de su yerno, y las suyas propias, Stanislas Leszczyński decía:

—¡Qué queréis, mi esposa y mi hija son las dos reinas más aburridas que me haya sido dado conocer!

A ese aburrimiento se agregaba la pasión de María Leszczyńska por la etiqueta, pasión contagiosa que había comunicado a la condesa de Noailles, a quien María Antonieta, burlona, apodará muy pronto Dona Etiqueta, ya que «la etiqueta era para ella una especie de atmósfera: al menor descalabro del orden consagrado, se habría dicho que estaba por ahogarse»^[10]. Pero nada, en esos días de regocijo estrasburgués, ni siquiera las trabas de la etiqueta logran borrar la sonrisa de María Antonieta, quien escucha discursos fatigosos y arengas interminables como si oyese sus arias de ópera favoritas.

Ansioso de complacer a la delfina, el señor D'Antigny, «jefe del Magistrado», le dirige la bienvenida en alemán. Con ese espíritu de oportunidad que conservará hasta el final, en los peores momentos, María Antonieta lo interrumpe con un «no hable en alemán, señor, a partir de hoy no escucho otro idioma que el francés». Ante estas palabras, la tormenta y los truenos que habían acompañado la ceremonia de la *entrega* se alejan como malos augurios conjurados por tanta gracia.

Una gracia deslumbrante, que más tarde testimoniará en sus *Memorias* una de las asistentes de las fiestas de Estrasburgo, Enriqueta Waldner, futura baronesa de Oberkirch:

«El porte de su cabeza, la majestuosidad de su talla, la elegancia y la gracia de su persona [...], todo en ella respiraba la grandeza de su raza, la dulzura y la nobleza de su alma; atraía a todos los corazones».

Los corazones se rinden a ese atractivo, incluido el corazón corrompido del obispo-coadjutor de la diócesis, el príncipe Luis de Rohan, Caza a la mujer y al zorro con igual placer, no se fija en gastos. Desenfrenos y prodigalidades lo preparan para ser un actor ideal en «el caso del Collar». Rohan desea a la delfina, en la catedral de Estrasburgo, que «el feliz Imperio de Antonieta y Luis Augusto» vea perpetuarse «la dicha de que gozamos bajo el reino de Luis el Bienamado».

Después de Estrasburgo y la bendición de Rohan, vienen las alabanzas de Nancy, los vivas de Lunéville, los aplausos de Commercy. Se corre, se acude, hay apiñamientos para aclamar a la delfina. A pocas leguas de Châlons, un viejo cura rural que había tomado como tema de su felicitación algunos versículos del Cantar de los Cantares, queda sin voz al ver a la resplandeciente María Antonieta, y se conforma con murmurar: «¡Ah, señora, no os asombréis de mi escasa memoria; ante vuestro aspecto, Salomón habría olvidado su arenga y dejado de pensar en su bella egipcia!».

El entusiasmo es aumentado por los beneficios que provoca el paso de la delfina. En esa ocasión, en Châlons, seis jovencitas dotadas por la ciudad recitan a María Antonieta los siguientes versos:

*Princesa cuyo ingenio, gracias, atractivos,
Vienen a embellecer nuestros climas,
En este día glorioso, ¡cuánta es nuestra dicha!
Debemos nuestro himen al esplendor del vuestro.
El cielo ha hecho al Estado dos favores a la vez
En esta augusta y pomposa alianza:
Nosotros daremos súbditos a Francia
Y vos le daréis reyes.*

En Reims, en Soissons, el viaje adquiere visos de hechicería, en especial en Soissons, donde las calles que recorren la delfina y su cortejo están adornadas de árboles frutales «de veinticinco pies de altura, entre los cuales corrían guirnaldas de hiedra, de flores, de gasas de oro y plata, entremezcladas con linternas».

La delfina multiplica sus sonrisas, sus risas, sus impulsos de espontaneidad. Esa alegría, esa vivacidad, tan temidas y tan combatidas por María Teresa, causan admiración. Unánimes, los gacetilleros repiten que basta ver a la delfina para quedar encantados, ¡y que si se tiene la buena suerte de escucharla, eso es el arrebato!

Cada familia contiene un monstruo a quien se denomina —gracias, señor de La Palice— el monstruo de la familia. La familia de los Luises ya no cuenta a sus monstruos, sus ovejas negras, sus corderos sarnosos. Las monstruosidades, las negruras, las sarnas mentales, se disimulan bajo cortesías exquisitas y modales suaves... María Antonieta pasa, sin otra transición que ese breve viaje encantado, de la sencillez de la corte de Viena a las inextricables complicaciones de la corte de

Versalles, ese laberinto en cada uno de cuyos recodos se refugia un Minotauro, un Luis.

LOS MONSTRUOS DE LA FAMILIA

(14 DE MAYO-30 DE MAYO DE 1770)

El 14 de mayo de 1770, al acercarse al puente de Berne, al borde del bosque de Compiègne, donde la esperan Luis XV, sus tres hijas y su nieto, María Antonieta irradia toda la alegría de ese momento tan esperado. Presa de la trampa de su propia luz, no ve las tinieblas. No puede verlas, porque es la negación misma de la oscuridad. Será insoportable para quienes viven en la sombra o extraen su sustancia de ésta, como las tres hijas de Luis XV. Trío al cual se designa con la denominación global de «Mis señoras» y que comprende a Doña Adelaida, Doña Victoria y Doña Sofía.

De las tres, Doña Adelaida es la más temible. Ha combatido tanto como le fue posible la alianza franco-austriaca. Cuando un oficial que pertenecía al séquito que iba a Estrasburgo para recibir allí a la delfina fue a escuchar «las órdenes» de Doña Adelaida, obtuvo la ruda respuesta siguiente:

—Si tuviese órdenes que dar, no serían las de ir a buscar a una austríaca.

Bien, ya se ha dicho, y cae como una hoja de guillotina. En 1770, como en 1789, «austríaca» tiene las mismas resonancias que, en 1945 como en 1989, tendrá el término de «nazi». La Austríaca: esta palabra no evoca la alegría vienesa; es sinónimo de los horrores de la guerra. La Austríaca: el vocablo es lanzado antes que María Antonieta haya penetrado en Francia, y más tarde se convertirá en «esa perra austríaca», que escandirán los días de amotinamiento y de matanzas.

Al lado de Doña Adelaida, víbora que silba sus mentiras sin cesar, sus otras dos hermanas resultan figuras pálidas. Doña Victoria es de una ingenuidad rayana en la tontería. Doña Sofía es irremediabilmente fea. Estas tres siniestras Parcas, Doña Malignidad, Doña Tontería, Doña Fealdad, acechan a María Antonieta.

Las Señoras, Luis XV y el delfín sólo conocen a la hija de María Teresa por los retratos, uno más halagador que el otro. Las Señoras esperan lo peor. El rey espera a ver, para juzgar en concreto. El delfín no espera nada. Resuenan trompetas y tambores, se elevan clamores, María Antonieta se acerca, María Antonieta está ahí, salta de su carroza con una impaciencia, una rapidez que sus damas de honor no pueden imitar, se lanza hacia Luis XV y se arrodilla ante él. Sorprendido,

conquistado, cosa que no dejan de advertir los testigos de la escena, Luis XV levanta en el acto a María Antonieta y la abraza con una efusión que no había previsto la etiqueta... Presenta la delfina al delfín, quien está a punto de dedicarse a uno de sus ejercicios favoritos: se balancea sobre un pie y luego sobre el otro.

El delfín, Luis Augusto, tiene dieciséis años^[11]. Todavía se encuentra bajo el dominio de su preceptor, el señor de La Vauguyon, quien ha habituado a su alumno a ver en cada mujer una criatura capaz de inducirlo al pecado, una tentadora, una Eva en potencia. Por lo tanto, es la Eva vienesa quien da su primer paso hacia su Adán versallés y deposita en su mejilla un primer beso. Tampoco eso ha sido previsto por la etiqueta. Luis Augusto se ruboriza. Se puede esperar que sea de satisfacción.

Todo ello pasa ante la mirada de un Choiseul que tanto ha trabajado para llegar a ese encuentro, a esa unión, y para quien ese día es un día de gloria y de éxito totales. Con satisfacción que no oculta, Choiseul ve que María Antonieta sube a la carroza del rey, en compañía del delfín.

La delfina también conoce al delfín sólo por retratos. Ahora puede examinar el original, que se halla sentado frente a ella. Se desconocen las conclusiones que extrae de eso.

Aturdida por el ruido, la música, las sonoridades de un idioma cuyas sutilezas todavía no domina, María Antonieta no tiene tiempo, por cierto, para entregarse a reflexiones muy profundas acerca de ese desconocido que va a convertirse en su esposo. Vive en el instante, ocupada en representar en forma impecable su papel de delfina, sin dejar por ello de mostrar una naturalidad que tanto ha agradado a Luis XV.

En el castillo de Compiègne, el rey presenta a María Antonieta sus nuevos primos, los príncipes de la sangre: el duque de Orléans, su hijo; el duque de Chartres, el príncipe de Condé, el duque de Borbón, el príncipe de Conti, el duque de Penthièvre, neurasténico por la muerte de su hijo hace dos años, y su nuera, María Teresa Luisa de Saboya-Carignan, princesa de Lamballe, quien entonces tiene veintiún años. En el alboroto de las presentaciones, María Teresa no distingue a quien llegará a ser su «querida Lamballe», y se conforma con abrazarla.

El 15 de mayo, la delfina sale de Compiègne y se detiene en Saint-Denis para visitar a una hermana de las Señoras, retirada desde hacía poco en el convento de las carmelitas, la señora Luisa.

Después de esta visita, una de las carmelitas escribe a propósito de María Antonieta:

«Es una princesa consumada por la silueta, la talla y los modales, y, lo que es más precioso aún, se dice que es de una piedad arrobadora. Su fisonomía tiene a la vez un aire de grandeza, de modestia y de dulzura. El rey, las Señoras y sobre todo el señor delfín, parecen encantados con ella; dicen sin cesar: “Es incomparable”».

Apreciación que comparten plenamente los parisienses que acuden para ver a

María Antonieta, quien en la tarde del 15 de mayo, a las siete, llega al castillo de la Muette. Encuentra allí a los hermanos del delfín, el conde de Provenza (futuro Luis XVIII), quien tiene quince años; el conde de Artois (el futuro Carlos X), quien tiene trece, y la hermana de ambos, Clotilde, quien en 1775 desposará al príncipe del Piamonte. Durante la cena que sigue a estos encuentros, a la mesa del rey a quien tiene por vecino, María Antonieta observa a una dama centelleante de elegancia, de ingenio y de pedrerías. Interroga a la señora de Noailles para saber cuáles son las funciones de esa dama, y cómo se llama. ¿La señora Du Barry? «¿Sus funciones? Divertir al rey», cuchichea la señora de Noailles, con tanta prudencia como imprecisión. La delfina tendrá tiempo para conocer en qué consisten las funciones de esa mujer cuyas caricias han conquistado al monarca sexagenario. «Me ha dado placeres que todavía desconocía», confió éste a un cortesano, quien respondió: «Señor, es que Su Majestad nunca ha ido al burdel», lugar en el cual esos placeres llamados «satisfacciones» son moneda corriente, o más bien están tarifados en su justo precio.

—¿Divertir al rey? —repite la delfina a la señora de Noailles—. En ese caso me declaro su rival.

Declaración premonitoria. Luis XV pregunta a María Antonieta cómo ve a esa «rival». «Es encantadora», responde ésta con una sinceridad que no es posible poner en duda, ya que gusta de todo lo que es bello, y no puede dejar de apreciar a esa sirena rubia que es la señora Du Barry. «Encantadora», responde como un eco la sirena, igualmente sensible alas seducciones de la delfina. Encantos de una noche. Galanterías sin futuro.

En menos de dos meses, en una carta a su madre, fechada el 9 de julio de 1770, María Antonieta declarará a la señora Du Barry «la más tonta e impertinente criatura que se pueda imaginar». Para la señora Du Barry, María Antonieta no será más que la «pequeña pelirroja».

Batalla de damas, que adquirirá las proporciones de un asunto de Estado entre Francia y Austria, y que muy pronto dividirá a ese Versalles al cual María Antonieta llega el 16 de mayo por la mañana. Allí encuentra a la última persona de la familia real a quien todavía no conocía, su cuñada Isabel, de seis años.

Al comienzo de la tarde, exactamente a la una, el delfín y la delfina salen de los aposentos del rey, rumbo ala capilla, donde su matrimonio por procuración recibirá su consagración religiosa, otorgada por el gran capellán, monseñor de La Roche-Aymon, arzobispo de Reims.

María Antonieta y Luis Augusto avanzan, tomados de la mano. Ella lleva un vestido de brocado blanco. Él, una vestimenta bordada de oro. Uno y otro chispean con sus diamantes. La pareja es seguida por el rey, las Señoras, los príncipes de la sangre, la señora de Noailles y otras setenta damas de la corte. En la galería de los Espejos se apretujan para asistir al suntuoso desfile y a la misa.

Terminada la ceremonia, el rey es el primero en firmar el acta de matrimonio. La

delfina se esmera en trazar con tinta *Antonieta Josefa Juana*; la señora de Brandeiss ya no está ahí para escribir los nombres primero con lápiz. Al final, vencida por el esfuerzo, María Antonieta, como la escolar que todavía es, hace un borrón.

A las tres, el cielo se cubre de nubes. Como en la ceremonia de la *entrega*, en el Rin, estalla una violenta tempestad, apaga las iluminaciones, no es posible encender los fuegos de artificio, y los curiosos, apiñados en los jardines o en las calles, se dispersan, empapados.

Las tormentas del cielo, a la espera de las de los hombres, se complacen en hacer de aguafiestas. En el castillo, en cambio, la fiesta no se interrumpe por eso, y las tinieblas exteriores nada pueden contra la «cantidad prodigiosa de velas» que iluminan las salas donde «todas las damas, [...] en grandes atavíos, constituían un espectáculo tan asombroso como magnífico». La corte nunca ha parecido tan brillante, tan murmuradora, cuando observa, durante la cena, la sobriedad de María Antonieta y la voracidad de Luis Augusto.

—No os carguéis demasiado el estómago para esta noche —recomienda el rey a su nieto, quien responde plácidamente:

—¿Por qué? Siempre duermo mejor cuando he cenado bien.

Después de la cena, los recién casados son llevados por el rey a su alcoba. Monseñor de La Roche-Aymon bendice el lecho.

Inútil bendición. Luis Augusto se duerme no bien se acuesta. No se escuchan suspiros de amor, sino los ronquidos potentes y regulares del delfín. La delfina, quien no había tenido mucho reposo desde que salió de Viena, el 21 de abril, se duerme a su vez.

Nada pasa en la noche del 16 al 17 de mayo. Tampoco pasará *nada* en la noche del 17 al 18. Luis Augusto prefiere la compañía de Morfeo a la de Venus. Podrían esperarse mañanas triunfales.

No, en la alborada, el 18, Luis Augusto se precipita a una partida de caza y vuelve para preguntar a María Antonieta:

—¿Habéis dormido bien?

—Sí.

Éste es todo el diálogo amoroso de su luna de miel. María Antonieta cree consolarse de semejante indiferencia jugando unos momentos con un perrito. Luego se hunde en ensoñaciones cuya duración alarma al vigilante abad de Vermond, quien ha seguido a su alumna a la corte de Versalles. Vermond no oculta sus inquietudes a Mercy, quien a su vez informa de ellas a María Teresa.

Pues es preciso rendirse ante la evidencia, por penosa, por incomprensible que sea. Un mes después de la noche de bodas, todavía no ha pasado nada entre los dos recién casados. El 15 de junio de 1770, Mercy informa a María Teresa que Luis XV

«habló de la expresión fría del delfín, diciendo que “todavía hay que dejarlo hacer”, que era muy “tímido y salvaje” y que, en definitiva, no era “un hombre como los demás”».

Si todavía no ha seducido a su esposo, María Antonieta no tarda en entender que la conquista de Versalles es igualmente difícil. Lo advierte a partir de las fiestas ofrecidas en honor de su matrimonio, con las escaramuzas que acompañan al baile del 19 de mayo: Mercy había pedido al rey que diese en ese baile «alguna señal de distinción» a la señorita de Lorena, hija de la condesa de Brionne y parienta de María Antonieta. Deseoso de manifestar a la emperatriz «su reconocimiento por el presente que le había hecho», Luis XV había decidido que la señorita de Lorena bailarían su minué inmediatamente después de los príncipes y las princesas de la sangre. Conmoción entre los grandes y los pequeños de la corte, quienes redactan un memorial para protestar, porque no podía haber un rango intermedio entre los príncipes de la sangre y los representantes de la alta nobleza. En París se ridiculizó ese memorial.

En la noche del 19 no había más que tres damas en la sala de baile. Hizo falta una orden formal del rey para obligar a las otras a concurrir. Los minués se desarrollaron según el orden querido por el rey, lo que no dejó de herir vanidades y de provocar un descontento que se disimuló, apenas, detrás de los abanicos. El séptimo minué fue bailado por la condesa Julio de Polignac, a quien María Antonieta no advirtió, tal como durante su presentación no había distinguido a la princesa de Lamballe.

El asunto del minué de la señora de Lorena fue apenas el prelude de otros incidentes infinitamente más graves. Así, María Antonieta tropezó con la primera confabulación en la corte, apenas tres días después de haber ingresado en ella. ¡Ah, en la corte de Viena no se habrían hecho tantas historias por un minué!

El 30 de mayo, las fiestas del matrimonio concluyeron con una catástrofe. Ese día, la ciudad de París se ilumina en honor del delfín y la delfina. Se encienden fuegos de artificio en la plaza de Luis XV, la actual plaza de la Concordia. Apenas ha terminado, cuando un incendio causa estragos en las piezas de artillería y los andamios que rodean la estatua del rey. Pánico entre la multitud. Desdichado de quien cae al suelo: allí quedará. Se contarán 132 muertos y centenares de heridos.

María Antonieta, quien ha llegado con las Señoras para admirar las iluminaciones, se entera del desastre en el Cours-la-Reine. Vuelve sobre sus pasos, con lágrimas en los ojos, las primeras lágrimas desde que está en Francia. En el acto ofrece su bolsa al teniente de policía, el señor de Sartine, para socorrer a las familias de las víctimas. El delfín, a su vez, envía a Sartine seis mil libras, acompañadas por las siguientes palabras: «Sólo puedo disponer de esto, y os lo envío. Ayudad a los más perjudicados».

María Antonieta y Luis Augusto descubren que, por lo menos, tienen en común la pasión de la caridad.

NIÑOS, PERROS, CABALLOS Y UN CORSÉ

(JUNIO-DICIEMBRE DE 1770)

La caridad no tiene su lugar en Versalles, donde todos se agitan, poseídos por los demonios de la intriga y de la galantería. La licenciosidad es extrema, nada se respeta allí, y menos aún el amor conyugal:

—Señora marquesa, no os aflijáis, sois muy hermosa y eso ya es un defecto; pero os será perdonado. Pero si queréis vivir tranquila aquí, ocultad un poco mejor vuestro amor por vuestro esposo; el amor conyugal es el único que no se tolera —osa decir un gran vicario a la señora de Osmond.

¡En ese pésimo lugar ha caído la hija de la austera María Teresa! En ese verano de 1770, María Antonieta percibe muy pronto que el rey de Francia no es un animal de trabajo como la emperatriz de Austria. Es víctima de sus placeres, de los cuales se ocupa más que de los asuntos de Estado. Un Estado que va a la deriva, hacia algún diluvio. Luis XV tiene conciencia de ello cuando pronuncia su «después de mí, el diluvio», con el cual borda esta variación: «Tal como están, las cosas durarán tanto como yo».

Luis el Bienamado se ha convertido en Luis el Muy Odiado. Le importa un bledo. Su corte se encuentra dividida entre el partido de Choiseul, proaustriaco, y el partido de los «devotos», que no perdona a Choiseul la expulsión de los jesuitas. Cosa curiosa, entre los «devotos» se ven obligadas a convivir, aunque se detestan, las Señoras y la señora Du Barry, porque encuentra que Choiseul no es lo bastante sumiso a sus caprichos.

En cuanto llega a Versalles, María Antonieta debe elegir entre los dos clanes. Sólo puede optar por el partido de ese Choiseul, a quien debe su matrimonio. Elección que la destinaría a la venganza de los anti-Choiseul, y en especial para la de Doña Adelaida.

Ésta, quien confesaba a una de sus amigas, «soy débil [...] tengo necesidad de ser dirigida»^[12], considera la juventud, la espontaneidad de la delfina, como otros tantos insultos contra ella. Doña Adelaida pertenece demasiado a la corte de Versalles para no practicar con virtuosismo una de las artes más apreciadas, el disimulo. Consigue ocultar su antipatía hacia la Austríaca. Sus hermanas la imitan. Las tres ofrecen a la

delfina «una llave de los corredores del castillo, por los cuales, sin séquito y sin ser vista, podría llegar hasta los aposentos de sus tías y verlas en privado»^[13].

Abandonada por su esposo al día siguiente de sus nupcias —uno creería estar leyendo una mala novela por entregas—, María Antonieta, al comienzo de ese verano de 1770, se desliza a menudo hacia los aposentos de las Señoras, para buscar en ellos un poco de distracción. Se aburre, ¿y cómo no aburrirse cuando todos los días se repiten, idénticos, monótonos, sin variaciones, sin sorpresas? He aquí el relato de uno de esos días, que María Antonieta hace a su madre en una carta del 12 de julio:

«[...] Me levanto a las diez, o a las nueve, o a las nueve y media, y una vez vestida, digo mis oraciones de la mañana, luego desayuno y voy a ver a mis tías, donde casi siempre encuentro al rey. Eso dura hasta las diez y media; a continuación, a las once, voy a peinarme. [...] Al mediodía, misa; si el rey está en Versalles voy con él y mi esposo y mis tías a misa; si no está, voy sola, con mi señor el delfín, pero siempre a la misma hora. Después de la misa almorzamos los dos ante todo el mundo, pero eso termina a la una y media, porque los dos comemos con mucha rapidez. De ahí voy a las habitaciones de mi señor el delfín, y si tiene cosas que hacer, vuelvo a mis aposentos, leo, escribo o trabajo, pues estoy haciendo un jubón para el rey, pero espero que con la gracia de Dios quede terminado en unos años. A las tres voy de nuevo a ver a mis tías, adonde el rey va a esa hora; a las cuatro viene el abad; a las cinco, todos los días, el maestro de clavicordio, o a cantar hasta las seis. A las seis y media voy casi siempre a las habitaciones de mis tías [...]. A las siete se juega hasta las nueve, [...]. A las nueve cenamos, vamos a acostarnos a las once. Ése es todo mi día».

¡No es posible dejar de bostezar de aburrimiento ante este empleo del tiempo que se impone a una delfina de catorce años! Si por lo menos Luis Augusto manifestase alguna solicitud hacia María Antonieta, pero *nada, nada*. Nunca se ha visto una pareja tan mal avenida. Ella es fina. Él, tosco. Ella es osada. Él, tímido. Ella es altiva. Él, modesto. Ella tiene ingenio. Él no lo tiene, y cuando un adulator se lo asigna, él rectifica: «Os equivocáis, señor, no soy yo quien tiene ingenio, sino mi hermano Provenza». Ella es adorada por su madre, sus hermanos, sus hermanas; Él no es querido. Y lo sabe. De niño, durante una lotería en la cual se debía dar lo que se ganase a la persona por quien uno era querido, Luis Augusto fue el único que guardó sus regalos. Como hubo mucho asombro, respondió con esta confesión desgarradora: «Es que nadie me quiere aquí».

Luis Augusto es sombrío, melancólico. ¿Cómo no serlo? Tantos duelos han ensombrecido sus primeros años... Su hermano mayor, el duque de Borgoña, muere en 1761. Su padre fallece en 1765 y su madre en 1767. He aquí que Luis Augusto queda huérfano a los trece años, y su única familia es su preceptor, el señor de La Vauguyon, «un hombre malévol», según la opinión de la corte, que sabía de esas cosas. La muerte de su hermano mayor, y después la de su padre, han hecho de Luis Augusto el sucesor de Luis XV. Él es el delfín, el futuro rey de Francia, cosa que no tardará en exasperar a sus dos hermanos, Provenza y Artois, a quienes devorará el ansia de ceñirse la corona si...

Como nadie lo quiere, Luis Augusto ha remplazado el amor por la caza, la carpintería, la cerrajería, sus tres pasiones. María Antonieta no pediría otra cosa que

ser la cuarta... o suplantar las otras tres para ser la única pasión de Luis Augusto. Emprende ese camino, y el 14 de julio de 1770 Mercy anuncia a María Teresa:

«El artículo más satisfactorio para la señora delfina es que todos los días conquista mayor ascendiente sobre el espíritu del señor delfín. Se comporta ante él con tanta alegría y gracia, que este joven príncipe se encuentra subyugado; le habla con confianza de cosas acerca de las cuales no se ha franqueado con nadie. Su carácter sombrío y reservado lo había vuelto impenetrable hasta hoy, pero la señora delfina le hace decir todo lo que quiere [...]».

Es posible imaginar la escena, con María Antonieta desplegando sus gracias y su ingenio ante un niño a quien nadie ha dedicado nunca la menor atención... En agosto, una noche, el delfín come tantos pasteles, que sufre las consecuencias de su glotonería: una indigestión. A la noche siguiente la delfina da la orden de que se lleven las pastas que hay en la mesa, y prohíbe que se las sirva hasta nueva orden. El delfín, asombrado ante esta señal de consideración, sonrío de felicidad. A partir de entonces, la influencia de María Antonieta sobre su esposo no dejará de crecer. Influencia que se detiene en el lecho. Luis Augusto no ha cumplido nunca con su deber conyugal, cosa que inquieta a María Teresa, asombra a Luis XV, deja perplejas a las Señoras y hace parlotear a la corte de Francia y a las cortes de Europa. Ante semejante agitación, Luis Augusto promete que para el 20 de setiembre y, luego, para el 10 de octubre. *Nada*, siempre *nada*. Para tratar de aclarar lo extraño de tal situación, resulta imposible proceder por alusión o por perífrasis. Hay que llamar al pan, pan, y a un prepucio, prepucio. El de Luis Augusto se adhiere demasiado al glande, cosa que hace que la erección resulte desagradable y que los intentos de penetración sean dolorosos, y aun insoportables. A esta imposibilidad fisiológica se agregan una cierta timidez, una sensualidad todavía adormecida. El delfín gasta su ardor en las cacerías o en modelar el hierro. Al cabo de un día de actividades incesantes, se duerme con el sueño que derriba a los deportistas y artesanos. Luis Augusto también se ve contenido por los escrúpulos religiosos inspirados por su preceptor, el señor de La Vauguyon. Se libera, con la ayuda de María Antonieta, desprendiéndose de ese Vauguyon, a quien sorprende escuchando ante las puertas. ¡Inadmisible! Pero *nada*, siempre *nada*.

También es posible que Luis Augusto no se sienta tan atraído por el placer, sin por ello ser un impotente, como dicen los rumores. No hacer el amor es una manera como cualquier otra de protestar contra la Lujuria (Luis XV) y el Desenfreno (la señora Du Barry). En esa alegoría del Desenfreno y la Lujuria, el delfín, que es un puritano, se vería en el papel de un Arcángel Justiciero. En esa misma alegoría, María Antonieta haría la figura de la Inocente Perseguida. Porque la delfina sufre ahora, por intermedio de muchas personas, las persecuciones de la señora Du Barry.

Al principio del verano de 1770, por una cuestión de precedencia, las compañeras de la delfina —entre ellas la condesa de Grammont— y las de la señora Du Barry se habían enfrentado. Estas damas habían intercambiado frases tan punzantes que la

favorita se quejó ante el rey. Éste, que nada podía negar a la señora Du Barry, a quien le debía el conocimiento de sus últimas voluptuosidades, había exiliado a la condesa de Grammont a quince leguas de París. La condesa enfermó allí, y pidió a María Antonieta que interviniese en su favor. Nunca se pedía en vano una ayuda a María Antonieta. La delfina intervino ante el rey, quien se negó. La delfina insiste. Un tanto irritado, el rey piensa en cerrar el incidente con un «Señora, creo haberos dicho que os daría una respuesta». Eso es no tener en cuenta el espíritu de réplica de María Antonieta, quien enseguida replica:

—Pero papá, con independencia de las razones de humanidad y justicia, pensad en la pena que sería para mí si una mujer que se encuentra unida a un servicio llegase a morir en desgracia con vos.

«Papá» no tuvo más remedio que sonreír y prometer a su nieta que la satisfaría. Encarga al duque de La Vrillière que envíe a la señora de Grammont el permiso para ir a hacerse atender en París. El duque omite avisar a la delfina, quien se enoja y declara con tono cortante:

—Señor, como se trata de una petición de la cual os he encargado, y que se refiere a una dama de mi servicio, habría debido ser la primera en recibir la información, y por vos, de la decisión que el rey adoptara respecto de ella; pero veo, señor, que me habéis tratado como a una niña y tengo el gusto de deciros que no lo olvidaré.

Se creería oír a María Teresa hablando por boca de María Antonieta. Se admirará aún más esta réplica cuando se sepa que el duque de La Vrillière se cuenta entre los amigos de la señora Du Barry. Las Señoras aplauden a María Antonieta por su conducta y sus frases. Doña Adelaida reconoce que no habría tenido el mismo valor, o la misma inconsciencia, y suspira:

—¡Ya se ve que no sois de nuestra sangre!

Las Señoras adquieren una influencia cada vez mayor sobre María Antonieta. Estimulan su inclinación a la burla, y la señora Du Barry es con frecuencia el blanco de ésta, cosa que molesta al rey.

Las Señoras se convierten en modelos para la delfina, quien con el ejemplo de ellas, juega a mostrarse asustada. Ya no se atreve a hablar al rey, se libera lo más posible de sus deberes de representación, y cuando debe cumplirlos lo hace con una agitación terrible, que el abad de Vermond trata en vano de calmar. El 10 de octubre, Doña Luisa recibe en Saint-Denis el hábito de carmelita, de manos de María Antonieta. Temerosas de que su sensibilidad sufra demasiado durante la ceremonia, las Señoras no asisten a ella. La delfina vuelve de prisa a contarles los detalles. Ya no se separan. Cosa que deplora Mercy y que exaspera a María Teresa, quien ve que su autoridad materna es minada por esas tres viejas arpías. Las Señoras alientan en exceso el gusto de su hija por las niñerías, en todos los sentidos que puede tener este término.

María Antonieta adora a los niños y gusta de participar en sus juegos. El pequeño Misery, de cinco años, hijo de una de sus camareras, va con demasiada frecuencia a

los aposentos de la delfina y provoca tanta distracción durante «los momentos de lectura y de ocupaciones serias» que Vermond se queja de ello. «Siempre le ha gustado demasiado jugar con niños», reconoce María Teresa, quien para remediar esta distracción pide a su hija «una especie de diario de las lecturas que hace con el abad». ¡María Teresa tendrá que esperar su «diario» mucho tiempo!

Durante el verano de 1770, María Antonieta sólo lee dos libros, las *Cartas* del conde de Tessin y las *Bagatelas morales* del abate Coyer. Antes que la lectura, prefiere con toda claridad los juegos con el pequeño Misery o el pequeño Thierry, de cuatro años, también hijo de una de sus camareras. A sus juegos se unen dos perros «muy sucios» de María Antonieta. Se distraen como pueden.

En ocasiones, la delfina sale de exploración por el parque de Versalles, ¡huyendo de todas las coerciones, incluida la... de llevar un corsé! Esa negativa hace correr ríos de tinta entre Mercy y María Teresa. Durante dos meses, María Antonieta persistirá en su rechazo, y sólo usará un corsé en octubre. Muy pronto olvida el asunto del corsé para dedicarse a una nueva diversión, los paseos a lomo de asno, tres o cuatro veces por semana. María Teresa encuentra que eso es demasiado, que es algo rayano en la disipación. La emperatriz de Austria no ha terminado con sus aflicciones. Como ha adquirido, con los asnos, el gusto por la equitación, María Antonieta quiere montar a caballo. Negativa de María Teresa. Alentada por las Señoras, María Antonieta pasa por encima de ésta y monta a caballo. Furor —contenido— de María Teresa cuando se ve ante el hecho consumado. El 2 de diciembre de 1770 escribe a su hija:

«He llegado a un punto al cual sin duda habéis tratado ya, con precipitación, de llevarme: se trata de eso de montar a caballo. Tenéis razón en creer que nunca podré aprobarlo a los quince años; vuestras tías, a quienes citáis, lo hicieron a los treinta. Eran las Señoras, y no la delfina, y me siento un tanto molesta con ellas por haberos animado con sus ejemplos a sus complacencias; pero me decía que el rey aprueba, y también el delfín, y todo queda dicho para mí: ellos son quienes deben daros órdenes, en sus manos pongo a esta amable Antonieta: montar a caballo arruina el cutis, y a la larga vuestro cuerpo se resentirá y parecerá mucho más grande».

Aunque picada en su coquetería, María Antonieta no dejará de hacer sus paseos a caballo. Con la emperatriz de Austria, la delfina aprende a manejar, para su beneficio, los sermones, como lo demuestra esta exquisita escena de enfado, digna de un Marivaux y comunicada por Mercy:

«Desde hace mucho tiempo, la señora delfina exhorta al señor delfín a no demorarse tanto en la caza, y ese día le había rogado que regresara a una hora razonable, para que estuviese vestido y no se hiciera esperar para el espectáculo. Mi señor el delfín volvió tarde y, según su costumbre, mucho después que el rey. Encontró a la señora delfina en los aposentos de Su Majestad; se acercó a ella con expresión un tanto turbada y le dijo: “Ya veis que he llegado a tiempo”. La señora delfina le respondió con tono bastante seco: “¡Sí, bonita hora!”. Fueron al espectáculo, donde mi señor el delfín fue víctima todo el tiempo de la irritación de ella. Al regreso del teatro, trató él de pedir una explicación; entonces la señora delfina le dirigió un pequeño sermón, muy enérgico, en el cual le expuso con vivacidad todos los inconvenientes de la vida salvaje que él hacía. Le hizo entender que nadie, en su séquito, podía resistir ese tipo de vida, tanto menos cuanto que su aire y sus modales

groseros no ofrecían compensación alguna a sus seguidores, y que si continuaba con ese método, terminaría por destruir su salud y hacerse detestar. Mi señor el delfín recibió esta lección con dulzura y sumisión; reconoció sus errores, prometió repararlos y pidió formalmente perdón a la señora delfina».

Algunos reproches pueden ser considerados como otras tantas pruebas de amor. Luis Augusto no se engaña al respecto. Es amado por María Antonieta, se encuentra persuadido de ello, convencido. Está en el paraíso. Es amado por un ángel. Todos los días le traen nuevas pruebas de la bondad de su angélica mitad.

En diciembre, durante una cacería, el postillón de la delfina resulta herido. En esa época, los grandes no se detenían en tales detalles y continuaban con la cacería. María Antonieta se detiene durante una hora, se ocupa de todo, lo dirige todo y relata, con la alegría que se difunde por la corte:

—Dije a todo el mundo que eran mis amigos, pajes, palafreneros, postillones. Les dije: «¡Amigo mío, ve a buscar a los cirujanos! ¡Amigo mío, corre en busca de unas angarillas!».

¿No es conmovedora, esta delfina de quince años que ve amigos por todas partes?
¿No se parece a un cuadro de Greuze, *El postillón herido*?

Al día siguiente de este accidente, María Antonieta envía a pedir noticias de su protegido, cuando un cortesano tiene la desgracia de decir en su presencia: «La gente de las caballerizas tiene el cuero duro». Indignada, María Antonieta comunica esta afirmación al abad de Vermond, quien la comenta:

«[...] Las personas que hablan así se equivocan mucho, la gente pobre vive más junta, es menos disipada y debe quererse tanto, por lo menos, como los grandes entre sí».

Tranquilizada acerca de la suerte de los pequeños que se quieren tanto como los grandes, María Antonieta se prepara para las fiestas de Navidad, las primeras que no pasará en su familia.

¡Para olvidar su alejamiento, esta desarraigada multiplica los actos de caridad hasta tal punto que su reputación de bondad no cesa de crecer, y se le atribuyen buenas acciones que no ha cometido! En ocasión de una disminución del precio del pan, el pueblo de París afirma en voz alta que la señora delfina es quien ha obtenido esa reducción, cuando en verdad nada tuvo que ver con ella. En París, lo mismo que en Versalles, la buena reputación de María Antonieta se extiende y llega hasta Viena. María Teresa se digna mostrar su satisfacción en una carta escrita en la víspera del decimoquinto aniversario de su hija, el 1 de noviembre de 1770:

«Sois vos quien debe dar el tono en Versalles; y lo habéis logrado muy bien; Dios os ha colmado de tantas gracias, de tanta dulzura y docilidad, que todo el mundo tiene que quererlos: es un don de Dios y hay que conservarlo, no para gloriaros con él, sino para cuidarlo con esmero, por vuestra propia dicha y por la de todos los que os pertenecen».

Para conservar ese estado de gracia que concuerda con las gracias de los quince años, María Teresa recomienda la más estricta vigilancia:

«Os lo ruego, no os dejéis llevar por la negligencia: a vuestra edad, eso no conviene, y en vuestro lugar menos todavía; ello atrae el desaseo, la negligencia y la indiferencia, aun en todo el resto de vuestras acciones, y os hará daño; ésa es la razón de que os importune, y no puedo dejar de preveniros contra las menores circunstancias que podrían arrastraros a los defectos en los cuales ha caído toda la familia real de Francia, desde hace largos años: son buenos, virtuosos en sí mismos, pero en modo alguno están hechos para brillar [...] o para divertirse honradamente, lo cual ha sido la causa común de esos extravíos de sus jefes, que, como no hallaban recurso alguno entre ellos, creyeron deber buscarlos afuera y en otras partes. [...] Quedamos muy bien compensados de las pequeñas molestias que padecemos, gracias a la satisfacción y la alegría que semejante conducta produce y conserva. Por lo tanto os ruego, como amiga y como vuestra tierna madre, que habla por experiencia, que no os dejéis llevar a ninguna indiferencia, ni en relación con vuestro cuerpo ni en lo relacionado con las representaciones. Lamentaríais, pero demasiado tarde, el no haber escuchado mis consejos».

Gravedad de tono que no es el que usa, por lo general, para una carta de cumpleaños. Y es que María Teresa no pierde una sola ocasión para poner en guardia a su hija querida contra los peligros que ella advierte demasiado bien. El mal ejemplo dado por la familia real de Francia, y ante todo por su jefe, puede tener, a la larga, la más nefasta influencia sobre María Antonieta, quien tal vez sólo destacó de la carta de su madre una única frase: «Tenéis todos los motivos del mundo para estar contenta».

En ese final del año 1770, María Antonieta tiene «todos los motivos del mundo para estar contenta», cuando, el 24 de diciembre, estalla el anuncio de la caída en desgracia de Choiseul. Luis XV ofrece a la señora Du Barry, como regalo de Navidad, la desgracia de ese ministro a quien la delfina debe su matrimonio. Sin mostrar la menor molestia, Choiseul pone «la renuncia a su cargo de secretario de Estado y de superintendente de Correos en manos del duque de La Vrillière». Viaja de Versalles a París, donde es recibido con «aclamaciones honorables», y se retira, por orden del rey, a sus dominios de Chanteloup. Los grandes señores, las damas a la moda, se apresuran a visitar al exiliado.

No por ello deja de triunfar la señora Du Barry. Jaque a la delfina, quien había elegido a Choiseul y su partido. A pesar de ese fracaso final, 1770 es un año muy henchido de acontecimientos para María Antonieta: su partida de Viena, sus encuentros, con pocos días de intervalo, con tres personas que tendrán tanta importancia en su destino: Luis de Rohan, la princesa de Lamballe, la condesa Julio de Polignac; su casamiento, su conquista de un esposo de lo más huidizo; su naciente renombre. Se querría mantener intacta esta imagen de una María Antonieta de quince años que juega con los corazones, con los niños, y cuya despreocupación, cuyos impulsos de compasión, hacen retroceder por un instante el poderío de las Parcas y de las fuerzas del mal.

EL CASO DU BARRY

(1771-1772)

[...] y esta mujer ya no escuchará el sonido de mi voz

MARÍA ANTONIETA

En su caída en desgracia, Choiseul fue irreprochable y mostró una prudencia digna de su conocimiento del mundo. Debía su elevación a una favorita, la señora de Pompadour, y deberá su caída a otra favorita la señora Du Barry. Así son las cosas en Versalles, hay que resignarse.

¿Será María Antonieta tan prudente como Choiseul, y mostrará tanta resignación? Se puede temer cualquier cosa de su espontaneidad y de sus impulsos, que en este caso preciso pueden desagradar al rey. Para prevenir los daños que provocaría una conducta irreflexiva, Mercy, una hora después de la caída de Choiseul, convoca a Vermond, a quien encarga transmitir sus recomendaciones a la delfina: por medio de su actitud puede señalar su legítimo desagrado. Se limitará a expresar a Choiseul su condolencia «por la desgracia de haber desagradado al rey, su amo». Después de ello, su reprobación se mantendrá muda. María Antonieta seguirá en forma estricta sus instrucciones, para satisfacción de María Teresa, encantada de saber que «todo Versalles y París hicieron los más grandes elogios a Su Alteza Real, y la propia gente de la confabulación se vio obligada a aplaudir». La «confabulación», a la cual María Teresa bautiza también como la camarilla, la «abominable camarilla», son, como se habrá adivinado, las Señoras en general y Doña Adelaida en particular:

«Doña Adelaida no tiene coherencia ni sistema alguno en el espíritu; se ha declarado, en forma abierta, protectora del duque de Choiseul [...]. Al día siguiente de la expulsión del ministro, fue la primera en reprochar su conducta [...], cosa que escandalizó a todo el público. Tantas inconsecuencias en los procedimientos no dejan de anunciarse en los consejos, y siempre temo los efectos de ello para la señora delfina, quien los escucha demasiado. La condesa de Narbona, azafata de Doña Adelaida, gobierna por completo a esta princesa, y por intermedio de ella también querría gobernar a la señora delfina; ya lo ha logrado en muchas cosas, pero la presencia del abad de Vermond representa un obstáculo para la ejecución total de su proyecto, cosa que me hace temer que esa azafata quiera buscar medios para apartar al abad»,

escribe Mercy a María Teresa, el 23 de enero de 1771. En el juego que desarrollan la emperatriz de Austria y su embajador, para gobernar a la delfina, Vermond es una pieza de importancia. Ve todos los días a María Antonieta, con quien Mercy sólo se encuentra dos veces por semana. Quien representa a Austria en París no puede multiplicar las visitas a su protegida sin provocar murmuraciones. La influencia de María Teresa y Mercy sobre la futura reina de Francia tiene que mantenerse en secreto. Esa necesidad del secreto absoluto es posibilitada por la presencia de Vermond. Y he ahí que ese bonito equilibrio queda comprometido por una condesa de Narbona, que dirige a su placer a una Doña Adelaida que no puede hacer otra cosa que repetir: «Soy débil [...], necesito ser dirigida».

María Teresa y Mercy demostrarán que «su» María Antonieta no es «débil» y no necesita ser dirigida... ¡salvo por su madre y su embajador! Vermond conservará su puesto.

Estas alertas, estos temores, enfurecen a María Teresa, quien condena con energía a las Señoras y su clan:

—Esa abominable camarilla arruinará a mi hija y volverá sospechosos o incómodos a quienes podrían darle buenos consejos.

¿Cómo impedir que María Antonieta vaya tan a menudo a visitar a sus tías? ¿Por qué no permanece en sus habitaciones, leyendo en compañía del abad de Vermond?

«Tratad de llenar un poco vuestra cabeza de buenas lecturas, os son más necesarias que a cualquier otra. Desde hace dos meses espero del abad la lista de ellas, y temo que no os hayáis aplicado todavía; los asnos y los caballos ocuparon sin duda el tiempo necesario para la lectura [...]»,

escribe María Teresa a María Antonieta, el 6 de enero de 1771. Los asnos, los caballos y las Señoras son, decididamente, las pesadillas de la emperatriz.

Para María Teresa, la equitación es incompatible con la maternidad. María Antonieta debe ser madre sin tardanza. ¿Y cómo puede serlo cuando su esposo no hace nada para terminar con ese temible *nada*^[14] que jalona el diario íntimo de Luis Augusto?

Todos los meses, puntual, la «generala» está ahí. La «generala Krottendorf», o, en abreviatura, «la generala», es el término que en la correspondencia entre la emperatriz y la delfina designa las menstruaciones de ésta. Porque María Teresa exige que se le informe sobre los períodos de su hija. ¡No es posible llevar más lejos la inquisición maternal!

En marzo de 1771 María Teresa confiesa que no entiende la conducta de Luis Augusto: «No entiendo nada de su conducta respecto de su mujer; ¿será tal vez la consecuencia de los malos principios que han inspirado su educación?». Pregunta a la cual María Antonieta aporta un esbozo de respuesta. Combate esos «malos principios», y sobre todo ese «estado salvaje» en el cual se complace su marido. Rousseau podrá celebrar tanto como quiera al «buen salvaje» y estigmatizar los

efectos de la civilización; Luis Augusto sigue siendo el delfín y debe dar el ejemplo de civilización. Producto puro de esa civilización del siglo dieciocho: los bailes. Se multiplican en la corte durante el carnaval de 1771, y, oh sorpresa, el delfín, que no gusta de ese tipo de manifestaciones, se presenta con la delfina. Más aún: baila, se divierte. Ese taciturno ha «hablado a todo el mundo con un aire de bondad que no se le conocía hasta ese momento. Un cambio tan ventajoso se atribuye, con gran razón, a la señora delfina»^[15].

Ese malhumorado se vuelve amable y manifiesta un poco de ese ingenio para la réplica del cual su esposa ofrece tantos ejemplos. Cuando la pareja asiste, por primera vez, a un baile organizado por la señora de Noailles, Luis Augusto declara a Doña Etiqueta:

—Espero, señora, que tengáis la cortesía de recibir al marido y a la esposa; no venimos para traer molestias, sino para compartir vuestras diversiones.

El cambio de Luis Augusto continúa:

«Desde hace unas semanas, el señor delfín ya no es reconocible a causa del ventajoso cambio en sus modales hacia la señora archiduquesa, y lleva sus atenciones hasta el colmo de la galantería y los cuidados más exquisitos. Son pequeñas caricias, una ansiedad por estar el mayor tiempo posible con la señora delfina, para adelantársele en todas las cosas; en fin, nada falta en todo lo que puede caracterizar la ternura, que parece crecer de día en día. En una ocasión, hacía poco, el rey se encuentra en el seno de su familia, y dice, en broma, que no esperaba otra sucesión que la que le diera el señor conde de Artois. El señor delfín se vuelve hacia Doña Victoria y le declara, riendo: “Mi padre^[16] tiene una pobre opinión sobre mí, pero pronto se desengañará”».

Encantadoras palabras, seguidas de muy pocos efectos. *Nada*, siempre *nada*. A esta calma chicha se agregan las habituales molestias de la vida en familia. En ese aspecto, la familia real no difiere de las otras. «No pasan muchos días en el seno de la familia real sin que surjan pequeñas pependencias»^[17]. En esas aguas turbias en las cuales ejerce sus socarronerías y sus falsías, el conde de Provenza se encuentra a sus anchas, y llega a conciliarse a la vez con las Señoras y la señora Du Barry. Su duplicidad es tal, que exaspera a María Antonieta. Entre el nieto de Luis XV y la hija de María Teresa estallan altercados vivos, secos, que desconciertan al primero y desagradan a la segunda.

El conde de Artois no vale mucho más que el conde de Provenza. Comunica a María Antonieta comadreo que podrían herirla. A tal punto que un día la delfina se arroja al cuello del delfín y le dice:

—Siento, mi querido amigo, que os amo cada día más. Vuestro carácter de sinceridad y franqueza me encanta, y cuanto más os comparo con otros, más me doy cuenta de que sois mejor que ellos.

Querida María Antonieta. Dice exactamente lo que hay que decir a Luis Augusto, quien se cree inferior, en general, a todos los que lo rodean, y en especial a sus hermanos. Encantado con la declaración de la delfina, el delfín llega a la bienaventuranza cuando se entera de las «delicadezas» que su esposa exhibe casi

todos los días. Una vez, herida en un pie por una espantada de su caballo, María Antonieta no deja traslucir nada para «ahorrar a su caballerizo la pena de creerse el autor involuntario de ese accidente». En otra ocasión, durante una cacería, renuncia a perseguir a un ciervo para no atravesar —y por lo tanto destruir— un trigal, porque, según explica, ello perjudicará a los cultivadores, que «son siempre poco y mal resarcidos en tales ocasiones». Por último, María Antonieta da el ejemplo en materia de economía:

«Como el duque de Duras [...] sabía cuánto gustaba la señora delfina de la danza, le propuso tomar medidas para que hubiese bailes durante la estadía que la corte haría en Fontainebleau, en el otoño. La señora archiduquesa le respondió que ese arreglo le agradaría mucho, pero que como produciría un aumento de gastos, no quería que se dijese que se encontraba dinero para sus diversiones, en tanto que no se lo hallaba para pagar los salarios de la gente de su casa, y que por esa razón renunciaba a las diversiones que se le proponían. Esa respuesta, que nadie dejó de conocer, causó una admiración general...»^[18]

Dinero para los bailes y nada de dinero para pagar a las domésticas de la delfina (varios centenares): ¡eso da una idea del desorden reinante en las finanzas reales!

En esa delfina caritativa y económica, el delfín, el piadoso delfín, creía contemplar un regalo del cielo. También cree ser, y mucho antes de Ruy Blas, el gusano de tierra enamorado de una estrella. No hace *nada* para colmar la distancia que separa al gusano de la estrella. «Si una joven, y con el cuerpo de la delfina, no puede enardecer al delfín, todos los remedios serán ineficaces, y por lo tanto es mejor renunciar y esperar el instante del cambio de una conducta tan extraña», se queja María Teresa, quien por el momento se resigna a la no consumación del matrimonio de su hija. La emperatriz tiene ahora otros temas de preocupación, las amigas de María Antonieta, a quienes la opinión pública convertirá en favoritas, en las iguales de una Pompadour o de una Du Barry, y eso a partir de la aparición de la primera de ellas, la princesa de Lamballe:

«Desde hace algún tiempo la señora delfina había cobrado un afecto muy especial hacia la princesa de Lamballe, de nacimiento princesa de Carignan y viuda del príncipe de Lamballe, hijo del duque de Penthièvre. Esta joven princesa, dulce y amable, que goza allí de las prerrogativas de princesa de la sangre, se ve muy empujada a hacer la corte a la señora delfina y a cultivar las bondades de Su Alteza Real»,

indica Mercy a María Teresa, el 17 de marzo de 1771.

Este afecto «muy especial» nada tiene que ver con lo que hoy se llamaría una amistad particular. Habría que volver a dar a este adjetivo el sentido que tenía en el siglo dieciocho: significaba algo aparte, incomparable. Lamballe tiene todo lo necesario para agradar a María Antonieta. Es dulce, Mercy tiene razón, y hasta tal punto sensible que se desvanece por un sí es no. La impetuosa, la robusta María Antonieta, de quince años, no puede dejar de ser seducida por tanta debilidad. Y

además Lamballe sólo le lleva seis años de edad. En esa corte en la cual predominan las barbas y las pelucas de viejas, la juventud de una Lamballe es apreciable.

Cuando recordaba su cautiverio en el Temple, donde después de la muerte de su padre sufrió tanto la soledad y el aislamiento, la Señora Real decía:

—Si me hubiesen dado un monstruo, lo habría amado. En esa primavera de 1771, su madre habría podido hacer suya esa declaración. Caída en una familia problemática, María Antonieta no encuentra a nadie a quien amar, aparte de Luis Augusto. La hipocresía de las Señoras, las socarronerías de Provenza, el libertinaje de Artois, le repugnan. Luis Augusto, tan enamorado como está de su esposa, no llega a colmarla, ni física ni sentimentalmente. En Versalles, María Antonieta sufre de una soledad y un aislamiento que sólo sus dos confidentes, Mercy y Vermond, pueden quebrar. Está dispuesta a amar a un monstruo. Pero María Teresa Luisa de Saboya-Carignan no es un monstruo, aunque haya desposado a uno cuando tenía dieciocho años: Luis Estanislao de Borbón-Penthièvre, hijo de Luis Juan María de Borbón-Penthièvre, uno de los hombres más ricos de Europa, último heredero de los hijos legitimados de Luis XIV y la señora de Montespan. Un año después de su matrimonio, Luis Estanislao murió, «víctima de sus excesos», se dice púdicamente. Desde entonces, la princesa de Lamballe hace el papel de joven viuda, tan deslumbrante como la que describe La Fontaine en una de sus fábulas. Sus desdichas han aumentado sus encantos. Sus grandes ojos, sus largos cabellos, su cutis arrebatado, su talle flexible, su andar que no lo es menos, se encuentran aureolados por una melancolía irresistible. Lamballe se doblega, Lamballe cede, Lamballe languidece, Lamballe gime. Es un corazón sensible. Un corazón de rubia, porque la princesa es rubia como la delfina. En Lamballe, María Antonieta espera hallar el alma hermana, o la ilusión de reencontrar a sus hermanas, María Ana, María Cristina, María Isabel, María Amelia, y sobre todo María Carolina, de la cual se había visto separada por delito de cuchicheos y burlas.

Con Lamballe, María Antonieta recreará el irremplazable ambiente de serrallo que era el Schönbrunn, con sus risas, sus llantos, sus ensoñaciones en voz alta, sus confidencias en voz baja.

En ese dúo femenino, María Antonieta podrá volver a ser la chiquilla tierna y burlona que había sido, que no dejó de ser, que nunca dejará de ser. Lamballe representa esa posibilidad de infancia reencontrada... Juegos de la infancia que nada tienen que ver con los juegos de Lesbos.

Apenas se conoce el naciente favor de la princesa de Lamballe —sólo llegará a su apogeo en 1774—, se intenta aprovecharlo. La condesa de Brionne formula el proyecto de unir a su hijo, el príncipe de Lambesc, con la princesa de Lamballe; por intermedio de la delfina. Mercy, consultado, disuade a María Antonieta de dar impulso a ese proyecto. Con este detalle, ya se habrá entendido hasta qué punto debe ser prudente María Antonieta, atenta a sus menores gestos, a sus menores favores. Todas sus acciones son pretextos para intrigas.

Y hay cosas peores. Después de la caída de Choiseul se asiste a una fermentación de los espíritus que se acentuará de año en año y llevará hasta el 14 de julio de 1789. Comienza la protesta, una protesta que era impensable bajo un Luis XIV, y que Mercy señala en abril de 1771:

«Desde que los espíritus se han rebelado por completo contra todo lo que ocurre aquí, la opinión pública ya no guarda medida en lo que dice. Los asuntos de gobierno se han convertido casi en los únicos temas de conversación de la corte, de la ciudad y aun de todo el reino, [...]. El trono es denigrado por la indecencia y la extensión del crédito de la favorita, y por la ruindad de sus partidarios. La nación se expide en declaraciones sediciosas, en escritos indecentes en los cuales no se perdona a la persona del monarca; Versalles se ha convertido en la sede de las perfidias, los odios y las venganzas; todo se hace por medio de intrigas y de opiniones personales, y me parece que se ha renunciado a todo sentimiento de sinceridad. No he vacilado en presentar este cuadro a la señora delfina y en hacerle observar, con suma frecuencia, que el único medio posible de evitar los inconvenientes de una época tan crítica es el de guardar un profundo silencio sobre las cosas, tanto como sobre las personas, y Su Alteza Real comienza a sentir la necesidad de ese método».

A los quince años, María Antonieta aprende el valor del silencio y su poder. Bien manejado, el silencio puede ser un arma temible. La primera víctima es la señora Du Barry, a quien María Antonieta jamás dirige la palabra. Pero la señora Du Barry se encuentra en la cúspide de la influencia que ejerce sobre Luis XV. No conforme con haber eliminado a Choiseul, lo ha reemplazado por uno de sus protegidos, el duque de Aiguillon. «La extensión del crédito de la favorita» provoca murmullos de rebelión, que Mercy recoge.

Lo mismo que Doña Adelaida, Luis XV podría repetir:

—Soy débil, necesito ser dirigido.

Es dirigido por la señora Du Barry, pues tal es su placer, ante el cual todos se inclinan. Salvo la hija de María Teresa, quien no puede soportar semejante decadencia, y que ahora sabe a qué atenerse respecto de la que antes de ser la favorita del rey se vendía al mejor postor.

María Antonieta es virtuosa por naturaleza, en un siglo en que la virtud abunda tan poco. Como sus contemporáneas, las heroínas de Sade, conocerá «los infortunios de la virtud». También Luis Augusto es virtuoso. El delfín y la delfina se sienten repugnados todos los días ante el triunfo de la Du Barry, a quien encuentran en todas partes, en Versalles lo mismo que en Fontainebleau, en Marly como en Compiègne. Imposible evitar su presencia. En tanto que Luis Augusto no disimula su repugnancia, María Antonieta nada muestra. Su impasividad no pasa inadvertida.

En presencia de la señora Du Barry, María Antonieta se ve aquejada de pronto de ceguera, sordera y mutismo. No ve a la señora Du Barry, no oye lo que dice la señora Du Barry y no abre la boca en presencia de la señora Du Barry. Ésta no puede dejar de ofuscarse con semejante comportamiento: se queja al rey, quien toma la situación con humor. Como tiene horror a las explicaciones *directas* con sus hijos, Luis XV convoca a la señora de Noailles, a quien le hace observar que la señora delfina «se permitía hablar con demasiada libertad de lo que veía o creía ver, y que sus

observaciones un tanto aventuradas podrían producir malos efectos en el seno de la familia».

Es preciso resignarse a considerar a la señora Du Barry como perteneciente a la familia y terminar con las burlas cuyos «malos efectos» tenía razón de temer María Teresa. Pero María Antonieta no se confiesa vencida. Unas horas después de la convocatoria de la señora de Noailles, pregunta a su «papá» si no «tenía suficiente amistad y confianza con ella para hablarle en forma directa de lo que podía resultarle agradable o desagradable». No es posible ser más *directo* que María Antonieta. Luis XV se siente hundido en una turbación que resulta ventajosa para la delfina. «Papá» asegura a la niña que «la encontraba encantadora, que la quería con todo el corazón; le besó las manos, la abrazó y aprobó todo lo que acababa de decirle Su Alteza Real».

Victoria efímera de María Antonieta. Las Señoras se muestran escandalizadas ante las libertades que la delfina se toma con el rey. Pero no abandonan su presa, para gran desilusión de María Teresa, quien querría que terminase la influencia de ellas, demasiado grande. La situación se volverá muy pronto insostenible, pues «tener faltas de consideración con personas a quienes el rey ha ubicado en la sociedad es tenerlas con él mismo». Todo se complica, en el mes de mayo de 1771, con el matrimonio del conde de Provenza y una princesa de Saboya. La «confabulación», la «abominable camarilla», trata de oponer a las dos cuñadas y, por medio de ellas, a sus países. ¡Si Saboya triunfara sobre Austria, qué satisfacción para las Señoras, que siguen siendo ferozmente antiaustriacas! Cosa que no les impide envolver a María Antonieta en hipócritas manifestaciones de afecto.

El 30 de julio de 1771, el caso Du Barry se eleva a la altura de un asunto de Estado, ya que Luis XV se mezcla en él en forma abierta. Ese día, Mercy es invitado a los aposentos de la favorita, quien protesta de sus buenas intenciones hacia la delfina, y desmiente que haya osado tratarla de «pequeña pelirroja»^[19]. Entonces, ¿por qué la señora delfina se muestra tan despectiva con ella, la señora Du Barry? Muy disgustado, Mercy no sabe qué responder. Para aumentar su molestia, aparece Luis XV y le declara:

—Hasta ahora habéis sido el embajador de la emperatriz; os ruego que ahora seáis mi embajador, al menos por algún tiempo. Os autorizo a decirle de mi parte lo que queráis; se le dan malos consejos; no es necesario que los siga.

Mercy insta a María Antonieta a reconocer la existencia de la señora Du Barry y a no seguir considerándola una mujer invisible. Luego de interminables discusiones, la delfina anuncia que aceptará decir algunas palabras a la favorita, el 11 de agosto, según un plan previsto por Mercy. El 11, Mercy se instalará en la mesa de juego de la señora Du Barry e iniciará la conversación con la favorita. María Antonieta se acercará y, participando en la conversación, dirigirá unas palabras a la protegida.

Todo parecía tener que ocurrir tal como se había previsto; Mercy empieza a conversar con la Du Barry. María Antonieta se aproxima a la mesa, cuando Doña Adelaida lanza, al vuelo:

—Es hora de irnos, vámonos.

Los presentes, en este caso María Antonieta incluida, obedecen, y parten sin haber dirigido la palabra a la señora Du Barry, quien se siente ofendida por ello. El rey no oculta su descontento a Mercy, a quien le dice con ironía:

—Señor embajador, vuestros consejos no dan frutos, será necesario que acuda en vuestra ayuda.

Triunfo de las Señoras y furor de María Teresa, quien el 30 de setiembre dirige a María Antonieta una severa prevención:

«[...] nunca actuáis como no sea por vuestras tías ellas jamás supieron hacerse querer y estimar por su familia ni por el pueblo, y vos queréis seguir el mismo camino. [...] No debéis conocer ni ver a la Du Barry con otros ojos que no sean los de una dama admitida en la corte y en la sociedad del rey. [...] Si se exigiera de vos alguna bajeza, familiaridades, ni yo ni nadie podría aconsejaros que las aceptarais, ¡pero alguna palabra indiferente, ciertas consideraciones, no por la dama, sino por vuestro abuelo, vuestro amo, vuestro bienhechor! ¡Y le faltáis de manera tan visible en la primera ocasión en que podéis lograr su agradecimiento y señalarle vuestro apego, que no se manifestará tan pronto! Y ahora veamos, ¿por quién? Por una vergonzosa complacencia hacia personas que os han subyugado tratándoos como a una niña, procurándoos cabalgatas, paseos en asnos con niños, con perros; ésas son las grandes causas que os acercan de preferencia a ellos, y no a vuestro amo, y que a la larga os pondrán en ridículo, ni amada ni estimada. [...] Las complacencias exageradas son bajezas o debilidades; es preciso saber representar el propio papel, si se quiere ser estimada; podéis hacerlo si queréis molestaros un poco y hacer lo que se os aconseja; si os abandonáis, preveo grandes desdichas para vos; sólo disgustos y pequeñas confabulaciones que harán desgraciados vuestros días».

¿Tendrán las madres abusivas el don de la doble visión? María Teresa, ¡ay!, revelará ser demasiado buena como profetisa, y su hija conocerá las «grandes desdichas» engendradas por las «pequeñas confabulaciones»...

A esta madre censuradora le responde María Antonieta, el 13 de octubre:

«Tengo razones de sobra para creer que el rey no desea que hable a la Barry, fuera de que nunca me habló de ello. Me da mayores muestras de amistad desde que sabe que me negué a hacerlo, y si pudierais ver, como yo, todo lo que ocurre aquí, creeríais que esa mujer y su camarilla no se conformarían con una palabra, y todo volvería a empezar. Podéis tener la certeza de que no necesito ser conducida por nadie en lo que respecta a la honestidad».

—Más carácter que convicción —refunfuña María Teresa, al recibir la respuesta de su hija, cuyo decimosexto cumpleaños se aproxima.

María Antonieta recibirá, a modo de regalo, otra amonestación escrita en víspera de su aniversario, el 31 de octubre de 1771:

«No he encontrado mal que os hayáis defendido con tanta energía en relación con el tema de mi última carta [...], pero lo que me apena, y lo que me ha convencido de vuestra escasa voluntad para corregiros, es el silencio respecto de todo el capítulo de vuestras tías, cosa que, sin embargo, era el punto esencial de mi carta, y la causa de todos vuestros pasos en falso. [...] ¿Es que mis consejos, mi ternura, merecen menos reconocimiento que los de ellos? Confieso que esta reflexión me destroza el corazón».

¡Y también destroza el corazón de María Antonieta, quien no puede soportar ni por un instante que su madre piense que es olvidada en beneficio de las Señoras! María Antonieta cede a esta extorsión sentimental. Dejará de hacer caso omiso de la señora Du Barry, como lo quieren las Señoras, y dirigirá algunas palabras a la protegida, como lo desea su madre.

El 1 de enero de 1772, la delfina lanza a la favorita esta frase de una profunda trivialidad, y que sin embargo resuena como una música inolvidable:

—Hoy hay mucha gente en Versalles.

La descendiente de los Habsburgo ha hablado por fin a Juana Bécu, hija de Ana Bécu y de padre desconocido, quien se inició en el comercio de la moda, que muy pronto confundió con el de la galantería.

Luego de ese memorable «hoy hay mucha gente en Versalles», las Señoras se muestran furiosas, pero la señora Du Barry, Luis XV, María Teresa, José II, están jubilosos. El júbilo no les dura mucho tiempo. Al día siguiente de su capitulación, el 2 de enero, María Antonieta anuncia.

—He hablado una vez, pero estoy muy decidida a mantenerme en eso, y esa mujer no volverá a escuchar el sonido de mi voz.

Cumplirá su palabra.

Pero no deja de esperar, en recompensa de su breve sumisión, la aprobación de su madre, a quien escribe, el 21 de enero de 1772:

«No dudo de que Mercy os haya hecho conocer mi conducta del día del Año Nuevo, y espero que os haya dejado contenta. Podéis creer que sacrifico siempre todos mis prejuicios y repugnancias, en la medida en que no me propongan nada afrentoso y contrario al honor».

Tajante respuesta de María Teresa, el 13 de febrero:

«Me habéis hecho reír al imaginar que yo o mi ministro podríamos daros nunca consejos contrarios al honor; ni siquiera contra la menor decencia. Ved en estas cosas hasta qué punto los prejuicios, los malos consejos, se han apoderado de vuestro espíritu. Vuestra agitación después de esas pocas palabras, el propósito de no hablar más, me hacen temblar por vos. [...] El rey tiene una edad avanzada; las indigestiones de que padece no son indiferentes; pueden ocurrir cambios para bien y para mal con la Barry, con los ministros... Os lo repito, mi querida hija; si me amáis, seguid mi consejo; se trata de seguir sin vacilar, y con confianza, todo lo que Mercy os diga o exija, si él quiere que repitáis vuestras atenciones para con la dama o con cualquier otro, hacedlo».

Si María Teresa insiste para que María Antonieta trate con miramiento a «la Barry», es porque la situación se ha vuelto, grave. Ha sonado la hora del primer reparto de Polonia entre Austria, Prusia y Rusia. El resultado podría ser un conflicto entre estas tres potencias. La alianza franco-austriaca tiene más necesidad que nunca de ser mantenida. Es lo que María Teresa indica con claridad a Mercy:

«Sabemos con certeza que Inglaterra y el rey de Prusia quieren ganarse a la Barry. Francia se muestra melosa con Prusia. El rey es débil; quienes lo rodean no le dejan tiempo para reflexionar y

seguir sus propios sentimientos. Por este cuadro, ya veis cuánto importa, para la conservación de la alianza, hacer todo lo posible para no separarse en este momento de crisis. Para impedir estos males, sólo está mi hija: es preciso que cultive, con sus asiduidades y ternuras, las buenas gracias del rey, y que trate bien a la favorita. [...] es posible que la alianza dependa de ello».

María Antonieta sigue siendo sacrificada en el altar de la alianza franco-austríaca. La alianza se mantendrá y los franceses no combatirán por Polonia como han combatido por el rey de Prusia. Se ha evitado lo peor. La batalla entre la delfina y la favorita no degenerará en conflicto europeo. Sin quedar cerrado en forma definitiva, el caso Du Barry ya no llegará a tener tanta intensidad.

De tal modo, al asunto del corsé siguió el asunto Du Barry. ¿Acaso la vida no sería otra cosa que una sucesión de «asuntos»? María Antonieta puede formularse la pregunta. En fin de cuentas, sólo tiene dieciséis años. Esto promete.

LA CONQUISTA DE PARÍS

(8 DE JUNIO DE 1773)

El 23 de enero de 1772, Mercy señala a María Teresa:

«Si la salud del rey continúa debilitándose, ello podría producir grandes cambios en esta corte; y ése sería el momento en el cual dependería de la señora archiduquesa representar un papel tan brillante como útil; pero para ello haría falta que Su Alteza Real quisiera prestar un poco más de atención a las cosas serias, y que supiese sacrificarles algunas pequeñas diversiones que la absorben por entero. Se aburre con el rey, y no siempre se toma la molestia de disimularlo».

El aburrimiento, como los malos olores —de orina y de lo demás (uno se alivia como puede y donde puede)—, reinan en Versalles^[20]. «Del domingo al sábado, se vivía en Versalles en una tranquilidad horriblemente aburrida», informa la señora de Boigne. Para quitarse de encima esta monotonía, que continuará bajo Luis XVI, María Antonieta está dispuesta a hacer cualquier cosa, y hará cualquier cosa. Mientras tanto, para distraerse, la delfina borda o se entrega «a una de esas tareas manuales que siempre le dieron un gran gusto». Para satisfacción de su madre, quien *por fin* ha obtenido su «diario de lecturas», lee *Anécdotas de la corte de Felipe Augusto*, de la señorita de Lussan; la *Pequeña Cuaresma*, de Massillon; la *Historia de Inglaterra*, de Hume. ¡Huir del aburrimiento leyendo libros tan aburridos es caer de Caribdis en Escila! Se entiende que después de tales lecturas forzadas, ejecutadas bajo la dirección del abad de Vermond, la delfina abra muy de vez en cuando un libro cuando se convierte en reina. Cosa que no le impide aconsejar al delfín que lea las *Memorias de Sully...*

María Antonieta no habría sido sensible, y es lo menos que se puede decir, a los autores de su época. Los ignorará a casi todos. Prefiere con claridad la música a la literatura. Pertenece a esos elegidos para quienes la música es el lenguaje de los dioses, y que lo olvida todo cuando escucha algunas notas.

Cuando va a ver a las Señoras, María Antonieta canta melodías de Grétry, acompañada al arpa por Juana Luisa Enriqueta Genet, que ha nacido en París, el 2 de octubre de 1752. Su padre, el señor Genet, es primer oficial en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Enriqueta aprende el italiano y el inglés. También recibe

lecciones de canto y dicción. Es una pequeña Parisiense tan consumada que su juvenil reputación llega hasta Versalles. En octubre de 1768 llega al cargo de lectora de las Señoras. Luego se casa con un oficial de cámara de la delfina, Pedro Domingo Francisco Bertholet-Campan. A partir de 1774, ella se contará entre las primeras camareras de la reina. Ella, la señora Campan, es la autora de las famosas *Memorias*.

Al cantar los aires de Grétry en compañía de Enriqueta Genet, ¿olvida María Antonieta la presencia de las Señoras? Es posible creerlo así. Después del asunto Du Barry, María Antonieta advirtió que sólo había recibido de sus tías malos consejos y malos ejemplos. Se libera de la nefasta tutela de ellas y, como lo señala Mercy en febrero de 1772:

«Desde que la señora delfina comenzó a abrir los ojos en cuanto a la influencia de las Señoras, y sobre los inconvenientes que resultaban de ello, Su Alteza Real adoptó la sabia decisión de quitarse de encima el yugo. Ahora se encuentra en conveniente relación con las Señoras, sus tías, en un tono de desenvoltura y de buena amistad; [...] nadie la gobierna».

Si por el momento nadie la gobierna, María Antonieta tiene el placer de gobernar a los otros, y no siempre con el éxito que espera. En ese mismo mes de febrero de 1772 compromete al delfín para que vaya a ver, por decoro, a su antiguo preceptor, el duque de La Vauguyon, quien agoniza. El delfín se niega, y ésa será una de las pocas veces en que se lo verá negar algo a su querida María Antonieta. Contentísimo de librarse de su «malévolo» mentor, Luis Augusto participa en la «alegría general» que causaba ese fallecimiento. El señor de La Vauguyon no era querido en Versalles...

Esa muerte oculta a María Antonieta un acontecimiento que resultará ser para ella de una importancia fatal: el príncipe Luis de Rohan es nombrado embajador de Francia en Viena. Apenas ha llegado, cuando ya María Teresa ansía que se vaya:

—No podría otorgar mi aprobación al embajador Rohan; es un gordinflón repleto de malas palabras, poco acordes con su condición de eclesiástico y ministro, y que pronuncia con imprudencia en cualquier encuentro; sin conocimiento de los negocios y sin talentos suficientes, con un gran fondo de ligereza, presunción e inconsecuencia^[21].

María Teresa comunicará a su hija su aversión, y para acabar con eso el príncipe de Rohan, Luis de Rohan, con su ligereza, su presunción y su inconsecuencia, se prestará a las maquinaciones que formarán el asunto del Collar.

Como sienten que el viento cambia y que la salud del rey declina al mismo tiempo que el poder de la señora Du Barry, el conde y la condesa de Provenza se alejan de la favorita para acercarse —o tratar de hacerlo— a María Antonieta:

«[...] estos dos últimos han abandonado de verdad el partido de la favorita y del duque de Aiguillon; por lo menos aparentan haberlo hecho. El conde de Provenza ha tratado de tener explicaciones al respecto con la señora archiduquesa; [...] la señora delfina ha escuchado todo sin responder nada que pudiese comprometerla»^[22].

María Antonieta sabe a qué atenerse con referencia a la «sinceridad» de su cuñado Provenza.

Para conservar la paz de la familia, «finge» aceptar las explicaciones. Cada uno cree engañar al otro, y todo el mundo queda contento. Es un entendimiento que tiene la fragilidad de la pieza de porcelana que se encuentra en la chimenea de la alcoba del conde de Provenza, y que el delfín toma a menudo entre sus manos, cuando va a ella. Cosa que inquieta a Provenza, como es lógico. En junio de 1772, la porcelana se cae de las manos del delfín y se quiebra en fragmentos.

«En su primer movimiento de cólera, el señor conde de Provenza avanzó hacia mi señor el delfín; se aferraron y se dieron unos puñetazos. La señora delfina, muy molesta por esta escena, tuvo la presencia de ánimo de separar a los combatientes, y en esa ocasión recibió un rasguño en la mano»^[23].

¡Una familia encantadora! Para huir del aburrimiento y de los enojos, que predominan en ella, María Antonieta mira cada vez más hacia París:

«Hace mucho tiempo que la señora delfina tiene un gran deseo de ver París. Se había propuesto hacer preparar caballos de silla a cierta distancia, llegar en coche, montar a caballo y pasearse por los bulevares sin entrar en la ciudad. [...] En consecuencia, la condesa de Noailles hizo surgir tantas dificultades, que la partida proyectada no se llevó a cabo»^[24].

Sólo se trata de una partida postergada, y María Antonieta no deja de mantener la vista clavada en París. En cuanto se entera de que en la noche del 29 al 30 de diciembre de 1772 un incendio ha devorado al Hospital Municipal, envía enseguida mil escudos a los «desdichados», con su generosidad y su discreción habituales:

—No dije nada; me hicieron elogios que molestan —confiesa a su madre.

El dominio que ejerce María Teresa sobre su hija no deja de crecer. Cuando debe escribir a la emperatriz, la delfina queda como paralizada:

—No tengo en el espíritu un pensamiento que no quiera comunicar a mi madre, pero temo inquietarla haciéndole conocer las cosas al revés —confiesa a Mercy.

Y luego agrega:

—Amo a la emperatriz, pero le tengo miedo, aunque de lejos; inclusive cuando le escribo, no me siento a mis anchas con ella.

Confesión capital: María Antonieta se siente siempre vagamente culpable ante la Diosa Irreprochable que tiene por progenitora. Para atenuar lo que estas confesiones pudieran tener de inquietante, María Antonieta pronuncia ante Mercy esta profesión de fe:

—No hay nada que no pueda hacer para demostrar a mi madre mi amor por ella.

Tranquilizado, Mercy demuestra a la delfina que ella no siente los mismos temores con su hermano, el emperador José II.

—¡Ah, eso es muy distinto, el emperador es mi hermano; le replicaba cuando me enojaba, y estaba acostumbrada a bromear con él!

No se bromea con María Teresa, a quien nada se le escapa. Al enterarse de que su hija continuaba escribiéndose con su antigua institutriz, la señora de Brandeiss, decide suprimir ese intercambio de cartas:

«Como la correspondencia de la condesa de Brandeiss podría culminar en noticias capaces de inspirar prejuicios contra distintas personas, que podrían experimentar su efecto cuando llegaran a Francia, me parece mejor suprimir esa correspondencia, encargando en forma alternativa a alguien de la familia que le haga llegar mis noticias con regularidad»^[25].

María Antonieta puede llorar, suplicar; nada le servirá. Ya no tendrá el «consuelo» de recibir las cartas de «su querida Brandeiss». ¿Cómo no quedar —para emplear una palabra a la moda de hoy— «traumatizada» con semejante madre? Entonces, en una carta del 15 de febrero de 1773 María Antonieta apenas si se atreve a recordar una inocente escapada en compañía de Luis Augusto:

«El señor delfín, el conde, la condesa de Provenza y yo estuvimos el jueves pasado en París, en el baile de la Ópera; lo hicimos en el mayor de los secretos. Todos llevábamos máscaras; sin embargo, al cabo de media hora nos reconocieron. El duque de Chartres y el duque de Borbón, que bailaban en el Palais-Royal, que está al lado, fueron a buscarnos, y nos insistieron para que fuésemos a bailar en casa de la señora duquesa de Chartres; pero yo me disculpé, ya que sólo tenía el permiso del rey para la Ópera. Vinimos aquí a las siete, y oímos misa antes de acostarnos. Todo el mundo está encantado con la satisfacción del señor delfín en relación con esa partida, a la cual se creía que era contrario».

Le parecería a uno estar leyendo el relato de una pupila escapada de su convento por una noche. Otro motivo de diversión para María Antonieta: el matrimonio del conde de Artois con una hermana de la condesa de Provenza. Provenza y Artois, así, han desposado, cada uno, a una princesa de Saboya. Hay alusiones burlonas a posibles indigestiones de... pasteles de Saboya.

Este aporte de masa de Saboya despierta desconfianza en María Teresa. ¿No se intentará suplantar a su hija? «Se» quiere decir la «confabulación», la «camarilla abominable», con las Señoras a la cabeza. La tutela de éstas sobre la delfina ha terminado. Comienza su rencor. En el salón de las Señoras, y por boca de la propia Doña Adelaida, se ha escuchado por primera vez ese apodo de «la Austríaca», y en el mismo salón nacerán muchos de los libelos que abrumarán a María Antonieta con sus calumnias y prepararán el camino que conduce al cadalso...

Por lo tanto, «se» intenta, con la ayuda del conde de Marmota, ministro de Cerdeña, oponer la delfina a la condesa de Provenza y a la condesa de Artois. Se renunciará a ello. La partida es demasiado despareja. La condesa de Provenza sólo es capaz de pequeñas tretas ambiciosas, sin envergadura, y carece por completo de las gracias de las cuales María Antonieta se encuentra colmada. La condesa de Artois no ha sido mimada por la naturaleza, con su gran nariz, su boca grande, su falta de ingenio, que sólo hace que se destaque mejor el de María Antonieta. La calidad triunfa sobre la cantidad. Una vienesa vale mucho más que dos piemontesas. ¡Si se hubiese querido elegir dos contrastes con la delfina, no se habría podido hacer mejor! Provenza y Artois se enfurecen, y envidian a Luis Augusto su posibilidad de ser apoyado por una esposa tan encantadora. Posibilidad de la cual el delfín, por cierto, no abusa. *Nada*, siempre *nada*. No hay heredero alguno en el horizonte, y se entiende

que así sea. Provenza y Artois recuperan el ánimo...

Para no mezclarse demasiado en las intrigas de sus cuñados y sus cuñadas, María Antonieta ha organizado «una especie de agenda [...] que abarca la distribución de las horas del día».

«Allí se dice que al levantarse la señora archiduquesa empleará los primeros momentos en la oración, que luego se ocupará de la música, de la danza y de una hora de lectura razonable [...]. El tocado, una visita al rey, la misa y el almuerzo llenan el resto de la mañana. Por la tarde hay una hora destinada a la continuación de las lecturas razonables; los paseos o la caza, y las conversaciones con el señor delfín [...] encuentran sucesivamente su lugar»^[26].

Frente a este empleo del tiempo, María Antonieta declara, con tanta franqueza como buena fe:

—No sé si cumpliré todo eso con exactitud, pero me aproximaré todo lo que pueda.

¿Cómo aproximarse cuando se acerca el 8 de junio de 1773, el día tan esperado por la delfina, de su solemne entrada en París?

Era habitual que esa ceremonia siguiera de cerca a la del matrimonio. Desde el 16 de mayo de 1770, María Antonieta espera, con una impaciencia compartida por María Teresa, *su entrada*, demorada por la «confabulación», obstaculizada por la «camarilla abominable», por los celos de las Señoras, la envidia de la señora Du Barry y los temores de Luis XV, quien tiene miedo de ver que sus nietos sean aplaudidos, en tanto que él ya no recibe aplausos desde hace mucho tiempo. Sus recelos están muy justificados. El 8 de junio, la delfina ha conquistado a París. Tiene plena conciencia de ello, como lo atestigua el relato que envía a su madre, varios días más tarde, el 14 de junio:

«[...] lo que más me ha conmovido [...] es la ternura y la solicitud de esa pobre gente, que, a pesar de los impuestos que la abruma, se muestra arrebatada de alegría al vernos. [...] No puedo decirlo, querida mamá, las demostraciones de alegría, de afecto, que se nos testimonian en este momento. Antes de retirarnos hemos saludado con la mano a la gente, cosa que provocó un gran placer. ¡Cuánta dicha se siente en nuestra situación, al conquistar la amistad de todo un pueblo con tan poca cosa! Y sin embargo no hay nada más precioso; lo he sentido, y no lo olvidaré».

¡Ay, lo olvidará!

Otro tema de satisfacción, ese día, para María Antonieta, es la soltura con que Luis Augusto «ha respondido, de maravilla, a todas las arengas».

En el paseo de las Tullerías, en el puente Real, en el paseo Conti, en el puente Nuevo, en el paseo de los Orfebres, el pueblo de París se encuentra presente para ver a esa delfina cuya llegada espera, también él, desde hace tres años. Sólo se escuchan gritos de alegría y de «¡cuán hermosa, cuán encantadora!». María Antonieta recompensa esos gritos y esos comentarios con una sonrisa.

—Es imposible mostrarse con más gracia, más encantos y más presencia de

ánimo que los que exhibió la señora archiduquesa en esa coyuntura —se complace en señalar Mercy.

En un solo momento, cuando debe aparecer en el balcón de las Tullerías, María Antonieta retrocede, asustada, ante la marea humana que había invadido los jardines, y murmura:

—¡Dios mío, cuánta gente!

El duque de Brissac, gobernador de París, que se encuentra a su lado, declara con galantería:

—Señora, que el señor delfín no se disguste, quienes os contemplan son otros tantos enamorados.

Además de estas galanterías y de las aclamaciones que no se interrumpen, María Antonieta y Luis Augusto reciben frutas y flores de las damas del Halle, se les ofrece una misa en Notre-Dame de París, una visita a Santa Genoveva, versos recitados por los estudiantes del colegio Montaigu. María Antonieta sonríe, y Luis Augusto no puede dejar de imitar la radiante sonrisa de su esposa.

Cuando regresan a Versalles, cargados de ramilletes y ebrios de aclamaciones, el delfín y la delfina son recibidos por Luis XV, quien los espera con cierta impaciencia:

—Hijos míos, estaba casi inquieto. Sin duda están muy fatigados por su viaje.

—Es el más dulce de nuestra vida —responde María Antonieta—. Es preciso que Su Majestad sea muy querido por los parisienses, porque nos han festejado mucho.

¿Es posible imaginar adulación más delicada? ¡A Luis XV se debe ese éxito! ¡Querida María Antonieta!

Después de semejante triunfo, María Antonieta quiere aprovechar su conquista y regresar lo antes posible a París. Obtiene el permiso del rey para ir una vez por semana y asistir al espectáculo, «con gran aparato», es decir, con un despliegue de guardias franceses y suizos, mientras truenan los cañones de la Bastilla y de los Inválidos. Enemiga de los fastos inútiles, María Antonieta obtendrá la autorización para presentarse en París con un pequeño séquito, sin guardias ni cañones.

Gran aparato o pequeño séquito, el éxito de la delfina se mantiene, deslumbrante, en tanto que se inicia la declinación de la señora Du Barry, anunciada por Mercy a María Teresa, el 16 de junio de 1773:

«Aunque desde hace un mes la salud del rey no ha empeorado, se advierte, sin embargo, que se ve aquejado cada vez más por los vapores y el aburrimiento. Como su primera atracción hacia la favorita ha sido atenuada por el tiempo, y como esta mujer tiene infinitamente pocos recursos en el espíritu y el carácter, el rey ya sólo encuentra en ella una disipación mediocre, y mezclada con todos los inconvenientes cuyos efectos experimenta a cada instante. Hay continuos asedios para obtener gracias a menudo injustas, casi siempre para personas poco estimables, que sólo tienen la existencia que les da la intriga».

El conde de Creutz, ministro de Suecia en Francia, señala al respecto:

—La pasión que el rey tiene por la señora Du Barry se mantendrá mientras su salud se mantenga inalterable; pero si llegase a caer enfermo, según todas las

apariencias la devoción remplazaría al amor.

María Antonieta podrá ir muy pronto a París, sin pedir permiso a nadie, ni siquiera a Luis Augusto, su devoto, del cual será la diosa abusiva.

EL AMOR LOCO DE LUIS AUGUSTO

(22 DE MARZO DE 1774)

*La luz del día, las sombras de la noche,
Todo vuelve a dibujar ante mis ojos los encantos que
evito;
Todo os entrega a la envidia del rebelde Hipólito.*

RACINE

Desde que, el 14 de julio de 1770, Mercy escribía a María Antonieta que «el artículo más satisfactorio para la señora delfina es que todos los años conquista mayor ascendiente sobre el espíritu del señor delfín», han pasado tres años, y el ascendiente que ejerce María Antonieta sobre Luis Augusto es absoluto, definitivo, y durará hasta su separación en el Temple. Inclusive las pequeñas nubes que ensombrecen en forma inevitable a los matrimonios quedan muy pronto olvidadas. El 17 de julio de 1773, Mercy informa sobre el paso de esas ligeras sombras:

«Aunque subsiste entre el señor delfín y la señora delfina la más perfecta armonía, Su Alteza Real tiene a veces pequeños motivos de desagrado, de los cuales me hace la gracia de hablarme. Todo el ascendiente que tiene sobre el señor delfín no ha podido apartar a este joven príncipe de su gusto extraordinario por todo lo que sea construcción de obras, como albañilería, carpintería y otras de ese tipo. Siempre tiene algo nuevo que hacer arreglar en el interior de sus aposentos; trabaja él mismo, con sus obreros, en quitar los materiales, las vigas, los enlosados, y se dedica durante horas enteras a ese penoso ejercicio; a veces vuelve más fatigado de lo que lo estaría un jornalero obligado a realizar ese trabajo. Hace poco he visto a la señora delfina muy molesta y dolida por esta conducta; [...]».

Estos «pequeños desagrados» no tienen futuro. «¿Me queréis?», pregunta Luis Augusto a María Antonieta, quien responde sin vacilar: «Sí, y no podéis dudarle; os amo sinceramente, y os estimo aún más».

¿Qué más se puede pedir? A ese amor, a esa estima, María Antonieta agrega la excelencia de sus consejos.

—Hay que convenir en que siempre me aconsejáis con buen tino —reconoce Luis Augusto.

Nada parece poder empañar la aparente «perfecta armonía» de la pareja, ni siquiera los silbidos de esas víboras piamontesas que son la condesa de Provenza y la condesa de Artois.

Al comienzo de marzo de 1774, la delfina ansía asistir, el jueves que sigue al martes de carnaval, al baile de máscaras de la Ópera. Pero, como sabe que Luis Augusto no gusta de estos tipos de bailes y sólo concurre a ellos para complacerla, no quiere abusar de semejante complacencia. Por lo tanto, María Antonieta ruega a su cuñada, la condesa de Provenza, que diga que es ella misma, Provenza, quien tiene deseos de ir al baile. La piamontesa cumple a su manera con el encargo, y se lo cuenta todo al delfín. E inclusive agrega adornos. La arpía declara que, siguiendo el ejemplo de Luis Augusto, no gusta de ese tipo de diversiones y no pediría nada mejor que se la dispensara de ellas, pero la frivolidad de las vienesas es demasiado conocida en Europa, ¿verdad?, en tanto que la seriedad de las piamontesas... Tanta perfidia, tanto veneno, acongojan a Luis Augusto, quien informa de todo ello a María Antonieta. Mercy relata, a su vez, este asunto a María Teresa, el 22 de marzo de 1774:

«El veneno de una malevolencia tan torpe había desagradado mucho al señor delfín, y dijo con sus mejores modales a la señora archiduquesa que, para no exponerla más a tales duplicidades, *declaraba de una vez por todas que aprobaría siempre* y vería con gran placer que tomase las pequeñas medidas que pudieran contribuir a sus diversiones, y *que jamás la molestaría en nada*».

Soy yo quien subraya ese «le declaraba de una vez por todas que aprobaría siempre...» y ese «que jamás la molestaría en nada». Veo en esas palabras el amor loco que Luis Augusto siente por María Antonieta. Pronuncia el equivalente de un credo que se resume en un «todo lo que hacéis está bien hecho». ¿Cuántas esposas pueden jactarse de haber escuchado de labios de sus maridos semejante frase? ¿Cuántas jóvenes de diecinueve años —la edad de María Antonieta en 1774— escucharon esas palabras de boca de un joven de veinte años... la edad que tiene entonces Luis Augusto?

Al llegar a rey de Francia, Luis Augusto mantendrá la promesa del delfín. Siempre aprobará lo que haga María Antonieta. Nunca amará a otra mujer, nunca conocerá a otras. María Antonieta será la única. ¡Es una de las pocas mujeres en el mundo que no ha engañado a su marido! El delfín es un sabio: desea lo que posee. Porque Luis Augusto desea a esa María Antonieta a quien no llega a poseer por completo. No es porque no lo intente. Stefan Zweig ha visto en esas tentativas infructuosas, que durarán hasta 1777, el origen de la insatisfacción de la reina. Es posible. Pero de esa primera insatisfacción se deriva otra, mucho más fuerte: la de no tener hijos. María Antonieta ansía tener hijos, ante todo. Más que esposa, quiere ser madre. En ese sentido, no se encuentra satisfecha, y la «armonía» no es tan «perfecta» como lo cree Mercy. Conserva la esperanza, porque según Lassone, el médico del rey, Luis Augusto «está bien constituido, me ama y tiene buena voluntad,

pero es de una indiferencia y una pereza que sólo lo abandonan cuando se dedica a la caza»^[27].

Esta opinión médica no tranquiliza a María Teresa, quien el 3 de enero de 1774 escribe a Mercy:

«La frialdad del delfín, joven esposo de veinte años, hacia una mujer bonita me resulta inconcebible. A pesar de todas las afirmaciones del facultativo, aumentan mis sospechas en cuanto a la constitución corporal de ese príncipe, [...]».

Las sospechas de su suegra no impiden que Luis Augusto sea feliz por primera vez en su vida. Sabe que es débil y que tiene necesidad de ser dirigido. Las Señoras, sus tías, se lo han repetido lo suficiente. ¿Cómo puede ser mejor dirigido, piensa, que por su querida María Antonieta? ¡La felicidad, para Luis Augusto, es ésta y ninguna otra!

MARÍA ANTONIETA

(1774)

En la vida de cada mujer hay un año excepcional por sus dichas inesperadas, sus duelos tan previsibles, que ya no lo son cuando llegan y adquieren el aspecto de una liberación... Ese año, para María Antonieta, es 1774. Es el año de las primeras veces.

Por primera vez, Luis Augusto manifiesta su loco amor de otra manera que con palabras: ofrece a su compañera el pequeño Trianon.

Por primera vez, María Antonieta ve la aurora.

El estreno en París de la *Ifigenia* de Gluck, su exprofesor de música y músico preferido, se fija para el 13 de abril.

Por primera vez, María Antonieta conoce a Fersen.

Por primera vez, puede dar rienda suelta a su amistad hacia la princesa de Lamballe.

Por primera vez, recibe a Rosa Bertin, que será su ministra de la moda, y a Böhmer, que será su joyero. Enriqueta Campan entra a su servicio como una de las primeras camareras, y muy pronto se convertirá en su confidente.

El de 1774 será también, ¡ay!, el año de la primera canción y el primer libelo contra María Antonieta. Será el año de la muerte de Luis XV, duelo compensado por el exilio inmediato de la señora Du Barry. ¡El rey ha muerto, viva la reina!

Desde agosto de 1773, María Teresa ha sentido esa muerte. La espanta la inexperiencia de su hija en materia de política. Y cuando la madre predomina sobre la emperatriz, anhela que María Antonieta se mantuviera alejada de los negocios del Estado, como lo confiesa a Mercy, el 31 de agosto:

«Os admito con franqueza que no anhelo que mi hija adquiera una influencia decidida en los negocios. He aprendido demasiado bien, por mi propia experiencia, cuán abrumador es el peso del gobierno de una vasta monarquía. Además, conozco la juventud y la ligereza de mi hija, unidas a su poco interés por la aplicación (y al hecho de que no sabe nada), cosa que me haría temer tanto más por su éxito en el gobierno de una monarquía tan deteriorada como lo está ahora la de Francia; y si mi hija no pudiese levantarla, o si el estado de la monarquía empeorase cada vez más, preferiría que se inculpara de ellos a cualquier ministro, y no a mi hija [...]».

En la misma carta del 13 de agosto de 1773, la madre deja en el acto su lugar a la

emperatriz, en el párrafo que sigue a continuación del que acabamos de citar:

«Mi hija haría sin duda mejor en tratar a la favorita como a cualquier otra mujer indiferente, que va a hacerle la corte, y encuentro extraño ese hábito de no decirle nunca una palabra».

La política ante todo. Mientras la favorita se encuentre allí, la delfina debe inclinarse ante ella. Pero no se inclina y continúa con su táctica de silencio. Desde el 1 de enero de 1772, como lo había prometido María Antonieta, la señora Du Barry no ha vuelto a escuchar el sonido de su voz. Pero ya no es tiempo de quejas, sino de avances. La señora Du Barry hace saber a la delfina, por intermedio del conde de Noailles, que está dispuesta a usar su influencia sobre Luis XV para que ofrezca a su nieta magníficos pendientes de brillantes valorados en setecientas mil libras. La delfina hace saber, por ese mismo intermediario, que no desea aumentar el número de sus joyas, que considera suficiente. Rechazo que aumenta «la estima y la amistad del señor delfín», explica Mercy a comienzos de febrero de 1774.

El 1 de enero de 1774, el conde Axel de Fersen es presentado a Luis XV. Desde el mes de noviembre de 1773, Axel se encuentra en París, donde frecuenta a la mejor sociedad. «Bello como un ángel», chochean las damas. Nacido el 4 de setiembre de 1755, en Suecia, donde su padre, el mariscal de campo Federico de Fersen, posee varios dominios y castillos, Axel realiza, como todos los jóvenes nobles de su época, su gira por Europa.

Su padre, que ha servido en Francia durante trece años y comandado el Regimiento Real Sueco, pertenece al partido profrancés de los «Sombreros». Es normal que su hijo sea recibido en la corte de Francia. «Vuestra reputación y vuestros servicios han sido mi pasaporte y mi recomendación», escribirá Axel, más tarde, a su padre.

El 10 de enero de 1774, Axel de Fersen asiste al baile de la delfina, sin llevarse una gran impresión:

«A las tres fui al baile de la señora delfina. Este baile comenzó, como de costumbre, a las cinco, y terminó a las nueve y media. Regresé enseguida a París».

anota en su diario íntimo. En vano se buscará en esas páginas la huella de esos éxtasis que se apoderan de aquellos —y de aquellas que al ver a la delfina exaltan en el acto su belleza, a la cual, visiblemente, Fersen no ha sido sensible.

En ese mismo diario, el 30 de enero:

«[...] partí a la una para ir al baile de la Ópera. Había una multitud: la señora delfina, el señor delfín y el conde de Provenza fueron y se quedaron una media hora, sin que su presencia resultase

advertida. La señora delfina me habló mucho tiempo, sin que la reconociera; por último, cuando se dio a conocer, todo el mundo se apiñó en derredor de ella, y ella se retiró a un palco. A las tres me fui del baile».

Unos días más tarde, el 2 de febrero, Fersen se muestra más, sensible a la condesa de La Marck, y se manifiesta «encantado con su cortesía y sus modales graciosos».

Los «modales graciosos» de la delfina no han tenido el mismo efecto sobre Axel. Es preciso reducir ese famoso encuentro en un baile de máscaras, en la Ópera, *en presencia* del delfín y del conde de Provenza, a lo que es en realidad: un juego entre dos jóvenes de la misma edad. Algunos han visto en ello el comienzo del «idilio» con el hermoso sueco, y llegarán a insinuar que su «relación» con María Antonieta habría comenzado allí, en el palco... como es evidente, sin prueba alguna.

Fersen desaparece de Versalles y sólo vuelve a aparecer en agosto de 1778. Eso es todo. Por el momento. Si hubiese habido «otra cosa», Mercy lo habría advertido. Pero Mercy no dice una palabra y el nombre de Fersen no aparece en toda su *Correspondencia*...

En su correspondencia del momento, el embajador de Austria en París prefiere denunciar las artimañas de las Señoras, que no se desarman y que en marzo de 1774 tratan, en nombre de la Santa Etiqueta, de reprimir los impulsos del corazón que muy a menudo, para contrariedad de ellas, la delfina tiene hacia sus familiares, sea un postillón, una camarera o un duque. Al enterarse de que una de sus damas, la señora de Mailly, acaba de perder a su hijo único, María Antonieta quiere ir a París, a dar «algún consuelo» a la «madre afligida». Las Señoras protestan: eso no se hace. Luego de recibir, se sobreentiende, la aprobación del delfín, la delfina pide permiso al rey, quien responde:

—Si bien no estamos habituados a efectuar visitas lejanas, mi querida hija, sois dueña de hacer por esa pobre mujer lo que os dicte vuestro buen corazón.

Luis XV muestra más tendencia que nunca a la indulgencia. Hace poco ha visto a varios de sus cortesanos sucumbir de muerte súbita. Personas de su edad, como el marqués de Chauvelin, uno de sus compañeros de placeres; el abad de La Ville, su director de Relaciones Exteriores, o el mariscal D'Armentières.

Ante estas tres muertes sucesivas, Luis XV podría volver, se dice, a sus sentimientos de piedad, y se confesará. Su confesor, el abad Maudoux, es también el de María Antonieta. Es un abad de «una virtud demasiado reconocida como para entregarse a intrigas». Hay que alejar a esa persona molesta y dar a Luis XV otro confesor, que seguirá las instrucciones de la «camarilla abominable». Ello agita a la corte y aun Doña Luisa, en su convento, interviene a su vez. Mucho ruido por nada. Gracias a la intervención de la delfina, el abad Maudoux es conservado en sus funciones.

Con esta anécdota se entenderá mejor cuán de prisa sale María Antonieta del irrespirable Versalles para airearse un poco en París... París, donde Gluck, con la creación de *Ifigenia*, no sabe qué hacer. El estreno fijado para el 13 de abril ha sido postergado para el 19. En cada encrespado ensayo, Gluck amenaza con marcharse de nuevo a Viena. María Antonieta lo disuade en cada ocasión. Quiere que Gluck, a quien tanto apreciaba su padre, Francisco de Lorena, logre un triunfo. Lo quiere tanto más cuanto que la señora Du Barry —escaramuza de retaguardia— se ha declarado en forma abierta partidaria del rival de Gluck, Piccinni. Gluckistas y piccinnistas se enfrentan en París, lo mismo que en Versalles. *Ifigenia* triunfa, y con ella también María Antonieta. Lo que quiere la delfina... Es verdad que no ha ahorrado esfuerzos. Ella fue la primera en dar la señal para los aplausos. La Du Barry ha quedado vencida. Y ése es el comienzo de su derrota. Ocho días después del estreno de *Ifigenia*, Luis XV tiene un malestar. Muere el 10 de mayo, de viruelas.

¿Qué hace María Antonieta durante esos días de agonía y de últimas intrigas?

«En una coyuntura tan crítica y delicada, la señora delfina ha tenido la conducta de un ángel, y no me es posible expresar mi admiración por la piedad, su prudencia, su razón; todo el público esta encantado con ella, y por cierto que con justicia. Su Alteza Real se ha mantenido en el más absoluto retiro, inclusive para las personas de su servicio; fuera de la familia real, sólo ha visto al abad de Vermond y a mí [...]»^[28].

Al enterarse de la muerte de Luis XV, María Antonieta y Luis Augusto exclaman:

—¡Dios mío, ampáranos, protégenos! Somos demasiado jóvenes para reinar.

Lloran, no tanto por el difunto rey como por sí mismos.

—¡Qué carga! —suspira la reina.

—Pero vos me ayudaréis a llevarla —implora el rey.

¡Qué carga, en efecto! Luis Augusto, convertido en Luis dieciséis de ese nombre, no tiene experiencia alguna de gobierno. Ha sido apartado en forma sistemática de los asuntos de Estado. Las cajas de éste se encuentran vacías. Lo cual no impide que Luis Augusto envíe 200.000 libras a los pobres de París y renuncie a su «derecho de jubilosa entronización». Por su parte, María Antonieta renuncia a su «derecho de ceñidor». Estos derechos no eran otra cosa que impuestos disimulados, que caían sobre las clases más desposeídas. Donaciones y renunciamientos son apreciados, y provocan justicieros elogios. En la estatua de Enrique IV se escriben estas palabras: «Ha resucitado».

Este regocijo consuela un poco al rey y la reina del hecho de haber encontrado, entre los papeles del «difunto rey», las cartas del conde y la condesa de Provenza, que no dejan duda alguna respecto del doble juego que han desarrollado durante el asunto Du Barry. Para proteger la paz de la familia, María Antonieta y Luis Augusto deciden cerrar los ojos. Varios días más tarde se encuentran con los Provenza y los Artois, y ensayan algunas escenas de comedia. Por ese detalle se mide el hecho de que la pena causada por la muerte de su abuelo no era insuperable... Se representa una escena de

Tartufo, donde Provenza interpreta el papel del título. El rey se conforma con decir:

—Lo han hecho de maravilla, los personajes estaban todos muy naturales.

¡A buen entendedor, pocas palabras!

En los días que siguen a la muerte de Luis XV, el rey ordena que las puertas del bosque de Boulogne permanezcan abiertas —que por lo general estaban cerradas—. Se permite el acceso de la gente y la pareja real se pasea del brazo, en medio de aclamaciones y bendiciones.

La reina, que adora los árboles y los paseos, vuelve a menudo, sola, en la medida en que puede estarlo una reina de Francia, es decir, acompañada por su innumerable séquito y flanqueada por su inevitable señora de Noailles. Doña Etiqueta censura a María Antonieta, quien, con desprecio del protocolo, ha dirigido algunas palabras amables a un anciano que trabajaba allí. A modo de respuesta a este reproche, María Antonieta vuelve la espalda a la señora de Noailles, quien se queja de ese proceder al rey; éste responde, con extrema sequedad y con tono de orden, que «¡a la reina se le deje hacer lo que quiere, y que hable con quien desee!». Eso equivale a proclamar en voz muy alta la omnipotencia de la reina. Nadie se engaña. Sin embargo, en medio de la confusión que siguió a la muerte de Luis XV, las Señoras aprovecharon la inexperiencia de su sobrina para imponer un ministro a su elección, Maurepas.

María Antonieta, por su parte, otorga prioridad a lo que en verdad no la tiene: el exilio de la señora Du Barry a la abadía de Pontaux-Dames, cerca de Meaux. Después de eso, la reina respira y se siente empujada a la clemencia. Anuncia que la reina no vengará las ofensas hechas a la delfina. El protegido de la señora Du Barry, el duque de Aiguillon, será despedido, pero no exiliado. Es un matiz.

Si la reina olvida las ofensas hechas a la delfina, no olvida los favores. Ubica a Choiseul entre sus bienhechores, y le parece «humillante» que aquel a quien debe su matrimonio siga estando exiliado en Chanteloup.

—Si presentáis esa razón, no tengo nada que negaros —dice Luis Augusto, quien en el acto levanta el arresto de Choiseul.

Este último vuelve a Versalles, donde el rey, turbado por volver a verlo, se conforma con murmurar las siguientes delicadezas:

—Habéis engordado, señor de Choiseul, perdéis vuestros cabellos, os estáis quedando calvo.

María Antonieta trata de borrar tal recibimiento multiplicando las sonrisas y los «me alegro mucho de devolveros las obligaciones que tengo con vos, os debo mi dicha y me considero feliz de haber podido contribuir a vuestro regreso».

Un regreso breve. A pesar de las sonrisas y de las frases de la reina, Choiseul entiende que no vencerá la repugnancia del piadoso Luis Augusto, para quien sigue siendo el que ha expulsado a los jesuitas. Al día siguiente de esa recepción, Choiseul vuelve a Chanteloup.

En todo esto, lo que importa es la fidelidad de María Antonieta para con sus amigos, que es uno de los hermosos rasgos de su carácter.

Y María Antonieta tendrá que mostrar carácter para enfrentar las interminables ceremonias impuestas por el duelo y por la etiqueta. Cuando era delfina, disimuló tanto como pudo su nostalgia de la corte de Viena, donde se vivía sin etiqueta. Ahora que es reina, ¿tendrá que seguir soportando tantas incomodidades? Las soporta. Es su oficio. Recibe las «cortesías del duelo». Todo lo que Francia tiene en materia de altas y poderosas damas acude para inclinarse ante la soberana. Estas damas son a cuál mayor. María Antonieta, que tiene el esnobismo de la juventud, y la inconsciencia de ésta, murmura:

—Pasados los treinta años, no entiendo cómo se atreven a presentarse en la corte.

Eso es escuchado, difundido, comentado. Ello no impide que el desfile continúe. Hay una tempestad de abanicos negros y guantes negros que se agitan, y que María Antonieta soporta, estoica. Una de sus damas de honor más jóvenes, la marquesa de Clermont-Tonnerre, declara de golpe que no puede más, se sienta en el suelo y se dedica a «mil travesuras». La reina se divierte. Se pone a «sonreír», afirma la señora Campan, otros pretenden que a «reír». ¿Rió o sonrió? El resultado es idéntico. Las altas, poderosas y ancianas damas se muestran ofendidas con semejante acogida, y declaran que no irán más a rendir homenaje a la «pequeña burlona». Al día siguiente corre por París la primera de las canciones escritas contra la reina:

*Pequeña reina de veinte años
Que tratáis tan mal a la gente,
Volveréis a pasar a Baviera...*^[29]

En sus burlas, María Antonieta no ha pasado por alto al clan de Aiguillon, que reagrupa a los ancianos del clan Du Barry. No son los últimos que repiten «*Pequeña reina de veinte años...*» Provenza, Artois, sus esposas, están alborozados, en tanto que María Teresa se lamenta, el 18 de mayo de 1774, a propósito de su hija y escribe: «Creo que han terminado sus días hermosos». Cosa en la cual la emperatriz peca por exceso de pesimismo. Los hermosos días de la reina apenas comienzan; menos de un mes después de la muerte de Luis XV recibe como regalo el pequeño Trianon:

«Desde hace tiempo, y cuando la señora archiduquesa todavía era delfina, tenía muchos deseos de poseer una casa de campo de su propiedad, [...] y a la primera palabra que pronunció ante el rey sobre el pequeño Trianon, éste respondió, con gran prisa, que esa casa de recreo era de la reina, y que le encantaba dejársela. Esa casa se encuentra a un cuarto de legua del castillo de Versalles; está muy agradablemente construida, muy bien adornada con bonitos jardines, y un jardín separado, destinado al cultivo de plantas y arbustos extranjeros».

Este pequeño Trianon será para María Antonieta lo que hoy se denominaría una residencia secundaria, que arreglará según sus gustos personales, y en cuanto entra en posesión de ella se dedica a introducir cambios. Transforma el jardín «a la francesa», cuyos alineamientos parecen una versión vegetal de la Etiqueta, por uno de esos jardines «a la inglesa» que, por sus fantasías y sus imprevistos, están tan a la moda.

El príncipe de Ligne, el duque de Orléans, el marqués de Caraman, poseen uno^[30].
¿María Antonieta sería la última en tener su jardín inglés?

El 26 de julio de 1774, el arquitecto Gabriel traza un plano para el agrandamiento del jardín botánico. Gabriel y otro arquitecto, Mique, unen sus talentos a los consejos del marqués de Caraman para permitir que la reina tenga lo que todo enamorado de los árboles anhela secretamente tener a su disposición: los árboles de todo el mundo.

—La gloria del pequeño Trianon —dice Arthur Young— son los árboles y los arbolillos exóticos. El mundo entero ha contribuido a adornarlo.

Afluyen las acacias rosas de China, las encinas y los nogales de América, los pinos balsámicos de Arabia, las encinas de Italia, los cipreses de Creta, los pinos de Córcega, los naranjeros de España, y María Antonieta los recibe como a otros tantos amigos.

«La reina se encuentra ahora muy ocupada con un jardín a la inglesa que quiere establecer en el Trianon. Esta diversión sería muy inocente si al mismo tiempo dejase lugar para las ideas serias. [...] La reina no se dispone todavía a reflexionar en las cosas que le son más esenciales en el momento presente»^[31].

El deterioro de su reino, la urgencia de las reformas, eso no inquieta a María Antonieta, para quien no existe otra urgencia que «lo que le place», en lo cual sigue el ejemplo del difunto Luis XV. Para la reina, la realeza no es otra cosa que un juguete. Ser reina es tener joyas, vestidos, jardines, tantos como se quiera y cuando se quiera. Y amigos. Al mismo tiempo que su interés por los jardines «a la inglesa», su amistad por la princesa de Lamballe llega entonces en su cenit, un cenit que durará un año, de 1774 a 1775. El 7 de junio de 1774, Mercy observa:

«Su Majestad recibe a menudo en sus aposentos a la princesa de Lamballe [...]. La reina ha concebido [...] una verdadera amistad hacia esa joven princesa, y esa elección es excelente, porque la señora de Lamballe, aunque piamontesa, no está en modo alguno relacionada con la Señora^[32], ni con la señora de Artois. Sin embargo, he adoptado la precaución de hacer observar a la reina que sus inclinaciones y sus bondades para con la señora de Lamballe exigían alguna medida a fin de precaverse de todo abuso por ese lado».

¡Cuánta razón tiene Mercy en temer los abusos! Un poco más tarde, el 15 de julio, señala:

«La amistad de la reina con la princesa de Lamballe ha dado lugar al rumor de que esta última sería nombrada superintendente de la Casa de Su Majestad. Esta sospecha había causado primero la alarma de la condesa de Noailles; después de haberme hablado de ello, me dediqué a tranquilizarla, luego de haberme asegurado de que la reina no había pensado en el proyecto en cuestión».

Por desgracia, es una partida postergada... Y los abusos previstos por Mercy y María Teresa harán su entrada en la persona de Rosa Bertin, a quien la duquesa de

Chartres presenta a María Antonieta en ese mes de julio.

Nacida en 1747, en Amiens, Rosa Bertin es comerciante en modas. O sea, que al mismo tiempo es costurera y modista, con «algo más». Muchas cosas más. En París, en su tienda, «El Gran Mogol», se encuentran manteletas, pellizas, manguitos, abanicos, gasas, encajes, baratijas. La especialidad de Rosa son los gorros, gorros al estilo de Chartres, en reconocimiento de la Duquesa; a la carmelita, a la sultana; y los puges, entre ellos el célebre *pug de los sentimientos*. El pug de los sentimientos es un *tocado* que se destaca «por la multitud de cosas que entran en su composición y por el genio que exige para variarlo con arte. Se le llama *pug* a causa de la confusión de objetos que puede contener, y *de los sentimientos* porque deben ser relativos a lo que más se quiere... Todas las mujeres quieren tener un pug y están locas por ellos»^[33].

Rosa Bertin ya se ha destacado ante la atención de María Antonieta al crear, para el estreno de *Ifigenia*, el *peinado al estilo de Ifigenia* y el *pug de circunstancias* para la entronización de Luis XVI.

En María Antonieta, Rosa Bertin ha encontrado a la parroquiana ideal. Su preferencia no se desmentirá. El último encargo de la reina está fechado el 7 de agosto de 1792, tres días antes de la toma de las Tullerías.

La Bertin lanza a la reina a una locura de gastos, a excesos de plumaje que exasperarán a María Teresa. Su fulgurante ascenso hará parlotear a todo París y todo Versalles. Se imaginará —y no es cierto— que María Antonieta y Rosa se dedican a prácticas en favor de Lesbos. Se conforman con reinar sobre las modas, tomadas de la mano. Además, Rosa Bertin le lleva a María Antonieta el aire de París, sus habladurías, sus chismorreos. Su conversación no debía de carecer de atractivo, a juzgar por algunas de sus frases que la posteridad ha conservado, como «sólo es nuevo lo que se ha olvidado», que Rosa pronuncia un día ante la reina.

Rosa Bertin por la mañana, Lamballe por la tarde: María Antonieta se siente colmada en su primer verano de reinado, y no ve más allá de su intensa satisfacción. Se mantiene alejada de las cosas serias que ocupan a su esposo, como la formación del nuevo Ministerio, donde Turgot es nombrado inspector general de Finanzas, y Vergennes, de Relaciones Exteriores.

—Debo confesar mi disipación y mi pereza por las cosas serias —se atreve a confesar María Antonieta a María Teresa, el 30 de julio.

Confesión que no hace más que consolar a la madre de la escasa estima que tiene por su hija... La emperatriz de Austria se anima un poco al comprobar que la regularidad del empleo del tiempo de la reina no difiere mucho, según Mercy, del de la delfina:

«Hay tal uniformidad en la forma en que la reina ocupa su tiempo que casi no existe la menor diferencia de un día al otro. La reina se levanta entre las nueve y las diez; toma su desayuno y recibe en forma sucesiva las visitas de la familia real. El tocado se hace a las once; la misa, al mediodía; por lo general, tengo ocasión de hablar con la reina antes de su almuerzo, que es a la una y cuarto de la tarde. Su Majestad hace música, y a menudo me concede audiencia hasta el momento

del paseo, s que es después de las cinco, y que dura casi hasta la hora de cenar. Todas las noches, el rey cena con la reina [...]».

Después de la cena, «el rey pasa las noches en los aposentos de la reina». Pero *nada*, siempre *nada*.

El verano de 1774 es uno de los más cálidos que haya conocido el siglo. Para aprovechar el fresco del alba, y también porque ha leído en un libro una maravillosa descripción, María Antonieta, que se encuentra en Marly, decide, una noche, esperar el nacimiento del día. Ha obtenido para ello el permiso de Luis Augusto. No ha logrado convencer a su esposo —quien decididamente se acuesta temprano— de que comparta su espera. Como teme que la ausencia del rey se preste a algún comentario malévolos, la reina se hace acompañar por la señora de Noailles, y para compensar una compañía tan enojosa, por la señora de Lamballe. Las siguen otras personas de la corte, entre las cuales estaba el duque de Chartres. Los aduladores se preguntan si el sol se permitirá brillar ante una reunión tan deslumbrante. Se lo permite, y cuando aparece, María Antonieta une las manos y exclama:

—¡Qué hermoso, Dios mío, qué hermoso!

Sólo se respira frescura e inocencia. Es un momento perfecto.

De esa frescura, de esa inocencia, de esa perfección, surgirá un abominable panfleto contra la reina, *El nacimiento de la aurora*. Mientras María Antonieta iba a acostarse tranquilamente, después de haber asistido a ese nacimiento, los panfletarios la presentaron extraviándose en los bosquecillos, convertida en bacante, para entregarse a orgías «con los dos sexos, y otras cosas»...

María Antonieta hace que resulte desmentido el proverbio: «No hay humo sin fuego». Ella es la prueba misma de que puede haber humo sin fuego. Lo demuestra ese *Nacimiento de la aurora*. Se ha desatado la campaña de calumnias que atormentará a María Antonieta hasta sus últimos días.

Casi al mismo tiempo, aparece en Londres otro libelo contra la reina. Su autor sería Beaumarchais, como lo cree Kaunitz, ministro de María Teresa, o el duque de Aiguillon, como lo insinúa Beaumarchais. Sea o no el autor del libelo, Beaumarchais se ofrece para recuperar esas «páginas infames» y destruirlas. Siguen entonces aventuras, rocambolescas antes de la aparición de Rocambole, que divierten a Luis Augusto cuando se entera de ellas. Hay alguien que no ríe, y es María Teresa, quien el 28 de agosto deja estallar su indignación:

«[...] no podría negaros que no creía que el odio inveterado contra los austríacos, contra mi persona y contra la pobre reina inocente estuviese instalado en forma tan inalterable en el corazón de los franceses. ¡En esto culminan, entonces, todas las adulaciones, prodigadas con tanta abundancia! ¡Éste es el amor que se le tiene a mi hija! Nunca se publicó nada más atroz, nada que impregne mi corazón del más vil desprecio por esta nación sin religión, costumbres y

sentimientos».

El furor de María Teresa es explicable. En ese libelo de Londres se acusa a María Antonieta, entre otros horrores, de tratar de tener un hijo con un hombre que no sea Luis Augusto. Por el momento no se cree en esas calumnias, y cuando el canciller de Maupeou es despedido, el pueblo de París lo quema en efigie y exclama: «Vengüemos a nuestra encantadora reina, contra la cual ese miserable osó hablar mal y escribir libelos». Beaumarchais, Aiguillon, Maupeou; nunca se sabrá quién es el verdadero autor del libelo, cuya existencia inquieta a la reina, a quien Mercy se esfuerza por tranquilizar:

«Volvió a hablar del libelo, y afirmó temer que si se hubieran escapado algunos ejemplares, tal vez se vería reaparecer una nueva edición. Yo señalé que, inclusive aunque eso ocurriese, no había motivos para inquietarse, y que esa clase de infamia sólo podían perjudicar a sus desdichados autores».

En esa carrera de infamias, las Señoras, con Doña Adelaida a la cabeza, los Provenza, los Orléans, no figuran entre los últimos. En sus salones, rápidamente convertidos en «talleres de calumnias», nacen, ese verano, canciones como:

*Tú, que por extravíos de la infancia
Tienes los del temperamento,
Reina de Francia en apariencia,
Lo eres más de verdad
De los ministros del tocador,
De los comediantes, de los histriones,
Y en desafío de toda la etiqueta,
Tienes de las chicas el tono.*

¿No se creería escuchar a Doña Adelaida murmurando al oído de su sobrino Provenza: «Mirad a esa reina que desafía la etiqueta en todo, y que tiene el tono de las chicas»?

Se trata, por supuesto, de las chicas de la vida alegre, de las prostitutas...

También durante el verano de 1774 —un verano muy cargado para María Antonieta—, la reina conviene una primera compra con el joyero Böhmer, quien será uno de los principales actores del asunto del Collar. ¡Y qué compra! Se trata de pendientes formados por «diamantes en forma de pera, de un grosor prodigioso», y cuyo monto se eleva a 600.000 libras. Después de haber retirado «los dos botones que forman la parte superior», su precio queda fijado en 348.000 libras. Böhmer recibe 48.000 libras a cuenta. El rey es quien pagará los gastos, con el dinero de su caja personal, durante cinco años, hasta 1780.

María Antonieta es reina de Francia desde hace tres meses y ya se deja arrastrar, por Bertin y por Böhmer, a un torbellino de plumas y diamantes, a un abismo de

gastos fabulosos, mientras el rey y Turgot predicán en vano la necesidad de hacer economías.

Después del hermoso verano llega el invierno precoz, glacial, que impide la caza y los paseos. En Versalles, se recluyen en el castillo. La reina toca piezas de Mozart en su clavicordio, y sobre todo de Gluck. Tiene «largas conversaciones diarias» con el abad de Vermond.

La paz se mantiene en la familia real. Como las Señoras ya no tienen medios para intrigar, fingen no intervenir en nada, y sólo se mezclan en las calumnias que se dedican a difundir acerca de la Austríaca. El conde y la condesa de Provenza tratan de hacer olvidar sus tartuferías anteriores, y se esfuerzan por complacer a la reina. El conde y la condesa de Artois no ocultan su satisfacción: la Condesa está encinta. La reina, no. Cosa que no le impide ofrecer a su cuñada «más atenciones y bondades». Ésa es la fachada, es lo que muestra María Antonieta, no sin méritos. Porque por dentro las cosas son muy distintas:

«Su Majestad se siente interiormente afectada en forma muy dolorosa. Después [...] de la confianza que se digna mostrarme, lo mismo que al abad de Vermond, somos los únicos con quienes la reina puede explicarse respecto de ese artículo fatal», informa Mercy, el 18 de diciembre.

¡Ah, ese «artículo fatal», esa no consumación del matrimonio, todavía no se ha dejado de hablar de él, y de quejarse! ¿Cuándo podrá anunciar María Antonieta que se encuentra encinta, como la condesa de Artois?

Se acerca el final de 1774. María Antonieta debe escribir a su madre. Esas cartas, qué tarea para la «pequeña reina de veinte años», que se esfuerza por nada, ya que María Teresa no las aprecia: «La última carta de mi hija fue, como de costumbre, poco interesante, y mi respuesta tampoco lo será». María Antonieta olvida esa obligación, ese «artículo fatal» y otros inconvenientes, para entregarse a una de sus pasiones: las carreras de trineos.

A mediados de diciembre, la nieve cae durante tres días. Se creería estar en Viena, y la reina aprovecha para lanzarse, como en Viena, a las carreras de trineos. Arrastra a ellas a su querida Lamballe, quien se encontraba «envuelta en pieles [...]; se podía decir que bajo la marta y el armiño reinaba la primavera»^[34].

«Durante unos días, mientras la nieve continuaba en el suelo, Su Majestad aprovechó para hacer tres carreras en trineo [...]; el caballo uncido se desbocó; el cochero, derribado por una sacudida, soltó las riendas, pero la reina tuvo la presencia de espíritu de tomar una y de hacer girar la cabeza

del caballo contra un seto, ante el cual se detuvo»^[35].

La caída fue evitada en el momento justo. ¿Habría que ver en ello el símbolo de los años por venir? En ese caso, sería el más engañoso de los símbolos.

UNA «PEQUEÑA REINA DE VEINTE AÑOS»

(1775)

Siempre más cerca de su sexo que de su rango, olvidaba que estaba hecha para vivir y morir en un trono real, quería disfrutar demasiado de esa influencia ficticia y pasajera que la belleza da a las mujeres corrientes, y que hace de ellas las reinas de un momento.

RIVAROL

En la primera canción escrita contra la reina, en la primavera de 1774, *Pequeña reina de veinte años*, lo que aumentó la congoja de María Antonieta fue el hecho de que se la envejecía en un año. Sólo cumpliría los veinte en el otoño de 1775. Sentía tanto placer en ser joven... ¿Cómo no aprovechar, no multiplicar las fiestas, los bailes, las carreras en trineos? Durante las seis primeras semanas de 1775, la reina y la princesa de Lamballe hacen de hadas de las nieves, con:

«el sonido de las campanillas y los cascabeles con que estaban adornados los arneses de los caballos. Nadie imaginó que hubiese nada de culpable en una diversión tan inocente. Pero surgió la tentación de prolongar las carreras y de llevarlas hasta los Campos Elíseos [...]; no se dejó de decir que la reina había corrido por las calles de París en trineo. Fue un escándalo. El público vio en esa moda una predilección por los hábitos de Viena [...]. La reina fue informada de ello, y aunque todos los trineos hubiesen sido conservados, y si bien desde esa época hubo varios inviernos favorables para ese tipo de diversiones, no quiso seguir dedicándose a ellos»^[36].

Si bien abandona las carreras de trineos, María Antonieta no renuncia, sin embargo, a otra de sus pasiones: combatir la etiqueta Para desesperación de la señora de Noailles, la reina soporta cada vez menos que la «importunen»:

«La vestimenta de la princesa era una obra maestra de etiqueta; todo se encontraba reglamentado en ella. La dama de honor y la dama de tocador —las dos, si se encontraban juntas—, con la ayuda de la primera doncella y de dos doncellas comunes, realizaban el servicio principal; pero existían distinciones entre ellas. [...] Un día de invierno ocurrió que la reina, ya toda desvestida, se encontraba a punto de ponerse la camisa, que yo le tendía, desplegada; entra la dama de honor, se apresura a quitarse los guantes y toma la camisa. Tocan a la puerta, se la abre: es la señora duquesa de Orléans; se quita los guantes, avanza para tomar la camisa, pero la dama de honor no debe

entregársela; me la entrega y se la doy a la princesa; golpean de nuevo: es la señora condesa de Provenza; la duquesa de Orléans le presenta la camisa. La reina tenía los brazos cruzados sobre el pecho y parecía tener frío. La señora ve su actitud lamentable, se conforma con arrojar su pañuelo, se guarda los guantes y al entregar la camisa despeina a la reina, quien se pone a reír para disimular su impaciencia, pero sólo después de haber dicho varias veces, entre dientes: “¡Esto es odioso! ¡Qué *molestia!*”».

Se ha citado con frecuencia este pasaje de las *Memorias* de la señora Campan. Se olvida citar la conclusión, que es la siguiente:

«Los príncipes habituados a ser tratados como divinidades terminaban, como es natural, por creer que eran personas de una naturaleza especial, de una esencia más pura que el resto de los hombres. Esa etiqueta, que en la vida interior de nuestros príncipes los había llevado a hacerse tratar como ídolos, en su vida pública los convertía en víctimas de todas las imposiciones del decoro. En el castillo de Versalles, María Antonieta encontró una cantidad de costumbres establecidas y reverenciadas que le parecieron insoportables».

María Antonieta no las soporta durante mucho tiempo. Suprime el hábito de almorzar todos los días en público, de ser servida a la mesa únicamente por mujeres y de ser seguida siempre por dos de sus damas, con vestimenta de la corte. En adelante, sólo será acompañada por un ayuda de cámara y dos lacayos.

Esa situación de diosa que se encuentra por encima de la etiqueta, las conveniencias y las leyes dará a María Antonieta gran tendencia a sentirse complacida. Todo lo que no es de su «agrado» es cosa que *importuna*. Vive en un Olimpo inaccesible, en una burbuja de cristal, en un triángulo mágico, Versalles, París, Fontainebleau. Es lo único que conocerá de Francia. Su esposo tampoco conocerá más que eso, y saldrá de Versalles para un solo viaje, a Normandía, en 1786.

María Antonieta es una diosa cuya sobriedad y decencia asombran a la corte y a la ciudad.

Su *sobriedad*. Come poco, casi siempre ave, cocida o asada. Sólo bebe agua, manifiesta preferencia por la Ville-d'Avray. Indiferente a los placeres de la mesa, que la familia real francesa en general —y su esposo en particular— aprecia en exceso, María Antonieta sólo muestra verdadero agrado por su café de la mañana, y el pan que lo acompaña, «a los cuales se había acostumbrado en su infancia, en Viena». ¡En la ceremonia de la *entrega* en la isla del Rin, María Antonieta había renunciado a todo lo que era austríaco, salvo el panecillo vienés!

Su *decencia*. Se baña vestida con una larga bata de franela abotonada hasta el cuello, y mientras sale del baño exige que se tienda una sábana para impedir que sus damas la vean. Ello no impedirá que los redactores de libelos difundan, a propósito de los «baños de la reina», mil indecencias, a cuál más escandalosa. Es cierto que la reina toma baños, en una época en que eso no es habitual. Ello es suficiente para crear repugnancia en las damas grasientas, las Señoras almibaradas en sus inmundicias, las Provenza, las Orléans emporcadas en el fango de sus perfidias.

La reina adora el agua, para beber y para lavarse. Hija del agua, María Antonieta

es también una hija del aire en movimiento incesante; corre a París, cruza Versalles como una flecha, al encuentro de su querida Lamballe. Quien crea a Mercy tantas preocupaciones como había previsto. Éste escribe, el 15 de enero de 1775:

«Desde hace bastante tiempo, la señora y la condesa de Artois tenían muchos deseos de obtener en Francia un cargo para un joven príncipe de Carignan, el primo de ambas. Los ministros del rey se oponían con energía a ese proyecto e impedían su concreción. La princesa de Lamballe, hermana del joven príncipe de quien se trata, al ver que no podía esperar otro apoyo eficaz que el de la reina, se valió del afecto muy especial con el cual la honra su Majestad y obtuvo de ésta la promesa de hacer que ese arreglo se llevara a la práctica. El rey puso en ello toda su complacencia habitual para con los deseos de la reina y, sin consultar a ministro alguno, declaró que concedía al príncipe de Carignan treinta mil libras de pensión anual en un regimiento de infantería nacional, [...]. Esta nueva prueba del favor del cual gozaba la reina produjo una gran conmoción, [...]».

Conmoción, por cierto, y no, como más tarde, escándalo. Al mismo tiempo que se informa sobre el favor concedido al hermano de la princesa de Lamballe, se conoce el éxito logrado por María Antonieta, el 13 de enero, en la Ópera de París, a la cual fue de nuevo a escuchar la *Ifigenia* de Gluck, de la cual no se cansa. En el segundo acto, un coro, cuyo primer, verso, cantado por Aquiles, es: *Cantad, celebrad a vuestra reina*, es modificado por su intérprete, quien se vuelve hacia el palco de María Antonieta para entonar «*Cantemos, celebremos a nuestra reina*». La Ópera se viene abajo con los aplausos y los «¡Viva la reina!» María Antonieta se conmueve hasta las lágrimas.

Cuando el príncipe de Ligne escribe que María Antonieta no ha tenido en toda su vida un día completamente feliz, resulta claro que exagera. Las que vierte en la Ópera son lágrimas de dicha. Es reina, es adulada, es feliz. Y lo será aún más, esa vienesa sentimental, ya que su hermano menor, el archiduque Maximiliano, llega a París. Nació un año después que María Antonieta, quien lo considera «su hijo».

El 7 de febrero de 1775, Maximiliano llega al castillo de la Muette, donde lo espera su hermana. Hacía cinco años, desde abril de 1770, que María Antonieta había abandonado Viena y su familia. Se había vuelto francesa hasta tal punto que María Teresa la acusa de «avergonzarse de ser alemana» y que, en relación con el mismo tema, José II le ha dirigido una carta muy desagradable. María Antonieta adopta la actitud de reírse de ésta:

—Aquí habría materia para discusión, pero nunca discutiré con mi hermano; le responderé en broma.

Al recibir a Maximiliano con toda la ternura de la cual es capaz, María Antonieta muestra que la francesa que hay en ella no ha borrado su apego a su familia austriaca.

Maximiliano se encuentra acompañado por su mentor, el conde de Rosenberg. Lo mismo que su hermana, Maximiliano adora el incógnito y se hace llamar conde de

Burgau, cosa que no engaña a nadie y que causa problemas. Con el pretexto de ese incógnito, los príncipes de las Casas de Orleans, de Condé y de Conti afirman que Maximiliano les debe *la* primera visita. El archiduque se niega. María Antonieta lo defiende y declara con vivacidad al duque de Orléans:

—El rey y sus hermanos no miraron tan de cerca. Dejando a un lado la condición de archiduquesa, habríais podido advertir que el rey lo trató como a un hermano y lo hizo cenar en el seno de la familia real, honor al cual supongo que nunca habréis aspirado. Por lo demás, a mi hermano le molestará no ver a los príncipes; pero se encuentra por poco tiempo en París, tiene muchas cosas que ver, prescindirá de ello.

Maximiliano prescinde de ello, tanto más cuanto que recibe visitas de jóvenes a la moda, los Ségur, los Durfort, los Noailles. Provenza y Artois, que ya no saben qué imaginar para complacer a María Antonieta, ofrecen al hermano de ésta, el 27 de febrero, una fiesta que cuesta unas cien mil libras. No asiste a ella el duque de Chartres, quien aprovecha para mostrarse en forma ostensible en París, donde es aplaudido. Se finge creer que María Antonieta lo sacrifica todo a su familia de Viena, y el apodo de «la Austríaca» circula durante varios días por las calles y en los salones.

Los parisienses se sienten ofendidos por la indiferencia que Maximiliano muestra hacia las bellezas de su ciudad. Se burlan de sus torpezas. Por ejemplo, a Buffon, quien le ofrece sus obras completas, Maximiliano le responde:

—Me molestaría mucho privaros de ellas.

Impagable, ¿no?, ese hermano de la Austríaca.

En una carta del 17 de marzo, María Antonieta no oculta a su madre que el viaje de Maximiliano no ha sido un éxito total.

«La partida de mi hermano me ha afligido mucho; la duda de si alguna vez volveremos a vernos resulta cruel. Aquí se ha granjeado una reputación de bien educado por su cortesía, su honestidad y su atención para con todos. No tuvo tanto éxito en cuanto a las cosas que se le mostraron, porque siempre se mostró muy indiferente. Creo que dentro de algún tiempo se hallará en mejores condiciones de beneficiarse con un viaje así».

No habrá otro viaje a Francia para Maximiliano. En la misma carta del 17, María Antonieta acepta reconocer:

«Es cierto que me ocupo poco de mi atavío, y en cuanto a las plumas, todo el mundo las lleva, y parecería extraordinario que no las usara. Se ha disminuido mucho la altura de ellas desde que terminaron los bailes».

Cree atenuar la irritación de su madre, quien a principios de marzo se manifestaba de la siguiente manera:

«De la misma manera, no puedo dejar de tocar un punto que muchas gacetas me repiten con demasiada frecuencia: se trata de los adornos que usáis; se dice que desde la raíz de los cabellos

tienen 36 pulgadas de alto, ¡y con tantas plumas y cintas que lo levantan aún más!».

Apenas María Teresa queda tranquilizada en cuanto a la altura de las plumas que lleva su hija, cuando tiene un nuevo motivo de contrariedad. María Antonieta asiste a una carrera de caballos. ¡Una reina de Francia en una carrera de caballos! ¿En qué piensa la señora de Noailles? ¿Para qué sirve Doña Etiqueta, que no sabe impedir semejantes extravagancias?

«Una multitud de personas había concurrido a ese insignificante espectáculo, y la reina no fue recibida con los mismos aplausos y las mismas muestras de alegría acostumbradas. La razón de ello es que el pueblo tenía fundadas grandes esperanzas en su influencia para los objetivos útiles, y en la colaboración para el bien que obtendría gracias a su favor. Dada esta esperanza, el pueblo ve con un poco de enojo que la reina sólo se ocupe de diversiones y descuide todos los medios capaces de cumplir el papel que le destinaba la confianza general».

Frente a esta reina de quien se espera todo y que manifiestamente sólo se preocupa de plumas y caballos, el pueblo tiene derecho a manifestar «un poco de enojo». Este enojo degenera, los primeros días de mayo, para convertirse en motines en París, en Versalles y en varias ciudades vecinas. El precio del pan ha subido de trece sueldos a cuatro libras, y si se piensa que un vestido de María Antonieta vale alrededor de 6.000 libras... Las panaderías han sido saqueadas. Después, todo volvió al orden. Los únicos que se regocijaron con esos motines son los enemigos del inspector general de Finanzas, Turgot, cuya política de libertad para el comercio de granos habría conducido a esos desórdenes. Rosa Bertin se inspira en ellos para un gorro, el *Gorro de la rebelión*. No se sabe si María Antonieta usó alguno...

Estos molestos acontecimientos no inquietan para nada al conde de Artois, «quien sólo se ocupa de frivolidades, y cuya conducta tiende a un decidido libertinaje». Caza venados en el bosque de Boulogne y ofrece cenas muy alegres, demasiado alegres, según se dice. Si bien María Antonieta no concurre a las cenas, participa en las cacerías. Su cuñado la lleva en una «diabla», que es «una especie de calesa en la cual es posible viajar de pie». Estas «diablerías» no producen buen efecto. La mala reputación de Artois, ese calavera de dieciséis años, repercute sobre «la pequeña reina de veinte años». El rey no está contento con ello y, aunque no dice nada a María Antonieta, no disimula su contrariedad ante Artois. ¿Se trata de un enojo silencioso de su parte? Luis Augusto «duerme aparte». Cosa que alarma a María Teresa tanto como los motines El 2 de junio escribe a su hija:

«En general, este espíritu de amotinamiento comienza a hacerse familiar en todas partes: es, pues, el acompañamiento de nuestro siglo esclarecido. A menudo me duelo por ello, pero la depravación de las costumbres, esa indiferencia por todo lo que tiene relación con nuestra santa religión, esa continua disipación, son causa de todos estos males. [...] Estamos en este mundo para hacer el bien a los otros; vuestra tarea es una de las más esenciales [...]. Perdonadme este sermón, pero os confieso que ese lecho separado, esas carreras con el conde de Artois, han puesto tanta pena en mi alma cuanto que conozco las consecuencias y nunca podría exponéros las con suficiente fuerza

como para haceros salvar el abismo al cual os precipitáis. Atribuid estas alarmas a mi ternura, pero no las creáis superfluas».

Con María Antonieta, el fastidio es que no ve el mal en ninguna parte, y siempre cree estar haciendo bien. El 22 de junio se apresura a calmar las alarmas de su madre:

«El constipado que tenía se ha ido por completo con la leche. Es cierto que mientras duró el rey durmió en sus habitaciones; pero mi querida mamá puede quedar tranquila al respecto: hace mucho tiempo que regresó».

¡El culpable de esta perturbación es, por lo tanto... el constipado! ¡Querida María Antonieta!

Domingo 11 de junio de 1775, consagración del rey en Reims Luis Augusto recibe allí la solemne bendición del título que recibe de sus antepasados... En el Siglo de las Luces todo cambia, y la consagración ya no es lo que era. Espíritus fuertes, filósofos como D'Alembert y Condorcet ven en esa ceremonia «la más inútil, y el más ridículo de los gastos inútiles».

Aunque no haya sido ganada por la manera de la época, ni por las ideas de los filósofos a quienes desconoce, María Antonieta no muestra prisa alguna en ser coronada al mismo tiempo que el rey. No ve o no puede ver la amplitud de lo que está en juego. Sólo tiene en cuenta la molestia de una interminable ceremonia, su incomodidad. Considera la consagración como una ocasión complementaria de divertirse y de entregarse a las alegrías del incógnito con el conde y la condesa de Provenza, con el conde de Artois. Incógnito que no dura mucho. En cuanto el cuarteto llega a Reims, María Antonieta es reconocida y recibida a los gritos de «¡Viva la reina!»

En cuanto entra en la catedral, el rey, como un colegial un poco demorado, un colegial de veintiún años, busca con la mirada a su reina instalada en una tribuna. Cuando la advierte, manifiesta una alegría que entenece a la concurrencia. Conmovida, María Antonieta se inclina, y puede creer, en el desencadenamiento de los órganos y los coros, que la vida es una soberbia ópera.

Después de la consagración en la catedral, viene la otra consagración, en las calles, donde los soberanos son aclamados triunfalmente. Escribe a su madre, el 22 de junio:

«Es una cosa asombrosa, y al mismo tiempo feliz, ser tan bien recibida dos meses después de la rebelión, y a pesar de la carestía de pan, que por desgracia continúa. [...] Por mi parte, sé muy bien que nunca en la vida olvidaré, aunque llegase a los doscientos años, el día de la consagración».

Después del día inolvidable de su conquista de París, he aquí otro día también inolvidable para María Antonieta, quien lo describe en términos idénticos, jurando recordar esas aclamaciones populares, y merecerlas. Juramento que se lleva consigo la embriaguez de nuevas fiestas, como las ofrecidas, el 21 de agosto, por el matrimonio de su cuñada, Clotilde, con Carlos Emmanuel de Saboya. Clotilde desaparece de Versalles, donde no deja vacío alguno.

¡María Antonieta tiene en la cabeza otras preocupaciones, fuera del destino de Clotilde! En Reims ha vuelto a ver a Choiseul, y relata por carta la entrevista, al conde de Rosenberg, hombre de confianza de María Teresa y que, con tal título, había acompañado a Francia al archiduque Maximiliano.

«Tal vez os hayáis enterado de la audiencia que concedí al duque de Choiseul en Reims. [...] Me creeréis con facilidad que no lo he visto sin hablarle de ello al rey, pero no adivinaréis la destreza que empleé para no darle la impresión de estar pidiéndole su premio. Le dije que tenía deseos de ver al señor de Choiseul, y que sólo tenía problemas con el día. Hice tan bien las cosas que el pobre hombre me fijó él mismo la hora más cómoda en que pudiese verlo. Creo que en ese momento usé lo suficiente el derecho de mujer».

«¡El pobre hombre!», dice, hablando de Luis XVI.

En la misma carta, y con la misma ligereza, María Antonieta se jacta de haber provocado la caída en desgracia del duque de Aiguillon, y anuncia que tomará a la princesa Lamballe como superintendente:

«Juzgad mi dicha, haré feliz a mi amiga íntima y disfrutaré de eso más que ella. Todavía es un secreto, aún no he hablado de ello a la emperatriz. Sólo el emperador lo sabe; rogadle que no hable, ya os daréis cuenta de cuáles serían las consecuencias. Adiós, señor, la longitud de mi carta, os habla del placer que tengo en conversar con vos».

Aterrado por tanta ligereza, Rosenberg muestra esta carta a José II, quien a su vez la muestra a María Teresa. Las reacciones de ellos ante estas confidencias desconsideradas, ante ese «pobre hombre», son durísimas. Si la reina de Francia se atreve a tratar al rey de Francia de «el pobre hombre», ¿adónde podrá llegar? José II escribe a su hermana una carta de tal severidad, que María Teresa impide su envío. Pero la que dirige a su hija, el 30 de julio, no es muy tierna:

«No puedo disimular ante vos que una carta escrita a Rosenberg me ha hundido en la mayor de las consternaciones. ¡Qué estilo! ¡Qué ligereza! ¿Dónde está ese corazón tan bueno, tan generoso, de esa archiduquesa Antonieta? Sólo veo una intriga, un odio bajo, espíritu de persecución, burlas; intriga como una Pompadour o una Barry, quienes habrían podido representar un papel en ella, pero no como una reina, una gran princesa, una princesa de Casa de Lorena y de Austria, plena de bondad y de decencia. [...] ¡Qué lenguaje! ¡El pobre hombre! ¿Dónde está el respeto y el reconocimiento por todas las complacencias? [...] Vuestra dicha no podría dejar de cambiar demasiado, y vos podríais precipitaros en las más grandes desgracias. [...] Lo reconoceréis algún día, pero demasiado tarde».

Una vez más, María Teresa abre abismos, prevé desdichas y pronuncia ese «demasiado tarde» que resuena como un toque a difuntos y pondrá su ritmo a los fracasos de María Antonieta. ¡Pero con cuánta claridad ve, esa madre extralúcida, y cuánta razón tiene al comparar a su hija con las favoritas! María Antonieta es la favorita de Luis Augusto, quien nunca querrá otra.

Consternada, abrumada por el comportamiento de la reina, la emperatriz repite a Mercy:

—¡Qué estilo, qué manera de pensar! Eso confirma mis inquietudes; corre a grandes pasos a su ruina; feliz ella si, al perderse, conserva las virtudes debidas a su rango.

Frente a esa doble tormenta maternal y fraternal, María Antonieta se defiende como puede, y se declara no culpable:

«Jamás osaría escribir a mi augusta madre si me sintiese la mitad de culpable de lo que ella lo cree. Ser comparada con las Pompadour, con las Du Barry; ser cubierta con los epítetos más espantosos no es para vuestra hija. He escrito una carta a un hombre de mérito que cuenta con vuestra confianza y a quien, dada una autoridad tan respetable, he creído poder otorgarle la mía. Como ha venido a este país y conoce el valor que aquí se asigna a ciertas frases, yo no debía temer inconveniente alguno. Mi querida mamá juzga de otra manera, y yo debo inclinar la cabeza y esperar que en otras circunstancias me juzgue de manera más favorable y, me atrevo a decirlo, como lo merezco».

María Antonieta explica a Mercy que su «querida mamá» nada entiende sobre «el valor que se asigna a lo que aquí se llaman bromas», esas bromas en boga en Versalles, donde se dicen las peores cosas sin creer en ellas y se difunden las peores murmuraciones sin pensarlo. María Antonieta bromea. Pero no se bromea con la realeza sin engendrar revoluciones. Si la «pequeña burlona» no respeta a nadie, ni siquiera a su esposo, a quien se lo debe todo, no debe asombrarse demasiado si se ve que se sigue su ejemplo.

—Vos sois quien debe dar el tono en Versalles —recomendaba María Teresa, ¡quien no pensaba, por cierto, en ese tono deplorable!

El 6 de agosto, el parto de la condesa de Anois permite olvidar un poco el asunto del «pobre hombre».

«[...] es inútil decir a mi querida mamá cuánto he sufrido al ver un heredero que no es el mío».

María Antonieta ha sufrido mucho más de lo que se atreve a confesar a su madre, a quien oculta la escena que siguió al parto de la condesa de Artois, y que nos relata la señora Campan:

«La reina [...] ofreció todas las señales posibles de ternura a la joven parturienta, y no quiso dejarla hasta que volvió a su lecho; luego recorrió las escaleras y la sala de guardia, con expresión muy serena, en medio de una inmensa multitud. La chusma, que se había arrogado el derecho de hablar a los soberanos en su ridículo y grosero lenguaje, la siguió hasta las puertas de sus aposentos,

gritándole, con las expresiones más licenciosas, que tenía la obligación de dar herederos. La reina llegó muy agitada y con pasos precipitados; se encerró, sola conmigo, para llorar, no de celos por la dicha de su cuñada —era incapaz de eso—, sino por el dolor de su situación».

¡María Antonieta perseguida por los insolentes! ¡Pobre mujer!

Una quincena después del incidente con Rosenberg, María Teresa recibe, a mediados de agosto, una carta de Mercy, donde encuentra otros dos motivos de contrariedad. No sólo María Antonieta va a nombrar superintendente a la princesa de Lamballe, sino que tiene una nueva favorita, la condesa de Polignac:

«Su Majestad ha obtenido el consentimiento del rey para el restablecimiento de ese cargo de superintendente, y la princesa de Lamballe tiene ahora la promesa positiva. No es que esta princesa no haya perdido buena parte de su favor ante la reina, quien durante un tiempo otorgó sus preferencias a una condesa de Dillon; sino que esta última acaba de ser suplantada a su vez por una joven condesa de Polignac, por la cual la reina ha adquirido un apego más intenso que por las precedentes. De estas variaciones de afectos nacen inconvenientes y molestias. Al cumplir todos sus compromisos con la princesa de Lamballe, todas las damas del palacio son víctimas de celos y difunden rumores, [...]».

Para huir de esa torre de Babel, de esos celos, esos rumores, de esa corte donde el propio rey da el ejemplo de la decadencia al autorizar a sus hermanos, durante su asunción, a no llamarlo ya «Vuestra Majestad», la señora de Noailles ha decidido retirarse. La señora de Noailles ya no soporta ver las faltas cotidianas a esa Etiqueta que ella representa, y que encarnaba la difunta reina de Francia, María Leszczyńska. Las reinas vivían en la sombra. María Antonieta fue la primera en reclamar su parte de sol y de brillo. Es más de lo que puede tolerar la señora de Noailles, quien cede el lugar a las Lamballe y las Polignac. Se va, y con ella desaparece el símbolo de la antigua corte y las costumbres de antes. María Antonieta no se preocupa por ello, contenta de liberarse de su cancerbero.

Antes de la partida de la señora de Noailles se elimina el último obstáculo para el nombramiento de la señora de Lamballe al puesto de superintendente. Mercy se ha esforzado en vano por limitar los abusos y las prerrogativas vinculados con este cargo: «Todas las peticiones han fracasado —gime—, y todo ha quedado en el antiguo caos».

Un cómodo caos para la princesa de Lamballe, cuyos emolumentos habían sido fijados en 70.000 libras y que recibe más del doble: 150.000. Es la suma que recibía la señorita de Clermont, la última superintendente, quien no poseía fortuna —cosa que no ocurre con la señora de Lamballe— y necesitaba ese salario para hacer frente a los gastos de su función.

Cuánto cuestan las favoritas... María Antonieta había esperado encontrar otra, más desinteresada, en esa señora Dillon que le ha sido indicada por Mercy. De origen

irlandés, amante del príncipe de Guéménés, la señora Dillon, como la princesa de Lamballe, tiene esa palidez que tanto agrada a María Antonieta. La madre de la señora Dillon, la señora de Roth, ha evaluado demasiado caras las dulzuras de su hija. Importunada por incesantes peticiones de dinero, María Antonieta se ha apartado de la señora Dillon y vuelto a la señora Lamballe. Su intimidad se reanuda con más fuerza y continúa provocando murmuraciones.

—Sé que se ha calumniado mi amistad con la reina. Escrúpulo alguno podría impedirme que me confesara ante vos con toda franqueza; pero podéis creer en mi palabra, nada de lo que se dice es cierto —confesará más tarde, la princesa, a su médico, el doctor Saiffert.

María Antonieta y Lamballe, dos palomas que se conforman con zurear juntas. A eso se lo llama «cacareos de amistad». La manufactura de Sèvres fabrica grupos que representan «Las tiernas amigas» o «Confidencias de dos personas jóvenes», que adornan los interiores de las familias más virtuosas. Nadie ve nada malo en estas castas ternuras y esas confidencias puras.

Setiembre de 1775. La princesa de Lamballe es nombrada superintendente. Se cree que su favor se encuentra en su cenit, cuando en realidad comienza su declinación. Una loba disfrazada de cordera acaba de penetrar en el redil. Esa loba, seguida por una temible jauría, devorará de un solo bocado a María Antonieta y eliminará a Lamballe.

Esta temible criatura es Yolanda de Polastron. Nacida en 1749, desposó en 1767 al conde Julio de Polignac. La falta de fortuna obliga a la pareja a vivir retirada en la Brie, en Claye. Sobrina del señor de Maurepas, principal ministro del rey, Yolanda tiene como cuñada a Diana de Polignac, quien es fea, jibosa, malévol; pero tan ingeniosa, tan graciosa, que se olvida su fealdad, su jiba, su malignidad. Nombrada como «dama de compañía» de la condesa de Artois, Diana se apresura a llevar a Versalles a quien sus íntimos llaman la condesa Julio, evitando cuidadosamente pronunciar el nombre de Yolanda, que consideran demasiado «medieval».

La condesa Julio se presenta en la corte. Su belleza de morena de ojos azules fascina a la reina. El duque de Lévis le dedicará, en sus *Souvenirs et portraits* (Recuerdos y retratos), unas líneas ditirámicas:

«Tenía una de esas cabezas en las cuales Rafael sabía unir una expresión espiritual a una infinita dulzura. Otras podían producir más sorpresa y más admiración; [...] a ella, uno no se cansaba de mirarla».

—Jamás figura alguna había anunciado más encanto y dulzura que la de la señora de Polignac —destaca el conde de La Marck—. Nunca una persona había anunciado, más que la de ella, la modestia, la decencia y la reserva.

Dulzura de Lamballe, dulzura de Dillon, dulzura de Polignac. ¡Decididamente, María Antonieta sólo gusta de la dulzura! ¡Y cuánta razón tiene! ¡Cuando se trata de la verdadera dulzura, por supuesto! La de la Polignac no es más que una apariencia, falsas mieles, un cebo destinado a atraer posibles presas. La condesa Julio posee el arte de recibirlo todo sin dar nada a cambio, fuera de la ilusión de una inapresable dulzura. ¿Su secreto? Una ostentación de desinterés; nada pide para sí, todo lo obtiene para los demás, y ante todo para su amante, el conde de Vaudreuil, un cínico, un hombre brutal, a quien se encuentra sometida por completo... Se puede ver en la señora de Polignac a lo antepasado de esas costosas muñecas de lujo que, siguiendo su ejemplo, gravitarán, en los siglos siguientes, hacia el poder y obtendrán pensiones, cargos, distinciones.

El inspector general D'Ormesson reconoce que las primeras peticiones de los Polignac no eran excesivas, pero que se hicieron cada vez más grandes, y causaron un escándalo en la corte y el descontento del pueblo. En los cuatro años que siguieron al favor de la condesa Julio, Mercy calculaba que los Polignac habían obtenido más de 500.000 libras de rentas anuales.

¿Cómo podía adivinar María Antonieta que ese «ángel de dulzura» sería uno de los instrumentos más seguros de su pérdida y la precipitaría hacia esos «abismos» tan temidos por María Teresa? La reina está deslumbrada por esa condesa Julio, que canta, sin ninguna nota falsa, la gran melodía de la sencillez, y que a su pregunta de «¿Por qué, señora, no se os ve nunca en la corte?» responde alegando su falta de fortuna, su poco agrado por las mundanalidades. María Antonieta cree haber encontrado por fin en la señora de Polignac una violeta, una humilde violeta digna de su Trianon.

—La recibiré en mis aposentos o en el Trianon, disfrutaré de las dulzuras de la vida privada, que no existen para nosotros si no tenemos la inteligencia de asegurárnoslas —confía la reina a la señora Campan, poco después de su encuentro con la divina condesa.

La morena de ojos azules tiene más de una treta a su disposición. Después de la gran melodía de la sencillez, interpreta, y con qué talento, la comedia del «no vayamos más lejos cuando todavía podemos detenernos», cosa que, en general, da la señal para todos los desbordes. Invitada a Fontainebleau, la condesa Julio sigue allí a la reina, como a desgana, y luego finge querer irse de la corte, cuyas intrigas —bien que lo advierte— son insoportables para su candor de pequeña campesina de Brie.

Luego de haber recibido las confidencias de la reina, la señora de Campan recibe las de la condesa:

«Me habló con franqueza e ingenuidad de todo lo que percibía de honorable y peligroso a la vez en las bondades de que era objeto».

Por «franca» e «ingenua» que pueda parecer a la señora Campan, la señora de

Polignac no deja por ello de simular una partida inminente, cuyas razones expone a la reina:

—Todavía no nos queremos lo suficiente para sentirnos desdichadas si nos separamos. Siento que eso ya está ocurriendo, que muy pronto no podré abandonar a la reina. Adelantémonos a ese momento, y que Su Majestad me deje irme de Fontainebleau.

Después de haber pronunciado estas palabras, la condesa Julio estalla en sollozos, a los cuales María Antonieta une los suyos. Enjugadas las lágrimas, las dos amigas juran no separarse nunca más, y se alejan, desfallecientes de emoción, apoyándose la una en la otra. ¿Esta escena de los falsos adioses es la que ha sorprendido al conde de Artois? El príncipe de Ligne atribuía los rumores sobre las relaciones de la reina y la señora de Polignac a un comadreo imprudente del conde de Artois, quien sorprendió una escena de adioses entre las dos amigas:

«La reina llora, la abraza, la toma de las manos, la exhorta, se lanza a su cuello. El señor conde de Artois ve este cuadro al entrar. Se echa a reír, y dice: “No os inquietéis”, y cuenta a todo el mundo que ha molestado a dos amigas».

Las dos amigas no tendrán problemas en proclamar una dicha que no es la que cree el libertino del conde de Artois. Después de las declaraciones de la falsa partida, María Antonieta está más convencida que nunca de haber encontrado en la señora de Polignac a la persona más desinteresada y más afectuosa del mundo. Como decía con justicia una cortesana de finales del siglo pasado:

—Hay que desconfiar de las personas que no piden nada al comienzo; son las que terminan por costarle fortunas a una.

Hay alguien a quien los fingimientos de la Polignac no logran engañar: Mercy. El 18 de setiembre quiere «demostrar a la reina que la condesa de Polignac, su favorita, ni tiene la inteligencia, ni el juicio, ni siquiera el carácter necesario para gozar de la confianza de una gran princesa».

Estas demostraciones, estas advertencias, como tantas otras, de nada servirán. En su lucha contra la condesa Julio, Mercy, al igual que Lamballe, está vencido de antemano. La partida es demasiado despereja. Imposible derribar a aquella de quien María Antonieta dice: «Con ella ya no soy la reina, soy yo». ¡Que no pueda llegar a ser ella misma sin necesidad de tal espejo! Porque «esa augusta princesa, tan interesante por las cualidades únicas de su espíritu y de su carácter, sería irreprochable si se la dejase ser; a esas indignas personas que la rodean es a quienes hay que apartar», reconoce Mercy, quien agrega: «Y yo las combatiré hasta el último momento, con la misma firmeza que les he mostrado siempre».

Combate inútil. El enceguecimiento de María Antonieta en relación con la señora de Polignac se entiende mejor gracias a esta confesión que hace al conde de Ségur:

—Me agrada que nadie se vaya disconforme de mi lado. Admito que, por

facilidad, me dejó llevar y recomiendo a personas cuyos derechos no conozco.

Se abusará mucho —y no sólo lo hará la condesa Julio— de esa «facilidad»...

En setiembre de 1775, María Antonieta informa a su madre del nombramiento de la señora de Lamballe para el puesto de superintendente. Como sabe que María Teresa es hostil a tal nombramiento, espera lo peor. Pero la emperatriz de Austria no manifiesta irritación alguna, y se declara tranquilizada por los elogios que escucha sobre «las cualidades de la princesa de Lamballe». Sin embargo, agrega, querría saber con exactitud quién es esa princesa de Polignac. No tardará en saberlo. Ocurre lo que debía ocurrir: Lamballe y Polignac tienen celos una de la otra; y eso desde el 15 de noviembre, como lo anuncia Mercy:

«Su Majestad se ha encontrado y se encuentra aún en problemas para conciliar a la princesa de Lamballe con la condesa de Polignac, porque estas dos favoritas, muy celosas una de la otra, han presentado respecto de la reina pequeñas quejas respetuosas, expuestas bajo el aspecto de la más tierna sensibilidad. [...]. También me parecía que Su Majestad no debería entregarse demasiado a escuchar las quejas de esas jóvenes [...]. Al dar ese consejo a la reina, le hice saber que ése era el medio de protegerse de molestias fuera de lugar; pero existe otra razón que no he podido exponer, y que es de mayor importancia.

»La princesa de Lamballe es apoyada por el señor conde de Artois, por el duque de Chartres, su pariente, y por todo lo que compone el Palais-Royal, cuyas actividades intrigantes temo infinitamente. La condesa de Polignac tiene por partidarios al barón de Besenval, a varios jóvenes de la corte, a una tía de muy mala reputación y a gente igualmente peligrosa».

María Antonieta no ve ninguno de esos peligros. Se encuentra presa en la trampa de la amistad, y adora la trampa. Es feliz con sus amigas, de corazón, no con el cuerpo, y nunca se insistirá demasiado en ello. ¡Cree hasta tal punto en la pureza de su dicha que no piensa en ocultarla! ¡Querida María Antonieta! ¡Cuán imprudente es! Estas imprudencias provocan calumnias, y 1775 concluye con una epidemia de canciones satíricas: «Se hacen respecto de todas las personas de la corte, hombres y mujeres, y la ligereza francesa se ha extendido inclusive hasta el rey». La reina se burla de ello. Acaba de ser víctima de otra epidemia, la de la gripe, bien conocida en nuestro siglo. Su novedad es tal que Mercy adopta la precaución de poner su nombre entre comillas:

«Una especie de epidemia que aquí se llama “la gripe”, de la cual nadie está exento».

La gripe está de moda. ¿Cómo no estar engripada? Prisionera de sus amistades, María Antonieta también lo será de modas no tan inofensivas como la del color pulga, tan en boga:

«Durante el otoño de 1775, el color de moda era una especie de tono castaño que era el de un

tafetán que la reina había elegido para hacerse un vestido. Al verlo, el rey exclamó: “¡Es color pulga!”. En el acto, el tono pulga se difundió con apasionamiento, tanto en la ciudad como en la corte».

¡Frente a los poderosos sortilegios de la moda, la «Austriaca» no sabrá resistirse, y se mostrará más parisiense que las parisienses!

LOS PELIGROS DE LA VIRTUD

(1776)

Los placeres y los placeres a la moda, que María Antonieta descubre en 1774, y a los cuales se entrega en 1775, llegan a su apogeo en 1776. Carreras de caballos, juegos de azar que convierten a Versalles en un «garito», la vida de la reina no es otra cosa que una serie ininterrumpida de diversiones... Es muy dudoso que observe los dos días de retiro por año que recomendaba su padre en sus *Consejos*. ¡En el mes de octubre llega a olvidarse de felicitar a su madre en su onomástica! Se encuentra tan ocupada entre sus favoritos y favoritas:

«Tolera todo a quienes se muestra útiles a sus diversiones; y siempre es ese el motivo por el que decide la acogida más o menos favorable que otorga a las personas. [...] En definitiva, se logra tan bien mantener a la reina fuera de sí misma, embriagarla de disipación, que, unido ello a la extrema condescendencia del rey, en ciertos momentos no hay manera alguna de hacerla entrar en razón»,

gruñe Mercy, a principios de 1776.

Entre las incesantes sugerencias de Rosa Bertin, quien se cree ministra de la Moda; y entre las recriminaciones de la señora de Lamballe, cuyo favor desciende de manera inexorable, y las peticiones satisfechas en el acto, de la señora de Polignac, cuyo favor no deja de crecer, María Antonieta ya no tiene un minuto para dedicar a los asuntos serios, y al más importante de todos: su esposo. En ese torbellino de placeres, la reina ya no distingue el día de la noche, distinción que su marido continúa observando. Luis Augusto no quiere molestar en nada a María Antonieta, pero tampoco quiere que lo molesten en sus hábitos, el más querido de los cuales consiste en acostarse a hora fija. La reina, a quien horroriza la monotonía, no puede someterse a semejante exigencia. Cuando el rey se acuesta, a las once en punto, la reina sale o ya ha salido a una fiesta, seguida por una jubilosa cohorte compuesta por el barón de Besenval, el duque de Coigny, el conde de Adhémar, el príncipe de Ligne, Lauzun y el conde de Esterhazy. La presencia de este último entre los compañeros de su hija asombra a María Teresa.

—Me sorprende que un hombre joven, y sin rango distinguido, como lo es el conde de Esterhazy, tenga el medio de acercarse a mi hija —observa la emperatriz.

Esterhazy «se acerca a su hija» porque la distrae, porque la salva del abrumador aburrimiento. A cambio de lo cual, la reina hace pagar por el rey los quince mil francos de deuda que «atormentan» a Esterhazy. Luis Augusto paga sin protestar. Aunque el rey no dice nada, la corte y el pueblo comienzan a indignarse con tantos favores locos. Sin darse cuenta, y mientras su virtud se mantiene «intacta», como lo comprobará el año siguiente su hermano José II, poco propenso a la indulgencia, María Antonieta está a punto de convertirse en una Doña Escándalo, a quien no sólo se le atribuyen aventuras con hombres, sino relaciones con mujeres. Ella se ríe de eso, y tiene la inconsciencia de informar de esas murmuraciones a su madre:

—Se ha supuesto, de manera liberal, que tengo los dos gustos, el de las mujeres y el de los amantes.

¿Eso es tan gracioso? ¿Tan a la moda? ¿Una reina de Francia tan galante como una heroína de Crébillon, como una pequeña amante?

«Su presunta galantería —rectificará el príncipe de Ligne en sus *Pensées et lettres* (Pensamientos y cartas)— nunca ha sido otra cosa que un profundo sentimiento de amistad; mostrada tal vez a una o dos personas en especial, y la *coquetería* general de una mujer y una reina que anhela agradar a todos. En un momento, cuando la juventud y la inexperiencia habrían podido conducirnos a sentirnos demasiado a nuestras anchas con ella, no hubo un solo, entre los que tuvimos la dicha de acercarnos a ella todos los días, que hubiese osado abusar mediante la menor falta de decoro; actuaba como una reina, en forma inconsciente, y todos la adoraban sin pensar siquiera en amarla».

Algunos pensarán en amarla, como un Besenval o un Lauzun. «Osarán» declararse a la reina, y sólo obtendrán de ésta un «Salid, señor» o un «Poneos de pie, señor», si el descarado se ha echado a los pies de su ídolo. La estatua no tiene pies de arcilla, y se mantiene firme en el pedestal de su inatacable virtud. María Antonieta puede ser a la vez virtuosa y coqueta, y ello con tanta más facilidad cuanto que se mostrará con tendencia a la frialdad, si creemos en el testimonio de Tilly:

«Si hubiese tenido una vocación decidida para la galantería, ¿le habría resultado difícil elegir en una corte en la cual existía una juventud en verdad notable? Su desapego, su frialdad para con los jóvenes fue, en cambio, un rasgo distintivo de su carácter».

No quita que esos jóvenes pasen por ser los favoritos de María Antonieta. Tantos favoritos, y dos favoritas con ese título, es mucho, es demasiado para una reina a quien los libelistas podrán comparar, según esas apariencias, con una Mesalina. Porque se presenta en un baile de máscaras de la Ópera en compañía de Provenza, quien asesta un puñetazo a un dominó negro; porque se pasea «unos minutos» con el duque de Choiseul, María Antonieta se verá acusada de bajezas peores que las que había provocado su presencia en una alborada...

Otro tema de escándalo: las carreras de caballos, que se han reanudado, y que se multiplican bajo la influencia del conde de Artois, presa de anglomanía: «Quiere que sus carruajes sean hechos a la inglesa, y trata de imitar la manera de ser, las modas y

los gustos de esa nación, cosa que desagrada mucho a un hijo de Francia». Y desagrada más todavía a otra «Austriaca» que se dice reina de Francia, cuando todavía no ha sido capaz de dar un heredero al trono. La esposa de ese mismo conde de Artois acaba de dar a luz por segunda vez. María Antonieta olvida las «importunaciones» de ese segundo nacimiento en medio del alboroto de las carreras.

Mercy se lamenta:

«Sin embargo, todos podían subir al salón donde se encontraba la reina; en ese lugar se hacían las apuestas, y nunca era sin muchas discusiones, ruido y tumulto. [...] Pero es preciso reconocer que, en medio de ese estrépito, la reina, yendo de un lado a otro, hablando con todo el mundo, conservaba un aire de gracia y de grandeza que disminuía en parte los inconvenientes del momento; pero el pueblo, que no podía conocer ese matiz, sólo veía una familiaridad peligrosa, que daba pie a sospechas en este país».

Otro tema de lamentación provocado por otra «familiaridad peligrosa»: por la noche, en Versalles, la reina se exhibe con la señora de Polignac tomada de su brazo. Cosa que produce «el peor efecto».

Segura de su propia virtud, María Antonieta desprecia las sospechas y sabe que puede ir a todas partes con la frente alta, seguida por sus favoritos, que no son sus amantes, y favoritas, que tampoco lo son. Peligro de una virtud que no cuida lo bastante las apariencias en un mundo donde todo es apariencia, y que prefiere la mentira al escándalo.

Si el rey «disfruta preferentemente en Versalles, que, según él, es el único lugar en el cual cree estar en su casa»^[37], la reina huye de buena gana de la sociedad de allí, que no presenta «variedad ni grandes recursos. En algunos momentos ve a las Señoras, mis tías; pero aunque desde hace mucho tiempo ya no existen discusiones, tampoco hay, ni con mucho, esa intimidad que hace que las relaciones resulten interesantes. Así es, más o menos, en el caso del Señor y la Señora»^[38].

María Antonieta se va de Versalles. Su ejemplo es imitado:

«Poco a poco, las mujeres de París pierden la costumbre de ir a Versalles, a causa de la incertidumbre en que se encuentran, de los días en que lograrán hacer su corte, cosa que siempre depende de las disposiciones muy inseguras que la reina adopta en relación con sus tardes y sus veladas [...]»^[39].

La reina se refugia en el Trianon, el cual adorna con una glorieta china. Adora todo lo que proviene de Asia, y colecciona porcelanas de China, jarrones de cornalina, cofrecillos de jaspe, copas de ágata, cajitas doradas en las cuales bambús, aves, ríos, exponen su fantasía e incitan a la ensoñación. Como la alondra, María Antonieta se deja atraer por todo lo que brilla. En julio de 1776, a escondidas de Mercy y de Vermond, que sin duda la habrían disuadido o alejado de semejante compra, se regala brazaletes de diamantes que valen cien mil escudos. Hace sus cuentas. Para pagar los brazaletes faltan dos mil escudos, que pide al rey:

«El monarca recibió esta proposición con su complacencia de siempre; sólo se permitió decirle con dulzura que no le asombraba que la reina estuviese sin dinero, dada la afición que tenía por los diamantes. Después de esta observación, los dos mil luises le fueron entregados al día siguiente»^[40].

La emperatriz de Austria no es tan complaciente como el rey de Francia. En cuanto se entera de esa compra, María Teresa estalla:

«Todas las noticias de París anuncian que has hecho una compra de brazaletes de 250.000 libras, y que para ello desordenaste tus finanzas y te cargaste de deudas [...], y que además se supone que arrastras al rey a tantas prodigalidades inútiles, que al cabo de un tiempo vuelven a aumentar y poner al Estado en la penuria en que se encuentra. [...] ¡Esta ligereza francesa con todos esos extraordinarios peinados! ¡Mi hija, mi querida hija, la primera reina, llegará a serlo a su vez! Esa idea me resulta insoportable».

—He ahí que mis brazaletes han llegado a Viena —se conforma María Antonieta con decirle a Vermond, a modo de comentario de esa diatriba.

Como no puede sospechar que Vermond o Mercy son los autores de esa indiscreción, acusa a una de sus hermanas. Luego responde a su madre con un laconismo rayano en la desenvoltura: «Nada tengo que decir acerca de los brazaletes; no creí que se pudiese tratar de ocupar la bondad de mi querida mamá en semejantes bagatelas».

Con esta palabra de «bagatela» para designar una suma tan enorme, se podrá medir la inconsciencia de María Antonieta en materia de gastos. Frente al Tribunal revolucionario se declarará no culpable. ¿Cómo puede sospechar de los aprietos de las finanzas del Estado? ¿Cuando pedía treinta mil libras, recibía el doble!

Para mantener esa bienaventurada ignorancia, obtiene el despido de Turgot, que predicaba demasiado la necesidad de la economía y que además, crimen imperdonable, había hecho destituir, por «ineptitud», al duque de Guines, embajador de Francia en Londres y amigo de María Antonieta y de los Polignac. Si se destituía por «ineptitud» a los amigos de la reina, ¿adónde se llegaría? Alguien que lo sabe, y que no quiere asistir a esa catástrofe, es el abad de Vermond, quien aspira a un semirretiro. Lo abruma el extremo favor de que gozan los Polignac, en ese verano de 1776. En el caso del conde de Tessé tiene la prueba de su impotencia para frenar los caprichos de la reina.

—En el asunto del conde de Tessé hemos sufrido, el abad de Vermond y yo, todas las mortificaciones imaginables —suspira Mercy.

Mercy y Vermond intentaron, sin éxito, apartar a María Antonieta de otro proyecto tan loco como el del restablecimiento del cargo de superintendente para la princesa de Lamballe dar la sucesión, en el cargo de primer escudero de la reina, que ejerce el conde de Tessé, al señor de Polignac. Pero Tessé está bien vivo, cumple de manera escrupulosa con su tarea y piensa que su puesto irá, más tarde, a manos de alguno de su familia; es yerno del mariscal de Noailles. ¡Tessé no es un cualquiera!

Por intervención de María Antonieta, a quien Luis Augusto no le niega nada, su cargo es dado al señor de Polignac, «de veintiocho años, poca inteligencia y ningún título, salvo el de coronel, que aquí se obtiene a los veinticinco años». Nombramiento escandaloso, cuyo origen nadie ignora:

«Su Majestad cree haber hecho un sacrificio a la amistad, y la gente no quiere ver otra cosa que admiración y ceguera respecto de la condesa de Polignac, que en ese momento predominan por sobre todas las cosas. La señora de Polignac es [...] sobrina del señor de Maurepas, y está muy vinculada con el partido de Choiseul. Se sospecha que traiciona alternativamente a un partido por el otro»,

deplora Mercy, el 17 de setiembre de 1776.

¡Y María Antonieta, que creía haber encontrado una amiga a quien le desagradaban las intrigas de la corte, y que era desinteresada! El nombramiento del señor de Polignac, que costará 80.000 libras, la asignación de la Embajada de Suiza al padre de la favorita y de una pensión de su tía, la señora de Andlau, provocan murmuraciones y rencores. ¿Cómo, en un año, de setiembre de 1775 a setiembre de 1776, ha llegado la señora de Polignac a tal grado de favor, y a eliminar a la princesa de Lamballe, quien sólo se atiene al estricto cumplimiento de los deberes de su cargo de superintendente, y que ve cada vez menos a la reina en la intimidad?

María Antonieta y la condesa Julio son ahora inseparables, han cedido a la «moda de tener una amiga a quien se llamaba inseparable», moda que inspiró a la señora de Genlis una de sus obras de teatro.

En la señora de Polignac, María Antonieta ha descubierto una variedad de mujer que desconocía, la mujer pobre, la que debe hacer cuentas porque sólo tiene ingresos modestos. ¿Cómo es posible no tener dinero, se interroga María Antonieta, fascinada, y vivir en Claye, en Brie, lejos de Versalles, al final del mundo?

Con la princesa de Lamballe, María Antonieta tenía una amiga de su medio y de su rango. Con la señora de Polignac, tiene el delicioso sentimiento de encanallarse. La señora de Polignac tiene un amante. ¿Cómo es posible tener un amante? Una pregunta que la reina no se habría atrevido a formular a la casta y melancólica Lamballe, quien ha abusado demasiado de sus crisis de nervios y de sus desvanecimientos. Con la Polignac, María Antonieta se entera de que la vida puede tener un sabor de «decrepitud» que desconocía. María Antonieta, «uno de los seres humanos más puros»^[41], siente el atractivo del fango, ese fango que une a los que forman el clan Polignac. Cosa curiosa, María Antonieta parece no desconocer nada para estupefacción del abad de Vermond.

Al sermonear a la reina por sus malas frecuentaciones, Vermond advierte la «poca estima» que tiene por su favorita y sus favoritos. Una nota de Vermond a Mercy relata esa curiosa y edificante conversación, durante la cual el abad dice a María Antonieta:

«[...] pase que no cuidéis ni las costumbres ni la reputación de una mujer, que hagáis de ella [...] vuestra amiga sólo porque es agradable; por cierto que ésta no es la moral de un sacerdote; pero que la mala conducta de todo tipo, los malos hábitos, las reputaciones manchadas y pérdidas sean un título para ser admitido en vuestra sociedad, eso es algo que os causa un daño infinito».

Conclusión de la entrevista, referida por Vermond:

«La reina escuchó con una sonrisa y con una especie de aprobación y de admisión todo este sermón... Sólo discutió la última parte, y citó como buena la reputación de la señora de Lamballe».

¡María Antonieta estima a Lamballe, pero prefiere a Polignac! Vermond ya no entiende nada, y quiere, de veras, retirarse. Lo disuade de ello una carta de María Teresa, quien tiene la habilidad de agregar esta posdata: «Como me encuentro alojada en Schönbrunn, en las habitaciones en las cuales ha estado mi hija, me hallo en el mismo lugar en que ustedes tuvieron sus conversaciones; pensad en lo mucho que eso me afecta». Vermond no puede resistir a esa evocación de Schönbrunn, adonde había llegado, en el otoño de 1769, para ocuparse de la educación de un lorito vienés. Hace de eso apenas seis años... Por lo tanto, se quedará en Versalles para escuchar los parloteos de la reina y denunciar la influencia fatal de la señora de Polignac, ayudado en eso por Mercy, quien no cesa de renovar sus advertencias:

«Al comienzo, siempre consideré peligrosa, en muchos sentidos, la afición de la reina por la condesa de Polignac. Esta última tiene poca inteligencia: es dirigida por su tía, una tal condesa de Andlau, de reputación arruinada. No cabe duda de que de esa fuente tomó la sobrina defectos tan graves, entre otros el de querer ponerse por encima de lo que los espíritus débiles y corrompidos llaman prejuicios. Ya se ha visto a la joven en cuestión exhibir un amante, [...]. Su conducta en materia de dogma no es menos equivocada, y el primer médico Lassone, quien la conoce, dijo un día al abad Vermond que temía que la relación de la cual se trataba lesionara a la larga la piedad de la reina».

Las creencias de la reina no serán demasiado sacudidas por la impiedad de la cual blasonan algunos miembros del clan Polignac. Pero su reputación sufrirá al admitir en su sociedad íntima a una señora de Andlau, que otrora fue expulsada de la corte por Luis XV, por haber prestado a una de sus hijas, Doña Adelaida, una obra pornográfica, *El portero de los cartujos*. Es posible imaginar los comentarios con los cuales Doña Adelaida habrá acompañado el regreso de la señora de Andlau al «círculo» de la Austríaca...

Dirigida a la vez por su amante, el señor de Vaudreuil, y por su tía, la señora de Andlau, la señora de Polignac sólo podía representar para la reina la más peligrosa de las relaciones. Y en ese hediondo brasero, María Antonieta se divertía en hacer de salamandra.

María Antonieta afirmaba que «una pedante nunca habría sido su amiga». No corría ese riesgo con la condesa Julio, quien sólo tiene como tema de conversación la «nueva canción, la frase ingeniosa del día, las pequeñas anécdotas escandalosas». Por

estas cosas se cambian las graves conversaciones con Mercy, los sermones de Vermond, los suspiros enamorados de Luis Augusto, con quien *nada*, siempre *nada*, y las noticias llegadas de una región lejana de la cual se habla cada vez más: Norteamérica. El 4 de julio de 1776, el Congreso de Filadelfia ha proclamado la Independencia de Estados Unidos y decidido el envío a Francia de un embajador, el señor Franklin. Éste llegará al final del año.

¿Qué le importa a María Antonieta la Independencia de Esta dos Unidos? La señora de Polignac, la independiente Polignac, es mucho más interesante, con sus complicaciones sentimentales, sus extorsiones y su perpetua amenaza de irse de Versalles para regresar a Claye, en Brie. Temible perspectiva, que enloquece a Mana Antonieta, y la vuelve incapaz de resistir los enfados de su favorita.

Cuando escapa de la influencia de la Polignac, aunque sólo sea por el tiempo que dura un paseo, María Antonieta vuelve a ser la «caritativa Antonieta» que nunca ha dejado ni dejará de ser:

«En uno de sus paseos, Su Majestad atravesó hace un tiempo una aldea situada a una legua de Versalles; a su paso vio a una buena anciana campesina, rodeada de varios niños huérfanos, de quienes era la abuela. Las buenas fisonomías de esa pequeña familia, que se traslucían a través de su miseria, llamaron la atención de la reina. Hizo que dieran dinero a la anciana y se dignó preguntarle si quería dar a Su Majestad uno de sus niños. Le fue ofrecido el más pequeño de todos; es un niño que tiene tres años, vivaz y muy alegre»^[42].

Ese niño no será el único de quien se ocupa María Antonieta a quien críe y establezca. ¡Querida María Antonieta!

Las caridades, los Polignac, los brazaletes de diamantes: todo eso cuesta mucho dinero, y tanto, que la reina termina por tener deudas:

«El principio de las deudas de la reina es conocido, y no deja de provocar gritos y quejas. La reina ha comprado muchos diamantes, y su juego se ha vuelto muy caro; ya no participa en los juegos de comercio, en los cuales las pérdidas son necesariamente limitadas. El sacanete se ha convertido en su juego corriente, y a veces el faraón, cuando sus juegos no son del todo públicos. Las damas y los cortesanos se sienten aterrados y afligidos por las pérdidas a las cuales se exponen para hacer su corte a la reina. La verdad, sin embargo, es que el juego fuerte desagrada al rey, y que se ocultan de éste lo más posible»^[43].

No se ocultan tanto como pretende Mercy, ya que el rey autoriza bajo su techo lo que prohíbe en el resto de su reino: los juegos de azar como el faraón. Para complacer en la reina, el rey permite una partida, una sola, pero que —no ha podido preverlo— comenzará el 30 de octubre por la noche y terminará el 1 de noviembre por la mañana. Para justificar tal exceso, María Antonieta recurre a una broma: el rey había permitido una sesión de juego, sin determinar su duración. Tanta mala fe divierte a Luis Augusto, quien dice, riendo:

—Vamos, valéis mucho más de lo que se cree.

María Teresa, que no tiene la indulgencia de su yerno, vitupera semejante

conducta y se pregunta cómo ha podido llegar su hija tan lejos. Cuando era la delfina, María Antonieta no era jugadora ni gastadora. Al subir al trono, podía jactarse de no tener deuda alguna. Al principio de su reinado había evitado el derroche. Después, deslumbrada por su propio brillo, creyó aumentarlo por medio de favores, plumas, diamantes, excitaciones de meses de juego. Empujada a la pendiente de las prodigalidades por los Lamballe, los Polignac, los Bertin, los Böhmer...

¡Dos años le bastaron a María Antonieta para llegar a eso! De 1774 a 1776, todo se ubica en su lugar para provocar el drama final, todo va muy de prisa. Consciente de su impotencia para frenar la «carrera al abismo», María Teresa asestará un gran golpe y jugará uno de sus últimos triunfos. Enviará a Francia, al año siguiente, 1777, a su hijo José II. Es hora de que el emperador en persona ponga un poco de orden en ese Versalles que tiene el aspecto de un «garito».

LAS PREDICCIONES DE UN HERMANO

(1777)

Estáis hecha para ser dichosa, virtuosa y perfecta; pero ya es hora [...]. La edad avanza: ya no tenéis la excusa de la infancia. ¿Qué será de vos si os demoráis más tiempo? Una mujer desdichada y una princesa más desdichada aún...

José II a su hermana MARÍA ANTONIETA

El anuncio de la llegada de su hermano atormenta a María Antonieta. La señora de Lamballe y la señora de Polignac tranquilizan a su amiga lo mejor que pueden. Pero también ellas se sienten amenazadas por el implacable censor, quien, gracias al cielo, debe postergar su viaje. Sólo llegará a Versalles en abril.

La reina aprovecha ese plazo de gracia para poner orden en sus finanzas, a principios de enero de 1777, con la ayuda de Mercy:

«[...] encontré a la reina inquieta y turbada por el estado de sus deudas, cuyo monto no conocía ni siquiera ella misma. Hice las cuentas, que llegaban a veinte mil trescientos tres lises, o a cuatrocientas ochenta y siete mil doscientas setenta y dos libras. La reina, un poco sorprendida de ver sus finanzas desordenadas hasta tal punto [...], resolvió, aunque con mucho trabajo, sondear el estado de ánimo en que podía encontrarse el rey para hacerse cargo por lo menos de una parte de dichas deudas. Ante la primera palabra que pronunció la reina en ese sentido, el rey, sin vacilar y con los mejores modales posibles, consintió en el acto en pagar toda la suma».

¿Alguna vez se ha visto un esposo más generoso y complaciente? Es que Luis Augusto tiene mucho que hacerse perdonar. Él, que nada le niega a María Antonieta, rehúsa, sin embargo, a someterse a la operación que permitiría el cumplimiento del «artículo fatal», la consumación del matrimonio. Se siente fortalecido en su rechazo por la opinión de Moreau, cirujano del Hospital Municipal, quien en ese mes de enero de 1777 «ha dicho, más o menos como los otros, que la operación no era necesaria y que existían todas las esperanzas posibles sin ella»^[44]. El rey prometió a su esposa «que si no quedaba nada resuelto de aquí a unos meses, él mismo se decidiría a la operación».

Mientras se esperaba esa operación que destrabaría el sexo de Luis Augusto, mientras se esperaba a José II, mientras se esperaba el diluvio anunciado por Luis XV, María Antonieta, para olvidar esas «importunidades», no se pierde una diversión. En los bailes, en las carreras, en las fiestas, se desvanece cada vez más el hábito de testimoniar el respeto debido a una reina que, lejos de sentirse molesta por ello, alienta las familiaridades. Cualquiera puede acercarse a la reina. Al comportarse como una persona corriente, María Antonieta lleva a cabo, sin darse cuenta, una verdadera revolución. Una reina que juega a los naipes, una reina que se muestra en las carreras, ya no está por encima del género humano. No se deja de sacar provecho de estas debilidades. Así, en abril de 1777 se descubre con estupefacción que la esposa de un tesorero del rey, la señora Cahuet de Villers, jactándose de que ve a la reina con frecuencia, utilizando su nombre e imitando su firma, pudo arrancar cien mil escudos al señor Bérenger, tesorero del duque de Orléans, y cien mil libras al señor Lafosse, banquero. ¡En el asunto del Collar, la señora de La Motte no actuará de otra manera que la señora Cahuet de Villers!

Mercy querría que el caso Cahuet de Villers fuese presentado ante los jueces, porque «todo lo que se relaciona con la gloria de la reina debe ser llevado a la luz del día». No se le presta oídos. Por petición de los ministros del rey, el asunto es acallado y la esposa del tesorero se ve arrojada a la prisión de Santa Pelagia, sin otra forma de proceso.

Apenas queda solucionado este caso, cuando María Antonieta debe hacer frente a otro, de muy distinto tipo. Sus enemigos proyectan «inducir al rey al libertinaje» y lanzar a sus brazos a Luisa Contat, una actriz del Francés que estrenará el papel de Susana en *Las bodas de Fígaro*. Ese proyecto no se concreta. Luis Augusto no puede concebir la posibilidad de amar a otra mujer que no sea la suya. María Antonieta y Mercy pueden dedicarse entonces por entero a la visita de José II.

El viernes 18 de abril de 1777 llega el emperador a París. En concesión a la manía de su familia, viaja de incógnito, con el nombre de conde de Falkenstein. Ese incógnito plantea tantos problemas como el de Maximiliano e irrita un poco a la reina, quien habría querido recibir a su hermano con gran pompa. José II, en ostentosa sencillez, ha elegido alojarse, en Versalles, en una casa amueblada, el «Hotel del Justo». Ese justo es el personaje que quiere encarnar el emperador durante su estadía. Ha exigido que su encuentro con su hermana se lleve a cabo sin testigos, «para no representar una comedia ante los demás». Cada uno, a su manera, hará el relato de esa reunión desarrollada bajo el signo de la emoción, de la amabilidad y las confidencias. Hace ya siete años que no se ven, siete años durante los cuales la «pequeña archiduquesa» se ha convertido en delfina, y después en reina.

María Antonieta despliega tantas gracias que su hermano le confiesa a boca de jarro:

—Si no fueseis mi hermana, no vacilaría en casarme con vos para tener una compañía tan encantadora.

Emocionada, la reina «abre su alma» al emperador, a quien le hace una especie de confesión general, recordando sus problemas conyugales, sus disipaciones, sus deudas, sus favoritas, sus favoritos. Desarmado por tanta franqueza, el emperador pide a su hermana un poco de tiempo para «Meditar» sobre esos problemas, que no creía tan numerosos... Cada vez más encantada, María Antonieta, que esperaba ver sus confesiones coronadas por una diatriba al estilo de María Teresa, reproches a la manera de Mercy o un sermón como los de Vermond, conduce al emperador ante el rey. Los dos monarcas se abrazan y se declaran «muy contentos» uno con el otro. Contento que enseguida se contagia a los otros miembros de la familia, los Provenza, los Artois y los ministros presentes, los Maurepas y los Vergennes. Esa satisfacción no desaparece en los días que siguen, cada uno parece estar a sus anchas, y a tal punto que durante la cena del 21 de abril se abandonan todas las imposiciones sociales.

«La cena fue más que alegre, es —decir, por parte del rey y de los dos príncipes, sus hermanos. Se pusieron de tal modo a sus anchas, que al levantarse de la mesa se divirtieron en puerilidades, en correr por la habitación, arrojarse sobre los sofás, hasta el punto de que la reina y las princesas se sintieron turbadas a causa de la presencia del emperador, quien, en apariencia sin prestar atención a estas incongruencias, continuaba la conversación con las princesas. En un acceso de impaciencia, la Señora llamó a su esposo y le dijo que nunca lo había visto tan niño. Pero todo eso terminó de buena manera, sin que el emperador hubiese dejado de señalar el asombro que le había provocado tan extraño espectáculo»^[45].

José II verá muchos otros durante su estadía en Francia. Visitará la Escuela Militar, la Imprenta Real, hará una visita a la señora Geoffin y a... la señora Du Barry. No es posible ser más ecléctico. El emperador agrada tanto como había desagradado su hermano Maximiliano. Va a pie por las calles de la capital, sin séquito, cosa que encanta a los parisienses, los mismos parisienses que se escandalizaban a gritos cuando María Antonieta se paseaba en trinco, «con un séquito reducido».

José II no está ahí sólo para ver. Ha ido a *hablar* con su hermana. El 22 de abril, primera explicación, «con suavidad». El 3 de mayo, segunda explicación, «un poco tempestuosa» entre la reina y el emperador. La reina escucha cómo le dicen cuatro verdades, y otras más. Todo queda dicho, sus negligencias con respecto al rey, su abandono a toda ocupación seria, su frenesí por el juego. José II ataca inclusive a «los que la rodean», tan desacreditados por Mercy. Sin miramientos, declara que la casa de la princesa de Guéménée es un «verdadero garito», que no le gusta a la princesa de Lamballe y menos aún la condesa de Polignac. Sofocada, aniquilada, María Antonieta acepta reconocer que prestará atención a las severas observaciones de su hermano, pero sólo después de la partida de éste, porque «no quería dar la impresión de ser dirigida».

Después de la hermana, le toca el turno al cuñado, «que muy pronto espera tener hijos». José II indica el medio más seguro de tenerlos y se muestra partidario, también él, de la operación. Debidamente reprendida por el emperador, la reina se

muestra más atenta a compartir los días y las noches del rey. Cosa que le vale esta confesión, conmovedora, de Luis Augusto a María Antonieta:

—Hemos estado juntos más a menudo y más tiempo durante la estadía que el emperador hizo aquí, y esa es una gran obligación que tengo para con él.

¡Querido Luis Augusto! Por fortuna desconocerá lo que José II escribe, acerca de él, a su hermano Leopoldo: «Este hombre es un poco débil, pero no un imbécil; tiene nociones, tiene juicio, pero hay una apatía de cuerpo tanto como de espíritu». Los otros miembros de la familia real no son mejor tratados. El conde de Provenza es «un ser indefinible», el conde de Artois «un petimetre» y las Señoras «unas nulas». Sólo se salva María Antonieta, e inclusive tiene derecho a un tratamiento de favor:

«Es una mujer honesta y amable, un tanto joven, poco reflexiva, pero con un fondo de sinceridad y virtud que a su edad es en verdad respetable. Junto con ello, una inteligencia y una precisión de penetración que a menudo me ha asombrado. Su primer movimiento es siempre el verdadero; si se soltara, si reflexionase un poco más y escuchara un poco menos a las personas que le cuchichean, de las cuales hay verdaderos ejércitos, y de distintos tipos, sería perfecta».

Para contribuir a esta perfección, en vísperas de su partida, a finales de mayo, José II ha dejado a su hermana las *Réflexions données à la reine de France* (Reflexiones hechas a la reina de Francia), que escribe durante su estadía. He aquí lo que puede leer María Antonieta, entre otras cosas:

«Tratad de procurar al rey las compañías que le convienen; deben ser las vuestras, y si existe algún prejuicio contra alguien, aun entre vuestros amigos, es preciso sacrificarlo. Por último, vuestro único objetivo... tiene que ser la amistad, la confianza del rey.

»[...] De la misma manera, dignaos pensar por un momento en los inconvenientes que encontrasteis en los bailes de la Ópera. [...] El rey abandonado toda una noche en Versalles, y vos mezclada y confundida con la canalla de París [...].

»Estáis hecha para ser feliz, virtuosa y perfecta; pero es tiempo de sobra para reflexionar y formular un sistema que tenga fundamento. La edad avanza: ya no tenéis la excusa de la infancia. ¿Qué será de vos si os demoráis mucho tiempo? Una mujer desdichada y una princesa más desdichada aún, [...]».

A pesar de estas severidades, y de las exageraciones que ella considera excesivas («La edad avanza»; ¡tendrá veintidós años el 2 de noviembre próximo!), María Antonieta conserva el mejor recuerdo de José II y de su paso por la corte. «Nada puede pagar la felicidad de la cual ha disfrutado, y las muestras de amistad que me ha dado —escribe a su madre, el 16 de junio—; me sentí muy segura de que sólo quería mi dicha, y todos sus consejos son la prueba de ello; no los olvidaré».

¡Ay!, cada vez que María Antonieta promete no olvidar, olvida. En verdad, durante los dos meses que seguirán a la partida de su hermano, se esforzará por seguir las *Reflexiones hechas a la reina de Francia*. Frecuentará menos «el garito» de la princesa de Guéménée, se abstendrá de jugar fuerte y abandonará París a cambio de Versalles y del rey. Será recompensada por ello, y más delo que podía esperar. El 30

de agosto de 1777 anuncia triunfalmente a María Teresa:

—Me encuentro en la dicha más esencial para toda mi vida. Hace ya más de ocho días que mi matrimonio ha quedado *perfectamente* consumado, la prueba ha sido reiterada, y apenas ayer, de manera más completa que la primera vez.

Hace siete años que María Antonieta, María Teresa y Europa entera esperaban ese momento, ese acontecimiento. ¡Que la operación se haya realizado o no, y Bernard Fay en su *Luis XVI* discuta su realidad, poco importa! El resultado está ahí. Por fin ha pasado *algo* que borra los *nada*, siempre *nada*. Así como Luis XV, a los sesenta años, había descubierto placeres refinados que todavía desconocía, su nieto, a los veintitrés, descubre el placer sencillo, y se declara muy contento. Dice a sus tías:

—Me gusta mucho el placer, y lamento haberlo desconocido durante tanto tiempo.

Descubrimiento y triunfo de corta duración. Diez días después de haber proclamado su victoria, María Antonieta debe reconocer que

«al rey no le gusta dormir de a dos. Le pido que no haga una separación total en relación con esto. A veces viene por la noche a mis aposentos. No creo necesario atormentarlo para que venga más a menudo, porque, por lo demás, me visita todas las mañanas en mi alcoba particular. Su amistad y su ternura aumentan todos los días»^[46].

Mercy tiene una opinión diferente:

«Observaré primero que es una escapatoria de la reina cuando dice en su carta que “al rey no le gusta dormir de a dos”. Me ha demostrado muy bien que nunca sintió repugnancia, y que sólo interrumpió ese hábito a causa de las veladas de la reina dedicadas al juego. Se acuesta temprano para levantarse de madrugada; nunca sabe cuándo se acostará la reina, y no quiere molestarla: esa es la verdadera razón de que establezca su lecho aparte, [...]».

La reina no supo mantener durante mucho tiempo, como lo había prometido a su hermano, sus buenas decisiones. Volvió, con acrecentado ardor, a sus disipaciones, sus bailes, sus «garitos». José II, quien se entera de ello, multiplica las recomendaciones y las cartas. María Antonieta sólo las contesta «con escapatorias que casi tendrían el aspecto de bromas». La reina se emancipa cada vez más...

El calor del verano de 1777 es abrumador. Ya no se trata de ir a aprovechar el fresco de la aurora, puesto que ello ha dado lugar a un libelo tan repugnante. En consecuencia se ha resuelto, por instigación del conde Artois, tomar el fresco de la noche, saliendo, hacia las diez, a la terraza del castillo, donde oyen la música que tocan los guardias franceses y suizos. Mientras escucha sus melodías preferidas, María Antonieta se pasea con una sola dama de su séquito —en general, la señora de Polignac—, en medio de una multitud llegada de Versalles para aprovechar el

concierto y la presencia de su soberana.

La reina lleva un vestido de percal, velos de muselina y un gran sombrero. Es lo que usan todas las damas presentes. Por lo tanto, la reina corre el riesgo de ser confundida con ellas. Esto sólo ocurre dos veces, primero con un joven oficial de guerra, luego con un guardia de corps del Señor. Estos dos breves e inocentes encuentros inspirarán coplas cuya indecencia indignará al propio rey. En ellas se afirma que la reina sale de la terraza rumbo a los bosquecillos, donde ofrece citas galantes. Semejante calumnia volverá plausible, en el asunto del Collar, la supuesta cita de la reina con Rohan. Por lo demás, en agosto de 1777 Luis de Rohan es nombrado capellán general, a pesar de la oposición de María Antonieta.

En cuanto se entera de estas salidas nocturnas, Mercy no deja de prever que «sobre todo para la reina, semejantes paseos sólo pueden producir grandes inconvenientes».

Más que nunca, el pobre Mercy es «la voz que clama en el desierto». María Antonieta los escucha, a él y a Vermond, «con gracia y bondad», pero no por ello deja de seguir con sus caprichos y sus placeres. La reina juega, pierde, y el rey paga. Por primera vez, María Antonieta miente en forma descarada a su madre, a quien afirma que ya sólo juega al billar, y que ha abandonado los juegos de azar. Según ella, sólo lee y toca el arpa. Entristecida, María Teresa se pregunta: «Es posible que sólo un gran revés la empuje a cambiar de conducta, ¿pero no podría ocurrir que ese cambio llegue demasiado tarde?» ¿Cómo puede María Antonieta ser prudente en una corte que parece presa de locura, siendo la última la construcción de Bagatelle, en siete semanas, y ello a raíz de una apuesta entre la reina y su cuñado, Artois?

«La circunstancia más inaudita es la de que, como faltaban los materiales [...], el señor conde de Artois ordenó que patrullas del regimiento de guardias suizas fuesen por los caminos, a la descubierta, para expropiar todos los coches que encontrasen cargados de esos materiales [...]. Se pagaba en el acto el valor de tales materiales; pero como esas mercancías ya estaban vendidas a particulares, el resultado de ese método era una especie de violencia que desagradó al pueblo. No se concibe que el rey tolere tales ligerezas, y por desgracia se agrega la suposición de que no serían soportadas a no ser por la protección que les concede la reina»^[47].

María Antonieta puede asegurar que nada tiene que ver en las «imprudencias» de su cuñado. No se la cree. Demasiado tarde.

El 30 de diciembre de 1777, Maximiliano José, elector de Baviera, fallece sin dejar heredero directo. José II ve en ello un medio «ideal» de apoderarse de Baviera, «el golpe podrá tener éxito sin guerra». Menos optimista al enterarse de esa muerte, María Antonieta teme enseguida que su hermano «haga de las suyas», como le escribe a la señora de Polignac.

En cuanto deja de ver a la condesa Julio, quien, como conoce los beneficios de la

ausencia multiplica las curas y los viajes breves, María Antonieta revela ser, como digna hija de María Teresa, una incomparable, una infatigable corresponsal. ¡No cabe duda de que esto es algo que asombraría mucho a su madre!

UNA MADRE DEMASIADO ABUSIVA

Y UN MELLIZO IDEAL

(1778)

El asunto de Baviera es el primero que debe enfrentar María Antonieta. Hace años que María Teresa ruega a su hija que no se ocupe de los asuntos de Estado. María Antonieta habría anhelado que Choiseul volviese a ser ministro. María Teresa se oponía porque consideraba a Choiseul demasiado inteligente, y por lo tanto peligroso, lo cual dice mucho acerca de su poca estima por los ministros de su yerno...

En el caso presente, la emperatriz necesita a María Antonieta. Le suplicará que intervenga ante su esposo para la conservación de la alianza franco-austriaca, amenazada por el embrollo bávaro. María Teresa no temerá agitar el espectro de propia muerte para lograr sus fines. María Antonieta, demasiado vulnerable, no tendrá más remedio que «bajar la cabeza», como dice ella, y obedecer.

¿En qué consiste, pues, ese embrollo bávaro en el cual se verá mezclada María Antonieta a su pesar? A la muerte del elector de Baviera, el 30 de diciembre de 1777, José II había negociado con su sucesor, el elector palatino Carlos Teodoro, la cesión de algunos distritos bávaros a Austria, que pretendía tener sobre ellos derechos que se remontaban... ¡al siglo quince! «Júzguese cuántos derechos poco comprobados y anticuados, [...] deben medirse para no causar perturbaciones de las cuales nacerán tantas desdichas», escribe María Teresa, quien no quiere la guerra, a José II. Es el lenguaje de la razón. José II no lo entiende. El 15 de enero ocupa los distritos de la Baja Baviera y provoca un gran alboroto. Federico II reúne sus tropas, en masa, en las fronteras de Bohemia. Los otros pretendientes a la sucesión de Baviera, como el elector de Sajonia o el duque de Dos Puentes, se agitan peligrosamente, y están dispuestos a unir sus tropas a las de Federico II. En cuanto a los bávaros, hostiles a los austríacos, rechazan una ocupación que consideran injustificada.

En Francia renace el miedo hacia esa Austria que para crecer ha multiplicado, durante dos siglos, esas guerras a las cuales se había creído poner fin para siempre uniendo a un príncipe francés, Luis Augusto, con una archiduquesa austríaca, María Antonieta. ¿Habrà que empezar todo de nuevo? Es preciso evitar, a cualquier precio, la reiniciaci3n de tales calamidades y mantener la alianza franco-austríaca. Su ruptura «me acarrearía la muerte», escribe María Teresa a María Antonieta, el 1 de febrero de 1778. Al leer estas palabras subrayadas, la reina «palidece», y «debido a esa sacudida se pone en movimiento, con inquietud». Se precipita en el acto a las habitaciones del rey, a quien no oculta ninguno de sus temores, y para su estupefacci3n, Luis Augusto le responde:

—La ambici3n de vuestros padres es lo que lo trastornará todo; comenzaron por Polonia, y ahora Baviera constituye el segundo tomo; eso me molesta por vos.

Desconcertada ante esa firmeza de tono tan poco com3n, María Antonieta responde:

—Pero no podéis negar, señor, que estabais informado y de acuerdo en relaci3n con ese asunto de Baviera.

—Estaba tan poco de acuerdo —replica el rey— que se acaba de dar la orden a los ministros franceses de hacer conocer, en las cortes en que se encuentren, que ese desmembramiento se hace contra nuestra voluntad, y que lo desaprobamos.

No es posible ser más claro. Luis XVI predomina sobre Luis Augusto. María Antonieta se siente aterrada. José II no lo estará menos cuando se le informe de esa actitud... Tenía a su cuñado por un «niño». Lo mismo que María Teresa, José II agita el espectro de su propia muerte, de la cual María Antonieta no puede dejar de sentirse responsable, «ya que no queréis impedir la guerra», ha tenido él la audacia, la crueldad, de escribirle el 19 de febrero.

María Antonieta cede a esa doble extorsi3n, convoca a los ministros Maurepas y Vergennes, les habla «con energía». Los ministros objetan los gastos de una guerra contra Prusia, que el mal estado de las finanzas no permite. Entonces la reina se vuelve hacia el rey y le suplica, con tanta más fuerza cuanto que siente las primicias de ese embarazo tan esperado. «He vomitado un poco, cosa que aumenta mis esperanzas», escribe a su madre, el 19 de abril. Y agrega: «Me sentiría muy feliz si las cosas pudieran arreglarse y liberarme de las alarmas y las más grandes desdichas que puedo experimentar».

Mayo de 1779. El embarazo de la reina es seguro. El 5, Mercy comprueba que «el rey está en el colmo de la alegría, ve a la reina más a menudo y durante más tiempo; ello ha dado como resultado, entre estos dos augustos esposos, conversaciones muy interesantes sobre los problemas actuales». No es posible ser más cínico. Luis Augusto ya no puede rehusar nada a una María Antonieta encinta después de tantos años de espera...

Julio de 1779. Todos los esfuerzos diplomáticos para impedir la guerra entre Austria y Prusia han fracasado. El 5, Federico II penetra en Bohemia y el 7 se declara

la guerra. María Teresa, quien sabe que el ejército prusiano es más fuerte que el austríaco, enloquece y contagia su enloquecimiento a María Antonieta, quien llora y anula una fiesta en el Trianon. Ante este detalle, Luis Augusto comprende la desesperación de su esposa. ¡Su Antonieta tiene que estar muy inquieta para renunciar a una diversión!

Hostigada por su madre y por Mercy, María Antonieta presiona al rey para que apresure la conclusión de una paz conveniente para Austria, cuyas tropas se batían en retirada. ¡Qué regalo, esta guerra, para el niño que va a nacer! Esta vez Luis Augusto predominará por sobre Luis XVI. Explica a María Antonieta que «no podía soportar verla en tan gran inquietud, que quería hacer todo lo posible para atenuar su dolor, que él siempre había cedido, pero que sus ministros se lo impedían».

Entonces, en agosto, como la situación de Austria va empeorando, María Teresa lanza a María Antonieta este llamamiento desesperado:

—¡Salva tu casa y a tu hermano!

La reina se precipita hacia el rey, quien está de conferencia con Maurepas y Vergennes. Es hora de que esos ministros no «refrenen» más al rey. ¿Y qué pide la reina? ¿Una intervención armada? No, sólo una mediación de Francia para detener los «derramamientos de sangre» en una Bohemia «saqueada». Los ministros respiran. Hostiles a la guerra, son partidarios de la mediación, que culminará, en la primavera de 1779, en la Paz de Teschen.

Asegurada la mediación de Francia, María Antonieta puede dedicarse a su más cara inquietud, el niño del cual está encinta. Cuida su salud. Ya no se entrega a las disipaciones. Se pasea, canta, toca el arpa, pero lo que sigue prefiriendo ante todo es la presencia de la condesa Julio.

«La reina no puede prescindir de la compañía de esta joven; ella es depositaria de todos sus pensamientos, y dudo de que haya excepciones a esa confianza sin límites»^[48].

En cuanto a la pobre Lamballe, «Su Majestad no puede dejar de sentir un gran disgusto interior contra su superintendente, [...]. Todo eso redundará en beneficio de la condesa de Polignac, quien se vuelve tanto más querida para la reina, y que ahora es la única que cuenta con el favor que antes compartía con una rival»^[49].

Para conjurar las angustias del asunto de Baviera y los temores del primer embarazo, los suspiros de Lamballe no resultan de utilidad alguna. María Antonieta necesita la alegría de la señora de Polignac, escuchar sus pequeños píos de pájaro sin cerebro. Con la condesa Julio, la reina puede recordar asuntos que no sean los de Baviera, como los de Norteamérica, en los cuales Francia ha tomado partido por los insurgentes, en contra de Inglaterra. El marqués de La Fayette se unirá a estos

insurgentes, a pesar de la oposición del rey, a despecho de la prohibición de su familia, y arrastrará consigo a su cuñado, el vizconde de Noailles, y a otros jóvenes nobles, los Ségur, los Pontgibault, los Gouvion. Es un exceso, un delirio de entusiasmo: hay peinados al estilo de los insurgentes, se juega al «boston»; ¿es demasiada moda?, ¿resulta muy gracioso imaginar a la delicada flor de Versalles en los desiertos norteamericanos? Juntas, la reina y la condesa pueden entregarse, sin molestias, a su inclinación por la burla. Pasan por el tamiz los acontecimientos, los personajes, los extranjeros destacados que se apiñan en Versalles, donde por lo general tienen la certeza de la buena recepción de la reina, siempre a la caza de caras nuevas y de exotismo. Cuando se sabe que para la reina el exotismo comienza en las puertas de París, en Claye, en Brie...

En agosto de 1778 se habla mucho, tanto en la corte como en la ciudad —y María Antonieta no puede ignorarlo—, de un joven noble sueco, el conde Axel de Fersen. En el siglo dieciocho existe un mito sobre el hermoso sueco, como en el veinte surgió el de la bella sueca. Fersen, el «hermoso Fersen», como se lo llama en Suecia y en Francia, es un seductor impenitente. Es alto, delgado, elegante, brillante. Según una de sus amigas, la señora de Korff, es «un alma ardiente bajo una corteza de hielo». Tiene el encanto de quien finge frialdad e inaccesibilidad, mientras reserva, en el secreto de sus alcobas, inesperadas fogosidades. Si bien Fersen, discreto, nunca habla de sus conquistas, éstas no observan el mismo silencio y, desbordadas, entonan sus alabanzas. Visiblemente, él pertenece a la raza de los inolvidables. Cosa que explica la frase de María Antonieta, cuando vuelve a ver a Axel en agosto de 1778:

—¡Ah, es un antiguo conocido!

En una carta a su padre, fechada el 26 de agosto, Fersen narra su reencuentro con la reina:

«Este martes pasado viajé a Versalles para ser presentado a la familia real. La reina, que es encantadora, dijo al verme: *¡Ah, es un antiguo conocido!* El resto de la familia no me dirigió la palabra».

Se puede interpretar este «¡Ah, es un antiguo conocido!» como una prueba de la proverbial memoria de las reinas, quienes siempre recuerdan a sus relaciones. También es posible deducir que María Antonieta no olvidó el breve encuentro del 30 de enero de 1774, en la Ópera de París, durante un baile de máscaras. La delfina llevaba puesto su antifaz, el conde no. Ella pudo examinar a su gusto a ese desconocido y recordar sus facciones...

El 8 de setiembre, Fersen vuelve a escribir a su padre:

«La reina, que es la princesa más bonita y más amable que conozco, tuvo la bondad de informarse a menudo respecto de mí; preguntó a Creutz^[50] por qué no iba a sus juegos de los domingos, y al enterarse de que había ido un día en que no se habían llevado a cabo, me presentó una especie de excusa».

El tono va en ascenso. La reina ya no es sólo «encantadora»; ahora es «la más bonita y amable de las princesas». ¿El «alma de fuego» se manifestará bajo la «corteza de hielo»? Y si María Antonieta se informa a menudo acerca del sueco, ¿significa que se interesa por «el hermoso Fersen»? Es innegable. Todo consiste en saber hasta dónde llega ese interés. En su carta del 8 de setiembre, después de haber rendido homenaje a «la más bonita» y la «más amable princesa», Fersen señalaba: «*Su embarazo avanza y es muy visible*».

María Antonieta, que dará a luz en diciembre, está encinta de cinco meses. No es el momento propicio para iniciar unas relaciones. Por cierto que la austríaca y el sueco tienen muchos rasgos en común. Ambos son igualmente rubios y están a punto de entrar en sus veintitrés años. Lo mismo que a la reina, a Fersen le gusta gastar, y sus gastos, en París, se elevan a mil libras por mes, cosa que asusta a su padre, el senador. Al igual que a la reina, le agradan las fiestas, los bailes, las máscaras. Se ha disfrazado de campesino, de jockey, de gigante, de exhibidor de osos. Como la reina, se acuesta tarde y convierte su noche en día. Le gustan los árboles, sobre todo los de París, que forman, señala, «glorietas bajo las cuales es agradable pasearse».

En Fersen, María Antonieta reconoce a su doble masculino, su mellizo ideal. Se encuentran fraternalmente unidos por tantas aficiones, tantas afinidades que compartir... ¿Qué más se puede pedir? En ocasiones la reina manifiesta un capricho, capricho de mujer encinta. En noviembre pide a su nuevo amigo que vaya a la corte con su uniforme de oficial sueco, un hermoso uniforme amarillo y azul, que ella no deja de admirar. Ello basta para provocar las peores suposiciones.

Durante noviembre, en vísperas de ser madre, María Antonieta debe hacer frente a una profusión de libelos, a cuál más odioso, en los cuales se atribuirá al niño que va a nacer todos los padres posibles, menos al que lo es de verdad, Luis Augusto. María Antonieta se queja de ello ante la señora de Polignac y la señora de Chimay:

—Debo confesar que me hace muy desdichada ser tratada con tanta dureza.

Suspira y agrega:

—Pero si es malévolos de parte de otros suponer que tengo amantes, mucho más singular es de la mía, que tenga tantos y prescindiera de todos.

La señora de Polignac y la de Chimay, que saben con exactitud a qué atenerse respecto de la virtud de la reina, sólo pueden reconocer la exactitud de su declaración y deplorar la ignominia de esos libelos calumniosos pagados por las Señoras, por el conde de Provenza y el duque de Chartres. Los horrores de la familia continúan...

Noviembre de 1778. La reina, por propia confesión, no tiene amantes. Y si los hubiera tenido, en esos tiempos y en los que siguieron, Mercy, lo repito, Mercy, quien todo lo sabe, se habría apresurado a señalar el feliz elegido a María Teresa y a José II. En la correspondencia de Mercy, ni una vez, ni una sola, insisto, se menciona el nombre de Fersen. Su nombre tampoco figura, según Gustavo Desjardins, entre los visitantes habituales del Trianon.

María Antonieta encontrará en Fersen ese «amigo de las mujeres» con quien

sueñan todas éstas, y a quien pueden revestir de todas las perfecciones, excluida la prueba del lecho, tumba, a menudo, de las ilusiones. Contrariamente a la señora de Polignac, Fersen nada pedirá, y no abusará de la inclinación que inspira en María Antonieta. Cuando se le hacía observar a la reina que la preferencia que otorgaba a los extranjeros podía perjudicarla ante los franceses, respondía, sin ilusión alguna:

—¿Qué quieren que les diga? Ocurre que éstos nada me piden.

Cuando sintió por primera vez los movimientos del niño que llevaba dentro de sí, María Antonieta informó alegremente de ello a su esposo:

—Vengo, señor, a quejarme de uno de vuestros súbditos, lo bastante audaz para darme puntapiés en el vientre.

Emoción, y luego alegría del rey, cuando entendió que se trataba de una broma... Ahora ese súbdito «bastante audaz» quiere nacer, y el 19 de diciembre, al final de la tarde, Vermond el partero, hermano del abad de Vermond, exclama:

—¡La reina va a dar a luz!

Tumulto, carrera hacia la alcoba de María Antonieta, donde se encuentran reunidos Lamballe, Polignac, la familia real completa, los príncipes y las princesas de la sangre. Son muchas personas, pero una reina de Francia debe dar a luz en público, y los curiosos se aprovechan de eso, entre ellos dos saboyanos, que, sin miramientos, trepan a un mueble para ver mejor el espectáculo. En medio de esa increíble muchedumbre nace el hijo, que es una niña a quien se llevan enseguida para fajarla y entregarla a su nodriza, la princesa de Guéméné. El rey y el gentío siguen a la recién nacida:

Unos instantes más tarde, el partero exclama:

—Aire, agua caliente, hay que hacerle una sangría en el pie.

María Antonieta pierde el conocimiento. La señora de Lamballe la imita, lo cual acrecienta la confusión.

«[...] el monarca no fue testigo del accidente que, gracias a la gran presencia de ánimo del partero, se salvó en cuatro minutos, por medio de veinte onzas de sangre extraídas del pie»^[51].

La reina está salvada. Todos se felicitan, se abrazan, lloran de alegría. A las lágrimas de júbilo les siguen los fuegos de alborozo en las plazas públicas. La reina pide ver a su hija. Por cierto que habría preferido un hijo. ¿Pero que importa?

—Un hijo habría pertenecido sin duda al Estado. Tú serás para mí; tendrás todos mis cuidados; compartirás mi dicha y atenuarás mis penas —anuncia María Antonieta a su hija.

Se siente orgullosa de ser madre. Y Luis Augusto no oculta su orgullo de ser padre por fin:

«El rey, para la conservación de cuya salud se ha vuelto necesario un ejercicio habitual, no quiso salir del castillo para dar el menor paseo durante los ocho primeros días del parto. Cuando la reina despertaba, era el primero en presentarse a la cabecera de su lecho, y allí pasaba una parte de la tarde; volvía después en distintas ocasiones, se quedaba hasta el anochecer y dividía el tiempo del día en ir de junto a la reina a la cuna de su augusta hija, para quien tiene la ternura más conmovedora»^[52].

El día mismo de su nacimiento, la niña es bautizada en la capilla del castillo, en presencia del rey, por el cardenal de Rohan. Recibe los nombres de María Teresa Carlota. Tiene como padrino al rey de España, quien representa al Señor, y como madrina a la emperatriz de Austria, representante de la Señora. Para distinguirla de la Señora, esposa del Señor, se la llamará «Señora, hija del rey».

Al día siguiente de su parto, el 20 de diciembre, María Antonieta tiene una sola idea: escribir a su madre, aunque sea a lápiz. Mercy la disuade: ese esfuerzo podría ser perjudicial para su salud. También por su madre, María Antonieta querría hacerse pintar con su hija en brazos. Mercy encuentra que eso es prematuro. Se comunica a la emperatriz de Austria el feliz acontecimiento, por medio de un correo especial, y ella indica su alegría enviando a su hija dos jarrones «de madera petrificada, adornados de piedras preciosas». Rotos durante el viaje, los jarrones no llegarán a manos de su destinataria.

El 31, la «augusta parturienta» se levanta y habla a Mercy de sus proyectos de educación de la «Señora, hija del rey». Quiere «alejar de las primeras miradas de la niña real todas las imágenes de grandeza». Porque al mismo tiempo que la pequeña, nace en María Antonieta un nuevo personaje: la madre. Una madre que se esforzará por no ser tan abusiva como lo fue la de ella, y como sigue siéndolo, y que da a María Teresa Carlota un apodo encantador: Muselina.

DOÑA ESCÁNDALO

(1779)

En el año 1779, mi querida amiga, hice por primera vez el retrato de la reina, quien entonces se encontraba en todo el brillo de su juventud y su belleza. María Antonieta era alta, admirablemente bien formada, bastante regordeta sin serlo demasiado. Sus brazos eran soberbios, sus manos perfectas, y sus pies encantadores. Era la mujer que mejor caminaba en Francia.

La señora VIGÉE-LEBRUN

Al enterarse del parto de María Antonieta, una mujer de la corte declaraba:

—Esperamos que la reina se porte mejor el año que viene.

Es decir, que el año próximo la reina dé a Francia ese delfín tan deseado, que anuncian poetas como Imbert:

*Para ti, Francia, debe nacer un delfín.
Viene una princesa para ser testigo:
en cuanto veas aparecer una Gracia,
puedes creer que el Amor no está lejos.*

Los poetas, la corte siempre, la ciudad, Francia, el rey, quieren ahora ese delfín. También María Teresa se impacienta ya, y pregunta si deberá esperar otros siete años. «Tenemos absoluta necesidad de un delfín», repite a su hija, a quien reprocha su plan de educación para Muselina:

«No acepto en modo alguno que se deba eliminar la etiqueta en el plan de educación de los niños de nuestra cuna, pero si todo lujo, blandura y servicios exagerados. La moda de hoy, según Rousseau, en la cual se los vuelve campesinos a fuerza de libertad, no me agrada [...], es preciso habituarlos desde su infancia a la representación, para obviar tantos inconvenientes inevitables cuando el soberano y su familia no se distinguen, por la representación, del orden de los particulares. Éste es un punto esencial, sobre todo en relación con la nación francesa, tan vivaz como liviana».

En rigor, María Teresa expresa aquí con claridad sus temores de que Muselina se convierta en otra María Antonieta, una reina que no dirige su corte y corre al Trianon

o a París, y que considera que su función y la representación vinculada con ella son otras tantas importunidades.

A pesar de la prisa general por verla encinta en el más breve plazo, María Antonieta se declara «un poco disgustada» por su parto, y expresa el deseo «de no quedar embarazada hasta dentro de varios meses». Mercy y el abad de Vermond se apresuran a llevar de nuevo a la reina por el camino recto de la procreación. Luego de varios días de rebelión, María Antonieta se resigna a anhelar «el más pronto embarazo posible». Después de lo cual, Vermond considera que ha cumplido en buena medida con su deber. Se toma un semirretiro, y sólo volverá a Versalles una o dos veces por semana. De tal modo, seguirá siendo el vínculo de unión indispensable entre Mercy y María Antonieta, el consejero, el confidente y aun el contable. Ayuda a la reina a establecer el monto de sus deudas. En 1778, ésta ha perdido 14.000 luises en el juego, y ganado 6.494. La pérdida neta se eleva a 7.556 luises. ¡María Antonieta promete a Vermond —quien debe alzar los ojos al cielo a la espera de un milagro— que moderará sus gastos en 1779! Pero, ¿cómo no celebrar el nacimiento de Muselina con donaciones que a partir de comienzo del año comprometen sus finanzas? Asigna 500 libras de dote a cien jóvenes parejas, confía considerables limosnas a curas de diversas parroquias y hace poner en libertad a los prisioneros por deudas.

El 8 de febrero de 1779, acompañada por el rey, por el Señor y la Señora, por el conde y la condesa de Artois, María Antonieta va a París, a agradecer a Dios, a Nuestra Señora y a Santa Genoveva, con solemnidad, por su alumbramiento. Al paso del cortejo se escuchan unos pocos «¡Viva el rey!», «¡Viva la reina!». La alegría popular, que el 19 de diciembre acompañó el nacimiento de Muselina, no se repite. No es el fervor lo que ha empujado a los parisienses a presentarse, sino la curiosidad, una curiosidad silenciosa. Los tiempos son duros, el pan ha vuelto a aumentar. A la reina, que nada entiende acerca de esta «tibieza», Mercy le explica, sin miramientos, que la «idea de la disipación, de los gastos que ésta ocasiona y por último la apariencia de un deseo immoderado de divertirse en una época de calamidades y de guerra, todo eso puede enajenar los espíritus».

La declinación de María Antonieta se inicia ese día, en forma insidiosa. Habrá omisiones, retorno de la popularidad. Pero el virus se ha instalado. Desde su ascensión al trono, se esperaba todo de la reina, cuyo extremo poder sobre el rey era conocido por todos. En lugar de ello, ha habido frivolidades. No sólo María Antonieta no se ocupa de los asuntos serios de su reino, sino que parece burlarse de ellos. Su actitud permite creer que insulta la miseria de la gente. Terrible equívoco, que nada podrá disipar.

Cuando tiene conocimiento de esa «tibieza», María Teresa no deja de encontrar la razón en «la impresión menos sensible que la aparición de los soberanos produce

cuando, contra la antigua costumbre, los súbditos se acostumbran a verlos con más frecuencia y sin representación». En efecto, ¿por qué habría de molestarse nadie en aplaudir a una reina que se comporta como cualquier burguesa, y que va en coche al baile de la Opera? Cuando escribe sus comentarios sobre la falta de diligencia de los parisienses, María Teresa sigue desconociendo el famoso «asunto del coche de punto», que no tardará en conocer, y en todos sus detalles, gracias a Mercy:

«... la reina partió de Versalles sin séquito; descendió, en París, en la mansión del primer escudero, [53] donde Su Majestad ocupó un coche de particular, y que no pudiese ser reconocido. Por desgracia ese coche era tan viejo y malo, que se desintegró en una calle, a alguna distancia del teatro [...] y resultó imposible volver a ponerlo en condiciones; dada la hora que era, tampoco había tiempo necesario para hacer buscar una buena carroza: se detuvo al primer coche de punto que pasó, y la reina llegó al baile en ese vehículo».

María Antonieta no llegó al baile de la Ópera exclamando «Soy yo en un coche de punto, ¿no es gracioso?» Parece bastante mortificada por esta desventura, y lo está mucho más cuando se entera del provecho que extraen de ella los panfletarios. Se hablará de una aventura galante con el duque de Coigny, ya que en la mansión del duque se había detenido la reina para subir al viejo vehículo. De ahí las siguientes consecuencias:

«Una vez que despertaron estas ideas de galanterías, ya no hubo límites para todas las tontas prevenciones desagradables del día, y menos aún para las calumnias que circulaban en París en relación con la reina: si había hablado en la caza o en el juego con los señores Eduardo de Dillon, de Lambertye u otros cuyos nombres ya no tengo presentes, se trataba de otros tantos amantes favorecidos». [...] [54]

Antes de ser Doña Déficit, María Antonieta es Doña Escándalo. «Tranquilizada por la inocencia de su conducta», desprecia más que nunca esos falsos rumores. ¿Resultado? Puede dotar a cien familias, multiplicar sus sonrisas a la muchedumbre, pero ello no basta. Sí, decididamente, 1779 señala el final del estado de gracia del cual la reina ha gozado hasta entonces. Una reina que se pasea en coche de punto, de noche, por París, no es en verdad una reina seria. ¿Cómo no se dedica María Antonieta a pensar en los inconvenientes provocados por sus calaveradas? En ese mes de febrero tiene que participar en la gloria de un La Fayette que ha vuelto de Norteamérica aureolado por sus hazañas.

—Quiero conocer noticias de nuestros buenos norteamericanos, de nuestros buenos republicanos —dice al héroe del día, con un aturdimiento que desaprobaría su hermano, quien durante su estadía en Francia había respondido a quienes entonaban las alabanzas de los republicanos norteamericanos:

—Mi oficio es ser monárquico.

Desde que se puso de parte de los insurgentes, en 1778, Francia se encontraba en guerra contra Inglaterra. Fiel a la idea monárquica y al principio de autoridad que los colonos rebelados atacan sin cesar, el rey vaciló mucho antes de lanzarse a ese conflicto. Necker, quien había remplazado a Turgot, tampoco era partidario de una empresa que resultara ser de las más dispendiosas, y que, en efecto, costará al presupuesto entre 1.000 y 1.300 millones de libras. Estamos lejos, muy lejos, de los gastos que se reprochan a María Antonieta por sus tocados y su Trianon...

Algunos ministros como Maurepas y Vergennes, quienes se inclinaban en favor de una alianza con Estados Unidos, habían terminado por predominar. ¿Acaso no los apoyaba la reina? Esos ministros veían en ello, en esencia, el desquite contra Inglaterra, después de la humillación del Tratado de París. Al patrocinar una rebelión, preparaban la revolución. María Antonieta, que no se daba cuenta de los peligros del presente, no podía prever las contingencias del futuro. Proclamaba en voz alta su simpatía por los norteamericanos y su protección a La Fayette.

¡Una reina que protege a rebeldes, qué audacia! En 1779, a María Antonieta ya no le queda audacia. Se diría que las acumula adrede. Tiene la rubéola. Ése podría ser un simple acontecimiento. Pero se convierte en un escándalo para la corte y la ciudad, ya que la reina ha elegido como acompañantes de su enfermedad a cuatro señores, Coigny, Guires, Besenval y Esterhazy, quienes pasan por ser sus amantes. Se bromea, se dedican «a todo tipo de actividades muy enojosas, a bromas pesadas desarrolladas en la corte misma, donde se trató de adivinar cuáles serían las cuatro damas elegidas para rodear al rey en caso de que éste cayera enfermo»^[55].

Los duques de Coigny y de Guines, el barón de Besenval y el conde de Esterhazy permanecerán tres semanas en el Trianon, con la reina. Inclusive tendrán la pretensión de pasar allí las noches. Horrorizado, Mercy se opondrá, y el galante cuarteto tendrá que renunciar a esa «ridícula idea». Los malos ratos no han terminado para Mercy. Al cabo de diez días de ese acompañamiento insólito, interviene ante la reina para que se digne dirigir algunas palabras al rey, quien, a su vez, está prohibido en el Trianon. Su proposición es «rechazada con extrema acritud». Será preciso que el abad de Vermond abandone con precipitación su retiro para obtener que María Antonieta escriba a Luis Augusto que «había sufrido mucho, pero que lo que más la contrariaba era el hecho de verse privada, durante varios días más, del placer de abrazar al rey». Estas pocas palabras arrancadas a la reina enternecen al rey, quien envía su respuesta. Se establece una correspondencia entre los dos esposos.

Cuando se entera de la nueva extravagancia de María Antonieta, María Teresa no oculta su desagrado: «La compañía de esos cuatro señores que mi hija ha elegido durante su enfermedad me afligió mucho». Estas líneas datan del 30 de abril. La

aflicción de la emperatriz será de breve duración, ya que el 1 de mayo anuncia en persona, a la reina, la terminación del asunto de Baviera, la firma de la paz. Los casos del coche de punto y de la rubéola quedan olvidados en la alegría que une a las dos mujeres. También quedan olvidados los «eso me hará morir» o «ya que no queréis impedir la guerra...»

¿Fue para atenuar un poco los efectos de la rubéola y del escándalo que ésta engendró, por lo que María Antonieta —quien recuerda entonces que tiene una cuñada que ahora ha llegado a los quince años, Isabel— la invita a una primera estadía en el Trianon? Encantada por esta compañía, la reina anuncia que «nada había tan amable como su cuñadita, quien todavía no conocía muy bien, pero que era su amiga y lo sería para toda la vida».

Imprevisible María Antonieta, que durante tres semanas se complace en escuchar las tonterías manidas de esos cuatro hombres elegidos entre los más corrompidos de la corte y que después, en forma repentina, se deleita con las frases devotas de la inmaculada Isabel.

La reina se entera de que durante su «retiro-rubéola» en el Trianon, «personas indignas» trataron, una vez más y sin resultado, de inducir al rey a «los desórdenes de la galantería». El 4 de junio, explicaciones entre los dos esposos:

«En una conversación que tuvo con este monarca, el 4 de este mes, él dedicó a su augusta esposa un lenguaje infinitamente cordial y tierno; le dijo, entre otras cosas, que la amaba con todo el corazón, y que podía jurar que jamás había experimentado sensación ni sentimiento alguno por ninguna mujer, sino solamente por ella. La reina prestó gran atención a esta frase, y llegó a la conclusión de que el rey sospechaba que ella tenía conocimiento de los proyectos de darle una amante»^[56].

Pero la reina, aunque segura de la inmutable fidelidad del rey, prefiere adoptar todas las medidas posibles; «se propuso, en la medida en que eso dependa de ella, que no pasará semana sin que tenga relaciones matrimoniales con el rey»^[57].

La alerta da sus frutos, y no pasa mucho tiempo sin que se espere un nuevo embarazo. Esperanza frustrada: María Antonieta tiene un aborto. Para consolarse, se ocupa «con más atención que nunca» de su hija. Por el momento, la maternidad no ha corregido a esa Doña Escándalo en la medida que era de esperar. La educación de su hija no basta para ocuparla por entero. El aburrimiento, el temible aburrimiento, no abandona su presa. Para ahuyentarlo, María Antonieta sigue jugando al faraón y perdiendo obstinadamente. Sus pérdidas en el juego son la comidilla de Versalles, de París y de las cortes europeas. A finales de 1779 sus finanzas están tan «desordenadas» como al comienzo del año. A ese desquicio se agrega otro: la condesa Julio se encuentra enferma. En cuanto a la princesa Lamballe, «se ha

convertido para Su Majestad en un objeto de fastidio y molestias, hasta el punto de llegar al desagrado». Entre tantos inconvenientes, un nuevo motivo de satisfacción: María Antonieta tiene un nuevo ayuda de cámara peinador, Leonardo Antié, uno de los mejores. Leonardo tendrá tanta importancia como Rosa Bertin, si no más, ya que sabrá hacerse indispensable hasta tal punto para la reina que ésta se lo llevará consigo en la huida a Varennes, con todas las funestas consecuencias que ya se verán...

PARTIDA DE FERSEN, ADVENIMIENTO DE LA DUQUESA JULIO Y MUERTE DE MARÍA TERESA

(1780)

La condesa Julio aprovecha su «desfallecimiento» —que no disimula otra cosa que un comienzo de embarazo— para tratar de arrancar a la reina nuevos favores. Anhelaría, «como donación pura, un dominio del rey con cien mil libras de renta». Las quinientas mil libras de renta anuales que denunciaba Mercy no son suficientes, por lo que parece, para los Polignac.

Para obtener semejante gratificación, la condesa Julio siente que su crédito no bastará. Con el fin de impulsar sus proyectos, enrola al conde de Artois. Frente a la unión Polignac-Artois, María Antonieta, aunque asustada «por una idea tan irrazonable», se encuentra a punto de ceder. En cuanto se entera de la intriga, María Teresa escribe a Mercy, el 1 de enero de 1780:

«Me llama la atención el interés que mi hija muestra por procurar a la familia Polignac un establecimiento tan exorbitante. La participación del conde de Artois en este asunto aumenta mis justas sospechas sobre el carácter intrigante de este príncipe (y que este príncipe es la relación más peligrosa para mi hija)».

¿No parecería estar leyendo las consideraciones de un Laclos? Ésta es la única vez en su vida que la emperatriz de Austria podrá ser comparada con el autor de *Las relaciones peligrosas*.

A mediados de enero se anuncia que la condesa Julio se encuentra encinta. Sus malestares sólo resultaban inquietantes para las finanzas del rey:

«Después de un encadenamiento de maniobras que sería demasiado largo e inútil deducir aquí, se decidió que la condesa de Polignac renunciaría a su petición del condado de Bitch, pero que tendría cuatrocientas mil libras para pagar sus deudas, la promesa de una tierra de treinta y cinco mil libras de renta y ochocientas mil libras en dinero para la dote de su hija. [...] Se cree poder llegar a mantener en secreto una gracia tan extraordinaria como exorbitante. Es más que probable que se la conozca en poco tiempo, y no puede dejar de ocasionar muchas murmuraciones y desagradados»^[58].

Las «murmuraciones» y los «desagradados» no tardan en invadir las gacetas de

París. El resultado de ello es un grave descontento contra la reina, quien se entera, se siente apenada y lamenta no haber cortado en seco esa petición. Confiesa a Mercy que «la condesa de Polignac estaba muy cambiada, y que ya no la reconocía». Ante esta comprobación, Mercy se abstiene de cantar victoria: «No infiero de ello que esta favorita no se sostenga durante mucho tiempo; pero dada su avidez, ha puesto en el alma de la reina un germen de repugnancia, que a la larga puede actuar de manera más decisiva, y por lo menos poner un freno a los abusos de favor». Todavía no estamos en eso...

Amenazado por un instante por el asunto del condado de Bitch, el favor de los Polignac no podría ser más completo.

Y mientras tanto, ¿qué es de Axel de Fersen? María Antonieta parece ocuparse más de la condesa Julio que del conde Axel. El 13 de marzo de 1780, Fersen, nombrado edecán del general Rochambeau, se embarca rumbo a Norteamérica. Acerca de este período contamos con el testimonio de Creutz, quien escribe a Gustavo III:

«El joven conde de Fersen ha tenido en esta ocasión una conducta admirable por su modestia y su reserva, y sobre todo por la decisión que adoptó de ir a Norteamérica. Al alejarse, apartaba todos los peligros; pero resultaba evidente que hacía falta una firmeza muy superior a su edad para superar esa situación. Los últimos días, la reina no podía quitarle la vista de encima; cuando lo miraba, tenía los ojos llenos de lágrimas. [...] Cuando se conoció la partida del conde, todos los favoritos quedaron encantados. La duquesa de Fitz-James le dijo: “¿Cómo, señor, abandonáis así vuestra conquista?”»

«Si hubiese hecho una, no la abandonaría, responde él; me voy libre y, por desgracia, sin dejar lamentaciones».

Otra versión del viaje a Norteamérica de Fersen, la de la condesa de Boigne:

«La reina fue coqueta con él [Fersen] como con todos los extranjeros, porque estaban de moda; él quedó sincera y apasionadamente enamorado, y ella conmovida, pero se resistió y lo obligó a alejarse. Él partió hacia Norteamérica, [...]».

Para Creutz, Fersen se aleja por su voluntad, y provoca la pena de la reina. Para la condesa de Boigne, Fersen se aleja a petición de la reina. ¿Dónde está la verdad? ¿Cómo restablecerla, en esta mescolanza de anécdotas, la mayoría de las cuales —y Nesta Webster lo demostró de manera magistral, irrefutable, en su *Marie-Antoinette intime* (María Antonieta íntima)^[59]— son falsas? De tal modo, la reina no pudo cantar «sin poder disimular su congoja», antes de la partida de Fersen, en marzo de 1780, la melodía de *Didon*:

¡Ah, cuán bien inspirada estuve

ya que *Didon* se representó por primera vez el 16 de octubre de 1783.

Fersen se va el 13 de marzo. Si María Antonieta experimenta congoja, la oculta muy bien. El 16 escribe a María Teresa una carta desbordante de la dicha de ser la madre de la robusta Muselina:

«[...] es grande, es fuerte, se la podría ver como una niña de dos años. [...] Me animo a confiar al tierno corazón de mi querida madre una dicha que he tenido hace cuatro días. Como había varias personas en la habitación de mi hija, le hice preguntar por alguien quién era su madre. La pobre pequeña, sin que nadie le dijese una palabra, me sonrió y se acercó a tenderme los brazos. Es la primera vez que da muestras de conocerme; confieso que ello me ha dado una gran alegría, [...]».

A esa alegría se agrega otra, la de volver a sus amigas de la infancia, Luisa y Carlota de Hesse-Darmstadt.

En los días que siguen a la partida de Fersen, Mercy señala que «nada ha pasado de notable en lo que se refiere a la reina». Se conforma con señalar la introducción de juegos nuevos, «que se parecen a la gallina ciega y que culminan en la entrega de prendas que luego deben rescatarse por medio de algunas penitencias extravagantes, y el gran movimiento que ello ocasiona se prolonga muy a menudo hasta bien avanzada la noche. [...] La reina reconoce el mal efecto que ello debe producir en la opinión pública».

¡He aquí unos juegos más nocivos para María Antonieta que la partida de Fersen!

La reputación de la reina continúa sufriendo a causa de los favores que dispensa, sin descanso, a la condesa Julio, quien vela para que su amante, el conde de Vaudreuil, no resulte olvidado en la distribución. Éste recibe del rey una pensión que se eleva a 30.000 libras. María Teresa se indigna y exige una explicación, que María Antonieta ofrece con una precisión rayana en la sequedad:

«El señor de Vaudreuil es un hombre de condición, que ha servido bien, y cuyos padres se distinguen en la guerra actual. Nunca pidió gracias, y su fortuna no le hace desear las de dinero. Posee muchos bienes en las islas, pero no recibe nada de ellas a causa de la guerra. El rey le había dado 30.000 libras, no de pensión, sino sólo hasta el momento de la paz».

El poder absoluto no es el que se considera que un Luis XVI ejerce sobre sus súbditos, sino el que ejerce la condesa Julio sobre la reina, y ahora sobre el rey:

«Lo que afirma a la condesa de Polignac en su posición es el hecho de que parece que el rey ha concebido una especie de amistad hacia ella: le está agradecido por haberse convertido en un recurso esencial para la reina, él mismo se ha habituado a la sociedad de esa favorita; cuando ésta se ausenta de Versalles, el monarca se ocupa de escribirle para hacerle conocer los momentos en que su presencia puede resultar más necesaria o agradable para la reina. La mencionada condesa, en efecto, influye a menudo en una parte de las disposiciones de la corte»^[60].

Uno creería estar soñando. La condesa Julio se ocupa inclusive de los desplazamientos de la reina. En efecto, María Antonieta renuncia, y junto con ella la corte, a una estadía en Marly, para estar cerca de su amiga, quien está a punto de dar a luz. Y cuando la condesa da a luz en junio, en la Muette, la reina corre todos los días a ver a su favorita. Tanta diligencia provoca una broma que hace reír a carcajadas a Versalles y París: «¿El niño de la señora de Polignac es de la reina o del señor de Vaudreuil, ya que el señor Polignac está en provincias desde hace un año?». Broma que da el tono de los abominables libelos engendrados por el favor demasiado visible de que goza la condesa Julio, quien en octubre ve que su esposo se convierte en «duque hereditario».

El advenimiento de la duquesa Julio no impide que María Antonieta se acuerde de su favorita caída, la princesa de Lamballe, quien ha perdido a su hermano, el príncipe de Carignan:

«Ante la noticia de la muerte del príncipe de Carignan, [...] la reina fue a la ciudad para verla y pasar unos momentos con ella. Esta señal de afecto es la única que la superintendente ha experimentado desde hace mucho tiempo; despojada de todo crédito, aparece muy de vez en cuando en la corte y pasa su vida con el duque de Penthièvre, su suegro, quien habita durante casi todo el año en sus casas de campo»^[61].

La señora de Lamballe, lo mismo que la señora Du Barry han reinado durante un momento, cada una a su modo, en Versalles. Las dos viven, retiradas, en el campo. Así se desvanecen la gloria y el favor de los grandes de este mundo...

Un retiro que María Antonieta encuentra cada vez con mayor frecuencia en el Trianon, donde, lejos de la corte, puede vivir en paz e inclusive cuidar... su constipado:

«Aunque la reina es muy sobria, no toma ningún alimento irritante y no usa ninguna bebida fermentada, a pesar de eso tiene la sangre muy acalorada, cosa que se manifiesta en aftas en el interior de la boca, en un constipado frecuente y en una perturbación del sueño»^[62].

¡Decididamente, nada escapa a la vigilancia de Mercy, ni siquiera el constipado de la reina!

En el Trianon, en ese verano de 1780, María Antonieta se descubre una nueva pasión: el teatro. El inevitable Mercy ha asistido a las dos primeras representaciones de *Rosa y Colás*, una ópera cómica de Sedaine y Monsigny, y de *El adivino de la aldea*, de Juan Jacobo Rousseau. Vaudreuil canta el papel del adivino, y María Antonieta el de Colette:

«La reina tiene una voz muy agradable y muy precisa, su manera de interpretar es noble y llena de gracia; en general, este espectáculo ha sido tan bien presentado como puede serlo un espectáculo de sociedad. Observé que el rey se ocupaba de ello con una atención y un placer que se manifestaban en toda su persona; durante los entreactos subía al teatro e iba al tocador de la reina. [...] El teatro,

que fue construido en tamaño reducido según los diseños del gran teatro de Versalles, es de formas muy elegantes, y de una riqueza de dorados que casi resulta ser un defecto, y que ha sido objeto de grandes gastos»^[63].

En el teatro del Trianon se representa a continuación *El inglés en Burdeos*, de Favart, *El brujo*, de Poinciset; *La apuesta imprevista*, de Sedaine, donde la reina interpreta un papel de criada... María Teresa se digna aprobar el buen gusto que manifiesta su hija por el teatro, ya que la aleja de diversiones que encierran otros peligros, como el juego y la equitación.

El 3 de noviembre, al día siguiente del vigésimo quinto aniversario de María Antonieta, María Teresa escribe, con una ternura desacostumbrada: «Señora, mi muy querida hija, ayer estuve, todo el día, más en Francia que en Austria, y recapitulé todos los dichosos tiempos de entonces, que han quedado lejos. Sólo el recuerdo me consuela...»

Esta carta del 3 de noviembre será la última que la reina reciba de su madre. La emperatriz muere el 29, a los sesenta y tres años. Una muerte que es la imagen de su vida: un ejemplo de dignidad y fuerza. Aquejada de un «endurecimiento de los pulmones», sentía, según ella, «que se volvía por dentro como de *pedra*». Se despidió de sus hijos, los presentes y los ausentes. Al pronunciar el nombre de María Antonieta no pudo ocultar su emoción; luego recuperó la calma y dijo:

—Siempre quise morir así, pero temía que no me fuera concedido. Ahora veo que, con la gracia de Dios, todo es posible.

Durante la noche del 29 luchó contra el sueño:

—Temo quedar dormida, no quiero ser sorprendida, deseo ver llegar la muerte.

En el momento de su propia muerte, María Antonieta no olvidará esta última lección de valentía. La noticia del fallecimiento de María Teresa sólo llega a Versalles el 6 de diciembre:

«El dolor de la reina fue tal como era de prever y de temer. Una hora después de enterarse del suceso, entró en duelo de observancia, a la espera de que preparasen el duelo de la corte; se mantuvo encerrada en sus aposentos durante varios días, y sólo salió de ellos para oír misa; vio nada más que a los miembros de la familia real y recibió únicamente a la princesa de Lamballe y a la duquesa de Polignac. No dejaba de hablar del valor, de las desdichas, de los éxitos y las piadosas virtudes de su madre»^[64].

El 10 de diciembre María Antonieta escribe a su hermano José II una esquela que trasunta su confusión: «Abrumada por la más espantosa desdicha, os escribo bañada en lágrimas. ¡Oh hermano mío, oh amigo mío!, sólo me quedáis vos en un país que quiero y que siempre querré».

Es posible preguntarse si esa inmensa pena no va acompañada de un inmenso alivio. A partir de ese 6 de diciembre de 1780, por primera vez en su vida, María Antonieta ya no tiene que rendir cuentas a nadie; Podrá adornarse de plumas y diamantes, perder al juego, multiplicar los favores a los Polignac, galopar a través del

bosque de Fontainebleau todas las veces que lo desee, sin temer las reprimendas maternas. La voz al mismo tiempo amada y temida de María Teresa ha callado para siempre. María Antonieta es libre de actuar como le plazca.

UNA HUÉRFANA DE VEINTICINCO AÑOS

(1781)

El más insoportable de los duelos no impide que la tierra gire, que salga el sol y que la vida continúe. En abril de 1781, María Antonieta está encinta de un niño que será ese delfín cuyo nacimiento anhelaba María Teresa con tanto ardor e impaciencia.

—Hay que disfrutar del tiempo de la juventud, ya vendrá el momento de la reflexión, y entonces desaparecerán las frivolidades —confesó un día María Antonieta a Mercy.

Para esa huérfana de veinticinco años ha llegado el momento de la reflexión, según cree, y no durará mucho; muy pronto dejará paso a las frivolidades y otras «disipaciones» habituales...

Ciertamente, la muerte de su madre hunde a María Antonieta en una desesperación que, tal vez, vaya acompañada por remordimientos. Se da cuenta de que no ha sido la hija que María Teresa anhelaba, es decir, otra María Teresa. Inclusive debe reconocer que ha sido una anti-María Teresa, más preocupada por sus placeres que por la dicha de sus súbditos.

En ese período de prueba, María Antonieta se acerca a Luis Augusto, estrecha sus vínculos de afecto con su cuñada Isabel.

En tal travesía del desierto, María Antonieta encuentra un oasis: el pequeño Trianon, que con su Belvedere y su Templo del Amor ha logrado una perfección alabada por el príncipe de Ligne: «No conozco nada más bello y mejor trabajado que el Templo y el pabellón». Celebra el peñasco, el salto de agua, los árboles, la gruta, el río, los macizos de flores, salvo uno, que le parece que «tiene demasiado aspecto de cinta de colores».

El interior concuerda con el exterior. Guirnaldas de flechas y de corazones, Amores que juegan en los ángulos de las cornisas, sátiros que tienen racimos de uva en lugar de barba, nidos que desbordan de rosas y palomas: es el triunfo de la alusión y la ilusión. Las rosas no tienen espinas, las flechas del Amor no hieren, los sátiros son inofensivos. Y es también el triunfo del estilo Luis XVI, que en nuestros días se denomina, cada vez más, estilo María Antonieta. Luis Augusto, quien divide su tiempo entre la caza y los asuntos de Estado, ha dejado a su esposa la ocupación de

recurrir a los artistas de su época, los Houdon, los Clodion, los Roentgen, los Goutière.

La biblioteca del pequeño Trianon contiene 2.930 volúmenes —¿cuántos ha leído María Antonieta?—, y en el cuarto de baño hay una bañera de mármol blanco. La reina prefiere, muy claramente, las abluciones a la lectura. Ha colgado en las paredes de su alcoba dos cuadros de Weichart, dos cuadros-recuerdos que representan la ópera y el ballet ejecutados en la boda de José II por sus hermanos y hermanas. Figura en ellos aquella a quien entonces se llamaba Doña Antonia, con una blusa roja y unas faldas de raso blanco. Estos dos cuadros habían sido ofrecidos en 1778 a la reina por la emperatriz de Austria. ¡Ah, María Teresa, María Teresa, su muerte ha borrado sus abusos, y María Antonieta «no encontraba otro alivio, en su aflicción, que conversar con esa madre querida»!^[65]

No importa que María Antonieta eluda en el Trianon las obligaciones y la política; no puede hacer caso omiso de ellas por completo. El 19 de mayo de 1781, Necker, víctima de sus tentativas de reformas económicas y de las intrigas de Maurepas, entrega su renuncia. El escándalo de su caída sacude al Trianon, a Versalles, a París, a las provincias. «Todas las personas imparciales se sienten afligidas», escribe una amiga de Isabel, la marquesa de Bombelles. ¿Habrá que incluir entre esas «personas imparciales» a María Antonieta? Sí, según la señora Necker: «Un consuelo para nosotros en el mundo, si puede existir alguno, consiste en que la reina comparta nuestro patriotismo, y haya llorado todo el día del sábado». Maurepas no disfrutará durante mucho tiempo de su victoria sobre Necker. Morirá en noviembre. La reina no lo llorará.

En el Trianon, a finales de julio de 1781, recibe María Antonieta a José II en una intimidad tan estricta como el incógnito de su hermano, que esta vez es completamente respetado. En mayor medida aún que en su primera estadía, José II se muestra sensible a los encantos de su hermana, a quien encuentra «digna de toda su ternura». María Teresa está presente en todas sus conversaciones, y José II no deja de recordar cuánto ansiaba la emperatriz, aun en sus últimos días, el nacimiento de un delfín. Todo el mundo aguarda a ese delfín, a quien se da de antemano el apodo de «Consolador». Todo el mundo participa y emite buenas profecías. «Vuestra hechicería es muy amable, ya que me promete un varón. Tengo mucha fe en ese sentido, y no lo dudo en modo alguno», escribe María Antonieta a su amiga Luisa de Hesse-Darmstadt.

Esta vez tiene su recompensa. El 22 de octubre, la reina da a luz un niño, Luis José Javier Francisco. Los tumultos, los desórdenes que habían acompañado el nacimiento de Muselina, no se repiten. La reina ha dado a luz ante un público compuesto sólo por la familia real y sus familiares, es decir, que tampoco había poca

gente...

Apenas nacido, el niño fue entregado a su institutriz, la princesa de Guéménée. María Antonieta, quien aún no sabe que ha dado a luz un varón, suspira:

—Ya veo cuán razonable soy, no os pregunto nada.

Ebrio de júbilo, Luis Augusto se acerca entonces a su esposa y le dice:

—El señor delfín pide que se le permita entrar.

La princesa de Guéménée lleva a Luis José ante su madre, quien lo toma entre sus brazos, lo besa «con efusión» y lo devuelve con estas palabras:

—Tomadlo, es del Estado, pero yo recupero a mi hija.

A las tres, Luis José es bautizado en la capilla de Versalles por el cardenal de Rohan. Después de la ceremonia, recibe la cinta azul del Espíritu Santo y la cruz de San Luis. Aunque estas condecoraciones no impresionan a su nodriza, quien lleva el nombre predestinado de Doña Pecho (Mme. Poitrine), Luis Augusto, en cambio, está embelesado. Ese padre de veintisiete años no deja de contemplar a su hijo mientras repite, sin cansarse:

—¡Mi hijo, el delfín!

Su alegría encuentra un eco en Viena. José II escribe a Mercy: «Ya no me creo capaz de una alegría de un hombre joven, pero este acontecimiento tan deseado, y con el cual no me animaba a soñar, me ha dejado trastornado de verdad».

En ese regocijo, el conde y la condesa de Provenza disimulan su desagrado. Sólo el conde de Artois deja transparentar su despecho ante ese heredero inoportuno que aleja sus esperanzas de acceder al trono a su hijo, quien exclama: «¡Por Dios, papá, cuán pequeño es mi primo!», Artois le responde:

—Llegará un día, hijo, en que os parecerá demasiado grande.

Fuera de los Provenzai y los Artois, quienes sólo ven en ese delfín un obstáculo más en su carrera hacia el poder, la alegría es general, tanto en París como en las provincias. En Rouen, un comediante de paso canta estos versos, de los cuales es autor:

*Para dicha de los franceses,
Nuestro buen Luis dieciséis
Se ha unido para siempre
A la sangre de Teresa
De esa dichosa unión
Un buen vástago ha nacido.*

Doce años más tarde, el autor de este panegírico chato y trivial, Collot de Herbois, cambiará de tono. Votará por la muerte del «buen Luis XVI» y verterá «la sangre de Teresa».

Durante su estadía en el Trianon, en agosto, José II había hecho notar a su hermana que tenía en común con él «la felicidad de gozar del amor de sus súbditos». ¿Cómo podía dudar María Antonieta de ese amor cuando durante los nueve días que siguieron al nacimiento de su hijo llegan todas las corporaciones de París, llevando

las insignias de su profesión y declamando sus alabanzas? En medio de ese desfile ininterrumpido, se advierte a ciento veinte damas de la Halle, que exhiben excesos de sedas negras y diamantes. Tres de ellas son admitidas a la cabecera del lecho de María Antonieta, y exclaman con entusiasmo:

—Señora, hace tanto tiempo que os queremos, sin atrevernos a decirlo, que necesitamos todo vuestro respeto para no abusar del permiso de expresároslo.

Siempre feliz de escuchar las alabanzas entonadas a su esposa, el rey ofrece a las damas de la Halle una comida muy copiosa y muy rociada, que termina con canciones:

*Hubo cien Borbones entre nosotros;
Y hay pan y laureles para todos.*

En las iglesias resuenan los *Te Deum* y en las calles los vítores. «La locura del pueblo es siempre la misma, ocho días después del nacimiento del delfín. En las calles sólo se encuentran violines, canciones y danzas»^[66]. Júbilo que borra, por el momento, la creciente impopularidad de Doña Escándalo. Y además la caridad forma parte de las fiestas. El rey y la reina destinan a obras de beneficencia una suma casi igual a la que han costado los edificios del Trianon y lo que costarán los de la Aldea.

Luis José dará sus primeros pasos en el Trianon. Uno sentiría la tentación de agregar «tal como su madre». Pues María Antonieta es también una hija del Trianon. Es la hija de su obra. Ha dado a luz ese Trianon del cual parece haber salido y al cual su imagen se encuentra unida de manera tan indisoluble. Legendaria pastora que navega sobre rebaños de nubes y alimenta con su mano a corderos celestes...

NIÑOS CONSAGRADOS AL BLANCO Y AL TRIANON

(1782)

Lo mismo que para el nacimiento de su hija, la reina tiene que ir a celebrar con solemnidad el de su hijo en París. La dureza de los tiempos —se está en guerra contra Inglaterra, falta el pan—, el mal estado de las finanzas de la ciudad, han demorado esos festejos oficiales, que ya nada tienen que ver con los desfiles espontáneos de las corporaciones y de las damas de la Halle.

Desconocedora de las dificultades y de los gastos que implican tales ceremonias, María Antonieta pregunta si habrá que esperar a que el delfín esté en edad de bailar para asistir a ese baile que figura entre las festividades previstas en el Ayuntamiento. Ante esa regia impaciencia, el preboste de los comerciantes, señor de Caumartin, no tiene más remedio que inclinarse y fijar las fechas de las fiestas para el 21 y 23 de enero de 1782.

Ese 21 de enero, a las nueve de la mañana, María Antonieta sale de la Muette y va a Notre-Dame. Ignora que se ha clavado un panfleto en la puerta de la catedral. En él se afirma, entre otros horrores, que el rey y la reina «conducidos con una buena escolta a la plaza de la Grève», irían al Ayuntamiento a confesar sus crímenes, y que luego subirían al cadalso para ser «quemados vivos». Panfleto premonitorio, ya que el rey será guillotinado un 21 de enero.

Lo que María Antonieta no ignora —el conde de Artois se ha sentido muy feliz de hacérselo saber a su cuñada— es que un «grave peligro» la amenaza en el Ayuntamiento. Amenaza que no tiene efecto alguno. El único peligro que corre la reina, el 23, en el baile del Ayuntamiento, es el de ser asfixiada por la multitud. Se había invitado a trece mil personas, y han ido más del doble. En medio de ese indescriptible apiñamiento, María Antonieta bailará hasta las dos de la mañana, y regresará encantada a Versalles.

Terminadas estas diversiones, María Antonieta puede pensar por fin en cosas serias, en su vestimenta de primavera, en compañía de su nueva dama de tocador, Genoveva de Ossun, quien ha reemplazado a la señora de Mailly desde noviembre de 1781. Nacida en 1751, sobrina de Choiseul, cosa que es una referencia para María Antonieta, Genoveva de Gramont desposó en 1776 al conde de Ossun. A su llegada a

Versalles tiene tan poca fortuna como la señora de Polignac. Se conforma con su asignación, unos millares de libras por mes, y no pide nada para sí, ni para las otras, cosa que deja estupefacta a María Antonieta. A esa falta de avidez, Genoveva de Ossun agrega el sentido de la economía. Quiere frenar las prácticas «insensatas» de Rosa Bertin, quien «fija una suma total sin detalle alguno sobre los precios de los materiales que han entrado, tal como acaba de hacerlo para el último vestido del día de Año Nuevo, que en dos palabras estipula en 6.000 libras. Una suma tan grande habría merecido algún detalle».

Entre Genoveva y Rosa se entabla la guerra. María Antonieta se divierte con ella. Todo divierte a esa niña del Trianon, incluida la lectura de la lista de «los atavíos de primavera que se encuentran en el guardarropa de la reina para servir en la primavera de 1782». ¿Cómo no divertirse en la elección entre cuatro vestidos de grandes miriñaques, catorce polonesas, veintiocho levitas, entre las cuales «una carmelita jaspeada de seda, una de color ciruela del Señor, una dorada», y un vestido de muselina bordado en oro, regalo de María Teresa?

¡María Teresa estaría presente en todas partes, inclusive en el guardarropas de su hija!...

En esa primavera de 1782, María Antonieta y Rosa Bertin deciden que el castaño, el color pulga, el ciruela o el verde amarillento, son anticuados. La reina sólo adora el blanco, en un apasionamiento llegado de las islas. Las criollas de Santo Domingo sólo usan tela blanca, lino, calicó. Imitar esa sencillez cuesta caro a los tejedores de seda de Lyon, que vociferan que eso los lleva a la ruina. Sin preocuparse por ello, María Antonieta se consagra al blanco y al Trianon, donde se viste de lechera, de granjera, de aldeana.

Estas vestimentas exigen un decorado adecuado. En 1782 María Antonieta decide agregar al pequeño Trianon una «aldea sin pretensiones» (son sus propios términos). ¡Pobre aldea, cuya construcción —será terminada en 1788— hará correr tanta tinta! ¡Pobre María Antonieta, que por amar el blanco y la sencillez será acusada de las cosas más negras!

Ese pequeño Trianon y esa Aldea que tanto han sido reprochados a la reina sólo costaron algo así como 1.649.000 libras. Estamos lejos de *los millones* mencionados por el Tribunal revolucionario... Es nada más que el precio de un sueño. Esa Aldea de ensueño tiene las apariencias de la realidad: granja, granero, gallinero, molino, lechería. Sueño de reina, revisado y corregido por el arquitecto Mique y el pintor Huberto Robert. La caridad tiene allí su lugar: en 1785 María Antonieta instalará en la Aldea a doce familias pobres, a quienes mantendrá por su cuenta. Sobre la base de todo esto se han edificado leyendas de grutas con diamantes, de corderos esquilados con tijeras de oro. Pero es todo lo contrario. En el Trianon y en la Aldea, María Antonieta hace la misma vida que se hacía en el Schönbrunn de su infancia. Puede entrar a su salón sin que las mujeres interrumpen sus trabajos de tapicería y los hombres sus partidas de billar. Ya no es la reina de Francia, sino la castellana del

Trianon. Como una castellana, vela por el bienestar, por las diversiones de sus invitados.

Interrumpidos en 1781 por el duelo que imponía la muerte de María Teresa, los espectáculos se reanudan en el Trianon con *El sabio atolondrado*, *La velada aldeana*, *Los dos cazadores* y *la lechera*. María Antonieta lo vigila todo, se ocupa de todo. Es una animadora nata. Habría hecho milagros, en nuestros días, en un club, con su sentido de las recepciones y las fiestas...

En mayo, recepciones y fiestas se suceden en el Trianon, en honor del gran duque de Rusia, hijo de Catalina II, futuro Pablo I, y de su esposa. Se hacen llamar, incógnito obliga, conde y condesa del Norte. La baronesa de Oberkirch, quien asiste a una de las fiestas señala:

«Señora de Oberkirch, me dice la reina, hábleme un poco en alemán; quiero saber si lo recuerdo. Ya sólo conozco el idioma de mi nueva patria».

»Le digo varias palabras alemanas; permaneció pensativa unos segundos, sin responder.

»“¡Ah!, dijo al cabo, pero me siento encantada de escuchar ese antiguo tudesco; habláis como una sajona, señora, sin acento alsaciano, cosa que me asombra. El alemán es un hermoso idioma, ¡pero el francés...! En boca de mis hijos me parece el idioma más dulce del universo”».

Tal es la profesión de fe de aquella a quien las Señoras y sus cómplices han apodado la Austríaca.

Setiembre de 1782. Después de haber sido anunciada en varias ocasiones, queda declarada la quiebra del príncipe de Guéménée, su déficit se eleva a veintiocho millones de libras. Todo el mundo resulta más o menos afectado por esa quiebra, cuyo escándalo es enorme. Después de lo cual, la princesa de Guéménée, por decencia, no puede seguir siendo institutriz de los Hijos de Francia.

Ofrece su renuncia, que es aceptada. ¿A quién se nombrará en su lugar? María Antonieta renuncia a la señora de Chimay, quien es demasiado austera, y a la señora de Duras, demasiado pedante. El rumor menciona el nombre de la señora de Polignac. Presionada por las amigas de la duquesa Julio, quienes ven en ello una esperanza de nuevas ventajas, María Antonieta responde:

—¿La señora de Polignac? Me parecía que la conocían mejor. No querrá ese puesto.

Pero la señora de Polignac lo querrá. Al escándalo de la quiebra de Guéménée se agrega el escándalo del nombramiento de la Polignac. Pero como escribe un cortesano, en relación con eso, el 9 de octubre de 1782, «es muy justo que la madre elija a la niñera de sus hijos». María Antonieta no oculta su satisfacción por haber elegido a su niñera. Conoce la indolencia de la duquesa Julio, y sabe muy bien que no ejercerá su cargo. Por intermedio de la señora de Polignac, María Antonieta será la verdadera institutriz de sus hijos. Función que cumple cada vez más en serio. Mercy se irrita. En diciembre escribe a José II:

«Desde que se ocupa de la educación de su augusta hija, y que la tiene continuamente en sus

aposentos, ya no hay manera de tratar ningún asunto importante o serio sin ser interrumpidos en cualquier momento por los pequeños incidentes de los juegos del niño real, y ese inconveniente se suma a tal punto a la disposición natural de la reina de distraerse y desviar su atención, que apenas escucha».

Desde la muerte de la emperatriz de Austria, Mercy da cuenta a José II de las palabras y los gestos de María Antonieta. Pero eso ya no tiene el interés de sus cartas a María Teresa. Se siente que María Antonieta ya no quiere volver a caer en la esclavitud austriaca. Sólo hace lo que se le cruza por la cabeza, su «cabeza loca», como repetía José II. ¿Alguna vez actuó de otra manera? ¿No siguió siempre sus caprichos, a pesar de los reproches de su madre y de su embajador? Mercy, Vermond, están ahora ahí como muebles familiares. A los veintisiete años, María Antonieta descubre que su infancia ha terminado y que comienza la de su hija y su hijo. Los vigilará muy de cerca. Muselina y Luis José serán consagrados al blanco y al Trianon, como su madre.

LA CAÍDA DE UN ÁNGEL Y EL TRIUNFO DEL ANGELISMO

(1783)

*La divina amistad no la hace un mundo
que siempre se asombrará de ella,
Y siempre hará falta que ese mundo confunda
Nuestras amistades y nuestros amores.*

Jean COCTEAU

Las favoritas de María Antonieta, por privilegiadas que sean, no escapan a una de las leyes más antiguas que rigen el destino de los seres humanos, y que quiere que la caída siga muy de cerca a la elevación. Se recordará que la declinación de la señora de Lamballe había comenzado cuando se la creía en la cima del favor y acababa de ser nombrada superintendente. Al convertirse en institutriz de los Hijos de Francia, la señora de Polignac llega a la cúspide de la grandeza. Su esposo es nombrado director general de las postas de caballos. La pareja recibe una pensión complementaria de 80.000 libras. En Versalles, lo mismo que en París, la omnipotencia de la señora de Polignac y de su clan es una evidencia que ya nadie piensa en discutir...

En ese verano de 1782 hace ya siete años que reina la señora de Polignac. Entre la condesa Julio, debutante que fingía estar asustada y que se atrevía a confesar su escasa fortuna, y la duquesa Julio, que hace y deshace ministros y reputaciones, y que muestra su esplendor con una ostentación de nueva rica, ¡qué diferencia! La condesa Julio y la duquesa Julio ya no tienen gran cosa en común. En ese asunto, María Antonieta tiene la sensación de haber sido engañada, y debe rendirse a la evidencia: ama a alguien que ya no existe, o que sólo existía en su imaginación. Ahora puede comparar la rapacidad de la señora de Polignac con el desinterés de la señora de Ossun.

Con ésta, María Antonieta se entera de que puede ser querida por sí misma. La señora de Ossun organiza cenas reducidas, pequeños conciertos, pequeños bailes, sin gastos ni presunciones. María Antonieta se siente cada vez más satisfecha con ello, y cada vez menos con el círculo Polignac, en el cual se siente ahora una extraña. ¡Y qué círculo! Tal como lo presenta la señora de Bombelles, se diría que es uno de los

círculos del infierno del Dante:

«Y toda esa famosa sociedad está compuesta de personas muy malvadas y montada sobre un tono de superioridad y de maledicencia increíble. Se creen hechos para juzgar al resto de la tierra [...]».

Esas maledicciones divertían antes a la reina, pero ya no le divierten más. Esa sociedad no respeta nada, ni siquiera la religión, cosa que asusta a María Antonieta... Pero en un día no es posible borrar siete años de tiernas complicidades frívolas. A María Antonieta le resulta duro reconocer que se ha engañado al elegir como «inseparable» a la señora de Polignac. ¡Cuanta razón tenían Mercy y Vermond al prevenirla contra esa mujer de reputación extraviada! ¿Cómo pudo aceptar semejante compromiso?

—Las reinas se aburren en sus aposentos y se comprometen en casa de los demás —explica María Antonieta a la señora Campan.

Seguras de poder llegar muy lejos, las protegidas exhiben aires protectores hacia su protectora. Vaudreuil se siente a sus anchas, confunde familiaridad con insolencia. Es más de lo que puede soportar María Antonieta, quien, cansada luego de una serie de groserías evidentes, hace entender a la señora de Polignac que no quiere ya encontrarse con Vaudreuil, ni con sus amigos, demasiado libertinos y demasiado volterianos. Respuesta de la duquesa Julio:

—Pienso que el hecho de que Su Majestad tenga la bondad de venir a mi salón no es razón para que pretenda excluir a mis amigos.

Queda dicho, y resuena en los oídos de la reina como una sentencia de muerte. Es el final de una amistad. Es la caída de un ángel, de ese «querido ángel» que ocultaba un demonio de codicia. Pero no es la ruptura. María Antonieta disimula su pena, salva las apariencias, adopta la precaución, cuando va a casa de la señora de Polignac, de preguntar quién está allí, para evitar todo encuentro desagradable; y para mostrar que está por encima de semejante ingratitud, nombra institutriz de los Hijos de Francia a su exinseparable. Es el regalo de despedida, como el título de superintendente lo había sido para la señora de Lamballe.

Los favores, los títulos, las pensiones, ya no bastan a los Polignac. Quieren participar en los asuntos de Estado y nombrar ministros. Gracias a su intervención, el señor de Castries ha obtenido hace poco el ministerio de Marina y el señor de Ségur el ministerio de la Guerra. La primera medida de Ségur consistió en prohibir las charreteras de oficial a quien no poseyese cuatro cuarteles de nobleza. Se imaginará el descontento que provoca tal medida... que no se deja de atribuir a la reina.

Después de Guerra y Marina, los Polignac la emprenden con Finanzas. Desde la partida de Necker se han sucedido los inspectores de Finanzas, Joly de Fleury, D'Ormesson, sin poder dar pruebas, el primero de incapacidad, el segundo de su honestidad incompatible con ese puesto. Los Polignac tienen un candidato, Calonne, que goza del favor de ellos. Pero no tiene el del rey ni el de la reina. Este detalle no

detiene a los Polignac, quienes revelan ser maestros en la táctica del acoso. El señor de Calonne es nombrado inspector general de Finanzas el 3 de octubre de 1783. «Se creyó que poseía talentos superiores porque trataba a la ligera las cosas más serias», escribirá la señora de Staël en sus *Considérations sur la Révolution française* (Consideraciones sobre la Revolución Francesa).

Calonne permite que se crea que puede llevar acabo milagros financieros. Incrédulos como Vaudreuil, escépticos como la duquesa Julio, se apresuran a creer en ese tipo de milagros. El piadoso Luis Augusto, la muy cristiana María Antonieta, no tienen fe en las virtudes de San Calonne. Sin embargo, éste se ocupará a su manera de las finanzas de Francia, ya que así «les place» a los Polignac. María Antonieta, quien ya no tiene ilusiones acerca de los Polignac y sus amigos, predice que Calonne «terminará por arruinar las finanzas del Estado». No se engaña. Calonne hace juegos malabares con las cifras y los escudos. Su habilidad inspira una canción que se pone en boca de María Antonieta:

*Calonne no es lo que yo quiero,
Sino el oro que no escatima
Cuando me encuentro en un apuro
Me dirijo a él en persona.
Mi favorita hace lo mismo,
Y luego reímos bajo, muy bajo.*

En el asunto Calonne, la reina lamentará su debilidad y reprochará, en público, su intervención a la duquesa Julio, para luego afirmar que las finanzas se encuentran en manos de un «hábil intrigante». La señora de Polignac, quien no posee la facilidad de la señora de Lamballe para desvanecerse, se conforma con reír ante tal afirmación. Decididamente, el «querido ángel» no es tolerable, y su risa ya no hace nacer, como un eco, la de María Antonieta.

Por fortuna para la reina, 1783 no es sólo una serie de escaramuzas con el clan Polignac y la camarilla Calonne; 1783 es también la paz con Inglaterra. En abril se firma el Tratado de Versalles, que consagra la independencia de los norteamericanos. Francia obtiene con ello un gran prestigio, inmensas deudas y dos palabras a la moda: independencia y libertad. Las carreras de caballos «al estilo inglés» son remplazadas por la carrera hacia la libertad, que tendrá su arranque nacional un 14 de julio de 1789.

De esa guerra de Independencia, Axel de Fersen vuelve desilusionado. «Nuestros aliados no siempre se portaron bien con nosotros, y el tiempo que pasamos con ellos nos enseñó a no quererlos ni estimarlos». Por su valiente conducta durante la guerra, Fersen ha sido condecorado con la orden de Cincinato. Entre una y otra expedición, practicó en gran medida «el reposo del guerrero» en Newport. «Aquí estoy muy ocupado, las mujeres son bonitas, y eso es lo único que necesito». Las mujeres, todas las mujeres, han sido siempre la mayor preocupación del sueco, quien regresa a Francia el 17 de junio de 1783. El 5 de setiembre tendrá veintiocho años. María

Antonieta cumplirá los veintiocho el 2 de noviembre. En el siglo XVIII, las cercanías de la treintena son las de la madurez. Si no quiere hacer el papel del eterno jovencito, Fersen debe establecerse, fundar una familia, aunque se sienta satisfecho con su soltería:

—Me encuentro muy bien en mi estado de soltero. Siento que el matrimonio no me haría tan feliz. A menos que aumentara en medida considerable mi fortuna, no vale la pena casarse para tener nada más que molestias, obstáculos y privaciones agregados.

Imposible mostrar más sentido práctico. Fersen está decidido con firmeza a desposar a una rica heredera. La señorita Leyel, después la señora Necker, y sus respectivas dotes, escapan en forma sucesiva a sus avidedeces.

Se consuela con facilidad. El 31 de julio de 1783 confiesa a su hermana Sofía:

«Me alegro de que la señorita Leyel se haya casado, ya no me hablarán de ella, y espero que no me encuentren otra; he elegido mi camino, no quiero formar jamás un vínculo conyugal, es contrario a la naturaleza. [...] No puedo ser de la única persona a quien querría pertenecer, la única que me ama de verdad, de modo que no quiero ser de nadie».

Esa «única persona» que «ama de verdad» a Fersen es María Antonieta. Hay mil maneras de amar, y María Antonieta ha elegido una de las mejores. El corazón habla, el cuerpo no tiene más remedio que callar, es el triunfo de los sentimientos sobre los sentidos. Fersen está deslumbrado, y repite:

—Nunca me han amado de ese modo.

Ese Don Juan, ese infatigable conquistador de las damas de París, Londres, Roma, Newport, descubre que se puede ser amado de *otra manera*. Repetirá, asimismo: «Es un ángel de bondad». Todos sucumben al angelismo que permite todas las audacias. Sin dejar de ser virtuosa, María Antonieta podrá vivir su novela con ese héroe de novela que es Fersen, como lo relata en sus *Souvenirs* (Recuerdos) el duque de Lévis: «Su figura y su aire cuadraban muy bien con un héroe de novela, pero no de un héroe francés, de quien no tenía la seguridad ni la fogosidad».

Precisamente, Fersen es diferente a los galanes que rodean a María Antonieta. No tiene la seguridad de un Lauzun, ni el fuego de un Tilly. Este Tilly, que fue uno de los pajes de la reina, traza en sus *Memorias* un retrato de Fersen que permite entender mejor los sentimientos que inspira a María Antonieta:

«Era uno de los hombres más hermosos que haya visto, aunque de fisonomía fría, que las mujeres no odian cuando tienen la esperanza de animarla; no creo que tuviera un espíritu muy distinguido, pero lo que había en él le sirvió para conducirse con calma y medida en la situación difícil a la cual llegó. Amaba la música, las artes y una vida tranquila; vivió sin intrigar y sin esforzarse por brillar; y durante todo el tiempo que duró su favor, si algo podía hacer suponer algún exceso, era la actitud más moderada, más respetuosa, que participaba un poco de la afectación del cortesano. Pero él no fingía nada; su arte consistió en ser sencillo».

Entre el Fersen de 1778, que vuela de fiesta en fiesta, y el Fersen de 1783 que ama «la vida tranquila», ¡qué evolución! Es también la María Antonieta, quien gusta cada vez más de «la música, las artes y una vida tranquila», y, por sobre todo, de la sencillez. Todo es sencillo para los sencillos, todo es puro para los puros. El drama de María Antonieta habría sido el de ser sencilla y pura en un mundo que sólo toleraba la afectación, la simulación y otras poluciones mentales.

María Antonieta y Fersen: la unión de sus dos corazones es incomprensible para quien limita el amor al sexo. Fersen, quien ya no lleva la cuenta de sus amantes, puede permitirse adorar a un ángel. María Antonieta, quien sólo ha conocido el amor conyugal y su «dicha esencial», puede permitirse adorar al ángel que hay en Fersen, dejando a las demás el «animal» de alcoba^[67].

En junio de 1783, cuando María Antonieta vuelve a encontrar a Fersen, podría repetir su «¡Ah, es un antiguo conocido!». Ese hombre a quien la delfina ha destacado, a quien la reina distinguió, se encuentra ante ella, «diez años más viejo» debido a la guerra de Norteamérica y la vida de los campamentos. Ese «envejecimiento» no ha atenuado su seducción. María Antonieta es sensible a ésta, como varios meses más tarde lo será el rey de Suecia, Gustavo III:

«En Erlang [...] —escribe Fersen a su padre— me uní al rey; nunca un hermano separado durante tanto tiempo de un hermano a quien ama tiernamente fue recibido como lo hizo conmigo ese encantador monarca; no hay palabras que puedan expresarlo; lloraba de alegría y de sensibilidad, y yo quedé muy conmovido desde ese momento; no existe señal alguna de amistad y confianza que no reciba todos los días. [...] Todavía se encontraba acostado cuando llegué, me hizo entrar en el acto, me besó una y mil veces, [...] en una palabra, me recibió, no como un rey, sino como un amigo tierno y sensible... Me distingue sobre todos los demás, en todo y por todo».

¡Qué pena que no haya relatado sus encuentros con la reina de Francia como relata los que tuvo con el rey de Suecia! Se los puede imaginar —casi— parecidos, con María Antonieta prodigando a ese «amigo» reencontrado sus «señales de amistad y confianza». Sin duda no recibió a Fersen como reina, sino como «amiga tierna y sensible».

Gustavo III, quien no oculta su pasión por los jóvenes hermosos, sucumbe de manera visible a los encantos del irresistible Fersen. ¿Sucumbió éste a su vez? Nada se sabe. Es muy posible que haya inducido al rey al angelismo. ¡Fascinante Fersen, quien en ese año de 1783 es «distinguido» al mismo tiempo por la reina de Francia y el rey de Suecia! No por ello se envanece y, siempre práctico, piensa en sacar las mayores ventajas posibles. Codicia un regimiento, el Real-Sueco, que está en venta. «Demasiado caro», considera su padre, quien se niega a anticipar la suma necesaria para la compra. ¡No importa, porque la reina de Francia y el rey de Suecia unirán sus esfuerzos para que «su» Fersen quede satisfecho y obtenga su Real-Sueco!

El 19 de setiembre, María Antonieta escribe a Gustavo III:

«[...] Aprovecho la partida del conde de Fersen para renovarle los sentimientos que me unen a Su Majestad; la recomendación que hizo el rey ha sido recibida como era debido, ya que provenía de vos y se hacía a favor de un tan buen súbdito. Su padre no ha sido olvidado aquí: los servicios que prestó y su buena reputación han quedado renovados por el hijo, que se distinguió en la guerra de Norteamérica, y que por su carácter y sus buenas cualidades ha merecido la estima y el afecto de todos los que tuvieron la ocasión de conocerlo. Espero que no tarde en ser provisto de un regimiento».

Ello ocurrirá tres días después. El 21 de setiembre, Luis Augusto nombra al «señor conde de Fersen maestro de campo propietario del Real-Sueco».

En el amor, lo mismo que en la amistad, María Antonieta no se entrega: da. Da sin cálculos, y ésa es su voluntad suprema. Ha dado todo lo que podía a la señora de Polignac. De la misma manera actuará con Fersen.

Fersen deja a María Antonieta en noviembre, para ir a reunirse en Alemania con Gustavo III, quien, entregándose a las alegrías del incógnito, viaja con el nombre de conde de Haga. Poco después de esa partida, la reina tiene un aborto. Porque estaba encinta. Cada vez que Fersen se encuentra con María Antonieta, ésta ya está encinta, cosa que excluye las posibilidades de paternidad que se han atribuido al hermoso sueco y que, lo repito, no es de las más favorables para el florecimiento de «esos placeres que, con ligereza, se denominan físicos...»

El angelismo ofrece ventajas seguras que permiten las alegrías del embarazo y el triunfo de los sentimientos. María Antonieta y Luis Augusto pueden llorar juntos —y no se privan de hacerlo— por el hijo perdido. Y Fersen puede volver a decir, como para convencerse de ello, que «nunca me han amado así».

UN GLOBO LLAMADO MARIA ANTONIETA

(1784)

El invierno que sigue a la partida de Fersen, el invierno de 1784-1785, es rigurosísimo. Luis Augusto y María Antonieta rivalizan en las caridades. Los pobres de París, agradecidos, edifican para el rey un obelisco de nieve en el cual se puede leer:

*Luis, los indigentes a quienes tu bondad protege
Sólo pueden levantar un monumento de nieve,
Pero él complace más a tu generoso corazón
Que el mármol pagado con el pan de los desdichados.*

Y para la reina una pirámide de nieve que exhibe la siguiente inscripción:

*Reina cuya bondad supera sus atractivos,
Al lado de un rey bienhechor ocupa aquí el lugar.
Si este frágil monumento es de nieve y de hielo,
Nuestros corazones no lo son para ti.*

Los panegíricos se derriten con la nieve. Se conservan los horrores verbales y se amplifican, de boca en oreja, manchándolo todo a su paso. María Antonieta no tiene tiempo para ocuparse, de ese fango, dedicada, ese invierno, a socorrer a los menesterosos. Cuando su bolsa está vacía, no vacila en recurrir a la caridad de los demás, como lo recuerda la señora de La Tour du Pin:

«Se encontraba cerca de su puerta con uno de los dos párrocos de Versalles, quien le entregaba una bolsa, e interpelaba a cada uno, hombres y mujeres, diciendo: “Para los pobres, por favor”. Las mujeres tenían, cada una, su escudo de seis francos en la mano, y los hombres su luis. La reina percibía ese impuesto de caridad seguida por un párroco, y a menudo reunía hasta cien luises para sus pobres, y nunca menos de cincuenta».

Para María Antonieta, la caridad es una empresa familiar. Hace participar en ella a su hija y su hijo, quienes como aguinaldo de 1784 reciben el más bello de los regalos: aprenden a dar.

«Como quería dar a sus hijos otra lección de beneficencia, me ordenó hacer llevar de París, como los otros años, en vísperas del día de Año Nuevo, todos los juguetes de moda y exhibirlos. Luego tomó a sus niños de la mano y se los hizo ver [...] y les dijo que se le había ocurrido el proyecto de darles bonitos aguinaldos, pero que el frío hacía que los pobres fuesen tan desdichados que todo su dinero había sido invertido en abrigos, [...] de modo que ese año no tendrían el placer de ver todas esas novedades. Al volver al interior con sus hijos, dijo [...] que el vendedor de juguetes sin duda salía perdiendo, y le dio cincuenta luises para indemnizarlo por sus gastos de viaje y consolarlo por no haber vendido nada».

¡La reina piensa inclusive en indemnizar al vendedor de juguetes! ¡Querida María Antonieta!

Los rigores del invierno, con sus dramas de la miseria, son seguidos por la primavera, con su comedia, que podría titularse «¿Se representará o no se representará *Las bodas de Fígaro*?». Apasionada por el teatro, María Antonieta se interesa por ese grave problema, que alborota a la corte, los salones y las academias.

La pieza de Beaumarchais había sido recibida en el Teatro Francés a finales de 1781. La censura se opuso a su representación. A partir de entonces, se multiplicaron las lecturas privadas. Es obligatorio decir: «He asistido a la lectura de *Las bodas de Fígaro*». Su autor es el principal lector, uno de los más solicitados, ya que la señora de Lamballe debe suplicarle durante mucho tiempo antes que acepte ir a su salón. Por primera vez, la señora de Polignac y la señora de Lamballe están de acuerdo: hay que representar esas *Bodas de Fígaro*, donde son atacados el régimen, las instituciones, la Administración. Vaudreuil, Fronsac, Lamballe, Polignac, nobles señores y nobles damas, se extasían ante el monólogo de Fígaro, y aplauden su: «¿Qué han hecho para recibir tantos bienes? Se han tomado la molestia de nacer, y nada más». Es la condena de los privilegios, y de quienes los aprovechan. Y esos privilegios son quienes tienen la inconsciencia de reclamar la representación de *Las bodas de Fígaro*, que señala las primicias de la Revolución y sus trastornos.

Luis Augusto y María Antonieta se hacen leer esas *Bodas* por la señora Campan. El rey, que está lejos de ser tonto, advierte el peligro que representa esa pieza para el régimen. Cuando escucha la tirada contra las prisiones del Estado, exclama:

—¡Habría que destruir la Bastilla para que esta pieza no fuese una ligereza peligrosa!

La reina insiste:

—Por lo tanto, no se la representará.

—Ciertamente no, podéis estar segura —responde el rey con insólita firmeza.

Beaumarchais ha tenido la habilidad de poner en boca de su Fígaro esta declaración: «Sólo los espíritus pequeños temen los pequeños escritos». Todos tienen miedo de pasar por «espíritu pequeño». A fuerza de solicitudes, en junio de 1783 se concede el permiso para representar la pieza. En el último momento, un instante

antes de levantar el telón, la representación es prohibida por pliego sellado.

Tres meses después de esa prohibición, *Las bodas de Fígaro* se interpreta en casa del conde de Vaudreuil. Triunfo del clan Polignac, acrecentado por la presencia de uno de los hermanos del rey, el conde de Artois. La brecha ha quedado abierta, y *Las bodas de Fígaro* termina por ser estrenada el 27 de abril de 1784. Éxito fulminante. Según la señora Campan, María Antonieta «testimonió su descontento a todas las personas que habían ayudado al autor de *Las bodas de Fígaro* a obtener el consentimiento del rey para la representación de su comedia». Así, frente a los Polignac, a los Lamballe, María Antonieta había manifestado su solidaridad conyugal, a riesgo de pasar por un «espíritu pequeño».

Mientras María Antonieta socorría a los menesterosos y participaba en la batalla de *Las bodas de Figaro*, Fersen acompañaba a Gustavo III a Italia. Su presencia inquietaba a los amantes del rey, quienes sin embargo veían que su rival iba de la «bella Emilia» a «lady Isabel». Axel corre de mujer en mujer, no puede evitarlo, ha nacido infiel ese querubín demorado. Pero su corazón y su tintero siguen unidos a María Antonieta, con quien mantiene una correspondencia secreta. El angelismo necesita el misterio para crecer a sus anchas. La reina, quien en su bautismo había recibido los nombres de María Antonieta Josefa Juana, eligió su tercer nombre, el de Josefina, para ser designada en esta correspondencia que, por desgracia, ha desaparecido.

El 7 de junio de 1787 el rey Gustavo III, o más bien el conde de Haga —ya que ha querido mantener su incógnito— y Fersen llegan a Versalles. Su visita se desarrollará con un ímpetu abrumador para Axel, quien se queja a su padre, el 20 de junio:

«Llegamos aquí el 7 por la noche, y desde ese momento nadamos en fiestas y placeres y diversiones de todo tipo. Estamos ocupados sin cesar y siempre apremiados; nunca tenemos tiempo para hacer todo lo que nos proponemos. Esa clase de aturdimiento sienta bien al señor conde de Haga: es preciso que también me agrade a mí, y estoy desbordado. Ya hemos tenido una gran función de ópera en Versalles y un baile de gala, sin contar la cantidad de almuerzos y cenas. Mañana tenemos una fiesta en el gran jardín de la reina, en el Trianon; es la última, pero todavía nos quedan multitud de cenas y espectáculos en París [...] es un verdadero delirio».

Para los enamorados de la «vida tranquila», como María Antonieta y Fersen, la visita de Gustavo III se convierte en un torbellino perturbador. El rey de Suecia está embelesado y presenta la fiesta en el Trianon como un «encantamiento perfecto». Hace un relato extasiado de ella:

«La reina no quiso sentarse a la mesa, pero hizo los honores de ella como habría podido hacerlos el ama de casa más dedicada. Habló a todos los suecos, y se ocupó de ellos con un cuidado y una atención extremos».

Como ama a un sueco, María Antonieta extiende sus sentimientos a Suecia toda.

Y dado que nada une tanto como arder por el mismo ídolo, colma de atenciones a Gustavo III, quien el 23 de junio es invitado al espectáculo de moda en ese momento: los globos, esos maravillosos globos que se ven deslizarse por el aire desde que Montgolfier lanzó uno, el 5 de junio, en Annonay. El globo del 23 de junio, adornado con las iniciales del rey de Francia y el rey de Suecia, lleva el nombre de «María Antonieta». Cuando se eleva, uno se hace la ilusión de ver que la reina sale volando. Un globo llamado *María Antonieta*, de luminoso destino, fuera del alcance de los hombres y olvidado por los dioses...

El 19 de julio se van Gustavo III y Fersen. A éste se le ha encargado una misión seria: encontrar un perro sueco para la reina. La cumplirá con celeridad y en forma concienzuda.

Después del rey de Suecia llega, en agosto, el príncipe Enrique, hermano de Federico II. Esta visita no valdría la pena de ser mencionada si no hubiera sido relatada por María Antonieta a Gustavo III con un tono de libertad que revela la complicidad que une a los dos soberanos:

«No he tenido muchas ocasiones de ver al príncipe Enrique [...] con pocas personas por vez [...]. Ese tipo de vida era conveniente para mi salud y para el comienzo de mi embarazo, que continúa con toda felicidad».

Después del mal parto del otoño de 1783, María Antonieta vuelve a estar encinta en 1784. Semejante regularidad en la procreación real habría encantado a María Teresa, que ya no podría acusar a su yerno de «frialdad».

Se dice que aun después de la muerte de María Teresa los embarazos de María Antonieta serán turbados por su familia austríaca. El 23 de setiembre de 1784, María Antonieta escribe a su hermano José II:

«Os confesaré que los asuntos políticos son aquellos sobre los cuales tengo menos dominio. La desconfianza natural del rey fue fortalecida primero por su preceptor; desde antes de su matrimonio, el señor de La Vauguyon lo había asustado en relación con el dominio que su esposa querría tener sobre él, y su alma negra se complació en aterrorizar a su discípulo con todos los fantasmas inventados contra la casa de Austria. El señor de Maurepas, aunque con menos carácter y malevolencia, consideró útil para su crédito imbuir al rey de las mismas ideas. El señor de Vergennes sigue el mismo plan y es posible que utilice su correspondencia de asuntos exteriores para emplear la falsedad y la mentira. He hablado de ello al rey con claridad, y más de una vez. [...] No me ciego en cuanto a mi influencia; sé que, sobre todo en lo que se refiere a la política, no poseo un gran ascendiente sobre el rey».

En esta carta se ve resurgir la antigua desconfianza suscitada por el señor de La Vauguyon respecto de la Casa de Austria, de los austríacos y de la Austríaca. También se ve a la reina poner límites a su influencia, que sin embargo es ilimitada... ¿Por qué tantas explicaciones a su hermano, y tan manifiesta turbación? Es que José II, liberado de la tutela materna, se agita mucho, y esa agitación podría conducir, una vez más, a la guerra.

Los tratados de 1715 habían cerrado las bocas del Escalda y confiado su vigilancia a Holanda. Cosa que el emperador de Austria ya no soporta. Reclama la libre circulación por el Escalda, y frente a la negativa de los holandeses, el paso fue forzado.

José II multiplica los incidentes. La situación es muy tensa en ese otoño de 1784. Francia, que no quiere una guerra, se conforma con ofrecer su mediación. José II no oculta su descontento:

«Mientras Francia estuvo comprometida en la guerra de Norteamérica, me abstuve de hacer valer mis derechos sobre Holanda, aunque entonces le habría resultado difícil a Francia oponerse. Por lo tanto, es preciso que en Versalles tengan en cuenta la confianza y moderación que mostré en esos tiempos».

Es el caso de Baviera que vuelve a empezar.

Tal como María Teresa, José II ejerce sobre María Antonieta una extorsión afectiva. ¡Y Mercy no deja de censurar a la reina en relación con el papel que habría de representar en una guerra «fratricida»! Cuando ella declara al barón de Staël embajador de Suecia: «Podéis estar seguro de que no intervendrá en nada cuando se haya adoptado una decisión; y en todos los casos no olvidaré nunca, a pesar de mi admiración por el emperador, que soy la reina de Francia y madre del delfín», María Antonieta no deja de sentirse apegada a su Austria natal, a su hermano, y eso la desgarran.

Tal como su madre, María Antonieta rechaza la guerra. Es partidaria de los «arreglos». Desde una escena en familia —pobre Luis Augusto— hasta una escena con los ministros —pobres Maurepas y Vergennes—, la reina contribuye a evitar la guerra y a establecer sus «arreglos». Cosa que muestra que tenía sobre el rey un ascendiente mucho mayor de lo que le confesaba a su hermano...

José II renuncia a sus pretensiones y recibe, a cambio de ello, una fuerte indemnización. Francia, que en verdad nada tiene que ver en ese asunto de las bocas del Escalda, se compromete a pagar una parte. Cuando se conoce la noticia, a finales de 1785, se escucha un solo grito: «¡Es un golpe de la Austríaca!». La calumnia circula, y se habla de cajas de oro, de dos millones enviados por María Antonieta a José II. En su lecho de muerte, este último declarará:

—No ignoro que los enemigos de mi hermana Antonieta se han atrevido a acusarme de hacer pasar sumas considerables. A punto de presentarme ante Dios, declaro que es una horrible calumnia.

En las sombras, otros enemigos traman ya «calumnias más horribles», que conducirán al caso del Collar.

EL COLLAR MALÉFICO

(AGOSTO DE 1785-MAYO DE 1786)

La calumnia, señor. [...] Podéis creer que no existe una chata malignidad, ningún horror, ningún cuento absurdo que no se haga aceptar a los ociosos de una gran ciudad, cuando uno se ocupa de ello; ¡y aquí tenemos gente de tal habilidad! [...] La calumnia se lanza, tiende su vuelo, se arremolina, envuelve, arranca, arrastra, estalla y truena, y se convierte, gracias al cielo, en un grito general, un crescendo público, un coro universal de odio y de proscripción. ¿Quién diablos puede resistírsele?

BEAUMARCHAIS
(*El barbero de Sevilla*)

Con Fersen, Gustavo III, José II, los globos de Montgolfier, las bocas del Escalda, la construcción de la Aldea, el ornato del Trianon, la educación de Muselina y de Luis José, las fiestas, las recepciones, las modas que hay que lanzar, los ministros a quienes reprender, María Antonieta ha vencido por fin lo que más temía en el mundo: el aburrimiento. Ya no le queda un instante para aburrirse. Para sí misma y para su esposo, es un espectáculo. Mujer-espectáculo que tiene por teatro el más prestigioso de los castillos: Versalles. Y el más costoso. Derroches y pérdidas se intensifican de año en año. Los servidores —y son legión— perciben emolumentos extravagantes, que van desde el «derecho de quitasol» hasta el «derecho de remplazo de devolución de las velas». Algunos de estos abusos, que rinden mucho y tienen dos siglos de existencia, son inatacables. Y además el castillo necesita reparaciones. El arquitecto Mique establece un cálculo. La importancia de los gastos espanta a Luis XVI, quien decide postergar las reparaciones hasta 1790. Los trabajos deberían durar diez años, y en ese lapso habría que salir de Versalles. Es el único lugar donde el rey se encuentra a sus anchas. ¿Salir de Versalles para ir adónde? ¿A Marly o a Fontainebleau? Demasiado grandes. ¿Al Trianon o a la Muette? Demasiado pequeños. En esa búsqueda de residencia provisional, María Antonieta, quien no siente por el castillo de Versalles el apego manifestado por su esposo, ha pensado en el castillo de Saint-Cloud, que pertenece al duque de Orléans, quien quiere desprenderse de él.

El aire de Saint-Cloud, según los médicos, sería singularmente benéfico para el

delfín, cuya salud no es de las mejores. Y entonces, ¿por qué no Saint-Cloud? ¿Luis Augusto puede negar algo a María Antonieta, quien lo convertirá en padre por tercera vez?

El 20 de febrero de 1785, María Antonieta se hace propietaria del castillo de Saint-Cloud, adquirido por la suma de seis millones. Es casi la suma por la cual el rey vende, en la misma época, el castillo Trompette, que posee en Burdeos. En consecuencia, la compra de Saint-Cloud queda cubierta por la venta de Trompette. Ello no impide un clamor general. Un parlamentario exclama:

—Es impolítico e inmoral que una reina de Francia sea dueña de palacios.

Impresos pegados en las rejas del parque de Saint-Cloud y que exhiben estas tres palabras, «Para la reina», terminan por exasperar a la opinión pública, que ve en ellos una provocación, un ataque a los derechos de la Casa de Francia, en beneficio de la Casa de Austria. Como el asunto del Escalda está a punto de terminar y se cree que María Antonieta ha apoyado a su hermano, el apodo de la Austríaca reaparece con virulencia, y los parisienses dicen de buena gana: «Vamos a Saint-Cloud, a ver las aguas y a la Austríaca». Se finge ver en Saint-Cloud otro Trianon, un abismo en el cual se hunde el dinero de los franceses. Al apodo de la Austríaca se agrega otro, igualmente mortífero: «Doña Déficit».

Para mostrar, que no merece este último apodo y que sabe hacer economías, en ese mes de febrero de 1785 María Antonieta convoca a la señorita Bertin y le dice que «en el mes de noviembre tendrá treinta años, cosa que nadie advertiría; que su proyecto consistía en reformar en su atavío los adornos que sólo sentaban bien en ropas para una extrema juventud; que en consecuencia ya no llevaría plumas ni flores»^[68]. Estos renunciamientos no engañan a nadie, ya que a pesar de tales restricciones, la señorita Bertin continúa aplicando precios exorbitantes. En 1785 los gastos de María Antonieta en ropas se elevarán a 258.000 libras.

¿Se trata de la cercanía de la treintena o de los efectos del asunto del Escalda? El embarazo de la reina es penoso. Cuanto más se acerca el momento del parto, más siente temores María Antonieta, hasta el punto de que decide, con la aprobación de Vermond, siempre vigilante, confesarse y comulgar. El círculo volteriano de los Polignac se alarma y anuncia un próximo reinado de los sacerdotes. Nada de eso ocurre. El parto resulta fácil y María Antonieta trae al mundo un varón el día de Pascua, 27 de marzo.

Tal como su hermano y su hermana, el recién nacido es bautizado el mismo día en la capilla del castillo. Recibe los nombres de Luis Carlos, el título de duque de Normandía y el cordón del Espíritu Santo. Luis Augusto, siempre emocionado ante el hecho de ser padre, un padre de treinta y un años, balbucea:

—Mi pequeño normando, tu nombre te traerá dicha.

Ese niño, nacido un día de Pascua, y destinado a la felicidad, conocerá las tinieblas del Temple... Se ha dicho mucho, se ha murmurado que el «pequeño normando» tenía como padre a Fersen.

El padrino de Luis Carlos, el conde de Provenza, poco sospechoso de simpatizar con la reina, escribe, en 1798, un texto que anula todas estas habladurías:

«María Antonieta fue imprudente, sin duda; pero de ahí a ser criminal hay una gran distancia, y no creo que nadie en el mundo pueda demostrar que lo ha sido».

El lunes de Pascua, París celebra el nacimiento de Luis Carlos con fuegos de artificio e iluminaciones. A estas manifestaciones de alegría les sigue poco después, para María Antonieta, la tristeza de un duelo que la sacude. El 11 de mayo se lee en la *Correspondencia secreta*: «La muerte del duque de Choiseul es la noticia más importante en este momento. [...] La reina ha parecido afligida al enterarse de esa muerte». No puede menos que sentirse afligida por la desaparición de quien ha sido el artífice de su matrimonio con Luis Augusto, en 1770, ¡y cómo pasa el tiempo!... María Antonieta tendrá pronto otro motivo de aflicción.

El 24 de mayo va a París, para agradecer a Dios ese tercer nacimiento. Fersen relata esa visita: «La reina fue recibida con suma frialdad, no hubo una sola aclamación, sino un silencio absoluto».

Entre la tibieza del 8 de febrero de 1779 y la frialdad del 24 de mayo de 1785 está la medida de cuánto ha crecido la impopularidad de María Antonieta. La reina no entiende esa recepción. Vuelve a Versalles para preguntar a Luis Augusto, llorando:

—¿Qué les he hecho?

Nada. Y precisamente esa nada, esa ausencia de acciones positivas, es lo que el pueblo aplasta con su silencio.

Las caridades, las obras de beneficencia, no bastan para encubrir las perpetuas frivolidades, el dinero derrochado para seguir los caprichos de la moda o de los Polignac. María Antonieta no se conduce como una reina, sino como una favorita, como una Pompadour. María Teresa tenía razón al estigmatizar esa conducta. El «silencio absoluto» del 24 de mayo así lo demuestra.

¿María Antonieta se corregirá, reflexionará? No. Además de todos sus dones, ha recibido el del olvido, del cual usa y abusa. Olvida la frialdad de París, tal como olvida que Beaumarchais es un autor sedicioso que el año pasado, con sus *Bodas de Fígaro*, hizo frente a la voluntad del rey. Olvida que en esa ocasión había manifestado su descontento. Olvida...

Tentada por el papel de Rosina, y con el deseo de demostrar a la señora de Lamballe y a la señora de Polignac que no es un «espíritu pequeño», María Antonieta quiere representar, en su teatro del Trianon, no *Las bodas de Fígaro*, sino *El barbero de Sevilla*. Lleva su malicia hasta el extremo de asignar el papel de Fígaro al conde de Artois y el de Almaviva a Vaudreuil. De esa manera, Artois y Vaudreuil, quienes tanto se esforzaron para que se levantase la prohibición de representar *Las bodas de Fígaro*, harán *El barbero de Sevilla* al lado de la reina de Francia, del baile Crussol (Basilio) y del duque de Guiche (Bartolo). Imposible pensar en un elenco más

noble...

María Antonieta puede estar satisfecha. Su placer por el hecho de interpretar a Rosina precede a cualquier otra consideración. Tantas de las réplicas parecen haber sido escritas para ella... Desde la primera escena hasta la tercera del primer acto —«qué placer es respirar el aire libre»—, y hasta la segunda escena del segundo acto: «el aburrimiento me mata». ¿Cuántas veces, al respirar el aire de los jardines del Trianon habrá dicho María Antonieta «qué placer es respirar el aire libre», y cuántas veces habrá suspirado «el aburrimiento me mata»? Siente que puede hacer la Rosina «al natural». *Será* Rosina. Por el momento, ninguna otra cosa tiene importancia. María Antonieta fija la representación del *Barbero* para el 19 de agosto. Ya no hay un minuto que perder. Es preciso ensayar. ¡Y qué talento, el de Beaumarchais! ¡Cuán bien vio los defectos de su siglo, y su gusto por la calumnia! Cuando Crussol-Basilio destila los efectos, «podéis creer que no existe una chata malignidad, ningún horror, ningún cuento absurdo que rio se haga aceptar a los ociosos de una gran ciudad, cuando uno se ocupa de ello; ¡y aquí tenemos gente de tal habilidad!», la reina puede creer que ella ha inspirado esas líneas. ¿No se le asignan acaso múltiples aventuras con los hombres y las mujeres? ¿No se transforman sus inocentes paseos de la noche por el parque de Versalles en espantosas saturnalias? ¡Estos franceses, qué imaginación! Ya no saben qué inventar, y ello en todos los oficios, sea uno escritor, como Beaumarchais, o joyero como Böhmer. ¡Ah, este Böhmer, qué loco! ¿No entrega a María Antonieta, ese 12 de julio, una esquila incomprensible, una obra maestra de fantasía?

«Señora,

»Nos sentimos en el colmo de la dicha al atrevernos a pensar que los últimos arreglos que se nos han propuesto, y a los cuales nos hemos sometido con celo y respeto, son una nueva prueba de nuestra sumisión y dedicación a las órdenes de Su Majestad; y tenemos una verdadera satisfacción en pensar que el más bello adorno de diamantes que existe servirá a la más grande y la mejor de las reinas».

¿Qué significan esos «últimos arreglos»? ¿Cuál es ese «más bello adorno de diamantes»? ¿Qué significa todo eso? María Antonieta quiere interrogar a Böhmer. Demasiado tarde. Ha desaparecido. Hace leer la esquila a la señora Campan, quien tampoco entiende nada. La esquila no es otra cosa que una locura suplementaria de ese pobre Böhmer, quien desde 1774 —y ya son doce años— querría que la reina compre un collar de 540 diamantes. Su número y su belleza justifican el precio considerable que piden Böhmer y su socio Bassenge: un millón seiscientos mil libras. En dos ocasiones, Luis Augusto ha querido ofrecérselo a María Antonieta. Ésta lo rechazó las dos veces. La primera, alegando que «la construcción de un barco era un gasto muy preferible al que se le proponía». La segunda, pretextando que «el rey podía hacer esa adquisición y conservar el collar para las épocas de los matrimonios

de sus hijos, pero que ella nunca se adornaría con él, ya que no quería que se le pudiese reprochar que había deseado un objeto de un precio tan excesivo».

Estas dos negativas no desalentaron a Böhmer, quien, conocedor de la legendaria bondad de la reina, intentó algo así como una extorsión y suplicó a María Antonieta que comprase el collar, porque de lo contrario quedaría «arruinado, deshonorado, e iría a tirarse al río». A lo cual la reina respondió:

—Os lloraría, si os dieseis muerte, como a un insensato por el cual sentía interés, pero en modo alguno sería responsable de esa desdicha. No sólo no os he encargado el objeto que en este momento causa vuestra desesperación, sino que todas las veces que me hablasteis de hermosos adornos, os dije que no agregaría cuatro diamantes a los que ya poseía. [...], por lo tanto, nunca volváis a hablarme de ello^[69].

A pesar de ese rechazo y de esa prohibición Böhmer volvió a la carga ese 12 de julio, pero inútilmente. Y para probar la inutilidad de la gestión, María Antonieta quemó la ridícula esquila mientras dice a la señora Campan: «No vale la pena de conservarla», y luego agrega, para terminar definitivamente —así lo cree— con el asunto Böhmer:

—Ese hombre existe para mi tormento; siempre tiene alguna locura en su cabeza; recordad, la primera vez que lo veáis, decirle que ya no me agradan los diamantes, que nunca en la vida los compraré; que si tuviese que gastar dinero, preferiría aumentar mis propiedades de Saint-Cloud mediante la adquisición de las tierras que las rodean; hablad con él de todos esos detalles, para que se convenza y se los grave en la cabeza.

La señora Campan pregunta si debe convocar a Böhmer para transmitirle el mensaje. María Antonieta responde que no vale la pena, y que la señora Campan repetirá sus instrucciones cuando encuentre al joyero, «en la primera ocasión». No hay prisa. Lo urgente es ensayar *El barbero de Sevilla*.

El 1 de agosto, la señora Campan va de Versalles a su casa de campo. El 3 de agosto llega a Böhmer, quien se inquieta por no tener respuesta de la reina. La señora Campan repite las palabras de María Antonieta. La reina ya no gusta de los diamantes, etc. Böhmer escucha, e insiste, tenaz:

—Pero la respuesta a la carta que le presenté, ¿a quién debo dirigirme para obtenerla?

—A nadie; Su Majestad quemó vuestra esquila sin haber entendido lo que queríais decirle.

Böhmer insiste con mayor tenacidad y anuncia con frialdad que la reina «le debe más de un millón y medio de francos». ¿Por qué? Por el collar, el famoso collar. La señora Campan relata la continuación de este diálogo de sordos:

«Entonces me dice que la reina había querido tener el collar y lo había hecho comprar por monseñor el cardenal de Rohan. “¡Te engañas! —exclamé—. La reina no ha dirigido la palabra una sola vez al cardenal desde su regreso de Viena; no hay hombre más caído en desgracia en la corte. —Os engañáis vos, señora —me dice Böhmer—; lo ve muy a menudo en privado. [...] —¡Ah, qué

odiosa intriga! —exclamé”».

La señora Campan aconseja a Böhmer que vaya sin tardanza a Versalles para explicar esa «odiosa intriga» al señor de Breteuil, jefe de la Casa del rey, ministro a quien el joyero habría debido dirigirse para tener la confirmación de una compra de tanta importancia. Böhmer sólo sigue a medias el consejo de la señora de Campan. Va a Versalles, no para solicitar una audiencia al señor de Breteuil, sino para tratar de ver a la reina, quien se niega a recibir a ese importuno.

—Está loco, no quiero verlo —responde entre dos réplicas que dirige a Fígaro-Artois.

En cuanto Böhmer se ha ido, la señora Campan, a su vez, quiere reunirse con la reina en Versalles, para prevenirla acerca de una maquinación que sólo puede ser infernal, ya que el cardenal de Rohan participa en ella. La disuade su suegro, quien la convence de que el señor de Breteuil es quien tiene que cortar ese nudo gordiano.

Unos días más tarde, María Antonieta llama a la señora Campan para ensayar con ella el papel de Rosina.

—¿Sabéis que ese imbécil de Böhmer vino a decir que quería hablar conmigo, diciendo que vos se lo habíais aconsejado? Me negué a recibirlo; ¿qué quiere, lo sabéis vos? —pregunta la reina a la señora Campan, quien repite palabra por palabra su extraña conversación con el joyero.

María Antonieta se entera de que debería «una fuerte suma» a Böhmer, a quien habría comprado ese «gran collar» que rechazó tres veces; que habría encomendado dicha compra al cardenal de Rohan, ¡y que circularían órdenes que llevaban su firma!

Dividida entre la estupefacción y la indignación, María Antonieta convoca a Böhmer el 9 de agosto y escucha al joyero decir tantas extravagancias e incoherencias que, para tratar de ver las cosas más claras, le pide una memoria explicativa que recibe el 12. La lectura de tal memoria hunde a la reina «en un estado de alarma; la idea de que se pudiese creer que un hombre como el cardenal gozara de su confianza íntima, y que ella lo hubiese utilizado en relación con un comerciante para procurarse, a espaldas del rey, una cosa que había rechazado de éste, la llevaba a la desesperación»^[70].

¿Recordará que en 1777 había tenido que enfrentar inconvenientes parecidos con la señora Cahuet de Villers, quien había aprovechado la confianza de la reina para arrancarle fuertes sumas? El asunto había sido acallado, en contra de la opinión de Mercy, quien consideró en aquella ocasión que «todo lo que se refiere a la gloria de la reina tiene que verse a la luz del día». ¿Recordará las palabras de Mercy? Amparada en su inocencia, María Antonieta quiere que se la conozca con claridad:

—Es preciso —dice— que los vicios odiosos sean desenmascarados; cuando la púrpura romana y el título de príncipe sólo ocultan a un menesteroso y estafador que osa comprometer el honor de la esposa de su soberano, es necesario que toda Francia y Europa lo sepan^[71].

Francia y Europa lo sabrán por demás, pero no de la manera en que lo querría María Antonieta... Antes que Francia y Europa, Luis XVI es puesto al tanto, por su esposa, acerca de esa «odiosa intriga». Luis Augusto y María Antonieta pasan juntos el día 14 de agosto y deciden la conducta que observarán con Rohan. «Todo había sido concertado entre el rey y yo; los ministros nada supieron hasta el momento en que el rey hizo llamar al cardenal», escribirá la reina a su hermano José II, el 22 de agosto. De todos modos, parecía que Vermond y Breteuil, quienes odian a Rohan, han sido consultados. Es fácil suponer que no han dado consejos de moderación. Y Mercy sólo habrá podido repetir su «todo lo que se refiere a la gloria de la reina tiene que verse a la luz del día». Es el mismo Mercy el que, al enterarse de que Rohan había sido nombrado capellán general, había declarado a María Teresa, el 19 de febrero de 1777:

—Considero un gran mal que el príncipe de Rohan ocupe ese cargo; su audacia para la intriga puede resultar peligrosa para la reina.

Para María Antonieta y Luis Augusto, la culpabilidad de Rohan no deja duda alguna. «Presionado por la necesidad de dinero, el cardenal ha tratado de procurárselo apropiándose del collar, en la creencia de que podría pagar a los joyeros, en el plazo que había fijado, sin que nada se descubriese». El cardenal no es otra cosa que un estafador. Y ese hombre es quien ha utilizado el nombre de la reina, ese miserable es quien bautizó a sus tres hijos. Intolerable. Insoportable. María Antonieta se sofoca, se asfixia, pierde la respiración. El cardenal debe ser detenido sin tardanza. Un arresto discreto sería preferible, se podría esperar, dejar pasar la fiesta de la Asunción, que oficiará el capellán general en la capilla de Versalles. ¿Esperar? Imposible. María Antonieta no puede, físicamente, esperar. Su «estado de alarma» sólo terminará con el arresto del cardenal.

El 15 de agosto, a las once de la mañana, todo Versalles se presenta para cumplir con sus devociones. Rohan, con sus vestiduras pontificias, llega a la capilla para celebrar la misa. Se le hace saber que el rey lo espera en su aposento. Va allá. Encuentra al rey, a la reina, al ministro de Justicia y al señor de Breteuil.

«El rey le dice: “¿Habéis comprado diamantes a Bölnner?” “Sí, señor”. “¿Qué hicisteis con ellos?” “Tenía entendido que habían sido entregados a la reina”. “¿Quién os hizo ese encargo?” “Una dama llamada la señora condesa de La Motte-Valois, quien me presentó una carta de la reina, y yo creí complacer a Su Majestad al encargarme de ese encargo”. “Entonces la reina lo interrumpió y le dijo: —¿Cómo habéis podido creer, señor, siendo que no os dirijo la palabra desde hace ocho años, que os elegiría para conducir esa negociación, y por intermedio de semejante mujer?”^[72] “Veo, respondió el cardenal, que he sido cruelmente engañado; pagaré el collar; el deseo que tenía de complacer a Su Majestad me nubló la vista; no advertí superchería alguna, y me duele”^[73].

Rohan muestra entonces una carta que la reina habría escrito ala condesa de La Motte-Valois.

—No es la escritura de la reina, ni su firma —dice el rey—. ¿Cómo es posible que un príncipe de la Casa de Rohan, cómo un capellán general pudo creer que la

reina firmaba *María Antonieta de Francia*? Nadie ignora que las reinas sólo firman con su nombre de bautismo. Explicadme todo este enigma. No quiero hallaros culpable. Deseo vuestra justificación.

El cardenal no sabe qué responder, vacila, se apoya en una mesa. Se le ruega que se retire a una habitación contigua para escribir su justificación. Un cuarto de hora más tarde, el cardenal vuelve con un escrito tan poco convincente como sus palabras. Todo ello le prueba al rey, y también a la reina, la total culpabilidad de Rohan, a quien se le pide que se retire para ser detenido en público. El cardenal ruega, suplica que se le ahorre esa vergüenza a la familia.

—No puedo aceptarlo, ni como rey, ni como esposo —replica el rey.

Y el esposo puede sentirse más ofendido aún que el rey... El loco amor de Luis Augusto hacia María Antonieta encuentra ahí una magnífica ocasión para manifestarse. Poco importa el escándalo que provocará ese arresto, si a ese precio su querida esposa recupera su calma, su respiración, su estado normal.

El 15 de agosto de 1785, al mediodía, ese «arresten al señor cardenal» repercute, no sólo por la galería de los Espejos, sino por toda Europa. El escándalo ya no tiene límites, ni fronteras. Un príncipe de la Casa de Rohan detenido con alboroto, en el brillo de su púrpura cardenalicia... «Sólo en Francia se puede ver a un cardenal-obispo, capellán general del rey, sin religión ni modos, arrestado como falsario de esquelas, sinvergüenza y estafador». ¿De quién son estas líneas? De un hermano de María Antonieta, Leopoldo.

El 18 de agosto, la condesa de La Motte-Valois es arrestada a su vez.

El 19, María Antonieta puede representar en su teatro del Trianon *El barbero de Sevilla* en presencia de su autor. Es un éxito.

—Se ha señalado sobre todo que en la escena del cuarto acto la reina había exhibido una gracia y una veracidad que no habrían podido impedir que la actriz más oscura aplaudiese con arrebató —comenta Grimm.

En el cuarto acto, la última réplica de Rosina-Antonieta se tiñe de actualidad. Almaviva, quien quiere castigar a Bartolo, Rosina-Antonieta le responde: «No, no, gracia para él, querido Lindoro. Mi corazón está tan henchido que la venganza no puede encontrar lugar en él».

María Antonieta puede creer que en una réplica teatral ha solucionado el asunto del Collar. «Me encanta la idea de no volver a oír hablar de ese horrible caso», escribe a José II, y agrega: «Espero que esto termine pronto».

¿Terminado, el caso del Collar? Apenas ha comenzado, Versalles, París, Francia, Europa, se enterarán de todos los detalles y creerán en la culpabilidad de la reina más que en la del cardenal. Y Fersen, ¡ay, sí!, también Fersen difundirá con frialdad esos chismorreos. Acantonado con su regimiento en Landrecies, informa el 9 de setiembre, a Gustavo III:

«En el propio París se ha dicho que todo eso no era otra cosa que un juego entre la reina y el

cardenal, [...] que la reina fingía no poder soportarlo para mejor ocultar el juego, que el rey había sido informado y se lo reprochó, y que ella se sintió mal y fingió estar embarazada...»

¡El amor no ciega a Axel como enceguece a Luis Augusto!

Luis Augusto ha dejado al cardenal la siguiente opción: o reconoce su falta y se acoge a la clemencia del rey, o es juzgado por el Parlamento. El cardenal prefiere el Parlamento. Indignado «al ver que se ha tenido la audacia de usar un nombre augusto, y que nos es caro por tantos motivos, y de violar con temeridad igualmente inaudita el respeto debido a la majestad real», el rey confía el asunto del Collar a los parlamentarios, la mayor parte de los cuales odian a la reina. Turbulencias en el Parlamento y en París. Eferescencia en Versalles y en la corte. La gran nobleza, con los Rohan a la cabeza, los Soubise, los Condé, los Guéméné, se indignan ante lo que consideran una injuria para uno de los suyos. El clero se conmociona ante el encarcelamiento en la Bastilla de uno de los príncipes de la Iglesia. El Vaticano censura al cardenal por haber aceptado una jurisdicción laica. La moda se mezcla a todo ello. Las mujeres llevan sombreros «de cardenal» y cintas amarillas y rojas llamadas «cardenal en la ruina». El tumulto es general.

A partir de setiembre de 1785 comienza la instrucción del caso, con desfile de testigos. Entre éstos hay alguien a quien El Parlamento y París esperan con visible deleite: la reina. El Parlamento considera la posibilidad de enviar a Versalles una comisión que reciba la declaración de la soberana. El rey se opone. La reina se dignará enviar al Parlamento, por intermedio del ministro de Justicia, las informaciones que puedan aclarar un caso tan tenebroso. Ahora que ya no le obsesiona su papel de Rosina, María Antonieta se da cuenta del pantano en que ha caído y del fango con el cual está mezclada. Enfrenta con valentía ese «coro universal de odio», provocado por el maléfico collar.

Por mi parte, yo creo en los objetos maléficos. Creo en la bufanda que estrangula, en las tijeras que cortan dedos, en la navaja que secciona la garganta, en el calzado que produce cojera, en el brazalete que se convierte en una esposa y en el collar que mata. La única víctima del asunto del Collar será María Antonieta. El collar compuesto por el joyero Böhmer y su socio Bassenge les ha llevado años, sólo para reunir los diamantes. El conjunto es de 2.800 quilates, y mide 38 centímetros por 33. Ese «glorioso adorno» está destinado a «la sultana del mundo», es decir, a la señora Du Barry. Se encuentra a punto de obtenerlo cuando Luis XV fallece. Primera desgracia. Seguirán otras. Las cortes de Europa, una por una, rechazarán ese collar fatal, demasiado caro, demasiado pesado, demasiado grande. El collar maléfico corre, corre, y termina por caer en manos temibles, la de Juana de La Motte-Valois, descendiente de un barón de Saint-Rémy, hijo natural —legitimado— de Enrique II.

Juana es una aventurera nata. De niña mendigó por las calles de París: «Piedad

para una huérfana de la sangre de los Valois». La marquesa de Boulainvilliers toma bajo su protección a esa huérfana. Juana es, sucesivamente, costurera, lavandera, cocinera, aguatera. Tiene gracia, ingenio y ese porte audaz que place a algunos hombres. En 1780 tiene veinticuatro años y logra hacerse desposar por el conde de La Motte, un joven oficial que tiene grandes deudas y pocos escrúpulos. En 1781, por intermedio de la señora de Boulainvilliers, Juana es presentada a Luis de Rohan. Juana y su esposo, que viven de recursos extremos, ven en Rohan una presa ideal. Juana se convierte en la confidente del cardenal, en su protegida, su amiga. Estimula con descaro su manía, su obsesión de conquistar la gracia de la reina, quien practica su política de silencio y jamás dirige la palabra a ese prelado tan poco digno de su investidura, a «ese gordinflón repleto de malas palabras», como decía María Teresa.

En marzo de 1784, Juana se atreve a decir a Rohan que la reina, «conmovida por el inmerecido infortunio de la nieta de Enrique II, no podía soportar que la sangre de los Valois se viese reducida a una situación tan precaria. Sostenía el poco apoyo que les quedaba; hacía más: los honraba con su amistad y les concedía su confianza, y en las entrevistas secretas que tenía con la señora de La Motte no desdeñaba encargarle las misiones más delicadas».

No hay en eso una sola palabra de cierto. María Antonieta encontrará difícil demostrar que «esa intrigante de la más baja estofa no tenía lugar alguno en Versalles y jamás había tenido acceso a ella». Por su parte, Rohan habría podido tratar de verificar la veracidad de tales afirmaciones. Ni se le ocurre. Entiende demasiado el motivo de esas «entrevistas secretas». Se encuentra convencido, como todo el mundo, de que María Antonieta ama a las mujeres y que ha agregado a Juana a sus conquistas, entre una Lamballe, una Polignac, una Bertin. Las supuestas amantes de la reina son tan numerosas como sus presuntos amantes.

Las cartas escritas por María Antonieta serían una prueba del favor de que goza Juana, cuando en realidad fueron escritas por el amante de Juana, Rétaux de Villette. Los «mi querida condesa» alternan en ella con «mi querido corazón». Enajenado, Rohan no piensa en controlar la escritura. Se entabla una correspondencia entre el cardenal y la reina, que culmina en una entrevista, durante el verano de 1784, en la noche del 11 de agosto, en Versalles, en el bosquecillo de Venus. La señora de La Motte ha arrastrado hasta allí a un Rohan fascinado y jadeante. Se acerca una mujer vestida de blanco, tiende una rosa al cardenal y le dice:

—Ya sabéis lo que significa esto.

Entonces aparece un hombre que interrumpe ese comienzo de conversación con un «¡Atención! Ya vienen hacia aquí la Señora y la señora condesa de Artois». La dama de blanco desaparece en el acto. El cardenal está convencido de haber visto a la reina. Sólo ha visto una imitación, una prostituta del Palais-Royal, una tal señorita D'Oliva reclutada por Juana para representar ese papel rápido a causa de cierto parecido con María Antonieta.

Esta entrevista furtiva con un cardenal frustrado, sólo es explicable por la mala

reputación con que los panfletarios han abrumado a la reina. ¿Acaso no corretea ella por los bosquecillos de Venus y otros, en busca de aventuras?

Y eso no es todo. Como la reina tiene deudas, cosa que no es un secreto para nadie, Juana pedirá prestado al cardenal, para saldar esas deudas, sesenta mil libras y luego otras cien mil. Como cree hacer un favor a María Antonieta, y muy contento de tener que hacerlo, Rohan accede, sin parpadear, a esas peticiones y entrega las sumas que se guardan el señor y la señora de La Motte, quienes comienzan a vivir en grande. El rumor de su crédito ante la reina se difunde, y llega hasta los joyeros, Böhmer y Bassenge, quienes en diciembre deciden mostrar el collar invendible a Juana, que podría tratar de doblegar a María Antonieta. Juana se da aires de importancia y reserva su respuesta.

El 21 de enero de 1785, Juana informa a Böhmer y Bassenger de que la reina acepta comprar el collar, por intermedio de un gran señor. El gran señor es, ya se ha adivinado, Rohan, quien firma el contrato con su propia mano. El collar será entregado el 1 de febrero por 1.600.000 libras pagaderas en dos años, por cuartas partes, cada seis meses. El primer pago está previsto para el 1 de agosto. El 1 de febrero de 1785 los joyeros entregan a Rohan el collar y reciben a cambio el contrato, cada uno de cuyos artículos ostenta la palabra «aprobado» y está firmado «María Antonieta de Francia». El collar pasa de manos de Rohan a las de Juana. La jugada está hecha. El señor y la señora de La Motte no tienen más que desmontar las piedras y venderlas.

El 2 de febrero, día de fiesta en Versalles, Rohan y Bassenger acechan a la reina, quien debe llevar el collar, María Antonieta aparece sin el collar, y es lógico... No dedica una sola mirada a Rohan ni a Bassenger. El cardenal tranquiliza al joyero: María Antonieta no habrá podido encontrar el momento oportuno para informar a su esposo de la compra.

El momento oportuno parece demorarse. Pasan las ocasiones de exhibir la fabulosa joya, que el señor de La Motte ha hecho seguir el camino de Inglaterra, donde es vendida en parte. Cuando el cardenal manifiesta alguna impaciencia, recibe siempre por mediación de la señora de La Motte, unas palabras tranquilizadoras de María Antonieta.

Cuando se acerca el primer vencimiento del 1 de agosto, la señora de La Motte hace saber a Rohan que la reina encuentra demasiado caro el collar, y pide una rebaja de 200.000 libras. Los joyeros, a quienes Rohan transmite el ofrecimiento, refunfuñan, y luego aceptan. El 12 de julio de 1785 escriben a la reina la esquela que se conoce: «Señora, nos sentimos en el colmo de la dicha al pensar que los últimos arreglos...» Al quemar la esquela, incomprensible para ella, María Antonieta pega fuego a la pólvora de un caso cuyas repercusiones y consecuencias no pueden imaginar.

Versalles, París, las provincias, Europa, están convencidas de que María Antonieta es la amante de Rohan y de la señora de La Motte —sólo se presta a los

ricos—, y que sin duda tiene su parte en ese pastel de diamantes. La reina de Francia es reducida al rango de una aventurera. Su esposo tiene que ser cómplice. Los panfletos, los libelos, se multiplican en forma casi abierta, como *El guardia de corps*, *El conde oriental*, *La última pieza del famoso collar*: En la primavera de 1786, en todos los rincones de París, los vendedores de periódicos vocean: «¡Novedades! ¡Las últimas noticias! ¡Lean las últimas noticias del caso del collar!» «Esta gran obra, que por su intriga mantiene a toda Europa atenta a su desenlace...», se lee en la *Gaceta de Leyde*. Las prensas de Holanda y de Inglaterra se desatan contra María Antonieta, quien ha apoyado a su hermano contra los holandeses y a los insurgentes norteamericanos contra los ingleses.

¿Cómo creer ahora que el rey, consagrado en Reims, y la reina son seres distintos? Son como cualquiera y hacen cualquier cosa. María Antonieta paga cara su mala reputación. La austeridad de una María Teresa, la mojigatería de una María Leszczyńska, vuelve impensables la posibilidad de una cita nocturna en un bosquecillo o de préstamos sucesivos para pagar deudas de juego o de atavío. Ah, cuánta razón tenía Vermond cuando ponía en guardia a su antigua discípula:

—Que la mala conducta de todo tipo, las malas costumbres, las reputaciones perdidas y manchadas, sean un título para ingresar en vuestra sociedad: eso os hace un daño infinito.

Eso era verdad, pero ya no lo es. En 1785 la reina ya no quiere recibir a las mujeres separadas de sus esposos. Demasiado tarde. La reina ha perdido su reputación. En 1818, en Santa Elena, Napoleón formulará acerca de esto un juicio claro y, se podría decir, definitivo:

—La reina era inocente, y para dar mayor publicidad a su inocencia, quiso que juzgara el Parlamento. El resultado fue que se creyó que la reina era culpable y ello arrojó descrédito sobre la corte.

Desde agosto de 1785 hasta mayo de 1786, María Antonieta aguardará, desesperada, a que su inocencia sea reconocida. Descubre su aislamiento. Sus señoras tías, sus cuñados, Provenza y Artois, no ocultan su desaprobación. Sus amigas Lamballe y Polignac tampoco ocultan que consideran a la señora de La Motte «la más conmovedora de las víctimas». Ya se ha visto, en su carta a Gustavo III, lo que pensaba Fersen al respecto. Sólo Luis Augusto se mantiene inquebrantable en la fe que tiene en María Antonieta. La prueba acerca a los dos esposos, y a tal punto que, a finales de 1785, María Antonieta está otra vez encinta. Cosa que no impide que su trigésimo aniversario, en noviembre, sea de los más melancólicos.

Entre agosto de 1785 y mayo de 1786, María Antonieta sigue con extrema atención la instrucción del proceso, sin dejar de intervenir cuando puede. No querría, por ejemplo, que se cite el episodio del bosquecillo de Venus. Se ha pretendido que la reina había sido cómplice de esa puesta en escena para ridiculizar al cardenal. Si lo hubiese sido, no habría podido desconocer a la señora de La Motte, con quien nunca se había encontrado. Si no quiere que figure este episodio, es porque resulta

humillante para una reina de Francia que se pueda creer que hace el papel de Venus, a medianoche, en un bosquecillo, con un cardenal. A pesar de las órdenes expresas de María Antonieta, el procurador general, Joly de Fleury, incluirá a Venus y su bosquecillo en sus conclusiones. En su mayoría, el Parlamento se ha dejado corromper por los Rohan.

Treinta de mayo de 1786. Cinco de la mañana. Los Rohan, los Soubise, los Marsan, los Brionne, de luto riguroso, esperan a los jueces, y con gran sentido del teatro ejecutan, cuando éstos aparecen, una reverencia impecable.

—Señores, ustedes nos van a juzgar a todos —lanza, a modo de advertencia, la condesa de Marsan.

Treinta y uno de mayo de 1786. A las nueve de la noche, después de dieciocho horas de deliberación, se pronuncia el dictamen. El cardenal es «relevado de todo tipo de acusación», o dicho de otro modo, absuelto. La señorita D'Oliva queda excluida de la causa. Se condena a destierro a Rétaux de Villette. Al señor de La Motte, quien ha huido, se lo condena a galeras por contumacia. La señora de La Motte es condenada al azote, a ser marcada en los hombros con la letra V reservada a los ladrones (voleurs) y a la detención perpetua en la Salpêtrière.

En cuanto se conoce la decisión del Parlamento, el entusiasmo se apodera de París. Rohan sale de la Bastilla en medio de los gritos de «¡Viva el cardenal!», se ilumina su mansión, recibe las felicitaciones de la plebe. Absolver a Rohan es condenar a María Antonieta, quien ese 31 de mayo por la noche no es otra cosa que «la Austríaca», una «manirrota», una «mujer alegre».

«La desesperación de la reina, cuando se conoció el resultado del proceso, pareció desproporcionada en relación con su causa», escribe Mercy en su informe a la corte de Viena.

¿Desproporcionada, la desesperación de María Antonieta? Es la desesperación de la inocencia burlada, la desesperación de la impotencia, es para llorar y retorcerse las manos. María Antonieta no se priva de hacerlo. Lejos de una corte ávida de semejante espectáculo, refugiada en lo más profundo de sus aposentos privados, la reina puede dar rienda suelta a su congoja ante una de las pocas personas que participan realmente de ella, la señora Campan, a quien le dice:

—Venid, venid a compadeceros de vuestra reina ofendida y víctima de confabulaciones y de la injusticia. Pero a mi vez, os compadeceré como francesa. Si no he encontrado jueces equitativos en un asunto que afectaba a mi nombre, ¿qué podríais esperar vos si tuvierais un proceso que atacara vuestra fortuna y vuestro honor?

En ese momento entra el rey, la señora Campan quiere retirarse y el rey la disuade, asegurándole que conoce la sinceridad de su apego.

—Encontráis a la reina muy afligida —dice—, tiene muchos motivos para estarlo, ¡pero qué se le va a hacer!, sólo han querido ver en este asunto al príncipe de la Iglesia y al príncipe de Rohan, cuando no es más que un necesitado de dinero.

El rey no puede concebir que un prelado, culpable de haber creído a la reina capaz de dar una cita secreta y de comprar un collar de 1.600.000 libras a espaldas de su esposo, no sea castigado como lo merece. Recuerda entonces que es monarca absoluto y ordena al cardenal «entregar su renuncia como capellán general», «salir de París en el plazo de tres días, ver sólo a su familia y sus consejeros, ir a su abadía de La Chaise-Dieu».

Este exilio que hiera a Roban era la decisión que se debía adoptar desde el principio del caso, que nunca habría debido ser confiado al Parlamento. Error irreparable. El «coro universal de odio» contra la reina se ha desencadenado hasta tal punto que el teniente general de policía se permite sugerir que «Su muy cristiana Majestad, la reina de Francia, haría bien, para evitar las situaciones desagradables que resultarían de manifestaciones públicas, si hubiese hecho el proyecto de mostrarse en la capital... haría bien, digo, en renunciar a ese proyecto por el momento».

No importa lo que piense Mercy, María Antonieta tiene motivos para estar desesperada, y más que desesperada, anonadada.

UN OTOÑO DEMASIADO PRECOZ

(JUNIO-DICIEMBRE DE 1786)

El 21 de junio de 1786, se ejecuta en París, en el patio del Palacio de Justicia, la sentencia pronunciada contra Juana de La Motte-Valois. Juana es azotada, marcada con un hierro al rojo, una primera vez en un hombro, y luego, «en ese momento todo el cuerpo tuvo una convulsión tal, que la letra V fue aplicada por segunda vez, no en el hombro, sino en el pecho». Entre dos convulsiones, Juana prorrumpe en invectivas contra María Antonieta:

—¡Es la reina quien debería estar aquí, en mi lugar!

Estas palabras, como la ejecución es pública, son escuchadas, difundidas, comentadas y a menudo aprobadas, lo cual aumenta la impopularidad de la reina. Impopularidad que muy pronto se extiende al Parlamento, como lo testimonia Hardy en su *Diario*:

«Apenas se puso en ejecución la sentencia pronunciada contra la señora de La Motte, cierto elemento del populacho, movido por su compasión hacia la víctima de una intriga de la corte, tomó la iniciativa de llevar ante la puerta del Parlamento la expresión de la censura provocada por la severidad de la condena. El sentimiento popular se elevó con fuerza contra nuestros señores del Parlamento, y contra la violencia ejercida sin razón valedera a una mujer débil e infortunada. Su veredicto ha llegado a ser soberanamente impopular».

«Una mujer débil e infortunada», perseguida por la reina y el Parlamento: así aparece ante una parte de sus contemporáneos Juana de La Motte-Valois, quien diez meses más tarde se evadirá de su prisión en circunstancias muy misteriosas y se reunirá con su esposo en Londres.

Ese mismo 21 de junio, por simple coincidencia, el rey viaja a Cherburgo:

«Este viaje, que había sido decidido en secreto, desagradó mucho a la reina, quien no había sido consultada y que tal vez quería que se lo postergase hasta después de su parto, [...]. Se opuso a esa decisión con todos los recursos de los cuales es capaz una mujer que quiere ser escuchada»^[74].

Si Luis Augusto no cedió al deseo de María Antonieta de acompañarlo durante su viaje a Normandía, fue porque la reina estaba en vísperas del parto y era más

razonable que permaneciera en Versalles. Además, el rey quiere dar el ejemplo en materia de economías. Se va con un pequeño séquito de apenas veinticinco personas, entre las cuales su primer escudero, su capitán de guardias y algunos oficiales.

En Cherburgo, en Caen, en Rouen, en Honfleur, Luis Augusto es aclamado como no ocurría desde hacía mucho tiempo. En el acto lo anuncia a María Antonieta:

«Espero que estéis contenta de mí, porque no creo haber levantado nunca la voz [...]. El amor de mi pueblo ha resonado hasta el fondo de mi corazón; considerad, pues, si no soy el rey más dichoso del mundo».

Espera que al leer estas líneas María Antonieta sea la reina más feliz del mundo y entienda que París no es Francia, y que si París se ilumina en honor de Rohan, Cherburgo, Caen, Honfleur se embanderan en honor de sus soberanos:

«El rey pareció al principio tan asombrado como conmovido por el entusiasmo del pueblo a su paso. Sin duda ignoraba que el francés penetra en el corazón de su amo para juzgarlo y que conoce los puntos de vista rectos y bienhechores de Luis XVI. En las provincias no se identifica la persona del monarca con el gobierno. “¿Por qué, dice Su Majestad durante el viaje, recibo aquí esos testimonios de amor a los cuales no estoy habituado?” [...] “Ya veo, continuó él, es preciso que me hayan forjado una muy mala reputación en Versalles”. Hacia el final del viaje, como el rey advierte menos fervor por parte del pueblo, dice: “Veo que voy acercándome a Versalles...”^[75].

El 29 de junio, Luis Augusto vuelve al redil y encuentra allí a su querida María Antonieta, quien el 9 de julio, a las seis de la tarde, siente los primeros dolores del parto y que, a las nueve, da a luz una niña bautizada Sofía Beatriz. El cuarto parto de María Antonieta transcurre sin los tumultos ni los alborotos que acompañaron a los tres anteriores. Uno se habitúa a todo, inclusive a los nacimientos reales. Tampoco hay regocijo Parisiense. Ni fuegos de alegría; apenas unas pocas fuentes de vino. La heroína del día no es la recién nacida, Sofía Beatriz, sino Juana de La Motte-Valois, quien en la Salpêtrière podría organizar recepciones si se autorizaran las visitas de todas las nobles damas deseosas de ayudarla, de suavizar su suerte por medio de colectas a su favor, como la organizada por la duquesa de Orléans. La princesa de Lamballe se esforzará en vano. No se le permite ver a la prisionera, se indigna, exige explicaciones que recibe en forma de bofetada verbal:

—La señora de La Motte sufre su castigo, es verdad, pero no está condenada a tener visitas «ni siquiera a una princesa de la sangre» que no se sienta dispuesta a recibir —responde la superiora de la Salpêtrière.

Para la superiora, como para Hardy, y como para la mayoría del público, Juana es una víctima de la reina.

Para olvidar estas injusticias, estas traiciones, estos venenos, María Antonieta se refugia más que nunca en el Trianon, y allí se dedica a sus hijos. Vela a la cabecera de Sofía Beatriz. Vigila la educación de Muselina, a quien enseña trabajos de aguja y que con el abad de Avaux, quien será su Vermond, aprende gramática e historia.

Menos rebelde para el estudio que su madre, Muselina no necesita de la ayuda de nadie para trazar sus letras.

María Antonieta elige al preceptor del delfín. No quiere oír hablar del señor de Vaudreuil, el título de amante de la señora de Polignac no basta para hacerlo idóneo en ese trabajo, y con este detalle se medirá que el favor de la duquesa Julio ya no es el de antes... María Antonieta prefiere al duque de Harcourt, «cuya reputación de honestidad se encuentra establecida en grado sumo». En tanto que la salud del delfín, Luis José, deja que desear, la de su hermano, Luis Carlos, es magnífica, «un verdadero hijo de campesino» dice María Antonieta, alegre, desbordada. La calumnia se encuentra presta para tomar esa afirmación al pie de la letra. La calumnia no suelta su presa. El 13 de setiembre, la señora Campan sorprende a la reina bañada en llanto, en su alcoba, y estrujando cartas anónimas que acaba de recibir.

—¡Ah, malvados, monstruos! —solloza María Antonieta, quien pregunta una vez más—: «¿Qué les he hecho?»

No se sabe qué abominaciones contenían esas cartas, que llevan a la reina a decir «querría morir». La señora Campan se alarma, propone agua de azahar, calmantes. Remedios que María Antonieta rechaza:

—No, si me queréis, dejadme, más me valdría darme muerte.

La reina no morirá ese 13 de setiembre. Sobrevivirá a esos horrores anónimos y se dejará seducir por las bellezas del otoño en Fontainebleau, y por sus placeres:

«Había tal multitud en Fontainebleau que sólo se podía hablar con dos o tres personas que jugaban con una, y no se encontraba placer por estar entre la gente, como no fuese la satisfacción de ser asfixiada; pero las oleadas de la multitud se precipitaban sobre todo entorno de la reina», escribe la señora de Staël a Gustavo III. Señala asimismo el «respeto sin temor y el entusiasmo sin avidez» que produce el paso de María Antonieta, quien de esa manera puede hacerse la ilusión de que los horrores del asunto del Collar han quedado olvidados y que la señora de La Motte no es la única que atrae multitudes...

Ahí está, pues, en la corte, Germana Necker, quien ha desposado al embajador de Suecia en París, el barón de Staël. Durante su presentación ante los soberanos ha recibido la acogida más halagüeña:

«El éxito de la señora de Staël ha inquietado mucho a ciertas personas. He aquí algunos detalles poco conocidos sobre su recepción. Al entrar en la alcoba de la reina, pareció un tanto turbada, y su molestia aumentó a la llegada del rey. La reina, tratando, sin duda, de disculpar el aspecto incómodo de sus reverencias, dijo que tenía miedo. “Si tenéis miedo aquí —respondió con cortesía el monarca a la embajadora—, sin duda lo tendréis en todas partes”. Esta frase, tan delicada como ingeniosa, tranquilizó a la señora baronesa, a quien Sus Majestades ofrecieron mil testimonios de interés y de bondad. Como un volante de su falda se había soltado en el momento de la presentación, la reina hizo llamar a la señorita Bertin, su vendedora de modas, para reparar ese accidente»^[76].

Siempre está ahí la indispensable Rosa Bertin, quien distrae a María Antonieta con los últimos rumores de París. Sí, sí, se sigue hablando de la condesa de La Motte.

Pero que la reina se tranquilice, porque se hablará más de los cambios de la moda:

—Ahora las mujeres de treinta años se ven obligadas a abdicar de las plumas, las flores y el color rosa.

La eliminación de las plumas, las flores y el color rosa, deseada por la reina, dejará su marca en 1786, según Rosa Bertin, ¡en mayor medida que el exilio del cardenal de Rohan! El de 1786 también debe quedar como un año memorable, ya que María Antonieta adopta como peinado habitual los puges de terciopelo, creados por Bertin, tales como se los puede ver en los retratos de la reina que en esa época pinta la señora Vigée-Lebrun. Esta última precisa en sus *Memorias*:

«Esto me recuerda que en 1786, al pintar a la reina, le supliqué que no se pusiera polvos y que separase sus cabellos sobre su frente. “Yo sería la última en seguir esa moda —dijo la reina, riendo—; no quiero que me diga que la he imaginado para ocultar mi frente grande”».

La «frente grande» —¿será por efecto del asunto del Collar?— se vuelve cada día más grave, y aun severa. ¿Ha llegado el «tiempo de reflexión» anhelado con tanto ardor por María Teresa, por Mercy y por Vermond?

En la *Correspondencia secreta*, en la fecha correspondiente al 5 de diciembre de 1786, se lee:

«La reina aleja de sí a todos los jóvenes que habían adquirido un tono indecente de familiaridad, que parecía autorizado por la destrucción de toda etiqueta. Ya sólo quiere admitir en su sociedad a hombres razonables y decentes, si existen. [...] Se cree percibir en la reina cierta inclinación a la devoción: muy pronto seguiría el ejemplo de su madre».

Alejamiento de jóvenes demasiado familiares, frecuentación de «hombres razonables y decentes, si existen» —admírese, de paso, la irónica reserva contenida en ese «si existen»—, regreso a las devociones de su adolescencia cuando hacía retiro durante tres días; por medio de todos estos signos, María Antonieta manifiesta que siente, a los treinta y un años, la proximidad de un otoño demasiado precoz...

A lo que cree ser la pérdida de la juventud, y que no es otra cosa que la pérdida de la primera juventud, María Antonieta opone una frente grave y un corazón que quiere ser sereno. Gravedad y serenidad: tales son las nuevas joyas de la reina.

CUANDO MARÍA ANTONIETA CREE SER MARÍA TERESA

(1787)

En la noche del 29 al 30 de diciembre de 1786, Luis Augusto no duerme. «No he dormido esta noche, pero fue por placer», escribe a Calonne. Porque no es María Antonieta la responsable de ese feliz insomnio, sino Calonne. Ante el estado desesperante de las finanzas, Calonne ha propuesto al rey realizar una asamblea de notables. Es un preanuncio de los Estados generales. Entusiasmado ante la idea de recibir a los más dignos representantes de su buen pueblo, el rey ha perdido el sueño.

El desorden financiero heredado de Luis XV ha llegado ahora a picos o abismos que dan vértigo. Calonne creía remediarlo por medio de empréstitos. En diciembre de 1783, pidió prestados cien millones. En diciembre de 1784, ciento veinticinco. En diciembre de 1785, ochenta. En setiembre de 1786, treinta. Después de lo cual el rey declara con sequedad que no quiere más «impuestos ni empréstitos». Tiene conciencia de que los impuestos excesivos arruinan a sus súbditos y de que los empréstitos frecuentes destruyen el crédito. Y sin embargo, es preciso encontrar algún remedio para los cien millones de déficit anual. ¡Con esta cifra puede medirse la injusticia del apodo que se endilga a María Antonieta: «Doña Déficit»! ¡Si bien tiene su participación en ello, y una participación mucho menos importante de lo que se ha hecho creer, la responsabilidad no es toda de ella!

«Tres de enero de 1787. La gran noticia del día es la convocatoria de una asamblea nacional, que produce en la gente la más viva sensación»^[77].

María Antonieta no ha sido informada de ese proyecto, y se entera de él al mismo tiempo que el pueblo. Se siente un tanto ofendida por esa falta de confianza, o de deferencia, de Luis Augusto. No se inquieta demasiado. Sabe que su esposo es poco comunicativo. Y sabe, sobre todo, que su poder sobre Luis Augusto se encuentra intacto. ¿Para qué sirve eso? Para poca cosa, se queja Mercy, quien escribe a José II: «Es permanente que los sentimientos de la reina subyuguen y guíen los de su augusto esposo; pero también es permanente que esa virtud influya muy poco en el espíritu de las cosas». En 1787, tal como en 1777, Mercy deplora el escaso interés que María

Antonieta demuestra para los asuntos políticos: «No conoce el valor de las consecuencias de éstos, y los mira con fastidio».

¡El miedo al aburrimiento hará cometer muchos errores a María Antonieta! Su tan encantadora vivacidad, que tanto seduce a Luis Augusto —es el movimiento, que fascina a la inmovilidad—, constituye un serio obstáculo para ocuparse con eficacia de los negocios del gobierno. Mercy-Mentor se muestra desolado por ello, y habla a José II en el mismo lenguaje en que hablaba a María Teresa: «Siempre trato de lograr que Ella ponga un poco menos de vivacidad en las palabras, y un poco más de razonamiento en el fondo de las cosas». Como María Teresa, José II suplica a María Antonieta: «Por favor, no hagáis nada sin conocimiento y aprobación del conde de Mercy, para no arruinarlo con un apresuramiento exagerado». Familia devastadora y maléfica, ¿nunca dejarán en paz a María Antonieta?

Febrero de 1787. La reina es abucheada en la Ópera y parece «sumamente afectada» por ello. A esa manifestación de impopularidad se agrega otro motivo de preocupación. La señora de Polignac siente que han cambiado los vientos y, como quiere impedir su caída en desgracia, ofrece su renuncia, que es rechazada. Gracias a la indolencia de la institutriz de los Hijos de Francia, María Antonieta puede ocuparse de sus dos hijos y sus dos hijas cuanto lo desee. ¿Para qué serviría esa renuncia? De todos modos, María Antonieta y la señora de Polignac se ven cada vez menos. La duquesa Julio continúa apoyando a Calonne, quien combate a la reina. Es la lucha entre la dama de corazones y la dama de pique. María Antonieta tiene corazón. La duquesa no. Es posible que toda la explicación de la amistad de ambas se encuentre en esa diferencia...

La Asamblea de notables termina en un fracaso. Nada se resuelve. El rey pide su renuncia a Calonne. El 8 de abril de 1787, la caída del inspector general de Finanzas llena de alegría a París. Se quema su efigie en las plazas. Asustado, Calonne huye a Inglaterra, donde encuentra a la señora de La Motte-Valois, a quien ayudará, según la señora Campan, a redactar sus Memorias contra María Antonieta. El dúo Calonne-La Motte sólo podía producir ese concierto de calumnias que son estas Memorias contadas en primera persona del singular, cosa que les ha dado tanta fuerza de persuasión socarrona.

Después de la caída de Calonne, el rey declaró que no quería «neckeralla ni clerigalla». Desconfiaba de Necker, y tampoco quería que un prelado se mezclara en los asuntos del Estado. Pobre Luis Augusto: tendrá lo que no quería. Primero el prelado, después Necker. ¡Y qué prelado! Loménie de Brienne, que es arzobispo de

Toulouse, lleva una vida tan disipada como la de Luis de Rohan. Pero tiene en su juego un triunfo importante; él es quien, hace ya diecisiete años, participó en el origen de la fortuna del abad de Vermond, ante una archiduquesa vienesa a quien entonces se llamaba Doña Antonia. Vermond no es un ingrato. Desde hace tiempo, Mercy elogia a ese Loménie, a quien José II considera «uno de sus súbditos más capaces en el ministerio». Deseosa de agradecer a la vez a Vermond, Mercy y José II, María Antonieta logra imponer a Loménie de Brienne ante Luis Augusto, quien no lo quería. Para el rey tan católico, el arzobispo de Toulouse presenta un defecto importante: no cree en Dios. Creía de más buena gana en el poder de María Antonieta, que no era tan limitado como decía Mercy...

El 1 de mayo de 1787, Loménie de Brienne recibe el título de ministro principal. «No os engañéis, es un primer ministro», se vanagloria la reina. Palabras imprudentes. Ya no se ignora que María Antonieta ha contribuido a la caída de Calonne y la elevación de Loménie. Es su ministro. Estará a su disposición. «El poderío de la reina se verá aumentado en considerable medida por esa elección — escribe el barón de Staël a Gustavo III, el 6 de mayo—. Los asuntos de Estado se tratan ahora en comisiones particulares, a las cuales asiste la reina».

Gracias a Loménie de Brienne, María Antonieta tiene la ilusión de ser una nueva María Teresa. Por desgracia, no posee el genio político de su madre. Todos los errores de Loménie serán atribuidos maquinalmente a María Antonieta.

Lo mismo que María Teresa, María Antonieta conoce el dolor de perder un hijo de corta edad. Sofía Beatriz muere el 15 de junio, a los quince meses de edad. La autopsia revela un «mal estado» del «órgano pulmonar».

Profundamente afligida, María Antonieta se encierra en el Trianon con Luis Augusto. Luego manda a buscar a su cuñada Isabel, y no a la señora de Polignac:

—Venid, lloraremos por la muerte de nuestro pobre y pequeño ángel (sic)... Tengo necesidad de todo vuestro corazón para consolar el mío.

«Venid». En la desdicha, la reina está sola y debe pedir ayuda. Nadie va a socorrerla de manera espontánea. Así como en el siglo siguiente Isabel de Austria, «Sissi», será la «emperatriz de las soledades», ¿no sería María Antonieta la reina de las solitarias?

Para María Teresa, la política lo era todo. Para María Antonieta, no es otra cosa que un accidente, un remedio para sus aflicciones, una distracción para sus penas... Cuando por fin se da cuenta, en esa primavera de 1786, del descalabro de las finanzas del Estado, María Antonieta decide poner orden en sus propias finanzas. Dará el ejemplo en materia de economías. Resuelve suspender los trabajos del castillo de Saint-Cloud, acepta la supresión de 173 empleos en su casa y niega a la señorita Bertin un «sombrero de nuevo gusto»... ¡porque es demasiado caro! ¡Rosa Bertin no

puede creer lo que escucha! Esta negativa provoca tal conmoción en la corte y la ciudad que se habla de quiebra de la vendedora de modas, quien sin embargo continuará proveyendo a la reina.

Ello no obstante, Rosa Bertin ha entendido que no puede ir demasiado lejos y que han terminado los tiempos de los plumajes y los ramajes. Además, deberá compartir su reino con la señora Eloff, costurera, cuyas tarifas son claramente menos elevadas y que proporcionará las telas, las lencerías, las cintas, y se dedicará de buena gana a una actividad a la cual era impensable que se sometiera la vanidosa Bertin: remendar. Remienda las camisas, las blusas, las capas de la reina, e inclusive repara su calzado. En ese reino del derroche, nunca se había pensado en remendar y reparar; gracioso, ¿no? ¿Y si se lanzara la moda de la economía? Todo es moda para María Antonieta.

Ante esa moda y esas medidas de economía, grandes señoras y grandes damas ponen cara agria. El señor de Polignac, quien pierde la dirección general de las postas de caballos, protesta con aspereza. Vaudreuil está furioso por tener que renunciar a su título de Gran Halconero. En cuanto a Besenval, no oculta a la reina lo que piensa de tales restricciones, o de tales despojos:

—Señora, es espantoso vivir en un país donde no se tiene la certeza de poseer al día siguiente lo que se poseía el día anterior. Eso sólo se veía en Turquía.

La dulzura de vivir está a punto de agriarse. También la opinión pública, que ha visto en el envío de los notables a provincias un abuso del poder del rey. Cosa que inspiró la siguiente cuarteta, pegada en una pared:

*Mientras era imbécil
Se le podía perdonar,
Pero ahora que quiere ser déspota
Se hará necesario matarlo.*

Ya se habla de «matar al rey» en ese verano de 1787. En cuanto a la reina, ya no se la compara con las gracias y las diosas del Olimpo, sino con Jezabel, la madre de Atalía. En el Teatro Francés, la tirada de Joad

*Confunde en sus consejos a esta reina cruel;
Dígnate, mi Dios, sobre Natán y sobre ella
Difundir ese espíritu de descaró y error,
De la caída de los funestos precursor*

es aplaudida con tanto frenesí que la reina, que asiste a la representación, debe abandonar su palco. ¡Para confundir con una «reina cruel» a María Antonieta, que no haría daño a una mosca, es preciso que la calumnia sea todopoderosa!

Antonieta-Jezabel y Loménie-Natán se enteran, a su propia costa, de que no basta con presentarse para complacer y de que el pueblo espera otra cosa que sonrisas y discursos. El pueblo quiere actos, economías, y economías de verdad, no de cabos de vela o de encajes. En lugar de ello, Loménie de Brienne presenta dos proyectos de nuevos impuestos en el Parlamento: el de los sellos y el de la subvención territorial.

El Parlamento refunfuña. En el acto es exiliado a Troyes. París se amotina. Se queman en efígie los maniqués del arzobispo-ministro y de la duquesa Julio. El maniquí que representa a la reina sólo escapa al fuego por la intervención de la policía. Ante tal desencadenamiento, María Antonieta se pregunta si ha hecho una buena elección al imponer a Loménie de Brienne.

—Soy muy desdichada. Temo que el obispo se vea obligado a partir... y entonces... ¿a quién poner al frente de todo? —declara a Mercy.

Se piensa en el regreso de Necker. El rey no lo quiere, por el momento. Lo tendrá al año siguiente. Decididamente, los comienzos de María Antonieta en política han fracasado. No puede ser de otro modo. No se improvisa una María Teresa de un día para el otro. María Antonieta tiene tanto que descubrir en ese dominio; inclusive debe revisar su lenguaje. En su vocabulario aparecen palabras nuevas, como «asiento de justicia». Para la reina, un asiento es la encantadora obra de un ebanista. Y he ahí que en 1787, el 6 de agosto y después el 12 de noviembre, Luis Augusto establece un «asiento de justicia», es decir, que hace registrar unos edictos por el Parlamento y los acompaña con la fórmula «por mi expreso mandato». Es la voluntad absoluta de un monarca por derecho divino.

El rey que no quería impuestos ni empréstitos debe resignarse a ellos. El 6 de agosto, el edicto sobre el impuesto de los sellos y el otro sobre la subvención territorial son mal recibidos. El Parlamento lleva la insolencia hasta el colmo de decretar que «en el futuro el rey no podrá obtener impuesto alguno sin haber convocado y escuchado previamente a los Estados generales». Un abate, el abad Sabathier, es el primero que ha hablado de esos «estados generales»:

—Ustedes piden estados particulares de las finanzas, y lo que hay que pedir son los estados generales.

El 19 de noviembre se propone un edicto sobre empréstitos progresivos que se elevan a cuatrocientos veinte millones, distribuidos de 1788 a 1792. Es tan combatido como los edictos sobre los sellos y la subvención. Al exigir su registro, el rey ha olvidado pronunciar voluntaria o involuntariamente, la fórmula mágica, «por mi expreso mandato». Entonces el duque de Chartres, quien a la muerte de su padre, en 1785, se ha convertido en duque de Orléans, se pone de pie y declara que ese registro es ilegal.

—Es legal porque yo lo quiero —replica Luis Augusto a su primo-enemigo.

Estos edictos impopulares son atribuidos a la «nefasta influencia» de la «reina cruel». Se sabe que es así, se dice así, se grita, se escribe. A los panfletos se agregan caricaturas que muestran al rey y a la reina a punto de atiborrarse cuando el pueblo muere de hambre.

El 27 de diciembre de 1787, Fersen resume de la siguiente manera la situación a Gustavo III: «La reina es detestada bastante en general, se le atribuye todo el mal que se hace y no se le agradece ningún bien».

Fersen está ahí. No por mucho tiempo, tal vez, ya que Suecia se prepara para

declarar la guerra a Rusia, y en ese caso Fersen deberá regresar a su país natal. ¿Qué importan esos rumores de guerra? Axel está ahí. Ha asistido a la Asamblea de notables y se ha regocijado con el espectáculo. Axel de Fersen está ahí, entre dos viajes, entre dos misiones, entre dos o tres amantes. Se sabe que se pasea con la reina. Se puede esperar que la presencia del sueco haga olvidar a la Austríaca su fracaso en lo referente a ser una María Teresa, la María Teresa de un Loménie de Brienne, cuyos días de poder están contados.

«MI DESTINO ES PRODUCIR DESDICHA»

(1788)

«Nueve de enero de 1788

»Los asuntos del interior del reino están más embrollados que nunca. [...] La reina ha hecho sus devociones con gran pompa en estas últimas fiestas. Ha dado a su mayordomo la orden de servir sólo comida de vigilia en los días de abstinencia prescritos por la Iglesia, agregando que si hasta ahora se había mantenido alejada de esa regla, ahora no quería volver a violar su observancia»^[78].

Desilusionada de la política, desengañada de los Polignac, de Loménie de Brienne, María Antonieta recurre a la devoción. Aprende en ella el perdón de las ofensas. Se niega a devolver al rey un memorial que contiene «imputaciones atroces» contra el cardenal de Rohan. Tiene tanto más mérito al practicar ese perdón cuanto que las *Memorias*, las innobles *Memorias* de la señora de La Motte, impresas en Londres, comienzan a circular por París. Según Pedro de Nolhac, los «panfletos de la señora de La Motte hicieron aceptar de manera definitiva la leyenda de los vicios de la reina». Su sabor cloacal encanta a los aficionados, embelesados de enterarse de que la descendiente de los Habsburgo prodiga «por todas partes besos de fuego» y «caricias nada equivocadas» a la descendiente de los Valois... En 1788, nadie piensa en poner en duda la realidad, la veracidad de estos abrazos entre dos personas que nunca se han encontrado.

«Quince de febrero de 1788. La salud del delfín sigue vacilante. Si se recupera, quedará raquítico»^[79].

Después de haber perdido a Sofía Beatriz, ¿María Antonieta perderá también a Luis José? En el siglo XVIII, la mortalidad infantil no perdona a las chozas ni a los palacios. María Antonieta lo sabe y se inquieta. Confiesa a su hermano, José II:

«Mi hijo mayor me preocupa mucho. Si bien siempre ha sido débil y delicado, no esperaba la crisis por la cual pasa. Su cintura se ha alterado, con una cadera más alta que la otra, y la espalda, cuyas vértebras se encuentran un tanto desplazadas y salientes. Desde hace un tiempo tiene fiebre todos los días, está muy delgado y debilitado».

Aunque ha entendido que no será otra María Teresa, María Antonieta se toma, sin embargo, un desquite sobre su madre. Ella, María Antonieta, es una madre ejemplar, que vela todos los días junto a sus hijos, cosa que no había sido María Teresa, para quien los asuntos del Estado estaban antes que los de la familia. ¿Qué importan los continuos reproches de Mercy, quien encuentra que la reina de Francia se ocupa demasiado de sus dos hijos y de su hija? María Antonieta tiene la sensación de que jamás se ocupará lo suficiente. Instala a Luis José en Meudon, cuyos aires habían sido saludables para Luis Augusto, «muy débil y enfermizo durante su infancia». Lo que fue bueno para el padre lo será para el hijo, a quien su madre viste de «pequeño marino», traje blanco y cinturón azul. Blanco y azul, los colores preferidos de María Antonieta, quien abandona las pañoletas en favor de las gasas muy claras, «que dejan ver un pecho que todavía pasa por ser el más bello de la corte». La coquetería, en la reina, nunca perderá sus derechos.

Ante todo es mujer, y una de las más «mujeres» que haya pisado latierra... No confunde devoción con mortificación. En esa primavera de 1788 sufre suficientes mortificaciones. A las preocupaciones por la salud de su hijo mayor se agregan las inquietudes causadas por la efervescencia que reina en París tanto como en Francia, y que se traduce en un recrudecimiento de libelos que son pegados, con audacia, en las paredes del castillo de Versalles, como:

*Luis XVI boicoteado, Antonieta en el convento,
D'Artois en San Lázaro y Provenza regente.*

¡Qué programa! En otro tiempo, la reina habría sonreído. Sonríe cada vez menos. El encarecimiento del pan provoca pequeños motines, que estallan de manera espontánea, un poco por todas partes, y que es preciso reprimir, cosa que María Antonieta deplora: «Resulta triste llegar a medidas de rigor cuyo crecimiento no se puede calcular de antemano», escribe ella a José II, el 24 de abril de 1788.

El 8 de agosto de 1788, Loménie de Brienne anuncia la reunión de los Estados generales para el 1 de mayo de 1789. Pero Loménie no tiene dinero para llegar hasta eso. El 16 suspende los pagos del Estado por seis semanas. Es la bancarrota, el enloquecimiento y, en algunas provincias, el levantamiento. Es preciso expulsar a Loménie y resignarse a llamar de nuevo a Necker. María Antonieta se encarga del despido del uno y el regreso del otro.

—Tiemblo, perdonadme esta debilidad, de que sea yo quien lo hace volver. Mi destino es traer desdicha, y si las maquinaciones infernales lo hacen fallar de nuevo, o lo llevan a hacer retroceder la autoridad del rey, me detestarán aún más —se queja María Antonieta a Mercy, el 25 de agosto de 1788.

El despido de Loménie de Brienne es recibido con excesos de odio: se quema su

efigie en la plaza de Grève y la plaza Dauphine. El regreso de Necker es recibido con exceso de alegría.

«Seis de setiembre de 1788. [...] Es la reina quien presentó al señor Necker ante el rey, después de su nombramiento. Puso en ello todas sus gracias de siempre, mientras decía a su augusto esposo: “Señor, éste es vuestro mejor amigo”»^[80].

Las relaciones entre María Antonieta y Necker, cuando éste era un ministro que se excedía en preconizar economías, habían sido bastante tormentosas. Ahora parecen estar bien definidas. Cada uno hace cortesías al otro, «corrientes» o no. La reina, quien no ha perdido la mala costumbre de distribuir favores innmerecidos, pide a Necker que tome a uno de sus protegidos en la Inspección general. Necker esquiva la solicitud: necesita un hombre más capaz de lo que lo es el protegido de la reina. María Antonieta insiste:

—¿Entonces me lo negáis?

—¡Ah, señora, no es ese el nombre que Su Majestad debe dar a mis observaciones!

—Es negármelo, pero no por ello dejo de estimaros.

Por consejo de Necker, María Antonieta piensa inclusive en desembarazarse del castillo de Saint-Cloud, objeto de tantos resentimientos populares, y revendérselo al duque de Orléans, a quien se lo había comprado. El duque pagaría las 300.000 libras por las reparaciones que se habían hecho en él. El proyecto no prosperará. Los parisienses seguirán yendo a Saint-Cloud para «ver las aguas y a la Austríaca».

Dos de noviembre de 1788. María Antonieta tiene treinta y tres años. Para su cumpleaños, se conforma con una buena noticia: la salud de Luis José va mejor. Ha recobrado un poco de apetito y confiesa a su madre una clara preferencia por esas patatas cuyo cultivo ha difundido Parmentier en Francia.

—Prefiero ese alimento a cualquier otro, porque lo he cultivado yo mismo —dice el delfín, quien, como su padre, gusta de dedicarse, cuando se lo permite su salud, a trabajos manuales.

Luis José agrega, haciendo proyectos para el futuro:

—El verano próximo, si me siento mejor, quiero sembrar trigo, cuidarlo y hacerlo moler.

Para su trigésimo tercer aniversario, María Antonieta recibe como regalo un poco de esperanza. ¿Y si se había engañado, si no producía desdichas?

LA MUERTE DE UN HIJO

(4 DE JUNIO DE 1789)

En París, el 10 de diciembre de 1788, Fersen escribe a su padre: «La fermentación de los espíritus es general [...], en este momento es una moda, y ya sabéis, como lo sé yo, cuánto dominio tiene ésta». Es probable que Fersen haya hablado a María Antonieta de esa «fermentación de los espíritus» y de esa moda que no han inspirado ni la reina, ni la señorita Bertin, ni el peinador Leonardo. Imposible escapar a ella. La excitación crece de día en día.

«Dos de enero de 1789 [...] Los espíritus se exageran todos los días, la opinión agranda sin cesar los males reales, y el empecinamiento de los distintos partidos se vuelve cada vez más inquietante»^[81].

El calor de las discusiones hace olvidar por un instante el frío intenso del invierno y las privaciones que provoca, «una miseria espantosa en el pueblo; pero sus rigores resultan disminuidos por la cantidad de actos de beneficencia». María Antonieta se distingue en particular por sus caridades. Ello no disminuye en nada su impopularidad. Es el monstruo que es preciso abatir, aquella por quien llegan el escándalo, el déficit y la ruina. Nada más debe ser ya para provecho de ella, y menos aún su generosa intervención en la duplicación del tercer estado. Cuando se decidió la convocatoria de los Estados Generales, el clero, la nobleza y el tercer estado debían estar representados en ellos por panes iguales. El tercero fue duplicado. A Necker se le atribuyeron todos los méritos de esta medida popular, a la cual el rey, y sobre todo la reina, habían contribuido en gran parte, tanto por espíritu de justicia como por desconfianza hacia los dos primeros órdenes. El tercero manifiesta a María Antonieta su ingratitud en la forma más estrepitosa posible:

«Los diputados del tercero llegaban a Versalles con las mayores prevenciones contra la corte. [...] Creían que el rey se permitía los placeres de la mesa hasta el colmo de los excesos más vergonzosos; estaban convencidos de que la reina vaciaba los tesoros del Estado para satisfacer el lujo más irrazonable; casi todos querían visitar el pequeño Trianon. La extrema sencillez de esta casa de recreo no respondía a las ideas que se habían formado, y algunos insistieron para que se les hiciese ver hasta los cuartos más pequeños, diciendo que se les ocultaban habitaciones ricamente amuebladas. Por último indicaron una que, según ellos, debía estar adornada de diamantes por

todas partes, con columnas torneadas y mezclas de zafiros y rubíes. La reina no podía entender esas locas ideas...»^[82]

Los diputados del tercero están convencidos de que esa «pícara de Antonieta» les oculta las salas más hermosas, las más lujosas, aquellas en las cuales se entrega a los peores desenfrenos con los Polignac, los Rohan y los demás. Tal es el poder de la calumnia. La Aldea, con sus ovejas, sus gallinas, sus palomas, les parece a los diputados una mentira, una ilusión. La realidad está en otra parte, en esos cuartos tapizados de diamantes, que se esconde a su curiosidad de honestos ciudadanos. María Antonieta sonríe ante estas prevenciones. Sonríe, sin poder alguno sobre esos diputados del tercero, cargados de prejuicios. Y para esos señores vestidos de negro representará María Antonieta su papel de reina, se adornará, resplandecerá para la procesión solemne que el 4 de mayo precede a la inauguración de los Estados Generales en Versalles.

A las diez de la mañana, Luis Augusto y María Antonieta, seguidos por la familia real, salen del castillo, rumbo a la iglesia de Notre-Dame, donde los esperan los representantes de la nobleza, del clero y del tercer estado. El Santísimo Sacramento, portado por el arzobispo de París, está protegido por un dosel cuyos cordones llevan el conde de Provenza (el futuro Luis XVIII), el conde de Artois (el futuro Carlos X), el duque de Angulema (Luis XIX durante tres minutos, en 1830), el duque de Chartres (futuro Luis Felipe). Cuatro futuros reyes para un rey presente, Luis XVI, de casaca de oro, y una reina, María Antonieta, de vestido de oro y plata. Pero el rey del día es el duque de Orléans: se cree «pueblo», lo declara en voz alta, y no hace falta más para que el populacho lo idolatre. De su Palais-Royal, en París, parten, como se sabe, los panfletos más feroces contra la reina, y por su instigación estalla, durante la procesión del 14 de mayo, un incidente:

«[...] Al ver pasar a la reina, mujeres del pueblo gritaron: “¡Viva el duque de Orléans!”, con acentos tan facciosos ue se sintió a unto de desvanecerse. La sostuvieron y quienes la rodeaban temieron, por un momento, que fuese necesario detener la marcha de la procesión. La reina se repuso y experimentó una viva pena por no haber podido evitar los efectos de ese acceso»^[83].

Al día siguiente, 5 de mayo, solemne apertura de los Estados Generales en la sala de los Pequeños Placeres, que ya había servido para la Asamblea de los notables. El duque de Orléans es tan aplaudido como el día anterior. Debe soportar el momento de escuchar los mismos aplausos, que saludan la llegada de su primo Luis Augusto. Luego se regocija ante el perfecto silencio con que se recibe a María Antonieta. «Ni una voz se eleva a favor de ella», informa el gobernador Morris.

La reina está «vestida maravillosamente, con un solo hilo de diamantes y la hermosa pluma de garza real, el vestido violeta y las faldas blancas con bordado de plata». Camina tanto más erguida cuanto que quiere evitar todo desfallecimiento y, como la víspera, todo efecto de un acceso.

Previsor, y más galante de lo que se dice por lo general, el rey, antes de comenzar su discurso, invita a la reina a sentarse. Hermosa señal de amor, la que da a Luis Augusto ante esa asamblea que siente hostil a su bienamada María Antonieta. La reina se niega y acompaña su negativa con una de esas reverencias cuyo secreto posee y de las cuales sus contemporáneos han conservado un recuerdo deslumbrante. Escuchará de pie, como el resto de la Asamblea, el discurso del rey. Se atribuye su aspecto de tristeza al incidente de la víspera, ese «¡Viva el duque de Orléans!». María Antonieta no está triste, sino desesperada; Sólo su sentido de la compostura le impide mostrar aún más su desesperación, que es inmensa: su hijo mayor, el delfín, Luis José, está muriendo en Meudon. Se encuentra en el último grado del raquitismo y el debilitamiento. Ya no es más que aliento, espíritu, ternura:

«Todo lo que dice ese pobre pequeño es increíble; desgarrar el corazón de la reina, es de una ternura extrema para con ella. El otro día le suplicó que cenase en su habitación. Ay, ella tragó más lágrimas que pan»^[84].

Esa primavera de 1789 no es para María Antonieta la de la convocatoria de los Estados Generales, sino la de la interminable agonía de su hijo a quien adora y que el 22 de octubre debe festejar su octavo cumpleaños, si Dios así lo quiere... Se esfuerza por estar lo más a menudo posible junto a su cabecera para conjurar a esa muerte que siente merodear. Se vuelve supersticiosa y extrae siniestros presagios de cuatro velas que se apagan en forma sucesiva.

El delfín se extingue en la noche del 3 al 4 de junio, hacia la una de la mañana.

«La reina se hallaba en Meudon en el momento en que el Señor delfín entró en agonía. Se mantenía al pie de su lecho, hundida en el dolor y derramando lágrimas»^[85].

María Antonieta está abrumada por la pena, postrada. Luis Augusto no lo está menos, pero dos días después de la muerte de su hijo mayor *debe* recibir a los representantes del tercer estado que quieren dirigirle «una petición sobre la situación». Luis Augusto pregunta:

—¿Es que no hay padres en la asamblea del tercero?

Visiblemente, no los hay. El desfile *debe* continuar. Luis Augusto y María Antonieta deben participar en él. Nada se perdona a los poderosos de este mundo, y menos aún la debilidad de mostrar congoja por la muerte de un hijo. ¡Y además, el delfín ha muerto, viva el delfín!

«El duque de Normandía tomó el nombre de delfín de Francia y fue saludado, el 7, con ese título. Ofrece grandes esperanzas. Es un niño bellissimo»^[86].

Y en este niño bellísimo, a quien ella apodó Cariñito, María Antonieta encuentra su consuelo. Ahora siente la vanidad de todas las cosas, y ya no quiere ser otra cosa que la madre de un Cariñito y una Muselina. Está resuelta a dedicar todos los días de ese verano de 1789 a sus hijos. Mercy no se alegrará con ello. Tanto peor. ¡Cómo lamenta ella el tiempo perdido con esos señores del tercero mientras su hijo moría en Meudon! Ante este pensamiento, vuelve a tragar «más lágrimas que pan».

UN DÍA INTERMINABLE

(17 DE JULIO DE 1789)

Toda la Revolución del 89 se resume en lo siguiente: adquirir los bienes nacionales, no entregarlos.

George SAND

A través de las lágrimas causadas por la muerte de su hijo, María Antonieta observa los acontecimientos que se precipitan y que son para ella otros tantos motivos de nuevas penas. El 17 de junio, los diputados del tercer estado se declaran Asamblea Nacional. El 20, los mismos diputados se reúnen en la sala del Juego de Pelota y juran no separarse antes de haber dado a Francia una constitución.

El 23 de junio el rey declara ilegal la decisión adoptada el 17 por el tercero. Deja entender que sólo está dispuesto a cumplir las reformas que se imponen:

—Todo desafío de vuestra parte —dice— sería una gran injusticia. Hasta ahora soy yo quien lo ha hecho todo por la dicha de mis pueblos, y tal vez sea raro que la única ambición de un soberano sea lograr que sus súbditos entiendan, en definitiva, las ventajas que han recibido de él.

A continuación ordena que la Asamblea se disperse. El clero y la nobleza obedecen. El tercero se queda en la sala.

—Señores, admito que lo que acaban de escuchar podría ser la salvación de la patria, si los regalos del despotismo no fuesen siempre peligrosos —exclama Mirabeau, quien en ese día acumulará frases de las que se denominan históricas.

El tribuno de Aix-en-Provence responde al gran maestro de ceremonias, marqués de Dreux-Brézé, quien acaba de recordar las órdenes del rey:

—Estamos aquí por deseo de la nación: sólo la fuerza material podría hacer que nos fuéramos.

Esto se ha contado en el famoso «¡Id a decirle a vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo y que sólo saldremos por la fuerza de las bayonetas!». Después de lo cual, la Asamblea Nacional declara que la persona de cada diputado es inviolable. Jaque al rey... y a la reina, a quien se sigue acusando de todos los

crímenes. Los diputados del tercero no han superado la decepción causada por la modestia de la Aldea del Trianon y creen con firmeza en la existencia de habitaciones tapizadas de diamantes, que protegen los mayores desenfrenos.

Mientras tanto, los diputados de la nobleza se presentan ante la reina, quien tiene a su hijo en brazos.

—Nunca he visto tanta dignidad en el dolor, más dulzura en la aflicción —informa el conde de Ségur.

Diecinueve días después de la muerte de Luis José, María Antonieta consigue esconder su pena y se esfuerza por volver a participar en la vida política.

En la noche de ese memorable 23 de junio, Necker quiere renunciar. El rey rechaza esa renuncia, que pedirá el 11 de julio, presentándola entonces como un «favor».

Se constituye un nuevo ministerio bajo la presidencia del barón de Breteuil mientras Necker se aleja sin demora hacia Bruselas, aunque no sin estrépito. En París se llevan en procesión triunfal los bustos de Necker y del duque de Orléans, se injuria a la reina y al conde de Artois, a quienes se atribuye el traslado del ministro. En señal de duelo, el pueblo ordena el cierre de las salas de espectáculos.

En los jardines del Palais-Royal se escucha perorar a un joven abogado, Camilo Desmoulins, quien exclama:

—El señor Necker ha sido despedido. Ese despido es el toque a rebato de una noche de San Bartolomé de los patriotas. Esta misma noche, todos los batallones suizos y alemanes saldrán del Campo de Marte para degollarnos. Nos queda un único recurso: tomar las armas.

Invención pura: el despido de Necker no da lugar a ninguna «noche de San Bartolomé de los patriotas», y los batallones permanecen tranquilos en sus cuarteles. Pero las mentiras de Desmoulins producen su efecto. El 13 de julio la gente se apodera de picas, sables, fusiles. El 14 de julio todos van a los Inválidos, para tomar allí otras armas. Luego hay bandas que se lanzan, bajo el clamor del toque a rebato, a la conquista de ese símbolo de la arbitrariedad, la Bastilla, que capitula. Se libera a los siete prisioneros que se hallaban allí y se degüella a los oficiales principales, al gobernador de la fortaleza, el señor de Launay, y a su mayor, el señor de Losme. Sus cabezas, clavadas en sendas picas, son paseadas por las calles como otros tantos trofeos. Lamentables trofeos; es el reinado de los caníbales que acaba de comenzar, franceses que degüellan a otros franceses, preludio de una guerra civil, de un Terror que ya compone sus listas de condenados. En el Palais-Royal se pueden ver esas listas, donde figuran el conde de Artois, los Polignac, los Condé, el barón de Breteuil, el mariscal De Broglie.

—Príncipe —dice al conde de Artois el duque de La Rochefoucault-Liancourt, quien ha vuelto de París a Versalles, a toda prisa—, nuestra cabeza está proscrita, he leído el cartel de esa terrible proscripción.

El duque va a prevenir luego al rey sobre la toma de la Bastilla. Luis Augusto se

asombra:

—¿Pero, entonces, es una revuelta?

—No, señor, es una revolución.

Aterrado, Luis Augusto quiere irse de Versalles. Se retirará a Metz, como lo sugiere María Antonieta. Aunque esté convencido de la excelencia de la sugestión de la reina, el rey no puede dejar de pedir consejo al mariscal De Broglie, quien declara:

—Sí, podríamos ir a Metz, ¿pero qué haríamos cuando estuviéramos allí?

Incapaz de encontrar una respuesta a esta pregunta y de adoptar una decisión, Luis Augusto renuncia a la partida.

—Se me pasó el momento —dirá a Fersen, tres años más tarde—, y desde entonces no volví a encontrar otro.

El 15 de julio, el rey va a la Asamblea, ante la cual se confía, y provoca un delirio de entusiasmo. Los diputados acompañan al rey al castillo. La reina aparece en el balcón, rodeada por sus hijos. El entusiasmo no se debilita, y en el balcón se advierte la ausencia de la institutriz de los Hijos de Francia, la señora de Polignac.

Esta ausencia, que no pasa inadvertida, es comentada de la siguiente manera por un desconocido:

—La duquesa es como los topos. Trabaja por debajo, pero sabremos cavar para desenterrarla.

Frases que suscitan la aprobación general y que, comunicadas a la reina, «le infunden un estremecimiento de horror».

El 16 de julio, a las ocho de la noche, María Antonieta implora al señor y la señora de Polignac que se vayan esa misma noche. Se resisten, o fingen resistirse, para salvar la cara. La reina suplica a quien fue su «corazón querido»:

—El rey va mañana a París; si se le pidiera... Tengo mucho temor; ¡en nombre de nuestra amistad, idos! Todavía tenéis tiempo para sustraeros al furor de mis enemigos; cuando os atacan, más bien quieren dañarme a mí, no a vos; no seáis víctima de vuestro apego y de mi amistad.

Aparece Luis Augusto, a quien María Antonieta sugiere:

—Venid, señor, ayudadme a convencer a estas honradas personas, a estos fieles súbditos, de que deben dejarnos.

El rey apoya la voluntad de la reina y dice:

—Mi cruel destino me obliga a alejar de mí a todos aquellos a quienes estimo y amo. Acabo de ordenar al conde de Artois que se vaya; os doy la misma orden. Lamentaos por mí, pero no perdáis un solo momento, llevaos a vuestra familia. Contad conmigo en todo momento, os conservo vuestros cargos.

A medianoche, María Antonieta, olvidando todas las ingratitudes de la duquesa, envía a quien vuelve a convertirse, en el instante de la separación, en la condesa Julio de otrora, la siguiente esquela: «¡Adiós, la más tierna de las amigas! ¡Cuán espantosa es esa palabra! Pero es necesario. ¡Adiós, sólo me queda la fuerza necesaria para abrazaros!».

Por lo tanto, la duquesa Julio se va, y no es la única. La toma de la Bastilla y la matanza de sus defensores han aterrorizado a la corte. Los Artois, los Polignac, Vaudreuil, los Castries, los Breteuil, los Coigny, el duque de Borbón, el príncipe de Condé... todos parten, con el rabo entre las piernas. Los más grandes nombres de Francia ruedan por el polvo de los caminos. También se va el abad de Vermond. Los amigos de los buenos días de la reina no son sus amigos en la adversidad. Los fanáticos de la dulzura de vivir no son los partidarios de la desgracia de existir en ese 16 de julio de 1789. ¿Y por qué habrían de quedarse con María Antonieta? Ya no tiene nada que dar, ni siquiera su sonrisa. María Antonieta se queda sola. Y a partir del 17 de julio hará el aprendizaje de esa soledad.

El 17 de julio, el rey sale de Versalles a las diez de la mañana, para dirigirse a París. Ha decidido llamar de nuevo a Necker, calmar los espíritus:

«Su partida causó un dolor igual al de las alarmas que nos rodeaban, a pesar de la calma que fingió tener. La reina contuvo las lágrimas y se encerró en sus aposentos con toda su familia. Mando a buscar a varias personas de su corte: en todas sus puertas había candados. El terror los había alejado. En todo el palacio reinaba un silencio de muerte, los temores eran extremos; apenas se esperaba el regreso del rey».

Esos candados en las puertas, ese silencio de muerte, ese palacio desierto: ¡qué revelación para María Antonieta! Vivía en un universo que creía inmutable y que cambió en pocos días, en unas horas, en unos minutos. Es como una naufraga entre los restos de sus certidumbres abolidas, de sus dichas pasadas. Candados en las puertas, silencio de muerte, el palacio desierto, ese era su nuevo decorado, sus nuevos amigos. ¡Cuán pronto la abandonaron sus amigos a su suerte, cómo galopan ahora hacia las fronteras, hacia la libertad!

En ese 17 de julio, María Antonieta se siente prisionera en Versalles, y teme que en París se retenga a Luis Augusto como rehén. Quiere ir a la Asamblea para pronunciar un discurso, que comenzaría con estas palabras:

—Señores, vengo a entregaros a la esposa y la familia de vuestro soberano; no permitáis que se separe en la tierra lo que ha sido unido en el cielo.

«Al repetir este discurso, su voz se veía entrecortada por sus lágrimas y por sus palabras doloridas: “No lo dejarán volver”»^[87].

Lo dejarán volver al precio de una humillación^[88]. En el Ayuntamiento, el rey recibe de manos de Bailly la escarapela roja y azul de la ciudad de París, que tiene que poner en su sombrero, ya adornado por la escarapela blanca. La Fayette está ahí. Quien ayer era el héroe de la guerra de Independencia es hoy el intermediario entre la corte y la calle. Aquel a quien María Antonieta había apodado Don Rubiecito está enajenado. Su entusiasmo aumenta cuando el rey lo nombra general en jefe de la Guardia Nacional. Después de ello, Luis Augusto retoma el camino de Versalles,

adonde llega a las nueve de la noche. Está extenuado de fatiga, pero contento:

—Por fortuna, no ha corrido sangre; juro que jamás se verterá una gota de sangre francesa —promete.

¡Es una pena que los vencedores de la Bastilla no puedan decir otro tanto!

Con desprecio de la etiqueta, ¿pero quién piensa en la etiqueta, ese 17 de julio por la noche?, María Antonieta se precipita en brazos de su esposo, como cualquier esposa que vuelve a encontrar a un marido a quien no esperaba ver nunca más. El día interminable ha acabado. Es el primero. Seguirán otros que no tendrán un desenlace tan feliz.

UN DÍA DEMASIADO CORTO

(4 DE AGOSTO DE 1789)

«Su Majestad viene a disfrutar de la paz que ha restablecido en su capital», había dicho Bailly, alcalde de París. Cinco días más tarde, José Francisco Foullon, adjunto del ministro de Guerra, y su yerno, el intendente Bertir de Sauvigny, acusados de ser «hambreadores del pueblo», son presa de los caníbales, de aquellos a quienes María Antonieta llama «los furiosos del Palais-Royal». Foullon y Bertir son degollados, sus cabezas paseadas en las puntas de sendas picas, como lo fueron las del señor de Launay y el señor de Losme. Es una moda —ya que todo es moda en París— que comienza, horrenda, sanguinaria, y que se difunde a las provincias, que también quieren tomar su Bastilla y asesinar a los ocupantes. Hay castillos demolidos, conventos saqueados, iglesias incendiadas. Se asistirá a las mismas escenas en julio de 1936, en España.

El 23 de julio, Mercy escribe al príncipe de Kaunitz:

«Yo había anunciado una catástrofe, pero no la preveía, entonces, ni tan cercana ni tan violenta como la que acaba de estallar [...]. No es posible señalar las causas del frenesí que en esta ocasión se ha apoderado de los espíritus, contra la reina; los absurdos que se le imputan y que el buen sentido rechaza no pueden ser los únicos motivos; es preciso que alguna conspiración secreta los haya producido [...].»

Conspiración revelada por Soulavie:

«El duque de Orléans, los clubes del Palais-Royal y los primeros revolucionarios [...] sólo parecen ocuparse de lanzar sobre María Antonieta, con exclusividad, las causas de las desdichas del Estado. [...] La opinión de que la reina había decidido la pérdida de Francia en favor de la Casa de Austria predominó muy pronto en el reino. Por todas partes se oyó asegurar que María Teresa nos había dado esa reina, en su resentimiento, para vengarse de Francia; y desde ese punto de vista, la reina era el azote de Francia».

Mercy va a Francia, a conjurar el «azote de Francia» a que siga la política de Necker, cuyo regreso se espera. Pero ni el «gran miedo» que recorre París y las provincias, ni el retorno de Necker, preocupan a María Antonieta. Su principal preocupación, en esos días tan sombríos, consiste en encontrar una remplazante para

la señora de Polignac. Nunca ha sido tan evidente su voluntad de ser madre antes que reina. Primero sus hijos, después la suerte de Francia. ¿Quién será la institutriz de los Hijos de Francia? ¡Un problema que resolver, más importante que los planteados por la toma de esa vieja Bastilla!

—Señora, he confiado mis hijos a la amistad; hoy los confío a la virtud.

Con estas palabras, María Antonieta recibe a la señora de Tourzel, quien se convierte en institutriz de los Hijos de Francia y para quien traza, el 24 de julio, este retrato de Luis Carlos:

«Mi hijo tiene cuatro años y cuatro meses, menos dos días; no hablo de su talla ni de su exterior; sólo hace falta verlo. Su salud siempre ha sido buena; [...] Como todos los niños fuertes y sanos, es muy alocado, muy ligero y violento en sus cóleras; pero es un buen niño, tierno y hasta cariñoso, cuando no lo domina su atolondramiento. [...] Es de una gran fidelidad cuando ha prometido algo; pero es muy indiscreto; repite con facilidad lo que ha oído decir; y muchas veces, sin querer mentir, agrega lo que le dicta su imaginación. Ése es su mayor defecto, y es preciso corregírselo».

En cada una de estas líneas estalla el amor maternal de María Antonieta, un amor cercano a la perfección, ya que no es ciego. Lúcida, María Antonieta reconoce el mayor defecto de su hijo: «repite con facilidad lo que ha oído decir». Defecto que más tarde sus carceleros del temple aprovecharán, y mucho, para componer la última y la más terrible de las calumnias contra la reina.

En julio de 1789, la señora de Tourzel tiene cuarenta años. Luisa Isabel Felicidad Francisca Armanda Ana María Juana Josefina de Croy-Havré había desposado en 1764 al señor de Tourzel, gran preboste de Francia. Éste falleció en noviembre de 1786, a consecuencia de un accidente ocurrido durante una cacería acaballo, en compañía del rey. La señora de Tourzel dijo entonces a su hijo: «Lo he perdido todo; me queda una sola esperanza en este mundo, y es que vos seáis tan virtuoso como el hombre cuyo cadáver abrazáis». El rey se mostró a la altura de tanto estoicismo, al conservar a ese hijo, todavía menor, el cargo de su padre. La señora de Tourzel se retiró luego de la corte para dedicarse a la educación de su hija Paulina. Ese retiro, el éxito de esa educación, decidieron a María Antonieta a llamar de nuevo a la señora de Tourzel, a quien Luis Carlos, quien, al igual que su madre, gusta de los apodos, bautizará «Doña Severa».

Doña Severa no bromea y no pierde su tiempo en futilidades, como la señora de Polignac, a quien María Antonieta anuncia la noticia:

—Sin duda conocéis el nombramiento de la señora de Tourzel; me ha resultado duro.

Es posible sospecharlo. Pasar de Doña Ligera a Doña Severa no es muy gracioso...

Solucionado el problema de la educación de sus hijos, el 28 de julio María

Antonieta puede dedicarse a ese Necker que regresa, flanqueado por su esposa y por la hija de ambos, Germana de Staël. Mercy ha recomendado a la reina que sea «amable y acogedora» con Necker. Lo es, dado que él se presenta como un salvador y en todas partes se lo recibe como tal:

«Uno de agosto. El señor Necker fue anteayer al Ayuntamiento y recibió el homenaje más vibrante del pueblo. [...] La jornada del 4 de este mes no será la menos honorable ni la menos célebre de nuestros anales. Sobre la base que ella ha establecido se verá elevarse una constitución que convierte al pueblo francés en una sociedad de hermanos»,

escribe el autor de la *Correspondencia secreta*, con un optimismo apabullante. ¿Pero cómo no ser optimista después de esa admirable noche del 4 de agosto, que debería ser nuestra fiesta nacional en lugar del 14 de julio? Durante esa noche del 4 de agosto de 1789 los franceses descubren, en la Asamblea Nacional, que pueden ser hermanos, y en un impulso de generosidad que no se ha vuelto a ver desde entonces, decretan la abolición de los privilegios. Se ofrece, todo mezclado, la extinción de las justicias señoriales, la supresión de los prebostazgos, de los derechos de caza, de los diezmos, la «liberación de los siervos en todo el reino y el mejoramiento de la suerte de los esclavos en las colonias». Es el feudalismo, o con mayor exactitud lo que queda de él, que se destruye por sus propias manos. El sacrificio se lleva a cabo a los gritos de «¡Viva el rey! ¡Viva Luis XVI, restaurador de la libertad francesa!»

La noche del 4 de agosto será demasiado corta. A partir del día siguiente, sus efectos, que habrían debido de ser benéficos, revelan ser nefastos. Acaban de ser destruidas todas las instituciones. La calle dicta su ley. Se confunde la supresión de los privilegios con la supresión de los impuestos. Ya no entra dinero en las arcas del Estado. Francia se hunde en el caos. «El rey y la reina no podían dejar de ver sin espanto los decretos desorganizadores de la Asamblea, que se sucedían con rapidez aterradora», señala la señora de Tourzel en sus *Memorias*. El 12 de agosto la reina escribe a la duquesa Julio: «No os hablo de negocios; resultarían aflictivos para las dos». Es fácil deducir que María Antonieta no ha considerado la noche del 4 de agosto como una noche admirable...

LA REINA EN EL CONVENTO

(1 DE SETIEMBRE DE 1789)

Veinticinco de agosto de 1789. Fiesta de San Luis. Los concejales y la gente de los arrabales de París llegan a Versalles para desear al rey una «buena fiesta». Son recibidos en el acto por la reina. María Antonieta espera que el alcalde de París, Bailly, apoye una rodilla en el suelo, como lo ha hecho en los años precedentes. Bailly se conforma con ejecutar «una profunda reverencia». Desde la noche del 4 de agosto, ya nadie se arrodilla ante nadie, y es mucho mejor así. La reina no lo ha entendido. Escandalizada, despidе al alcalde con un movimiento de cabeza por medio del cual espera manifestar su desagrado. ¿Entonces la señora Noailles tenía razón cuando quería mantener esa etiqueta que tanto molestaba a María Antonieta?

Veintiséis de agosto. La Asamblea Nacional, que había decretado la abolición de los derechos feudales, vota la *Declaración de los Derechos del Hombre*. El artículo primero, que contiene estas palabras en verdad mágicas, «los hombres nacen y se mantienen libres e iguales en derechos», conmoverá el orden del mundo. A esta sublime declaración el rey opone, ¡ay!, una negativa. Para Luis Augusto y para María Antonieta, esa *Declaración* no es otra cosa que una serie de insolencias y mentiras.

Veintisiete de agosto. Necker continúa con su tarea y redacta un nuevo plan de empréstito. Está agotado, tiene fiebre.

«La reina, atenta a agradar a la nación y al rey, manda a pedir a su casa, dos veces por día, noticias de él»^[89].

«Desde hace unos días, las cosas parecen tomar un mejor sesgo; pero no es posible alegrarse por nada: los malévolos tienen tan gran interés y todos los medios para impedir y desviar las cosas más justas [...]. Pero podéis tener la certeza de que las adversidades no han disminuido mi fuerza y mi valor».

escribe María Antonieta, el 31 de agosto, a la señora de Polignac, a quien la ausencia devuelve sus atractivos perdidos.

El diálogo entre las dos amigas se reanuda. María Antonieta termina su carta del 31 con «Adiós mi corazón querido; ya sabéis cuánto os quiero, y que jamás podré cambiar», Así, en sus frecuentes cartas a la duquesa Julio tiene la ilusión de encontrar de nuevo esa intimidad fácil, riente, ligera, de antes, y de creer que nada puede

cambiar nunca.

Axel de Fersen puede atestiguar esa constancia. Fersen está en guarnición en Valenciennes y, según Saint-Priest, va a menudo a Versalles. Al contrario de los Polignac, Vaudreuil, Coigny y compañía, Fersen es el amigo de los días malos. Siempre según Saint-Priest, «la reina estuvo más aislada que nunca. Sólo le quedaba el conde de Fersen, quien continuaba teniendo libre acceso a ella y frecuentes citas en el pequeño Trianon».

Fersen es, entonces, el único, el incomparable amigo de la reina. Entre esos dos seres reina la más enamorada de las amistades. Cambiar ese sentimiento en una relación física —que sólo habría podido comenzar en ese verano de 1789, a favor de la confusión que reina en la corte y que afloja un poco la incesante vigilancia de la cual es objeto la reina—, ¿para qué? María Antonieta y Fersen tienen tantos otros placeres que compartir. Sus sensibilidades coinciden, sus nostalgias se amalgaman. Prefieren contemplar la tierra prometida, en vez de penetrar en ella. Uno no se cansa de lo que no se ha alcanzado...

Para estar más cerca de su amiga en aprietos, Fersen decide tomar una vivienda en Versalles. Ese aristócrata está tan abrumado como la reina por el giro de los acontecimientos:

«En el reino ya no hay leyes, ni orden, ni justicia, ni disciplina, ni religión; todos los vínculos están rotos, ¿y cómo los restableceremos? Lo ignoro; pero he aquí los efectos de las Luces, de la anglomanía y de la filosofía; Francia se encuentra arruinada por mucho tiempo»,

escribe a su padre.

Siempre ansiosa de satisfacer a sus amigos, María Antonieta querría que el barón de Staël, embajador de Suecia en París, sea remplazado por Fersen. Gustavo III hace oídos sordos a esta petición. Fersen se conformará con hacer de agente secreto. Se destaca en ese juego. Escucha, observa, previene a María Antonieta de que se encuentra cada vez más amenazada. Informada por Fersen y por Mercy, María Antonieta no ignora que es el enemigo a quien se quiere derribar. Se habla de encerrarla en un convento, cosa que pondría «trabas» a la influencia que tiene sobre el rey.

Este proyecto de encerrar a la reina en un convento atrae a numerosos partidarios. En la noche del 31 de agosto al 1 de setiembre, 1.500 fanáticos van de París a Versalles. No ocultan su intención de llevar al rey y al delfín a la capital, y conducir a la reina al convento de San Ciro. La guardia nacional de Saint-Cloud ocupa el puente de Sèvres e impide que pasen los 1.500 enfurecidos. Se dispersan, con la esperanza de lograr su objetivo la próxima vez.

María Antonieta no tiene deseo alguno de enterrarse en San Ciro, como una Maintenon en las últimas. No soporta el pensamiento de verse separada de su esposo, de sus hijos, de Fersen. Retoma su proyecto de huida a Metz. Sí, es preciso huir,

reunir fondos, convocar a las tropas. Es necesario evitar ese absurdo, ese delito de lesa majestad: María Antonieta arrojada al convento por 1.500 amotinados delirantes. En la noche de ese 1 de setiembre de 1789, la hija de María Teresa está dispuesta a todo para evitar semejante afrenta.

UNA EXTRAÑA ORGÍA

(1 DE OCTUBRE DE 1789)

«Tres de setiembre de 1789. Hemos pasado ocho días con el temor de carecer de pan. Este temor ha creado nuevas alarmas en la población... [...] Espíritus acalorados y embrollones aprovecharon ese momento de fermentación para realizar acciones insensatas en el jardín del Palais-Royal. Se dijo que la mitad de la Asamblea estaba corrompida por la aristocracia. A consecuencia de estas ideas, fueron en tumulto al Palais-Royal, osaron redactar una proposición por la cual se impidiese a la Asamblea otorgar al rey el derecho de veto, [...]»^[90].

Luego de ardientes, interminables discusiones, se votó ese derecho, Mirabeau preconizaba un derecho de veto absoluto para el rey. Se prefirió concederle un simple veto suspensivo, que permite al soberano la posibilidad de impedir, durante dos legislaciones consecutivas, la promulgación de una ley.

Todo eso fortalece a María Antonieta en sus ideas de huida, combatidas por el mariscal D'Estaing, comandante de la guardia nacional en Versalles:

«Suplico a la reina que calcule, en su prudencia, todo lo que podría ocurrir. [...] Nada está perdido. La reina puede reconquistar su reino al rey, la naturaleza le ha prodigado los medios, y son los únicos posibles. Puede imitar a su augusta madre; si no, me callo. Suplico a Su Majestad que me conceda una audiencia para uno de los días de esta semana».

María Antonieta concede la audiencia y tranquiliza lo mejor que puede al mariscal D'Estaing: no se trata de partir, por el momento. Pero es necesario adoptar medidas para reprimir los desórdenes de París. María Antonieta acepta imitar a su «augusta madre», siempre que los hombres que la rodean se parezcan a quienes rodeaban a María Teresa y muestren la misma valentía, la misma decisión. El mariscal D'Estaing promete adoptar medidas para detener los movimientos del populacho. El 18 de setiembre se decide que «era indispensable, para la seguridad de la ciudad, para la de la Asamblea Nacional y para la del rey, obtener lo antes posible un apoyo de mil hombres de tropas regulares, que se pondrán a las órdenes del comandante general de la guardia nacional de Versalles»^[91].

Se manda llamar al regimiento de Flandes, que llega a Versalles el 23 de setiembre. Cuenta con mil cien hombres, que se unen a los de la milicia versallesa.

Regimiento y milicia fraternizan y juran fidelidad a la nación, a la ley y al rey. Se siente que su juramento de fidelidad va dirigido sobre todo al rey. Tranquilizada, sabiendo que con tales hombres ya no corre el peligro de ser conducida por la fuerza al convento de San Ciro, María Antonieta quiere ofrecer un testimonio de su gratitud. El 29 de setiembre, ella misma anuncia al Estado mayor que quiere ofrecer una bandera a cada división. El 30 son bendecidas las banderas en la iglesia de Notre-Dame, en Versalles. Después de la ceremonia se ofrece un banquete, y se hace un brindis por el rey, y la reina, el delfín y la nación.

El 1 de octubre, nuevo banquete, menos improvisado que el anterior y más tradicional: se trata del banquete de bienvenida ofrecido al regimiento de Flandes por los guardias de corps. Participan en él las otras tropas acantonadas en Versalles. Como la sala de equitación y la del teatro no pueden contener tantos invitados, el banquete se desarrolla, con el permiso del rey, en la sala de la Ópera del castillo. Música, charangas, vinos, corren a mares. Reina una franca alegría. Por curiosidad, y también por deseo de saborear un poco de esa alegría, el rey y la reina y el delfín aparecen en un palco. En cuanto se advierte la presencia del trío real, estallan las ovaciones, los «¡Viva el rey!», «¡Viva la reina!», al mismo tiempo que las invitaciones a bajar a la sala. El rey, la reina, el delfín, aceptan, mientras la orquesta toca una melodía pegadiza, cuyo estribillo se repite en coro:

*Oh Ricardo, oh mi rey,
El universo te abandona,
En la tierra sólo yo
Me intereso en tu persona.*

Ese 1 de octubre, María Antonieta se dedica a uno de sus juegos preferidos: arrastrar todos los corazones tras de sí. «Cargada con su hijo, a quien lleva en brazos», recorre las mesas y tiene una palabra, una sonrisa para cada uno. Ese recorrido de las mesas, digno, decente, delicioso, será presentado como una verdadera «orgía» por los secuaces del duque de Orleans, quienes no vacilarán en presentar a la reina como una bacante ebria —ella, que sólo bebe agua— en medio de soldados igualmente borrachos. Extraña orgía, que ve una mujer que sencillamente se regocija con los aplausos que reciben su esposo y su hijo.

Orgía es la palabra que también empleará Fouquier-Tinville a propósito de ese banquete. Acusará a la reina, asimismo, de haber pisoteado la escarapela tricolor. Lo cual es falso: sólo desde el 31 de julio usa el rey esa escarapela tricolor.^[92]

—No se puede creer —responderá María Antonieta— que seres tan abnegados pisotearan y quisieran cambiar el distintivo que usaba el mismo rey.

El 3 de octubre la reina recibe a una diputación que llega a agradecerle por las banderas distribuidas el 30 de setiembre.

—Me alegro mucho de haber dado banderas a la guardia nacional de Versalles — responde ella—, la nación y el ejército tienen que estar unidos al rey como lo estamos

nosotros mismos. Me he sentido encantada con la jornada del jueves.

Estas palabras de la reina, inocentes como pocas, ese «me he sentido encantada con la jornada del jueves», día del banquete, son distribuidas por París como una provocación. El banquete se convierte en una «orgía total» y en una vasta conspiración contrarrevolucionaria... Decididamente, ¡María Antonieta será la mujer más calumniada de la historia! Cuanta razón tenía al decir a la señora Campan, quien tenía un intento de envenenamiento contra la reina:

—Recordad que no se empleará un grano de veneno contra mí. Los Brinvilliers no son de este siglo: *se cuenta con la calumnia, que es mucho mejor para matar a la gente, y por medio de ella me harán perecer.*

Yo soy quien subraya estas proféticas palabras de María Antonieta, a quien primero se mató por medio de la calumnia, antes de asesinarla en el cadalso.

El banquete de octubre es como el nacimiento de la aurora: se remplaza la verdad sencilla por mentiras en las cuales todo el mundo cree, por absurdas que sean. A partir del 3 sólo se piensa en estigmatizar la «innoble conducta» de la reina y en poner fin a los desbordes de esa «Mesalina antipatriótica». «La fábula ayudó al levantamiento general, en igual medida que la verdad», reconoce con frialdad Camilo Desmoulins. La fábula de la orgía causa sus estragos con una velocidad asombrosa. Además, el pan falta momentáneamente en París. Es lo que Lally-Tolendal denomina un «hambre dócil»^[93].

En París falta el pan y en Versalles se atiborran. Hay que ir a Versalles, a pedir pan al rey. Mujeres —la mayoría prostitutas— y hombres, bandidos o mendigos, se reúnen en los jardines del Palais-Royal, donde reciben el oro prodigado por el duque de Orléans, quien cree llegada la hora de derribar por fin a Luis Augusto y María Antonieta. Taine piensa, por cierto, en el duque de Orléans y sus acólitos cuando escribe, a propósito de esos días de octubre de 1789:

«Los Maquiavelo de la plaza pública y de los lugares de mala fama agitaron a los hombres del arroyo y a las mujeres de la calle».

A ese rebaño vergonzoso se agregan algunas bravías amas de casa extraviadas y las inevitables arrabaleras. Gritan en las calles: «¡Vamos a buscar al panadero, a la panadera y al pequeño repostero!»

El 5 de octubre por la mañana son saqueadas las armerías, se rompen las puertas y los letreros de los vendedores de vino que se niegan a entregar éste a la gente, y todos se lanzan hacia Versalles.

Mientras tanto estalla un motín en el Ayuntamiento. Los guardias nacionales ordenan a su general, La Fayette, que vaya también a Versalles para «exterminar a los guardias de corps y al regimiento de Flandes, que han pisoteado la escarapela nacional». La Fayette parlamenta, arenga, trata de transigir, y luego, a las seis de la tarde, se resigna a emprender con sus hombres el camino de Versalles.

El motín de la calle, la sublevación de la Guardia Nacional, se realizan con la bendición de la Asamblea Nacional. Hay que castigar la «orgía indecente» del 1 de octubre. Mirabeau vocifera:

—¡Que la Asamblea decida que sólo la persona del rey es inviolable!

Ello equivale a condenar a la reina al puñal de las verduleras y los borrachos, que se acercan a Versalles blandiendo sus armas y gritando:

—¡Con esto ejecutaremos a la Austríaca, ella es la causa de todas nuestras desgracias!

En su ebriedad, creen ver a esa austriaca a quien no cesan de injuriar.

—Tu piel para hacer cintas con ella, tu sangre en mi tintero —vociferan.

La mujer sobre quien caen tantas maldiciones se encuentra, ese 5 de octubre, en el Trianon, en una gruta cuyos adornos y misterio ha elaborado con cuidado el arquitecto Mique, una gruta perdida en medio del verdor. «Esa gruta —informa D'Hézacques, entonces joven paje de la corte—, toda recubierta de musgo, era refrescada por la corriente de agua que la atravesaba. Un lecho, también de musgo, invitaba al reposo. Pero sea por efecto de la casualidad o por una disposición voluntaria, una grieta que se abría a la cabecera del lecho dejaba ver toda la pradera y permitía descubrir a lo lejos a todos aquellos que habrían querido acercarse a ese reducto...»

En ese comienzo de la tarde del 5 de octubre de 1789, María Antonieta reposa en su gruta. Disfruta allí de una paz vegetal, la única paz que todavía subsiste en su reino desgarrado... Por la «grieta» ve a un paje que se acerca a toda prisa. Hace tiempo que los pajes ya no llegan para llevar buenas noticias. ¿Qué ocurre ahora? El paje anuncia que el señor de Saint-Priest pide a la reina que le permita entrar al castillo, con toda urgencia. La reina obedece, deplorando esa molestia. Todo está tan calmo... Cosa que continuará Muselina, cuando llegue a ser duquesa de Angulema: «En la mañana de ese día memorable, todo el mundo estaba todavía tranquilo en Versalles. Mi padre había estado de cacería en Meudon [...], mi madre había ido, sola, a su jardín del Trianon».

Al abandonar su «jardín del Trianon», María Antonieta no sabe que ha ido a él por última vez. Al regresar al castillo se entera, por el señor de Saint-Priest, que los amotinados parisienses se dirigen a Versalles. El rey no ha vuelto todavía de su partida de caza. ¿Qué hacer?

El rey vuelve por fin, el Consejo se reúne, se delibera. ¿Cómo enfrentar ese amotinamiento? Necker quiere ceder. Saint-Priest quiere resistir y dice al rey:

—Señor, si mañana sois conducido a París, vuestra corona está perdida.

La reina coincide con esta opinión. La reina vacila y luego decide viajar a Rambouillet. María Antonieta dice a las damas de su servicio:

—Hagan su equipaje, partimos dentro de media hora.

El rey, invadido por sus vacilaciones, repite: «¡Un rey fugitivo! ¡Un rey fugitivo!», y no puede resignarse a huir. No se van. María Antonieta anuncia a sus

damas:

—Todo ha cambiado, nos quedamos.

Sabedor del peligro especial que corre la reina, Saint-Priest sugiere que podría refugiarse en Rambouillet con sus hijos. Negativa perentoria de la hija de María Teresa:

—Sé que vienen de París a pedir mi cabeza; pero he aprendido de mi madre a no temer la muerte; la esperaré con firmeza... No, no, mi lugar está aquí, al lado del rey, y me quedaré.

Y agrega:

—Todo me retiene aquí, mi partida daría razón a la calumnia. Es culpable, se diría, puesto que huye.

Cae la noche. Llueve a raudales. Se podría pensar que la violencia de la lluvia bastaría para dispersar a los amotinados. El tiempo pasa en discusiones, sin que se adopte decisión alguna. Necker afirma que no hay nada que temer. Saint-Priest asegura lo contrario. Se sabrá que tiene razón porque los amotinados llegan, empapados de lluvia y de barro. Las mujeres gritan:

—Ya ven en qué estado nos hallamos, pero ésa nos lo pagará caro.

Resulta evidente que María Antonieta es responsable de la lluvia que cae y del barro que cubre los caminos. Las mujeres aúllan:

—Nos llevaremos a la reina, muerta o viva, y los hombres se ocuparán del rey.

Algunas sacan del bolsillo un trozo de pan mohoso y explican:

—Haremos tragar esto a la Austríaca, le cortaremos el cuello.

La primera visita de estas arpías es para la Asamblea Nacional. Para librarse de esas molestas visitantes, el presidente Mounier se lleva algunas al palacio, con la promesa de presentarlas ante el rey. Luis Augusto recibe a una decena, con tanta naturalidad y afabilidad, que ellas se declaran conquistadas. Cuando vuelven a reunirse con sus compañeras y hablan de la bondad del rey, estalla la trifulca. Se las trata de «vendidas a la corte», se las quiere ahorcar, los guardias de corps acuden de prisa. La gresca se generaliza, y también la confusión. Órdenes y contraórdenes se suceden sin pausa.

«En medio de tantas perfidias de todo tipo —escribirá Rivarol—, en ese teatro en el cual el miedo y la cobardía llevan la debilidad a su pérdida, ha aparecido, sin embargo, un gran carácter, y es una mujer, es la reina quien lo ha mostrado. Por su apostura noble y firme, ha figurado entre tantos hombres desconcertados y consternados, y por una presencia de ánimo extraordinaria, cuando en torno de ella todo era temor y vértigo. En esa noche del 5 de octubre se la vio recibir a gran cantidad de gente en su gran salón, hablar con fuerza y dignidad a todos aquellos que se le acercaban y comunicar su seguridad a quienes no lograban ocultar su alarma... Muy pronto, cuando los peligros lo exijan, se la verá desplegar la magnanimidad de su madre; y si con la misma valentía no ha tenido un éxito similar, es porque María Teresa trataba con la nobleza de Hungría y la reina sólo habla con la burguesía de París».

Aunque no le agrade a Rivarol, la reina no habla, ese 5 de octubre, con la

burguesía de París, sino con las verduleras y las prostitutas, con los bandidos y los mendigos.

Hacia la medianoche, La Fayette se presenta en el castillo y declara al rey, con un énfasis que quiere ser tranquilizador:

—Vengo, señor, a traeros mi cabeza para salvar la de Su Majestad. Si mi sangre debe correr, que sea al servicio del rey.

Después de estas buenas palabras, La Fayette adopta disposiciones para que no ocurra nada enojoso y se retira, a la una de la mañana, rumbo al palacio de Noailles, para hacer allí un reposo que considera merecido. Apenas «Don Rubiecito» ha vuelto la espalda, cuando María Antonieta cede a un cambio de estado de ánimo comprensible y reprocha al mariscal D'Estaing, quien tanto le había suplicado que no se fuese:

—Y bien, ¿a quién nos hemos entregado? La guardia que se encuentra bajo vuestro mando permite que Versalles sea invadido. Vos respondíais por el castillo: ¿sabréis garantizarlo?

A las dos de la mañana, María Antonieta consiente en volver a sus aposentos. A la señora de Chimay, quien se obstina en mantenerse despierta para «rechazar a los asesinos», le aconseja con dulzura que vaya a acostarse, y se despide con un «quedaos tranquila, si hay peligro, os llamaré».

Para lo que pasa a continuación en esa noche del 5 al 6 de octubre, es posible reconstruir perfectamente los momentos sucesivos, gracias al exacto testimonio de la señora Campan:

«La reina se acostó a las dos de la mañana y se durmió, fatigada por un día tan penoso. Había ordenado a sus dos mujeres que se acostaran, pensando siempre que nada había que temer, al menos esa noche, pero la infortunada princesa debió su vida al sentimiento de apego que les impidió obedecerla. Mi hermana, que era una de esas dos damas,^[94] me comunicó al día siguiente todo lo que relataré.

»Al salir de la alcoba de la reina, estas damas llamaron a sus azafatas y se reunieron las cuatro, sentadas contra la puerta del dormitorio de Su Majestad. Hacia las cuatro y media de la mañana oyeron unos gritos horribles y algunos disparos de fusil; una de ellas entró en el dormitorio para despertar a la reina y hacerla salir de su lecho; mi hermana voló hacia el lugar donde le parecía que se desarrollaba el tumulto; abrió las puertas de la antesala que da a la gran sala de los guardias y vio a un guardia de corps, quien tenía su fusil atravesado en la puerta y que era atacado por una multitud que le asestaba golpes; su cara ya estaba cubierta de sangre; se volvió y le gritó: “Señora, salvad a la reina, vienen a asesinarla”. Ella cerró de golpe la puerta ante esa desdichada víctima de su deber, corrió el gran cerrojo y adoptó la misma precaución al salir de la habitación siguiente, y al llegar a la alcoba de la reina le gritó: “Salid de la cama, señora, no os vistáis; id junto al rey”. La reina, despavorida, se arroja fuera del lecho, le ponen una falda, sin anudarla, y las dos damas la conducen hacia el Ojo de Buey. Una puerta del tocador de la reina que comunicaba con esa habitación sólo se cerraba del lado de ella. ¡Qué momento horrendo! Se encontró encerrada del otro lado. Golpean con puñetazos redoblados; un doméstico de un ayuda de cámara del rey va a abrir; la reina entra en la alcoba de Luis XVI y no lo ve. Alarmado por el peligro que corría la reina había bajado por las escaleras y los corredores que cruzaban el Ojo de Buey y que habitualmente lo conducían junto a la reina sin necesidad de cruzar esa habitación. Entra en el aposento de Su Majestad y sólo encuentra a los guardias de corps que se habían refugiado allí. Su rey les dice que esperen unos instantes, temiendo exponer la vida de los hombres, y a continuación les hace decir que vayan todos al Ojo de Buey. La señora de Tourzel, entonces institutriz de los Hijos de Francia,

acababa de conducir a la Señora y al delfín junto al rey. La reina volvió a ver a sus hijos. Es posible imaginar esa escena de enternecimiento y desolación».

El enternecimiento debió de triunfar sobre la desolación. Luis Augusto y María Antonieta vuelan el uno hacia el otro y no se encuentran. ¡Querido Luis Augusto! ¡Querida María Antonieta! Y su hijo y su hija están allí. Los cuatro reunidos. Salvados. ¿Salvados? Todavía no. Llega La Fayette, despertado al cabo por el tumulto, hace cesar la matanza de los guardias, el saqueo del castillo, pero no los gritos y exigencias de la multitud. Esa multitud que grita bajo las ventanas:

—¡El rey! ¡El rey! ¡Queremos verlo!

El rey se presenta. Estallan gritos de «¡Viva el rey! ¡Viva la Nación!». Otros se mezclan, menos entusiastas, claramente más siniestros:

—¡La reina! ¡La reina al balcón!

Eso suena como «los aristócratas a la horca». La reina toma a sus hijos y aparece.

—Sin los niños —vocifera la muchedumbre.

La reina obedece, en apariencia muy serena, y hace llevar adentro a su hijo y su hija. Queda sola. Está vestida con una levita de tela amarilla rayada. Se ofrece al desorden, a las injurias, a las balas. Dos minutos, dos siglos de silencio. Vencida por tal actitud, la multitud aclama a la reina. Entonces aparece La Fayette y besa la mano de María Antonieta. Las aclamaciones se redoblan. María Antonieta no se hace ilusiones sobre su efímera victoria. Cuando sale del balcón dice a Necker:

—Nos llevarán a París, con las cabezas de nuestros guardias clavadas en las puntas de sus picas.

Gracias a la intervención de La Fayette, los guardias salvan la vida. Pero como lo había previsto María Antonieta, es preciso emprender el camino de París. Al principio de la tarde, a la una y veinticinco, la familia real desciende por la gran escalinata de mármol «todavía tinta con la sangre de sus defensores» y sube al coche.

El viaje dura siete horas. Por una ironía de la suerte, hace buen tiempo. La lluvia de la víspera es remplazada por el sol de hoy. Un sol radiante, que ilumina ese increíble cortejo de guardias desarmados, de mujeres bebidas, de coches de punto desbordantes de furias, de cañones sobre los cuales cabalgan los Théroigne de Méricourt, de carros que contienen sacos de harina. Ya no se grita «¡Viva el rey!», sino «¡Abajo los birretes! ¡Todos los obispos a la horca!». Ya no se grita «¡Viva la reina!», sino «¡Maldita ramera, puta del demonio!». María Antonieta parece no oír nada, no ver nada. Se le advierte una «expresión descarada». Algunas verduleras se impacientan y dicen a la reina:

—Vamos, señora, vamos, querernos un poco.

La reina se conforma con responder:

—Queremos a todos los franceses.

Se agita una cuerda para ahorcar a la insolente, se hacen disparos, el «olor de la pólvora nos asfixiaba», y las carrozas son empujadas de tal manera por la

muchedumbre que se tambalean, haciendo experimentar a sus ocupantes «el movimiento de un barco».

«He sido testigo de ese espectáculo desgarrador —relata Beltrán de Moleville—, he visto ese siniestro cortejo. En medio de ese tumulto, de esos clamores, de esas canciones interrumpidas por frecuentes descargas de mosquetería que la mano de un monstruo o de un torpe podía volver tan funestas, vi que la reina conservaba la tranquilidad de espíritu más valiente, un aire de nobleza y de dignidad inexpresables».

Más tarde, cuando se abra una investigación sobre esas jornadas de octubre, María Antonieta ofrecerá esta hermosa respuesta:

—Lo he visto todo, lo he sabido todo, y todo lo he olvidado.

Y además dice la verdad. La reina sabe olvidar.

Llegan a París. Los gritos de «nos llevamos al panadero, a la panadera y al pequeño pastelero» se intensifican. Al entrar al palacio de las Tullerías, abandonado desde 1665, Luis Carlos, el «pequeño pastelero», no puede dejar de señalar.

—Todo es muy feo aquí, mamá.

—Hijo mío, Luis XIV se alojaba aquí y lo encontraba bueno; no debemos ser más exigentes que él —responde María Antonieta.

Se vuelve entonces hacia sus damas y suspira, como un eco de la observación de su hijo:

—Ya saben que no esperaba venir aquí.

¡A decir verdad, nadie lo esperaba!

—Qué hermoso día, señor, aquel en el cual los parisienses van a tener en su ciudad a Su Majestad y su familia —declara el alcalde de París, Bailly, al entregar al rey las llaves de la ciudad.

—Entre los habitantes de mi buena ciudad de París me siento siempre con placer y confianza —se esfuerza por responder el rey.

La reina nada dice. Ha vuelto a encontrar el uso de ese silencio con el cual abrumaba a una Du Barry, un Rohan. Cuán lejos ha quedado todo eso...

ALGUNOS MOMENTOS DE DICHA

(24 DE DICIEMBRE DE 1789)

El 7 de octubre por la mañana, cuando despierta en el palacio de las Tullerías, María Antonieta puede creerse la Bella Durmiente del Bosque, que despertó, se dice, luego de un sueño de cien años. Hace treinta y cuatro que el palacio duerme, que sus colores se desvanecen o caen a tiras, que sus muebles se deterioran, que sus puertas ya no cierran... La reina ya no tiene tiempo para lamentarse de la vetustez del decorado. Apenas se ha levantado, debe presentarse. Ya está ahí la multitud de arpías que la han acompañado.

«El despertar de la familia real fue espantoso: los patios y las terrazas de las Tullerías se hallaban repletos de un gentío que exigía a grandes gritos ver al rey y a la familia real», informa la señora de Tourzel. Cosa que hace decir al delfín:

—Por Dios, mamá, ¿es que hoy será lo mismo que ayer?

Se entabla un diálogo entre la exreina de Versalles y las reinas de las calles de París:

—Hay que expulsar a esos cortesanos que son la pérdida de los reyes y querer un poco a estos buenos habitantes de París.

—Yo los quería en Versalles y los querré aquí.

—Ayer tratasteis de huir a la frontera.

—Ustedes lo creyeron porque lo oyeron decir, y eso es lo que causa nuestras desgracias.

Para demostrar que no se cree en las palabras de la Austríaca, se la apostrofa en alemán:

—Ya no lo sé, me he vuelto francesa —dice ella con una paciencia que desarma a las arpías.

A esa muchedumbre se suceden las diputaciones de los representantes de la municipalidad, de la Universidad, del Parlamento, que María Antonieta recibe mientras tiene a su hijo sentado sobre sus rodillas, como un escudo. A todos los discursos, la reina responde invariablemente:

—Recibo con placer los homenajes de la ciudad de París; seguiré al rey con satisfacción, adondequiera que vaya, y sobre todo aquí.

¿Quién se atreverá a hablar de la «debilidad» de las mujeres? ¡Ahí hay una mujer, María Antonieta, que acaba de vivir cuarenta y ocho horas de pesadilla y que se encuentra en ese lugar, recibiendo a la gente como si nada hubiese ocurrido! Cosa que no le impide confesar a la señora de Lamballe, quien acude a las Tullerías:

—Todavía escucho sus aullidos y los gritos de mis guardias. Estas horribles escenas se renovarán, pero he visto la muerte demasiado de cerca como para temerla, me creí a punto de ser desgarrada.

María Antonieta ha sido desgarrada por los insultos, los «maldita puta, maldita ramera», que no merece, y es prácticamente la única que lo sabe... escribe a su hermano José II:

«Tal vez ya conocéis mis desdichas; existo y sólo debo ese favor a la Providencia y a la valentía de uno de mis guardias, que se dejó matar para salvarme. [...] Necesito una circunspección y una prudencia superiores a todo, para atraer la confianza hacia mí; por el momento, mi función consiste en encerrarme en mis aposentos y tratar de hacer olvidar, por medio de una inacción total, toda impresión que me haya sido desfavorable, dejándoles sólo la de mi valor, que tan bien pusieron a prueba y que todavía se les impondrá en esta ocasión... El daño está hecho, la situación es horrible».

Esta prudencia, esta cordura, no agradan a su hermano, Leopoldo, quien afirma: «Más vale la muerte que esa sumisión».

¿La muerte? Ya no asusta a María Antonieta, quien confiesa a la señora de Polignac: «Si mi corazón no estuviese unido a mi esposo con vínculos tan fuertes, a mis hijos y a mis amigos, desearía sucumbir».

El 7 por la noche, María Antonieta encuentra todavía fuerzas para tranquilizar a Mercy —a quien imagina angustiado— por medio de una carta que pretende ser optimista: «Me siento bien, quedaos tranquilo. Olvidemos dónde estamos y cómo hemos llegado hasta aquí, y nos sentiremos contentos del movimiento del pueblo, sobre todo esta mañana».

Y a la mañana siguiente, el 8 de octubre, la multitud sigue ahí, reclamando su juguete, su espectáculo, la reina. La que se mostraba tan altiva debe ponerse a la entera disposición de ellos. María Antonieta consiente en responder a las preguntas más absurdas. «Todo ese día transcurrió en conversaciones con las verduleras y el populacho», informa el ministro de Sajonia, el señor de Salmour.

Para terminar con estas conferencias y para ceder a su costumbre —«siempre quiero que se separen de mí contentos»—, María Antonieta anuncia con imprudencia (es incorregible) que proporcionará fondos para que se retiren del montepío todas las prendas de no más de un luis. Para esa época, un luis es una bonita suma. Todos se precipitan, en el acto, a las ventanillas del montepío. Como no han recibido órdenes, los empleados se niegan a entregar nada. Furor de las comadres y el populacho, que invaden los locales, rompen todo lo que encuentran a su paso y regresan a las Tullerías a vociferar su desilusión y denunciar las mentiras de la Austríaca.

¿Comenzarán de nuevo los motines? María Antonieta se ha comprometido a la

ligera, sin reflexionar. Si se satisface su promesa de retirar las prendas no mayores de un luis, habrá que encontrar enseguida tres millones. Las arcas se hallan vacías. Luis Augusto corre en ayuda de su esposa, explica que ha habido un malentendido y que se ha abusado de las frases de la reina. Proclama que

«habida cuenta de los motivos que deben comprometerlo a respetar hasta las esperanzas que se han podido concebir ante las palabras de bondad de la reina, Su Majestad, después de tomar conocimiento de la suma a la cual podrían elevarse los depósitos, [...] ha determinado ejercer ese acto de beneficencia, reservándose el derecho de tomar los fondos de los dineros destinados a sus gastos personales y a los de la reina».

Verduleras y populacho no se sienten menos desilusionados por ello y mantienen su rencor contra la Austríaca, quien se ve abrumada por tanta incompreensión. En la noche de ese 9 de octubre, escribe: «El alma tiene que hacer un enorme trabajo para soportar las penas del corazón y para contener todo lo que se siente».

El 10, María Antonieta previene a Mercy de que no debe presentarse más en las Tullerías: se podría creer en una conspiración. Después de cinco días de oírse llamar Austríaca, María Antonieta ha entendido el peligro —mortal— que provoca semejante apodo. Y así como quiso huir de Versalles, la reina quiere huir de las Tullerías. Habla de ello a uno de sus secretarios y hombre de confianza, Augéard. Éste aprueba ese proyecto. Sí, la reina debe salir de Francia y refugiarse, sola, en Austria, en casa de su hermano. Dejará a su esposo una carta cuyo borrador compone con Augéard:

«Después de las agresiones cometidas contra mi persona el 5 y 6 de este mes, me es imposible disimular que tengo la espantosa desdicha de desagradar a vuestros súbditos. Imaginan que me opongo a la nueva constitución que quieren dar a vuestro imperio. [...] Prefiero condenarme a un oscuro retiro fuera de vuestros estados».

El 19 de octubre, María Antonieta renuncia a ese proyecto de retiro. Abandonar a su esposo, su hijo, su hija, es condenarse a no volver a verlos. María Antonieta prefiere permanecer en París, a merced de esos rabiosos que ladran todos los días bajo sus ventanas.

Esa valentía en medio del infortunio reviste a María Antonieta, la reina, de un nuevo encanto. Cuando visita una fábrica de espejos en el arrabal de San Antonio, el final de su visita es señalado por los «¡Viva María Antonieta! ¡Viva nuestra buena reina!»

«La reina, quien ha tenido una valentía increíble, comienza a ser mejor vista por el pueblo. Espero, pues, que con el tiempo y una conducta sostenida, podamos recuperar el afecto de los parisienses, que han sido engañados»^[95].

María Antonieta puede creer que ha vuelto la calma. Organiza como puede su

vida en las Tullerías. Una vida tan monótona como la que hacía en Versalles cuando era delfina. Desayuna sola. Recibe la visita del rey. Va a misa y después se encierra en sus aposentos. Almuerza a la una con el rey. Después del almuerzo, juega al billar con Luis Augusto, trabaja en una tapicería hasta las ocho, hora a la cual su cuñado y su cuñada, el conde y la condesa de Provenza, llegan para cenar. Cada uno se retira a las once. Es lo que la señora Campan llama sus «costumbres corrientes».

La princesa de Lamballe muestra ser la amiga de los días malos. No es la única. La señora de Tarento, la señora de Chimay, la de La Roche-Aymon y la de Ossun rodean a María Antonieta de cuidados y precauciones. La conversación de estas damas no es tan variada como la de la condesa Julio, quien sabía divertir a la reina con mil naderías. El tiempo de las naderías ha terminado. María Antonieta ha renunciado a ellas y «sus conversaciones no tenían, como se podría creer, la revolución como único objeto; trataba de conocer las verdaderas opiniones de los parisienses acerca de ella, y cómo había podido perder tan por completo el amor de su pueblo, y hasta de muchas personas que se encontraban ubicadas en los rangos superiores»^[96].

El drama —todavía no es una tragedia— de María Antonieta es completo. Ha logrado alienarse a la vez al pueblo y a la nobleza. Al pueblo, por sus ligerezas. A la nobleza, por su abuso de un favoritismo exagerado, del cual los Polignac son los primeros responsables. Hay motivos para llorar. Y María Antonieta, a pesar de su valor y su temple, cae en crisis de lágrimas que afligen a su hijo. Un día, al escuchar a su mujer que dice «es dichosa como una reina», el delfín rectifica en el acto:

—¿Dichosa como una reina? Entonces no habláis de mamá, porque siempre está llorando.

Sí, hay motivos para llorar. Como triste regalo para su trigésimo cuarto cumpleaños, la reina ha recibido una muy mala noticia. El anuncio se encuentra en una carta enviada el 9 de noviembre a Mercy por el conde de La Marck. Se dice allí que «hace unos días La Fayette ha mantenido una larga conferencia con la reina: ha empleado los medios más odiosos para sembrar la inquietud en su alma y llegó al punto de decirle que, para obtener el divorcio, se la acusaba de adulterio. La reina respondió con la dignidad, la firmeza y la valentía que le conocéis».

El «héroe de dos mundos» no se comporta como un caballero ante quien lo ha colmado de tantos beneficios, pero que además, con esa fatal inclinación a la burla, tan condenada por María Teresa, le había endosado un apodo en cuanto apareció en la corte: Don Rubiecito.

Don Rubiecito no perdonó que se hiciera burla de sus cabellos rojizos y su porte desgarbado. El rencor se convirtió en una antipatía compartida. El papel de La Fayette durante las jornadas de octubre, su suficiencia, su imprevisión, habían

transformado la antipatía de María Antonieta en un violento resentimiento. La Fayette, quien no ignoraba que esas jornadas habían sido dirigidas por el duque de Orleans, se atrevió a preguntar a la reina si el duque no aspiraba al trono.

—Señor —dijo ella mirándolo fijamente—, ¿es necesario ser príncipe para pretender la corona?

Don Rubiecito no se dio por enterado. Quería dirigir a la reina y, por intermedio de ella, al rey. No dejaba de abrumar de consejos y sugerencias a María Antonieta, que ella desechaba siempre con implacable cortesía. Eso exasperaba a La Fayette, quien resumía la situación con un «el rey es un buen hombre que no tiene valor, ni carácter, y con quien yo haría lo que quisiera, a no ser por la reina, quien me molesta demasiado».

Para desembarazarse de esa «molestia», La Fayette —y no era el único— pensaba en el divorcio por adulterio...

Para conjurar esa amenaza, o para olvidarla, María Antonieta se dedica a sus hijos. No se cansa de asistir a las lecciones de Muselina, a quien ahora llama Muselina «la Seria». Porque la joven María Teresa es tan seria como su abuela y madrina, la difunta emperatriz de Austria. Y como María Antonieta, de niña, había recibido de su madre el reproche de no saber leer, ahora María Antonieta dirige los mismos reproches a su hijo. A los cuatro años, el delfín no sabe leer.

—Y bien, mamá, lo sabré para vuestro aguinaldo —afirma Luis Carlos, quien a finales de noviembre pide a su preceptor, el abad de Avaux, que «es preciso que sepa cuánto tiempo tengo hasta el día de Año Nuevo, porque he prometido a mamá que para entonces sabré leer».

Al enterarse de que sólo le queda un mes, Luis Carlos decide:

—Dadme, mi buen abad, dos lecciones por día y me aplicaré mucho.

Cumple con su promesa y el 1 de enero de 1790 entra a la alcoba de su madre, con un libro en la mano, y dice:

—He aquí vuestro aguinaldo, he cumplido mi promesa, ahora sé leer.

El 29 de diciembre, María Antonieta escribe a la señora de Polignac a propósito de sus dos hijos:

«Debéis de haber recibido una carta de mi hija. La pobre pequeña es siempre maravillosa conmigo. En verdad, si pudiese ser feliz, lo sería por esos dos seres. El *Cariñito* es encantador y lo adoro. También él me quiere mucho, a su manera, sin molestarse».

Unos días antes, en vísperas de Navidad, Fersen pasó todo un día con María Antonieta. «Por fin, el 24, pasé todo un día con Ella, era el primero, ya supondréis mi alegría, sólo vos podéis sentirla», escribe a su hermana y confidente, Sofía. En las cartas que envía a Sofía, Fersen tiene el hábito de designar a la reina como «Ella», con E mayúscula, por supuesto. La precaución no es inútil. En ese final de 1789, el reinado de la sospecha y la delación se eleva y extiende cada día más. ¿Qué importan

esos inconvenientes? Ese 24 de diciembre, María Antonieta, rodeada por todos aquellos a quienes quiere, Luis Augusto, Luis Carlos, Muselina, Axel, conoce algunos momentos de felicidad.

«ES TAN DULCE ESPERAR...»

(PRIMAVERA DE 1790)

En qué espantosa situación se encuentra este hermoso reino, sin fuerzas en el interior y sin consideración en el exterior. [...] Se ha enseñado al pueblo a sentir su fuerza y la usa con ferocidad. La nobleza, el clero y los parlamentos, que fueron los primeros en dar el ejemplo de la desobediencia y de la resistencia, son las primeras víctimas: resultan destruidos, y sus castillos incendiados. La alta burguesía, que había sido seducida, se arrepiente ahora, pero es demasiado tarde. Los obreros, los fabricantes, los artesanos, todos están arruinados y descontentos, porque todos los bolsos se han cerrado, todos desean otro orden de cosas, pero el populacho está armado y, como no tiene nada que perder, lo tiene todo por ganar.

FERSEN, 1 de febrero de 1790

Mientras María Antonieta se cree segura en las Tullerías y trata de limitar su universo a su esposo, sus hijos, sus amigos, su tapicería; la Historia, por su parte, desconoce las pausas dichas y los paraísos provisionales.

La Asamblea Nacional que, después del rey, ha salido de Versalles, en octubre, hacia París, se ha instalado en la sala de Equitación, cerca de las Tullerías. Allí trabaja sin desmayo. Presionada por el temor a la bancarrota, declara que los bienes del clero se encuentran a disposición de la nación, y en diciembre de 1789 crea «asignados», es decir, billetes de mil libras que dan un interés del 5 por ciento y que son garantizados por los bienes eclesiásticos, o «asignados» a ellos. Los asignados se convierten en simple papel moneda y se deprecian de mes en mes.

A palabras nuevas como «asignado», hombres nuevos como Barnave, Duport, Lameth, Mirabeau, Pétion, Robespierre, Danton, Marat, Fabre D'Eglantine. Frente a tantos cambios, Luis Augusto piensa de buena gana que no se puede ir más lejos y que la revolución está a punto de terminar. María Antonieta se entera de que se plantan árboles de una variedad que desconocía: el árbol de la libertad.

«Cinco de febrero de 1790. Ayer, el rey fue [...] a la Asamblea Nacional. Pronunció el discurso más conmovedor, el más paternal, el más digno de un ciudadano cuyos intereses se encuentran confundidos con un profundo sentimiento de amor por la patria. [...] El entusiasmo de la nación

por su rey y el retorno de su apego hacia la reina quien ha secundado a la perfección la labor de su augusto esposo, no permiten dudar de que todas las nubes que se habían acumulado sobre nuestra alianza con la Casa de Austria se disiparán muy pronto [...]. La voz general impondrá silencio a los redactores de libelos. Marat, el Amigo del Pueblo, se ha ocultado. [...] Avergüenza leer en *Les Révolutions* (Las Revoluciones) de Desmoulins que la esposa del monarca no es reina de los franceses y que debe ser llamada sencillamente: “Antonietta, esposa del rey de los franceses”»^[97].

¿Un discurso habría bastado para engendrar semejante milagro? Es cierto que en su discurso del 4 de febrero el rey ha anunciado a los diputados:

«Por lo tanto defenderé, mantendré la libertad constitucional, cuyo principio ha sido consagrado por el deseo general, de acuerdo con el mío; haré más, y en concordancia con la reina, quien comparte todos mis sentimientos, prepararé muy pronto el ánimo y el corazón de mi hijo para el nuevo orden de cosas que han establecido las circunstancias».

Estas palabras provocan un entusiasmo general, París se ilumina y María Antonietta escribe a la princesa de Lamballe, quien se encuentra momentáneamente ausente:

«Ahórcate, valiente Crillon, decía Enrique IV a su hermano de armas; y yo os digo, amiga mía, lamentaos de no haber estado ayer en París; hace un año que no teníamos un día tan delicioso... *Es tan dulce esperar* que me abandono a los sentimientos que experimento; aunque sólo se trate de ilusiones, son caras a mi corazón, ya que me tranquilizan acerca de la suerte futura de mis hijos».

¡Ay, no son más que ilusiones! Varios días más tarde, el marqués de Favras, acusado, entre otros proyectos contrarrevolucionarios, de haber querido secuestrar al rey y su familia, es ahorcado en la plaza de Grève. La reina y el rey se sienten profundamente afligidos por esta muerte. «Fui testigo de su dolor —relata la señora de Tourzel—, y todavía no puedo pensar en el estado en que vi a la reina cuando se enteró de que el señor Favras ya no existía».

Dos días después de esta ejecución, un relator del Consejo de Estado, el señor de La Villeurnoy, tiene la desdichada idea de presentar en las Tullerías, durante el almuerzo del rey y la reina, a la viuda y el hijo de Favras, de luto. Vigilados por los guardias nacionales, Luis Augusto y María Antonietta no pueden testimoniar en público su simpatía a esos desdichados, ya que Favras ha sido ahorcado como «enemigo de la nación», y fingen una absoluta impasibilidad. En cuanto ha terminado el almuerzo, María Antonietta se precipita hacia la señora Campan, a quien explica:

«Hay que morir cuando una es atacada por personas que reúnen en sí todos los talentos y todos los crímenes, y defendida por gente muy estimable, pero que no tiene una idea justa de nuestra situación. Al presentarme a la viuda y el hijo de Favras me han comprometido frente a los dos partidos. Libre en mis acciones, hubiera tomado al hijo de un hombre que acaba de sacrificarse por nosotros para ponerlo a la mesa entre el rey y yo; pero rodeada por los verdugos que acaban de hacer morir a su padre, ni siquiera me atreví a clavar mis ojos en él. Los realistas me censurarán por no haber dado la impresión de que me ocupaba del pobre niño; los revolucionarios se sentirán irritados al pensar que se creyó complacerme cuando me lo presentaron».

María Antonieta envía a la viuda de Favras algunos rollos de cincuenta luises, y ello en medio del mayor secreto. En las Tullerías la familia real vive bajo una vigilancia sin treguas, y los permisos de paseo son otorgados como una «gran gracia».

A la pérdida del marqués de Favras, defensor de la realeza, se agrega otra, más cruel aún para María Antonieta. El 27 de febrero se entera de la muerte de su hermano José II, ocurrida el 20, en Viena. «Me he sentido muy desdichada por la pérdida que acabo de tener; pero por lo menos la fuerza y el valor que aquél a quien lloro puso en sus últimos momentos obligan a todo el mundo a hacerle justicia y admirarlo, y me atrevo a decir que ha muerto digno de mí», escribe María Antonieta a la señora de Polignac.

Será una de las últimas cartas que la duquesa Julio recibirá de su amiga. Espiada sin pausa, María Antonieta renuncia a escribir en un sobre ese nombre de Polignac, que la publicación del *Libro rojo* convierte ahora en pasto para el público.

Este *Libro rojo*, cuya aparición fue decidida por la Asamblea Nacional, explica que las prodigalidades de la reina y sus favoritos son «las verdaderas fuentes de la inmensa deuda del Estado». Se olvidan en forma voluntaria las otras fuentes, la ayuda aportada a los insurgentes norteamericanos, etc. Esta publicación provoca un retorno del odio contra María Antonieta. Tiene conciencia de ello. «Ya no se sabe hasta dónde llegarán los facciosos —dice—; el peligro aumenta de día en día». Se esfuerza por conjurar ese peligro ocupándose de la primera comunión de Muselina, que se lleva a cabo el 31 de marzo, sin fasto alguno, en la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois. Según el testimonio del abad Rudemare, quien era el vicario, María Antonieta mantiene los ojos fijos en su hija durante toda la ceremonia.

El 13 de abril de 1790, varias tormentas han agitado a la Asamblea Nacional y llegado hasta la calle. Se teme un ataque contra las Tullerías. Por la noche estallan disparos de armas de fuego en las terrazas. Luis Augusto despierta sobresaltado y se precipita —reflejo habitual— hacia la habitación de María Antonieta. Ella no se encuentra en su alcoba. ¿Se repetirá la pesadilla de la noche del 5 al 6 de octubre? El rey corre a ver al delfín, a quien halla en brazos de la reina.

—Señora, os buscaba, me inquietasteis —dice Luis Augusto, trastornado.

—Estaba en mi puesto —responde María Antonieta con esa sonrisa que basta para hacer olvidar a su esposo su inquietud y los últimos disparos.

Falsa alarma.

Estas alarmas, esa vigilancia, hacen insoportable para la reina el palacio de las Tullerías. Encerrada entre sus paredes desde el 6 de octubre, aspira a un poco de paz, a un poco de aire puro.

El 29 de mayo escribe a su hermano Leopoldo, quien ha sucedido a José II en el

trono de Austria:

«La salud de todos nosotros sigue siendo buena, es un milagro, en medio de los dolores del espíritu y de las espantosas escenas cuyo relato escuchamos todos los días y que muy a menudo presenciemos. Creo que nos dejarán aprovechar el buen tiempo yendo unos días a Saint-Cloud, que se encuentra a las puertas de París. Es absolutamente necesario para nuestra salud respirar un aire puro y más fresco; pero pronto volveremos aquí. Hay que inspirar confianza a este pueblo desdichado; se hacen tantos esfuerzos por inquietarlo y enemistarlo con nosotros... Sólo el exceso de la paciencia y la pureza de nuestras intenciones pueden acercarlo a nos».

La paciencia y la pureza no servirán para gran cosa... El 4 de junio María Antonieta parte con rumbo a Saint-Cloud. Y ése será su último verano hermoso.

UN VERANO MILAGROSO

(JUNIO-NOVIEMBRE DE 1790)

María Antonieta está en Saint-Cloud. Respira, recupera el aliento. Corza acorralada, pueden hacerse la ilusión de que los árboles de Saint-Cloud la protegen de los perros lanzados en su persecución. Lejos del motín de los furiosos, ya no escucha los insultos de las verduleras, los títulos de los libelos que se osan vender bajo las ventanas de sus aposentos, voceando títulos como *Veladas amorosas del general Mottier y la Bella Antonieta, por el faldero español de la Austríaca, o La confesión de María Antonieta, actual reina de Francia, al pueblo de Francia, sobre sus amores e intrigas con el señor de La Fayette*.

Ya que se inventa que es la amante de La Fayette, uno de los hombres a quienes más detesta en la actualidad, ¡también se puede inventar que es la amante de Fersen o de la señora de La Motte!

María Antonieta está en Saint-Cloud. Quienes se le acercan se muestran unánimes en celebrar su belleza, su gracia, su porte. Según la señora Eloff, su costurera, la reina tiene entonces 58 centímetros de talle y 109 de busto. Casi siempre va vestida con ropa de hilo blanco y lleva «una toquilla, un gran sombrero de paja cuyas grandes cintas se unían con un gran nudo en el cruce de la toquilla». Estos detalles de la vestimenta no se deben a la señora Eloff, sino a Carlota Luisa Adelaida de Osmond, futura condesa de Boigne, quien entonces tiene nueve años y que recuerda un encuentro con la reina, durante ese verano de 1790:

«[...] La encontré en la terraza, rodeada de guardias nacionales. Mi corazoncito se hinchó ante ese aspecto y me eché a sollozar. La reina se arrodilló, apoyó su cara contra la mía, y ahí estábamos las dos envueltas en mis largos cabellos rubios, mientras ella me pedía que ocultara mis lágrimas. Sentí derramarse las de ella. [...] Después me dijeron que se había creído obligada a explicar a su séquito que el primer delfín me quería mucho; que no me había visto desde la muerte de éste y que ese era el motivo de nuestra mutua sensibilidad».

Estamos en eso, María Antonieta debe rendir cuenta de su «sensibilidad» a esos guardias nacionales que no le pierden pisada y que se encuentran bajo el mando de La Fayette. Hombre siempre galante, Don Rubiecito se jacta de haber dejado una «salida no vigilada» para permitir que María Antonieta reciba a Fersen a sus anchas.

Testimonio de Saint-Priest:

«La corte pudo pasar el verano en Saint-Cloud, pero Sus Majestades nunca estaban sin vigilancia en lo referente a sus movimientos. Los ayudantes de campo de La Fayette los seguían a todas partes y uno de ellos se alojaba en la antealcoba de la reina so pretexto de estar en condiciones de recibir órdenes que hubiera que comunicar a La Fayette. “Cuando miro al jardín —decía la reina en Saint-Cloud—, veo a ese hombre en las alturas que lo dominan; si voy hacia donde lo he visto, lo veo en la altura vecina”. Durante sus paseos, sea a pie o a caballo, él la sigue constantemente. Ello no impedía que las visitas de Fersen fuesen siempre aceptadas. Se había establecido en la aldea de Auteuil, en casa de uno de sus amigos, de donde se dirigía a Saint-Cloud al anochecer. Se me hizo saber que un sargento de la guardia francesa [...] había dicho que, al encontrarse con Fersen a las tres de la mañana, había estado a punto de arrestarlo. Creí necesario hablar de ello a la reina y le hice notar que la presencia del conde de Fersen y sus visitas al castillo podían constituir algún peligro. “Decídselo —respondió ella—, si lo consideráis oportuno. Por mi parte, no me importa”. Y en efecto, las visitas continuaron como de costumbre».

¡Cuánto se ha hablado acerca de esta salida a las tres de la mañana! Y sin embargo, nada más natural que la presencia de Fersen en Saint-Cloud, aun a horas avanzadas de la noche. Después del drama de las jornadas de octubre, Fersen se había convertido en uno de los familiares de las Tullerías, admitido en la intimidad de los soberanos; cifraba y descifraba los despachos secretos, contaba con la confianza total del rey y de la reina, confianza, explicará a su padre, «concentrada en tres o cuatro personas, de las cuales yo soy la más joven». Fersen, consejero de Luis Augusto y amigo de María Antonieta, esto es claro y transparente. Fersen tiene, con María Antonieta y su esposo, conversaciones que terminan tarde y que se refieren al desarrollo de los acontecimientos, a la política que se debe emplear, a la posibilidad de que las cosas vuelvan a su orden. Eso era lo que ansiaba María Antonieta en vísperas del viaje de las Tullerías a Saint-Cloud:

«Sólo deseo, un orden de cosas que devuelva la calma y la tranquilidad a este desdichado país y que prepare a mi pobre hijo para un porvenir más dichoso que el nuestro, [...] Es una guerra de opiniones, y está lejos de haber terminado».

En esta «guerra de opiniones» se distingue en especial Mirabeau, acerca de quien un contemporáneo ha dicho que «gustaba de la libertad por sentimiento, de la monarquía por la razón y de la nobleza por vanidad». Asustado ante la creciente anarquía, se presenta ahora como salvador de esa monarquía a la cual tanto ha combatido.

—Pienso que nunca seremos lo bastante desdichados para vernos reducidos a la penosa necesidad de recurrir a Mirabeau —había respondido María Antonieta al enterarse del giro y las insinuaciones del tribuno.

Ha llegado el momento de esa «penosa necesidad». Es necesario recurrir a los servicios de aquél a quien María Antonieta, en una carta a un amigo de Fersen, el barón de Flachsland, llama el monstruo, el «monstruo, perdonadme la palabra». Fersen, Mercy, presionan a la reina para que reciba al monstruo. ¡Ante la idea de

verse obligada a dirigir la palabra a Mirabeau, María Antonieta manifiesta más repugnancia aún que si se tratara de la señora Du Barry! Mercy calma las aprensiones de la reina, quien consiente en recibir al diputado del tercer estado el 3 de julio en Saint-Cloud. La entrevista dura tres cuartos de hora. Tres cuartos de hora bastaron a la Bella para conquistar a la Bestia. Mirabeau se ubica, en cuarenta y cinco minutos, entre los devotos de María Antonieta, a quien promete, al dejarla: «Señora, la monarquía está salvada». A su sobrino, el conde de Saillant, que lo ha acompañado y que lo espera en la puerta del parque de Saint-Cloud, le dice, extasiado:

—Es muy grande, muy noble, muy desdichada; pero la salvaré.

Después de ese encuentro escribirá:

«El rey tiene un solo hombre: su mujer. Para ella no hay seguridad alguna fuera del restablecimiento de la autoridad real. Me gusta creer que no querría la vida sin la corona; pero estoy muy seguro de que no conservará la vida si no conserva la corona. Pronto llegará el momento en que tendrá que probar lo que pueden hacer una mujer y un niño a caballo; para ella, ese es un método de familia».

En María Antonieta ha reconocido a la digna hija de María Teresa. Amador de mujeres, ha sido sensible a la seducción de la reina. Una seducción irresistible, que conquista y atrae en unos minutos. ¿Habrá que ver en María Antonieta a la reina de las seductoras? Mirabeau no está lejos de sentirse convencido de ello. ¿Y qué piensa María Antonieta del monstruo a quien ha logrado encadenar? Testimonio del conde de La Marck:

«La primera vez que volví a ver a la reina después de esa entrevista, me aseguró en el acto que ella y el rey habían adquirido la convicción de la sincera devoción de Mirabeau a la causa de la monarquía y a sus personas. Luego me habló de la primera impresión que le había producido la aparición de Mirabeau [...] y [...] se apoderó de ella una expresión de horror y espanto, y se mostró agitada hasta tal punto que más tarde experimentó una ligera indisposición. En cuanto a Mirabeau, sólo hablaba de lo satisfactorio de la entrevista».

Misterios de la seducción.

Apenas repuesta de su indisposición, María Antonieta deberá salir de Saint-Cloud para asistir en París, el 14 de julio, a la fiesta de la Federación. La Asamblea Nacional había decidido, por un decreto del 27 de mayo, que el aniversario de la toma de la Bastilla se celebraría en el Campo de Marte por medio de una solemne federación, que abarcaría a todos los representantes del reino. El rey y su séquito, los diputados, los delegados de los departamentos, la guardia, irían a prestar juramento de fidelidad a la Nación, a la Ley, a la Constitución.

María Antonieta teme ese aniversario, y el 12 de junio escribe a Mercy: «No puedo pensar en esa época sin estremecerme; reunirá para nosotros todo lo que hay

de más cruel y doloroso, y aun así es preciso concurrir. Para ese momento hace falta poseer una valentía más que sobrenatural». María Antonieta tendrá esa «valentía más que sobrenatural».

La reina, quien debía figurar en los estrados al lado del rey, ha sido relegada a la Escuela Militar, desde donde contemplará el espectáculo. Esta decisión de separar de manera ostensible a la reina del rey durante una ceremonia oficial ha sido adoptada el 9 de julio. Luis XVI se muestra afectado por ella. La decisión no produce el efecto de ostracismo buscado: en cuanto aparece en una ventana de la Escuela Militar, María Antonieta, acompañada por su hijo, a quien ha envuelto en su chal para protegerlo de la lluvia, escucha gritar: «¡Viva la reina! ¡Viva el delfín!».

Ese 14 de julio de 1790 es lluvioso. El pueblo bautiza a esa lluvia como «el llanto de la aristocracia», como se puede leer en la *Correspondencia secreta*.

«Se había temido que el Campo de Marte se viese inundado por la sangre de los franceses; en realidad sólo lo fue por los torrentes de lluvia, que el pueblo denominó alegremente el llanto de la aristocracia. Ningún otro accidente turbó esa fiesta: fue hermosa, tranquila, majestuosa».

Fersen no está del todo de acuerdo con esta interpretación de la fiesta de la Federación:

«La ceremonia —que habría debido ser muy augusta, muy bella y muy imponente, por la enorme multitud de asistentes y por la belleza de la escena— fue, a consecuencia del desorden y de la indecencia que reinaron, en todo sentido ridícula».

Exitoso o ridículo, ese 14 de julio queda como uno de los grandes días de la Revolución Francesa. Al igual que el 4 de agosto de 1789, en el cual se puede ver su preliminar nocturno, los franceses pueden creerse libres, iguales, hermanos. Cierta folklore agrega muchos elementos a la fiesta: el obispo de Autun, monseñor de Talleyrand-Périgord, dice una misa y luego bendice las 83 banderas que representan a los 83 departamentos. Mil doscientos músicos ejecutan un *Te Deum*. La Fayette sube al altar para jurar fidelidad en nombre del ejército, a la Nación, a la Ley y al Rey. Aclamado, el rey sale del Campo de Marte con María Antonieta y el delfín, acompañado por los gritos de «¡Viva el rey! ¡Viva la reina! ¡Viva el delfín!». El deseo de separar al rey y la reina sólo ha servido para unirlos en las aclamaciones finales.

En los días que siguen a esta fiesta de la Federación, continúa la ilusión de la reconciliación. Los delegados de las provincias insisten para que la familia real vaya a visitarlos: «Vengan a nuestra provincia del Delfinado, que nosotros sabremos defenderlos», claman los federados de Grenoble. «No olvidéis que habéis llevado el nombre de nuestra provincia y que los normandos han sido y siempre serán fieles», dicen los normandos al delfín. De Normandía al Delfinado, el rey y la reina escuchan un solo grito: «Vengan a vernos, los queremos». Un grito que el rey y la reina no escucharán, o cuya urgencia desconocerán. «Si el rey hubiese aprovechado esa

circunstancia para viajar a sus provincias y para anunciar en esa revista que se allanaría al deseo que se le expresaba por el órgano de sus diputados; que no quería otra guardia que la de los habitantes de los lugares que recorrería, y que no deseaba ser acompañada en esos viajes por otros que no fuesen los buenos federados que tanto apego le testimoniaban, habría desconcertado a la Asamblea y la habría colocado en la situación de recurrir a sus bondades», comenta la señora de Tourzel. Eso es exactamente lo que dirá Barnave a Doña Isabel, durante el regreso a Varennes:

—¡Ah, señora, no os quejéis de esta época, porque si el rey hubiese sabido aprovecharla, habríamos estado perdidos todos!

En lugar de ir a sus provincias, Luis Augusto se conforma con pasar revista, en la Estrella, a cada diputación del ejército. María Antonieta, que asiste en calesa, logra un triunfo personal:

«Habló a quienes se le acercaban con una bondad y una afabilidad que conquistó todos los corazones [...] Era una embriaguez de sentimientos; fue el último día de la reina, [...]»^[98].

¡Qué encarnizamiento en desear que la reina sea desdichada y que cada uno de sus hermosos días sea el último! No, no será el último día bueno de María Antonieta, ya que regresa a Saint-Cloud después de la fiesta de la Federación. La vida transcurre allí sencilla y tranquila. El rey reanuda sus paseos a caballo, acompañado por un edecán de La Fayette. María Antonieta vaga por el parque, más a menudo con sus hijos que con Fersen. Se pasea mucho, los paseos se hacen cada vez más prolongados, sin despertar la atención de la guardia nacional. La tentación de huir es grande. Luis Augusto se resiste a ella, para consternación de María Antonieta, quien sabe que en Saint-Cloud, como en las Tullerías, está en la prisión. Cosa que Luis Augusto no ha entendido aún, y que sólo entenderá en la primavera siguiente, en 1791. Demasiado tarde.

Visto desde Saint-Cloud, París tiene un aspecto tranquilo, como María Antonieta se complace en subrayarlo en una carta a Mercy:

«París tiene un aspecto tranquilo, pero yo querría ver los departamentos formados y tranquilos, en actividad; querría ver las leyes terminadas; querría que todos los que agreden al nuevo régimen reflexionen y sepan que perderán mucho más si no se consuelan; querría que se amase a la patria y la tranquilidad pública más que a los intereses de la fortuna y del amor propio; querría muchas cosas, y nada puedo hacer».

María Antonieta podía hacer tantas cosas, y ha derrochado tanto... Ese derroche, ese pasado cercano, todo ha transcurrido tan de prisa... María Antonieta no puede dejar de sentir nostalgia. Un día en que se pasea por el parque de Saint-Cloud,

seguida por los guardias nacionales, cuchichea a la señora de Tourzel:

—¡Cuánto se asombraría mi madre si viese a su hija, hija mujer y madre de rey, o por lo menos de un niño destinado a serlo, rodeada de semejante guardia! Parecería que mi padre tuvo un espíritu profético el día en que lo vi por última vez.

Y entonces recuerda a ese padre perdido demasiado temprano, y la última entrevista de ambos:

—Yo era la más joven de mis hermanas. Mi padre me sentó sobre sus rodillas, me besó varias veces y siempre con lágrimas en los ojos, en apariencia con un dolor extremo por la necesidad de separarse de mí. Eso pareció singular a todos los que se hallaban presentes, y tal vez yo misma no me habría acordado si mi situación actual, al recordarme esa circunstancia, no me hiciera ver, para el resto de mi vida, una serie de desdichas demasiado fáciles de prever.

María Antonieta cierra esos momentos de nostalgia mirando hacia París y suspirando:

—Esta vida de París era antes mi dicha; aspiraba a habitar aquí a menudo. ¡Quién me habría dicho entonces que ese deseo sólo se realizaría para dejarme impregnada de amargura, y para ver al rey y a su familia cautivos en un pueblo rebelado!

De París llegan las notas de Mirabeau, cada vez más numerosas, cada vez más imperiosas, cada vez más alarmantes, como la que la reina recibe el 13 de agosto:

«Cuatro enemigos llegan a paso redoblado: los impuestos, la bancarrota, el ejército, el invierno. Es preciso adoptar una decisión; quiero decir que hace falta prepararse para los acontecimientos, dirigiéndolos. En dos palabras, la guerra civil es segura, y quizá necesaria».

Mirabeau concluye pidiendo una nueva entrevista, María Antonieta queda estupefacta. No está acostumbrada a semejante estilo. Como Luis Augusto, y ello es honroso para los dos, es hostil a la guerra civil. Envía la nota de Mirabeau a Mercy, acompañándola con el siguiente comentario:

«¿Cómo puede Mirabeau, o cualquier otro ser pensante, llegar a creer que nunca, pero menos en este instante, haya llegado el momento de que nosotros provoquemos la guerra civil?».

Su cuñada Isabel, quien no tiene tales escrúpulos, escribe a su amiga la señora de Bombelles:

«Tú temes la guerra civil, yo te confieso que la considero necesaria, [...] y creo que cuanto más se demore, más sangre se derramará».

Impulsada por el ardor de sus veintiséis años, Isabel predica la guerra civil a Luis Augusto y María Antonieta, ¡quienes no quieren oír hablar siquiera de ella!

Mirabeau multiplica sus notas y se impacienta por no poder ver de nuevo a María Antonieta. Se empieza a sospechar que el tribuno siente cierta debilidad por la Austríaca. ¿Y no se habrá llevado a la familia real a Saint-Cloud nada más que para dejarla conspirar a su antojo?

«Veintiocho de agosto de 1790. [...] La corte de Saint-Cloud se encuentra en medio de la mayor agitación: se escribe día y noche; los correos se suceden sin interrupción. La reina es quien dirige todos estos movimientos y quien, al salir de las oficinas, reaparece en público mostrando un aspecto de la mayor tranquilidad.

»Dieciocho de setiembre. El rey va lo menos posible a París. La capital advierte esa renuencia; acusa de ella, en gran parte, a la reina, pero también murmura contra el rey, cosa que produce un mal efecto»^[99].

Lo que no produce efecto alguno es la renuncia de Necker, el 4 de setiembre. Los periódicos se conforman con anunciar: «El señor Necker se ha ido a Suiza». En cuanto a Fersen, está alborozado: «El señor Necker [...] no es echado de menos por nadie, ni siquiera por las personas de su sociedad». Alborozo que sin duda debe de compartir María Antonieta, quien en el fondo no quería demasiado a ese Necker.

«Nueve de octubre de 1790. La reina, los ministros, los cortesanos, han comprometido al rey a quedarse todo el invierno en Saint-Cloud. [...] La reina querría a toda costa que fuese el rey quien se alejara aún más de la capital.

»Cinco de noviembre. La corte [...] se ha decidido a regresar a París el 1 de noviembre; pero la reina, siempre con el pretexto de su dolor de garganta, no ha querido ver a nadie e intrigó tanto ante el rey que éste anunció que volvería mañana a Saint-Cloud, a la vez que prometía que regresaría el 13»^[100].

María Antonieta sólo vuelve a París a mediados de noviembre. Ese verano que ella ha logrado prolongar más allá de sus límites habituales puede ser considerado, de tal manera, como un verano en verdad milagroso...

¿ABANDONARÍA DIOS A LOS SUYOS?

(18 DE ABRIL DE 1791)

A su regreso a París, una mala noticia, otra más, espera a Maria Antonieta y la ensombrece. El señor de La Motte ha regresado de Inglaterra para pedir la revisión del proceso de su esposa, Juana de La Motte-Valois. Presenta en dos ocasiones su petición a la Asamblea Nacional. Mirabeau ve en el acto el peligro que representaría para la reina esa resurrección del asunto del Collar. Lo denuncia en una de sus notas:

«Esta intriga, sea el duque de Orléans su promotor o sencillamente un agente de La Fayette, sólo es peligrosa si damos la impresión de tener miedo de ponerla en claro. La agitación por medio de la cual se trata de hacer volver el caso La Motte ante el tribunal, para una revisión del proceso, tiene un objetivo más siniestro que el de promover la curiosidad y la emoción públicas: la intención es la de atacar de manera directa a la reina. Como los conspiradores conocen muy bien la firmeza y la lucidez de Su Majestad, la consideran la primera y más sólida defensa del trono; *ergo*, es preciso que sea la primera en resultar eliminada. Si esos hombres, políticamente hábiles, logran hacer revisar en público el caso La Motte y convierten en “prueba legal” las acusaciones calumniosas de la señora La Motte, podrán utilizarlas para justificarse, si presentan ante la tribuna de la Asamblea el tema de un procedimiento de divorcio de la pareja real, que sólo dejaría al rey la opción de la regencia o la abdicación. Visto desde ese ángulo, el caso La Motte se convierte en una amenaza precisa, que constituye la base misma de la conspiración».

Esta vez, María Antonieta será la acusada y la señora de La Motte la acusadora. Qué tentación, para la descendiente de los Valois, obligar a la descendiente de los Habsburgo a presentarse ante un tribunal. Se probaría la culpabilidad de la reina en el caso del Collar. María Antonieta sería encerrada a su vez en la Salpêtrière, ¿y quién sabe?, azotada, marcada en el hombro con la M de mentirosa. Cuando se trataba de María Antonieta, la imaginación de la señora La Motte ya no tenía límites. Para convencerse de ello, basta con abrir al azar sus *Memorias*, que cualquiera puede leer abiertamente en ese otoño de 1791, y encontrar pasajes como: «La voluptuosa princesa me aguardaba con impaciencia entre dos sábanas y puedo asegurar que aprovechó las cinco horas de libertad que le dejaba el viaje de su esposo a Rambouillet».

¿Se atrevería la señora de La Motte a repetir tales acusaciones, tales elucubraciones, en voz alta, frente a un tribunal? Eso debió de parecer arriesgado a

esa mujer que, refugiada en Inglaterra, se sentía segura. Robespierre, Marat, Hébert, invitan a la fugitiva a regresar a París y presentarse en la «arena». Prometen que la Asamblea hará «una proclamación pública de los eminentes servicios prestados ala nación por la señora de La Motte». Invitaciones apremiantes, promesas atrayentes, que no fueron suficientes para convencer a la señora de La Motte, quien consideraba demasiado grande el peligro y prefirió permanecer en Inglaterra, donde murió el 23 de agosto de 1791. Su esposo, debidamente rodeado y hábilmente comprado, renunció a sus pretensiones de revisión de un proceso que, al igual que el primero, habría sido el proceso de la reina, pero esta vez sin miramiento alguno. «Moriré en la brecha, en este asunto y en todo lo que afecte a la augusta e interesante víctima que codician tantos granujas», se indignó Mirabeau, quien supo evitar a María Antonieta la peor de las humillaciones: ¡ser declarada culpable mientras se dictaminaba la inocencia de la señora de La Motte!

La rapidez de Mirabeau para conjurar ese peligro agradó a la reina, quien por fin aceptó volver a ver a su defensor. La prudencia impidió el encuentro de ambos. En las Tullerías, María Antonieta era mejor vigilada de lo que lo había sido la señora de La Motte en la Salpêtrière. Esa vigilancia extrema se volvió insostenible, y a finales de 1790 la reina escribió al nuevo emperador de Austria, Leopoldo:

«Sí, mi querido hermano, nuestra situación es espantosa, lo siento, lo veo, y vuestra carta lo ha adivinado todo. [...] El asesinato está a nuestras puertas; no puedo aparecer en una ventana, aun con mis hijos, sin ser insultada por un populacho ebrio, al cual jamás hice el menor mal, sino todo lo contrario, y sin duda hay entre ellos muchos desdichados a quienes socorrí de mi propia mano. Estoy preparada para cualquier cosa y escucho con sangre fría a quienes piden mi cabeza...»

Sólo la esperanza de huir de semejante infierno sostenía a María Antonieta. Luis Augusto vacilaba, temiendo que su partido desatara una guerra civil. Para explicar esa vacilación, María Antonieta decía: «Sé que el deber de un rey es padecer por los demás, pero también nosotras lo cumplimos bien». Luis Augusto sufría en especial por haber debido aceptar, el 26 de diciembre de 1790, la Constitución civil del clero. La Asamblea Nacional consideraba a los obispos, curas y vicarios como funcionarios públicos que, como tales, tenían que prestar juramento a la Constitución. Quienes se negaban eran destituidos. Todos los obispos, salvo siete, entre ellos Talleyrand, rechazaron el compromiso. En el clero bajo, sólo una mitad prestó juramento. Fueron los «juramentados», y la otra mitad era la de los «refractarios». Esta división del clero en «juramentados» y «refractarios» acongojaba al rey, cosa que se sumaba a los tormentos de la reina.

A principios de 1791, María Antonieta tuvo el dolor de ver partir a Mercy, quien había obtenido el permiso de Leopoldo para salir de París y ocupar un puesto menos peligroso, el de ministro de los Países Bajos. No se dejaba de esquivar a la reina como a una apestada. Muy pronto les tocó el turno a las Señoras, quienes partieron el 19 de febrero. Ya eran sólo dos; Doña Sofía había muerto en 1782 y Doña Luisa en

1787. Sus fallecimientos habían pasado completamente inadvertidos. En cambio, la partida de Doña Adelaida y Doña Victoria fue muy bien observada. Una diputación de secciones se presentó en las Tullerías, deseosa de obligar al rey a prohibir a sus tías que se alejaran. El rey se negó. Las Señoras emprendieron el camino de Roma y fueron detenidas en Arnay-le-Duc. En la Asamblea se debatió con toda gravedad su posible regreso.

—Europa se asombrará mucho cuando sepa que una gran Asamblea dedicó varios días a decidir si dos ancianas escucharían misa en Roma o en París —se burló el general Menou.

En definitiva, se dejó salir a Doña Adelaida y Doña Victoria rumbo a Roma, adonde llevan todos los caminos...

En París no se demoró en afirmar que la partida de las Señoras era no más que el prelude de la del rey y la reina, y de la del conde y la condesa de Provenza. El 24 de febrero, el populacho, tumultuoso, se dirigió a las Tullerías y exigió ver al delfín, de quien se decía que había viajado con las Señoras.

El 28 de febrero, luego de un amotinamiento en Vincennes, frustrado por La Fayette, unos trescientos gentilhombres que temían un ataque a las Tullerías, corrieron al palacio para defender a la familia real. Se afirmó que esos caballeros sólo estaban ahí para llevarse al rey y ejecutar una contrarrevolución. Informado de esa intrusión, La Fayette ordenó a los defensores de la realeza entregar sus armas. Obedecieron la orden, ante el ruego insistente del rey. Ese incidente, al cual se dio el nombre de jornada de los Caballeros del Puñal, tuvo como resultado el de hacer más estrecha aún la vigilancia de las Tullerías. Al día siguiente, La Fayette ordenó que no se dejase entrar a hombres armados y animados de un «fervor en sumo grado sospechoso». Es posible juzgar cómo recibió María Antonieta esta medida y hasta qué punto creció su antipatía por el «héroe de los dos mundos y de Vincennes».

El 27 de marzo de 1791 Mirabeau cae enfermo. Muere el 2 de abril, no sin antes decir:

—Me llevo conmigo el duelo de la Monarquía; después de mi muerte los facciosos se disputarán sus jirones.

No se conoce la reacción de María Antonieta ante el fallecimiento de ese «monstruo» a quien había subyugado y a quien terminó por encontrar agradable después de su enérgica intervención contra las actividades del señor de La Motte. Se puede pensar que la reina, frente a esta muerte súbita, habrá tenido las mismas reacciones que su cuñada Isabel, quien el 3 de abril escribe a una de sus amigas:

«Mirabeau adoptó la decisión de ir a ver en el otro mundo si la Revolución era aprobada allí. [...] Desde hace tres meses se había puesto al lado del buen partido; se esperaba mucho de sus talentos. Por mi parte, aunque muy aristócrata, no puedo dejar de considerar su muerte como una señal de la Providencia hacia este reino. No creo que Dios quiera salvarnos con personas sin principios y sin buenos modales».

¿Pero quiere Dios salvar a María Antonieta y los suyos en esa primavera de 1791?

Dios y su Iglesia se encuentran en el centro de las preocupaciones del rey y la reina. Se acercan las Pascuas. Luis Augusto y María Antonieta desean pasar la Semana Santa en Saint-Cloud, donde tendrán más libertad, suponen, para cumplir con sus deberes religiosos. No se trata de recibir la comunión de manos de un sacerdote «juramentado». Necesitan un cura «refractario». ¿No acaba el Papa de condenar la Constitución civil del clero? No es posible servir a Dios y al Estado.

El lunes santo, 18 de abril, día previsto para la partida de la familia real a Saint-Cloud, llega una multitud a las Tullerías. Hacia las once de la mañana, el rey y la reina aparecen para subir a su carroza, y el rey es tratado de «grandísimo cerdo» y la reina de «asquerosa ladrona». Estos insultos no les impiden ocupar un lugar en la carroza, donde ya los esperan sus hijos, Isabel y la señora de Tourzel. Entonces se grita:

—¡Abajo los lacayos! ¡Abajo los caballos! ¡No se debe salir de París antes de que quede terminada la Constitución!

Se lanzan sobre las riendas, las cortan, trepan a los estribos. Durante dos horas no hay otra cosa que insultos y amenazas. La Fayette arenga en vano a sus tropas: se niegan a dejar partir el vehículo. Y en vano protesta Luis Augusto:

—Sería asombroso que después de haber dado la libertad a la nación, yo mismo careciera de libertad.

Desalentado por tales excesos del poder popular, Fersen relata el final de la escena a su amigo Taube:

«[...] después de dos horas y cuarto de espera, y de esfuerzos inútiles del señor de La Fayette, el rey hizo volver el coche. Al apearse, los soldados se apiñaron a su alrededor y hubo quienes dijeron: “Sí, los defenderemos”. La reina les respondió, mirándolos con altivez: “Sí, contamos con ustedes, pero admitan que en este momento no somos libres”.

»Como nos empujaban demasiado y entraban en tropel en el vestíbulo, la reina tomó al delfín en sus brazos, [...], Doña Isabel se encargó de la señora^[101] y se los llevaron lo más rápido que pudieron; el rey hizo entonces más lenta su marcha y, cuando entraron en los aposentos de la reina, el rey se volvió y dijo con voz firme: “Alto ahí, granaderos”. Todos se detuvieron como si les hubieran cortado las piernas».

Luis Augusto debe rendirse ante la evidencia; la frase de María Antonieta es correcta: ya no son libres. ¿Abandonará Dios a los suyos?

LA CULPA ES DE LEONARDO

(21 DE JUNIO DE 1791)

Parece que la Asamblea se ha tomado el trabajo de arruinar del todo a este desdichado reino. Los revolucionarios lo han destruido todo y no han puesto nada en su lugar. [...] El crédito se ha perdido, todo el mundo se halla arruinado, la supresión de los derechos feudales quebranta todas las fortunas y las disminuye en más de la mitad, [...] este reino gime bajo el despotismo de la multitud, que es el más horrible de todos, [...]. La situación del rey, y sobre todo la de la reina, dan pena; [...].

FERSEN, 10 de abril de 1791

Las palabras de María Antonieta, «admitan que en este momento no somos libres», continúan resonando en los oídos de Luis Augusto, como resuenan estas otras palabras que la reina lanzó a sus agresores, al regresar al palacio:

—A pesar de todo lo que se nos ha hecho sufrir, preferimos quedarnos antes de causar la menor molestia.

De vuelta al palacio, el rey y la reina, según Fersen, «hablaron con mucha firmeza y sangre fría, y mostraron una serenidad perfecta». Ya no es momento para vacilaciones y cálculos. Es preciso actuar y preparar la huida sin demoras. ¿Será una fuga a pleno día, o una huida secreta? Ése es todo el problema.

Antes de su muerte, Mirabeau preconizaba un alejamiento de París, sin disimulo alguno, con llamamiento al pueblo y explicación de ese alejamiento: como la autoridad del rey y su persona ya no eran respetadas, era preciso dejar la capital e instalarse en Fontainebleau o en Rouen. Este último proyecto de Mirabeau ya no es realizable desde el 18 de abril. ¿Cómo se podría llegar a Fontainebleau o a Rouen, cuando ni siquiera es posible llegar a Saint-Cloud? Sólo queda la huida en secreto.

Desde las jornadas de octubre de 1789 y el encierro en las Tullerías, se habían sucedido los proyectos de evasión. En marzo de 1790, el conde de Hinnisdal había tomado todas las medidas de organización para llevarse al rey. Se ganó a la guardia nacional de servicio, se dispusieron los relevos. Todo estaba previsto, salvo el consentimiento del rey. Luis Augusto, inconsciente del peligro, pero con conciencia

de su dignidad real, se negó a dar su acuerdo a ese rapto.

—Digan al señor de Hinnisdal que no puedo dejar que me lleven —hizo decir al conde, quien renunció a su proyecto.

Durante el último verano en Saint-Cloud, dos tentativas, por lo menos, según el señor de La Tour du Pin y el conde Esterhazy, habían fracasado por la sola voluntad del rey, quien, en el último momento, tiró de las bridas y dio la orden de volver al castillo cuando la libertad estaba ahí, al extremo de un bosque, al otro lado de un río, que bastaba con atravesar. Con cada fracaso, María Antonieta decía a la señora Campan: «Sin embargo, habrá que huir».

Y ahora hay que huir. En ese 18 de abril de 1791, Luis Augusto está tan convencido como su esposa. El 20, María Antonieta escribe a Mercy: «El suceso que acaba de ocurrir nos confirma más que nunca en nuestros proyectos. La guardia que nos rodea es la que más nos amenaza. Nuestra vida misma ha dejado de estar segura... Nuestra situación es espantosa; es preciso terminar con ella el mes que viene. El rey lo desea más que yo».

María Antonieta, a quien el peligro y la adversidad le sirven de estimulantes, y que abandona por completo esa pereza tan criticada por María Teresa, se dedica a las actividades más diversas. Despacha un correo tras otro, pide consejos a Mercy, ayuda al rey de España, tropas a Leopoldo, dinero a los suizos y los holandeses.

—El dinero es lo más difícil de encontrar —comprueba Fersen, quien repite, por cierto, palabras que debe de haber escuchado a menudo a María Antonieta. Esa fuga que pretende ser secreta adquiere muy pronto la amplitud de un problema europeo. Se mezclan en ella España, Cerdeña, Prusia, Suecia, Austria. La operación tiene un nombre: *el plan de Montmédy*. Parece muy sencillo. María Antonieta y los suyos salen de París para dirigirse a Montmédy, ciudad de frontera y plaza fuerte en los límites de la Champagne. Allí los espera el señor de Bouillé, quien se encuentra al mando de unas tropas, en Metz; algunas de ellas todavía son fieles al rey. En mayo de 1791, el general de Bouillé puede contar con una decena de batallones alemanes o suizos, y con una treintena de escuadrones de caballería. La infantería y la artillería se han pasado a la Revolución. Ejemplo seguido por las poblaciones vecinas de la frontera, exasperadas por la proximidad de los emigrados, refugiados del otro lado del Rin y amenazantes. Para estas poblaciones, la complicidad de Luis Augusto y de su esposa austríaca no deja duda alguna. Lo cual es falso. María Antonieta precisa a su hermano Leopoldo:

«Las emigraciones se multiplican, son una desgracia; si la nobleza se hubiese agrupado con fuerza alrededor de nosotros, habría formado un precioso núcleo en la retirada. La nobleza causará nuestra pérdida al abandonarnos a todos los peligros; nos vemos obligados a irnos sin ella. En Coblenza hay demasiadas intrigas y ningún conocimiento de la situación de Francia y de los verdaderos intereses del rey y su familia; es un foco en medio del cual no me agrada ver a un joven tan fervoroso».

Ese joven es el conde de Artois, de quien María Antonieta siempre dice a su hermano, el «conde de Artois y todos aquellos que lo rodean quieren actuar; no tienen medios verdaderos para ello, y perderemos sin estar de acuerdo con ellos».

Reunidos en Coblenza, el conde de Artois y los emigrados anhelan una intervención armada, una acción inmediata que libere al rey y la reina. Éstos no comparten esa opinión, porque saben que serán asesinados antes que las tropas austríacas lleguen a París. ¿No se ha intentado ya, varias veces, atentar contra su vida? Los gritos de «muerte al grandísimo cerdo» y «muerte a la Austríaca» reemplazan todos los días a la música de Gluck y de Grétry.

Protegidos, en Coblenza o en Bruselas, a los emigrados les resulta fácil decidir lo que el rey o la reina no deben hacer. Se acusa al rey de pactar con el motín, se considera demasiado democrática a la reina. «Era una cloaca de intrigas, de conspiraciones, tonterías, monerías de la antigua corte», juzga con justicia uno de los hombres de confianza de María Antonieta, Augeard.

Si en Coblenza María Antonieta es demasiado «demócrata», en París es «demasiado aristocrática». También eso es insostenible. Hay que huir de París, no para refugiarse en el extranjero imitar a los emigrados, sino quedarse en Francia para restablecer el orden, establecer una constitución que tenga en cuenta la voluntad del rey. Ya no es posible el despotismo practicado por Luis XIV, el rey y la reina están persuadidos de ello. «Nos hallamos decididos a tomar como base para la Constitución la declaración del 23 de junio, con las modificaciones que las circunstancias y los acontecimientos han aportado», escribe Mercy a María Antonieta, quien no es ya hostil a la libertad, siempre que esa libertad sea «tal como el rey la ha deseado siempre para la felicidad de su pueblo, lejos de la licencia y la anarquía que precipitaban al más hermoso reino a todos los males posibles».

María Antonieta se niega a confundir libertad con licencia, libertad con anarquía, libertad para unos y prisión para otros. Esas hermosas ideas sobre la Constitución, ese buen deseo de libertad, que justifican la huida, van acompañados al mismo tiempo, en María Antonieta, por preocupaciones claramente más frívolas. No puede concebir esa huida sin nuevos vestidos, sin lo necesario para el tocado, sin azafatas y aun sin peinador. Una reina debe estar siempre impecable, y sobre todo bien peinada. Para eso, Leonardo le es absolutamente indispensable. Nacido en Pamiers, en 1758, el gascón tiene cuarenta y siete años en el momento de la huida a Varennes. En el mundo de los peinados es lo que Rosa Bertin en el de la moda. Un monarca absoluto.

En *El drama de Varennes*, Lenotre escribe: «¿Qué tiene que ver entonces, ese peluquero, en esta aventura? Una sola respuesta parece plausible: la reina no podía soportar la idea de no estar emperifollada en Thonnelles con tanta elegancia como en las Tullerías».

Solucionado ese problema capilar, María Antonieta se entrega entonces a un frenesí de compras que la señora Campan trata, en vano, de combatir:

«Desde el mes de marzo [...], la reina se ocupó de los preparativos de su partida. Yo pasé esos meses junto a ella y ejecuté gran parte de las órdenes secretas que me dio al respecto. La veía, con dolor, ocupada en tareas que me parecían inútiles e inclusive peligrosas, y le hice observar que la reina encontraría camisas y vestidos en todas partes. Mis observaciones fueron infructuosas: quería tener en Bruselas un guardarropas completo, tanto para ella como para sus hijos. [...] Y también quería llevar su neceser de viaje».

¡Y qué neceser, «enorme por sus dimensiones, y que contenía desde un calentador para la cama hasta una escudilla de plata»! El testimonio de la señora Campan sobre los preparativos de esta huida es irrefutable, confirmado por otros testimonios contemporáneos. De todos modos, uno se siente asombrado al encontrar en María Antonieta tanta inconsciencia, tanta frivolidad, que se podrían creer salidas de la imaginación de una señora de La Motte... Y es que en María Antonieta hay un costado de «mujer práctica» que no se contradice, un ama de casa que siempre quiere ser perfecta. Sus fiestas en el Trianon han sido éxitos celebrados en toda Europa. No se podrá decir que su huida a Varennes no sea también notable, fastuosamente organizada en sus menores detalles, de vestimenta o culinarios. Esa reina de la moda se cree obligada a inventar «la huida elegante a Varennes». Llevará un vestido de seda gris, una toquilla y un sombrero negros, con un amplio velo caído, también negro. En sus preparativos, María Antonieta cuenta con la ayuda de Fersen, quien encuentra en ello una manera de manifestar su amistad y su reconocimiento a los soberanos. Como explica a su padre: «Estoy apegado al rey y a la reina, [...] por la manera llena de bondad con que me trataron siempre que pudieron; y sería vil e ingrato si los abandonara cuando ya no pueden hacer nada por mí, mientras tengo la esperanza de poder serles útil».

Fersen es quien obtiene, por intermedio del ministro de Rusia, los pasaportes de una dama rusa, la baronesa de Korff, y de los domésticos que la acompañan. Fersen es quien consigue una espaciosa berlina, tan enorme que el señor de Bouillé se alarma. ¿No se podría pedir una más pequeña? ¿O dos coches más ligeros? La elección de esos dos vehículos ligeros permitiría viajar con mayor rapidez, y la rapidez es la condición para el éxito de la huida. Si se optase por los dos coches, habría que separarse en dos grupos. María Antonieta se niega a ello. No quiere separarse de Luis Augusto y de Cariñito. Viajarán los cuatro juntos, acompañados por doña Isabel y la señora de Tourzel. Por lo tanto, hace falta una berlina para no sufrir ningún «inconveniente». La berlina está pintada de verde y amarillo —se habrían podido elegir colores más discretos—, y en su interior tapizado de terciopelo de Utrecht, blanco. Sus cofres se encuentran provistos de todo lo necesario en materia de dinero, de «tarros de tocador y necesidades», y de provisiones.

También es Fersen quien se encarga de las provisiones. María Antonieta ha previsto que se comería estofado de vaca y ternera fría. Como bebidas, una botella de vino de Champagne y cinco de agua de Villa-d'Avray, porque es el agua preferida por la reina. Fersen ha previsto, asimismo, una saca de dinero necesario para pagar los relevos y distribuir las propinas. Sin sus ocupantes, la berlina ya se encuentra

demasiado cargada...

Tantos y tan diversos preparativos no pueden dejar de llamar la atención. Algunas indiscreciones alertan a la opinión pública. Se habla de una posible evasión del rey y su familia, en los periódicos, los comités, los clubes, las calles. Se habla en Madrid, en Londres, en Bruselas, en Viena. Se habla en todas partes. La atención ha sido despertada hasta tal punto que el 21 de mayo una mujer encargada del guardarropa denuncia, para indignación de la señora Campan, un proyecto de huida. El 11 de junio, La Fayette hace duplicar el número de centinelas y controlar los vehículos que entran en las Tullerías y salen de ellas.

Para escapar un poco a su prisión de las Tullerías, y a la espera de escapar, cree, en forma definitiva, María Antonieta va a pasear, con sus hijos, al bosque de Boulogne. Regresa tarde. La Fayette le hace observar que debería desconfiar de la neblina.

—¿Neblina en el mes de junio? —bromea la reina—. En verdad, no sé dónde encontrarla, a menos de producirla para ocultar nuestra huida, porque pienso que se habla de ella en todas partes.

—Más que nunca —responde La Fayette.

La reina prorrumpe en carcajadas que quieren ser tranquilizadoras y que deberían disipar los temores de don Rubiecito.

Por fin se ha decidido la fecha de esa fuga que es cada vez menos secreta: se partirá en la noche del 20 al 21 de junio.

El 20 de junio de 1791, a la una menos cuarto de la tarde, María Antonieta llama a su peinador Leonardo.

—Leonardo, ¿puedo contar con vos?

—¡Ah, señora, disponed de mí, os soy adicto!

—Estoy muy segura de vuestra abnegación; he aquí una carta; llevadla al duque de Choiseul, en la calle de Artois, dádsela sólo a él, obedecedle como a mí, sin pensar y sin la menor resistencia.

Leonardo va a casa del señor de Choiseul, sobrino del difunto duque. Un Choiseul fue el artífice de la entrada de María Antonieta, otro será el artífice de su salida, o tratará de serlo...

Después de leer la carta, el señor de Choiseul sube con el peinador a un cabriolé cerrado. De relevo en relevo, la ansiedad de Leonardo no deja de ir en aumento: ha dejado su llave en la puerta de sus aposentos y una de sus clientas, la señora de Lage, espera para ser peinada. De relevo en relevo, el duque y el peinador llegan a Montmirail. Allí Choiseul revela a Leonardo que está encargado de transportar una cajita que contiene los diamantes de la reina y de su cuñada. Leonardo estalla en lágrimas. En ese 20 de junio de 1791 se derraman muchas lágrimas. En dicha fecha, en el *Diario* de Fersen, se lee:

«Al separarse de mí, el rey me dijo: “Señor de Fersen, no importa lo que pueda sucederme, no

olvidaré todo lo que habéis hecho por mí”. La reina lloró mucho. La dejó a las seis; ella salió de paseo con los niños».

No es la partida de Fersen lo que causa tal exceso de lágrimas, puesto que María Antonieta sabe que volverá a encontrar a su amigo unas horas más tarde. ¿A qué se deben las lágrimas? ¿A la proximidad de la partida? ¿Al sentimiento del peligro? ¿A algún presentimiento? Misterio de los llantos de la reina, en ese final de la tarde del 20 de junio.

El paseo que sigue a la entrevista con Fersen es relatado por la hija de María Antonieta:

«En el paseo, mi madre me llevó a un lado, me dijo que no debía inquietarme por todo lo que vería y que nunca nos separaríamos por mucho tiempo, que volveríamos a reunirnos pronto... Mi inteligencia estaba embotada y no entendí nada».

Al regresar del paseo, a las ocho, Luis Augusto y María Antonieta se hacen presentar a los tres caballeros que les servirán como guardias de corps durante su huida: los señores de Valory, de Malden y de Moustier. Nunca se han visto con el rey ni con la reina. No conocen muy bien París, y menos aún el camino que lleva a Montmédy. Valory es de gran delgadez. Moustier y Malden, muy altos. Van vestidos con libreas amarillas compradas a un ropavejero, pertenecientes a los servidores de los príncipes de Condé, que emigraron en julio de 1789. Esos tres esperpentos vestidos de amarillo no corren peligro alguno de pasar inadvertidos. Además, Moustier es miope.

A las nueve, doña Isabel, el conde y la condesa de Provenza llegan para cenar.

—Cuidado con entermecerme, no quiero que se vea que he llorado —murmura María Antonieta a Provenza.

«El rey, quien hasta entonces no me había informado sobre el lugar al cual iba, me declaró que iría a Montmédy y me ordenó con claridad que fuese a Longwy pasando por los Países Bajos austríacos», recordará más tarde el Señor cuando haya llegado a ser Luis XVIII.

Luego de la breve conversación, se pasó al comedor. A eso de las diez, la familia real se retiró a sus aposentos.

—Nos acercamos al cuarto de hora terrible —murmura María Antonieta, quien a las diez va a buscar a su hija para vestirla con ropa de indiana dorada, con flores azules y blancas, y luego se dedica a su hijo, a quien viste de niña. «Estaba encantador —relata Muselina—; como se caía de sueño, no sabía lo que hacía. Le pregunté qué creía que íbamos a hacer; me dijo que pensaba que estábamos por representar una comedia, ya que nos habíamos disfrazado».

—Viajamos, vamos a una plaza de guerra donde hay muchos soldados —corrige María Antonieta.

Cosa que, visiblemente, encanta a Luis Carlos.

—Nos vamos —repite María Antonieta a la señora Brunier, primera azafata de Muselina, y a la señora de Neuville, primera azafata de Luis Carlos.

Como no estaban en el secreto de la huida, la señora Brunier y la señora de Neuville manifiestan una estupefacción que reprimen enseguida. No hay que discutir las órdenes de la reina.

A las once, La Fayette se presenta para asistir al momento de acostarse del rey. Los dos hombres hablan de la procesión del Corpus y del altar que se levantará en el patio del Louvre.

La Fayette se va a las once y media. Luis Augusto se acuesta. En cuanto han salido sus ayudas de cámara, sale a su vez de su dormitorio. En el piso de abajo, entra en los aposentos de la reina, donde lo esperan «una vestimenta muy sencilla, un sombrero redondo y una peluca gris». Estos distintos disfraces otorgan a la huida de Varennes, en su comienzo, un aspecto de comedia.

Salen del palacio en grupos separados. Primero la señora de Tourzel y los dos niños. Luego Isabel, después el rey, por último, la reina acompañada por uno de sus guardias de corps, Malden.

La señora de Tourzel, los niños, doña Isabel, Luis XVI, llegan a la calle de la Escala, donde estacionan el vehículo de Fersen, una «antigua diligencia parecida a un fiacre». Fersen, disfraz obliga, se ha convertido en cochero, pero tan bien, que un cochero de fiacre lo confunde con un colega y entabla conversación. Hay motivos para reír, y se reirían si la reina estuviese ahí. ¿Pero dónde está María Antonieta? Se espera durante media hora. Interminables, esos treinta minutos. Nadie tiene ya ganas de reír, la comedia puede convertirse en drama si la reina no aparece. ¿Habrá que seguir esperando o partir sin ella? Por último, ahí llega María Antonieta. Se había equivocado de dirección. En lugar de dirigirse a la calle de la Escala, se encontró en la calle de la Cuba. Tuvo que volver sobre sus pasos y, en ese momento, se cruzó con la carroza en la cual viajaba La Fayette al salir de las Tullerías, después de su visita de inspección para asegurarse que nadie más saldría del palacio esa noche. Don Rubiecito será sorprendido al día siguiente, por causa de lo que Beaumarchais habría llamado «una precaución inútil».

La que fue Rosina explicó su retraso, se abrazaron y pronto, pronto, cochero, ya vamos atrasados. «Salimos a medianoche, llega el coche a la barrera de San Martín. A la una y media, a Bondy, donde está la posta», anotará Fersen en su *Diario*.

Lo que Fersen no dice es que en la barrera de San Martín hay una nueva pérdida de tiempo para buscar la berlina amarilla y verde, que no se encontraba en el lugar previsto. En cuanto se la encuentra, se pasa de la «antigua diligencia parecida a un fiacre» a la berlina demasiado elegante. Ya hay dos horas de retraso respecto del horario previsto. Fersen impulsa a los caballos. En tres cuartos de hora llegan a Bondy. Se cambia de montura y Fersen se despide. Luis Augusto «abrazó al sueco con efusión y cordialidad, y le dio las gracias con conmovedora bondad». Fersen se conforma con saludar a María Antonieta con un «Adiós, señora de Korff».

En rigor, a la señora de Tourzel es a quien se le ha asignado el papel de señora de Korff. María Antonieta es su institutriz, con el nombre de señora Rocher; Luis XVI es su intendente, llamado Durand, Isabel es Rosalía, su dama de compañía, y sus dos hijas pequeñas responden a los nombres de Amelia y Aglaé.

Después de Bondy, los ocupantes de la berlina pueden considerar que lo peor ha pasado; han salido de las Tullerías y de París sin problemas. Son las dos y media. Se pueden permitir unos momentos de reposo y dormir, ya que la noche del 20 al 21 de junio es la más corta del año.

No falta mucho para que se haga de día. A eso de las cuatro de la mañana llegan a Claye, donde, en un cabriolé, esperan la señora Brunier y la señora de Neuville, quienes, como Leonardo, han partido sin despedirse de nadie.

Nuevo relevo. Los postillones de Bondy preguntan a los de Claye quiénes pueden ser esos pasajeros que dan propinas tan suntuosas (cuatro libras y seis sueldos). El peligro de ofrecer propinas excesivas cuando se desconoce el valor del dinero... Los postillones de Claye confiesan su ignorancia y esperan ser tan bien recompensados como sus colegas.

La berlina baja hacia el Marne. En Meaux se cambia de caballos. Son las seis de la mañana.

—Tened la seguridad de que una vez que ponga el trasero en la silla, seré muy diferente de como me habéis visto hasta ahora —afirma rotundamente Luis Augusto a María Antonieta, quien lo único que desea es creer en esa promesa de cambio.

Para celebrar esa esperanza, descansan. Como los cuerpos de los personajes reales no son cuerpos celestes, se detienen en dos ocasiones para satisfacer las más naturales de las necesidades. Vuelven a detenerse en la pequeña aldea de Viels-Maison, a eso de las diez de la mañana. Luis Augusto permanece «bastante tiempo fuera de su coche, conversando con mucha gente, que lo rodea, sobre las cosechas». El rey se complace en esa detención improvisada y la renueva en la posta de Fromentières. La reina se inquieta por ese tiempo perdido, por el peligro de ser reconocido. El rey fanfarronea:

—Ya no creo necesarias estas precauciones. Mi viaje me parece hallarse al amparo de cualquier accidente.

Las doce campanadas del mediodía suenan en el reloj de la posta de Fromentières. A partir de ahí, lo que debería ser una fuga precipitada, y Dios sabe que Bouillé y Fersen han recomendado rapidez, adquiere el aspecto de un amable paseo de campo. Se sube a pie por las cuestas, «para relajarse»; se admira, después de Etoges, lo pintoresco del paisaje. Para los prisioneros de Versalles y de las Tullerías, todo es descubrimiento y pretexto para la diversión. Por lo tanto, se divierten en imaginar el desencanto de La Fayette al descubrir la desaparición de la familia real. Se espera que la princesa de Lamballe y la señora de Ossun, las dos únicas personas a quienes María Antonieta había informado de su partida por medio de esquelas en las cuales las invitaba a huir, hayan podido escaparse. Y han podido.

En el relevo de Petit-Chaintry, el maestro de posta, Juan Bautista de Lagny, tiene un yerno, Gabriel, que el año pasado asistió a la fiesta de la Federación. Gabriel reconoce al rey y a la reina. ¡Qué emoción, qué honor! Si sus Majestades quisieran tomarse el trabajo de entrar y descansar... Sus Majestades entran y descansan. Son las dos. ¡Dios, cuán agradable es esa huida, y cuán buena esa gente!

A las dos y treinta se separan. Lagny rechaza toda remuneración. Conmovida, María Antonieta toma de su estuche de viaje dos escudos de plata, que la señora de Tourzel entrega al maestro de posta, deslumbrado. Los postillones que han presenciado esta escena saben ahora quiénes son los viajeros que ocupan la berlina amarilla y verde. Deslumbrados a su vez, los postillones se esmeran y toman tal velocidad que los caballos caen dos veces. Los hacen levantarse a latigazos y reparan los tiros cortados. Otra pérdida de tiempo.

A eso de las cuatro entran en Châlons, donde «fuimos reconocidos enseguida; mucha gente alababa a Dios por haber visto al rey y hacía votos por su huida», testimoniará Muselina.

Reconocidos en Petit-Chantry, reconocidos en Châlons, los fugitivos no podían dejar de serlo en los siguientes relevos. ¿Qué importa? En menos de dos horas estarán en Pont-de-Somme-Vesles, donde los aguardan, como ha quedado convenido, el señor de Choiseul y sus cuarenta húsares. Llegan a Pont-de-Somme-Vesles. Nadie. Ni Choiseul, ni los húsares. El rey tiene la impresión de «que la tierra le faltara bajo los pies», es su propia expresión. La reina también siente que la tierra se abre bajo sus pies. ¿Qué hacer? Ni siquiera es posible interrogar a la gente de Pont-de-Somme-Vesles, sin correr el riesgo de dar la alerta. Es preciso llegar lo antes posible a Sainte-Menehould, donde deben esperarlos, como se ha previsto, cuarenta dragones. Ya no se bromea. Se guarda silencio, con el corazón encogido. Atraviesan una llanura donde se yergue la taberna de la Luna. En Auches pasan ante el albergue del Sol. Luna y Sol parecen desinteresarse de la suerte de los fugitivos. En ese día de solsticio, el sol, el verdadero, sólo se muestra hacia las seis y media de la tarde, como si no quisiera iluminar el desastre que está a punto de ocurrir.

Sainte-Menehould se encuentra en efervescencia. Desde hace unos días, pasan tropas de dragones y de húsares, encargadas, se dice, de escoltar o esperar un tesoro. ¿Se encontraría el tesoro en esa inmensa berlina que acaba de detenerse en el relevo de postas y cuyos correos llevan la librea —muy reconocida en esa región— de los domésticos del príncipe de Conde? ¿El príncipe de Condé habría vuelto a Francia para emigrar de nuevo? Y esos treinta húsares que dirige un tal señor de Andoins, ¿estarán allí sólo para escoltar al príncipe? Su presencia inquieta a la población, que, decidida a defenderse, se apiña en el Ayuntamiento para pedir armas. El señor de Andoins se acerca a la berlina y dice a sus ocupantes, en voz baja:

—Las medidas están mal tomadas; me alejo para no despertar sospecha alguna.

«Estas pocas palabras nos desgarraron el corazón; pero no se podía hacer otra cosa que seguir nuestro camino, y no nos permitimos la más ligera incertidumbre»,

informa la señora de Tourzel, quien agrega que ahí es donde el maestro de la posta, Juan Bautista Drouet, reconoce al rey «al comparar la cara de ese príncipe con un asignado que tenía en el bolsillo». Eso es falso, Drouet sólo ha advertido el exceso de equipaje que sobrecarga la imperial de la berlina y ha recomendado a sus postillones que «no revienten caballos durante el cruce del Argonne».

Un poco más tarde, a las nueve, Drouet recibe a Viet, maestro de postas en Châlons. Entre maestros de postas no hay nada que ocultar. Viet muestra a su colega la esquila de la cual es portador: «De parte de la Asamblea Nacional, se ordena a todos los buenos ciudadanos que hagan detener la berlina de seis caballos en la cual se sospecha que viajan el rey, la reina, doña Isabel, el delfín y la señora real [...]». Drouet entiende entonces que esa berlina sobrecargada, tirada por seis caballos, no puede ser otra que la que contiene a esas seis personas, esos seis tesoros vivientes, ¡a los cuales hay que recuperar a toda costa!

Acompañado por su amigo, el tabernero Guillaume, Drouet se lanza a una persecución alocada por el camino de Verdun, donde se entera de que la berlina ha tomado la ruta de Varennes. Los dos hombres vuelven sobre sus pasos y se dirigen hacia Varennes, adonde es necesario llegar antes que los fugitivos. Llegan, y en el albergue del Brazo de Oro encuentran a algunos jóvenes a quienes dan la alarma y que corren a avisar a las autoridades. En ausencia del alcalde, retenido en París por su cargo de diputado, el procurador de la comuna, Sauce, dueño de una tienda de comestibles, es avisado de la huida de la familia real, tal como han sido informados en París, en la mañana de ese 21 de junio, los diputados de la Asamblea Nacional. Los diputados ordenaron en el acto el arresto de los fugitivos. Un edecán de La Fayette, el señor de Romeuf, partió con el decreto y en Châlons encontró a Bayon, portador de un decreto análogo, pero emanado de Bailly, el alcalde de París.

Romeuf, Bayon, Viet, Drouet, otros tantos hombres-relevos que, parecidos a los corredores de estadios, se transmiten la orden de «arrestar a los individuos de la familia real» y de recurrir, en caso necesario, a la fuerza pública. No se trata de un deporte. La suerte de la Monarquía se encuentra en manos de esos caballeros.

Sin saber que son perseguidos por Drouet y sus compañeros, los ocupantes de la berlina dormitan. María Antonieta se ha dormido profundamente. La despierta un «espantoso alboroto». Han llegado a Varennes. Son las diez y cuarenta y cinco. Tal como en Pont-de-Somme-Vesles, ni un dragón, ni un húsar. Nadie. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo justificar semejante ausencia? ¿Habría fracasado el plan de Montmédy? Explicaciones de la señora de Tourzel, en sus *Memorias*:

«Para evitar toda sospecha por parte de las tropas que habían sido escalonadas desde Pont-de-Somme-Vesles hasta Clermont, se les había dicho que estaban destinadas a escoltar un tesoro cuya llegada se encontraba demorada hasta el lunes 21. Algunas frases intercambiadas sobre el retraso

de la llegada de ese tesoro inquietaron al señor de Choiseul, quien, al advertir que el momento de la llegada del rey ya había quedado atrás hacía dos horas, se convenció de que el rey había cambiado de idea y desechado el proyecto».

La conducta del duque de Choiseul es inconcebible. Ante un retraso de dos horas, cosa nada extraordinaria para un recorrido tan largo y teniendo en cuenta las dificultades del camino, olvida todas las órdenes recibidas: aguardar la llegada del rey, enviar enseguida un correo a los otros destacamentos para anunciar la próxima llegada de los viajeros; seguir a la berlina hasta dejarla bajo la protección del señor de Andoins. Con el pretexto de esa demora de dos horas, el duque de Choiseul abandona su puesto. Y, al abandonarlo, comete una última falta: encarga a Leonardo que anuncie a los destacamentos de Sainte-Menehould y de Clermont que el rey no pasará. Después de informar a los jefes de los destacamentos de Sainte-Menehould y Clermont, como lo había ordenado el señor de Choiseul, adoptará, por propia iniciativa, una decisión que tendrá las peores consecuencias. Al llegar a Varennes, Leonardo dice a Bouillé, el hijo del general, y a su amigo Raigecourt, que el rey y la reina no habían podido continuar su viaje después de salir de París. Aconseja a los dos oficiales que se vayan. Los dos oficiales consideran inútil, entonces, establecer relevos a la entrada de Varennes, como se había previsto. Los retrasos, las lentitudes, las imprudencias, no son las únicas causas del fracaso de la huida a Varennes. Tal fracaso debe imputarse, ante todo, a la incoherencia del duque de Choiseul —a quien había denunciado Fersen, que temía que el duque no estuviese a la altura de la situación— y a la ligereza de Leonardo, quien, yendo más allá de su misión, aconseja a Bouillé hijo y a Raigecourt que se vayan de Varennes. Es culpa de Choiseul y es culpa de Leonardo que en ese 21 de junio María Antonieta se encuentre, frente a las puertas de Varennes, con un vacío que la devorará.

LA REINA Y LA TENDERA

(NOCHE DEL 21 AL 22 DE JUNIO DE 1791)

Varenes, 21 de junio de 1791. Las diez y cuarenta y cinco. El rey y la reina descienden de la berlina y sólo encuentran la noche, el silencio y una casa con una caballeriza. Luis Augusto golpea, pregunta «si no es ahí donde están los caballos» y sólo recibe como respuesta un grosero y poco alentador «sigan su camino». A pesar del ofrecimiento de cincuenta luses de recompensa, los postillones se niegan a continuar su camino sin cambiar de caballos: sólo aceptan seguir hasta el albergue del Gran Monarca, donde tal vez puedan encontrar un relevo. Esperanza de corta duración. Resuenan gritos de «deténganse, deténganse», dirigidos a la señora de Neuville y a la señora de Brunier, acurrucadas en su cabriolé.

—¿Sus pasaportes?

—Los tiene el segundo coche.

Quien ha formulado la pregunta y se dirige a la berlina es Sauce, el tendero-procurador.

—¿Adónde van?

—A Francfort.

Sauce señala que están a punto de «desviarse» y pide los pasaportes.

—¡Que se den prisa, tenemos necesidad de llegar! —dice María Antonieta mientras tiende los documentos.

No se dan prisa, se toman su tiempo. Sauce, quien se halla rodeado de guardias nacionales armados, sabe que tiene de su lado la fuerza y el derecho. Examina los documentos, que están en regla, como lo hará observar a Drouet, quien espera a sus víctimas en el Brazo de Oro, y afirma:

—Estoy seguro de que el vehículo detenido por vos contiene al rey y su familia; si lo dejáis llegar a un país extranjero, os haréis culpable de delito y de traición.

El tendero-procurador se estremece. Decide contemporizar, esperar al día siguiente. Son las once y media de la noche, demasiado tarde para visar los pasaportes. Los ocupantes de la berlina se enfurecen, tratan de forzar el paso, los guardias nacionales blanden las armas, prontos a disparar... Hay que resignarse a salir de la berlina y a refugiarse en la casa de Sauce, muy próxima. El silencio ha sido

reemplazado por el toque de rebato, los gritos de «al combate» que se lanzan para amotinar a la población, las exclamaciones de los curiosos que acuden. Curiosos que, de un momento a otro, pueden convertirse en furiosos.

María Antonieta y los suyos se retiran al primer piso de la casa Sauce, a una habitación que contiene una cama, algunas butacas y mercancías. Se acuesta en una cama a los niños, muertos de sueño.

Con el velo bajo, la reina permanece en un rincón oscuro de la habitación. Su esposo enfrenta a Sauce y Drouet, quienes le insisten que confiese que es el rey de Francia; su insolencia es tal, que María Antonieta no puede dejar de intervenir y lanza un «si lo reconocen como su rey, respétenlo», que es —casi— una admisión. Ese casi reconocimiento no es suficiente. Sauce recuerda que en Varennes hay un juez, Destez, quien durante una estadía en París ha visto varias veces al rey y a la reina. Hace llamar a Destez, quien no sólo reconoce al rey, sino que se inclina y lo saluda con un «Buenos días, señor». Conmovido, vencido, Luis XVI responde:

—Sí, soy su rey; estos son la reina y la familia real. Rodeado, en la capital, por los puñales y las bayonetas, vengo a buscar en provincias, en medio de mis fieles súbditos, la libertad y la paz de la cual gozan todos ustedes. No puedo vivir en París sin morir allí junto con mi familia.

El enternecimiento es general, se apiñan, se abrazan. El enternecimiento no dura mucho. Sauce y Drouet instan al rey a tomar el camino de París. Luis Augusto explica otra vez que eso es imposible, que no puede exponer a su familia a las humillaciones y los peligros de los cuales han huido. «La reina, quien compartía sus inquietudes, las expresaba por medio de una extrema agitación».

A la agitación de María Antonieta se corresponde la de la señora Sauce, quien teme por la vida de su esposo si deja escapar a sus prisioneros.

—¡Por Dios, señora, harán perecer al señor Sauce! Yo quiero mucho a mi rey, pero escuchad, quiero mucho a mi esposo —dice la señora Sauce.

La reina y la tendera discuten, se enfrentan, se oponen. Ese duelo oratorio podría ser una divertida escena de una de las comedias que se representaban en el teatro del Trianon, si no fuese el comienzo del calvario que conducirá a María Antonieta al cadalso. La señora Sauce es tan inflexible como su esposo y Drouet. El rey y la reina deben volver a París.

En ese momento de la discusión llegan Choiseul y Goguelat, con los húsares que habrían debido estar en Pont-de-Somme-Vesles. María Antonieta se cree salvada.

—Y bien, ¿cuándo partimos? —pregunta Luis Augusto.

—Señor, esperamos vuestras órdenes —responden el duque y el oficial.

El rey no sabe dar órdenes. Pesa el pro y el contra, cuando sería necesario partir sin perder un instante, como lo propone otro oficial que acaba de llegar, el señor de Damas. Este último recomienda que el rey, la reina, doña Isabel, la señora de Tourzel y los niños monten a caballo y huyan.

—¿Pero ustedes responden de que en esta lucha desigual no habrá una bala que

hiera a la reina, o a mi hermana, o a mis hijos? —se inquieta Luis XVI.

Como su madre María Teresa, María Antonieta no teme las balas ni el peligro. Impulsa al rey a aceptar esa proposición de Damas. Pero lo que hace un momento era posible, ha dejado de serlo. Durante esa discusión, los húsares fraternizaron con la población, y se levantaron barricadas en las calles. Ya sólo resta ganar todo el tiempo que se pueda para permitir que el general de Bouillé, avisado por su hijo, llegue a Varennes con sus tropas para liberar al rey y a su familia. Se espera a Bouillé. En su lugar llegan los delegados de la Asamblea Nacional, Bayon y Romeuf. Entregan al rey el decreto de la Asamblea, la «orden a todos los funcionarios, de hacer detener a los individuos de la familia real».

—¡Estos individuos! ¡Insolentes! —dice la reina después de haber leído el decreto que han dejado en la cama en la cual reposa el delfín, y que ella arroja al suelo con un «no quiero que manche el lecho de mi hijo».

Reflexión que dice mucho acerca del estado de ánimo de María Antonieta. Hija, esposa y madre de rey, nunca admitirá que se la trate de esa manera, que se la reduzca al rango de individuo. Luis Augusto muestra más resignación y murmura:

—Ya no hay más rey de Francia.

Como todavía espera la llegada de Bouillé, trata de ganar tiempo. Sus hijos duermen, no podría despertarlos. Para apoyar los esfuerzos del rey, la señora de Neuville simula una crisis de nervios. María Antonieta anuncia que no abandonará a una de sus mujeres en ese estado. Por todos los medios, la reina quiere escapar de la trampa, en tanto que afuera el populacho, amotinado, grita:

—A París, a París, los haremos ir por la fuerza, los arrastraremos de los pies.

«Al cabo de ocho mortales horas de espera en Varennes, el señor de Bouillé no llegaba, y no teníamos noticia alguna. Como el rey no veía posibilidad alguna de salvarse de las manos de esa multitud, que crecía a ojos vistas, creyó no poder demorar más tiempo su partida, y resolvió regresar a París. Antes de partir, abrazó a los oficiales que no lo habían abandonado y los recomendó a las autoridades de Varennes; pero apenas subimos al coche oímos gritar: “¡Detengan a Choiseul!”. Se apoderaron de su persona, así como de los señores de Damas, de Florac, capitán de su regimiento, y los llevaron a Verdun, donde fueron encerrados en la prisión»^[102].

María Antonieta y los suyos son ubicados en esa cárcel ambulante en que se ha convertido la berlina. Son las siete de la mañana. Salen de Varennes. Como último toque de esa fatalidad que no ha dejado de acompañar la huida en todo su desarrollo, la señora de Tourzel detalla:

«El señor de Bouillé llegó a las cercanías de esta ciudad en el momento en que Su Majestad acababa de dejarla; tuvo el dolor de ver avanzar su coche rodeado de su horrible escolta. La mala disposición del país y de sus tropas, unida al furor de los dirigentes de ese populacho, le hicieron temer por la vida del rey y de la familia real si hacía un intento de liberarlos. Se retiró, traspasado de dolor, y salió enseguida de Francia, pues ya no podía poner en duda la suerte que le esperaba»^[103].

No es posible dejar de pensar que, en ciertos casos, la suerte, el destino, llámeselo como se quiera, muestra ser un cruel director de teatro. Bouillé llega, por fin, a la altura de Varennes en el momento en que María Antonieta se aleja. Es el coronamiento del fracaso llevado a la perfección, cosa que hará decir más tarde, a mi amiga Luisa de Vilmorin, cuando la abrumaba alguna fatalidad, que «empieza de nuevo la huida a Varennes».

LOS CABELLOS BLANCOS DE LA REINA

(25 DE JUNIO DE 1791)

«A eso de las siete y media veo avanzar la carroza real, seguida por oficiales municipales y rodeada por una tropa de gente armada; pasa cerca de mí, y con tanta lentitud que veo a la reina, quien me devuelve el saludo... El rey hizo un movimiento que señalaba el dolor más profundo y el más grande agobio, y la reina parecía sufrir aún más... En mi vida he experimentado nada parecido, y esa escena desgarradora nunca se borrará de mi recuerdo»,

escribe un suboficial de dragones, Remy, testigo de la partida de Varennes^[104].

Esta «escena desgarradora» no es más que el prelude de otras que lo serán aún más.

El sol, que no se había asomado el día anterior, día del solsticio, brilla en todo su esplendor en ese 22 de junio. El calor, el polvo que levantan los centenares de personas que han acudido para no perderse nada del espectáculo, abruma a los ocupantes de la berlina. Sucia de sudor e insultos, María Antonieta se sofoca de desesperación. En esa berlina, es como un animal enjaulado, ofrecido a las miradas, blanco de las burlas.

«Quienes rodeaban el coche del rey interpelaban a Sus Majestades con una insolente familiaridad, cuando les parecía y respondían a sus preguntas con una grosería repugnante»^[105].

Esa familiaridad, esa grosería, esa vulgaridad, de las cuales María Antonieta ha huido toda su vida, están ahí, en el camino que conduce a Châlons, adonde se llega hacia las once y media de la noche. El arco de triunfo levantado en honor de la entrada de la delfina en Francia, hace ya veintiún años, está todavía en su lugar, con su inscripción: «¡Que dure tanto como nuestro amor!». El arco de triunfo demuestra a la reina que no ha soñado su brillante cortejo, su viaje encantado. Inclusive se alojará en el palacio de la Intendencia, donde había sido tan aclamada. «Todavía existían personas que habían sido testigos de esa recepción y que derramaban lágrimas al considerar el contraste de su situación actual»^[106]. Durante un instante, María Antonieta tiene la ilusión de que el presente ha quedado eliminado: como en mayo de 1770, recibe ramilletes de flores ofrecidos por jovencitas. La ciudad de Châlons es realista. «Las autoridades de la ciudad testimoniaron en secreto al rey la pena que

sentían por no poder liberarlo»^[107]. ¿No se podría aprovechar tan buenas resoluciones y quedarse en Châlons? ¿Esperar la llegada de «la buena gente de Reims» que aplaudió al rey con tanto frenesí en el momento de su consagración?

Jueves, 23 de junio de 1791. La «buena gente de Reims» está ahí, a las nueve de la mañana, reclamando sus presas y gritando: «Capeto es lo bastante gordo para lo que queremos hacer», «haremos escarapelas con las tripas de Luis y de Antonieta», «nos comeremos el corazón y el hígado de la Austríaca».

Ya no se trata de seguir pernoctando en Châlons. Al igual que en París, los caníbales son los amos. Sus gritos no cesan. Luis Augusto debe enjugarse un escupitajo que recibe en plena cara.

En Epernay, la berlina se detiene delante del palacio de Rohan. Rohan: María Antonieta ya no debe sobresaltarse por escuchar ese nombre vilipendiado. El nombre de ella es el que aúlla la multitud, acompañado de epítetos cuyo sentido es de esperar que Muselina y su hermano no entiendan. A manera de guardia de honor, la reina tiene derecho a puños tendidos, o que sostienen picas y hachas. Ante tal desencadenamiento, vacila en apearse de la berlina. Un hombre dice a uno de sus vecinos:

—Ocúltame bien, para que tire sobre la reina sin que se sepa de dónde ha salido el disparo.

Aunque tiene horror a las injurias y los escupitajos, la hija de María Teresa no teme la muerte. Se lanza hacia esa marea humana que puede aniquilarla, y sale de ella con la frente alta y el vestido desgarrado. En la mansión de Rohan, una joven, la señorita Vallée, repara el desgarrón.

—Eso es lo que se gana con viajar —lanza uno de los municipales de Epernay.

Luis Augusto puede esforzarse en asegurar que «su intención no era salir de Francia, pero que ya no podía permanecer en París, donde su familia corría peligro»; ya nadie le cree.

En la planta baja se sirve una comida a la familia real, con todas las ventanas abiertas. La exhibición continúa, frente a un gentío que comenta cada gesto, cada bocado. Luego hay que enfrentar de nuevo a esa jauría vociferante. De remolino en remolino, María Antonieta es presionada, empujada, llevada hasta la berlina. Apenas se ha sentado, cuando una mujer de Epernay trepa al estribo y le arroja este adiós amenazador:

—Idos, mi pequeña, ya os haremos sentir muchas otras cosas por el estilo.

Esta promesa será cumplida con amplitud.

Una horda se sucede a otra, y todas tratan a la reina con todos los epítetos posibles, incluido el de envenenadora. A un guardia nacional que se queja del hambre, María Antonieta le ofrece un trozo de carne estofada.

—No lo toques, ¿no ves que quiere envenenarte? —le grita uno de sus camaradas.

Una hora después de la partida de Epernay, bruscas aclamaciones de alegría reemplazan a los gritos de odio. ¿Qué ocurre? Son los tres comisarios, Barnave, Pétion y La Tour-Maubourg, que la Asamblea ha delegado «para llevar al rey a París, velar por su seguridad y por que se mantenga el respeto debido a Su Majestad».

Ante esos nuevos amos, el populacho calla y reclama silencio. «¡Abran paso! ¡Silencio! ¡Aquí están los diputados de la Asamblea Nacional!». Barnave, Pétion, La Tour-Maubourg, llegan a la portezuela del coche. La reina, «con precipitación oprimida», dice: «¡Señores! ¡Señores! ¡Ah, señor de Maubourg!». Toma la mano de Maubourg, después la de Barnave, y pide:

—¡Ah, señor, señor...! ¡Que no ocurra desgracia alguna, que las personas que nos han acompañado no sean víctimas! ¡Que no se atente contra su vida!

La que ha estado a punto de ser aniquilada en el patio de Rohan piensa primero en la suerte de los demás, de sus fieles seguidores.

Barnave, Pétion, La Tour-Maubourg, representan una esperanza de salvación. Ya han obtenido un silencio. Sin duda protegerán a María Antonieta y los suyos de los excesos de la multitud. Pétion, precisamente, lee un decreto de la Asamblea que otorga plenos poderes a sus comisarios.

—Es decoroso que ocupemos un lugar en la berlina —agrega Pétion.

El decoro, palabra que el oído de la reina recibe con gratitud. Se ha visto tan despojada del decoro, en esas últimas horas...

Como la berlina no puede contener tres pasajeros suplementarios, La Tour-Maubourg resuelve viajar en compañía de la señora de Neuville y la señora Brunier, en el cabriolé.

Apenas instalados, Pétion y Barnave advierten la molestia que causan y se dedican a un duelo de cortesía con el rey.

—Señor, os incomodaríamos, es imposible encontrar lugar aquí.

—Nos estrecharemos, habrá lugar.

Uno puede molestarse un poco por personas que lo llaman «señor», y no «grandísimo cerdo de Capeto».

—El rey no quería salir de Francia —dice María Antonieta para romper el hielo.

—No, señores, no deseaba salir, es verdad, lo he declarado —afirma el rey.

Los señores diputados callan. María Antonieta —¿de dónde saca las fuerzas?— despliega sus gracias y bromea:

—Señores, esta mañana, en Reims, oímos una misa, pero una misa constitucional —precisa.

—Esas misas son las únicas que el rey debe escuchar —responde Pétion con gravedad, porque no ha entendido la broma.

La conversación decae. No hay gran cosa que decirse.

María Antonieta ha sentado al delfín sobre sus rodillas. Barnave se encuentra sentado al lado del rey, mientras Pétion se ha introducido como pudo entre Isabel y la

señora de Tourzel, quien tiene a Muselina entre sus piernas. Están tan apretados unos contra otros, que Pétion ha podido pretender, en sus Memorias, que se había entregado, con una Isabel que lo aceptaba, a «esas caricias delicadas que vencen el pudor sin ofenderlo y que culminan en la derrota sin que la delicadeza se alarme».

¡La imaginación de Pétion es igual a la de Juana de La Motte-Valois!

El mismo Pétion se siente maravillado, y esta vez no inventa, con la «desenvoltura y la dicha doméstica» que unen a la familia real. María Antonieta e Isabel se tratan mutuamente de «hermanita». Luis Augusto hace orinar a su hijo en «una especie de tazón de plata». Poco falta para que Pétion declare su embeleso al comprobar que los personajes reales respiran y sudan como el común de los mortales. Se transpira mucho en esa berlina, los viajeros se ahogan. Y se ahogan mucho más cuando Pétion osa preguntar a la reina el nombre de uno de los cómplices de la huida, un sueco disfrazado de cochero.

—No tengo la costumbre de conocer el nombre de los cocheros —replica María Antonieta con un tono que corta cualquier otro intento de investigación. No pronuncia el nombre de aquel cuya suerte la inquieta. El día anterior, en Varennes, había preguntado al señor de Choiseul:

—¿Os parece que el señor de Fersen se ha salvado?

Fersen se ha salvado, y cuando se entere de que su amiga no ha podido huir, escribirá: «Todo está perdido, me siento desesperado. Juzgad cuál será mi dolor y apiadaos de mí».

Desde que los diputados de la Asamblea Nacional penetraron en la berlina, las hordas se han alejado, el tiempo ha pasado, cae la noche. Llegan a Dormans, iluminada. A los gritos de «¡Viva la Nación!», la familia real entra sin tropiezos en el palacio del Louvre, de Juan Landrieux, yerno del alcalde de Dormans a quien Isabel «había visto en Sénart y Maupertuis». Lo reconoce. Landrieux suplica a la princesa que hable con el rey sobre un proyecto de evasión que ha trazado con la complicidad de su suegro. Proyecto que tiene posibilidades de éxito. María Antonieta se muestra partidaria de él. Luis Augusto está en contra y se niega. La reina, «apoyada en el lecho, se incorpora con vivacidad y testimonia al rey, de muy mal humor, cuánto le costaba renunciar a esa última posibilidad de salvación». Luis Augusto es inquebrantable, tanto más cuanto que tiene sueño y que su sueño es sagrado para él. Se duerme. Es el único que duerme esa noche.

«Fue imposible cerrar los ojos por la noche, a causa del ruido que reinaba en la ciudad. Los gritos de “¡Viva la Nación y la Asamblea Nacional!”, que comenzaron con el día, produjeron tal impresión en el espíritu del pequeño delfín, que soñó que estaba en un bosque, con los lobos, y que la reina corría peligro, y despertó llorando y sollozando. Sólo se lo pudo calmar llevándolo ante esa princesa, y al verla bien, dejó que lo acostaran de nuevo y durmió tranquilo hasta el momento de la partida»^[108].

Dormans. Viernes 24 de junio de 1791. Cinco de la mañana. Parten. Pétion se ubica entre el rey y la reina. Sienta al delfín en sus rodillas. La señora de Tourzel se estremece ante tanta «familiaridad indecente». Ya hace mucho calor, y los torbellinos de polvo penetran en la berlina. María Antonieta baja una cortinilla. Afuera, las hordas protestan. Isabel quiere obedecer a las protestas y volver a levantar la cortinilla. María Antonieta se opone con un «¡No! Hay que tener carácter». Cuando cesan las protestas, la reina consiente en subir la cortinilla.

—Hay que tener carácter hasta el final —dice.

Y lo tiene. Inclusive llega a hacer rabiar a Barnave:

—Por favor, decidle al señor Barnave que no mire tanto hacia la portezuela cuando le hago una pregunta —pide a Pétion, riendo.

Barnave trata de defenderse, mientras mira por la portezuela, con una repentina inclinación hacia esa reina de treinta y seis años. Barnave, nacido en Grenoble, se ha opuesto varias veces a La Fayette, cosa que no desagrade a María Antonieta...

En La Ferté-sous-Jouarre, el alcalde, Régnard, ha pedido tener el honor de recibir a la familia real. Honor concedido. La señora Régnard, quien «por delicadeza, no quiere comer con la familia real, se vistió de cocinera y la sirvió con tanto entusiasmo como respeto»^[109]. Conmovida, María Antonieta pregunta por la dueña de casa.

—Yo lo era antes que entrase Su Majestad —responde la señora Régnard.

Salen de La Ferté-sous-Jouarre hacia Meaux, adonde llegan a las ocho de la noche. Cielo de tormenta. La tormenta también está en la calle. Las vociferaciones y las amenazas estallan al paso de la berlina, que se detiene en el obispado. La comida no está lista, y, luego de una hora de espera, «Sus Majestades» tragan unos cuantos huevos frescos y comen fresas. Incómodo por el calor, el rey se retira temprano.

La reina se queda con Barnave y Pétion. Se preocupa por el trato que se otorga a los tres guardias de corps, Malden, Valory y Moustier, quienes desde la partida de Varennes han visto la muerte tan de cerca. Ora se quiere «amarrarlos a las ruedas de la carroza», ora aplastarlos bajo el coche en marcha. Es un milagro que todavía sigan con vida. María Antonieta sabe ahora cuán poco duran los milagros. Discute con Barnave y Pétion sobre los medios para evitar lo peor a esos tres desdichados. También insiste para saber por qué camino se llegará mañana a las Tullerías.

El coche del rey seguirá los bulevares exteriores para entrar por la barrera de la Estrella, los Campos Elíseos y el jardín.

—¿Por qué ese rodeo?

—Para tener la certidumbre de frustrar los proyectos de los malévolos, llegando antes por un camino en el cual no hay casas.

María Antonieta suspira un elocuente «os entiendo». No desconoce esos «proyectos de los malévolos». Es decir, que nunca se terminará de atentar contra su

vida, contra la del rey y la de sus hijos. Por fortuna, el rey y los niños duermen. La reina vela.

Sábado 25 de junio. Se ponen en marcha a las seis de la mañana, con un calor de veintidós grados que presagia un día abrumador. Ese 25 de junio será abrumador, en efecto, para María Antonieta, y no sólo a causa de la canícula. Hacia el mediodía, a la entrada del bosque de Bondy, un tropel de furiosos y arpías, residuo de los días de octubre, se lanza hacia la berlina a los gritos de «¡Muerte a la Austríaca, la bribona, la puta, muerte a la perra austríaca!». Para poner fin a esos gritos, María Antonieta muestra a su hijo, y entonces escucha esta frase que domina el tumulto:

—Que no se moleste en mostrarnos a su niño, sabemos bien que no es del gordo Luis.

El rey palidece. La reina no puede contener las lágrimas. El delfín, asustado, también llora. Ante el aumento de los horrores y los insultos, se siente que París está cercano.

El calor es tan intenso que varios granaderos se desvanecen. «Nos vimos obligados a hacerles inhalar sales para que volvieran en sí», narra la señora de Tourzel. ¡Qué mujercitas, esos granaderos! ¡Que tomen el ejemplo de la reina, que, desde que oyó ese «que no se moleste en mostrarnos su niño, sabemos bien que no es del gordo Luis» ha mantenido una inmovilidad, un silencio de estatua!

A las tres, llegan a la aldea de Pantin, donde La Fayette espera con su estado mayor. Una apariencia de cortejo se forma detrás de la berlina, «adornada de racimos de patriotas», seguida por un «carro triunfal» cubierto de palmas para honrar a los héroes del día, Drouet, Guillaume y un pequeño grupo de gente de Varenne que ha contribuido al arresto de la familia real. Cierran la marcha la señora de Neuville y la señora Brunier, quienes, en su cabriolé, se preguntan si no ha llegado su última hora.

«En la barrera de París encontramos una inmensa cantidad de gente reunida en el camino por el cual debía pasar nuestro desdichado rey. Todos tenían la cabeza cubierta, por orden del señor de La Fayette, quien además había pedido que se guardase el silencio más profundo, para mostrar al rey, decía, los sentimientos que hacía experimentar su valentía. Sus órdenes fueron cumplidas en forma tan estricta que varios marmitones sin sombrero se cubrieron la cabeza con su servilleta sucia y grasienta»^[110].

La Fayette ha hecho pegar en las paredes de París el siguiente anuncio: «Quien aplauda al rey será apaleado; quien lo insulte será ahorcado».

El alboroto que no ha cesado desde la salida de Varennes es reemplazado por el silencio de París. Un silencio de muerte para ese entierro de la monarquía, y, como para un entierro, los soldados mantienen su fusil invertido, con la culata hacia arriba.

A las siete de la tarde, al llegar a las Tullerías, el silencio es quebrado por gritos

de «Muerte a los guardias, muerte a ellos». Moustier, Malden, Valory, escapan por poco de los furros de la multitud. Vuelve el silencio. Se abre la puerta de la berlina. El rey desciende con serenidad, sin darse prisa. Nadie dice una palabra. Aparece la reina, y su sola visión provoca murmullos. Dos diputados arrastran a María Antonieta como quien lleva a una culpable. Muselina y su hermano reciben unos pocos aplausos y unos raros «ésta es la esperanza, el puntal de los franceses».

El rey y la reina suben por la gran escalinata que conduce a sus aposentos. Allí, Luis XVI muestra una calma que provoca la admiración de Pétion, «parecía que el rey volviese de una partida de caza».

A La Fayette, quien reaparece, María Antonieta le ofrece, con una expresión de supremo desprecio, las llaves de las cajitas que han quedado en la berlina. Molesto, don Rubiecito se niega a recibirlas, protestando que «nadie piensa abrir esas cajitas». María Antonieta insiste y arroja las llaves dentro del sombrero del «héroe de los dos mundos», quien repite que no las tocará.

—Y bien, entonces encontraré personas menos delicadas que vos —replica María Antonieta mientras sale de la habitación.

Como encuentra «muy mala» esa recepción, La Fayette se retira a su vez, preguntando al rey si tiene órdenes que dar.

—Me parece que estoy a vuestras órdenes más que vos a las mías —responde Luis Augusto.

Decididamente, nunca habrá un entendimiento cordial entre la pareja real y La Fayette. ¡Y decir que se cree que el general ha sido cómplice de la huida a Varennes! «Es casi imposible que La Fayette no sea cómplice», escribió la señora Roland, al día siguiente de la huida del rey.

Liberada de la odiosa presencia de La Fayette y de los delirios del populacho, María Antonieta se encuentra de nuevo en sus aposentos. Podrá cambiarse, lavarse, quitarse de encima tanto polvo y tantas afrentas. Antes que nada se quita el sombrero, el velo, y luego se mira en un espejo. Ve a una desconocida de cabellos blancos «como los de una mujer de setenta años», una extraña de cabellos «blaqueados por la desdicha». Cinco días de extrema tensión han bastado para cambiar esa cabellera rubia oscura en otra de color ceniza.

LA «VIDA VEGETAL»

(25 DE JUNIO-14 DE SETIEMBRE DE 1791)

El 25 de junio por la noche, cuando logra apartarse de su espejo y de su nueva imagen, María Antonieta toma un baño. Dicta una esquila para la señora Campan: «Os hago escribir desde mi baño, donde acabo de meterme para cuidar por lo menos mis fuerzas físicas. Nada puedo decir sobre el estado de mi alma; existimos, eso es todo. No volváis aquí si no es en respuesta a una carta mía; eso es muy importante». La reina teme, en relación con su camarera, un interrogatorio respecto de la huida de Varennes, una posible acusación de complicidad. Cuando desaparezca ese peligro, la señora de Campan reanudará su servicio en las Tullerías, en los primeros días de agosto.

El 26 de junio, tres delegados de la Asamblea se presentan a las seis y media de la tarde para registrar las declaraciones del rey y de la reina respecto de los motivos y circunstancias de su partida. El rey repite que no ha querido salir de su reino. Entonces, los tres delegados piden ver a la reina. Luis Augusto dice a su hermana, quien aparece en ese momento:

—Isabel, ve a ver si la reina puede recibir a estos señores, y que no los haga esperar.

Esos señores esperarán, pues la reina acaba de introducirse en el baño. Desde su regreso de Varennes, María Antonieta no cesa de lavarse, como para tratar de borrar todas las suciedades con las cuales se la ha abrumado. Recibirá a esos señores al día siguiente por la mañana, a las once.

A las once, María Antonieta, sentada en una butaca, hace instalar a los diputados en sillones. «Esa irónica inversión de la etiqueta fue interpretada con severidad». La reina nada tiene que decir en lo referente a la huida de Varennes. Los diputados registran la siguiente declaración:

«Declaro que, como el rey deseaba partir con sus hijos, nada habría podido impedirme seguirlo. Desde hace dos años he probado de sobra, en diversas circunstancias, que no lo dejaría nunca, y sobre todo me he visto determinada a seguirlo por la confianza y la convicción que tengo de que jamás se iría del reino. Si hubiese querido salir de él, habría dedicado todas mis fuerzas a impedirselo».

Cuando el público lee esta declaración, un solo grito resuena contra la Austríaca: «¿Cómo se puede mentir hasta tal punto?».

María Antonieta nada tiene que decir sobre la huida de Varennes, o no quiere decir nada. Hablar sería dar el nombre de sus cómplices, denunciar a Fersen, a quien escribe, el 28 de junio: «Tranquilizaos en lo que respecta a nosotros; vivimos. Los jefes de la Asamblea dan la impresión de querer suavizar su conducta». Luego, el 29 de junio:

«[...] Existo... cuán inquieta he estado por vos y cuánto lamento lo que sufrís por no tener noticias. ¿Permitirá el cielo que os llegue esta? No me escribáis, porque sería exponeros, y sobre todo no volváis aquí, bajo ningún pretexto. Se sabe que sois vos quien nos hizo salir de aquí, y todo estaría perdido si aparecierais. Tenemos guardia a la vista día y noche; eso no me importa... [...] Adiós... ya no podré escribiros».

Volverá a escribir, y se trata entonces de la famosa esquela, la única en la cual figuran estas líneas que se ha pretendido que eran reveladoras del amor de María Antonieta por Fersen:

«No puedo deciros que os amo y ni siquiera tengo tiempo para ello. [...] Adiós al más amado y más amante de los hombres. Os abrazo con todo mi corazón».

He aquí lo que dice Nesta Webster en su *María Antonieta íntima*:

«¿Era ése, por fin, el testimonio que esperaban desde hacía tanto tiempo los enemigos de María Antonieta? Nadie había encontrado hasta entonces una sola línea escrita por ella que mostrase que amaba a Fersen. ¿La prueba esencial se había descubierto ahora? Por desgracia para sus detractores, el testimonio caería por sí mismo: *la carta no es de escritura de ella, sino que sólo lleva sus iniciales*. [...] Las únicas explicaciones posibles parecen ser que la carta hubiera sido obra de otra mujer, que se habría procurado las iniciales secretas de la reina, o bien de alguien que podría haber tenido los documentos en sus manos y deseaba perjudicar a la reina sin atreverse a imitar su escritura, y habría escrito esa carta con las iniciales, que luego deslizó entre las otras».

Lo que es seguro es que María Antonieta sufre —y eso desde hace varios meses— por carecer de novedades de Fersen, a quien hará decir por un amigo común, Esterhazy, «si le escribís, decidle que ni las leguas ni los países pueden separar nunca los corazones; siento cada día más esta verdad». La verdad sobre el asunto Fersen se encuentra tal vez contenida en estas últimas líneas. Los cuerpos son prisioneros, los corazones se evaden de ellos cuando quieren, «las leguas y los países nunca pueden separar los corazones». No es posible negar el sentimiento de la reina por su caballero servidor. Y para ese sentimiento no hay imposibilidades, ni fracaso de Varennes, ni guardias a la vista. Porque María Antonieta, como se lo anuncia a Fersen, tiene guardia a la vista. Si dice «no me importa», es sólo para tranquilizar a su amigo. ¡En modo alguno carece de importancia para ella! Dos guardias nacionales se encuentran en forma permanente junto a ella. Tales son las órdenes de La Fayette y de Bailly. La

reina se levanta, se viste, se acuesta delante de dos carceleros. La incomodidad de esa perpetua presencia supera todas las que ha soportado María Antonieta hasta entonces. No, no carece de importancia, y se queja tanto que después de prolongadas negociaciones obtiene que sus dos guardias no duerman más en su alcoba. Se conformarán con dormir ante su puerta entreabierta. Ello permite una vigilancia tal que queda eliminada la menor esperanza de huida.

Ninguno de los movimientos de la reina puede pasar inadvertido para sus guardianes. Por ejemplo, en una noche de insomnio María Antonieta enciende una vela y se pone a leer. Uno de los dos guardias llega enseguida y le dice:

—Veo que no podéis dormir, conversemos, sera mejor que leer.

La reina «contuvo su indignación y le hizo comprender, con suavidad, que debía dejaría tranquila».

En apariencia, «la tranquilidad» impregna la vida en las Tullerías, o más bien la monotonía de la vida reducida a costumbres. Misa al mediodía. Almuerzo a la una y media. Cena a las nueve y media. A las once, acostarse. No más paseos, no más diversiones. Una vida inmóvil. Una «vida vegetal», como escribe el cardenal de Bernis, «al rey sólo se le deja la vida vegetal, y resulta admirable que se conforme con ella».

Si bien, en su pasividad innata, Luis Augusto se conforma, no ocurre lo mismo con María Antonieta. Se despliega en diversas actividades. Vela, más que nunca, por la educación de sus hijos. Recibe a sus fieles partidarios cuando obtiene el permiso de La Fayette. La princesa de Tarento, quien se ha presentado en las Tullerías sin ese permiso, tiene que oír que un servidor le diga: «Señora, la reina os manda decir que a pesar del placer que tendría en recibirlos, si no tenéis el permiso del señor de La Fayette, no puede correr el riesgo de dejarlos entrar».

María Antonieta soporta sus cadenas porque espera poder ser liberada de ellas por su hermano Leopoldo, quien el 2 de julio le escribía, creyendo en el éxito de la huida a Varennes: «Que no pueda encontrarme en este momento con vos y con el rey, para abrazarlos y testimoniarles la alegría de un hermano, amigo y aliado [...]. Todo lo mío es suyo: dinero, tropas, en fin, todo: ¡dispongan de ello libremente!».

En cuanto se entera del fracaso de la huida, y del encarcelamiento de su hermana en las Tullerías, Leopoldo dirige una circular a las principales potencias —España, Rusia, Inglaterra, Prusia, Cerdeña—, olvidando a Suecia, cosa que ofende a Gustavo III y a Fersen. Invita a esas potencias a organizar una intervención común en favor de los prisioneros, a redactar un manifiesto enérgico que se imponga a los revolucionarios y que baste para llevarlos de nuevo al buen camino.

Por su parte, el 30 de junio, Gustavo III da a Luis Augusto y María Antonieta las seguridades de su simpatía y su ayuda. Más expeditivo que Leopoldo, no se conforma con un manifiesto, por enérgico que fuere, y aspira a una intervención armada. Incita al conde de Provenza a proclamarse regente, puesto que el rey ya no es libre. Porque el Señor ha triunfado allí donde su hermano fracasó. Con discreción y rapidez, sin

lujos inútiles, sin berlina amarilla y verde, han llegado a Bruselas, donde se lo considera el jefe de la emigración. Aspira a serlo aún más. María Antonieta no duda de ello. Escribe a la señora de Lamballe, también refugiada, por el momento, en Bélgica:

«Podéis tener la seguridad de que en ese corazón hay más ambición personal que afecto por su hermano y menos aún por mí. Su dolor ha sido, toda la vida, el de no haber nacido amo, y ese furor por ponerse en el lugar de todos no ha hecho otra cosa que crecer a partir de nuestras desdichas, que le ofrecen la ocasión de ponerse por delante».

No sería posible decirlo mejor. María Antonieta no envía a la señora de Lamballe sólo consideraciones políticas. Escribe frases como: «Adiós, mi corazón querido; necesito vuestra tierna amistad, y la mía os pertenece desde que os vi...» Gracias a la adversidad, la señora de Lamballe, lo mismo que su rival, la señora de Polignac, ha vuelto a encontrar su lugar en el corazón de la reina. Un corazón inencontrable, que late al ritmo de sentimientos en apariencia diferentes, y sin embargo similares. Se podrían establecer innumerables paralelos entre ese «Adiós mi corazón querido; necesito vuestra tierna amistad», y ese «Adiós al más amado y más amante de los hombres». Para María Antonieta, los sentimientos no tienen rostros definidos. Necesita amar, ama y se deja arrastrar a fórmulas cuya exaltación es puramente formal...

Las acciones conjugadas de Leopoldo, de Gustavo III y de los emigrados asustan a los jefes del partido de los constitucionales, Lameth, Duport y Barnave. Forman un triunvirato y se ponen a la cabeza del Club de los Bernardinos, opuesto al de los Jacobinos. Ese triunvirato exige a la reina que intervenga ante Leopoldo y sus amigos para advertirles respecto del peligro de tales acciones. El 30 de julio, María Antonieta escribe a su hermano:

«Aquí están decididos a defenderse. El Ejército se encuentra en mal estado por la falta de jefe y de subordinación; pero el reino está cubierto de hombres armados, y su imaginación se halla exaltada hasta tal punto que resulta imposible prever lo que podrían hacer y la cantidad de víctimas a quienes sería necesario inmolar para penetrar en el seno de Francia. Por lo demás, no se podría calcular, cuando se ve lo que ocurre aquí, cuáles serían los efectos de su desesperación. En los acontecimientos que presenta esa tentativa, sólo veo éxitos dudosos, y la certidumbre de grandes males para todo el mundo».

Esta petición de no intervención puede sorprender, y haría creer que María Antonieta encuentra placer en la «vida vegetal» a la cual se halla condenada. No hay nada de eso. El 31 de julio revela a Mercy que su sumisión es sólo aparente:

«He creído necesario ceder a los deseos de los jefes del partido de aquí, quienes me dieron el proyecto de carta. [...] Me sentiría humillada si no esperase que mi hermano juzgara que, en mi situación, me veo obligada a hacer y escribir todo lo que se exige de mí».

Ese «se» designa al triunvirato, y en especial a Barnave. Desde su regreso de Varennes, María Antonieta coquetea en términos políticos con Barnave. ¿Cómo podría resistirse, un pequeño abogado de Grenoble, a las iniciativas epistolares de una reina de Francia? Lee las esquelas de María Antonieta «con entusiasmo, y varias veces». Trata de hacer compartir su fervor a Lameth, más reticente. Los dos amigos establecen un plan que someten a la reina. Ésta, con su esposo, deben renunciar a salir de Francia, conseguir que Leopoldo y los demás soberanos reconozcan el principio de la nueva Constitución, y provocar el regreso de los emigrados, que también tienen que participar en la renovación del país. Al proponer este plan, los «dos amigos no ocultaron que me creían muy ligera, capaz de comprometerme y capaz incluso de no dar continuidad algunas a mis ideas», comenta María Antonieta. Muy ligera, en efecto, promete a Barnave y a Lameth todo lo que quieren. En ese sentido, Gustavo III y Fersen recomiendan la resistencia a la Constitución y a los constitucionales. «Vuestros amigos no os abandonan. Sostened con firmeza vuestra situación presente... No permitáis, sobre todo, que injurien, en vuestra persona, a la dignidad real, y los reyes acudirán en vuestra ayuda», escribe el rey de Suecia al rey de Francia.

Entre lo que desea un Barnave y lo que anhela un Fersen, María Antonieta no puede vacilar. Elige la solución del segundo, aunque da la impresión de seguir los consejos del primero. Es un perfecto doble juego, del cual Barnave se da cuenta el 5 de agosto:

«Que la reina no olvide que sólo ella dispone de su destino, que los momentos son decisivos, ¡y sobre todo que no sitúe en dos sistemas su conducta y sus esperanzas, que en su camino todo debe ser claro y no dar motivos para interpretaciones diferentes!».

Acusada de duplicidad, María Antonieta se indigna y responde a Barnave, con suma energía, el 7 de agosto: «Cuando se marcha tan derecho como yo y se desea mucho, y con sinceridad, el bien general, no se teme a nadie y sólo se puede salir ganando cuando se es conocida».

El 16 de agosto, como si todavía fuese la delfina perseguida por la señora Du Barry, María Antonieta pide ayuda a Mercy:

«Estamos en el momento en que se llevará esta Constitución a su aceptación; es tan monstruosa por sí misma, que resulta imposible que se sostenga durante mucho tiempo. [...] En cuanto a la aceptación, es imposible que cualquier ser pensante no vea que, hágase lo que se hiciere, no somos libres; [...]. Tal es el estado deplorable en que nos hallamos; agrega a eso que no tenemos un amigo, que todo el mundo nos traiciona, unos por odio, otros por debilidad o ambición. [...] He escuchado, hasta donde me ha sido posible, a gente de los dos lados, y con las opiniones de todos me he formado la mía; [...]».

Se acerca el momento de aceptar la Constitución: se ha fijado la fecha para el 14 de setiembre. «Es imposible, dada la situación de aquí, que el rey niegue su

aceptación. Podéis creer que la cosa es muy cierta, como os lo digo. Conocéis bastante bien mi carácter para creer que se orientaría más bien hacia algo noble y pleno de valentía; pero sólo hay posibilidades de correr un peligro más que seguro», escribe María Antonieta a Mercy, el 26 de agosto. Esa Constitución, según la reina, es tan mala que no será posible imponerla al pueblo. Fingir que se la acepta «es el único medio para que el pueblo recuperado de su embriaguez, ya sea por la desdicha que experimente en el interior o por el temor al exterior, vuelva a nosotros, abandonando a los autores de sus males», explica María Antonieta a su hermano Leopoldo, el 8 de setiembre.

El 14 de setiembre de 1791, el rey acepta la Constitución. Se presenta ante la Asamblea, al mediodía, para presta juramento. La reina, quien se ha unido de manera espontánea a su esposo, asiste a la ceremonia en una tribuna, en compañía de su hijo, de su hija y de su cuñada.

En cuanto el rey presta juramento, estalla el entusiasmo. La Asamblea toda acompaña a la familia real a las Tullerías. En ese instante se puede creer que la huida a Varennes ha sido olvidada y que Francia tiene un rey constitucional.

Apenas están solos, Luis Augusto y María Antonieta se arrojan el uno en brazos del otro, llorando. Luis Augusto, abrumado, exclama:

—Todo está perdido. ¡Ah, señora, habéis presenciado esta humillación! ¡Lástima que vinierais a Francia para ver...!

El 26 de setiembre, María Antonieta comenta a Fersen esa aceptación:

«Negarse habría sido más noble, pero era imposible en las circunstancias en que nos hallamos. Habría deseado que la aceptación fuese sencilla y más breve; pero tenemos la desdicha de estar rodeados de malvados; aun así, os aseguro que el que se aceptó es el proyecto menos malo. Las locuras de los príncipes y los emigrantes también nos obligaron en nuestras decisiones: al aceptar, era esencial eliminar toda duda de que no lo hacíamos de buena fe».

Se cree en la «buena fe» del rey y de la reina. París acompaña la proclamación con fuegos de artificio, con arcos de triunfo. Cuando el rey, la reina y sus hijos se muestran en los Campos Elíseos, se escuchan los «¡Viva la Nación!», por supuesto, pero también los «¡Viva el rey!». ¿Habría que basar alguna esperanza de salvación en esos «¡Viva el rey!»?

LA SÉVIGNÉ DE LAS TULLERÍAS

(FINALES DE 1791)

Mientras se grita «¡Viva el rey!», en los Campos Elíseos, la voz de un desconocido vocifera al oído de la reina: «No, no les creáis, lo que debéis entender es ¡Viva la Nación!». María Antonieta queda impresionada ante esta prevención anónima. Al volver a las Tullerías, confiesa a la señora de Tourzel, a quien relata el incidente, que «es triste que algo tan hermoso no deje en nuestros corazones otra cosa que un sentimiento de tristeza y de inquietud». Ese sentimiento de tristeza y de inquietud se justificará muy pronto.

La Asamblea Constituyente anuncia que su misión ha terminado y deja su lugar, el 1 de octubre de 1791, a la Asamblea Legislativa. La Fayette, tranquilo, viaja a Auvernia para anunciar que la revolución ha terminado.

La Legislativa emprenderá con presteza el ataque contra el rey y la reina. En las Tullerías termina la «vida vegetal».

El 28 de octubre se adoptan medidas contra los emigrados. El 9 de noviembre, un decreto los declara sospechosos, decide el secuestro de sus bienes y anuncia que quienes no hayan vuelto a Francia antes del 1 de enero de 1792 están sujetos a la pena de muerte. Ello provoca un clamor en Coblenza.

El 29 de noviembre, otro decreto dispone penas severas contra los sacerdotes que no hayan prestado el juramento prescrito por la Constitución civil.

El rey opone su veto a los dos decretos. Ambos rechazos son atribuidos a María Antonieta, quien se convierte, de doña Déficit en doña Veto.

La Constituyente ha decidido que sus miembros no podían ser reelegidos para la Legislativa. Es un error. Tres años de vida política habían dado alguna experiencia a los diputados. La nueva asamblea está compuesta por numerosos pequeños desconocidos de provincias. Grandes, ni uno solo; no figura un solo Mirabeau. Y estos nuevos diputados empiezan por pequeñeces. No quieren que se trate al rey de «Señor» o de «Majestad». La burguesía Parisiense, la Guardia Nacional, se indignan y protestan con tal energía que el decreto previsto para la abolición de estos títulos

debe ser postergado. En esa persecución mezquina, el rey y la reina obtienen una recuperación de su popularidad. El 8 de octubre, en el teatro, María Antonieta es aplaudida con tanta intensidad como antes...

Y también reanudación de las molestias domésticas para la reina:

«La nueva Constitución destruía lo que se denominaban los honores y las prerrogativas vinculados a esto. La duquesa de Duras entregó su renuncia al cargo de dama del palacio, pues no quería perder en la corte su derecho al estrado palaciego. Esta medida afligió a la reina, quien se veía abandonada por privilegios perdidos, cuando sus derechos eran atacados con tanta violencia»^[111].

La señora de Chimay renuncia a su vez. Frente a la desorganización de su casa que provocan estas renunciaciones, María Antonieta considera que necesitaría a su superintendente, la señora de Lamballe. Primero rechaza este pensamiento, y el 4 de octubre escribe a su antigua favorita:

«Estoy muy triste y afligida; el desorden no cesa. Veo que aumenta la audacia en nuestros enemigos y que disminuye el valor de la gente honesta. Sólo es posible pensar de un día para el otro, con el temor de que el mañana sea espantoso. No, una vez más, no volváis, mi corazón querido. *No os arrojéis a las fauces del tigre...*»

Un mes más tarde, cambio de tono total; María Antonieta presiona a la que se ha convertido en su «corazón querido» para que regrese. ¿Habrán huido los «tigres»? En modo alguno; están ahí, más amenazadores que nunca, exigiendo el retorno de los emigrados. Al volver, ¿la princesa de Lamballe no podría dar la señal para ese retomo? ¡Qué lección para los Polignac, los Vaudreuil y toda esa «camarilla abominable» refugiada en Coblenza!

El 15 de octubre, veinticuatro horas después de haber recibido el llamado de la reina, la princesa se declara dispuesta a obedecer, con pleno conocimiento de causa. Dice:

—Ya es hora de partir. La reina me espera. Debo vivir y morir a su lado.

Como sabe que se va a arrojar «a las fauces del tigre», la señora de Lamballe redacta su testamento, el segundo párrafo del cual se refiere a María Antonieta:

«Suplico a la reina que reciba una señal de confianza de aquella a quien dio el título de amiga, título precioso que ha forjado la felicidad de mi vida y del cual nunca abusé, como no fuese para dar testimonios de apego y pruebas de sentimiento por su persona, al quien siempre amé y atesoré en el corazón hasta mi último suspiro. Le pido, pues, como última gracia, que acepte mi reloj despertador, para recordarle la hora de nuestra separación y las que hemos pasado juntas...»

El 4 de noviembre, la princesa llega a París. Como premio por su fidelidad, recibe un anillo hecho con los cabellos de María Antonieta, esos cabellos «blanqueados por la desdicha». Ese regreso dará ocasión a los libelistas para resucitar las antiguas calumnias. La señora de Lamballe «ha ido a ver a la reina para entregarse a una vieja

costumbre por la cual sienten inclinación». Lesbos en las Tullerías; tal es la conclusión de los furiosos, para quienes no existen los sentimientos y su pureza.

Si María Antonieta no se hace ilusiones sobre los diputados que componen la Asamblea legislativa, tampoco Barnave se hace ilusiones.

El 12 de octubre escribe a la reina:

«El partido republicano se encuentra representado en la Asamblea actual de una manera tan degradante que muy pronto las palabras republicano y bandolero serán sinónimos en la conversación misma del pueblo [...] La aristocracia es hoy [...] el único enemigo que hoy es necesario vigilar».

Entre la corte de las Tullerías y la corte de Coblenza se agrava la situación. Los príncipes ansían ir a destruir la Constitución tal como se ha destruido la Bastilla. El rey desea contemporizar y tratar de ser un rey constitucional, mejorando esa Constitución de acuerdo con sus deseos... «Ya conocéis las malas palabras y las malas intenciones de los emigrados. Los cobardes, después de habernos abandonado, quieren exigir que sólo nosotros nos expongamos y sólo nosotros sirvamos a sus intereses», se indigna María Antonieta. Y agrega: «Si mis cuñados lograran prestamos algunos servicios, el agradecimiento sería oneroso, y tendríamos esos amos por añadidura, que serían los más molestos y los más imperiosos».

Aparte de las actividades nefastas de sus cuñados, la reina debe enfrentar a su cuñada Isabel, quien pertenece, de cuerpo y espíritu, al partido de los emigrados. El 31 de octubre María Antonieta se queja a Fersen: «Nuestro interior es un infierno, no hay manera de decir nada con las mejores intenciones del mundo. Mi hermana es tan indiscreta, está tan rodeada de intrigantes y sobre todo dominada por sus hermanos de afuera, que no hay modo de hablarse, o habría que reñir todo el día».

Las pendencias con Isabel habían estallado en agosto anterior, el 27, a raíz de la declaración de Pilnitz, por la cual el emperador de Austria y el rey de Prusia invitaban a los soberanos de Europa a estar preparados para apoyar a la realeza francesa, en peligro después del regreso de Varennes. Esta declaración, en apariencia anodina, había sido cambiada, por Provenza y Artois, en un manifiesto amenazador. Cuando María Antonieta vio las firmas de éstos al pie del manifiesto, dijo una sola palabra: «Caín». Resulta fácil imaginar cómo recibió Isabel ese «Caín». Desde entonces no cesaron las reyertas.

El propio Fersen, a fuerza de oír que María Antonieta es del partido de los furiosos, termina por creerlo y pide aclaraciones, que su amiga proporciona en el acto:

«Tranquilizaos; no me dejo atraer por los furiosos, y si los veo o tengo relaciones con algunos de

ellos, es sólo para utilizarlos, y me producen demasiado horror para dejarme atraer por ellos [...]. Hay que utilizarlos para impedir males mayores; pero en cuanto al bien, sé que no son capaces de hacerlo».

María Antonieta piensa que su conducta es la prudencia misma, como se lo explica a Mercy:

«Querría que todo el mundo regulase su conducta según la mía, [...]. Por Dios, ¿es posible que habiendo nacido con carácter, y sintiendo con tanta fuerza la sangre, que corre por mis venas, esté destinada a pasar mis días en este siglo y con tales hombres? Pero no por ello creáis que me abandona el valor; me mantendré, no por mí, sino por mi hijo, y cumpliré hasta el final mi larga y penosa carrera».

Salvar a su hijo, asegurar su futuro: eso es lo que obsesiona de veras a María Antonieta, y no sus sentimientos por Fersen o por Lamballe. Para ese hijo, elabora un plan que considera muy simple: fingir que cree en las virtudes de la Constitución para ganar tiempo, el necesario para permitir que las potencias extranjeras se unan en un congreso y congreguen sus tropas en un solo ejército cuyo poderío bastará para poner en fuga a los furiosos. Por ese hijo, se revela como una Sévigné de las Tullerías. De día y de noche escribe no sólo a Fersen, a Mercy, a Barnave, a Leopoldo, sino a la emperatriz de Rusia, a la reina de España, a la reina de Portugal. ¿A quién no escribiría para proteger a su hijo de los abismos en los cuales ella misma se hunde? Considera cada una de sus cartas como un intento de salvación e ignora que esos esfuerzos son recibidos con indiferencia o, peor aún, con ironía.

Desde lo alto de su poderío, Catalina, Catalina la Grande, escribe al margen de una carta de María Antonieta: «¡Qué desdicha la de quien se ve reducido, como única esperanza, a una caña a la cual aferrarse!». ¿Pero qué se puede esperar de personas que actúan sin pausa con dos opiniones diferentes, en «todo sentido contradictorias»? No es posible ser más despectivo. Se trata de ver quién abrumará a María Antonieta, incluidos —sobre todo— aquellos a quienes ha colmado con sus beneficios, como el amante de la señora de Polignac, Vaudreuil. El 31 de octubre de 1791, éste se atreve a escribir a Leopoldo H que la reina «abusa» y «presume demasiado de sus fuerzas y su habilidad en tiempos tan tempestuosos y en circunstancias tan graves». Inclusive Fersen cede a ese desprecio general hacia María Antonieta y señala, en su *Diario íntimo*: «Se dice que la reina se acuesta con Barnave y se deja guiar por él; que contiene al emperador, que está en contra de los príncipes. Todo esto va mal». Para «el más amante de los hombres», ¡curiosa falta de reacción! Fersen se traga, como los otros, cualquier mentira difundida contra su amiga. ¡María Antonieta amante de Barnave! ¿Y por qué no de Pétion o de Robespierre?

En las Tullerías se soportan las humillaciones, las injurias, y a veces la miseria.

María Antonieta se queda durante nueve días sin una moneda. Se encuentra desesperadamente aislada. Luis Augusto parece vagar por otro planeta. Isabel sólo piensa en Coblenza. Provenza y Artois se declaran prontos a invadir a Francia y a devolver matanza por matanza. Estos rumores de guerra y de muerte sólo sirven para acentuar el odio contra María Antonieta, esa «perra austríaca» vendida a su país natal y dispuesta a vender a Francia.

«Nuestra situación es cada día más molesta. Además, la Asamblea es tan indigna, toda la gente honesta está tan cansada de todos los problemas, que con prudencia, creo, podremos salir de esto, pero para eso insisto siempre en el congreso armado, como ya lo he dicho. Sólo él puede detener las locuras de los príncipes o de los emigrados, y veo por todas partes que habrá, tal vez antes de poco, tal grado de desorden aquí que, aparte de los republicanos, todo el mundo se sentirá encantado de encontrar una fuerza superior para llegar a un arreglo general»,

escribe María Antonieta a Mercy, el 25 de noviembre. Se ilusiona, pero no tanto como para ignorar que ya no sabe... ¿dónde está! «¿Entendéis mi posición y el papel que me veo obligada a representar durante todo el día? A veces no me entiendo yo misma y me veo obligada a reflexionar para ver si soy yo quien habla», confiesa a Fersen. Está sola, y carece de poder. Cuando Fouquier-Tinville reproche a María Antonieta, en su proceso, que ha dirigido al rey, ella responde:

—Hay mucha distancia entre aconsejar una cosa y hacerla cumplir.

La debilidad de Luis Augusto es la comidilla de Europa. María Antonieta lo sabe y sufre por ello. ¿De qué no sufre, en ese final de 1791? La presencia de la señora de Lamballe sólo le ha traído un consuelo momentáneo. Instalada en las Tullerías, la princesa mantiene allí un semblante de salón. Cuando sale de él, es para regresar espantada de las atrocidades que se dicen sobre la reina en París. Un orador declara en público que «María Antonieta es una ramera a quien hay que derramar plomo líquido en el pecho, y que merece el azote».

«La buena Lamballe, quien sólo esperaba el peligro para mostrar cuánto valía, se siente un poco enferma por no poder salir sin tener que escuchar las cosas más atroces; por mi parte, no necesito salir, disfruto de todo eso en mi propia casa, y sólo basta con que me asome a la ventana»,

escribe María Antonieta a la señora de Polignac. Es de esperar que la duquesa Julio haya enrojecido o palidecido al leer ese «la buena Lamballe, quien sólo esperaba el peligro para mostrar cuánto valía». La duquesa no esperó el peligro para mostrar que no valía nada. No hizo más que dar una prueba suplementaria y definitiva de ello en la noche del 16 al 17 de julio de 1789.

Como se lo relata a la señora de Polignac, María Antonieta no necesita salir para «disfrutar» de los horrores que inspira. Bajo sus ventanas se venden abominables folletos como *Los crímenes de las reinas de Francia desde el comienzo de la monarquía hasta María Antonieta*, o como *Los furores uterinos de María Antonieta*. También se venden caricaturas que representan a la reina como una esfinge, un pavo

real, una pantera, un áspid, una hechicera, un vampiro que tiene entre sus garras la Constitución. Se podría reír de estas exageraciones, si no fuesen mortíferas. Cuando el pueblo ve, en un grabado, que María Antonieta sale de una caja de Pandora, con éste comentario: «De todos los males, éste es el peor», el pueblo cree con facilidad que la reina es el peor de los males.

En 1791, María Antonieta es el punto de mira hacia el cual converge todo. Hoy se diría «es la vedette del año». Olimpia de Gouges, quien acaba de terminar su *Declaración de los derechos de la mujer*, la dedica a la reina, y en qué términos: «Cuando todo el imperio os acusaba y os hacía responsable de sus calamidades, sólo yo, en tiempos de inquietud y de tormenta, tuve la fuerza de salir en vuestra defensa. Nunca pude convencerme de que una princesa criada en el seno de las grandezas hubiese tenido los vicios de la bajeza». Por desgracia, hay en Francia cada vez menos personas que piensen como Olimpia de Gouges... Y la «buena» Lamballe, cuando oye tratar a la reina de «animal feroz», tiene razón para sentirse un «poco enferma». Por menos que eso se enfermaría uno...

El 4 de diciembre de 1791, Fersen escribe a la reina:

«Siento perfectamente todo el horror de vuestra situación, pero no cambiará sin una ayuda exterior y por el agotamiento del mal por sí solo. El mal actual dejará paso a otro, pero siempre seréis desdichada, y el reino caerá en la disolución. Jamás doblegaréis a los facciosos, tienen demasiadas cosas que temer de vos y de vuestro carácter».

María Antonieta responde el 7 de diciembre:

«Por mi parte, me mantengo mejor de lo que debería, dada la prodigiosa fatiga que tengo sin pausa, al salir tan poco; no tengo un solo momento para mí, entre las personas a quienes hay que ver, los escritos y el tiempo en que estoy con mis hijos. Esta última ocupación, que no es la menor, es la única que me procura felicidad... y cuando estoy muy triste, tomo en mis brazos a mi niño, lo abrazo con todo el corazón, y ello me consuela en ese momento».

«En ese momento» la reina tiene más necesidad que nunca de consuelo. Provenza y Astois, instados por el rey a regresar de la emigración para demostrar que no son enemigos de Francia, se niegan en forma categórica, hipócrita, pretextando que esa «orden» no es la «libre expresión» de Su Majestad y que constituye una «nueva prueba» de su cautiverio moral y físico. Aterrorizados con esa doble negativa, Luis Augusto y María Antonieta envían un mensajero, el señor de Goguelat, para convencer a Provenza y Artois de que su regreso es deseado de verdad y de que sería imprescindible para que cesara la acusación de «conspiración con el enemigo» que los furiosos lanzan contra toda la familia real.

La misión de Goguelat termina en un soberbio fracaso. «Nunca oí hablar de Luis XVI con tanta irreverencia como en esa velada: *el pobre hombre, esa nulidad, ese beato*; así se lo llamaba, y se me aseguraba que estas calificaciones injuriosas las habían puesto de moda los cortesanos del Señor», informa Goguelat. Cuando vuelve

a las Tullerías, a finales de diciembre, para dar cuenta de su fracaso, «el rey, cuando volví a verlo, lo había previsto todo, adivinado todo. Sin proferir una sola palabra, unió las manos y las elevó al cielo; la reina bajó la vista con tristeza y doña Isabel derramó un torrente de lágrimas».

Así termina 1791, en la desolación, en el temor de una guerra en las fronteras que degeneraría enseguida en guerra civil, fratricida. Una guerra que arruinaría todas las esperanzas de María Antonieta y diezmaría a toda su familia.

Recuperada un tanto de sus prejuicios, Catalina de Rusia reconoce que las «intenciones de la reina son puras, que desea la contrarrevolución más que nadie, pero antes querría salvar los días de su esposo, de su hijo, de los suyos». La práctica, la cínica Catalina, ha visto con claridad. Eso es exactamente lo que anhela María Antonieta en ese 31 de diciembre de 1791: salvar primero la vida de los suyos y después la propia. Ése es el sentido del mensaje que confía, a principios de 1792, a Simolin, embajador de Rusia en París, quien será su portavoz ante Leopoldo y Catalina:

«Decidle al emperador que la nación necesita mucho al rey y a su hijo como para que tengan nada que temer; interesa salvarlos a ellos. En cuanto a mí, nada temo; mientras ellos se salven, todo me es indiferente, y prefiero correr todos los peligros posibles antes que seguir viviendo en el estado de degradación y desdicha en que me encuentro».

El 31 de diciembre, la princesa de Tarento presenta sus buenos deseos a la reina.

—El final del año pasado fue muy diferente: tenía grandes esperanzas; este año sólo percibo desgracias y ningún medio para evitarlas —dice María Antonieta a la princesa, de quien se separa con brusquedad.

Debilidad de un momento, que la reina lamenta enseguida. Es de la raza de los indomables. Y 1792 no puede ser peor que 1791, con el fracaso de la fuga a Varennes y los horrores que siguieron. Sin embargo, 1792 será peor...

NO MÁS TEATRO PARA LA REINA

(20 DE FEBRERO DE 1792)

Primero de enero de 1792. Los príncipes de la familia real y varios otros nobles emigrados son acusados por la Asamblea Legislativa. Bonito regalo de fin de año para María Antonieta, aunque ya no quiera a sus cuñados, Provenza y Artois. La Asamblea quiere la guerra. Una guerra es cosa práctica, desvía la atención, permite olvidar los problemas esenciales en favor de los combates inútiles. El tronar del cañón ahoga las recriminaciones y hasta las hace callar. En París, al igual que en las provincias, todos están cansados de esa interminable revolución. Cada día es el 14 de julio de 1789, cada día es la toma de la Bastilla; es enojoso. Se aspira a un poco de calma, a una reanudación de las actividades. Se teme la bancarrota. Si bien una minoría, los furiosos, llama a la guerra contra Austria, contra las potencias extranjeras coaligadas, la mayoría del país, los silenciosos, los aterrorizados, formulan votos por la paz.

Barnave continúa empujando a la reina a comprometer a su hermano Leopoldo II a condenar los manejos belicistas de los emigrados y a declararse en forma abierta por la paz. Ha redactado un memorial, uno más, para María Antonieta, quien el 4 de enero de 1792 se queja a Fersen:

«El memorial está muy mal hecho, y se ve que los indigentes tienen miedo; pero para nuestra seguridad personal, todavía hace falta cuidarlos y, sobre todo, inspirarles confianza por nuestra conducta aquí».

Será la última tentativa de Barnave. Poco después, sale de París y regresa a su Grenoble natal, con el espíritu henchido de «cansancio y saciedad». Antes de su partida obtiene una última entrevista con María Antonieta, en la cual dice:

—Vuestras desdichas, señora, y las que preveo para Francia, me habían decidido a dedicarme a vuestro servicio. Veo que mis opiniones no coinciden con los puntos de vista de Su Majestad. Auguro poco éxito al plan que os han hecho seguir; estáis demasiado lejos de quienes podrían enviaros ayuda; estaríais perdida antes que os llegara. Deseo con ardor engañarme en una predicción dolorosa; pero tengo la certeza de pagar con mi vida el interés que me han inspirado vuestros infortunios y los

servicios que he querido prestaros. Como única recompensa, pido el honor de besar vuestra mano.

La señora Campan, quien repite estas palabras, relata luego, en sus *Memorias*, la continuación de la entrevista: «La reina le concedió ese favor, con los ojos bañados en lágrimas, y conservó la más favorable idea de lo elevado de los sentimientos de ese diputado. Doña Isabel los compartía, y las dos princesas conversaban a menudo, con interés, sobre Barnave».

Barnave, he ahí por lo menos un tema acerca del cual María Antonieta e Isabel no disputan. Barnave nunca volverá a ver a la reina. Detenido poco después del 10 de agosto de 1792, pagará con su vida, como lo presentía, su devoción a la reina y será guillotinado a finales de 1793.

La partida de Barnave libera a María Antonieta de la coerción del doble juego. Ya sólo necesita seguir ciegamente los consejos de Fersen, quien le recomienda: «Es preciso que salgáis del estado en que os encontráis, y sólo los medios violentos pueden sacaros de él». Esos «medios violentos» repugnan a la reina, quien ya no sabe a qué santo encomendarse. ¡Ah, si Mercy estuviese ahí!

«Al llegar a Francia deposité mi confianza en el señor de Mercy. Lo consideraba un padre, y tengo el dolor de ver cómo me engañé ante lo poco que se interesa hoy por mi triste situación»,

confía María Antonieta a la señora de Tourzel y la señora de Tarento. Acusa a Mercy de abandono, pero sigue siendo el irremplazable Mercy, cuyos consejos escucha desde 1770. Mercy, sí. No cabe duda de que Mercy sabrá encontrar un remedio a esa «triste situación». En febrero de 1792 la reina, muy «niñita», muy «María Antonieta 1770», escribe a quien sigue siendo su mentor:

«No sé qué acción llevar a cabo ni qué tono adoptar; todo el mundo me acusa de simulación, de falsedad, y nadie puede creer —con razón— que mi hermano se interese tan poco por la espantosa situación de su hermana como para comprometerse sin cesar, sin decir nada. Sí, me comprometo, y mil veces más que si actuara; el odio, la desconfianza, la insolencia, son los tres móviles que hacen actuar en este momento a este país. Son insolentes por exceso de miedo, y porque, al mismo tiempo, creen que nada se hará desde afuera».

Mercy, quien se encuentra en Bruselas, en compañía de Fersen y de Breteuil, recibe esta carta desesperada el 9 de febrero. Dos días después, el 11, Fersen viaja a París para convencer a la reina y al rey de que actúen. O de que vuelvan a huir. ¿Por qué no? Fersen es portador de dos proyectos de huida. Uno por vía marítima, con embarque en una nave inglesa y desembarco en Ostende. El otro por vía terrestre, a partir de Compiègne y de su bosque. Se seguiría el camino de los «bosques de caza» y, guiados por contrabandistas, se llegaría a la frontera. No más berlina, no más azafata, no más peinador; sólo la huida de árbol en árbol o de ola en ola... La evasión por los bosques debía de tentar a María Antonieta, quien desde su infancia ha vivido

en compañía de los árboles. Árboles de Schönbrunn, árboles del Trianon, árboles de las orillas del Sena...

El 13 de febrero, Fersen llega a París y anota en su *Diario*: «Fui a ver a la reina, pasé por mi camino de siempre, miedo a los guardias nacionales; no vi al rey». Sigue un tachón, que según Alma Söderjhelm^[112] podría significar «me quedé allí». ¿Y qué demuestra eso? Que la vigilancia es tal que, «por miedo a los guardias nacionales», Fersen no pudo salir de las Tullerías esa noche, y tuvo que quedarse allí y que permanecer oculto en una caja de escalera o en un ropero, pero, en todo caso, no en el lecho de la reina ni en su alcoba de puerta entreabierta, donde vigilan dos guardias que son relevados cada dos horas. Encantadora intimidad para una noche de amor. Y decir que esa noche del 13 al 14 de febrero de 1792 ha hecho soñar tanto... Para cambiar esos encuentros en abrazos apasionados, sería preciso que la reina fuese una ninfómana exacerbada, cosa que está lejos de ser, y Fersen un hambriento de sexo, cosa que ya no es, colmado en ese aspecto, puesto que en París se aloja con la señora Sullivan, una dama muy galante y tan experta en voluptuosidades inéditas como una señora Du Barry. Sí, en verdad, es posible preguntarse si las «noches de amor» de María Antonieta y de Fersen no forman parte de una alucinación colectiva.

El 14, el rey, la reina y Fersen se encuentran reunidos en las Tullerías. Sus palabras son en lo fundamental políticas, o bien se refieren a las posibilidades de huida que rechazan Luis Augusto y María Antonieta, paralizados por la posibilidad de un nuevo fracaso.

El 14, Fersen anota en su *Diario*:

«Muy hermoso y dulce. Vi al rey a las seis de la tarde; no quiere partir, y no puede a causa de la extrema vigilancia; pero en verdad vacila, pues ha prometido quedarse en tantas ocasiones; es un hombre honrado. [...] Llevaba puesto el cordón rojo. [...] La reina me dijo que ella veía a Alex, Lameth y Duport, quienes le decían sin cesar que el único remedio eran las tropas extranjeras, sin lo cual todo estaría perdido; que eso no podía durar [...]».

En vano se buscaría, en ese *Diario*, en las páginas que siguen a ese encuentro, la menor huella de emoción o nostalgia. Lo único que preocupa a Axel son las incomodidades del regreso, el temor de ser reconocido, las malas cenas en los malos albergues en los cuales se duerme vestido, en habitaciones para carreteros, el frío de las noches.

Al volver a Bruselas, el 24 de febrero, Fersen informa, el 29, de su misión a Gustavo III:

«En resumen, he encontrado al rey y a la reina muy decididos a soportarlo todo, antes que seguir en el estado en que se encuentran, y después de la conversación que tuve con Sus Majestades creo poder aseguraros, señor, que sienten con intensidad que toda transacción con los rebeldes es inútil e imposible, y que no hay, para el restablecimiento de su autoridad, otro medio que la fuerza y la ayuda del extranjero».

Mientras Fersen se hallaba todavía en París, en brazos de la señora Sullivan, María Antonieta asiste, el 20 de febrero, en el Teatro Italiano, a una representación de *Acontecimientos imprevistos*, de Grétry. Al cantar *¡Ah, cómo adoro a mi ama!*, la señora Dugazon se inclina ante la reina. Ello provoca un verdadero alboroto.

—¡No hay amos! ¡No hay amas! ¡Viva la libertad! —gritan los jacobinos del público.

—¡Viva el rey! ¡Viva la reina! —gritan los monarquistas de los palcos.

Se riñe en la sala, la guardia debe intervenir para restablecer el orden. Durante el tumulto, María Antonieta muestra «la más noble actitud y la mayor calma». A la salida es aclamada y escucha, una vez más, «¡Viva la reina!». Después de lo cual, para no tener que enfrentar de nuevo otros acontecimientos imprevisibles y para no provocar tales incidentes, María Antonieta no irá más al teatro, que tanto le gustaba... No hay más teatro para la reina, quien ahora tiene a su disposición el teatro de la Historia, en el cual deberá desempeñar los primeros papeles. Y son muy distintos que los que interpretaba en su teatro del Trianon.

UNA REINA EN GUERRA

(PRIMAVERA DE 1792)

Si María Antonieta evita las apariciones en público para no desencadenar incidentes o comentarios malévolos, la gente no deja de propagar rumores absurdos respecto de ella.

«Uno de febrero de 1792. Un triunvirato femenino conduce ahora todas las operaciones del Ministerio. Está compuesto por la reina, la señora de Lamballe y la señora de Staël. La reina, según se dice, ha tomado a su cargo las Relaciones Exteriores; la señora de Lamballe tiene el departamento del Interior, [...] el de la Guerra le ha correspondido en el reparto a la señora de Staël [...]»^[113].

Este conglomerado de mentiras hace nacer una caricatura que muestra al rey convertido en veleta hacia la cual sopla el «triunvirato femenino»... Otros rumores, sin fundamento alguno, acerca de una huida del rey a Metz, provocan un tumulto ante las Tullerías, con los habituales insultos y las bolas de fango arrojadas. Luis Augusto se asombra ante semejante efervescencia:

«¿Entonces el pueblo no cree en mi promesa? No tengo intención alguna de abandonarlo, ni siquiera la de irme de la capital mientras mi presencia pueda contribuir a mantenerla confianza, el orden y la tranquilidad públicos».

Hace tiempo que «la confianza, el orden y la tranquilidad pública» son apenas otros tantos recuerdos.

«Francia estaba entregada, en todas sus provincias, al bandolerismo más atroz. Los bosques eran devastados, los graneros saqueados, la circulación de los cereales interrumpida, [...]. El rey, a quien esta nueva Asamblea había despojado del poco de autoridad que le quedaba, no tenía medio alguno de oponerse a esos excesos. [...]. La situación del rey era espantosa y se agravaba de día en día»^[114].

Lo que también se agrava —como consecuencia de tantas pruebas— es el mal estado de salud de la reina. Resulta curioso comprobar que si bien Fersen ha señalado, en su Diario íntimo, con fecha 14 de febrero, que el rey llevaba el «cordón

rojo», no tuvo una sola palabra para el visible decaimiento físico de María Antonieta, que llamaba la atención a todos aquellos que se le acercaban: sus cabellos encanecidos, la inflamación de su tez, el enrojecimiento de sus párpados causado por las lágrimas y las vigilias, su delgadez. No, el «más amante de los hombres» nada ha visto en relación con todo eso. Es como si la reina, para Fersen, no fuese una mujer de carne y hueso, sino un ente, un símbolo, una estatua a la cual se venera desde lejos...

Dos golpes terribles, con quince días de intervalo, harán vacilar a la estatua en su pedestal.

Leopoldo II muere el 1 de marzo. Se le adjudicaba esta frase: «Tengo una hermana en Francia, pero Francia no es mi hermana». Lo cual no impide que María Antonieta pierda en Leopoldo a uno de sus últimos apoyos, por débil que sea. Lo reemplaza en el trono de Austria su hijo Francisco, quien asegura que sus disposiciones hacia Francia serán las mismas que las de su padre. María Antonieta duda de ello.

Al enterarse de la muerte de Leopoldo, ocurrida en cuarenta y ocho horas y acompañada de fuertes «dolores de vientre», la reina piensa, y no es la única, en un envenenamiento organizado por los jacobinos. Para confirmar sus sospechas, éstos organizan una fiesta en los jardines de las Tullerías. Leopoldo es colgado allí en efigie, y su cabeza de cartón es paseada en el extremo de una pica, bajo el balcón de María Antonieta.

El 16 de marzo es asesinado Gustavo III de Suecia. Nuevo motivo de regocijo para los jacobinos y de dolor para la reina:

«Sufrimos una gran pérdida; había conservado por nosotros un verdadero apego, y nos hizo decir, en la víspera de su muerte, que una de sus penas, al abandonar la vida, era la de sentir que su ausencia podía perjudicar nuestros intereses»,

dice María Antonieta a la señora de Tourzel.

Ese mismo 16 de marzo, Dumouriez es nombrado ministro de Relaciones Exteriores. Conquista la confianza del rey. No logra ganar la de la reina.

—Señora, dejaos salvar—suplica Dumouriez.

En vano. María Antonieta no cree en la sinceridad de ese ministro a quien considera demasiado vinculado a Robespierre.

Entre la muerte de Leopoldo II y la de Gustavo III, el 10 de marzo trae otro motivo de congoja para la reina. Ese día, en la Asamblea, retomando el llamado que Mirabeau había lanzado en vísperas de las jornadas de octubre —«¡Que la Asamblea decida que sólo la persona del rey es inviolable!»—, Vergniaud exclama, mirando en dirección de las Tullerías:

—El espanto y el terror han salido con frecuencia, en los tiempos antiguos, de ese palacio famoso. Que penetren hoy en nombre de la ley; ¡que todos aquellos que lo habitan sepan que la Constitución sólo otorga inviolabilidad al rey! ¡Que sepan que la ley alcanzará sin distinciones a los culpables, y que no habrá una sola cabeza convicta como criminal que pueda escapar a la guillotina!

No sería posible amenazar con mayor claridad a María Antonieta. Se habla otra vez de divorcio y de convento. Consciente de la gravedad del peligro, la reina quema, con la ayuda de la señora Campan, los papeles que considera comprometedores para sus amigos.

En esa primavera de 1792, María Antonieta ve sucederse, casi sin interrupción, las penas y las congojas. Se entera de que una nueva edición de las *Memorias* de la señora de La Motte se difundirá en París; se alarma y previene a Luis Augusto, quien, con una celeridad, un espíritu de decisión inesperados, hace comprar enseguida los volúmenes y quemarlos. Un ejemplar escapa a la destrucción, y el Comité de Salud Pública lo reclama y lo hace imprimir. En verdad, Luis Augusto y María Antonieta no tienen suerte en esa primavera de 1792...

La llama demasiado intensa de esa hoguera es seguida por otra, más modesta, la de una vela que ilumina la Pascua clandestina de María Antonieta. Gracias a la complicidad de la señora Campan, puede recibir la comunión, a las cinco de la mañana, en la capilla de las Tullerías, de manos de un sacerdote no juramentado...

«Me siento muy atormentada en cuanto al preceptor de mi hijo. Nos hemos decidido por el señor de Fleurieu, pero no sabemos todavía en qué momento se lo diremos», escribe María Antonieta a Fersen, el 30 de marzo de 1792.

Luis Carlos ha llegado a la edad de pasar del «gobierno» de las mujeres al de los hombres. Va a cumplir siete años. Como todas las madres, María Antonieta encuentra que su hijo es el más bello. Es su alegría y su consuelo. «Su alegría y su amabilidad eran las únicas diversiones que aliviaban las penas que abrumaban todos los días a la reina»^[115]. ¿Debía María Antonieta separarse de él? ¿No escuchar más a quien canturrea «Mamá es la más querida de las mamás»? ¿Y para entregarlo a quién? A hombres designados por la Asamblea, a un Pétion, a un Sieyès, e inclusive se ha postulado el nombre de un Robespierre. María Antonieta se estremece. Convince a su esposo de que sólo los padres tienen el derecho de elegir a quien educará a sus hijos, y de que ese derecho es inalienable. Luis Augusto y María Antonieta han elegido, con prudencia, al señor de Fleurieu, quien, como «estaba vinculado con todos los miembros del partido constitucional, despertaría menos sospechas que cualquier otro».

El 18 de abril, el rey escribe al presidente de la Asamblea:

«Os ruego, señor presidente, que prevengáis a la Asamblea Nacional de que como mi hijo ha llegado a los siete años de edad, he nombrado preceptor al señor de Fleurieu: su probidad y sus luces, reconocidas por todos, tanto como su apego a la Constitución, han determinado mi elección».

Otra precaución inútil: el nombramiento del señor de Fleurieu —quien nunca ocupará su puesto— pasará totalmente inadvertido, ya que dos días más tarde, el 20 de abril, el rey declara la guerra a Austria. Es empujado a ella por sus ministros, la mayoría de los cuales pertenecen al partido de los girondinos. El rey, «para cubrir su responsabilidad en una medida tan grave, que rechazaba, había hecho que cada ministro le hiciera llegar su opinión, motivada y firmada». Mientras el rey rechaza esa guerra, la reina ve en ella la esperanza de realizar su plan. Sigue convencida de que al «congreso armado» le bastará con desplegar sus fuerzas para que todo quede en orden, sin efusión de sangre. La señora de Tourzel no está muy lejos de compartir esa opinión:

«Francia comenzaba la guerra sin dinero, con un ejército desordenado, plazas sin defensa, y si los aliados no hubiesen dejado a los franceses el tiempo necesario para recuperarse de su primer susto, es más que probable que hubiesen terminado con la revolución e impuesto a Francia un gobierno razonable».

Mucho antes de la declaración de guerra del 20 de abril, Mercy previno a María Antonieta de que «si estalla la guerra, será muy importante que se conozcan en las Tullerías los movimientos de todos los días y las intrigas de todos los partidos». El hábito que tiene la reina de obedecer a ese guía impuesto por su madre es más fuerte que cualquier otra cosa. María Antonieta revela a Mercy y a Fersen que está enterada de los movimientos de tropas. El 5 de junio «hay órdenes para que el ejército de Luckner ataque sin cesar; éste se opone, pero el Ministerio lo desea. Las tropas carecen de todo, y se encuentran sumidas en el mayor desorden». El 11 de julio «Luckner toma el ejército del Rin, La Fayette pasa al de Flandes; Biron y Dumouriez, al del centro».

¿Tiene ella conciencia de estar traicionando a Francia? No. En primer lugar, esas tropas «que carecen de todo» están compuestas de esos furiosos de quienes ella debe temer cualquier cosa. Luego, considera la guerra como un asunto de familia en el cual tiene voz, ya que su esposo, sus cuñados, su sobrino, para nombrar sólo a ellos, están comprometidos. Y de esa guerra depende el futuro y la salvación de su hijo.

«Pero el comienzo de la guerra no fue feliz para Francia. Un destacamento del ejército del Norte fue derrotado cerca de Tournay, y regresó a Lille en medio de un espantoso desorden»^[116].

La Fayette se ve obligado a replegarse, Dumouriez es rechazado, Rochambeau presenta su renuncia. Es la desbandada. Ya se imagina a los ulanos a las puertas de París. Es el pánico. Se ataca al rey, a sus ministros y, sobre todo, a la reina con

creciente violencia. «No os asombréis si os escribo un día para anunciaros el asesinato del desdichado rey y de su esposa», escribe el 1 de mayo Coray, un sabio griego que vivía en Francia.

El 16 de mayo, en los *Anales patrióticos*, un amigo de los girondinos, Carra, denuncia las actividades de las Tullerías. El salón que allí dirige la señora de Lamballe es presentado como un «comité austríaco», se acusa a la reina de preparar una «noche de San Bartolomé de los patriotas» y al rey de querer huir y entregar las plazas fuertes y el Ejército a los emigrados. La pregunta es: ¿con qué poderes?

Es demasiado. Ante semejantes extravagancias, el rey sale de su reserva, o de su apatía, y juzga que el «interés del Estado y su tranquilidad interior no permitían dejar pasar en silencio ese tipo de calumnias». Quería que «todo ese asunto fuese aclarado perfectamente». No fue así. Amigo de los girondinos, Carra era intocable.

Convertido en alcalde de París en lugar de Bailly, Pétion aprovecha la agitación para multiplicar las patrullas, cosa que mantiene a los parisienses en un constante estado de alarma. Para no quedar atrás, los girondinos hacen disolver la guardia constitucional asignada al rey, ya que, según ellos, dicha guardia sólo se compone de sacerdotes refractarios y de aristócratas. El rey queda sin defensa.

El 26 de mayo, la Asamblea decreta que los sacerdotes no juramentados serán condenados a deportación. El 8 de junio, decide la formación de un campamento de veinte mil hombres cerca de la capital. El 19 de junio, el rey opone su veto a esos dos decretos. El primero era un ataque contra la libertad de conciencia proclamada por la Constitución y el segundo una amenaza para el orden público. ¿El rey dejará de ser un fante? Ya ha despedido, el 13, a tres ministros girondinos, Roland, Clavière y Servan. Esos tres despidos, ese doble veto, producen «grandes movimientos» en París. Ese mismo 19 de junio, el rey remite a su confesor la siguiente esquela:

«Venid a verme; nunca he tenido tanta necesidad de vuestros consuelos. He terminado con los hombres; mis miradas se dirigen al cielo. Para mañana se anuncian grandes desgracias; tendré valor».

Luis Augusto tiene tanto más valor cuanto que María Antonieta muestra el suyo cada día más. Esa bebedora de agua se embriaga de valentía, tal como antes se embriagaba con el brillo de los diamantes. Los permanentes clamores de «¡Abajo Doña Veto!» no la rozan siquiera. Doña Veto, Doña Déficit, Perra Austríaca... La reina se niega a reconocerse en estas caricaturas que se venden bajo sus ventanas...

«INJURIAS DE DÍA, ASESINOS POR LA NOCHE...»

(VERANO DE 1792)

La manifestación del 20 de junio de 1792 no ha sido espontánea, ¡es lo menos que se puede decir! Los furiosos ya se disponían a festejar, a su manera, el doble aniversario del Juramento del Juego de Pelota y de la huida a Varennes. Un 20 de junio de 1789, el tercer estado había resistido al «déspota», y un 20 de junio de 1791 «el déspota» había huido. Ese doble aniversario coincidía, qué ganga, con el doble veto. Don y Doña Veto verían qué puntos calzaban los furiosos: ese 20 de junio irían a plantar en las Tullerías un árbol de la Libertad. Cosa que anuncian a la Asamblea con las siguientes palabras: «El día de la cólera del pueblo ha llegado».

A partir del anuncio del doble veto, el 19 por la noche, París se agita. Los furiosos se reúnen enseguida, en el barrio de San Antonio, en casa del cervecero Santerre, donde, con la bendición de Danton, se encuentran por lo general los activistas habituales: el carnicero Legendre, el capuchino Chabot, Fournier «el Norteamericano». Es preciso conseguir que el rey llame de nuevo a sus «buenos ministros» girondinos y apruebe esos «buenos decretos» que tuvo la audacia de rechazar. Para lograr tal cosa, hay que mostrar las propias fuerzas en las Tullerías. Se prepara una insurrección, con la ayuda de diversas complicidades. La municipalidad, con Pétion a la cabeza, cierra los ojos y se conforma con enviar a su procurador-síndico, Roederer, a prevenir a la Asamblea. No se previene a las Tullerías. El comandante de la Guardia Nacional, Ramainvilliers, será inhallable durante toda la jornada del 20 de junio.

Una jornada que empieza demasiado temprano. Desde las cinco de la mañana comienza el llamado para la reunión. Los «barrios» se ponen en marcha, y los 1.500 furiosos reunidos por Santerre aumentan con rapidez con nuevos reclutas, unos quince mil hombres y mujeres salidos de los barrios bajos de París, ganapanes, acarreadores, verduleras, prostitutas. Burgueses y burguesas, comerciantes y tenderas, cierran puertas y ventanas porque presienten el enfrentamiento. Ante el populacho, el pueblo se soterra.

Una diputación de furiosos es recibida en la Asamblea y desfila en ella a los sonos del *Ça ira* y a los gritos de «¡Viva la Nación! ¡Vivan los descamisados! ¡Abajo el

veto!». Este cortejo se traslada de la Asamblea a las Tullerías, donde, según se dice, los caballeros de San Luis están dispuestos a defender al rey, a la espera de diezmar al pueblo. Los amotinados

«proponían expulsar de los aposentos del rey a los fieles súbditos de Su Majestad, quienes habían ido a servir de baluarte a su persona y a defender su vida a expensas de la propia. Para quitar todo pretexto de insurrección a la Guardia Nacional, el rey adoptó la medida de hacerlos retirar; y ella, por su lado, obligó a salir de los patios a todo aquel que no llevase sus vestimentas»^[117].

Son las tres de la tarde. El tumulto, el desorden, van creciendo en los patios y en los alrededores de las Tullerías

«donde el rey y la familia real estaban en el pequeño dormitorio de Su Majestad, rodeados de algunos fieles servidores, a quienes habían permitido permanecer junto a su persona. Al ver que las puertas serían forzadas, el rey quiere ir al encuentro de los facciosos, tratando de dominarlos con su presencia. Se lanza hacia adelante; un guardia nacional se aproxima, lo conjura a no seguir avanzando y a que le permita estar junto a él. El rey, conmovido por la abnegación de ese valiente, le ruega que no se separe de él, pero que mantenga la calma. Pide que se aleje a la reina y a sus hijos, pues quiere exponerse al peligro él solo. Al separarse del rey con los ojos bañados en lágrimas, esta princesa dirige, con tono henchido de sentimiento y confianza, estas conmovedoras palabras a quienes la rodean: “Franceses, amigos, granaderos, ¡salven al rey!”»^[118].

La puerta que separa a la reina de los invasores no tarda en ser derribada a hachazos. Los granaderos se ponen delante del rey. Uno de ellos dice:

—Señor, no temáis.

—Amigo mío, poned la mano sobre mi corazón para ver si late con mayor rapidez

—responde Luis XVI.

Después de haber derribado las puertas, el gentío va de habitación en habitación, saqueándolo todo a su paso, comportándose como «si se tratara del sitio y el pillaje de las Tullerías». Los espejos vuelan destrozados, y los muebles quedan hechos trizas.

—Señor —dice el carnicero Legendre al rey—, sois un pérfido, siempre nos engañasteis y continuáis haciéndolo. Pero tened cuidado. Se han colmado todas las medidas y el pueblo está harto de ser vuestro juguete.

—Sólo haré lo que me ordenen hacer la Constitución y los decretos —replica el rey, quien debe ponerse el gorro rojo.

Ante este gesto, los frenéticos aplauden y gritan «¡Viva la Nación, viva la libertad!», y luego, al ver en el vano de una ventana a Doña Isabel, a quien confunden con María Antonieta, se precipitan, vociferando:

—¡Ah, ahí está la Austríaca, queremos la cabeza de la Austríaca!

Les aclaran las cosas.

—¿Por qué desengañarlos? Su error habría podido salvar a la reina —dice con sencillez Isabel, quien acepta poner una escarapela tricolor en su gorro.

—Pero si no es la Austríaca quien está ahí, ¿dónde está esa perra austriaca?

María Antonieta se encuentra junto a sus hijos. Los granaderos protegen al rey. Ella protege a su hijo y su hija. De la alcoba del delfín, donde se halla, arrastran a María Antonieta y sus hijos, por un pasadizo secreto, a la alcoba del rey, y luego a la sala del Consejo.

La mesa del Consejo es empujada hacia la reina, como un ridículo baluarte ante el cual los granaderos se forman en tres filas. Rodeada por Luis Carlos, Muselina, la señora de Tourzel, la señora de Lamballe, la señora de Tarento y la señora de La Roche-Aymon, María Antonieta enfrentará los furros de la multitud, como durante el regreso de Varennes. Es la misma pesadilla que se repite, un año más tarde. Todo está listo para una segunda representación.

Santerre es el primero en entrar en la sala del Consejo, e interpela a los granaderos:

—Dejen paso, es preciso que el pueblo vea a la reina.

Luego se dirige a María Antonieta.

—Señora, estáis equivocada. El pueblo no os quiere mal. Si lo quisierais, no habría uno solo de ellos que no os mostrase tanto afecto como a este niño (designa al delfín). Por lo demás, no temáis, no se os hará daño.

—No estoy extraviada ni engañada —rectifica la reina—, y no tengo miedo; jamás se teme nada cuando se está con gente valiente.

Y es cierto que no tiene miedo. Ocurre que está más allá del miedo. Ha franqueado todos los límites que conducen a esa especie de ausencia polar, a ese frío interior en el cual encuentra la fuerza necesaria para parecer insensible a lo que la rodea. Ni importa que esté en la picota. No se ofrecerá como espectáculo. Han acudido para verla e insultarla. ¡Que la vean y la insulten! La hija de María Teresa no se inmutará.

Empieza el desfile, el absurdo desfile. Se blanden varas con esta inscripción: «Para María Antonieta»; se lleva un cadalso del cual pende una muñeca con estas palabras: «María Antonieta a la horca», una guillotina adornada por un cartel: «¡Justicia nacional para los tiranos! ¡Abajo Veto y su esposa!». Santerre dirige el movimiento y hace de guía:

—Miren, miren, ahí está la reina, ahí está el príncipe real.

El Cariñito se encuentra allí, sentado sobre la mesa del Consejo. Aturdido por lo que ve, desconcertado por lo que escucha, imita la actitud de su madre y no se mueve.

—Si quieres a tu nación, pon este gorro en la cabeza de tu hijo —dice uno de los amotinados a María Antonieta.

Ella obedece. ¿Qué otra cosa podía hacer? El calor de junio, el calor de Varennes, no falta a la cita. En las Tullerías se sofocan, como se sofocaban en la berlina. Bajo su gorro, el delfín suda a mares.

—Quitad el gorro a ese niño, hace demasiado calor —dice Santerre a María Antonieta, quien vuelve a obedecer.

Su paciencia parece no tener límites, cosa que no le impide volverse luego hacia

sus damas y cuchichearles:

—Esto ya es demasiado, va más allá de toda paciencia humana.

Su paciencia deberá durar todavía. Una mujer se detiene ante la reina, hacia quien tiende el puño mientras dice:

—Eres una infame, Antonieta, y te colgaremos.

—¿Alguna vez os he hecho algún mal?

—No, pero has hecho la desgracia de la nación.

—Os han engañado; desposé al rey de Francia; soy la madre del delfín, soy francesa: nunca volveré a ver a mi país; sólo puedo ser dichosa o desdichada en Francia; era feliz cuando ustedes me querían.

—Perdonadme, no os conocía, veo que sois buena.

Santerre, quien conoce a su populacho y sabe que en un segundo puede pasar de la violencia al enternecimiento, empuja a la mujer y la invita con rudeza a circular, con un «estás borracha, vete». El desfile continúa.

«Si uno de esos canallas hubiese osado golpear a la reina, en ese momento —relataron testigos de esas horribles escenas—, todos habrían seguido su ejemplo. Por fortuna, la majestuosidad de la reina, su porte tan noble y tan altivo, tal vez su belleza, su expresión de seguridad, se impuso sobre todos», informará la marquesa de Lage en sus *Souvenirs d'émigration* (Recuerdos de emigración).

María Antonieta no se deja aplastar por la desgracia. Al contrario. Resplandece. Su esplendor, tanto como su belleza, es lo que ha impuesto respeto a esos monstruos que desfilan hasta las ocho y media de la noche.

A las ocho y media de la noche las Tullerías dejan de ser los albañales de París y se vacían. A través de las habitaciones devastadas, María Antonieta se precipita hacia Luis Augusto. En cuanto lo ve, derrama las lágrimas que ha logrado reprimir durante las cinco horas que duró el desfile. Los diputados que asisten a ese reencuentro se emocionan. Uno de ellos, Merlin, no oculta su llanto.

—Lloráis, señor Merlin —dice la reina—, lloráis al ver al rey y su familia tratados con tanta crueldad por un pueblo a quien siempre quiso hacer feliz.

—Sí, lloro —responde Merlin—, lloro por la desgracia de una mujer bella, sensible y madre de familia; pero no os engañéis, ni una sola de mis lágrimas es para el rey o la reina. Odio a los reyes y a las reinas, es el único sentimiento que me inspiran, es mi religión.

Para cambiar la conversación, otro diputado pregunta a María Antonieta, mostrando a la señora real, «¿qué edad tiene la señorita?». Recibe esta fulminante respuesta:

—Mi hija tiene la edad en la cual estas escenas duelen demasiado.

Muselina tiene trece años.

A las diez y media de la noche, todo ha terminado. María Antonieta puede murmurar lo que escribirá a Fersen varios días más tarde: «todavía existo, pero es un milagro. La jornada del 20 ha sido espantosa». Cree que el motín ha terminado. No opinan lo mismo los amotinados, que se dispersan por París mientras se quejan en voz alta: «Nos han traído para nada, pero volveremos y tendremos lo que queremos». Santerre comparte sus conclusiones:

—El golpe ha fracasado, hoy ha sido difícil mover al rey, pero volveremos mañana y lo haremos evacuar.

El 21 de junio Pétion es quien va a las Tullerías para presentar la seguridad de su buena fe, y la de la municipalidad, ante el rey:

—Sé, señor, que la municipalidad ha sido calumniada, pero su conducta será conocida por vos.

—Tiene que ser la de toda Francia, no acuso a nadie en particular, lo he visto todo.

—Sin las precauciones adoptadas por la municipalidad, se habrían dado acontecimientos mucho más molestos, no contra vuestra persona... Tenéis que saber, señor, que vuestra persona siempre será respetada.

—¡Callaos! ¿Respetar a mi persona es entrar en mi casa blandiendo armas, derribar mis puertas y forzar mi guardia?

—Señor, conozco la extensión de mis deberes y de mi responsabilidad.

—¡Cumplid con vuestro deber! ¡Respondéis por la tranquilidad de París! ¡Adiós!

Pétion es despedido como un doméstico deshonesto. Es cierto que ha tenido la imprudencia, o la impudicia, de pronunciar su «se habrían dado acontecimientos mucho más molestos, no contra vuestra persona...» y dirigir al mismo tiempo una mirada elocuente hacia María Antonieta. Eso es más de lo que Luis Augusto puede soportar. Su indignación de esposo se suma a su indignación de rey. El 23 de junio dirige una proclama a los franceses:

«El rey sólo ha opuesto a las amenazas y los insultos de los facciosos su conciencia y su amor por el bien público. El rey ignora cuál será el límite ante el que querrán detenerse; pero necesita decir a la nación francesa que la violencia, sea cual fuere el terreno al que se la quiera llevar, nunca le arrancará su consentimiento a todo lo que crea contrario al bien público... Como representante hereditario de la nación francesa tiene graves deberes que cumplir, y si puede hacer el sacrificio de su reposo, nunca hará el sacrificio de sus obligaciones».

Setenta departamentos responden a este llamado y protestan contra lo que consideran un «delito de lesa majestad». Las provincias han conservado un sentimiento de respeto hacia el rey.

El 28 de junio de 1792, La Fayette vuelve a París para exigir el castigo de los amotinados. Debe renunciar a ello. Y como respuesta a su intervención, los

girondinos licencian, el 1 de julio, al Estado Mayor de la Guardia Nacional. El 4, María Antonieta lanza a Mercy una última petición de ayuda:

«Ya conocéis los sucesos del 20 de junio; nuestra posición se vuelve día a día más crítica. Sólo hay violencia y cólera por un lado, debilidad e inercia por el otro. No se puede contar con la Guardia Nacional ni con el Ejército. No se sabe si es preciso quedarse en París o ir a otra parte.

»Ya es hora de que las potencias hablen con fuerza. El 14 de julio y los días siguientes pueden ser la época de un duelo general para Francia y de lamentaciones para las potencias, que se habrán mostrado demasiado lentas en expresarse.

»Todo estará perdido si no se detiene a los facciosos por medio del temor a un castigo inminente. Quieren la república a toda costa; para llegar a ello, han decidido asesinar al rey. Sería necesario que un manifiesto hiciese a la Asamblea Nacional y a París responsables de sus vidas y de las de su familia.

»A pesar de todos estos peligros, no cambiaremos de decisión; tenéis que contar con eso, tanto como yo cuento con vuestro apego. Me complazco en creer que comparto los sentimientos que os unían a mi madre. Éste es el momento de darme una gran prueba de ello, salvándome a mí y a los míos; a mí, si todavía queda tiempo».

Es la última carta que recibirá Mercy-Argenteau de aquella de quien decía, ante el triunfo que lograba al llegar a Francia: «Nuestra archiduquesa delfina ha superado todas mis esperanzas».

La carta de la reina a Mercy refleja la más estricta realidad. La Asamblea, los clubes, la calle, se desencadenan contra María Antonieta y los suyos. Marat brama contra las Tullerías, «donde una reina perversa» fanatiza a «un rey imbécil» y cría a los «lobeznos de la tiranía».

Se predica abiertamente la insurrección, el asesinato de los soberanos, y como para alentar nuevos amotinamientos, Pétion, suspendido en sus funciones el 6 de julio, vuelve a ser alcalde de París, el 13. Todos los días, María Antonieta escucha cantar:

*Doña Veto había prometido
Hacer degollar a todo París.*

Ya no puede mostrarse siquiera en sus ventanas sin desencadenar las canciones innobles, los insultos y, peor aún, las risotadas. Se ríen de María Antonieta, se burlan de quien se ha burlado de todo... A veces querría lanzarse hacia sus detractores y convencerlos de que no es lo que piensan, por medio de un discurso que repite ante la señora Campan: «¡Franceses, se ha tenido la crueldad de persuadirlos de que yo no amaba a Francia! ¡Yo, madre de un delfín que debe reinar sobre este hermoso país! ¡Yo, a quien la Providencia ha colocado en el trono más poderoso de Europa!».

Qué risas, qué burlas habría provocado este discurso... La reina no lo pronunciará, convencida de su impotencia.

Una noche en que no duerme —y duerme cada vez menos—, una noche de julio

de 1792, María Antonieta conversa con la señora Campan. Las dos escuchan el ruido de una lucha. Es un mozo de tocador del rey a quien domina un camarero y le arranca «dos excelentes pistolas» destinadas a matar a la reina, quien ordena:

—Déjenlo, ábranle la puerta, venía a asesinarme, mañana será llevado en triunfo por los jacobinos.

Luego, María Antonieta suspira:

—¡Qué situación! ¡Injurias durante el día, asesinos por la noche!

Es como para volverse loca...

La reina conserva la razón y domina los nervios, limitándose a comprobar que «los males de nervios son buenos para las mujeres felices».

Al enterarse del incidente, Luis Augusto exige que su esposa deje la planta baja en la cual se aloja y donde puede ser insultada con facilidad, agredida, para instalarse en el primer piso, en los aposentos del delfín. María Antonieta cede, y más por la alegría de su hijo, cuando se entera de la noticia, que por los temores de su esposo. Luis Carlos está encantado con ese acercamiento. En cuanto sabe que su madre está despierta, corre a su lecho, «la estrechaba con sus bracitos y le decía las cosas más tiernas y amables. Es el único momento del día en que esa princesa experimentaba algún consuelo; sólo su valor la sostenía»^[119].

Su valentía y algunas pruebas de apego de sus fieles... Una de sus amigas de la infancia, Luisa de Hesse-Darmstadt, envía a su hermano, el príncipe Jorge de Hesse, a París, con la misión de recoger ab-so-lu-ta-men-te a la reina. Ésta se resiste. No quiere, nunca querrá huir sola. Perder a su esposo y sus hijos: ¡antes morir! Es lo que explica en su carta de negativa a Luisa:

«No, mi princesa, aunque siento todo el aprecio de vuestro ofrecimiento, no puedo aceptarlo. Estoy comi prometida de por vida a mis deberes y a las personas que me son caras y cuyas desdichas comparto, y que, se diga lo que se dijere, merecen todo el interés por la valentía con que se defienden en su situación [...] Ojalá algún día todo lo que hacemos y sufrimos haga felices a nuestros hijos. Es el único deseo que me permito. Adiós, mi princesa. Me lo han quitado todo, aparte de mi corazón, que siempre me quedará para amaros. No lo dudéis nunca, es la única desgracia que no podría soportar».

Se observará, de pasada, la exacta similitud de los finales de las cartas de María Antonieta, cuando se dirige a las personas a quienes quiere, se trate de una duquesa de Polignac, una princesa de Hesse o un conde de Fersen. Todos ellos tienen derecho a la totalidad de ese corazón. Ese «Adiós, mi princesa, me lo han quitado todo, aparte de mi corazón, que siempre me quedará para amaros», contiene tanto afecto como el «Adiós, el más amado y más amante de los hombres. Os abrazo con todo mi corazón». También puede verse en ello la expresión del estilo sentimental de la época, con todas sus convenciones...

Al confiar a la señora de Tourzel el proyecto de la princesa de Hesse, la reina confirma su decisión:

—He adoptado mi resolución; consideraré como la más insigne cobardía

abandonar en el peligro al rey y a mis hijos. ¿Qué sería mi vida para mí, por lo demás, sin objetos tan queridos, los únicos que pueden apegarme a una vida tan desdichada como la mía? Admitid que en mi lugar adoptaríais el mismo partido.

Al proyecto de Luisa de Hesse-Darmstadt le sigue otro, el de Germana de Staël, y después otro, el de Malouet. Estos dos proyectos determinaban que María Antonieta podría huir con su esposo y sus hijos. El rey y la reina se negaron, acompañando su negativa con un categórico: «El episodio de Varennes es una lección». ¡Lección, ay, inolvidable!

Ese frenesí de proyectos de huida que se apodera de los fieles de María Antonieta conquista a uno de sus enemigos, La Fayette. Don Rubiecito, consciente por fin de la situación desesperada —a la cual ha contribuido— de la familia real, querría corregirse y ofrece un plan que podría ser realizable. Al día siguiente de la próxima fiesta de la Federación, María Antonieta y los suyos saldrían de París, en pleno día, protegidos por la Guardia Nacional. Los guardias suizos escoltarían su marcha de París a Compiègne. En Compiègne habría quince escuadrones para defender su libertad reencontrada.

Se toma en serio este proyecto. Pero el rey, y sobre todo la reina, sienten tal aversión hacia don Rubiecito, que se niegan a emprenderlo.

—Antes de ser salvada por él, más vale perecer —dice María Antonieta.

Palabras que la fatalidad registra con satisfacción.

Y luego la esperanza, la loca esperanza de salvación que llega del otro lado del Rin, renace con más fuerza que nunca. Los coaligados, con el duque de Brunswick a la cabeza, cuando se dignen invadir Francia, consideran que no encontrarán resistencia alguna. Era no contar con «la valentía tan natural en los franceses, quienes terminarán por defenderse como leones y llegar a ser invencibles». Este homenaje a los soldados de la Revolución pertenece a alguien en quien en modo alguno se pueden sospechar sentimientos prorepublicanos: la señora de Tourzel. Mercy comparte la convicción del duque de Brunswick, y escribe a María Antonieta, el 9 de julio de 1792: «Los ejércitos ya se encuentran en Coblenza y Friburgo, entrarán en los primeros días de agosto [...] y entonces, en un mes estaremos salvados». Con semejante promesa, María Antonieta se cree próxima a la salvación. La señora Campan así lo atestigua:

«Hacia la mitad de una de esas noches en que la luna iluminaba su habitación, la contempló y me dijo que dentro de un mes no vería esa luna sin haberse despojado de sus cadenas y sin ver libre al rey».

Esa noche, la reina confía a la señora Campan que «tenía el itinerario de la marcha de los príncipes y del rey de Prusia, que tal día estarían en Verdun, tal otro en otro lugar, que el asedio de Lille iba a realizarse». No oculta que «también estaba muy inquieta por lo que pasaría en París durante ese intervalo». A continuación habla

de la poca energía del rey:

«El rey no es un cobarde; tiene una gran valentía pasiva, pero lo aplasta una mala vergüenza, una desconfianza hacia sí mismo que proviene de su educación, tanto como de su carácter. Tiene miedo a mandar y teme, más que ninguna otra cosa, hablar a los hombres reunidos. Vivió de niño, y siempre inquieto, bajo la mirada de Luis XV, hasta los veintiún años; esa coerción influyó sobre su timidez. En la circunstancia en que nos encontramos, algunas palabras bien articuladas, dirigidas a los parisienses que le son fieles, centuplicarían las fuerzas de nuestro partido: no las dirá. ¿Qué podemos esperar de esos llamamientos al pueblo que se le ha aconsejado divulgar? Nada, fuera de nuevas ofensas. Por mi parte, yo podría actuar y montar a caballo, si hiciera falta. Pero si actuase, ello sería dar armas a los enemigos del rey; el grito contra la Austria, contra la dominación de una mujer, sería general en Francia, y por lo demás aniquilaría al rey al mostrarme en público. Una reina que no es regente debe mantenerse inactiva, en estas circunstancias, y prepararse a morir».

La muerte, la muerte, la muerte, no hay nada que María Antonieta diga, en esos meses de julio de 1792, en lo que no aparezca la muerte. Quien nació en un día de muertos ve la muerte por todas partes. Y la muerte está en todas partes, en París, tanto como en las fronteras de Francia, triunfante, segura de sus hecatombes. Se combate, y ya no es una guerra galante.

Vencidas al principio de la guerra, en abril, nuestras tropas lograron el 19 de junio la victoria de Menin, y luego, el 20, las victorias de Coutrai y de Ypres. Después hubo que ceder terreno a los austríacos, muchísimo más numerosos, y retirarse en el campo de Famars, abajo de Valenciennes. Esta retirada, la llegada de los ejércitos coaligados en Coblenza, que Mercy señalaba a María Antonieta, enloquecen a la Asamblea Nacional, que el 11 de julio, en un llamamiento al pueblo francés, declara que «*la patria está en peligro*. La Constitución descansa sobre las bases de la justicia eterna; se ha formado una liga de reyes para destruirla; sus batallones avanzan; son numerosos, sometidos a una disciplina rigurosa y ejercitados desde hace tiempo en el arte de la guerra. ¿No sienten ustedes un noble ardor que enciende su valentía?»

El llamamiento es escuchado, se produce la Unión Sagrada. Girondinos y jacobinos dejan de combatirse para enfrentar a los austríacos y a su representante en París, la Austria. En la noche del 11 al 12 de julio se difunde un rumor acerca de una posible huida de los soberanos, entre los guardias de servicio en las Tullerías. A las dos de la mañana, despiertan al rey, y luego a la reina, para asegurarse de su presencia. ¡Qué incomodidad, Dios mío, qué incomodidad!

Catorce de julio de 1792. En el Campo de Marte, el rey y el presidente de la Asamblea suben al altar de la patria para prestar juramento de fidelidad a la Constitución mientras se procede al enrolamiento voluntario de los ciudadanos.

Desde las ventanas de la Escuela Militar, como el año pasado, María Antonieta mira, observa, acecha, espera lo peor.

«La expresión del rostro de la reina no se borrará jamás de mis recuerdos; sus ojos estaban bañados en lágrimas; el esplendor de su tocado, la dignidad de su porte, contrastaban con el cortejo del cual se hallaba rodeada; sólo algunos guardias nacionales la separaban del populacho»^[120].

A partir de ese 14 de julio, María Antonieta vivirá en una angustia incesante: «A cada instante nos decían que el barrio de San Antonio se ponía en movimiento para marchar sobre el palacio. Uno de los últimos días de julio, las cuatro de la mañana, vinieron a darme esa noticia», informa la señora Campan, quien se cuida de despertar a la reina, cosa que el rey le agradece, para agregar: «Yo estaba despierto, todo el palacio lo estaba; ella no corría riesgo alguno: es muy bueno verla reposar un poco. ¡Ah, sus penas son el doble de las mías!». Cuando despierta y se entera de esa (falsa) alarma, María Antonieta reprocha a la señora Campan por no haberla despertado: «Isabel estaba cerca del rey, ¡y yo dormía!, yo, que quiero morir a su lado; soy su esposa y no deseo que corra el menor peligro sin mí». Cuán conmovedor, ese «soy su esposa» en boca de quien lo trataba de «pobre hombre»...

A finales de julio, María Antonieta envía a Fersen este grito de alarma:

«En el curso de la semana, la Asamblea debe decretar su traslado a Blois y la suspensión del rey. Cada día se produce una nueva escena, pero que siempre tiende a la destrucción del rey y su familia; los peticionarios han dicho, en la barra de la Asamblea, que si no se lo destituía, lo matarían. Han recibido los mayores honores en la sesión. Decidle, pues, a Mercy, que los días del rey y de la reina corren el mayor peligro, [...]. La tropa de los asesinos crece sin cesar».

En efecto, en marcha hacia París, adonde llegarán el 29 de julio, los marseleses —o quienes se fingen tales—, los escapados de las cárceles de Toulon o de Génova, unos seiscientos, llegan a la capital para aportar su experiencia del crimen. El 1 de agosto, María Antonieta escribe a Fersen una carta, la última que éste recibirá:

«Es evidente que la vida del rey está amenazada desde hace tiempo, lo mismo que la de la reina. La llegada de unos seiscientos marseleses y de una cantidad de otros diputados de los Clubes de los Jacobinos aumenta en gran medida nuestras inquietudes, por desgracia demasiado fundadas. Se adoptan precauciones de todo tipo para la seguridad de Sus Majestades; pero los asesinos rondan continuamente alrededor del castillo; se excita al pueblo; en una parte de la Guardia Nacional reina la mala voluntad, y en la otra la debilidad y la cobardía [...]. Habréis podido juzgar, por mi carta anterior, cuán importante es ganar veinticuatro horas; no haré más que recordároslo hoy, y agregar que si ello no ocurre, sólo la Providencia puede salvar al rey y su familia».

En esa fecha del 1 de agosto, los ejércitos coaligados se encuentran en marcha, y ese día París conoce el manifiesto lanzado por el general en jefe de dichos ejércitos, Carlos Guillermo Ferdinando de Brunswick. Brunswick ha publicado, el 25 de julio, cediendo a las instancias de los emigrados, un manifiesto en el cual amenaza a los parisienses con una «venganza ejemplar y memorable por siempre; se entregará a la ciudad de París a una ejecución militar y una subversión total» si se dirige el menor insulto al rey o a la reina.

¿París será incendiada? No es París la que será aniquilada, sino María Antonieta y los suyos. Provenza y Artois pueden regocijarse, la plaza quedará libre muy pronto, y podrá comenzar la carrera al trono.

Después de la proclamación del manifiesto de Brunswick, se deciden el ataque a

las Tullerías y la deposición del rey. Sólo es inseguro el día de la ejecución de ambas medidas. Se fija sucesivamente para el 4, después para el 6, y por último para el 9. En las Tullerías, el rey quema su correspondencia y la reina sólo se acuesta una vez de cada dos. En la noche del 4 al 5, el rey espera a sus asesinos.

—¡Ah, que vengan! ¡Hace tiempo que me he preparado, pero que no despierten a la reina! —exclama.

Dicho de otra manera, que me degüellen, pero sin ruido, y sobre todo sin despertar a María Antonieta. Amor, amor loco de Luis Augusto. ¿Por qué no se habrá propagado por la capital, en la cual ahora sólo se habla de pasear a la reina en una jaula de hierro, antes de encerrarla en la prisión de la Fuerza? ¡La reina, su reina, en una jaula!

LA REINA ENJAULADA

(9-13 DE AGOSTO DE 1792)

«Este día, que habría debido ser tan vivo, tan terrible, es el más calmo posible», escribe doña Isabel a su amiga la señora de Bombelles, a quien llama «mi Bomba», en la noche del 9 de agosto. Isabel está convencida de que la insurrección no se producirá. Sin embargo, ante su inminencia, desde el 7 de agosto, los fieles, los más fieles —los Malouet, los Malesherbes, los Morris— han presentado al rey un último plan de evasión hacia Pontoise o Compiègne. El rey, una vez más, se ha negado.

Isabel tranquiliza a los amigos: la insurrección no se realizará porque, por setecientas u ochocientas libras, Pétion y Santerre, muy corruptibles como la mayoría de sus colegas, han prometido llevar a los marseleses por el camino recto y desviarlos del que conduce a las Tullerías.

En las Tullerías, para prevenir la insurrección prevista para el 9, hay novecientos suizos, doscientos gentilhombres y algunas compañías de guardias nacionales seguras, bajo la dirección de un excapitán de los guardias franceses, Galiot de Mandat. Estas tropas y su jefe no comparten el optimismo de Doña Isabel. Galiot de Mandat, durante la jornada del 9, ha llamado en varias ocasiones a Pétion para que no se renovaran los desórdenes del 20 de junio. Hacia las once de la noche, se presenta por fin en palacio. Es interpelado por el rey:

—Señor, sois alcalde de París, parece que hay mucho movimiento, ¿se quiere reiniciar el 20 de junio?

—Señor, la fermentación es grande, pero corro al Ayuntamiento para restablecer la tranquilidad.

Frente a tanta duplicidad e hipocresía, María Antonieta interviene:

—No, señor, todo se ha organizado bajo vuestra vista; como alcalde, firmaréis la orden de rechazar la fuerza con la fuerza; os mantendréis cerca de la persona del rey.

Pétion firma la orden, asustado. Se asusta aún más cuando oye que uno de los guardias nacionales de las Hijas de Santo Tomás dice en voz alta, inteligible:

—Por fin lo tenemos aquí, no saldrá, y su cabeza nos responderá por la persona de Su Majestad.

Más asustado aún ante estas frases, Pétion «encontró la manera de hacer conocer

a la Asamblea el peligro que corría, y ella lo mandó a su barra por decreto. Nadie se atrevió a oponerse a la ejecución de éste, y de ese modo él salió del castillo para ir a la Asamblea, a la cual aseguró su vigilancia para el mantenimiento de la tranquilidad pública. Y segura de que podía contar con él, lo devolvió a sus funciones»^[121].

Hacia la medianoche suena el toque a rebato, los barrios se agitan, las secciones se arman. La insurrección se pone en marcha y su rumor llega a las Tullerías, donde cada uno espera lo peor. Tendidas en un canapé, María Antonieta e Isabel evocan con la señora Campan ese «peor» cuando, hacia la una de la mañana, resuena un primer disparo.

—Ahí está el primer disparo, por desgracia no será el último, vamos a ver al rey —dice la reina.

Hace levantar y vestirse al delfín. ¡Los furiosos no deben encontrar al heredero del trono en camisón!

Alrededor del rey y de la reina, no tardan en reunirse la princesa de Lamballe, la princesa de Tarento, la señora de Tourzel y su hija Paulina, la señora de La Roche-Aymon, la señora de Ginestoux, unos ministros, el procurador general-síndico del departamento, Roederer, y los últimos fieles, los últimos restos de los múltiples esplendores de la corte de Versalles. Todo el mundo está sentado, sin preocuparse por la etiqueta y las precedencias, en butacas, taburetes, o inclusive en el suelo.

A la noche, Roederer propone refugiarse en la Asamblea, que, a dos pasos de allí, delibera sobre el tráfico de negros. La reina se niega:

—Señor, aquí hay fuerzas, es hora de saber quién vencerá, si el rey y la Constitución, o la facción.

Está dispuesta a resistir, a enfrentar al populacho. El rey, no. Se encuentra paralizado por su temor —que lo honra, nunca se repetirá lo suficiente— a verter una gota de sangre francesa.

Hacia las cuatro de la mañana, María Antonieta sale de la alcoba del rey para anunciar a la señora Campan y a las damas de servicio, que Galiot de Mandat, «quien había ido al Ayuntamiento para recibir nuevas órdenes, acababa de ser asesinado, y que paseaban su cabeza por las calles». La matanza comienza con el sol que sale y que parece ser de la partida, puesto que tiene un color rojo de sangre.

Isabel propone a María Antonieta:

—Hermana, venid a ver el nacimiento de la aurora.

Esa aurora que la reina tanto amaba y que había recibido una vez uniendo las manos y murmurando: «¡Qué hermoso es, Dios mío, qué hermoso!»... Ante esa aurora del 10 de agosto de 1792, ¿recordará la del verano de 1774? En lugar de las sinfonías de otrora, escucha el rumor de la muerte en marcha, con acompañamiento de toque a rebato y de tambores.

Hacia las cinco de la mañana, la reina suplica al rey que se muestre a sus defensores, que los incite, con su presencia y sus palabras, a resistir a las hordas que se aproximan. Lo arrastra; son seguidos por sus hijos, por Isabel y por la princesa de

Lamballe, Al atravesar la galería ocupada por el batallón de las Hijas de Santo Tomás, estallan gritos de «¡Viva el rey!». Poco seguro de la recepción de los hombres estacionados en el exterior de las Tullerías, el rey pide a la reina que no siga acompañándolo. Va sólo al encuentro de esos guardias apostados por Pétion y fieles a éste.

El rey lleva vestimenta violeta. Tiene los ojos rojos por el insomnio. No ofrece el aspecto de un guerrero invencible. Se lo recibe a los gritos de «¡Viva la Nación! ¡Abajo el Veto! ¡Abajo el grandísimo cerdo!».

«[...] Vi a cañoneros que abandonaban sus puestos y se acercaban al rey, y le ponían el puño bajo la nariz y lo insultaban con las palabras más groseras. [...] El rey estaba pálido, como si hubiera dejado de existir. La familia real volvió a entrar; la reina me dijo que todo estaba perdido, que el rey no había mostrado energía alguna y que esa especie de revista había hecho más mal que bien»^[122].

A eso de las siete, la muchedumbre invade la plaza Vendôme, la terraza de los Bernardinos, y la vanguardia del motín desemboca en la plaza del Carrusel. Hacia las siete y media, Roederer vuelve a la carga:

—Señor, Su Majestad no tiene cinco minutos que perder, sólo hay seguridad para vos en la Asamblea Nacional.

—Pero yo no he visto demasiada gente en el Carrusel.

—Señor, hay doce piezas de cañones, y de los barrios llega una enorme cantidad de gente. El peligro es inminente, las autoridades constituidas no tienen fuerzas, y la defensa es imposible. Su Majestad y su familia corren los mayores peligros, tanto como todo el que esté en el castillo. No tenéis otro recurso, para evitar el derramamiento de sangre, que ir a la Asamblea.

Entonces se oye exclamar a María Antonieta:

—Clávenme en estas paredes antes que acepte abandonarlas.

Bellas palabras, pero inútiles.

Cuando era delfina, María Antonieta se ocupaba de su gente y cuidaba a sus postillones heridos. De reina, conservó las mismas preocupaciones y afirma a Roederer «que no se podía abandonar a tantas personas valientes, que sólo habían venido al castillo para la defensa del rey».

—Si os oponéis a esta medida, responderéis, señora, por la vida del rey y la de vuestros hijos —replica Roederer con eficaz crueldad.

Al escuchar eso, «la pobre princesa calló, y experimentó tal desasosiego, que su pecho y su cara quedaron, en un instante, cubiertos de manchas a rayas»^[123]. María Antonieta, quien no puede soportar la idea de ser responsable de la muerte de los suyos, acepta la proposición de Roederer, que tanto ha combatido.

«Roederer embelleció para la familia real el éxito de esa medida y su pronto regreso al castillo. Aunque lejos de creer en sus palabras, la reina las repitió a quienes tanto le afligía abandonar; y el

rey, profundamente afectado, se volvió hacia esas tropas fieles y no pudo dejar de dirigirles las siguientes palabras: “Señores, les ruego que se retiren y que cesen en esta resistencia inútil; ya no queda nada por hacer aquí, ni por ustedes, ni por mí”»^[124].

Consternación general ante este abandono. El rey, la reina, sus hijos, la señora de Tourzel y la princesa de Lamballe^[125] salen de las Tullerías.

La salida es saludada con vociferaciones. «Fueron tan apretujados por la multitud, que durante ese breve trayecto la reina fue despojada de su reloj y su bolso»^[126].

En las cercanías de la Asamblea, un hombre dice al rey:

—Dadme la mano, os conduciré a la Asamblea, pero en cuanto a vuestra esposa, no entrará, ella es quien ha traído la desdicha a Francia.

Ayudada por Roederer, la reina logra llegar a la Asamblea en medio de un tumulto de injurias y amenazas. El rey se ubica al lado del presidente. María Antonieta y los suyos se instalan detrás de ellos, en los bancos de los ministros. El rey declara:

—He venido para evitar un gran crimen; en ningún lugar podría estar mejor que entre ustedes.

—Podéis contar, señor, con la firmeza de la Asamblea Nacional. Sus miembros han jurado morir defendiendo los derechos del pueblo y de las autoridades constituidas —responde Vergniaud, quien preside.

La Constitución prohíbe a los diputados deliberar en presencia del rey. Hay que respetar la Constitución. El rey, la reina y su séquito son conducidos a la tribuna del taquígrafo, un palco destinado a algunos periodistas. Se arrancan las rejas de hierro que separan el palco de la sala. El rey se sienta delante. La reina, en un rincón. Los niños, Doña Isabel, la señora de Tourzel, la señora de Lamballe, se instalan en una banqueta. Están tan apiñados, tan apretujados como en la berlina de Varennes, y lo mismo que en la berlina, se sofocan. Es el eterno retorno del retorno de Varennes...

Son las diez de la mañana. Se escuchan disparos de fusiles, se combate en las Tullerías, nunca se sabrá quién disparó primero. Los suizos llevan ventaja y hacen retroceder a los marselleses, quienes refluyen hacia la Asamblea, gritando: «¡Los suizos! ¡Los suizos! ¡Estamos desbordados!». En su horror de ver correr sangre, el rey da a los suizos la orden de «alto el fuego». Y es la hecatombe. Los suizos, que obedecen, no tardan en ser degollados. Se encarnizan con sus cadáveres, los mutilan. La misma suerte corren los últimos fieles y los servidores que se han mantenido en sus puestos. En el palacio, en los jardines, en las calles vecinas, hay asesinatos. La señora Campan, la princesa de Tarento, Paulina de Tourzel, la señora de La Roche-Aymon, la señora de Ginestoux y otras damas que rodeaban a la reina en esa noche del 9 al 10 de agosto, escapan a la muerte por poco.

Si bien se sabe que en ese 10 de agosto el rey llevaba vestimenta de color violeta, ninguno de los múltiples testimonios que abundan en relación con esa jornada habla del tocado de la reina. Olvido revelador. Los testigos sólo recuerdan la altivez de su porte y la fijeza de su mirada. María Antonieta lleva la cabeza erguida y sólo la baja para mirar los restos de los destrozos de las Tullerías. Es el gran desembalaje de la Monarquía vencida. En el palacio, la rotura de objetos sigue a la matanza de las personas. Lo que se salva —joyas, platería, cartas— es llevado triunfalmente a la Asamblea.

En la tribuna del taquígrafo —«cuyas paredes blancas [...] reflejaban el ardor del sol»— siguen asfixiándose. Hay sed, una sed terrible. ¿Pero quién pensaría en llevar un vaso de agua a los prisioneros? El delfín se ha dormido en las rodillas de su madre. La señora de Lamballe se desvanece. Se la lleva al primer piso del antiguo convento de los Bernardinos, contiguo a la Asamblea. La princesa vuelve en sí e insiste en que se la lleve al lado de la reina. En ese preciso instante, la señora de Lamballe pone en juego su destino. En medio de la confusión reinante, habría podido muy bien pedir que se la llevara a casa de su suegro, el duque de Penthièvre. Eligió estar al lado de su amiga. Apenas le quedan veintidós días de vida.

Regreso de la señora de Lamballe a la Asamblea, donde los decretos se suceden en medio del tumulto, y con una rapidez «de la cual no es posible hacerse una idea». María Antonieta presta atención a uno solo de esos decretos, el que decidirá el nombramiento de un preceptor para su hijo. Logra que no se resuelva nada, y ello con tanta mayor facilidad cuanto que «la Asamblea, que proyecta el establecimiento de la república, se preocupa muy poco por dar un preceptor al delfín». Para María Antonieta, ésa es la única victoria del día. Conserva a su hijo. ¿Qué importa si afuera, incansable, el gentío reclama la cabeza de la Austríaca? Ella ya no pregunta: «¿Qué les he hecho?». Luis Augusto es quien no entiende que no se pueda idolatrar a María Antonieta, y gime, a su vez: «¿Pero qué les hemos hecho?».

Tumulto afuera de la Asamblea, y tumulto adentro:

«Todas las peticiones eran acompañadas, lo mismo que los decretos, por las injurias más atroces contra el rey y la reina. Un gran número de los diputados rivalizan con los peticionarios en los reproches que se permiten dirigir a la desdichada familia real, que pasó doce largas horas escuchando la repetición de todo lo que podía atormentar su corazón y su espíritu»,

informa la señora de Tourzel, quien continúa, en sus *Memorias*, el relato de esa jornada:

«De acuerdo con el decreto de la Asamblea que ordenaba que el rey y su familia permanecieran en su recinto hasta el momento en que reinase la tranquilidad en París, se prepararon celdas en los Bernardinos para alojar a la familia real. El rey quedó solo en la suya, sin poder conservar a su lado a las personas que se le habían dejado hasta entonces. La reina y la señora^[127] quedaron juntas en

una segunda celda, y Doña Isabel, la señora de Lamballe y yo fuimos ubicadas en una tercera, con el señor delfín. Pasamos una noche tremenda, como es de imaginar, escuchando el alboroto de la Asamblea, los aplausos y los gritos de las tribunas; y con excepción del señor delfín y de la señora, quienes, abrumados por la fatiga, se durmieron en el acto, nadie pudo pegar un ojo durante la noche».

María Antonieta se duerme a las seis de la mañana. Al final de la tarde de ese 11 de agosto, recibe la visita de la señora de Campan y de su hermana, la señora Auguié. Les tiende los brazos mientras les dice:

—Vengan, mujeres desdichadas, vengan a ver a una más desgraciada que ustedes pues es quien ha causado la desgracia de todas. Estamos perdidas, estamos donde nos han llevado, al cabo de tres años, por medio de todas las ofensas posibles; sucumbiremos en esta horrible revolución; muchos otros perecerán después. Todo el mundo ha contribuido a nuestra pérdida; los innovadores tanto como los locos; otros, como los ambiciosos, para servir a su fortuna, pues el más violento de los jacobinos quería oro y cargos, y la plebe espera el pillaje. En toda esa infame horda no hay un solo patriota; el partido de los emigrados tenía sus conspiraciones y sus proyectos; todo el mundo ha participado en nuestras desdichas.

Triste y lúcido balance.

María Antonieta ya nada tiene y acepta veinticinco luises prestados por la señora Auguié. Acepta asimismo la ropa que la embajadora de Inglaterra envía al delfín.

Durante tres días, la familia real se aloja en el convento de los Bernardinos. Cada mañana de los días 11 y 12 de agosto, María Antonieta y los suyos son conducidos al palco del taquígrafo. Permanecen allí hasta la noche, escuchando los insultos, la lectura de los decretos, los discursos que proclaman la caducidad del rey y reclaman su encarcelamiento. Quienes quieren poner a la reina en una jaula y pasearla por las calles del París no necesitan tomarse ese trabajo. En la tribuna del taquígrafo, María Antonieta está en una jaula, ofrecida a las miradas y a las injurias de la multitud.

Durante dos noches, María Antonieta y los suyos son llevados de nuevo al convento de los Bernardinos, a sus celdas, bajo los insultos, los «infame Antonieta, querías hacer bañar a los austríacos en nuestra sangre, lo pagarás con tu cabeza». Por la noche, María Antonieta oye que se la compara con Mesalina, Fredegunda y Brunilda. La muchedumbre tiene erudición y obstinación.

El 12 de agosto, la Asamblea decide encerrar a la familia real en el palacio de Luxemburgo y después en la mansión del ministro de Justicia, en la plaza Vendôme. Palacio y mansión no parecen demasiado seguros. El diputado Manuel propone entonces una propiedad del conde de Artois, el Temple. Al escuchar ese nombre, María Antonieta se estremece y dice en voz baja a la señora de Tourzel:

—Ya veréis cómo nos meterán en la torre, que convertirán para nosotros en una verdadera prisión. Siempre he sentido tal horror hacia esa torre, que mil veces rogué al señor conde de Artois que la hiciera derribar, y sin duda era un presentimiento de todo lo que tendríamos que padecer.

¡La señora de Tourzel afirma que no cree posible semejante eventualidad!

—Ya veréis si me equivoco —insiste María Antonieta.

No se equivoca. Manuel ya está a punto de exponer su proyecto, que despierta entusiasmo en la Asamblea:

—El Temple será vigilado por veinte hombres tomados de cada sección de la ciudad de París. Mañana se conducirá allí al rey y a su familia, con el respeto debido a la desdicha. Las calles que atravesarán serán flanqueadas por los soldados de la revolución, que los harán ruborizarse por haber creído que podían tener entre ellos a esclavos del despotismo, y su mayor suplicio será el de oír gritar: «¡Viva la Nación y la libertad!».

Manuel agrega que «como el rey y la reina sólo tienen traidores por amigos, les será prohibida toda correspondencia». Para no quedarse atrás, la Asamblea decide que las personas que no pertenecen al sector doméstico del rey serán alejadas.

—Estoy, pues, en prisión, menos feliz que Carlos I, quien conservó todos sus amigos hasta llegar al cadalso —dijo el rey al despedirse de todos sus amigos, entre quienes figura el hijo de la señora de Tourzel.

A su vez, María Antonieta les dijo:

—Sólo en este momento sentimos todo el horror de nuestra situación; ustedes lo atenúan con su presencia y su afecto, y se nos priva de este último consuelo.

Magnánima, la Asamblea excluye de la sesión del 13 de agosto a la familia real, que debe disponerse a partir al Temple. Pétion declara al rey que sólo tiene derecho a llevar a una persona para su servicio, y que la reina sólo puede llevar a cuatro personas para el suyo y el de su hijo, su hija y su nuera.

La reina ofrece a la señora de Tourzel el «consuelo» de llevar consigo a su hija Paulina. Aunque se estremece ante la idea de poner a su hija, «joven y bonita, a merced de esos furiosos», la señora de Tourzel acepta y encomienda a Paulina a la Providencia.

El 13 de agosto, al final del día, dos coches se detienen ante la puerta del convento de los Bernardinos. La señora de Tourzel nos lo relata:

«El rey subió a las seis de la tarde a uno de los grandes coches de la Corte, [...]. Estaba en el fondo del vehículo, con la reina, mi señor el delfín, la señora; doña Isabel, la señora princesa de Lamballe y Pétion en la parte de delante; Paulina y yo en una de las dos portezuelas, y Manuel en la otra, con Colonges, el oficial municipal. Todos esos señores tenían el sombrero puesto y trataban a Sus Majestades de la manera más repugnante.

»Apenas el vehículo pasó por la puerta de los Bernardinos, cuando la tropa de los federados que lo acompañaban hizo resonar en el aire los gritos de “¡Viva la Nación! ¡Viva la libertad!”, a lo que agregaron las injurias más sucias y groseras; y esos abominables gritos no cesaron ni un solo instante a todo lo largo del camino».

Durante tres días y tres noches, María Antonieta, casi sin interrupción, escucha resonar en sus oídos esos «rameras», esos «tigresas» con que la muchedumbre no se cansa de abrumarlas. Aunque no se aparte de su calma y su dignidad, que

«asombraron inclusive a quienes se complacían en abrumarla de amargura», María Antonieta llega a anhelar la llegada al Temple, para no seguir escuchando ese concierto de imprecaciones que durará dos horas y media. Harán falta dos horas y media para llegar a la torre del Temple, es decir, para llegar, hoy, de la plaza de la Concordia al actual bulevar del Temple. Dos horas y media, «porque esa horrible escolta, no conforme con hacer avanzar al paso el coche de Su Majestad, lo hacía detenerse de vez en cuando. Varios de ellos se acercaban con los ojos chispeantes de furor; e inclusive hubo instantes en los cuales se veía pintada la inquietud en los semblantes de Pétion y de Manuel. Entonces asomaban la cabeza por la portezuela, arengaban al populacho y lo conjuraban, en nombre de la ley, a que dejaran que el coche siguiera su camino»^[128].

A las ocho y media de la noche María Antonieta sale de su jaula de cuatro ruedas para entrar en otra jaula: el Temple, que en una burla suprema ha sido iluminado como para una fiesta. La reina ha ofrecido suficientes fiestas como para apreciar debidamente ese tipo de refinamiento. No sólo está iluminado el Temple, sino también las casas vecinas, en señal de regocijo, como en los tiempos en que París se iluminaba para celebrar la llegada del joven delfín...

LA MATANZA DE LAMBALLE

(3 DE SETIEMBRE DE 1792)

A las ocho y media de la noche, el 13 de agosto, María Antonieta y los suyos penetran en el recinto del Temple. El recinto encierra dos edificios: el palacio del Gran Prior^[129] y la Torre^[130], o más bien las torres, una grande, de cuatro pisos, y otra más pequeña, que sirve de alojamiento al conservador de los archivos del Temple, el señor Barthélemy. Se lo expulsa de allí para dejar lugar a la familia real, que permanecerá hasta que estén listos los aposentos de la gran torre. Nadie se atreve a decir a María Antonieta que no será encarcelada en la mansión del Gran Prior, sino en la Torre. De todos modos, ella lo ha entendido, como lo deja transparentar:

—¿No os lo había dicho? —lanza a la señora de Tourzel, con quien se reúne en una habitación en la cual el delfín, «quien se cae de sueño y de fatiga», se ha dormido.

«Al acercarse luego al lecho de ese adorable niño, quien dormía profundamente, se le asomaron las lágrimas a los ojos cuando lo miró; pero lejos de dejarse abatir, recuperó en el acto la enorme valentía que no la abandonaba nunca, y se ocupó del orden de las habitaciones de esa triste estancia»^[131].

Así, desde su llegada al Temple, María Antonieta, ama de casa ante todo, se ocupa del arreglo de las habitaciones. Eso la mantiene ocupada, pero no le impide escuchar a los centinelas que la rodean bramando, con la melodía de *Mambrú se va a la guerra*:

*La señora sube a la torre,
No sé cuándo bajará.*

Este estribillo encanta a los mirones, que llegados al Temple el 14 de agosto para contemplar la decadencia de sus antiguos amos, lo repiten en coro. Es la melodía del día.

*La señora sube a la torre,
No sé cuándo bajará.*

Después de todas las injurias que soportó del 10 al 13 de agosto, la canción no molesta a María Antonieta. En su torre, la reina está protegida de las miradas, y aunque se encuentra en la jaula, no está en la picota. En el descenso a los infiernos hay grados, y algunos son más soportables que otros. Por el momento, el Temple es un infierno tolerable...

María Antonieta está instalada en el segundo piso, en el antiguo salón azul y blanco del señor Barthélemy. Muselina tiene una cama en la habitación de su madre. La señora de Tourzel y la señora de Saint-Brice —que es una de las mujeres de servicio de Luis Carlos y de su hermana— duermen en la habitación del delfín, y la señora de Lamballe en una antesala oscura que une los dos cuartos.

Luis Augusto ocupa una parte del tercer piso. Él mismo ha quitado de las paredes los grabados «indecentes» que databan de la época de la Regencia.

—No quiero dejar eso a la vista de mi hija —dijo.

En ese mismo tercer piso, en una cocina «cuya suciedad era espantosa», se alojan Isabel y Paulina de Tourzel.

Por la mañana, se reúnen en el salón blanco y azul de María Antonieta. Esa asamblea familiar se desarrolla bajo la vigilancia de un guardia municipal a quien se cambia de hora en hora. Importuna presencia, que impide toda libertad de conversación. Se ven reducidos a la lectura en voz alta. En la biblioteca contigua al comedor, Luis Augusto ha elegido *Los estudios de la naturaleza* de Bernardino de Saint-Pierre.

Otro motivo de distracción: los trabajos que transforman el Temple en prisión. Levantan paredes, cavan fosos, derriban árboles, tapan ventanas. «Se veían levantarse con rapidez los muros del jardín del Temple. Palloy, quien había sido nombrado arquitecto de esa prisión, mostró al rey el plano del departamento que le estaba destinado en la gran torre, y también el de la familia real»^[132]. Encantadora atención.

En la noche del 19 al 20 de agosto, dos municipales encargados de llevarse «a todas las personas que no eran de la familia Capeto», arrancan de al lado de María Antonieta a la señora de Lamballe, la señora de Tourzel y su hija Paulina:

«La reina fue en el acto a la habitación de la señora princesa de Lamballe, de quien se separó con intenso dolor. Nos testimonió, a Paulina y a mí, la sensibilidad más conmovedora, y me dijo en voz baja: “Si no tenemos la dicha de volver a vernos, cuidado mucho a la señora de Lamballe; en todas las ocasiones esenciales, tomad la palabra y evitadle, en la medida de lo posible, tener que responder a preguntas capciosas y molestas”»^[133].

María Antonieta, a quien tanto se ha acusado de egoísmo, piensa primero en los demás, en su «buena Lamballe», a quien confía al cuidado de su «buena Tourzel». Lamballe, Tourzel y Paulina, quienes serán conducidas a la prisión de la Fuerza, abrazan por última vez a la reina. Estos tristes adioses, estos primeros adioses en el Temple, que contendrá otros más penosos aún, son interrumpidos por los guardias,

quienes encuentran que, al despedirse, esas damas hacen demasiados remilgos. Como lo constata la señora de Tourzel, «en la situación en que nos encontrábamos, no había más remedio que obedecer». Doña Severa no es la única que obedece. Luis Augusto y María Antonieta también aprenden a someterse a las órdenes de sus carceleros, a las vejaciones, a sus espionajes. Se llega, inclusive, a registrar los bolsillos del rey...

El 26 de agosto, Cléry, ayuda de cámara del delfín, obtiene permiso para volver al lado de su joven amo y para ayudar al señor Hue, camarero del rey. Gracias al *Diario* de Cléry se sabe qué ambiente reinaba en el Temple, ese 26 de agosto:

«Me resultaría difícil describir la impresión que me produjo esa augusta y desdichada familia. La reina fue quien me dirigió la palabra y, después de expresiones plenas de bondad, agregó: “Serviréis a mi hijo y convendréis con el señor Hue en relación con todo lo que os concierne”. Me sentí tan oprimido que apenas pude responder.

»Durante la cena, la reina y las princesas, quienes desde hacía ocho días estaban sin sus camareras, me preguntaron si podía peinarles los cabellos: les respondí que haría todo lo que considerasen necesario».

Como peinador, Cléry reemplaza a Leonardo, el fervor suplanta a la destreza. Frente al resultado, y previendo asimismo la adversidad, María Antonieta enseña a su hija a peinarse por sí misma, sin ayuda de nadie.

En la pequeña torre, la vida se organiza. Será siempre la misma, hasta el traslado de la familia real a la torre grande, el 26 de octubre.

María Antonieta y su hijo se despiertan temprano, entre las seis y las siete. A las nueve, seguida por sus hijos y su nuera, sube a ver al rey para desayunar. A las diez, toda la familia regresa al aposento de María Antonieta. Allí, el rey enseña latín al delfín, y le enseña Corneille, Racine, historia, geografía. La reina enseña a su hija los principios de la religión y la música.

Al mediodía, María Antonieta, Isabel y Muselina dejan su vestimenta de la mañana, un vestido de bombasí blanco, para ponerse uno de tela parda con flores pequeñas. Ser prisioneras en el Temple no implica renunciar a las reglas de la vestimenta, que implican un atavío por la mañana y uno para la noche...

A la una, la familia real baja al cercado para pasearse entre los castaños. Para ello tienen que pasar por un portillo tan bajo que es preciso inclinarse. Cosa que divierte al guardián del portillo, Rocher, quien bromea:

—María Antonieta se hacía la orgullosa, pero la he obligado a humanizarse.

Fuma en pipa y no deja de lanzar una bocanada de humo hacia Isabel, quien pregunta:

—¿Por qué Rocher está siempre fumando?

—Supongo que porque le agrada —se le responde a Isabel, quien no insiste.

El paseo bajo los castaños sólo resulta agradable para el delfín, quien se divierte, corre con la despreocupación de su edad. No lo es tanto para sus padres, que son cubiertos de insultos por los obreros y los mirones:

«Durante el paseo, los cañoneros se reunían para bailar y cantaban canciones siempre revolucionarias, en ocasiones obscenas. Cuando la familia real regresaba a la torre, recibía las mismas injurias; con frecuencia las paredes se encontraban cubiertas de los apóstrofes más indecentes, escritos con letras lo bastante grandes como para no escapar a sus miradas. Se leía: Doña Vetola bailará... Sabremos imponer un régimen al grandísimo cerdo... Abajo el cordón rojo... Hay que estrangular a los lobeznos...»^[134]

Después del paseo, la familia real almuerza, en presencia, de Santerre, quien en ocasiones escucha la palabra del rey. Nunca escuchará la de la reina, quien se mantiene fiel a su política de silencio, inaugurada el 1 de enero de 1772 con la señora Du Barry («esta mujer no volverá a escuchar el sonido de mi voz») y continuada con el cardenal de Rohan durante ocho años...

Terminada la comida, se juega a los naipes, al chaquete, se lee, se trata de adivinar los enigmas propuestos por el *Mercurio de Francia*, pero la señora Campan, quien era hábil para resolverlos, ya no está ahí para encontrar su solución.

El delfín cena a las ocho y se acuesta.

A las nueve, sus padres cenan a su vez, y luego se separan. María Antonieta e Isabel tardan en acostarse. Ordenan la ropa del rey —ya tiene una sola casaca— o su propia vestimenta. Tampoco están ahí la señora de Ossun, Rosa Bertin, la señora Ellof, para ocuparse de ello.

El aislamiento de los prisioneros es tan extremo como la vigilancia, que no se atenúa ni un instante. El pan es cortado en dos, las jarras sólo pueden ser llenadas en presencia de los comisarios, se ha quitado al rey su espada, y ello el día mismo de su onomástica, el 25 de agosto.

Si la familia, el rey y la reina, han adquirido a Hue y Cléry, no ha ocurrido lo mismo con los Tison.

Tison y su esposa han sido instalados en el Temple como domésticos encargados de los trabajos pesados. En realidad se dedican a espiar todo lo que puede hacer o decir la familia real.

A esos prisioneros se les ha negado el derecho de visita. Nada de visitas, y sobre todo nada de periódicos. Hue se ve reducido a escucharlo que vocean los vendedores de periódicos, para tener informados a sus amos sobre los acontecimientos. Así se enteran de que tropas de austríacos, prusianos y emigrados han penetrado en Francia. El 2 de setiembre, Verdun capitula ante Brunswick y su ejército. El enemigo marcha hacia Châlons. El camino a París queda abierto, y sus habitantes ya imaginan a dragones y ulanos que entran en sus calles, en sus casas. Todo eso es culpa del gordo Capeto y de su perra austríaca.

Ese 2 de setiembre, el paseo de la familia Capeto es abreviado por las piedras que les arrojan. La familia se bate en retirada, sin entender esa reanudación de la animosidad. Suena el toque a rebato y truenan el cañón de alarma. A eso de las cinco, un municipal, Mathieu, entra en los aposentos de María Antonieta y dice a Luis Augusto:

—Señor, desconocéis lo que pasa. Ha sonado el toque a rebato, han disparado el cañón de alarma, los emigrados se encuentran en Verdun. Si llegan, pereceremos todos, pero vos primero que ninguno.

—Lo he hecho todo por la felicidad del pueblo, no me queda nada más por hacer —se limita a responder el rey.

La violencia del incidente impide a María Antonieta dormir por la noche. En esa noche, el populacho acude a las prisiones donde se hallan apiñados los «enemigos de la nación» y los diezman con sables, hachas, fusiles. Todo es bueno para que se derrame una «sangre impura».

El 3 de setiembre, a las ocho de la mañana, Manuel llega al Temple para tranquilizar a Luis Augusto y María Antonieta en cuanto a la suerte corrida por la señora de Lamballe y la señora de Tourzel: están en la prisión de la Fuerza, donde «se encuentran bien». Y ello es así durante unas cuantas horas más.

Al final de la tarde, la princesa de Lamballe es muerta a hachazos y golpes de pica. La señora de Tourzel y su hija se salvan gracias a la intervención de cierto señor Hardy.

A la una de la tarde, Luis Augusto, quien es un hombre de hábitos y que ya adquirido los suyos en el Temple, quiere bajar al cercado, porque es la hora del paseo. Los municipales se oponen. Privado de su paseo, el rey se consuela jugando al chaquete con la reina.

A eso de las tres, alrededor del Temple se escuchan los aullidos lanzados por los asesinos de la princesa de Lamballe, quienes, orgullosos de su hazaña, se han fabricado bigotes con los mechones íntimos de aquella a quien llaman la «Safo del Trianon». Estos enfurecidos balancean en la punta de una pica la cabeza de María Teresa Luisa de Saboya-Carignan. Horrible espectáculo, que interrumpe el almuerzo de los Tison y de Cléry. Éste lanza un grito de horror. La señora Tison se desvanece.

Los furiosos gritan:

—Si la Austríaca no se presenta, hay que subir y hacerle besar la cabeza de Lamballe.

Penetran en el recinto, pero se les impide entrar en la Torre. En el interior, el guardia municipal de servicio corre las cortinas de las ventanas. Luis Augusto se inquieta y pregunta a los guardias nacionales si su familia está segura:

—Se hace correr el rumor de que vos y vuestra familia ya no están en la Torre: se exige que se presenten en la ventana; pero nosotros no lo toleraremos. El pueblo debe mostrar más confianza en sus magistrados —responden los guardias nacionales.

Intervienen los guardias municipales, quienes no están de acuerdo. El señor y la señora Capeto deben mostrarse en las ventanas y tranquilizar al pueblo con su presencia. Estalla un altercado entre nacionales y municipales. Luis Augusto quiere conocer el motivo.

—Y bien, señor —dice uno de ellos—, ya que queréis saberlo, les quieren mostrar la cabeza de la señora de Lamballe. Les aconsejo que se asomen, si no quieren que el

pueblo suba hasta aquí.

Al escuchar estas palabras, María Antonieta se desvanece.

—Señor, esperamos cualquier cosa; pero habríais podido absteneros de hacer conocer a la reina esa desgracia espantosa —protesta Luis Augusto.

María Antonieta vuelve en sí: los furiosos continúan reclamando su presencia en la ventana. Y seguirán reclamándola durante tres largas horas, para después alejarse, descontentos. María Antonieta no ha visto la cabeza de su amiga —ellos dicen de «su puta»— balanceándose en el extremo de una pica, y su corazón enarbolado en otra pica. «Mi corazón querido...» El «corazón querido» está ahí, reducido al estado de víscera sanguinolenta.

A continuación María Antonieta pasa la noche «rezando y sollozando», aseguran los memorialistas. Entre una oración y un sollozo, ¿experimenta el tremendo remordimiento de haber arrojado a su superintendente «a las fauces del tigre», al pedirle que regresara de la emigración?

«No cabe duda de que la señora de Lamballe es la más grande cómplice de la reina. ¿Por que no haberla reservado para confrontarla con la más culpable? Y si se quería un ejemplo, ¿no era preciso limitarse a condenarla a muerte, sin llevar a cabo atrocidades que producen espanto por contrarias a la naturaleza?», se lee en la *Correspondencia secreta*.

Estas «atrocidades que producen espanto por contrarias a la naturaleza» apenas han comenzado para María Antonieta. La matanza de Lamballe es la señal de ese comienzo.

EL TRIGÉSIMO SÉPTIMO ANIVERSARIO DE LA SEÑORA CAPETO

(2 DE NOVIEMBRE DE 1792)

El 21 de setiembre de 1792, la Convención remplace a la Legislativa, la Monarquía queda abolida y se proclama la República:

«El 21 de setiembre, a las cuatro de la tarde, el guardia municipal llamado Lubin llegó, rodeado de gendarmes a caballo y de numeroso populacho, a leer una proclama delante de la torre. Sonaron las trompetas y se hizo un gran silencio. Ese Lubin tenía una voz estentórea. La familia real pudo escuchar con claridad la proclama de la abolición de la Monarquía y el establecimiento de una república. Hébert, tan conocido con el nombre de padre Duchesne, y Destournelles, después ministro de Contribuciones Públicas, se hallaban de guardia junto a la familia real; se habían sentado en ese momento cerca de la puerta y miraban al rey con una sonrisa pérfida: este príncipe lo advirtió; tenía un libro en la mano y continuó leyendo. No se vio alteración alguna en su semblante. La reina mostró la misma firmeza; ni una palabra, ni un movimiento que pudiesen aumentar el gozo de esos dos hombres»^[135].

Después de haberse desvanecido al enterarse del asesinato de Lamballe, la reina se juró no volver a dar señales exteriores de debilidad. Se esfuerza y lo logra, por el momento.

En la noche de ese 21 de setiembre, Cléry pide cobertores para el delfín, ya que empieza a hacerse sentir un frío precoz. Su petición empieza por la fórmula habitual: «El rey pide...»

—Sois muy osado al utilizar un título abolido por la voluntad popular del pueblo, y podéis decir a *ese señor* —explica Destournelles a Cléry, señalando al rey— que deje de utilizar un título que el pueblo ya no reconoce.

El rey no se inmuta. Al día siguiente Isabel recomienda a Cléry que escriba, para sus peticiones, «es necesario, para el servicio de Luis XVI, de María Antonieta, de Luis Carlos, de María Teresa, de María Isabel...» Los miembros de la familia real se han convertido en simples particulares.

Cléry se atiene a las recomendaciones de Isabel. Pues son numerosas las peticiones que debe formular. Según él, «la familia real carecía sobre todo de vestimenta; las princesas la arreglaban todos los días; [...] Sin embargo, después de muchas peticiones, conseguí que se hiciese un poco de ropa nueva; pero como las costureras la habían marcado con cabezas coronadas, los guardias municipales

exigieron que las princesas quitaran las coronas: hubo que obedecer».

El 29 de setiembre por la mañana, los municipales van a la habitación de María Antonieta, donde se halla reunida toda la familia, a leer un decreto que ordena «quitar el papel, la tinta, las plumas, los lápices y aun los papeles escritos, tanto los que se encuentren sobre la persona de los detenidos como en sus habitaciones, y también al ayuda de cámara y a otras personas de servicio en la Torre; no dejarles arma alguna, ofensiva o defensiva; en una palabra, adoptar todas las precauciones necesarias para impedir a *Luis el Último* todo trato con ninguna persona que no sean los guardias municipales». Decreto ejecutado en el acto. María Antonieta y su hija esconden y conservan su lápiz.

En la noche de ese 29 de setiembre, nueva prueba. Luego de cenar, Luis el Último se dispone a regresar a su habitación cuando otros municipales, con Hébert a la cabeza, se presentan y leen un decreto, más coercitivo que el de la mañana, y más doloroso, por el cual se ordena la separación de los prisioneros. Luis Augusto es trasladado a la gran torre, donde, según parece, ya están preparados sus aposentos. María Antonieta estalla en lágrimas, pues imagina que esa separación presagia lo peor. Ella, que se había prometido no volver a dejar transparentar sus emociones... El golpe es demasiado fuerte. Los municipales podrán jactarse de haber visto, POR FIN, llorar a la Austríaca.

Las habitaciones del rey no están listas, los pintores todavía trabajan en ellas, el olor es insoportable. El rey pasa la noche allí como mejor puede. Al día siguiente, a las nueve de la mañana, tiene una única prisa: reunirse con los suyos en la torre pequeña. Negativa de los municipales: «No tenemos órdenes para ello», pretextan. Cléry obtiene permiso para ir a las habitaciones de la reina a buscar libros olvidados por el rey:

«Encontré a la reina en su habitación, rodeada de sus hijos y de doña Isabel: todos lloraban, y su dolor aumentó al verme; me hicieron mil preguntas sobre el rey, a las cuales sólo pude responder con reserva. La reina se dirigió a los municipales que me habían acompañado y renovó con insistencia la petición de estar con el rey, por lo menos durante unos minutos del día, y a las horas de la comida. Ya no eran quejas, ni lágrimas; eran gritos de dolor... “Está bien, hoy almorzarán juntos”, dijo un oficial municipal [...]».

Por este permiso, María Antonieta vierte otras lágrimas, esta vez de alegría, imitada por su hija y por su nuera. El trío ofrece «el espectáculo más conmovedor». El zapatero Simon, miembro de la Comuna, que adquirirá cada vez más importancia en el Temple, comenta esta escena con un «creo que estas rameritas me harían llorar». Luego lamenta esta confesión, y como quiere mostrar que de todos modos es insensible a los llantos de esas aristócratas, dice a María Antonieta:

—Cuando asesinabais a la gente, el 10 de agosto, no llorabais. Es evidente que se

acusa a la reina de la matanza de las Tullerías. Ya no falta ninguna calumnia. Es lo que hace saber María Antonieta a Simon, a quien responde:

—El pueblo se engaña acerca de nuestros sentimientos.

María Antonieta espera con impaciencia la hora del almuerzo. ¿Quién habría dicho que algún día esperaría de ese modo a Luis Augusto, cuando en los tiempos del Trianon adelantaba la hora del reloj para apresurar la partida de su esposo, quien se iba a dormir muy temprano?

«Bajamos para almorzar con mi padre, y con mucha alegría por volver a verlo», relatará Muselina. Esa alegría no carecerá de futuro: la reina y sus hijos se reunirán con el rey a la hora de las comidas y del paseo.

»Nos entregaron los periódicos para que viéramos en ellos la partida de los extranjeros y los horrores escritos contra el rey, de los cuales estaban repletos. Un día nos dijeron: “Señoras, les anuncio una buena noticia; muchos traidores emigrados han sido apresados; si ustedes son patriotas, deben regocijarse con ello”. Mi madre, como de costumbre, no dijo una palabra, y ni siquiera dio la impresión de haber escuchado»^[136].

Frente a sus carceleros, María Antonieta se ha vuelto de pronto ciega, sorda, muda.

El 26 de octubre, Cléry, considerado demasiado atento, demasiado deferente, demasiado cómplice —¿acaso no se cree haberlo visto deslizar una carta en su bolsillo?—, es arrestado y acusado ante un tribunal revolucionario. Se lo absuelve. Regresa al Temple a medianoche. María Antonieta, sus hijos y su nuera acaban de ser trasladados a la torre grande. La reina se regocija de estar más cerca del rey.—Alegría que pagará cara, ya que su amadísimo hijo tiene que ser llevado junto a su padre según un decreto, otro más, de la Comuna: «según las observaciones de uno de los miembros del servicio en el Temple [...], el hijo de Luis Capeto se hallaba noche y día bajo la dirección de las mujeres, madre y tía; considerando que este niño se encuentra en la edad en que debe estar bajo la dirección de los hombres, el Consejo decreta que el hijo de Luis Capeto sea retirado *en el acto* de manos de las mujeres, para ser puesto en las de su padre, y permanecer en ellas, día y noche». El decreto precisa que, todos los días, el delfín «subirá a los aposentos de su madre y de su tía, mientras su padre reposa, para volver a bajar a las cuatro o las cinco, más o menos».

Se hace entender a María Antonieta que esa visita cotidiana de su hijo es un favor, una tolerancia, que muestra que los municipales no son monstruos sin corazón. Y Luis Carlos es conducido *en el acto* junto a su padre.

La reina está ahora en su penúltima morada, la torre grande del Temple, que tiene cuatro pisos. En la planta baja, los municipales. En el primero, el cuerpo de guardia. En el segundo, el rey, el delfín, Cléry. En el tercero, María Antonieta, su hija, Isabel. El cuarto está vacío y se abre sobre una galería por la cual, otra bondad de los

guardias municipales, la familia real podrá pasearse.

En la torre grande, lo mismo que en la pequeña, María Antonieta se dedica a las mismas ocupaciones: educación de su hija, lectura, tapicería.

En la torre grande, lo mismo que en la pequeña, los desayunos, los almuerzos, las cenas, se hacen a las mismas horas y permiten la reunión de la familia, que debe hablar en voz alta, *en buen francés*, para que los guardias puedan escucharlo y entenderlo todo. Prohibición de pronunciar una sola palabra en voz baja.

Es el reinado de la arbitrariedad, el triunfo del capricho de los guardianes. Una vez, estos últimos prohíben a Cléry que peine a María Antonieta. Otra, como María Antonieta ha quebrado su peine y pide a Turgy^[137] que le compre otro, un municipal vocifera:

—Compra uno de cuerno, el boj sería demasiado bueno para ella.

Haría falta un volumen para relatar las vejaciones que se han prodigado a esa «perra de Austríaca».

El 7 de octubre, en nombre de la igualdad, Luis Augusto es despojado de las insignias de sus órdenes. El 1 de noviembre, una diputación de la Convención llega al Temple para verificar «el estado de situación de la persona de Luis Capeto y de su familia, y a tomar conocimiento de las medidas de seguridad adoptadas por el Consejo general de la Comuna y el comandante general de la guardia nacional de París para la conservación de los rehenes confiados a su guarda».

En esa diputación figura Drouet, el hombre de Varennes. Al verlo, María Antonieta no puede contener un estremecimiento.

—Venimos a preguntaros si os encontráis bien, si no os falta nada, si no tenéis quejas que formular.

La reina no responde. Drouet repite su pregunta.

—Sin embargo, importa saber si tenéis que presentar una queja acerca de algo o alguien.

La reina sigue sin contestar. Drouet se irá sin haber escuchado la voz de esa Nuestra Señora del Silencio. Después de su partida, María Antonieta reencuentra el uso de la palabra y dice a Isabel:

—¿Por qué, hermana mía, ha vuelto el hombre de Varennes? ¿Acaso porque mañana es el día de los muertos?

Ese silencio a las preguntas de Drouet es el regalo que la reina se ha ofrecido en vísperas de su trigésimo séptimo aniversario. ¿Dónde están los alegres onomásticos de Schönbrunn, los fastuosos festejos de Versalles? Ese 2 de noviembre de 1792 «escuchamos un gran ruido de gente que pedía la cabeza de mi padre y de mi madre, y que tenía la crueldad de ir a gritarlo bajo nuestras ventanas»^[138]. Buen día de cumpleaños, María Antonieta, a los sones de *Dansons la Carmagnole* y del *Ça ira*, a los sones de las fiestas que ya no están...

UN ANILLO DE MATRIMONIO Y ROPAS DE DUELO

(21 DE ENERO DE 1793)

*Ya no escucho nada; y para siempre
adiós... ¡Para siempre! ¡Ah, señor!
Pensad en vos mismo.
¡Cuán espantosa es esta palabra cruel,
cuando se ama!*

RACINE (*Berenice*)

Al escuchar, para su trigésimo séptimo aniversario, esos gritos de muerte, María Antonieta no tiene más remedio que resignarse a lo inevitable. Si se ha asesinado —y de qué manera— a la princesa de Lamballe, ¿qué no se reservará a la reina, a quien todos consideran culpable de todos los males que abruman a Francia? Culpable de los malos tiempos, de las malas cosechas, de las victorias logradas por Brunswick, de la caída de los asignados, y de la caída de las hojas muertas...

Todas las noches y todas las mañanas, María Antonieta pide a su hijo que rece por la princesa de Lamballe. También ella reza, y cada vez más. En la oración encuentra un poco más de fuerza, un poco de esperanza, una esperanza de invulnerabilidad. En apariencia, pretende ser invulnerable. Sabe que, por dentro, lo es cada vez menos. A veces se siente tan débil como Luis Augusto. Los horrores del regreso de Varennes, los horrores de la toma de las Tullerías y ahora los horrores cotidianos del Temple, han quebrantado su equilibrio. No hay tormentos que no inventen sus carceleros. ¿Cómo resistir?

—No se matará al rey, sólo se lo quiere encerrar a perpetuidad, con su hijo, en Chambord —dice uno.

—Los van a separar, es la última vez que están juntos —agrega el otro.

Y registros en plena noche, dos veces seguidas. Despertado, el delfín lloró en brazos de su madre. «Es el único momento de impaciencia que he visto en mi madre», informará Muselina.

Eso no termina. Durante un paseo por el cercado, un obrero tiende un azadón a Luis Augusto:

—Toma, gordo Veto, para cortarle la cabeza a tu mujer.

Ante este régimen de humillaciones cotidianas, el rey cae enfermo de una fuerte fluxión, el 14 de noviembre. Pide un dentista. La Comuna delibera durante tres días, y luego se lo niega. El 22, ante un acceso de fiebre del rey, es llamado su primer médico, el señor Le Monnier. Después del rey le toca el turno de enfermarse a su hijo. El delfín tiene tos ferina. Se prohíbe a su madre estar a su lado durante la noche. Cuando el delfín se repone, María Antonieta tiene que guardar cama, y luego Isabel, y después Muselina. Son las inevitables miserias de la vida carcelaria, comunes a todos los prisioneros, que también padecen María Antonieta y los suyos.

El 3 de diciembre de 1792, María Antonieta, enferma, no ha podido tomar alimento alguno durante el día. Pide un caldo a Turgy, quien ayuda a Cléry lo mejor que puede:

«En el momento en que se lo presenté —relata Turgy—, esa princesa se enteró de que la señora Tison, e asignada a su servicio, se encontraba indispuesta. En el acto ordenó que se le llevase ese caldo preparado para ella, cosa que se hizo. Entonces pedí a uno de los guardias municipales que me llevase a la cocina para pedir otro caldo; pero ninguno de los que se hallaban presentes quiso acompañarme, de modo que ese día la reina, enferma, se acostó sin cenar».

El 7 de diciembre, un municipal va a leer un nuevo decreto que ordena quitar a los detenidos «cuchillos, navajas, tijeras, cortaplumas y todo otro instrumento cortante de los cuales se priva a los prisioneros considerados criminales, y de realizar el más exacto registro, tanto de los prisioneros como de sus aposentos». El decreto se ejecuta en el acto. Y en ese instante María Antonieta se convierte de nuevo en esa pequeña burlona, tan censurada por su madre, cuando lanza:

—¿También habrá que entregar las agujas, ya que pinchan mucho?

El nuevo emperador de Austria, Francisco, sobrino de María Antonieta, no puede darse cuenta de lo que es la vida de los prisioneros del Temple. Uno solo de ellos está informado de verdad, y es Fersen, quien, el 19 de noviembre de 1792, escribe a su amigo Taube:

«¡En qué siglo vivimos! Parece que la Providencia agota los golpes más funestos para abrumar a esta familia buena y demasiado infortunada, y mi alma está desgarrada de mil maneras. Vos ya estabais desesperado, amigo mío, ante la retirada del duque de Brunswick; pues bien, lo estaréis más ahora, cuando sepáis que los austríacos se han creído obligados a abandonar los Países Bajos ante la proximidad de Dumouriez y de un hatajo de bandidos, ladrones y rebeldes».

Brunswick y sus tropas, que sólo debían efectuar en Francia un paseo de recreo, han sido rechazados, para su vergüenza y estupefacción, por esos «rebeldes» que lograron en forma sucesiva las victorias de Valmy, Spire, Jemmapes, Tournai, Gand, Charleroi, y que también han invadido Saboya y tomado Niza. La patria ya no está en peligro.

Por lo tanto, la Convención puede dedicarse al exterminio de María Antonieta y

los suyos: el 3 de diciembre decide la acusación contra el rey. Precisamente se ha descubierto un «armario de hierro» que contiene papeles de Luis el Último relativos a los príncipes, a la coalición, a los emigrados, a los planes de liberación, a los consejos secretos dados a los hombres del día. ¡Vale la pena aprovechar esta ganga debida a Gamain, que fabricó el armario y que pretende que, como recompensa de su trabajo, recibió de la Austríaca un brioche amasado con arsénico! María Antonieta envenenadora: eso ya no asombra a nadie.

El 6 de diciembre, Cléry se entera de la acusación contra el rey y no sabe cómo anunciarla a su amo:

«No sabía cómo anunciar directamente al rey esta terrible noticia; habría querido decírselo primero a la reina o a Doña Isabel; pero me encontraba muy alarmado, y el rey me había prohibido que le ocultase nada. Por la noche, al ayudarlo a desvestirse, le informé de todo lo que sabía; inclusive le hice presentir que existía el proyecto de separarlo de su familia durante el proceso; y agregué que sólo le quedaban cuatro días para concertar con la reina alguna manera de mantener correspondencia con ella».

Al día siguiente de esta revelación, el rey logró prevenir a la reina, quien, «por medio de una mirada henchida de dolor», hizo entender a Cléry que estaba al corriente. Para no comprometer a Cléry, Luis Augusto y María Antonieta se esfuerzan por disimular su aflicción. Vigilados de cerca, ni siquiera pueden decirse lo que un marido y una esposa se dirían en el momento de estar por separarse...

«El 11 de diciembre de 1792, a las cinco de la mañana, se oyó tocar la generala en todo París, y se hizo entrar a la caballería y cañones en el jardín del Temple. Ese estrépito habría alarmado cruelmente a la familia real, si no conociera su causa; sin embargo, fingió ignorarla, y pidió algunas explicaciones a los comisarios de servicio; éstos se negaron a responder»^[139].

Ese 11 de diciembre, último día de la vida común de Luis Augusto y María Antonieta, comienza al toque del tambor. Veintidós años de unión difícil, veintidós años de amor-locura para Luis Augusto, y de amor-razón para María Antonieta, tocan a su fin. Un final que es preciso fingir que se desconoce y cumplir con el empleo habitual del tiempo. A las nueve de la mañana, Luis Augusto sube, como de costumbre, a desayunar en la habitación de María Antonieta. Imposible intercambiar unas palabras en presencia de los municipales al acecho. A las diez, el rey se separa de la reina, seguido por el delfín, a quien da una lección de lectura. A las once se interrumpe la lección: el rey debe separarse de su familia. Cléry conduce al delfín junto a la reina. A la una, Luis el Último sale del Temple rumbo a la Convención.

Lo terrible, en el destino de María Antonieta, es la repetición de las abominaciones. La reina vive dos veces lo que por lo general se vive una sola vez, y ya es suficiente. El 11 de diciembre de 1792, María Antonieta se siente invadida por las mismas angustias que la habían abrumado en Versalles cuando, el 17 de julio de 1789, Luis Augusto había ido a París.

«Mi madre lo había intentado todo ante los municipales que la vigilaban, para enterarse de lo que sucedía: era la primera vez que se dignaba interrogarlos. Esos hombres no quisieron decírselo; sólo lo supimos con la llegada de mi padre»^[140].

Luis Augusto vuelve por la noche del 11 de diciembre de 1792. María Antonieta no tiene el consuelo de arrojarle a sus brazos. Ante su petición de ver al rey, los guardias ni siquiera responden. La reina se retira a su alcoba, acompañada por el delfín.

«Mi hermano pasó la noche con ella; no tenía cama, ella le dio la suya y se pasó toda la noche en pie, con un dolor tan amargo que no quisimos abandonarla; pero nos obligó a acostarnos, a mi tía y a mí. Al día siguiente, mi madre volvió a pedir ver a mi padre, y a leer los periódicos para enterarse de su proceso; insistió para que, por lo menos, si no podía verlo, ese permiso nos fuese otorgado a mi hermano y a mí. Se llevó esa petición al Consejo general; los periódicos fueron negados; a nuestro hermano y a mí se nos permitió ver a mi padre, pero con la condición de que quedaríamos absolutamente separados de mi madre. Se informó de ello a mi padre, quien dijo que, por grande que fuese el placer que sentía al ver a sus hijos, el importante asunto que tenía entre manos no le permitía ocuparse de su hijo, y que su hija no podía dejar a su madre. Se hizo subir el lecho de mi hermano a la habitación de mi madre»^[141].

—No podría decidirme a mantener a mis hijos conmigo; conozco toda la pena que experimentaría la reina, hay que aceptar este nuevo sacrificio —explica el rey, quien da con ello una de sus últimas pruebas de amor hacia María Antonieta.

—¡Que rechace este último placer es la última prueba, la más desgarradora y más dulce, de su constante ternura! —suspira la reina, quien ahora se da cuenta de que el «pobre hombre» la amaba infinitamente más que sus presuntos adoradores, los Besenval, los Coigny, los Tilly, los Esterhazy, los Lauzun...

Demasiado tarde.

Durante seis semanas interminables, María Antonieta tratará de seguir el proceso del rey, gracias a la complicidad de Cléry, de Turgot o de algunos municipales menos inhumanos que los otros. Sabe que su esposo ha elegido tres excelentes defensores: el señor Tronchet, el señor de Malesherbes y el señor de Sèze. Conferencian todos los días con su cliente.

El 25 de diciembre, Luis Augusto tiene una Navidad de completa soledad, que aprovecha para escribir su testamento. Es el admirable testamento del perdón:

«Perdono de todo corazón a quienes se han hecho mis enemigos sin que les hubiese dado motivo alguno, tal como a aquellos que, por un falso celo, o por un celo mal entendido, me han hecho mucho mal.

»[...] Ruego a mi esposa que me perdone por todos los males que sufre por mí, y por las penas que podría haberle inferido a lo largo de nuestra unión; así como puede estar segura de que no guardo nada contra ella, aunque creyese tener algo que reprocharse».

Cosa que, es evidente, él no cree. ¡Y decir que se ha querido ver en este último párrafo la prueba misma de que María Antonieta tenía «algo que reprocharse»!

Se sabe que Luis Augusto ocupa ese 25 de diciembre de 1792 en escribir su testamento. No se sabe cuáles fueron las ocupaciones de María Antonieta a lo largo de ese día. Tapicería y angustia, como de costumbre, sin duda.

El 26 de diciembre el rey es conducido por segunda vez a la Convención. Allí es defendido con ardor por sus abogados, sobre todo por el señor de Sèze, cuya elocuencia es tal que molesta a los convencionales.

El 27 de diciembre, el señor de Sèze remite al rey varios ejemplares de su alegato. El rey hará llegar un ejemplar a la reina. Serán los últimos regalos de fin de año de la reina, y los únicos: el 1 de enero de 1793 los municipales niegan a los Capeto el permiso para reunirse. Cada uno permanecerá en su piso. Aunque estén separados, sus pensamientos no se separan. Uno de los abogados del rey, Malesherbes, ofrece la prueba de ello en sus *Conversaciones de Luis XVI*. Luis Augusto no cesa de enumerar allí las cualidades de María Antonieta, las calumnias de las cuales ha sido víctima. Y termina diciendo:

«Los facciosos sólo ponen tanto encarnizamiento en difamar y denigrar a la reina para preparar al pueblo a verla morir. Sí, mis amigos, su muerte está decidida. Si se la deja con vida, se teme que me venga. Infortunada princesa, mi matrimonio le prometió un trono; ¿qué perspectiva le ofrece hoy?».

El 15 de enero de 1793, la Convención declara culpable a Luis Capeto. El 17 se vota la pena de muerte, y entre quienes la han votado figura el primo del rey, el otrora duque de Orleans, Felipe Igualdad (La antipatía que María Antonieta había manifestado siempre contra ese individuo encuentra su justificación en ese voto).

El 20, la Convención rechaza todo aplazamiento de la ejecución. El rey debe ser decapitado al día siguiente, 21 de enero.

Los vendedores de periódicos vocean la noticia bajo las ventanas del Temple, y así se entera María Antonieta de la inminente ejecución de su esposo. También se entera, el domingo 20, a las ocho de la noche, de que un decreto de la Convención la autoriza a bajar, con los suyos, a ver a Luis Augusto. Se precipitan hacia él.

«A las ocho y media se abrió la puerta; la reina fue la primera en aparecer, llevando a su hijo de la mano; después la señora real y Doña Isabel. Todos se precipitaron hacia los brazos del rey. Un lúgubre silencio reinó durante unos minutos, y sólo fue interrumpido por sollozos. La reina hizo ademán de llevar a Su Majestad hacia su habitación. “No —dijo el rey—, pasemos a esta sala, sólo puedo veros ahí”. Entraron, y yo cerré la puerta, que era de vidrio. El rey se sentó, con la reina a su izquierda, Doña Isabel a su derecha, la señora real casi enfrente, y el joven príncipe se mantuvo de pie, entre las piernas del rey; todos se inclinaban hacia él, y a menudo lo abrazaban. Esta escena de dolor duró siete cuartos de hora, en los cuales no fue posible escuchar nada; sólo se veía que después de cada frase del rey, los sollozos de las princesas se redoblaban, duraban unos minutos y después el rey volvía a hablar»^[142].

Gracias a la señora Vigée-Lebrun, quien pidió a Cléry los detalles de la vestimenta para pintar el cuadro de este último encuentro, se sabe cómo iban vestidos

el rey y la reina. Luis XVI lleva una casaca parda y María Antonieta se ha puesto un vestido blanco, de muselina, una toquilla y un gorro de hilo del mismo color. Ya enarbola el luto blanco de las reinas de Francia...

María Antonieta y los suyos querrían pasar la noche al lado del rey. Éste necesita estar solo para prepararse para la muerte. María Antonieta insiste para verlo un momento más, al día siguiente, por la mañana. Luis Augusto promete ese último momento. Son las diez y cuarto. El rey se levanta. La entrevista ha terminado. Es preciso separarse. María Antonieta toma con la mano derecha la de su esposo, quien repite:

—Os aseguro que os veré mañana a las ocho.

—¿Me lo prometéis?

—Sí, os lo prometo.

—¿Por qué no a las siete?

—Bien, sí, a las siete, adiós.

Pronuncia dos veces más ese «adiós», esa palabra «espantosa cuando se ama»; y él es el único que sabe que es un adiós definitivo, ya que, «cuando partimos, dijo a los guardias que no nos dejaran volver a bajar, porque nuestra presencia le causaba mucho dolor»^[143].

Al escuchar ese «adiós», Muselina se desvanece. Mientras su madre y su tía se ocupan de ella, Luis Augusto sale de la habitación y va a reunirse con su confesor, el abad Edgeworth, a quien confía:

—¡Ah, señor, qué entrevista! ¡Y sin embargo es preciso que ame y que sea tan tiernamente amado...!

Toda su vida de malquerido termina con esta confesión. Luis Augusto tiene entonces «treinta y nueve años, cinco meses y tres días», como lo determina su hija.

Veintiuno de enero de 1793.

«En la mañana de ese día terrible, nos levantamos a las seis. La víspera, por la noche, mi madre había tenido apenas las fuerzas necesarias para desnudar y acostar a mi hermano; se dejó caer, vestida, en su lecho, donde la escuchamos temblar toda la noche de frío y de dolor. A las seis y cuarto abrieron nuestra puerta y entraron a buscar un libro de oraciones para la misa de mi padre; creímos que íbamos a bajar, y siempre tuvimos esa esperanza, hasta que los gritos de júbilo de un populacho desenfrenado nos hicieron saber que el crimen estaba consumado»^[144].

Veintiuno de enero de 1793, a las diez y veinte de la mañana; un delirio de alegría resuena en París. María Antonieta comprende que es viuda. Ni una lágrima sale de sus ojos, ni una palabra de su boca. Mutismo de la reina, que ya no es la expresión de su política de silencio, sino la de un dolor en verdad inexpresable, puesto que se siente la inutilidad de los llantos y las palabras. María Antonieta sólo sale de su postración para decir que quiere ver a Cléry,

«quien se había quedado con mi padre hasta esos últimos momentos, pensando que tal vez le había encomendado algún mensaje para ella. Deseábamos esa sacudida para provocar un desahogo a su agobiante pena, que la salvase del aplastamiento en que la veíamos. En efecto, mi padre había ordenado a Cléry que diese a mi desdichada madre su anillo de matrimonio, agregando que sólo se separaba de él junto con la vida; también le hizo llegar un paquete de cabellos de mi madre y de los nuestros, diciendo que le habían sido tan caros que siempre los había llevado consigo hasta ese momento. Los municipales nos hicieron saber que Cléry se hallaba en un estado espantoso, y que se le negaba el vènos, para su desesperación. Mi madre encargó a los comisarios su petición para el Consejo general; también pedía ropas de duelo».^[145]

Cléry se vio obligado a hacer llegar esas reliquias al Consejo del Temple. Llegarán a manos de la reina gracias a la audacia de uno de sus partidarios, Toulan.

Un anillo de matrimonio y ropas de luto, he ahí, junto con sus hijos, lo único que le queda a María Antonieta...

«AHORA NADA PUEDE HACERME DAÑO»

(NOCHE DEL 2 AL 3 DE AGOSTO DE 1793)

*Pero me queda un hijo. Algún día sabréis,
Señora, por un hijo, adónde llega nuestro amor,
Pero no sabréis, al menos así lo espero,
En qué problema mortal nos hunde nuestro interés,
Cuando de tantos bienes que podrían halagarnos,
Es el único que nos queda, y el que quieren quitarnos.*

RACINE

Para saber si María Antonieta y los suyos tendrán derecho a ropa de duelo, la Comuna debe deliberar, y decide, al cabo de dos días de debates, hacer entrega de esa vestimenta.

Cuando María Antonieta ve a su hija y su hijo vestidos de negro, no puede dejar de decir:

—Mis pobres hijos, para ustedes es por mucho tiempo; para mí es por siempre.

Luego vuelve a su silencio y su postración.

En los días que siguen a la ejecución del rey,

«tuvimos derecho a un poco más de libertad. Los guardias creían que iban a soltarnos. Pero nada podía calmar la angustia de mi madre; no era posible hacer entrar esperanza alguna en su corazón: había llegado a serle indiferente vivir o morir. En ocasiones nos miraba con una piedad que nos hacía estremecer. Por fortuna, la congoja aumentó mi enfermedad, cosa que le dio ocupación»^[146].

Muselina la Seria se alegra de tener molestias en la pierna, porque su madre sale de su aturdimiento para obtener la intervención del antiguo médico de los Hijos de Francia, el doctor Bruier. Éste cura a Muselina en un mes.

María Antonieta se niega a bajar al cercado para no tener que pasar ante la puerta donde Luis Augusto vivió sus últimos días. Rechaza todo lo que no sea su pena, y su actitud conmueve a uno de sus guardias, Toulan. Este hombre de Toulouse, quien participó en el ataque a las Tullerías, ahora quiere hacer evadirse a la reina y a sus hijos. No es el único que tiene ese proyecto. En París todavía hormigean los

monarquistas acérrimos que tratan de demostrar, después del 21 de enero, su devoción a la familia real, o a lo que queda de ella. El barón de Batz, el caballero de Jarjayes, se cuentan entre esos fieles.

A comienzos de marzo de 1793 se establece un plan entre Jarjayes, Toulan y un compañero de este último, Lepitre, a quien se ha ganado para la causa de María Antonieta. La huida hacia Le Havre e Inglaterra queda fijada para el 8 de marzo. El 7, París es presa de tres espectros amenazantes: el del hambre —falta la harina—, el de una guerra civil —se subleva la Vendée—, y el del enemigo, que se acerca una vez más. Los austríacos han reconquistado Lieja. Las salidas de París son vigiladas, y se restringe la distribución de pasaportes. En tales condiciones, la huida resulta imposible. El proyecto queda postergado, y después abandonado.

Como consuelo de este fracaso, María Antonieta recibe, el 9 de marzo, las reliquias confiadas por Luis Augusto a Cléry, interceptadas por la Comuna y hurtadas por Toulan. Por fin tiene el anillo de matrimonio de su difunto esposo...

Toulan y Jarjayes no se dejan desanimar por el fracaso del 8 de marzo. Están decididos a salvar a la reina, *sola*, si consiente en aceptarlo, es decir, en huir sin sus hijos, cosa que siempre se ha negado a hacer. María Antonieta termina por ceder a las súplicas de Toulan y Jarjayes, a los ruegos de Isabel, quien promete hacer de segunda madre de su sobrina y su sobrino.

En la víspera de la evasión, el delfín está acostado y duerme. Muselina no duerme y más tarde podrá relatar al señor de Beauchesne la escena que sigue. María Antonieta mira dormir a su hijo y dice:

—¡Dios quiera que este niño sea feliz!

—Lo será, hermana mía —responde Isabel.

—La juventud es breve, como la alegría; la felicidad termina, como todas las cosas —suspira la reina, quien camina a grandes zancadas por la habitación, como para huir a esa idea de huida.

Dice de nuevo a Isabel:

—Y a vos, mi buena hermana, ¿cuándo y cómo volveré a veros?

Luego reanuda su marcha y se detiene ante la cama donde reposa el delfín. Entonces entiende que no puede abandonar a su hijo.

—¡Es imposible! No, es imposible —repite.

Ha adoptado su decisión irrevocable. No partirá. Al día siguiente explica a Toulan:

—Os molestaréis, pero he reflexionado. Aquí sólo hay peligro; más vale la muerte que el remordimiento.

Toulan se inclina ante tanta voluntad y acepta hacer llegar a Jarjayes esta esquela:

«Hemos forjado un hermoso sueño. Eso es todo; *Pero hemos ganado mucho*, al encontrar en esta ocasión una nueva prueba de vuestra total abnegación hacia mí. Mi confianza en vos no tiene límites. Siempre encontraréis en mí carácter y valentía; pero el interés de mi hijo es el único que me guía. *Cualquiera que fuese la dicha que hubiera experimentado cuando estuviera fuera de*

aquí, no puedo aceptar separarme de él. No podría gozar de nada sin mis hijos, y esa idea ni siquiera me deja una pena».

El 27 de marzo, Robespierre exige el destierro de todos los miembros de la familia real, con excepción de María Antonieta, quien deberá ser enjuiciada ante el Tribunal revolucionario, y de su hijo, quien quedará detenido en la Torre del Temple. Por el momento, su petición no obtiene resultados.

El 19 de abril, la señorita Tison va al Temple y solicita permiso para ver a sus padres. Los municipales se niegan, cosa que enfurece al señor y la señora Tison, quienes la toman con sus prisioneras. Las denuncian; han visto a la reina dejar caer un lápiz, han visto a Isabel esconder cera y plumas en una caja. Qué no han visto y escuchado: conciliábulos con el doctor Brunier, con Toulan, Lepitre y algunos otros municipales. Las denuncias de los Tison provocan un registro en el Temple. El 20, o más bien en la noche del 20 al 21 de abril, llegan Hébert y sus acólitos, con orden de «registrar a discreción». Registran por todas partes, hasta las cuatro de la mañana, sin resultado alguno. Ni el menor rastro de «correspondencia con el exterior». No por ello dejan de ser tachados Toulan y Lepitre de la lista de comisarios encargados de la vigilancia del Temple. María Antonieta pierde a sus dos últimos caballeros servidores. Y los otros, y Fersen, y Mercy, ¿qué hacen mientras tanto?

Después de la muerte del rey, Austria había pensado en reclamar a la reina. El 29 de enero de 1793, Mercy escribía a uno de sus amigos: «Por no haber creído posible el asesinato del rey de Francia, tal vez no se hizo todo lo posible para prevenir ese horror. Tratemos, por lo menos, de que no ocurra lo mismo en relación con esta infortunada reina, quien ahora debe convertirse en el objeto constante de nuestra solicitud». El 3 de febrero, Fersen se inquietaba por esas actividades, y no ocultó su inquietud a Mercy: «El interés que el embajador manifieste por su tía, ¿no será una razón para los facciosos y un medio del cual se servirán para perderla, al despertar el odio contra los austríacos y mostrar a la reina como extranjera y cómplice de los crímenes imputados al rey?». Fersen preconizaba que «otro medio más eficaz para servir a la reina sería, en mi opinión, el de agentes (inteligentes) de Inglaterra, quienes ganarían, a fuerza de dinero y de promesas, a los dirigentes del partido de Orléans, como por ejemplo Laclos, Santerre, Dumouriez; pues no habría que abordar al duque de Orléans, es tan nulo e incapaz como canalla y cobarde, y sólo hay que llegar a él por intermedio de los otros. Vos estáis en mejores condiciones que yo para saber hasta qué punto es posible ese medio».

Ese medio es posible con el general Dumouriez, quien se siente indignado por la muerte del rey, asqueado por el cautiverio de María Antonieta, por las atrocidades que se cometen en nombre de la libertad. Dumouriez responde en forma favorable a las solicitudes de Austria:

«Nos resulta imposible seguir siendo espectadores tranquilos de tantos horrores. Quiero dispersar esa convención criminal, restablecer la monarquía constitucional, proclamar rey de Francia al delfín, salvar la vida de la reina».

Alrededor de esta posibilidad de restablecimiento renacen las intrigas. ¿Quién asegurará la regencia? ¿María Antonieta o Provenza? ¿La madre o el tío? Sí, se intriga en derredor de los prisioneros del Temple, ¡como si ya hubiesen sido liberados por Dumouriez! Pero el ejército se niega a marchar sobre París y a seguir a su general en su traición. Dumouriez huye y se refugia en Mons.

Otra esperanza para Fersen: canjear a la reina y sus hijos por los comisarios de la Convención entregados por Dumouriez a los austríacos y detenidos en Maëstricht. Se establecen negociaciones, que luego fracasan. No por ello deja Fersen de conservar la esperanza de que «la desgraciada familia [...] sea liberada del cautiverio en el cual languidece desde hace seis meses».

Al emplear ese verbo *languidecer* en una carta fechada el 29 de abril de 1793, Fersen no sabe que está expresando con tanta exactitud la realidad. Privados de aire puro y ejercicio, sometidos a un régimen draconiano, María Antonieta y los suyos padecen y languidecen en él, sobre todo el delfín, cuya salud comienza a declinar. Se acerca a la edad en que desapareció su hermano. Y María Antonieta se muere de inquietud cuando, el 9 de mayo, su hijo se queja de un dolor en el costado, y luego en la cabeza, todo ello acompañado por una fiebre violenta. En el acto hace llamar al doctor Brunier. Se ríen de sus alarmas de madre gallina, de madre loba. Brunier es sospechoso: los Tison así lo han denunciado. La fiebre del delfín va en aumento. María Antonieta vive atormentada. A fuerza de insistencia, obtiene la visita de Thierry, médico corriente de las prisiones, «puesto que mandarle otro sería lesionar la igualdad», ha decretado la Comuna. Buen hombre, Thierry examina al delfín, conversa con Brunier y logra curar por completo el dolor de cabeza. La fiebre y el dolor en el costado reaparecen de tiempo en tiempo.

De mayo a julio, el boticario Robert proporciona muchos medicamentos para el delfín, quien entretanto, el 11 de junio, se hiere jugando con un bastón. Debe guardar cama, y María Antonieta lee *Gil Blas* para distraerlo y distraerse, ya que la traición de Dumouriez ha producido el efecto de redoblar la vigilancia y las vejaciones. Ello no impide que los amigos de la reina —y todavía los tiene— continúen soñando con su liberación y hagan algunos intentos.

Una vez, una inglesa, la señora Atkyns, ofrece a María Antonieta cambiar de vestimenta con ella y ocupar su lugar. Subterfugio que habría permitido a la reina partir, pero sola, cosa que rechaza. Otra vez, el barón Batz y Michonis, un municipal de servicio en el Temple, están a punto de concretar su plan de evasión cuando el zapatero Simon recibe esta esquela: «Michonis os traicionará esta noche, tened

cuidado». Simon se precipita y denuncia a Michonis, quien logra salir bien de un interrogatorio intenso: es reconocido como no culpable. Simon ha sido tratado de visionario. No es el único a quien se acusa de tener visiones. La señora Tison presenta señales de perturbación del espíritu. Poco competente para hacer su papel de espía, pierde la razón y un día se precipita a los pies de María Antonieta mientras exclama:

—Señora, pido perdón a Su Majestad, soy una desdichada, soy la causa de vuestra muerte y la de Doña Isabel.

Frase de que no deja de repetir. El 29 de junio, la señora Tison, totalmente loca, sale del Temple rumbo al Hospital general. María Antonieta, quien ha aprendido a practicar el perdón de las ofensas, pregunta:

—¿La señora Tison está bien cuidada?

A consecuencia de ello, el señor Tison olvida sus prevenciones contra la reina y cesa en sus persecuciones.

El 30 de junio, miembros de la sección de Pont-Neuf se presentan ante el Comité de Salud Pública para denunciar una conspiración tramada por el general Dillon. Éste quiere disolver la Convención, llevarse al delfín y proclamar regente a su madre. El Comité se estremece, y para frenar semejante posibilidad decreta, al día siguiente, 1 de julio, que Luis Capeto sea separado de su madre, ubicado en una habitación aparte, la «mejor defendida de todas las instalaciones del Temple». Será puesto en manos de un preceptor que elegirá la Comuna. La Convención ratifica el decreto del Comité, y el 3 de julio se ejecuta el decreto.

Tres de julio de 1793, en el Temple. Nueve y media de la noche. Luis Carlos duerme. María Antonieta e Isabel cosen. Muselina lee en voz alta una *Semana santa*. Irrumpen seis municipales y uno de ellos anuncia, sin miramientos:

—Venimos a notificaros la orden del Comité según la cual el hijo de Capeto será separado de su madre y de su familia.

María Antonieta se yergue y grita:

—¡Quitarme a mi hijo! ¡Eso no es posible! No se puede ni pensar en separarme de mi hijo. Necesita de mis cuidados.

—El Comité ha redactado ese decreto, la Convención lo ratificó; debemos asegurar su inmediato cumplimiento —replica el municipal.

—No, no me exijáis esta separación —suplica María Antonieta, quien para demostrar que esa exigencia es inaceptable se coloca, como un muro de contención, ante el lecho de su hijo.

El delfín despierta y, al ver a esos hombres, se arroja a los brazos de su madre:

—¡Mamá, mamá, no me dejéis!

María Antonieta abraza a su hijo. Dispuesta a todo para defender lo último que le queda, afirma:

—Antes de quitármelo tendréis que matarme.

Está segura de haber encontrado el argumento decisivo. Pero el municipal no se

muestra impresionado.

—¿Para qué sirven estos alborotos? No matarán a tu hijo. Entrémoslo de buena gana, o bien lo haremos por la fuerza.

María Antonieta resiste durante una hora. Una hora. Ni durante el regreso de Varennes ni al enterarse de la muerte de su esposo, ha sufrido lo que sufre en esa hora. «Así transcurrió una hora, con resistencia de parte de ella, injurias y amenazas por parte de los municipales, llantos y defensas de todos nosotros. Por último, la amenazaron tan firmemente con matarla, lo mismo que a mí, que tuvo que ceder, por nosotros», atestiguará la hija de María Antonieta.

Ésta se declara vencida. Cede a la extorsión. Ella, que estaba dispuesta a dar su vida por su hijo —«antes de quitármelo tendréis que matarme»—, no puede soportar el ver que su hijo sea muerto entre sus brazos, que por último abre. Eudes, Gagnant, Armand, Véron, Cellier y Devèze —éstos son los nombres de los seis municipales encargados de ejecutar esa innoble tarea— pueden apoderarse de su presa. Habrá que esperar al siglo XX, a la década del 40 y a las acciones de los nazis para volver en París a semejantes escenas, de niños arrancados por la fuerza de los brazos de su madre...

Agotada, aplastada, quebrada, incapaz de hacer un gesto, María Antonieta ruega a su hija y a su nuera que vistan al delfín, y «después que estuvo vestido, lo tomó y lo puso en manos de los municipales, bañándolo con sus lágrimas, y previendo que ya no volvería a verlo. El pobre pequeño nos abrazó a todos con gran ternura, y salió, bañado en lágrimas, con los municipales»^[147].

Después de esa separación, María Antonieta piensa que no puede sufrir más. Pero seguirá sufriendo, y «su desolación llegó al colmo cuando supo que a Simon, el zapatero, a quien ella había visto como municipal, se le había encargado de la persona de su infortunado hijo»^[148].

Luego de dos días pasados en escuchar los llantos y los gritos de su hijo, María Antonieta ya sólo escucha el silencio, un silencio inexplicable. Ya no está Cléry, ya no hay nadie a quien interrogar. María Antonieta, su hija y su nuera han sido privadas de sus domésticos. Se las arreglan por sí mismas, tienden sus camas, barren... Tres veces por día, los guardias les llevan sus comidas, se aseguran de que las rejas de las ventanas están firmes, impidiendo toda evasión, y oponen a las preguntas de María Antonieta un mutismo absoluto.

El silencio del 6 de julio tortura a María Antonieta. ¿Qué se le ha hecho, qué se le hace a su hijo? ¿Dónde está? El 7, como se ha difundido por París el rumor de que el delfín ya no se encuentra en el Temple, se obliga al niño a bajar al cercado para que sea visto por la guardia que sube. Presiden esta exhibición cuatro comisarios, entre los cuales está el hombre de Varennes, Drouet. Apenas salen, Luis Carlos llama a su madre a grandes gritos. «Se le hizo callar», se limita a comentar su hermana, quien no indica por qué medios obtuvo Simon el silencio de su discípulo.

—Silencio, Capeto, o mostraré a los ciudadanos cómo te *trabajo* cuando te lo

mereces —dice Simon.

Cuando dejan al niño, Drouet y sus acólitos van a ver a la madre. María Antonieta domina su repulsión por el hombre de Varennes y se queja a Drouet, «en los términos más conmovedores, por la crueldad que se ha tenido al quitarle a su hijo». Drouet, quien en su última entrevista con la prisionera no había escuchado el sonido de su voz, lo escucha esa vez. La que se mostraba tan altiva suplica a Drouet que intervenga, que logre que le dejen ver a su hijo por lo menos a las horas de las comidas. ¿Es posible negar eso a una madre? Sí. Se lo negarán. María Antonieta sólo verá a su hijo a través de una pequeña abertura: «Subíamos a la torre muy a menudo, porque mi hermano iba allí por su lado y el único placer de mi madre era verlo pasar, a través de una pequeña hendidura. Permanecía allí horas enteras para esperar el instante de ver al niño; era su única expectativa, su única ocupación»^[149]. y así, María Antonieta ve un día a su hijo «trabajado», es decir, golpeado por Simon. Ya es demasiado, confiesa María Antonieta, llorando, ante su cuñada:

—Mis presentimientos no me engañaban, sabía que sufría; si fuese desdichado a cien leguas de mí, mi corazón me lo diría. Yo padecía, me agitaba, temblaba; es que las lágrimas que mi pobre niño derrama lejos de mí, las siento caer sobre mi corazón. Ya no encuentro placer en nada: Dios me ha abandonado; no me atrevo a rezar.

Luego, María Antonieta se arrepiente de su desfallecimiento —¡qué mal ejemplo para su hija!— y asegura a su cuñada que rezará de nuevo:

—Perdón, Dios mío, y vos, hermana, perdón, creo en vos como en mí misma; pero me siento demasiado atormentada para no estar amenazada por alguna nueva desgracia.

Esa «nueva desgracia» no se demora. El 1 de agosto de 1793, la Convención decide que María Antonieta sea enviada al Tribunal Revolucionario y trasladada del Temple a la Conserjería. En esa época era una trivialidad decir que la Conserjería era la «antesala de la muerte»: sólo se salía de ella para subir al cadalso.

«El 2 de agosto, a las dos de la mañana, vinieron a despertarnos para leer a mi madre el decreto de la Convención que ordenaba que, por decisión del procurador de la Comuna, sería conducida a la Conserjería para su procesamiento. Escuché la lectura del decreto sin conmoverse y sin decir una palabra: mi tía y yo pedimos entonces que se nos dejara seguir a mi madre; pero no nos concedieron esa gracia. Mientras hacía el envoltorio de su vestimenta, los municipales no se separaron de ella; se vio obligada a vestirse ante ellos. Le pidieron sus bolsos, que ella les dio; los registraron y tomaron todo lo que había dentro, aunque no tuviese la menor importancia. Hicieron con ello un paquete, que dijeron que enviarían al Tribunal Revolucionario, donde sería abierto ante ella. Le dejaron sólo un pañuelo y un frasco, por temor de que se sintiera mal. Mi madre, después de haber abrazado con ternura a mi tía, me recomendó que tuviese valor, que cuidara a mi tía y la obedeciera como a una segunda madre, y me repitió las mismas instrucciones de mi padre; luego se echó entre los brazos de mi tía y le recomendó a sus hijos. Yo no le contesté nada, tanto me asustaba la idea de verla por última vez; mi tía le dijo algunas palabras en voz muy baja. Entonces mi madre salió, sin dirigirnos la mirada, sin duda por miedo de que la abandonara la firmeza. Volvió a detenerse al pie de la torre, porque los municipales comunicaron allí al conserje que lo descargaban de su persona. Al salir se golpeó la cabeza con un portillo, porque no pensó siquiera en inclinarse; le preguntaron si se había hecho daño: “¡Oh, no! —respondió—, ahora nada puede hacerme daño”»^[150].

OTRA MARÍA ANTONIETA

(3 DE AGOSTO-12 DE OCTUBRE DE 1793)

El 3 de agosto, María Antonieta llega a la Conserjería. Es trasladada enseguida a una celda, sin pasar por la escribanía. Una descripción de esa celda se encuentra en el *Diario* de Fersen, que recoge todas las informaciones que puede sobre el cautiverio de su amiga:

«Su habitación era la tercera puerta, entrando, a la derecha, frente a la de Custine; estaba en la planta baja, la ventana daba al patio, [...]. La habitación era pequeña, húmeda y fétida, [...]. El lecho de la reina era, como los otros, de madera; un jergón, un colchón y una manta de lana, sucia y agujereada, que servía desde hacía tiempo a los prisioneros; las sábanas eran de tela gruesa y gris, como las otras, [...]».

Cumplidas las tareas de registro, oficiales y administradores se retiran. María Antonieta se encuentra con dos mujeres, la señora Richard, esposa de Richard, el conserje, o dicho de otro modo, el director de la prisión, y una criada, Rosalía Lamorlière. Natural de Breteuil, en Picardía, Rosalía es joven, bella, buena. Su juventud, su belleza, su bondad, son otras tantas pruebas, para María Antonieta, de que el género humano existe todavía y, no ha sido destruido completamente por la guillotina.

De Rosalía Lamorlière, de esa hija del pueblo, la reina recibirá las últimas atenciones, los últimos consuelos. El testimonio de Rosalía tiene el acento irremplazable de las cosas vistas y escuchadas. He aquí, pues, la llegada de María Antonieta a su celda:

«Hacía calor. Vi las gotas de sudor que corrían por el rostro de la princesa. Se las enjugó dos o tres veces con su pañuelo. Sus ojos contemplaron con asombro la horrible desnudez del cuarto; se volvieron también, con un poco de atención, hacia mí y la conserje. Después de ello, la reina se subió a un taburete forrado, que le había llevado de mi habitación, colgó su reloj de un clavo que vio en la pared, y comenzó a desnudarse para acostarse. Me acerqué con respeto y ofrecí mis cuidados a la reina. —*Os lo agradezco, hija*— me respondió sin mal humor ni altivez—, *pero desde que no tengo a nadie me las arreglo por mí misma*».

Comienza el día. La señora Richard y Rosalía Lamorlière se van, y muy pronto

son reemplazadas por dos gendarmes encargados de vigilar a la prisionera. Juegan a los naipes, fuman, beben. Promiscuidad, suciedad, humedad: esto es lo que ofrece esa celda de la Conserjería a María Antonieta, y ésa es su corte ridícula y nauseabunda...

En la semana del 3 de agosto, la celda es sofocante, como lo era la berlina de Varennes o el palco del taquígrafo. María Antonieta continúa enjugándose la frente empapada de sudor. Ha sido arrancada tan de golpe del Temple que no tiene con qué cambiarse. Pide ropa, que tendrá que esperar durante diez días. Es posible imaginar el tormento suplementario que representa para esa mujer, tan cuidadosa de su pulcritud, ¡no poder cambiarse, en pleno mes de agosto, en el calor polvoriento de París! Y su alegría, al cabo de esos diez días, de recibir un paquete llegado del Temple y que contiene un vestido, unas faldas, dos pares de medias de filosedá, algunas cintas, agujas para tejer con lana.

—Por el cuidado que se ha tenido con todo esto, reconozco la mano y las atenciones de mi pobre hermana Isabel —dijo María Antonieta a la señora Richard y a Rosalía.

Las manos de María Antonieta ya no tienen en qué ocuparse. ¡Las agujas de tejer son confiscadas por temor a que la prisionera las use para atentar contra su vida! Testimonio de Rosalía Lamorlière:

«La reina vivía con grandes privaciones. Se le habían negado todo tipo de agujas, y le gustaban mucho la ocupación y el trabajo. Advertí que de vez en cuando arrancaba los hilos gruesos de una tela de tapicería de papel, pegada en bastidores a lo largo de los muros; y con esos hilos, que lustraba con su mano, hacía un cordón muy apretado».

María Antonieta se encuentra reducida, para pasar el tiempo, a ver cómo juegan a los naipes sus carceleros. ¿Recuerda las sumas espeluznantes que perdió al faraón, las partidas que duraban toda la noche? Para poner fin al desfile de recuerdos, lee, cuando nunca le agradó la lectura. Lee los viajes de Cook, y cuando se le pregunta qué otros libros querría leer, responde que prefiere los que relatan las «aventuras más espantosas»; son sus propios términos. ¿Pero qué aventura puede superar la suya en términos de espanto? ¿Qué caníbales pueden compararse con los que han despedazado el cuerpo de la princesa de Lamballe? Y esa agua estancada que beben quienes se han extraviado en la selva, ¿no es tan infecta como el agua del Sena que María Antonieta no puede beber sin sentirse mal? Esa bebedora de agua sólo soporta la de Ville-d'Avray. El 5 de agosto, a fuerza de súplicas de Isabel, quien en verdad piensa en todo, se lleva a la reina, todos los días, dos botellas de agua de Ville-d'Avray.

Por su parte, el señor y la señora Richard hacen lo que pueden para hacer más soportable la suerte de su prisionera. ¿Quiere comer melón? La señora Richard corre a comprar uno.

—Necesito un melón excelente —dice a una vendedora a quien conoce.

—Adivino para quién es: para nuestra desdichada reina; toma el mejor que haya.

—¿Cuánto?

—Guarda tu dinero, y dile a la reina que entre nosotros hay quienes sufren.

La señora Richard, la vendedora de melones, Rosalía Lamorlière, no son las únicas personas que manifiestan su simpatía a María Antonieta, a quien se compadece porque es tratada como una condenada de derecho común. Su suerte apiada a revolucionarios como un Manuel o un Camilo Desmoulins, quienes sueñan con salvar a la reina. Los gendarmes conocen su predilección por las flores y le llevan claveles y nardos.

«Mucha gente se interesó por mi madre —relatará María Teresa—. Después de su muerte supe que habían querido salvarla de la Conserjería, y que por desgracia el proyecto no se concretó. Me aseguraron que los gendarmes que la vigilaban y la esposa del conserje habían sido ganados por alguno de nuestros amigos, que ella había visto a muchas personas cariñosas en su prisión, entre otras un sacerdote que le había administrado los sacramentos, que ella recibió con gran piedad. La ocasión de salvarse se frustró una vez porque se le había recomendado que hablase con la segunda guardia y, por error, habló con la primera. Otra vez, se hallaba fuera de la habitación y pasó por el corredor, cuando un gendarme se opuso a su salida, aunque había sido captado, y la obligó a volverse, cosa que hizo fracasar la empresa».

Este último fracaso parece ser el que se conoce con el nombre del «caso del clavel». Entre otros, participa en él Michonis, quien ya ha tratado de hacer evadir del Temple a la reina. Michonis está siempre ahí, vela por la reina y, nombrado administrador de la policía, sirve de intermediario entre el Temple y la Conserjería.

El 28 de agosto se presenta ante María Antonieta, quien le dice:

—¡Ah, sois vos, señor Michonis!

Éste va acompañado por el señor de Rougeville, un caballero de San Luis, quien conoce —y reconoce— a la reina, que se encuentra «muy afectada, hasta el punto de derrumbarse en su butaca». Rougeville lleva un clavel —o varios, los testigos no se ponen de acuerdo en cuanto a la cantidad—, dentro del cual hay una esquela oculta. Lo cierto es que Rougeville ofrece a la reina evadirse en la noche del 2 al 3 de setiembre. Richard y su esposa son captados para este proyecto, y también dos administradores. El plan parece de ejecución más o menos fácil: Michonis tiene que hacer salir a la reina de la Conserjería para llevarla de nuevo al Temple, por orden de la municipalidad. Rougeville llevará enseguida a la evadida a un lugar seguro. Por cincuenta luises, los gendarmes han prometido no ver nada y no decir nada. En el último momento, uno de ellos se arrepiente y se niega a dejar irse a María Antonieta. El asunto fracasa y el gendarme denuncia el plan, el 3 de setiembre. Michonis es arrestado, Richard y su esposa encarcelados, Rougeville logra escapar. Ese 3 de setiembre, María Antonieta, interrogada dos veces, se esfuerza por eliminar las acusaciones que pesan sobre sus cómplices. Los investigadores no descubren otra cosa que el recuerdo del perfume de un clavel marchito.

Después del episodio del clavel —o de los claveles—, la Convención entiende que ha estado a punto de perder su presa.

El 10 de setiembre de 1793, los administradores de policía quitan a María Antonieta los tres anillos que adornan sus manos, y que ella hacía girar sin pausa. La reina se acerca poco a poco al despojo total, ya que, según Rosalía Lamorlière, «al cuarto o quinto día de su llegada a la Conserjería, los administradores le quitan el reloj, que ella había traído de Alemania cuando llegó para ser delfina. Yo no estaba junto a ella cuando se le causó esa pena, pero la señora Richard habló de eso en nuestra habitación y dijo que había llorado mucho al entregar ese reloj de oro».

Richard es reemplazado por Bault, el 11 de setiembre. Bault, quien ha sido «conserje de la prisión de la Fuerza», por temor a correr la misma suerte que Richard, ejerce sobre María Antonieta una vigilancia que se detendrá en los menores detalles. En la noche de su llegada, cuando María Antonieta pide a Rosalía Lamorlière, «Rosalía, hoy me haréis el rodete», Bault interviene:

—Dejad, dejad, debo hacerlo yo.

La reina dirige al nuevo conserje una mirada de tal frialdad que éste no insiste. En cuanto han salido de la celda, Bault dice a Rosalía:

—Me molesta haber contrariado a esa pobre mujer, pero mi situación es tan difícil que cualquier cosa me hace temblar. No puedo olvidar que mi compañero, Richard, está en un calabozo, lo mismo que su esposa. ¡En nombre de Dios, Rosalía, no cometáis imprudencia alguna, me perderíais!

Ese 11 de setiembre, los administradores de policía vuelven a la Conserjería «con el fin de elegir un lugar para la detención de la viuda Capeto, que no sea aquel en el cual se halla detenida ahora». La celda —de la cual la reina habría podido evadirse— ya no parece segura. La «pobre mujer» será encerrada en un cuarto que sirve de farmacia y que se convierte en calabozo tapando los enrejados con hojas de hierro y planchas, aumentando el número de cerrojos, suprimiendo el vertedero que sirve para la salida de las aguas. No se dice si se han cerrado las entradas de las cuevas de ratas por las cuales podría fugarse la Austríaca. Ésta se debilita. Rosalía Lamorlière lo atestigua: «La congoja, el aire viciado, la falta de ejercicio alteraron la salud de la reina. Su sangre se acaloró, tuvo grandes hemorragias. Yo me había dado cuenta; me pidió, en secreto, ropa interior, y en el acto corté mis camisas y puse las telas bajo su almohada». Pero lo que más afecta a María Antonieta es carecer de noticias de los suyos, y sobre todo de su hijo. Desde el arresto de Michonis, ya nada sabe acerca de ese hijo que ha quedado en el Temple, en manos del zapatero Simon, quien lo «trabaja» a su manera... Como todas las madres, María Antonieta tiene preferencia por uno de sus hijos, y esa preferencia la destina al más pequeño, a ese Cariñito, capaz de impulsos, de ternuras, de fantasías que no manifiesta Muselina, la demasiado seria. ¿Y qué es de Luis Carlos? Insoportable incertidumbre.

Un día, antes de su arresto, la señora Richard «llevó a su calabozo a su hijo menor, quien era rubio, de ojos azules muy agradables, y cuyo cuerpo encantador era como el de un niño mayor que él. Se le llamaba *Fanfan*. Al ver a ese hermoso niño, se estremeció en forma visible; lo tomó en sus brazos, lo cubrió de besos y caricias, y

se echó a llorar, mientras nos hablaba del señor delfín, quien era más o menos de la misma edad, y en quien pensaba noche y día»^[151].

María Antonieta padece de tales insomnios que pide una poción calmante «compuesta con aguas de tilo, de azahar, de jarabe de culandrillo y licor de Hofman». Ya no duerme, y come cada vez menos. Rosalía Lamorlière, quien no se ha comprometido en el caso del clavel, continúa llevando sus comidas a la reina, y ocupándose de sus ropas.

María Antonieta, árbitro de las elegancias, la musa de Rosa Bertin, ya sólo posee dos vestidos: uno blanco y uno negro. Ella, que encargaba sus muebles al ebanista Riesener, sólo dispone de una caja, ofrecida por Rosalía Lamorlière, para guardar sus ropas. Ella, gloriosa, que se contemplaba en el infinito de los espejos de la Galería, tiene ahora, apenas, un espejito, también ofrecido por Rosalía; «ese espejo, comprado en los muelles, sólo había costado veinticinco sueldos de asignados. Todavía creo verlo: su marco era rojo y en los dos lados había pintados algo así como caras de chinos. La reina aceptó ese espejito como una cosa de importancia, y Su Majestad lo utilizó hasta su último día».

A las canículas de agosto y setiembre les siguen las lluvias de octubre y un frío precoz. María Antonieta ya no se sofoca de calor; tiritita. Tiene un solo cobertor, pide otro a Bault, quien por haber osado transmitir su petición recibe esta respuesta de Fouquier-Tinville:

—Merecerías ser enviado a la guillotina.

Menos dura que Fouquier-Tinville, más hábil que Bault, Rosalía Lamorlière se esfuerza por atenuar los rigores de los tiempos y los hombres:

«Por la noche, yo no dejaba de tomar su camisón de noche de abajo de su almohada. Subía de prisa a nuestras habitaciones para calentarlo y luego, ya caliente, volvía a ponerlo debajo de la almohada de la reina, así como su pañolón para la noche. Ella advertía estas pequeñas atenciones de mi fidelidad respetuosa, y su mirada plena de afabilidad me agradecía como si hubiese hecho otra cosa que lo que constituía mi deber. Nunca le habían entregado una lámpara ni una antorcha, y yo prolongaba lo más posible la pequeña reunión de la noche, para que mi respetable ama quedase un poco más tarde en la soledad y la oscuridad».

Último consuelo: un sacerdote, el abad Carlos Magnin, quien durante la Restauración llegará a ser párroco de Saint-Germain-l'Auxerrois, puede penetrar en el calabozo de la reina, decir misa allí y dar la comunión a quien ya sólo espera en Dios. Pero los hombres no abandonan por completo a María Antonieta. A finales de setiembre se organiza una nueva tentativa de evasión, sin que la reina sea informada de ella, y fracasa lo mismo que las otras.

El 14 de setiembre de 1793, La Marck escribía a Mercy:

«Es preciso que en Viena se entienda cuán penoso habría resultado, y me atrevería a decir enojoso, para el Gobierno imperial, si la Historia hubiese podido decir un día que a cuarenta leguas de unos formidables y victoriosos ejércitos austríacos, la augusta hija de María Teresa había muerto en el cadalso, sin que se hubiese hecho intento alguno de salvarla. Habría sido una mancha imborrable para nuestro emperador».

Será una mancha imborrable para el emperador austríaco. Su ejército entrará en cuarteles de invierno y no intervendrá para salvar a María Antonieta. Los poderosos de este mundo no gustan de las causas perdidas de antemano. La de María Antonieta lo estaba desde hacía mucho tiempo. Y su muerte beneficiaba a muchos intereses... Mercy también considera que su protegida de antes está perdida, «y no se puede hacer nada por ella». Sólo Fersen luchará hasta el final, como informa Gérald Walter:

«El 14 de octubre, Fersen mantiene una conversación con un cierto Aubré, abogado de Bruselas, quien hace tráfico de divisas entre Bélgica y Francia. Llega de París, ofrece detalles sobre el estado de la reina en la Conserjería y afirma que habría podido salvar a María Antonieta por 200.000 libras. El barón de Breteuil, a casa de quien Fersen llevó a Aubré, le propone en el acto dos millones. ¡Que se ponga en marcha sin perder un instante! Demasiado tarde. Ese mismo día, a las ocho de la mañana, la reina comparece ante el Tribunal Revolucionario»^[152].

Se vuelve a encontrar dos veces ese «demasiado tarde» que ha escandido el destino de María Antonieta. Del 3 de agosto al 12 de octubre de 1792, durante 41 días, María Antonieta ha estado sepultada en la Conserjería. Se considera que la reina ya está muerta. Se engañan. Saldrá de su prisión como Lázaro de su tumba. Resucita. Sus respuestas, durante su proceso, demuestran que está muy viva, y más que viva, inmortal. Contra eso, sus jueces, los furiosos, nada pueden. Nada se puede contra una inmortal. Sólo es posible abolir su apariencia. Quebrado el espejo, la imagen sigue estando en el corazón de los seres humanos, y en el corazón del tiempo.

En 41 días ha nacido otra María Antonieta. Ya no es la archiduquesa de Schönbrunn, la delfina de Versalles, la reina del Trianon, la prisionera del Temple; es otra, que ha encontrado su luz en las tinieblas de la Conserjería. Ahora, sin peligro de engañarse o de ser desmentida, puede repetir: «Ahora nada puede hacerme daño».

LA FIESTA DE SANTA TERESA

(15 DE OCTUBRE DE 1793)

Oh ustedes, mujeres de todos los países, de todas las clases de la sociedad, escúchenme con la misma emoción que experimento. El destino de María Antonieta encierra todo lo que puede conmover el corazón de ustedes. Si son ustedes felices, ella lo ha sido; si sufren desde hace un año, desde hace más tiempo aún, todas las penas de la vida le han desgarrado el corazón [...]. Mírenla, crueles, [...], mírenla para contemplar las huellas de un año de desesperación. ¿Qué más necesitarían ustedes, si ella fuese culpable, y qué deben sentir entonces los corazones seguros de su inocencia?

La señora de STAEL

(Reflexiones sobre el proceso de la reina)

En ese otoño de 1793, el Terror hace estragos. Todos los días, o todas las noches, hombres, mujeres, llegan a la Conserjería y no tardan en volver a salir, rumbo al cadalso. María Antonieta se siente como protegida, preservada de ese vaivén. Después de sus dos interrogatorios del 3 de setiembre y de su encierro en el calabozo-farmacia, se la ha mantenido en total ignorancia acerca de lo que ocurre en el exterior, y puede suponer, en efecto, que sus enemigos la han olvidado. No la olvidan. Al contrario. Un paroxismo de invectivas escolta a la obsesión de «guillotinar a la loba austriaca».

En *Le Père Duchesne* (El padre Duchesne), Hébert escribe:

«Se fija la hora catorce para juzgar a la tigresa de Austria, y se piden pruebas para condenarla, en tanto que si se le hiciera justicia tendría que ser picada como carne para pastel. [...] Desde que ella reinó, sólo se ha pensado en el asesinato y la carnicería; *más de un millón de hombres han sido víctimas*. Los crímenes que ha cometido son apenas agua de rosas en comparación con aquellos que planeaba».

En otro periódico, el *Rougyff*:

«Toco a rebato junto a todos los oídos franceses, en relación con la infame Antonieta. Conserve a María Antonieta para hacer la paz, les dicen en voz baja, y yo les digo: háganle hacer el brinco

final, con las manos a la espalda».

En este concierto de imprecaciones, la Convención no descansa, da el tono de la histeria colectiva. Uno de sus representantes, Billaud-Varenes, declara que es inconcebible dejar sin juicio a la mujer que es la vergüenza de su siglo y de la humanidad.

«La señora Capeto no es castigada; ya es hora de que la Convención haga pesar la espada de la ley sobre esa culpable. La malevolencia, que abusa del silencio de ustedes, hace correr el rumor de que María Antonieta, juzgada en secreto por el Tribunal Revolucionario y declarada inocente, ha sido vuelta a llevar al Temple; como si fuera posible que una mujer cubierta con la sangre del pueblo francés pudiera ser blanqueada por un tribunal popular. Pido que la Convención decrete en forma expresa que el Tribunal Revolucionario se ocupe en el acto del proceso y el juicio de la viuda Capeto»,

exclama Billaud-Varenes, el 3 de octubre. Su llamado es escuchado El proceso y el juicio de la viuda Capeto son votados enseguida El 5 de octubre, el acusador público, Fouquier-Tinville, se impacienta, y se queja de la falta de las pruebas necesarias para condenar a María Antonieta. Hace que le comuniquen el expediente del proceso del rey: no encuentra nada contra la reina.

El 7 de octubre, el alcalde y el procurador de la Comuna, junto con tres oficiales municipales, acompañados por un miembro del Comité de seguridad general, el pintor David, van al Temple para interrogar largamente a la hija y la cuñada de María Antonieta. Nada obtendrán. Les irá mejor con su hijo, quien, debidamente «trabajado» por Simon, acusa a su madre y a su tía de caricias indecentes. Enfrentada a su sobrino, Isabel declara que «semejante infamia está muy por encima y muy lejos de ella, como para poder contestarla; que por lo demás ese niño tenía ese hábito desde hacía tiempo, y que debe recordar que ella y su madre se lo han reprochado muchas veces». Luis Carlos precisa que «eso» ocurría por la mañana.

—¡Oh, monstruo! —no puede dejar de exclamar Isabel.

Esta calumnia supera a todas las que han abrumado a la reina desde el famoso «nacimiento de la aurora» del verano de 1774... María Antonieta tiene hacia su hijo el amor loco que Luis Augusto tenía para ella. Cuando se entere de la acusación de Luis Carlos, no creerá ni por un instante que éste sea el autor de ella. Sólo Simon es capaz de inventar «semejante infamia».

La maquinaria infernal destinada a derribar a la viuda Capeto ya está lista. Sólo hace falta ponerla en marcha. El 12 de octubre, a las seis de la tarde, María Antonieta es convocada al Palacio de Justicia, a la gran sala de audiencias. Se presenta ataviada con su vestido negro y tocada con un gorro de hilo blanco, al cual ha agregado dos cintas de crespón negro. En un estrado, la espera un sillón, en el cual se instala. Una vez más, es la picota, antes de la ejecución.

El presidente del Tribunal Revolucionario, Armando Marcial José Hermann, comienza el interrogatorio según las reglas: «Hemos hecho traer de la casa de la

Conserjería a María Antonieta, viuda de Capeto, a quien hemos preguntado sus nombres, edad, profesión, país y domicilio. Respondió que se llama María Antonieta Lorena de Austria, de treinta y ocho años,^[153] viuda del rey de Francia».

El interrogatorio continúa y se refiere a las relaciones de la acusada con los reyes extranjeros, los millones entregados a su hermano, el emperador de Austria, sus intervenciones para empujar a su esposo a ejercer su derecho de veto y a proteger a los enemigos de la República.

—¿Sois vos quien enseñó a Luis Capeto ese arte de profundo disimulo con el cual engañó durante demasiado tiempo al pueblo francés, que no sospechaba que se pudiesen llevar a tal punto la maldad y la perfidia?

—Sí, el pueblo ha sido engañado; lo ha sido cruelmente, pero no por mi esposo ni por mí.

[...]

—¿Fuisteis la instigadora principal de la traición de Luis Capeto; por vuestros consejos, y quizá por vuestras persecuciones, quiso él huir de Francia para ponerse a la cabeza de los furiosos que querían desgarrar su patria?

—Mi esposo nunca quiso huir de Francia; yo lo seguí a todas partes; pero si hubiese querido salir de su país, habría empleado todos los medios para disuadirlo. Sin embargo, no era ésa su intención.

—¿Cuál fue, entonces, el objetivo del viaje conocido con el nombre de Varennes?

—Conseguir la libertad que no podía tener aquí ante los ojos de nadie, y conciliar desde allí a todos los partidos, para la dicha y la tranquilidad de Francia.

[...]

—Nunca, ni por un momento, dejasteis de querer destruir la libertad; ¿queríais reinar, a cualquier precio que fuere, y volver a subir al trono sobre los cadáveres de los patriotas?

—No teníamos necesidad de volver a ascender al trono, puesto que ya estábamos en él; nunca hemos deseado otra cosa que la felicidad de Francia, queríamos que fuese dichosa; pero si lo es, siempre estaremos contentos.

[...]

—¿Qué intereses ponéis en las armas de la República?

—Lo que deseo por encima de todo es, la dicha de Francia.

—¿Pensáis que los reyes son necesarios para la felicidad del pueblo?

—Una persona no puede decidir eso.

—Sin duda lamentáis que vuestro hijo haya perdido un trono al cual habría podido ascender si el pueblo, esclarecido por fin respecto de sus derechos, no hubiese derribado el trono.

—Cuando mi país sea feliz, no lamentaré nada por mi hijo.

¡Quienes han hundido a Francia en el Terror no tienen en la boca otra palabra que

«felicidad»! Este vocablo, en boca de María Antonieta, debe de tener un sabor amargo...

—¿Cuál es vuestra opinión sobre la jornada del 10 de agosto, en la cual los suizos, por orden del amo del castillo, dispararon contra el pueblo?

—Me encontraba fuera del castillo cuando comenzaron a disparar; sólo sé que nunca di la orden de hacerlo.

Nunca, tampoco, conseguirá el presidente del Tribunal Revolucionario sorprender a la reina en falta. El testimonio de ello son las actas de la sesión. Frente a esos locos furiosos que quieren hacer caer su cabeza para la dicha de los pueblos, María Antonieta opone su razón, su sensatez, su dignidad. El informe oficial precisa que «durante su interrogatorio, María Antonieta conservó casi siempre una actitud serena y segura, mientras movía los dedos, con expresión distraída, sobre los brazos de su sillón, como si tocara el clave».

Exasperado por tanta altivez, que es incapaz de entender, Hermann pone fin al interrogatorio, renunciando a obtener la confesión abrumadora, y designa de oficio, a esa acusada que tan bien se defiende por sí sola, dos abogados, Chauveau-Lagarde y Tronçon-Ducoudray.

María Antonieta vuelve a su calabozo. Allí tendrá un gendarme, para vigilarla a la vista, hasta el 16 de octubre por la mañana.

El 13 por la tarde, Chauveau-Lagarde y Tronçon-Ducoudray van a la Conserjería. Ruegan a la reina que solicite una postergación, para que puedan examinar las innumerables hojas del proceso.

—¿A quién hay que dirigirla? —pregunta la reina.

—A la Convención Nacional.

—No, nunca.

La reina se niega a pedir nada a quienes considera los asesinos de su esposo. Los abogados insisten, y argumentan que *por sus hijos* María Antonieta no puede perder la ocasión de justificarse plenamente. La madre triunfa sobre la esposa. María Antonieta escribe a Hermann la siguiente esquela:

«Ciudadano presidente, los ciudadanos Tronçon y Chauveau, que el tribunal me ha designado como defensores, me hacen saber que se les ha dicho hoy cuál es su misión; debo ser juzgada mañana, y les resulta imposible tomar conocimiento, en tan breve plazo, de las actas del proceso, y ni siquiera leerlas. Debo a mis hijos no omitir ningún medio necesario para la total justificación de su madre. Mis defensores piden tres días de aplazamiento; espero que la Convención se los otorgue».

Esquela que queda sin respuesta. El proceso debe comenzar al día siguiente, lunes

14 de octubre, no se admitirá postergación alguna, y comienza ante una sala colmada. No todos los días se puede ver a una reina de Francia acusada de crímenes «desconocidos en el infierno». Como todas las personas de excepción, María Antonieta se encuentra en todas partes a sus anchas, sea en un palacio o en un tribunal, ya que en todas partes es siempre ella misma. Escucha al acusador público, Fouquier-Tinville, como quien oye caer la lluvia, una lluvia de demencias pomposas:

«De ello resulta que, a la manera de las Mesalinas, Brunildas, Fredegundas y Médicis, a quienes otrora se calificaba de reinas de Francia y cuyos nombres, por siempre odiosos, no se borrarán de los fastos de la Historia, María Antonieta, viuda de Luis Capeto, ha sido, desde su permanencia en Francia, el azote y la sangüíjuela de los franceses».

Fouquier-Tinville retorna los agravios enumerados por Hermann durante el interrogatorio, hace a María Antonieta responsable de la «orgía» del 1 de octubre de 1789, de la «horrible matanza» del 17 de julio de 1791 y de la «horrible conspiración» del 10 de agosto. María Antonieta es acusada, además, de haber dilapidado del tesoro nacional, de haber dado sumas «incalculables» a su hermano el emperador de Austria, de haber mantenido informaciones y correspondencias con los enemigos de la República, de haber atentado contra la seguridad interior y exterior de Francia, y de haber encendido la guerra civil. ¿Dónde están las pruebas de todo eso? No las hay. María Antonieta lo sabe muy bien. Por lo tanto, puede escuchar la requisitoria de Fouquier-Tinville mientras sigue tocando en un clavicordio imaginario, sobre los apoyabrazos del sillón en el cual se encuentra sentada y del cual las «furias de la guillotina», las tejedoras, las verduleras, exigen a veces que se levante para responder de pie a las preguntas.

—¿El pueblo se cansará pronto de mis fatigas? —murmura la reina, a quien también cansan sus incesantes hemorragias.

Terminada la requisitoria de Fouquier-Tinville, comienza el desfile de los testigos. Porque si bien no existen pruebas, hay testigos. ¡Y qué testigos! Un Lecointre, quien da detalles grotescos sobre las jornadas de octubre de 1789. Un Lapierre, quien ha visto, en la noche del 20 al 21 de junio de 1791, a numerosos desconocidos que entraban y salían en las Tullerías. Un Roussillon, quien encontró, siempre en las Tullerías, bajo el lecho de la reina, botellas de vino para embriagar a los suizos. Con el cuarto testigo, Jacobo Renato Hébert, las cosas se ponen más serias. Informa de que «el joven Capeto, cuya constitución física decaía de día en día, fue sorprendido por Simon en poluciones indecentes y funestas para su temperamento; de que como éste le preguntara quién le había enseñado esa manipulación criminal, respondió que a su madre y a su tía debía el conocimiento de este hábito funesto. [...] resulta que esas dos mujeres le hacían acostar a menudo entre ellas; que ahí se cometían los actos de orgía más desenfundados: que ni siquiera se podía dudar, por lo que había dicho el hijo de Capeto, que hubiese habido un acto incestuoso entre la madre y el hijo».

Hébert lanza esta acusación sin que nadie reaccione. El presidente interroga entonces a la reina acerca de Michonis y de la «persona portadora del clavel». Un jurado interrumpe el interrogatorio:

—Ciudadano presidente, os invito a hacer observar a la acusada que no ha respondido acerca del hecho del cual habló el ciudadano Hébert, en relación con lo que pasó entre ella y su hijo.

El presidente obedece y María Antonieta pronuncia estas palabras que todavía se cree escuchar hoy:

—Si no he respondido, es porque la naturaleza se niega a responder a semejante inculpación hecha a una madre. Que lo digan aquellas que puedan encontrarse aquí.

El actuario anota que «aquí la acusada parece vivamente emocionada». El público también. Manifiesta un tumulto de aprobación que condena a Hébert y absuelve a María Antonieta. Cuando se entere de «ese triunfo de interés público», Robespierre no ocultará su descontento contra ese «imbécil de Hébert».

El quinto testigo, Silly, quien se hallaba de servicio en las Tullerías en la noche del 20 al 21 de junio de 1791, provoca nuevas peticiones de aclaraciones en lo relativo a la huida a Varennes. El presidente pregunta a la acusada:

—¿Quién os proporcionó u os hizo llegar el famoso coche en el cual partisteis con vuestra familia?

—Un extranjero.

—¿De qué nación?

—Suecia.

—¿No es Fersen, quien vivía en París, en la calle de la Cuba?

—Sí.

Después de haber acusado a María Antonieta de incesto, ése era el momento —o nunca— de acusarla de adulterio y de preguntar si Fersen era su amante. Ello habría bastado para desencadenar la indignación de las madres virtuosas que se hallaban allí y que habían respondido con tanto entusiasmo al llamado de la reina. Pero no, el nombre de Fersen cae en medio de la indiferencia general, y el actuario no nota que, al escuchar ese nombre, la acusada «parece aquí vivamente emocionada». El presidente continúa con otra pregunta:

—¿Por qué viajasteis bajo el nombre de una baronesa rusa?

—Porque no era posible salir de París de otro modo.

—¿Quién os procuró el pasaporte?

—Un ministro extranjero, que lo había pedido.

—¿Por qué os fuisteis de París?

—Porque el rey quería irse.

El nombre de Fersen no se volverá a pronunciar. A las tres, se suspende la audiencia. Al salir de la sala, María Antonieta escucha que una mujer le dice a otra: «¿Has visto cuán altanera es?», y se inquieta. Sus abogados la tranquilizan. Ha estado perfecta, sólo tiene que continuar así.

La audiencia se reanuda alas cinco. Los testigos —hay unos cuarenta— continúan su desfile. María Antonieta sólo teme a uno, Manuel, diputado de la Convención. Séptimo testigo, Manuel se conforma con afirmar que «nunca ha tenido una conversación personal con la esposa del rey anterior».

A las once de la noche se levanta la sesión. Son ya quince horas las que la reina ha pasado en el banquillo. Está agotada. Tiene sed. El oficial de gendarmería que se encuentra a su lado, el señor de Busne, le da de beber.

—Ya no veo, ya no puedo más, no podría caminar —dice la reina al regresar a su calabozo.

El señor de Busne le ofrece su brazo, que la reina acepta. Por estos dos gestos de simple humanidad, el señor de Busne es acusado de piedad contrarrevolucionaria y arrojado a la cárcel.

El 15, a las nueve de la mañana, la audiencia se reanuda, y los primeros testigos son el señor D’Estaing, quien se presenta como «marinero y soldado»,^[154] y dos de sus antiguos compañeros de armas, los La Tour du Pin. No aportan cargo alguno contra la reina. Herman se ve reducido a exhumar antiguas cuentas, como las del Trianon, o asuntos viejos, como el del Collar:

—¿De dónde sacasteis el dinero con el cual hicisteis construir y amueblar el pequeño Trianon, en el cual ofrecíais fiestas de las cuales erais siempre la diosa?

—Era un fondo que se había destinado a ese efecto.

—Es preciso que ese fondo haya sido considerable, porque el pequeño Trianon costó sumas enormes.

—Es posible que el pequeño Trianon haya costado sumas inmensas, tal vez más de lo que yo habría deseado; nos vimos arrastrados a los gastos poco a poco. Por lo demás, deseo, más que nadie, que se tome lección de lo que pasó.

—¿No fue en el pequeño Trianon donde conocisteis por primera vez a la señora La Motte?

—Nunca la vi.

—¿No fue ella vuestra víctima en el asunto del famoso Collar?

—No pudo serlo, ya que no la conocía.

—¿Entonces insistís en negar que la hayáis conocido?

—Mi plan no es negar; lo que digo es la verdad, y continuaré diciéndola.

Continúa, y en lo que dice resulta imposible encontrar el menor indicio de culpabilidad. Inclusive se llega a buscar en el paquete de objetos que se le han quitado a María Antonieta cuando llegó a la Conserjería, el 2 de agosto. Hay ahí una libreta de muaré verde que contiene algunas direcciones, una cartera de marroquí rojo, tres retratos —el de la princesa de Lamballe y los de dos amigas de la infancia de la reina, las «damas de Mecklemburgo y de Hesse»—, y cabellos, los del esposo y los hijos de la acusada. Direcciones de médicos y de lenceras, cabellos, nada que constituya la menor prueba de alguna culpabilidad de María Antonieta. Hay que buscar en otra parte. El desfile de testigos continúa, y por fin termina, el 15 a la medianoche, sin proporcionar cargo alguno que se pueda recordar. Hermann pregunta a María Antonieta:

—¿No os queda nada que agregar para vuestra defensa?

—Ayer no conocía a los testigos. Ignoraba lo que iban a declarar. ¡Y bien, nadie ha articulado contra mí nada que represente un hecho concreto! Terminó señalando que sólo fui la esposa de Luis XVI, y que era preciso que me adaptase a su voluntad —responde con tranquilidad la señora Capeto.

Después de lo cual, Hermann anuncia que los debates han terminado y da la palabra al acusador público, Fouquier-Tinville, quien se lanza a una interminable requisitoria contra aquella a quien presenta como la «enemiga declarada de la nación francesa, como una de las principales instigadoras de las perturbaciones que se han producido en Francia desde hace cuatro años, y de las cuales fueron víctimas millares de franceses». Esta requisitoria es reducida a la nada por Chauveau-Lagarde y Tronçon-Ducoudray, quienes defienden a María Antonieta «con tanto celo como elocuencia», reconocerá el *Boletín del Tribunal Revolucionario*.

—¡Cuán fatigado debéis estar, señor Chauveau-Lagarde, soy muy sensible a todos vuestros esfuerzos! —murmura la reina al oído de su abogado.

Estas palabras, escuchadas, significan para Chauveau-Lagarde, y después para Tronçon-Ducoudray, el ser puesto en estado de arresto. El presidente del tribunal se dirige luego a los ciudadanos jurados, enumerando las «maquinaciones infernales de esta moderna Médicis», y termina con:

«El pueblo francés es quien acusa a Antonieta, todos los acontecimientos políticos que se han producido desde hace cuatro años hablan contra ella.

»He aquí las preguntas que el tribunal ha decidido someteros:

»1º ¿Es verdad que existieron maniobras y entendimientos con las potencias extranjeras y otros enemigos exteriores de la República, tendentes, tales maniobras y entendimientos, a proporcionarles ayuda en dinero, a permitirles la entrada en territorio francés y a facilitar el avance de sus armas?

»2º ¿María Antonieta de Austria, viuda de Luis Capeto, está convencida de haber colaborado en esas maniobras y de haber mantenido esos entendimientos?

»3º ¿Es verdad que existió una conspiración tendente a encender la guerra civil en el exterior de

la República?

»4º ¿María Antonieta de Austria, viuda de Luis Capeto, está convencida de haber participado en esa conspiración?».

Los jurados debaten durante una hora esas cuatro preguntas.

Durante una hora, en una habitación vecina a la sala de audiencia, María Antonieta espera. ¿No tiene derecho a esperar un milagro, ya que el 15 de octubre, que acaba de terminar, es el día de Santa Teresa, fiesta de su madre? Ésa no puede ser otra cosa que una coincidencia feliz. En esa noche del 15 al 16 de octubre, la reina espera, y sin duda reza, ya que, según su hija, «su prisión le había dado mucha religión».

Un ujier lleva a María Antonieta a la sala de audiencias, donde ésta se entera de que los jurados han respondido por la afirmativa a las cuatro preguntas. Sin prueba alguna, es evidente. Fouquier-Tinville pide que la acusada sea condenada a la pena de muerte, «conforme al artículo primero de la primera sección del título primero de la segunda parte del Código penal». Hermann pregunta a la acusada si tiene «algunas reclamaciones que hacer en cuanto a la aplicación de las leyes invocadas por el acusador público». María Antonieta «sacude la cabeza en señal de negación». Ni el presidente, ni el acusador público, ni el jurado, ni el público, volverán a escuchar el sonido de su voz.

El presidente pronuncia su fallo:

«El tribunal, de acuerdo con la declaración unánime del jurado, basada, según derecho, en las requisitorias del acusador público, y de acuerdo con las leyes por él citadas, condena a la susodicha María Antonieta, llamada Lorena de Austria, viuda de Luis Capeto, a la pena de muerte».

El Monitor Universal y el Boletín del Tribunal Revolucionario coinciden en decir que, al escuchar su condena de muerte, el rostro de María Antonieta no mostró alteración alguna. Cosa que confirma Chauveau-Lagarde:

«No dio la menor señal de temor, ni de indignación, ni de debilidad. [...] Bajó por las gradas sin proferir una palabra, sin hacer gesto alguno, atravesó la sala como si no viera ni oyera nada; y cuando llegó ante la barrera donde estaba la gente, levantó la cabeza con majestuosidad».

Son las cuatro de la mañana, y María Antonieta es llevada de nuevo a la Conserjería.

EL ÚLTIMO PASEO

(16 DE OCTUBRE DE 1793)

Al llegar a la Conserjería, a su calabozo, María Antonieta pide un poco de luz, papel, tinta, una pluma. Le llevan dos velas, hojas, un tintero y una pluma. Se dedica a escribir a su cuñada. Deja que hable su corazón, que dentro de pocas horas cesará de latir y que todavía palpita, poderoso, en estas líneas que es imposible leer sin emoción:

«Este 16 de octubre de 1793, a las cuatro y media de la mañana.

»A vos, mi hermana, escribo por última vez: acabo de ser condenada, no a una muerte vergonzosa, porque sólo lo es para los criminales, sino a ir a reunirme con vuestro hermano. Inocente como él, espero mostrar la misma firmeza que él en sus últimos momentos; estoy tranquila, como se está cuando la conciencia no reprocha nada^[155].

»Siento una profunda pena por tener que abandonar a mis pobres hijos; vos sabéis que sólo existía para ellos. ¡Y vos, mi buena y tierna hermana, vos, que por vuestra amistad lo sacrificasteis todo para estar con nosotros, en qué situación os dejo!

»Me he enterado, por el alegato mismo del proceso, que mi hija era separada de vos. ¡Ay, pobre niña, no me atrevo a escribirle, no recibiría mi carta; ni siquiera sé si ésta os llegará a vos!: recibid aquí mi bendición para las dos. Espero que algún día, cuando sean más grandes, puedan reunirse con vos, y gozar por entero de vuestros tiernos cuidados; que piensen los dos en lo que no he dejado de inspirarles, que los principios y la ejecución exacta de sus deberes son la primera base de la vida; que mi hija sienta, a la edad que tiene, que debe ayudar siempre a su hermano con los consejos que puedan inspirarle la experiencia, que tendrá en mayor medida que él, y la amistad; que sientan, por último, los dos, que en cualquier situación en que puedan encontrarse, sólo serán felices de verdad en unión; ¡que tomen ejemplo de nosotros! En nuestra desdicha, ¿cuántos consuelos nos ha dado nuestra amistad?; y en la felicidad, se disfruta doblemente cuando se la puede compartir con un amigo; y ¿dónde encontrar un amigo más tierno que en la propia familia?

»Que mi hijo no olvide nunca las últimas palabras de su padre, que le repito expresamente: “Que jamás trate de vengar nuestra muerte”.

»Tengo que hablaros de una cosa muy penosa para mi corazón. Sé cuánto dolor debe de haberos causado ese niño; perdonadlo, mi querida hermana; pensad en la edad que tiene, y cuán fácil resulta hacer decir a un niño lo que se quiera, y aun lo que él no entiende; espero que llegue un día en que sepa que lo mejor de todo es el premio de vuestra bondad y vuestra ternura para los dos. Sólo me resta confiaros mis últimos pensamientos: habría querido escribirlos desde el comienzo del proceso; pero, aparte de que no me dejaban escribir, su desarrollo ha sido tan rápido que en verdad no habría tenido tiempo.

»Muero en la religión católica, apostólica y romana, en la de mis padres, en aquella en la cual siempre fui educada y que siempre profesé. Como no tengo ningún consuelo espiritual que esperar; como no sé si aquí existen todavía sacerdotes de esa religión y como por el lugar en que me encuentro los expondría demasiado si entrasen una sola vez, pido sinceramente perdón a Dios por

todas las faltas que haya podido cometer desde que existo; espero que, en su bondad, quiera recibir mis últimos votos, tanto como los que hago desde hace mucho tiempo, para que reciba mi alma en su misericordia y su bondad.

»Pido perdón a todos aquellos a quienes conozco, y a vos, hermana mía, en especial, por todas las congojas que haya podido causaros sin querer; perdono a todos mis enemigos el mal que me han hecho.

»Digo adiós a mis tías y a todos mis hermanos y hermanas. Tenía amigos; la idea de separarme de ellos para siempre, y su pena, son uno de los más grandes dolores que me llevo al morir; que sepan, por lo menos, que hasta mi último momento he pensado siempre en ellos.

»¡Adiós, mi buena y tierna hermana! ¡Ojalá que esta carta os llegue! Pensad siempre en mí; os abrazo con todo mi corazón, lo mismo que a esos buenos y queridos niños. ¡Dios mío, qué desgarrador es dejarlos para siempre! ¡Adiós! ¡Adiós! Ahora sólo me ocuparé de mis deberes espirituales. Como no soy libre en mis acciones, es posible que me traigan un sacerdote; pero aquí afirmo que no le diré una palabra, y que lo trataré como a un ser absolutamente ajeno».

María Antonieta da su carta-testamento a Bault, quien la entregará a Fouquier-Tinville, y éste la guardará. Isabel no leerá estas líneas que su cuñada había trazado para ella. Como tal vez previó que esa carta no llegaría a su destino, María Antonieta escribió para sus niños, en su libro de oraciones, «16 de octubre, a las cuatro y media de la mañana. ¡Dios mío, apiadaos de mí! ¡Mis ojos ya no tienen lágrimas para llorar por ustedes, mis pobres hijos! ¡Adiós! ¡Adiós!».

Terminadas estas despedidas, María Antonieta se tiende en su lecho. Afuera, en París, desde las cinco, el tambor toca a llamada, y el gentío se vuelca a las calles para no perder detalle del espectáculo que se prepara. A las siete, toda la fuerza armada está en pie, circulan patrullas, los cañones están ubicados en las plazas, los puentes y las encrucijadas, desde la Conserjería hasta la plaza de la Revolución, donde se ha levantado la guillotina. También a las siete de la mañana entra Rosalía Lamorlière en el calabozo de la reina y nos informa de lo que ha visto y oído en un testimonio que no necesita comentarios:

«Hacia las siete de la mañana, él (Bault) me ordenó que bajase a ver a la reina para preguntarle si necesitaba algún alimento. Al entrar en el calabozo, donde había dos luces encendidas, vi a un oficial de gendarmería sentado en el ángulo de la izquierda, y al acercarme a la señora la vi vestida de negro, tendida en su lecho.

»Con el rostro vuelto hacia la ventana, apoyaba la cabeza en la mano. “Señora —le dije, temblando—, no comisteis nada ayer por la noche, y casi nada durante el día. ¿Qué queréis esta mañana?” La reina [...] me respondió: “Hija mía, ya no necesito nada, todo ha terminado para mí”. Me tomé la libertad de agregar: “Señora, he conservado en mis hornallas un caldo y unos fideos; necesitáis manteneros, permitidme que os traiga algo”. [...] Ella me dijo: “Rosalía, traedme un caldo”. Fui a buscarlo; se sentó y apenas pudo tomar unas pocas cucharadas; juro ante Dios que su cuerpo no recibió otro alimento, y pude convencerme de que perdía toda su sangre.

»Un poco antes del nacimiento del día, un eclesiástico, autorizado por el Gobierno, se presentó ante la reina y le ofreció escuchar su confesión. Al saber, por él mismo, que era uno de los párrocos de París en ejercicio, Su Majestad entendió que había prestado juramento, y rechazó sus servicios. Se habló de esta circunstancia en la casa.

»Cuando llegó el día, es decir, más o menos hacia las ocho de la mañana, volví junto a la señora para ayudarla a vestirse, como me lo había indicado cuando tomó el poco de caldo en su lecho. Su Majestad pasó al espacio que yo dejaba habitualmente entre el catre y la pared. Desplegó una camisa que le habían llevado, sin duda en mi ausencia, y después de hacerme señas de que me mantuviese ante su lecho para que el gendarme no viese su cuerpo, se inclinó y se bajó el vestido, a

fin de cambiar de ropa interior por última vez. El oficial de gendarmería se acercó a nosotras en el acto y, manteniéndose cerca de la almohada, miró cómo se cambiaba la princesa. Su Majestad se echó enseguida la pañoleta sobre los hombros y con gran dulzura dijo a ese joven: “En nombre de la decencia, señor, permítidme que me cambie de ropas sin testigos”. “No podría consentirlo”, respondió con brusquedad el gendarme; “mis órdenes indican que debo observar todos vuestros movimientos”.

»La reina suspiró, se puso su última camisa con todas las precauciones y toda la modestia posible; tomó como vestimenta, no su largo vestido de duelo, que todavía llevaba delante de los jueces, sino el deshabillé blanco que por lo común le servía como bata para la mañana, y desplegó su gran mantilla de muselina y la cruzó debajo del mentón. [...] me resultó fácil ver que enrollaba con cuidado su pobre camisa ensangrentada; la introdujo dentro de una de sus mangas y luego guardó todo en un espacio que vio entre el empapelado antiguo y la pared».

María Antonieta está preparada. Espera a sus verdugos rezando, arrodillada al pie de su lecho. Primero llegan los jueces, a eso de las diez, y leen a la reina la sentencia que ya conoce, en presencia de Luis Larivière, «llavero de la Conserjería», quien así remplace a Rosalía Lamorlière, que se había ido sin osar despedirse ni decir adiós, y cuyo testimonio es el siguiente:

«“Esta lectura es inútil”, les dice la princesa en voz alta, “conozco demasiado bien la sentencia”. Uno de ellos replicó: “No importa, es preciso que os sea leída por segunda vez”. Su Majestad no replicó, y el actuario se puso a leer. Cuando terminaba, vi entrar a Enrique Sanson,^[156] el ejecutor en jefe, hombre joven entonces, y de talla inmensa. Se acercó a la reina y le dijo: “Presentadme vuestras manos”. Su Majestad retrocedió dos pasos y le respondió, muy turbada: “¿Acaso me van a maniatar? No lo hicieron con Luis XVI”. Los jueces dirán a Sanson: “Cumple con tu deber”.

»“¡Oh Dios mío!” exclamó la reina, desolada.

»Ante estas palabras, Enrique tomó con brutalidad las pobres manos de la reina y las amarró con fuerza a la espalda. [...] Cuando tuvo las manos atadas, Sanson le quitó la toca y le cortó los cabellos.

»Como Su Majestad creyó que tal vez iban a matarla en el calabozo, se volvió con gran emoción y pudo ver que el ejecutor tomaba su cabellera y se la guardaba en el bolsillo, para llevársela».

Son casi las once. Es hora de partir. Testimonio del gendarme Léger:

«Sus manos augustas ya habían sido amarradas a la espalda, cuando se quejó de una necesidad apremiante que obligó a que se las desataran, y que satisfizo en un rincón oscuro llamado la *Ratonera*, cuya entrada se encuentra en el ángulo derecho del portillo, después de lo cual sus manos, que tendió una vez más, fueron atadas de nuevo».

Sanson sujeta un extremo de la cuerda que une los puños de la reina. María Antonieta parece así llevada por una trailla, como una perra, una «perra austriaca».

«A las once o doce, o doce y quince, salió de la prisión de la Conserjería y subió a la misma carreta que los otros condenados a quienes se lleva al cadalso; estaba vestida con un deshabillé blanco y tocada con un gorro común [...]»^[157].

El rey había tenido derecho a un fiacre. La reina sólo tendrá derecho al carro en el

cual se verá expuesta ante la multitud, sin protección alguna. Pregunta:

—¿Les parece que la gente me dejará llegar hasta el cadalso sin despedazarme?

Se le asegura que se han adoptado medidas y que llegará al cadalso. Tranquilizada, se dirige hacia el carro:

«Dio los pasos necesarios para llegar al estribo, al cual se había agregado una pequeña escalerilla de cuatro o cinco peldaños. El ejecutor, quien indica a la reina dónde debe poner el pie, es seguido por un ayudante. Sanson sostendrá con la mano a la paciente. La reina, en verdad es ella, se vuelve con expresión grave, pues quiere sentarse en la banqueta para ponerse de cara al caballo, cuando los dos verdugos le indican la posición contraria, que debe adoptar, mientras el sacerdote sube al coche»^[158].

Este sacerdote, el abad Girard, cuyos servicios ella ya ha rechazado, cree oportuno decir:

—Ahora, señora, éste es el momento de armaros de valor.

Logra la siguiente respuesta:

—Valor, ¡ah, señor!, hace años que he aprendido a tenerlo, ¡no me faltará en el momento en que van a terminar mis desdichas!

El abad Girard no volverá a escuchar el sonido de la voz de la reina:

La carreta, tirada por un caballo blanco, sale de la Conserjería, en medio de una multitud cuyo desorden provoca frecuentes paradas imprevisibles. En una detención un tanto brusca, María Antonieta está a punto de perder el equilibrio y alguien se atreve a burlarse:

—¡Ah, éstos no son tus almohadones del Trianon!

Broma intolerable y abyecta.

«Ahora ya nada puede hacerme daño». María Antonieta ya no oye nada, no ve nada. En este último paseo que sigue el itinerario de sus triunfos olvidados, ya no es una reina caída, es la reina, la única, la reina de la desdicha y la desolación. Ya no pertenece a este mundo y a su nada, entra en una leyenda en la cual resplandecerá para siempre. Entonces, ¿qué importa si ante la iglesia de San Roque, Grammont, un actor que estaba a sueldo del duque de Orléans, caracolee blandiendo su sable y aullando?:

—¡Ahí está la infame Antonieta, está perdida, amigos!

«¿El pueblo se causará pronto de mis fatigas?», había preguntado María Antonieta durante el proceso. En el Palais-Royal, en la calle de San Honorato, en la calle Real, el pueblo no se cansa de contemplar las fatigas de la reina que pasa, con los ojos entrecerrados, tal como la representó David en un croquis que basta mirar para entender la angustia humana y su superación.

La plaza de la Revolución, *por fin*. A las doce y quince, todo habrá terminado. A María Antonieta sólo le quedan unos instantes de vida. Recibirá a la muerte como a una hermana querida, hacia la cual se precipita con «ligereza y prontitud»^[159]. En su prisa, pisa los pies del verdugo:

—Señor, os pido perdón —dice ella.

Perdón; ésta es la última palabra que saldrá de la boca de María Antonieta, y es una de las más bellas del idioma. Perdón.

París, 24 de diciembre de 1987



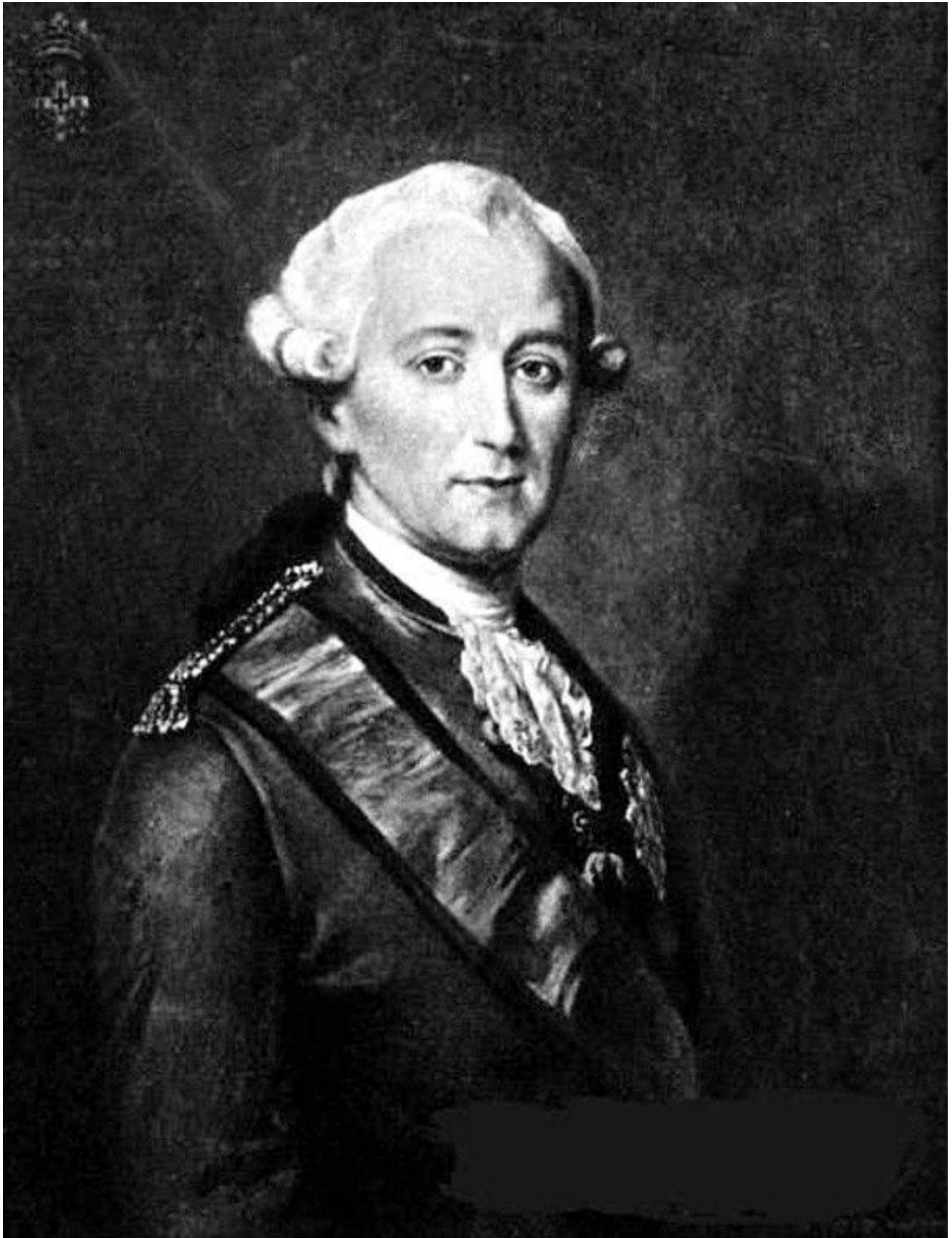
De niña, a María Antonietta le gusta lo que le gustará a lo largo de toda su vida: la música, las flores, los árboles, los perros. Ya manifiesta, asimismo, la temible tendencia a la burla, que su madre combatirá en vano, y que tendrá las más funestas consecuencias... (*Giraudon*).



María Teresa, emperatriz de Austria y reina de las madres abusivas. Ante esa déspota familiar, María Antonieta seguirá siendo, incluso cuando se haya convertido en reina de Francia, una niña desamparada que confiesa: «Cuando habla mi madre, yo bajo la cabeza» (*Hachette*).



Dos de los hermanos de María Antonieta: José II y Leopoldo II. En imitación de su madre, serán hermanos abusivos, que arrastrarán a su hermana a intrigas políticas, y prodigarán censuras o alabanzas basadas sólo en su propio interés (*Hachette*).



Conde de Mercy-Argenteau: representa a Austria en París y remplaza, en el caso de María Antonieta, a un padre perdido demasiado temprano. Dedicó a su protegida una vigilancia en todos los instantes, reflejada en su voluminosa y apasionante *Correspondencia* con María Teresa (Col. part.) (Hachette).



Matrimonio del delfín Luis Augusto con la archiduquesa María Antonieta. En tanto que la ceremonia constituyó un éxito perfecto, la noche de bodas fue un fracaso completo (*Presses de la Cité*).



Como amazona o como reina, María Antonieta es irresistible. Todos aquellos que tienen el privilegio de acercarse a ella celebran su seducción, su encanto, su gracia. Quien la conoce queda conquistado en el acto. «Atraía todos los corazones», informa la baronesa de Oberkirch (Col. part.) (Hachette).



Luis Augusto, Luis XVI, «Luis el Ultimo», es el primero de los reyes de Francia que trata a su esposa como a una favorita y satisface todos sus caprichos. Nunca amará a otra mujer que no sea María Antonieta, y no conocerá a ninguna otra. No entiende que la Reina pueda ser impopular: «Si los franceses supieran cuánto vale ella (...), la reverenciarían, la adorarían», explica, en el Temple, a sus abogados (*D.R.*).



Axel de Fersen. Es el «chevalier servant» de la Reina, con quien comparte gustos comunes por «la música, las artes y la vida tranquila». Casualmente, se descubrirá la muy curiosa semejanza entre el rostro de Luis Augusto y el de Axel... (D.R.).



Rosa Bertin: esta vendedora de modas se considera ministra de la Moda y arrastra a la reina a gastos incesantes y excesivos (*Hachette*).



Señora de Polignac: recibe todo y no da nada a cambio. Es el genio malo de María Antonieta y la principal responsable de su impopularidad (*Presses de la Cité*).



Doña Adelaida, tía de Luis XVI: ella es la primera que apodará «la Austriaca» a María Antonieta, mote que el populacho convertirá más tarde en «la Perra Austriaca» (D.R.).



La señora de Lamballe: supo ser la amiga de los días malos, a quien la Reina rendirá este homenaje tardío: «La buena de Lamballe, quien sólo esperaba el peligro para mostrar todo lo que vale» (*Hachette*).



La señora Campan, primera azafata de María Antonieta: «Siempre os he visto ansiosa por mostrarle respeto y apego. He sido testigo de que ella os ha dado muestras de agradecimiento por vuestra fidelidad en esas diversas circunstancias», atestiguará la señora de Tourzel (*Hachette*).



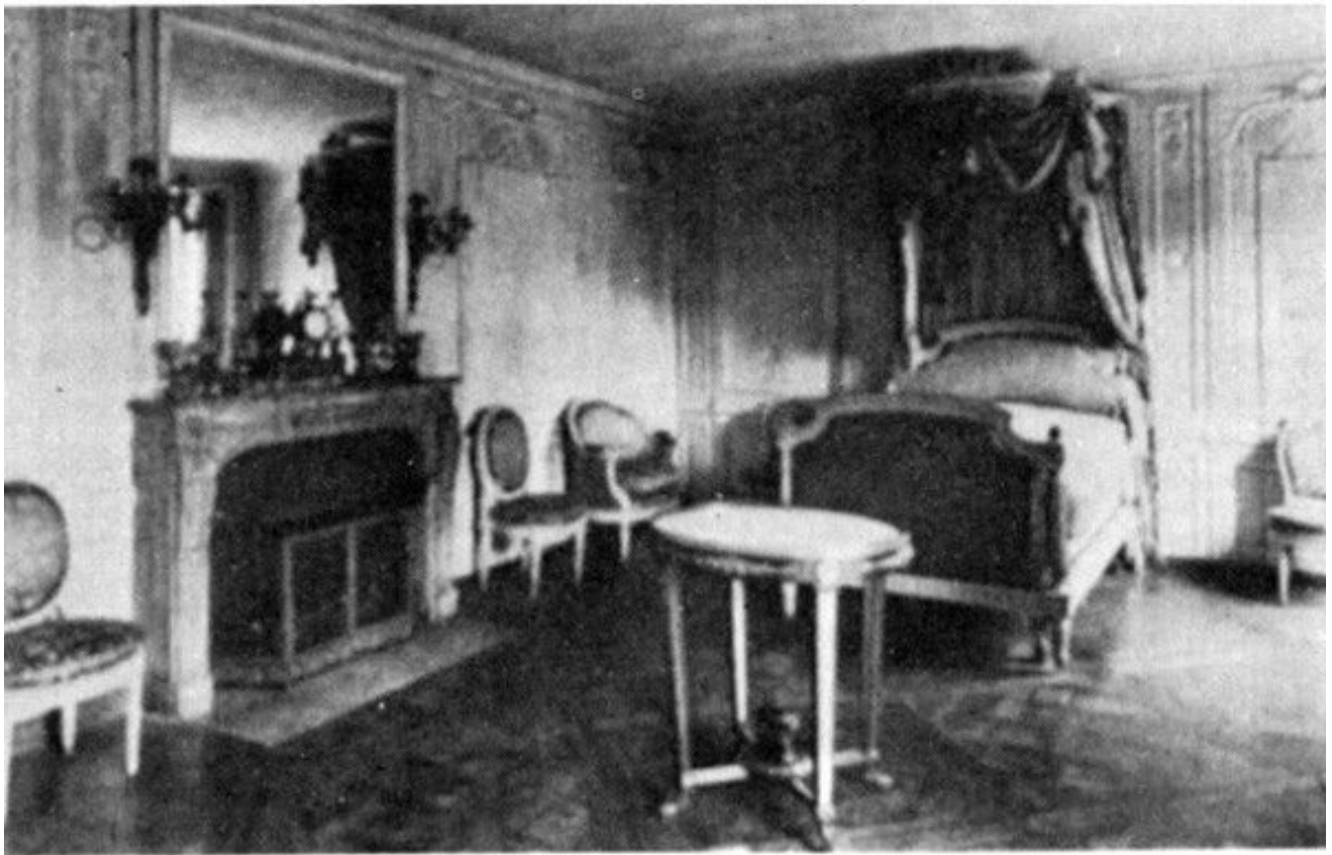
La señora de Tourzel: el 26 de julio de 1789 es nombrada institutriz de los Hijos de Francia por María Antonieta, quien la recibe con estas palabras: «Señora, había confiado mis hijos a la amistad, hoy los confío a la virtud». La señora de Tourzel es apodada «Doña Severa» por el Delfín (Col. part.) (*Hachette*).



Los bailes, las fiestas, los juegos, todo lo que componía esa legendaria «dulzura de vivir»: en todo eso participó María Antonieta con un frenesí cuya intensidad hizo nacer muchas calumnias (*Presses de la Cité*).



El Pequeño Trianon es para María Antonieta lo que hoy se llamaría una residencia secundaria. En cuanto toma posesión de él, se dedica a cambios que implican gastos seguros, pero no tan considerables como se ha querido pretender, hasta el punto de hacer de ellos «un abismo en el cual se hunden las finanzas de Francia» (*Hachette*).



Sencillez de la alcoba de María Antonieta: ¿dónde están «las paredes tapizadas de diamantes» que querían ver los señores del tercer estado? (*Archivos fotográficos - Foto tomada en 1929*).



Esta es la Aldea, en la cual María Antonieta volvió a encontrar su infancia y a sus hijos, sus amigos más íntimos y sus amigos de todos los días, los árboles. Iba allí para huir de la corte, de la etiqueta, de las «importunidades», y disfrutaba plena, inocentemente, de una paz vegetal (*Hachette*).



la imagen de unos instantes de dicha: la Reina entre su hija, *Muselina la Seria*, y su amadísimo hijo, *Cariñito*. En compañía de sus hijos, María Antonietta encuentra consuelo y valor (D.R.).



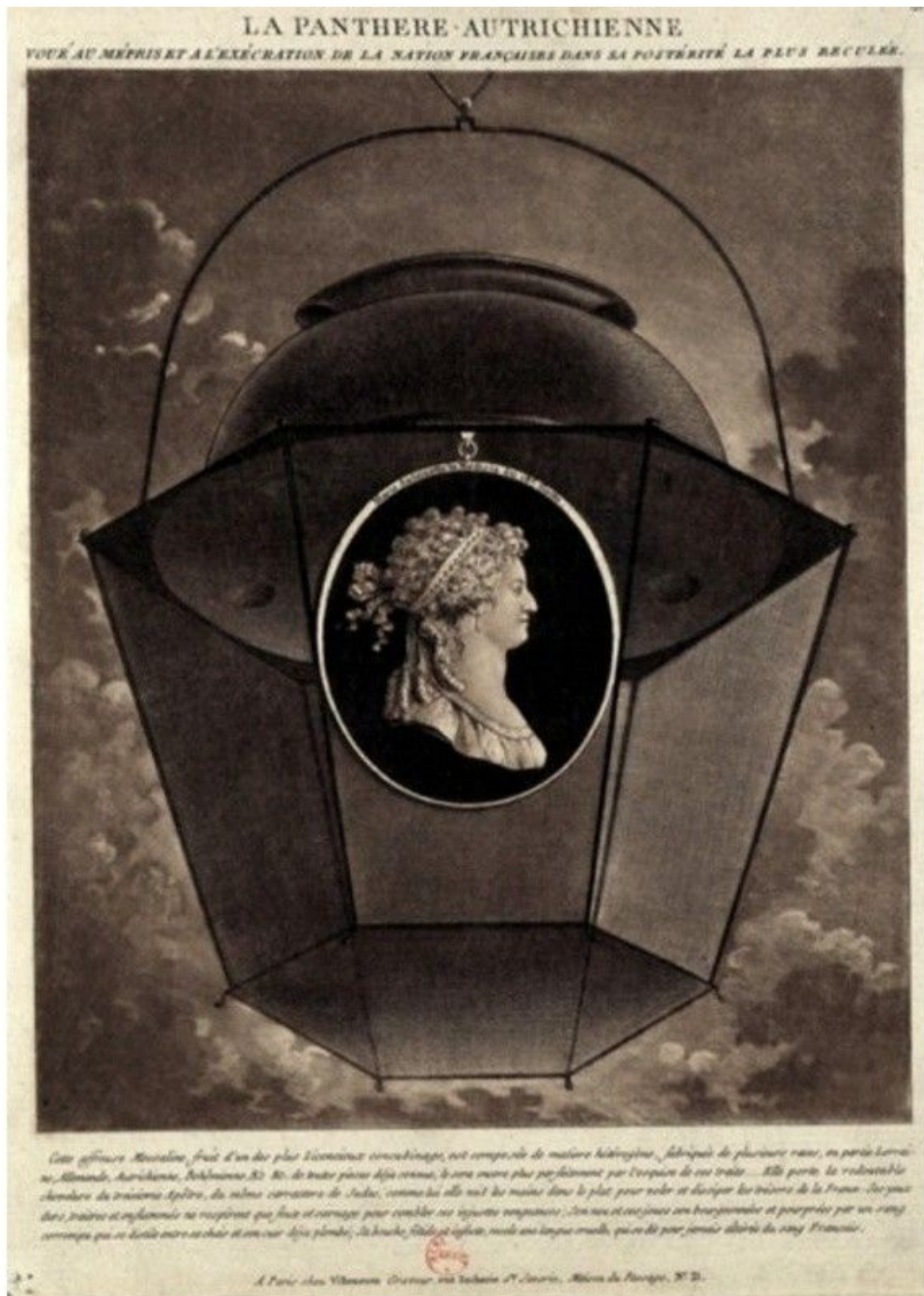
Luis de Rohan, príncipe y cardenal. En cuanto se entera de su nombramiento de capellán general de la corte, en 1777, Mercy predice: «Considero un gran mal que el príncipe de Rohan ocupe ese puesto; su audacia para la intriga puede resultar peligrosa para la Reina. Esta "audacia para la intriga" culminará, nueve años más tarde, en 1786, en el muy famoso "asunto del Collar"» (*Hachette*).



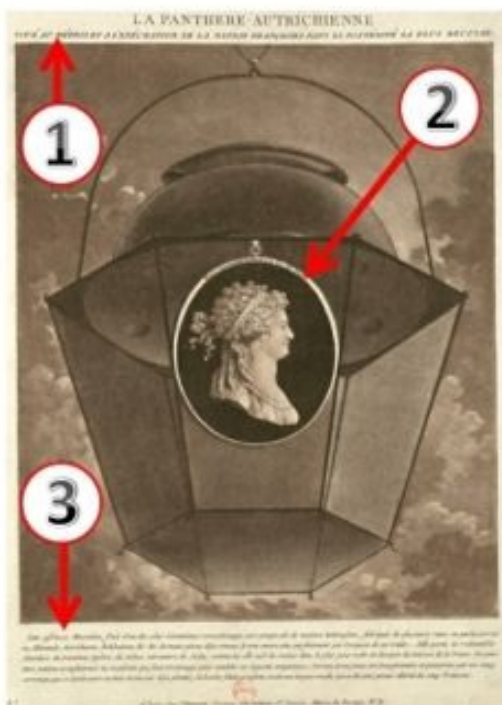
Barnave. Ahogado, diputado del tercer estado, sucumbe, como Mirabeau, a los encantos de la Reina. Y como Mirabeau, también quiere salvarla... (*Presses de la Cité*).



La Fayette. El «héroe de los dos mundos» no quiere a la Reina, quien tampoco lo quiere. «Antes que ser salvados por él, es preferible perecer», afirma ella (*Presses de la Cité*).



Los panfletos y las caricaturas contra la reina han llegado a una violencia increíble. Se la representa como pantera austríaca, como áspid, como vampiro que tiene la Constitución entre sus garras. Se podría reír de estas exageraciones si no fuesen mortales, y si no prepararan el camino al cadalso (*Presses de la Cité*).



(1) (Cabecera del libelo)

LA PANTHERE AUTRICHIENNE

Voué au mépris et a l'exécration de la nation françaises dans sa posterité la plus reculée.

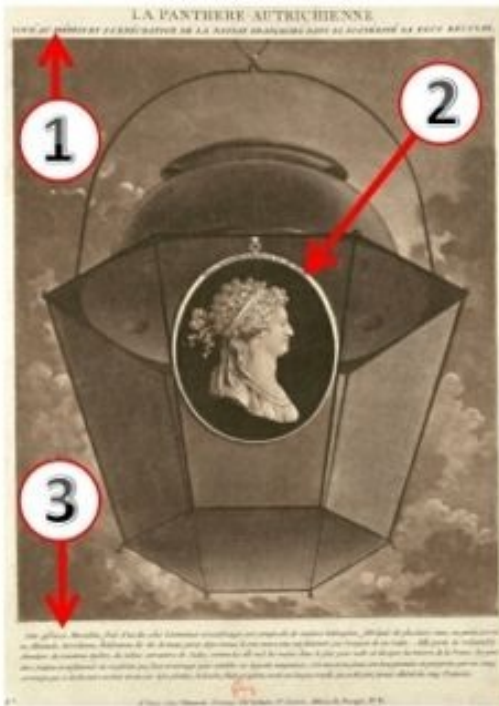
(2) (Leyenda del medallón)

Marie Antoinette la Médicis du 18^o siecle.

(3) (Texto del pie de imagen)

Cette affreuse Messaline, fruit d'un des plus licencieux concubinage, est composée de matière hétérogène, fabriquéé de plusieurs races, en partie Lorraine, Allemande, Autrichienne, Bohémienne, 8Cc 8Cc, de toutes pieces déjà connue, le sera encore plus parfaitement par l'esquise de ces traits... Elle porte la redoutable chevelure du treizieme Apôtre, du même caractere de Judas, conime lui elle mit les mains dans le plat pour voler et dissiper les trésors de la France: Ses yeux durs, traitres et enflammés ne respirent que feux et carnage por combler ses injustes vengeances; Son nez et ses joues son bougeonnées et pourprées par un sang corrompu qui se distile entre sa chair et son cuir déjà plombe; sa bouche fétide et infecte, recele une langue, cruelle, qui se dit pourjamais altérée du sang Français.

A Paris chez Villeneuve, Graveur, rué Zacharie St. Severin, Maison du Passage, N^o 21.



(1) (Cabecera del libelo)

LA PANTERA AUSTRIACA

Condenada al desprecio y la execración de la nación francesa hasta en su más remota descendencia.

(2) (Leyenda del medallón)

María Antonieta, la Médicis del siglo XVIII

(3) (Texto del pie de imagen)

Esta abominable Mesalina, fruto de uno de los concubinatos más licenciosos, es una amalgama de materia heterogénea, que ha sido fabricada con sangre diversa, en parte lorena, alemana, austriaca, bohemia, etc., etc.; y aunque ya es conocida de pies a cabeza, lo será aún más cabalmente con el bosquejo de sus rasgos... Porta la temible cabellera del apóstol decimotercero, de la misma naturaleza del Judas, y, como él. intrigó para robar y malversar los tesoros de Francia: Sus ojos duros, traidores e inflamados no respiran más que fuego y carnicería para colmar sus injustas venganzas: Su nariz y sus mejillas granosas están enrojecidas por una sangre corrompida que se destila entre su carne y el pellejo ya lívido: Y su boca fétida e infecta embosca una lengua cruel que se proclama por siempre sedienta de sangre francesa.

En Paris, en el taller de Villeneuve. grabador, calle Zacharie en S^t. Severin. Casa del Pasaje, N^o 21.

(Traducción CEC)

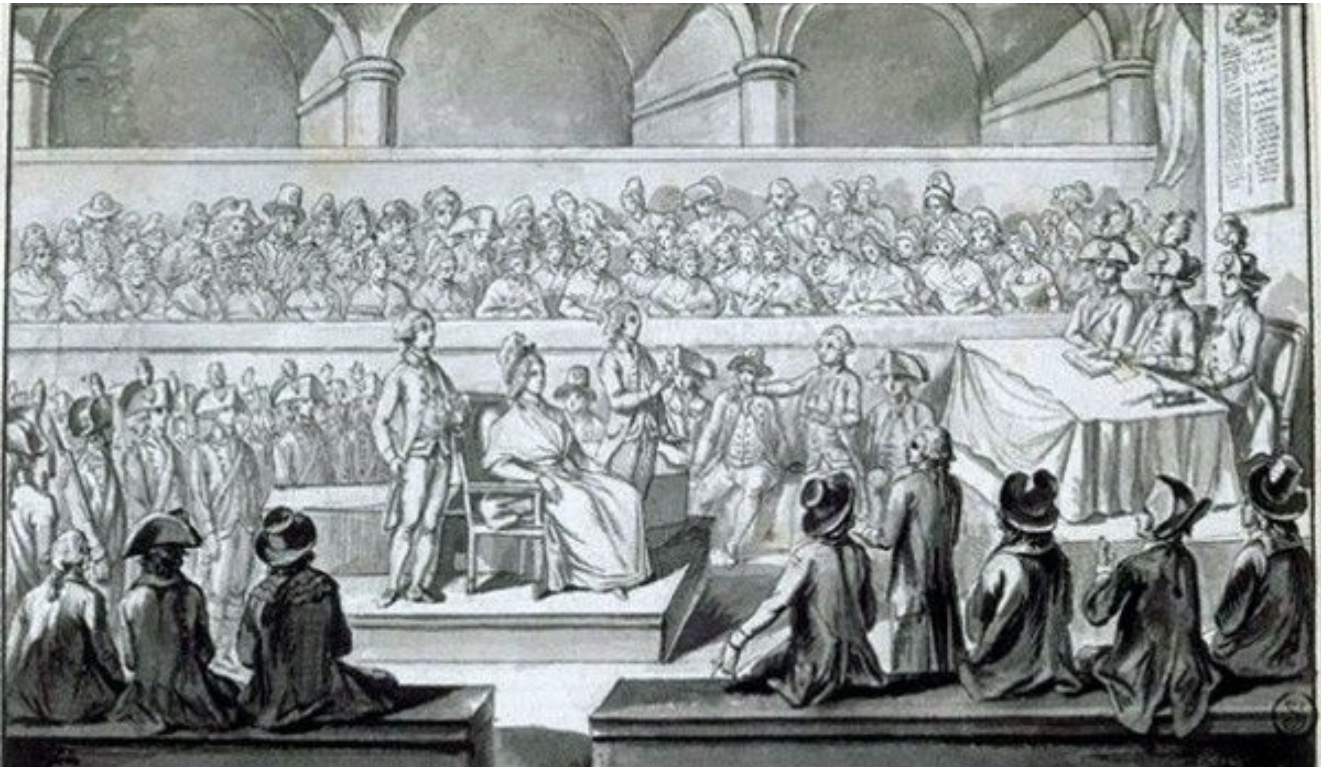


Cuadro que representa a Luis XVII separado de la familia real en la prisión del Temple.

Habrá que esperar al siglo XX, a la década del cuarenta y los nazis para volver a ver una escena parecida en París: un niño arrancado, por la fuerza, de brazos de su madre. «Por último la amenazaron tan positivamente con matarla, lo mismo que a mí, que tuvo que ceder una vez más, por amor a nosotros», atestigua la hija de María Antonieta (*Hachette*).



María Antonieta sale del Temple, donde abandona lo que tiene de más caro en el mundo, sus dos hijos, para ir a la Conserjería, que, no lo ignora, es la «antesala de la muerte». Después de eso, puede pronunciar su «a partir de ahora nada puede hacerme daño» (*Presses de la Cité*).



El proceso de la Reina

Acusada de un acto incestuoso con su hijo, María Antonieta calla. Instada a explicar su silencio, replica: «Si no he respondido, es porque la naturaleza se niega a contestar a semejante acusación hecha a una madre. Me dirijo a todas las que puede haber aquí» (D.R.).

le 16^{me} a 4 h $\frac{1}{2}$ du matin
mon Dieu! ayez pitie' de moi!
mes yeux n'ont plus de larmes
pour pleurer pour vous mes pauvres
enfants; adieu, adieu!
Marie Antoinette

Hasta sus últimos momentos, María Antonieta sólo piensa en sus hijos, y escribe, para ellos, en su libro de oraciones, este adiós abrumador: «¡Dios mío, apiadaos de mí, mis ojos ya no tienen lágrimas para llorar por vosotros, mis pobres hijos, adiós, adiós!» (*Presses de la Cité*).



Portrait de Marie Antoinette reine de France conduite
au supplice; dessiné à la plume par David spectateur
du convoi, et placé sur la fenêtre avec la citoyenne Jullien
épouse du représentant Jullien, à qui j'ai eu cette pièce.

Este dibujo, expuesto en el Louvre, lleva la siguiente anotación: «Retrato de María Antonieta reina de Francia llevada al suplicio; dibujo a pluma por David, espectador del convoy, situado en la ventana con la ciudadana Jullien, esposa del representante Jullien, de quien he obtenido esta pieza».



Ya no es la reina de Francia; es la Reina, la Única, la reina de la Desdicha y la Desolación. Ya no pertenece a este mundo y a su aniquilación. Ingres a una leyenda en la cual resplandecerá para siempre (*Presses de la Cité*).

NOTA SOBRE EL CALENDARIO REVOLUCIONARIO

Los hombres de la Revolución quisieron abolir el pasado y establecer una nueva era. Para ellos, la historia comenzaría con la Revolución. La era cristiana debía morir para que triunfara la era francesa, que abriría el tiempo de la verdad.

El 20 de setiembre de 1793 el diputado Romme presentó a la Convención un nuevo calendario. Los nuevos tiempos, dijo, comenzaron con la proclamación de la República el 22 de setiembre de 1792, en el momento en que terminaba el verano y comenzaba el otoño. La República había nacido un día de equinoccio, cuando el día es igual, en duración, a la noche. Aquel día la revolución de la tierra se encontró con la revolución de los hombres, y la igualdad del día y la noche en el cielo reflejó la igualdad de los hombres sobre la tierra. Para celebrar eternamente esta conjunción entre la astronomía y la historia, el año republicano comenzaría a medianoche, en el equinoccio de otoño.

Romme y Fabre d'Eglantine trabajaron para establecer un nuevo calendario. El año se dividió en 12 meses y 5 días; un día en 10 horas y una hora en décimos. Una hora de la nueva división del tiempo equivalía a 2 horas y 24 minutos de la antigua, y la semana tendría 10 días.

Para los nombres de los meses se utilizaron los fenómenos de la naturaleza. *Ventoso*, el mes del viento; *termidor*, el mes del calor; *floreale*, el mes de las flores, etc.

El calendario revolucionario se utilizó a partir de 1793 (en forma retrospectiva, el año I comenzó el 22 de setiembre de 1792) y rigió hasta 1805, o el año XIV de la Revolución.

EL CALENDARIO REPUBLICANO

O
T
O
Ñ
O



VENDÉMIAIRE



BRUMAIRE



FRIMAIRE

I
N
V
I
E
R
N
O



NIVOSE



PLUIOSE



VENTOSE

P
R
I
M
A
V
E
R
A



GERMINAL



FLOREAL



PRAIRIAL

V
E
R
A
N
O



MESSIDOR



THERMIDOR



FRUCTIDOR

TABLA DE EQUIVALENCIAS
ENTRE EL CALENDARIO REVOLUCIONARIO
Y EL CALENDARIO GREGORIANO

1 vendimiario	22 de septiembre
1 brumario	22 de octubre
1 frimario	21 de noviembre
1 nivoso	21 de diciembre
1 pluvioso	20 de enero
1 ventoso	19 de febrero
1 germinal	21 de marzo
1 floreal	20 de abril
1 pradial	20 de mayo
1 mesidor	19 de junio
1 termidor	19 de julio
1 fructidor	18 de agosto



JEAN CHALON (Carpentras, Francia, 1935), se licenció en español por la Universidad de Aix-en-Provence, y se doctoró en la Universidad de Barcelona con su tesis *El sentimiento del destierro en la obra poética de Miguel de Unamuno*. Es profesor de lengua y literatura castellanas.

En 1961 entró como redactor en *Le Figaro*, donde ha trabajado ininterrumpidamente como cronista.

Admirador de ciertos personajes históricos femeninos, hasta el punto de ser calificado por la crítica literaria como «la voz de las mujeres», ha escrito varias biografías notables. Entre otras: *George Sand, une femme d'aujourd'hui*, *Colette: L'éternelle apprentie*, *Thérèse de Lisieux, une vie d'amour*, *Le Lumineux Destin d'Alexandra David-Néel*, *Chère Marie-Antoinette*.

Es tanta su devoción por la memoria de esas mujeres que en su *Journal d'un lecteur* es difícil no encontrar numerosas referencias a ellas... incluso a Lola Flores. Su biografía (más bien hagiografía) *Chère Lola Flores* es una obra que rinde culto a una de las pasiones de este periodista: España. Su primer artículo en *Le Figaro Littéraire* fue un largo reportaje sobre los emigrantes españoles en París y fue dedicado a su ídolo, la cantante y *bailaora* flamenca, la máxima representante de la generación de «las folclóricas».

Reside entre París y Navajas (Castellón).

Notas

[1] Explicaciones proporcionadas por la astróloga Olenka de Veer. <<

[2] Bautizada en rigor con los nombres de María, Antonia, Josefa, Juana. <<

[3] Ante algunos íntimos, la emperatriz reconocía, sin embargo, que Doña Antonia, a pesar de sus defectos, le resultaba «deliciosa». <<

[4] La señora Campan. <<

[5] Mercy-Argenteau. Como se verá luego, representará un papel capital en las relaciones entre María Antonieta y María Teresa. Para mayor comodidad, desde ahora lo llamaremos Mercy. Nacido en 1727, tiene entonces cuarenta y tres años. <<

[6] André Castelot, *Marie-Antoinette* (María Antonieta), pág. 11. <<

[7] La señora Campan. <<

[8] Reunida por primera vez, en 1875, por Firmin Didot, en tres gruesos volúmenes, de los cuales se extraen los pasajes que se leerán en el presente volumen. <<

[9] El rey de Prusia, Federico II, se sentía contrariado, es posible suponerlo, en el más alto grado por el matrimonio de María Antonieta y el delfín. No será ajeno a la campaña de calumnias destinada a derribar a María Antonieta y, por intermedio de ella, a su esposo. <<

[10] La señora Campan. <<

[11] Exactamente quince años y nueve meses. Cumplirá los dieciséis el 24 de agosto de 1770. <<

[12] La señora de Boigne. <<

[13] La señora Campan. <<

[14] Ese nada que se aplica a los días sin grandes distracciones podría vincularse también con las relaciones íntimas entre Luis Augusto y María Antonieta. (*Ed*). <<

[15] Mercy. <<

[16] Mercy. <<

[17] *Ibíd.* <<

[18] Mercy. <<

[19] Lo cual permitiría suponer que los cabellos de la delfina eran de un rubio ardiente, y que después se volvieron de un rubio ceniciento. <<

[20] «Los pasajes de comunicación, los patios, los edificios de las alas, los corredores, están repletos de orina y de materias fecales. El parque, los jardines, el castillo, oprimen el corazón con sus malos olores». Testimonio comunicado en *Marie-Antoinette*, por André Castelot, pág. 266. <<

[21] María Teresa a Mercy, 1 de marzo de 1772. <<

[22] Mercy a María Teresa, 15 de mayo de 1772. <<

[23] Mercy, 15 de junio de 1772. <<

[24] Mercy, 15 de junio de 1772. <<

[25] María Teresa a Mercy, 5 de mayo de 1773. <<

[26] Mercy a María Teresa, 18 de mayo de 1773. <<

[27] María Antonieta a María Teresa, 18 de abril de 1773. <<

[28] Mercy, 8 de mayo de 1774. <<

[29] «*Vous repasserez en Bavière...*» (O «Volveréis a pasar la barrera»: «*Vous repasserez la barrière*»). (N. del T.) <<

[30] El actual parque Monceau, en París, es lo único que queda del jardín «a la inglesa» del duque de Orléans. <<

[31] Mercy, 2 de julio de 1774. <<

[32] Así se designaba a la esposa del conde de Provenza, a quien se llamaba *Señor*. <<

[33] Emile Langlade, *La marchande de modes de Marie-Antoinette, Rose Bertin* (La comerciante de modas de María Antonieta, Rosa Bertin), pág. 32. <<

[34] La señora Campan. <<

[35] Mercy, 18 de diciembre de 1774. <<

[36] La señora Campan. <<

[37] ¡Mercy por supuesto! <<

[38] *Ibíd.* <<

[39] *Ibíd.* <<

[40] *Ibíd.* <<

[41] John Wilson Crocker. <<

[42] Mercy, 17 de agosto de 1776. <<

[43] Mercy, 17 de setiembre de 1776. <<

[44] María Antonieta a María Teresa, 14 de enero de 1776. <<

[45] Mercy. <<

[46] María Antonieta a María Teresa, 10 de setiembre de 1777. <<

[47] Mercy, 19 de noviembre de 1777. <<

[48] Mercy. <<

[49] Mercy. <<

[50] Embajador de Suecia en París. <<

[51] Mercy. Contrariamente a lo que relata la señora de Campan, el rey no se encontraba allí para abrir las ventanas y dar aire a la reina. <<

[52] *Ibíd.* <<

[53] El duque de Coigny. <<

[54] La señora de Campan. <<

[55] Mercy. <<

[56] Mercy. <<

[57] *Ibíd.* <<

[58] Mercy. <<

[59] La Palatine, 1957. <<

[60] Mercy, 17 de abril de 1780. <<

[61] Mercy. <<

[62] *Ibíd.* <<

[63] Mercy. <<

[64] La señora Campan. <<

[65] La señora Campan. <<

[66] La señora de Bombelles, 29 de octubre de 1781. <<

[67] Esto confirmaría la interpretación del horóscopo de María Antonieta por Dicta Dimitriadis: «Marte en Cáncer empuja a la reina a reencontrar la infancia, a mirar el futuro a través de una nebulosa... Una buena madre. Una enamorada inmadura. Sin duda ha sido casta». <<

[68] *Memorias secretas.* <<

[69] La señora Campan. <<

[70] La señora de Campan. <<

[71] *Ibíd.* <<

[72] Es el autor quien subraya la frase, en la cual ve la prueba de la inocencia de María Antonieta en este asunto, y la evidencia de su buena fe. <<

[73] La señora Campan. <<

[74] *Correspondance secrète inédite sur Louis XVI, Marie-Antoinette, la Cour et la ville (1777-1792)* [*Correspondencia secreta inédita sobre Luis XVI, María Antonieta, la corte y la ciudad (1777-1792)*], con un prefacio y notas de Pierre de Lescure, Plon, 1866. <<

[75] *Correspondencia secreta.* <<

[76] *Correspondencia secreta.* <<

[77] *Correspondencia secreta.* <<

[78] *Correspondencia secreta.* <<

[79] *Correspondencia secreta.* <<

[80] *Correspondencia secreta.* <<

[81] *Correspondencia secreta.* <<

[82] La señora Campan. <<

[83] La señora Campan. <<

[84] La señora de Lage de Volude. <<

[85] *Correspondencia secreta.* <<

[86] *Ibíd.* <<

[87] La señora Campan. <<

[88] Se podría hablar de una doble humillación: el rey debe poner buena cara ante los amotinados —impunes— del 14 de julio. (*N. del E.*) <<

[89] *Correspondencia secreta.* <<

[90] *Correspondencia secreta.* <<

[91] Le Roy, *Histoire de Versailles*. <<

[92] El 31 de julio, La Fayette y Bailly agregaron el blanco a los colores de París para atenuar la dominación Parisiense. (*N. del E.*) <<

[93] El pan reaparecerá «en abundancia» el día mismo de la insurrección, según el testimonio de los diputados de Estrasburgo, el 7 de octubre de 1789. <<

[94] La señora Auguié, la hermana de la señora Campan, y la señora Thiébaud. <<

[95] Doña Isabel al abad Lubersac, 16 de octubre de 1789. <<

[96] La señora Campan. <<

[97] *Correspondencia secreta.* <<

[98] La señora de Tourzel. <<

[99] *Correspondencia secreta* <<

[100] *Ibíd.* <<

[101] Muselina. <<

[102] La señora de Tourzel. <<

[103] Véase *Enquête sur l'échec de Varennes* (Investigación sobre el fracaso de Varennes), de Michel de Lombarès, Perrin, 1988. (N. del E.) <<

[104] Referido por André Castelot, en *Le Rendez-vous de Varennes* (La cita de Varennes), Perrin. <<

[105] La señora de Tourzel. <<

[106] *Ibíd.* <<

[107] *Ibíd.* <<

[108] La señora de Tourzel. <<

[109] La señora de Tourzel. <<

[110] La señora de Tourzel. <<

[111] La señora Campan. <<

[112] Alma Söderjhelm, *Fersen et Marie-Antoinette, Journal intime et correspondance du comte Axel de Fersen* (Fersen y María Antonieta, Diario íntimo y correspondencia del conde Axel de Fersen), Grasset, 1930. <<

[113] *Correspondencia secreta.* <<

[114] La señora de Tourzel. <<

[115] La señora de Tourzel. <<

[116] La señora de Tourzel. <<

[117] La señora de Tourzel. <<

[118] La señora de Tourzel. <<

[119] La señora de Tourzel. <<

[120] La señora de Staël, *Considérations sur la France* (Consideraciones sobre Francia). <<

[121] La señora de Tourzel. <<

[122] La señora Campan. <<

[123] La señora de Tourzel. <<

[124] *Ibíd.* <<

[125] No hay que asombrarse de la presencia, en ese cortejo, de la señora de Lambaile: por su matrimonio, la princesa era biznieta de Luis XIV y por lo tanto pertenecía a la familia real. <<

[126] La señora Campan. <<

[127] Muselina. <<

[128] La señora de Tourzel. <<

[129] Antigua residencia de los Vendôme y los Conti, y luego del conde de Artois, quien había sucedido al príncipe de Conti en el cargo de Gran Prior, y que gobernaba el recinto del Temple. <<

[130] Formaba parte del antiguo monasterio de los Templarios y fue construida por el hermano Huberto en el siglo XII. <<

[131] La señora de Tourzel. <<

[132] La señora de Tourzel. <<

[133] La señora de Tourzel. <<

[134] Cléry. <<

[135] Cléry. <<

[136] *Memoria* escrita por María Teresa de Francia. <<

[137] Un antiguo servidor del rey, quien por fidelidad a su amo logró hacerse tomar para el servicio en el Temple. La señora Campan no tuvo esa buena suerte y vio rechazados sus ofrecimientos de servicio. <<

[138] María Teresa de Francia. <<

[139] Cléry. <<

[140] María Teresa de Francia. <<

[141] María Teresa de Francia. <<

[142] Cléry. <<

[143] María Teresa de Francia. <<

[144] *Ibíd.* <<

[145] María Teresa de Francia. <<

[146] María Teresa de Francia. <<

[147] María Teresa de Francia. <<

[148] *Ibíd.* <<

[149] María Teresa de Francia. <<

[150] María Teresa de Francia. <<

[151] Rosalía Lamorlière. <<

[152] *Actes du tribunal révolutionnaire* (Actas del Tribunal revolucionario), recogidas y comentadas por Gérard Walter, *Mercure de France*, pág. 60. <<

[153] Tendrá treinta y ocho años el 2 de noviembre de 1793. <<

[154] El conde Juan Bautista D'Estaing, almirante de Francia, comandó la flota que partió hacia la guerra de Independencia norteamericana; fue gobernador de Santo Domingo. No fue hostil a la Revolución, lo cual no le impidió ser guillotinado en abril de 1794. *(N. del E.)* <<

[155] La última prueba de la inocencia de María Antonieta está contenida en ese «estoy tranquila, como se está cuando la conciencia no reprocha nada». ¡Aquella a quien se le atribuía el gusto por los hombres y las mujeres, si hubiese sido la amante de los Lamballe y los Coigny, de los Polignac y los Fersen, no habría mostrado semejante serenidad! <<

[156] Hijo de Carlos Enrique Sanson, quien ejecutó a Luis XVI. <<

[157] Relato de Rouy. <<

[158] Relato del vizconde Carlos Desfossés. <<

[159] Relato de Rouy: «Detenida la carreta, ella descendió con ligereza y prontitud, sin tener necesidad de ser sostenida, aunque sus manos seguían amarradas; de todos modos, subió con valentía, con un aire más calmo y más sereno que cuando salió de la prisión. [...] Su ejecución y lo que constituía el espantoso preludio duró unos cuatro minutos. A las doce y cuarto exactas, su cabeza cayó bajo el hierro vengador de las leyes, y el ejecutor la mostró al pueblo entre las repetidas aclamaciones de *¡Viva la República! ¡Viva la libertad!*». <<